



IR ROOM

ROMINA NARANJO



PIBLE

Click
EDICIONES

Índice

Portadilla
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[Extras](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

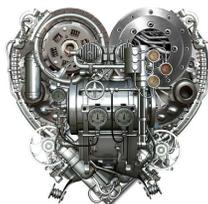
Romina Naranjo
Irrompible

Click
EDICIONES

*Para mi sommelier, Carmen Serrano,
que encontró el alma en esta historia mucho antes que yo*

CAPÍTULO 1

*Tan solo quiero vivir mientras siga vivo,
porque esta es mi vida.*



Perdió el control del coche. De pronto, el asfalto húmedo provocó que el automóvil patinara, como si la lluvia de la noche anterior se hubiera acumulado en aquel tramo en particular. Tiró del freno de mano, pero ya se había salido de la carretera. Dio un volantazo. Y después otro más, pero el impacto fue insalvable.

Cerró los ojos, se tapó la cara con las manos para protegerse y esperó el golpe que lo sumiría todo en la oscuridad.

Amelia se despertó con un sobresalto. Sentada en la cama, al menos cuarenta minutos antes de que su alarma sonara, sintió como si el corazón fuera a salirse del pecho de tan fuerte como latía. Con esfuerzo, tomó varias respiraciones cortas y se palpó los brazos y el rostro con las manos. Estaba sudorosa, pero aparentemente intacta.

—Estabas durmiendo. No ibas conduciendo. Estás en la cama y estás bien. Ha sido una pesadilla. Solo ha sido una pesadilla.

Repitió las mismas frases al menos cinco veces antes de tener la estabilidad necesaria como para apartar las mantas y bajar los pies a la moqueta. Estiró la mano hacia la mesilla de noche y se puso las gafas. El mundo recobró nitidez a su alrededor, y el resquicio de luz mortecina de la mañana que entraba a través de la persiana iluminó el dormitorio de modo tranquilizador.

Un mal sueño, solo eso. El mismo que había estado teniendo de forma recurrente desde hacía unos cuatro meses. Nada importante. Nada que una taza de café y unas cuantas horas revisando escritos ante la pantalla del ordenador no pudieran apartar de su mente.

Tambaleándose, Amelia salió de la cama. El otro lado ya estaba vacío, y las sábanas frías, pero no fue algo que la sorprendiera. Logan siempre madrugaba cuando tenía que trabajar. Y teniendo en cuenta que tenía unos horarios imposibles —parecía que sus días laborables fueran ocho—, encontrarle dormitando cuando salía el sol era más difícil que hallar un boleto dorado para visitar la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

—No más atracones dulces ni películas de Johnny Depp antes de dormir —sentenció a Amelia, mirando su palidez extrema en el espejo que tenía justo enfrente. Una idea pésima, en su opinión, poner un objeto reflectante justo en el lugar donde uno se veía cuando estaba recién levantado—. Los Oompa-Loompas provocan pesadillas.

Hizo una parada técnica en el baño para ocuparse de sus necesidades más acuciantes, comprobó sus niveles de azúcar en sangre y preparó la dosis de insulina que debía inyectarse para empezar el día. Aguardó unos segundos sentada en el borde de la bañera, recogió su kit de diabetes y salió de la habitación. Recorrió el salón sin ver más allá de la cafetera que sabía que la esperaba sobre el granito de la cocina. Aquel piso era la envidia de sus compañeras de residencia. Amplio, luminoso, bien decorado y situado a escasos minutos de la universidad. Después de haber pasado sus años de secundaria estudiando en California, con las miras puestas en una gran facultad, Amelia sentía que por fin había encontrado un lugar donde encajaba realmente. Un sitio donde ser ella misma y forzar su potencial al máximo.

La universidad de Berkeley, en California, no solo era la consecución de una de sus mayores metas, sino también la prueba tangible de que uno podía conseguir grandes cosas si decidía no cejar nunca en el empeño. Siguiendo la estela de quienes habían fundado en 1871 *The Daily Californian*, el periódico oficial de la UCB, Amelia había entregado a su rector un plan de arranque subvencionado para crear una modesta gaceta formada por los estudiantes del posgrado de periodismo. Quería dejar huella, o por lo menos, aprender el oficio mientras obtenía su título.

Tras meses de duro trabajo, contaba con un equipo de colaboradores incansables que habían hecho de la *Gaceta Periodística de Berkeley* una realidad. Ahora solo cabía aspirar a que siguiera abierta y en funcionamiento para cuando ellos se marcharan.

—Me pareció oír que gritabas. ¿Estás bien?

Perdida en el aroma a café, Amelia solo tuvo tiempo de estirar la mano y coger la taza roja y humeante que le tendían. Logan estaba sonriéndole, apoyado en la barra americana. Medio escondido tras su ejemplar del *San Francisco Chronicle*, su postura relajada dejaba ver un pantalón gris bien planchado y una

corbata azul. Llevaba su pelo rubio y corto perfecto, y la camisa, de botones abrochados con pulcritud, era de un blanco cegador. Con mucha probabilidad, si enfatizaba un poco aquella sonrisa, sus dientes emitirían destellos.

Era guapo a nivel de revista. Podría anunciar perfumes si quisiera. Muchas casas comerciales sacarían coches a la venta para que él posara en las grandes vallas publicitarias del centro de California. Y las mujeres se echarían a sus pies el triple de lo que lo hacían ya. En el fragor de su convivencia intermitente, Amelia a veces olvidaba que Logan era un espécimen más que deseado.

Su relación no era comparable a nada que ella hubiera experimentado antes, por eso era capaz de sonreír sin ningún atisbo de celos. Era fácil acostumbrarse a estar con Logan, pues entre ambos no existía todo el drama que implicaba normalmente el amor. Se sentían cómodos juntos, pero no lo estaban la mayor parte del tiempo. Ninguno de los dos quería más exclusividad que esa, y mientras fueran capaces de encontrar beneficios, tanto bajo el mismo techo como fuera de él, podrían seguir evitando dramas innecesarios.

—La pesadilla del coche —explicó volviendo al momento presente, mientras daba grandes sorbos al reconstituyente brebaje que tenía entre las manos. Poco a poco, sus ideas se fueron reorganizando y casi pudo poner a trabajar su cerebro a pleno rendimiento—. Esta vez me salía del todo de la carretera y creo que iba a darme contra algo.

—Fascinante. —Con un doblez perfecto, Logan dejó el periódico junto a la batidora eléctrica y concentró toda su atención en Amelia—. Tal vez deberías tomarte de vez en cuando algún calmante antes de dormir. No puedes seguir saliendo de la cama llena de pánico, no es bueno.

Por supuesto, él ya sabía que Amelia nunca aceptaría su propuesta, pero no por ello dejaría de plantearla. Como hombre recién iniciado en el mundo de los negocios, Logan viajaba lo suficiente como para sufrir de un *jet lag* monstruoso. Si no lograba dormir en los vuelos, podía pasar días despierto, recorriendo el apartamento como un alma en pena, presa del insomnio crónico que sufría en determinadas épocas del año.

Amelia le devolvió la sonrisa que veía en su rostro y negó con la cabeza. Prefería ponerse en marcha con el subidón que le daban las pesadillas a tener que arrastrarse como un zombi por culpa de las pastillas para dormir. La época de vacaciones estaba casi encima, por eso su mente se volvía intranquila. En cuanto tuviera exámenes y fechas subrayadas con fluorescente en su agenda, todo iría bien.

—Siempre duermo mejor cuando estoy aquí —le susurró a Logan, estirando la mano y tocando su corbata de seda. Él se aproximó un par de pasos,

rodeándole la cintura con las manos—. Será el efecto de tener sábanas de hilo alrededor de mi cuerpo y una alarma contra ladrones de última generación.

—Y yo que pensaba que lo que más te interesaba de esa cama era yo...

Los grandes ojos azules de Amelia miraron hacia el cielo de una forma que sabía que Logan encontraba adorable. Era una manera de no tener que admitir ni negar lo que acababa de decir. Como él entendía aquellos intercambios de opinión, y los disfrutaba al mismo nivel que ella, respondió como Amelia esperaba, inclinándose y dándole un beso de buenos días con sabor a café.

Después la soltó y empezó a revisar el contenido del maletín de cuero marrón del que últimamente no se separaba. Con calma, perdida en sus propios quehaceres para aquella mañana, Amelia se terminó el café y echó un vistazo distraído al periódico. No quería que las noticias del gigante editorial le nublaran el juicio cuando se sentara ante su modesto proyecto.

—¿Vas a la redacción esta mañana?

—Quiero dejar algunos artículos archivados para que Megan se encargue de subirlos durante las vacaciones.

—Porque desconectar durante Acción de Gracias es muy poco profesional. —Logan se colgó el maletín al hombro y guardó las llaves en su bolsillo—. Serás una periodista incombustible.

—Y me lo tomaré todo igual de en serio que esto.

Logan la repasó con una mirada. Amelia llevaba puesta una camiseta inmensa con el emblema de Berkeley, una circunferencia perfecta en cuyo centro había un libro abierto coronado por una estrella. Justo bajo el diseño, y dentro de una estela, letras doradas mostraban el lema de la universidad: «Deja que haya luz». Estaba descalza y con su largo cabello oscuro despeinado. Todo un cliché erótico que estaba a punto de echar a perder su llegada puntual al trabajo.

—¿Qué pasa? —Amelia dejó la taza en la pila y esbozó una sonrisa ladina—. ¿Temes que te deje de lado cuando me convierta en la reina de las publicaciones no universitarias?

—Sé que tendré que mendigar por una migaja de tu tiempo, princesa, pero no es eso. —Con un acercamiento cauteloso, Logan le acarició el hombro, bajando después hasta entrelazar los dedos con los de ella—. ¿Harías algo por mí?

—¿Quieres que escriba sobre la próxima empresa que vaya a adquirir tu padre?

Logan hizo un mohín de desagrado, como siempre que se nombraba a su progenitor en cualquier conversación. Su padre, Martin Beau, era un tiburón de las finanzas que tenía una empresa en cada país conocido por el hombre. En algunos, incluso dos. Logan había aspirado a Berkeley con la única intención de

ser alumno de posgrado en la Escuela Haas de Negocios, pero no porque aquella fuera su vocación, sino porque pasaría parte del último curso haciéndose cargo de determinados sectores que su padre delegaría en él para que fuera haciéndose con la mecánica, los socios y la jerga empresarial.

No era inusual que se saltara un examen por estar en Japón comiendo con algún cliente, o en Los Ángeles absorbiendo pequeñas agrupaciones que unir a las multinacionales de su familia. Así era su vida, como una serie de televisión semanal.

Logan era obscuramente rico y, por suerte para su ambición, el don de los Beau para hacer más dinero con facilidad no se había saltado su generación. Conocía la bolsa como a sí mismo, y los contactos que había estado haciendo, con disimulo y escoltado por la angelical sonrisa del universitario que solo intenta aprender, le abrían las puertas de par en par sin que apenas tuviera que llamar. Necesitaba tiempo para abrirse camino y hacer resonar su nombre lejos de la estela paterna. De Martin Beau solo recibiría migajas, y luego, un imperio hecho a su medida, pero Logan quería más.

Quería algo que superara todo aquello y que hubiera sido construido por él mismo.

—Mi padre no necesita más promoción hacia su persona, Amelia. Tiene todo un séquito de pelotas profesionales para ello.

—Y a su hijo para devolverle los pies a la tierra. —El guiño de Logan declaró que, en efecto, así era—. Si no es por mi talento frente al ordenador, ¿qué necesitas?

—Pues... tenerte así de desvestida por poco hace que se me olvide, pero no me estoy quejando. —La sonrisa irresistible marcó sus mejillas recién rasuradas, y Amelia intuyó, en parte, lo que iba a pedirle—. Es sobre la comida de hoy, ¿podríamos posponerla?

—¿Clientes? —Él hizo un gesto vago, algo inusual en alguien que la mayor parte del tiempo pecaba mucho de egocentrismo—. No me digas que vas a arrebatar el trabajo de toda una vida a un pobre hombre desesperado ante la posibilidad de irse a la quiebra a cambio de una cantidad insultante.

—Eso suena a estafa, y los Beau no estafamos. Somos empresarios serios, ofrecemos soluciones realistas a quienes ya no pueden mantener sus negocios a flote. —Con ambas manos, Logan le sujetó la cara y la besó varias veces en los labios, sonriendo ante el ceño fruncido que mostraba el rostro de Amelia cuando la soltó—. Me encanta lo apegada que estás a tus principios morales. Es algo inútil, pero muy tierno.

—Eres despreciable Logan.

Él se echó a reír, guardó el teléfono en su bolsillo, revisó de nuevo el contenido del maletín, y después su expresión indicó a la perfección que estaba listo para emprender camino.

—Es el motivo principal por el que te metiste en mi cama la primera vez.

—En realidad..., fue tu desmedida ambición la que me cegó. —Amelia se tocó la barbilla, como si necesitara hacer memoria para recordar qué la había llevado a un enredo como aquel—. Y porque tenías alarma antirrobo y sábanas de hilo.

—Me rompes el corazón. —Le dijo adiós desde la puerta, con el pomo sujeto entre los dedos y un pie fuera del apartamento—. Espero que pasemos la noche juntos. ¿Mañana vuelves a la residencia?

—A casa de mi madre. Tengo cosas que preparar.

—Es cierto..., el asunto de la boda en Kendall, ¿verdad? Debes estar entusiasmada. No todos los días ve uno casarse a su abuela. —Su sonrisa fue afable, pero Amelia sabía de buena tinta que ese era un asunto que los Beau, tan estirados y conservadores, no recibirían con simpatía si llegaban a enterarse—. Por si acaso no nos vemos..., no olvides nada que puedas necesitar.

Amelia le dijo adiós con un gesto y, cuando la puerta se cerró, puso a lavar su taza y desanduvo el camino que había emprendido al despertarse para volver al dormitorio.

No estaba sorprendida con que Logan hubiera cancelado la comida. Con él enfrascado en el trabajo y ella apurando sus obligaciones lo máximo posible antes de marcharse, no era práctico hacer planes con tanta antelación.

Amelia sabía que Logan la quería, no en el sentido romántico y completamente fiel de la palabra *querer*, pero sí lo bastante para ser sincero con ella. No eran novios, y eso a ella le venía de perlas, pues su última relación larga estaba surcada de momentos que deseaba olvidar. Tener algo serio con un chico estaba lo último en su lista de deseos, por debajo incluso de pillar una infección urinaria.

Recogió la cama con pulcritud, asegurándose de meter en su bolso el pijama, el estuche de sus gafas, el cepillo de dientes y todo lo que hubiera dejado esparcido por el piso la noche anterior. Estaba segura de que no iba a ver a Logan esa noche, y era preferible, pues necesitaría concentrarse en el periódico lo máximo posible para sacar adelante los artículos que quería dejar preparados antes de irse. Era una tarea complicada, no porque fuera lenta escribiendo o sufriera escasez de ideas, sino porque su cabeza estaba puesta en las hojas de un calendario que parecía no hacer más que correr.

En unos pocos días volaría a Kendall y, con ello, se perdería gran parte de las convocatorias de examen previstas para diciembre. Aquello no era lo ideal...,

pero Amelia era capaz de adaptarse cuando la situación lo requería. La pequeña gaceta de Berkeley que dirigía con tesón era su premio al esfuerzo y la dedicación que intentaba poner en todos los aspectos de su vida. Cada noche sin dormir y cada festivo trabajado valían la pena cuando veía el nuevo número impreso, con su nombre en artículos de actualidad e interés.

Cuando Denis O'Brien, su abuela, le había dicho la fecha de la boda, Amelia comprendió que iba a tener que hacer importantes sacrificios en su vida académica, como presentarse en segundas convocatorias a sus exámenes y dejar en manos de Megan parte de la elección de temas para publicar en la gaceta. Le había parecido bien en su momento, pero a medida que la fecha se acercaba..., no se sentía lista para abandonar su vida en la UCB, sus proyectos de futuro y a sus compañeras de residencia para recorrer kilómetros metida en un avión hacia un destino lleno de incertidumbre.

Quería a su abuela y tenía grandes recuerdos de Kendall, pero acudir a una boda allí era lo último que le apetecía. Cruzar cada calle con la cabeza gacha y mirando a las esquinas por el rabillo del ojo, con el corazón en un puño y muerta de nervios, era una experiencia que no deseaba para nada repetir.

No necesitaba recordar el abandono, el miedo y la profunda sensación de rabia que la había invadido. Sentirse idiota y engañada le había dado una valiosa lección y Amelia consideraba que la había aprendido lo bastante bien como para no caer en los mismos errores.

Intentando por todos los medios posibles devolver su mente al momento actual, escogió de su bolso una falda corta de vuelo, de color blanco con topes negros, y un suéter granate de escote barco. Sacó un par de medias tupidas y unos botines negros con los que podría recorrer el Gran Cañón sin sentir un solo calambre. Valoró el atuendo completo, extendido sobre la cama que había compartido con Logan un buen puñado de veces, y le pareció correcto.

Se dio una ducha rápida y luego dedicó un tiempo absurdamente largo a organizar el baño y dejarlo todo tal y como había estado antes de su intromisión. Como no sabía si volvería al piso antes de ir a casa de su madre, esperaba que Logan lo encontrara todo de su gusto cuando volviera de la reunión. Si lo hacía acompañado, no habría nada incriminatorio que hiciera incómoda la reunión, ya fuera esta por negocios o por placer.

Amelia se vistió y metió en su bolso el teléfono, su estuche de maquillaje y algunas de las ideas que había escrito en hojas recicladas el día anterior. A Logan no le importaba en absoluto que Amelia hiciera uso de su apartamento algunas horas mientras él estaba fuera. De hecho, lo consideraba un acto práctico. Mantenía la nevera libre de productos perecederos y daba un sano uso a las instalaciones; sin embargo, había momentos donde Amelia necesitaba refugiarse

entre las cuatro paredes de su residencia para estudiantes y dejar que su cabeza se embotara de pensamientos.

La idea de ponerse un pijama cómodo, abrir los libros y estudiar hasta que le pesaran los ojos la seducía muchísimo, claro que, para eso, antes tendría que pasar las Navidades en Kendall.

—Pero no vamos a cruzar ese puente hasta que el agua nos llegue a la garganta —decidió echando un último vistazo y valorando con ojo clínico que todo estaba en su sitio—. Incluso estoy dispuesta a ahogarme antes si es preciso.

Dejó que la puerta se cerrara tras de sí y emprendió el camino con la cabeza puesta solo en sus objetivos para aquella mañana. Si conseguía cumplir la mitad antes del descanso para comer, podría darse por satisfecha. Caminó a buen ritmo y en menos de diez minutos recorrió la avenida Berkeley. En su horizonte empezaron a vislumbrarse todos aquellos edificios de piedra que tan feliz la hacían, el UC Berkeley Extension, el Haas Pavillion, la Biblioteca Pública del campus...

Su residencia de estudiantes estaba ubicada en el complejo femenino de Stern, y desde la ventana de la lavandería podía ver uno de los laterales de la biblioteca y a la gente entrando y saliendo. Esa era su vida ahora, decidió con un suspiro una vez que sus botines pisaron los adoquines de la entrada al Colegio de Ciencias y Letras, donde estaba enclavada la sede de la gaceta.

Respiró hondo y giró el cuello hasta tener una panorámica casi perfecta de la fachada de South Hall. Los termómetros marcaban quince grados aquella mañana en la que un sol agradable calentaba la hierba sobre la que algunos estudiantes se relajaban. Grupos de jóvenes que reían, intercambiaban apuntes o hacían planes para el próximo fin de semana. Tablones de anuncios informaban de partidos de fútbol y de pruebas de selección para nuevos miembros de la banda oficial de la universidad.

Amelia bebió todas aquellas noticias y detalles con ansiedad creciente, como si pronto fueran a arrebatárselo. Allí era distinta, una persona sin un pasado oscuro a la que nadie miraba con lástima. En Berkeley no era la tonta y confiada chica enamorada que creyó que querer era suficiente. En California nadie se había aprovechado de su confianza ni la había abandonado sin explicaciones.

Pensar en Tucker la enfadaba. Recordar la facilidad con la que él había salido huyendo cuando más lo había necesitado la llenaba de rencor y furia. La martirizaba no haber sido capaz de darse cuenta de que aquello nunca podría funcionar. Habían sido las dos personas más opuestas en todo de cuántas poblaban la tierra. Nunca habían tenido nada que ver, y ahora la distancia que los

separaba era tan abismal que no existían superlativos con los que pudiera referirse a ella.

—¡Buenos días, jefa!

Stanis Müller, uno de sus redactores estrella, apareció para sacarla de sus truculentos pensamientos. Era el responsable de la columna deportiva, y aunque Amelia no estaba muy versada en aquella disciplina, admitía que era algo muy vendible, por lo tanto había hecho una amplia selección hasta dar con la persona idónea para el puesto. La rivalidad entre Berkeley y Stanford era legendaria, y cuando ambos equipos se enfrentaban, todo el mundo quería leer las crónicas y conocer el análisis pormenorizado de los encuentros.

—Una mañana agradable para encerrarse a escribir. —La saludó con una sonrisa simpática que dejó ver parte de su aparato de ortodoncia. Stanis era bastante alto, pero ese hecho perdía efecto a causa de su manía de encorvarse—. He pensado que podría abrir mi columna con un histórico sobre los campeonatos que han ganado los Golden Bears en todas las disciplinas deportivas, con columnas para los hitos masculinos y femeninos y, esto te va a encantar, yendo más allá de lo que todos sabemos..., los veintidós trofeos de *rugby*.

—A los amantes del deporte les gustará recordar éxitos pasados. —Le dio el visto bueno a la idea con un asentimiento—. Asegúrate de que los equipos tengan el mismo porcentaje de importancia ya sean femeninos o masculinos, así podría ir acorde con la réplica sobre el escrito de la discriminación positiva que añadimos el mes pasado.

Stanis le ofreció un saludo militar y luego desapareció de su vida, probablemente rumbo al puesto ambulante de café. Amelia entró en el edificio y recorrió los pasillos hasta dar con la puerta de la gaceta. Al cruzarla, respiró hondo y dejó que el buen humor se apoderara de ella. Tomó asiento en su silla y puso en marcha el ordenador, que inmediatamente empezó a emitir quejidos y avisos de que no pensaba ser un colaborador rápido con las vacaciones tan próximas. Mientras el sistema arrancaba, ella echó vistazos apreciativos al montoncito de escritos que habían ido dejando sobre su mesa. Algunos de sus columnistas llegarían a lo largo de la mañana y otros, cubriendo eventos y noticias diversos, o acomodados ya en el calor de sus hogares para pasar Acción de Gracias, le harían llegar sus aportaciones por correo electrónico.

Megan, que era su mano derecha, tenía a su familia en California, por lo tanto, sería su responsabilidad encargarse de pasar por la sede de la gaceta un par de veces a la semana —eso siendo optimistas, Amelia estaba dispuesta a conformarse con una— para asegurarse de que los números de Navidad estuvieran listos. Esperaba encontrarse con ella después de comer para que las dos pusieran algunos aspectos en orden.

Por fin, la pantalla se encendió y Amelia pudo acceder a la bandeja de correo que se había creado con el fin de recibir los artículos. Revisó el contenido con atención y fue tomando notas en un cuaderno. En un momento determinado, una pantalla emergente de publicidad llenó sus sentidos, y aunque quiso cerrarla a toda prisa para seguir trabajando, algo se lo impidió. Era un anuncio de seguros para accidentes de coche. Aquello le hizo recordar su tortuoso despertar y, de forma instintiva, se puso nerviosa.

—No pienses en eso. Solo fue una pesadilla, no tiene importancia.

Con un fuerte clic, Amelia cerró el anuncio y respiró hondo. Nunca había tenido ningún tipo de percance conduciendo, ni se había visto involucrada en ninguno. ¿Por qué entonces no paraba de soñar con algo así? ¿Trataba su subconsciente de decirle algo? ¿De advertirla? Negó con firmeza. Menuda chorrada. No tenía tiempo para pensar en tonterías como esa.

Con la vista fija en el ordenador, cerró el correo de la gaceta y accedió al personal. De forma inmediata, el aviso de la compañía aérea con la que había reservado su vuelo le saltó ante los ojos. Los dedos le temblaron sobre el ratón y la boca se le secó antes incluso de empezar a leer. Consultó a toda velocidad los datos que se le ofrecían, comprobó que el vuelo tenía una escala en Miami antes de llegar a Kendall, algo con lo que ya había contado, pues las fechas festivas hacían que los trayectos directos fueran los primeros en llenarse, pero la fecha..., aquello tenía que estar mal.

Revolvió en su bandeja de mensajes, en la lista de correos enviados y hasta en la papelera, pero no encontró más que evidencias. Aunque había pensado macharse la primera semana de diciembre, con tiempo suficiente para dejar enviados algunos trabajos, por algún motivo había reservado los vuelos para dos días después de Acción de Gracias.

—No es posible... ¿Por qué iba a querer llegar antes? —Buscó a toda prisa la dirección de la compañía en el buscador y accedió a la zona de preguntas frecuentes—. No, no, no..., necesito un cambio..., necesito una devolución y una rectificación y necesito...

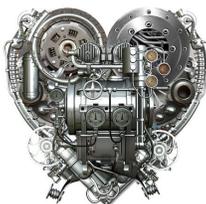
Rellenó los campos en blanco y hasta hizo un par de llamadas de teléfono que darían una buena mordida a su tarifa de móvil, pero supo lo que iba a ocurrir incluso antes de que una amable operadora respondiera sus preguntas. Con tan poca antelación no había cambios posibles, a menos que quisiera gastar una pequeña fortuna en un billete nuevo para un hipotético vuelo que, dada la proximidad de las fechas, podría no conseguir.

Frustrada, Amelia dejó caer la cabeza hacia adelante hasta que se golpeó la frente con la madera del escritorio. El ambiente había dejado de parecerle agradable y maravilloso. El sentimiento de ahogo se propagaba, porque, quisiera

aceptarlo o no, el tiempo para hacerse a la idea de lo que suponía volver a Kendall se le había escapado de las manos.

CAPÍTULO 2

*Yo sé que este amor mío
nunca morirá.*



Tuck no estaba concentrado. No necesitó volver a subir el Chevrolet Impala en la plataforma elevadora para comprobar que no había ajustado la dirección correctamente, porque mientras estaba haciéndolo su mente volaba a miles de kilómetros de allí, alejándolo del olor a cuero, el tacto metálico y todo lo que tuviera que ver con carrocerías y motores.

Una situación que le cabreaba a un nivel más allá de lo razonable.

Cuando aseguró el coche a una altura cómoda para trabajar, se tumbó en la camilla y tomó impulso desde una de las ruedas delanteras, se metió debajo y encendió la linterna de trabajo que tenía sujeta a los bajos. Según el dueño, el coche tiraba a la izquierda por defecto, y lo que tenía que ser un recalibrado simple de la dirección estaba acabando por ocuparle toda la mañana de la forma más ridícula.

Llegar tarde por primera vez desde que trabajaba en aquel taller tampoco había sido de ayuda. Su hermana Bianca, que tenía dieciséis años y se creía en poder y conocimiento de la vida y todas sus variantes, había recordado decirle con el tiempo justo que el autobús que la llevaba al instituto estaría fuera de servicio durante tres días. Con el tiempo calculado para levantarse, llenar el estómago y marcharse a trabajar, Tucker había tenido que desviarse hasta la casa de su madre para recoger a una adolescente gruñona y obsesiva con el estado de su pelo que, además, había tenido la osadía de pedirle que la dejara a unos diez metros de la entrada del instituto.

Como si él estuviera de humor para sentirse solidario con su timidez juvenil o lo que fuera que estaba volviéndola completamente loca.

—¿Para qué me pides que te acerque si luego vas a caminar?

—No es lo mismo dar unos pasos que venir desde casa. —Bianca alzó las cejas, demasiado depiladas para el gusto de Tucker, en ese gesto de exasperación tan femenino que debía haber leído en alguna revista de moda—. Habría llegado sudorosa.

Tucker casi sintió deseos de golpearse contra la ventanilla al ver el mohín de disgusto que hacía Bianca con los labios. ¿Cuándo había dejado de ser la cría adorable que jugaba a hacer hamburguesas de barro que él fingía comerse? ¿Y por qué, en nombre de Dios, no dejaba de atusarse el pelo? Él no recordaba haberse peinado nunca con tanto entusiasmo, y había vivido cosas mucho más intensas que ella como para tener motivos que le llevaran a preocuparse por su aspecto hasta aquel nivel.

—Según los pronósticos, vamos a tener el invierno más frío en los últimos veinte años. No habrá tanta sensación de humedad, así que mañana podrás venir caminando, porque no sudarás.

Bianca bufó, pero tuvo el tiento de apearse del Corolla antes de que Tucker llevara la mano derecha a la llave de contacto. Era muy capaz de cruzar aquellos pasillos tirando de ella para hacerla pasar el ridículo de su vida, aunque solo fuera para cobrarle el retraso que le perseguiría durante todo el día.

—Mamá dice que vengas más a comer, que, desde que vives solo, te alimentas de pena.

—Recibido, cría. Adiós.

La miró alejarse, medio oculto bajo el cuello de piel de su chaqueta vaquera, y sintió cómo el corazón se le hundía un poco en el pecho cuando la vio contonearse a propósito al pasar junto a un grupo de chicos que fumaba al lado de la entrada. Movié la melena, que había ido aclarando con mechas y ahora parecía casi rubia. Aquello era estupendo, pensó mientras los nudillos se le ponían blancos por sujetar el volante con todas sus fuerzas, llegaría a viejo en la cárcel, estaba seguro, porque tendría que matar uno a uno a todos aquellos babosos.

El otoño se había esfumado, resbalándose entre sus dedos mientras las hojas del calendario pasaban sin cesar. Si cerraba los ojos un par de horas cada noche, Tucker tenía la impresión de que despertaba semanas enteras después. Falk acababa de estar allí después de sus exámenes, y ahora estaba a un suspiro de volver para las vacaciones. Él mismo, que hasta hacía muy poco tendía a pensar que su pueblo estaba metido en uno de esos experimentos sociológicos donde nunca cambiaba nada ni pasaba nada emocionante, protegido por una especie de cúpula mágica, veía como la vida le llevaba a toda pastilla y sin frenos hasta un desfiladero por el que iba a despeñarse sin remedio.

Repentinamente agobiado, salió de debajo del coche y sacó del bolsillo trasero del mono el trapo con el que se repasaba las manos de grasa. A pesar de que sus palabras a Bianca eran ciertas y esperaban un diciembre bastante fresco para encontrarse en el estado del sol, aquella mañana el tiempo se mantenía estable. El cielo estaba relativamente despejado y la sensación de humedad había descendido lo bastante para hacer que la temperatura general fuera agradable. Como su trabajo requería movimiento y cargar piezas pesadas, Tucker solía estar siempre en mangas de camisa, preso de un calor interno que no le abandonaba.

Por lo que a él respectaba, pensaba rechazar la llegada de las Navidades ese año. Quizá si lo deseaba con fuerza, el calendario daría un triple mortal y se posaría directamente en febrero. Con eso se conformaba.

Dejando el trapo a un lado, abrió la nevera portátil roja que algún digno merecedor del Nobel había colocado en el taller, y sacó una lata de refresco. Pensativo, echó un trago largo y se limpió la boca con el dorso de la mano. Pocas cosas le hacían más feliz que estar debajo de una preciosidad como aquel Impala, poder acariciar sus piezas y desnudarlo en la intimidad que solo mecánico y máquina podían compartir, y aun así... no lo estaba disfrutando.

—Lo siento, preciosa, no eres tú —dijo son solemnidad, dando unos golpecitos a la chapa del capó con reverencia.

Miró el coche de reojo, como si fuera una amante a la que le debiera una disculpa por fingir un placer que no había logrado llegar a experimentar.

Diciéndose que pocas vueltas más podía darle al coco, Tuck volvió a echarse sobre la camilla. Aprovecharía para revisar algunos otros elementos, como el carburador, el radiador y el parabrisas. Conocía al dueño del coche de toda la vida, un jubilado de setenta años que seguía renovando su permiso de conducción porque, según sus propias palabras, quitarle el volante de las manos sería lo mismo que enterrarle estando todavía vivo.

A veces iba por el taller simplemente porque se aburría, y pedía tonterías como limpieza de los asientos o revisión de las bandas de rodadura de los neumáticos. Como prueba del profundo mimo que le dedicaba al coche, pulía la superficie y limpiaba cada esquina todas las semanas. El Impala estaba impecable, con su pintura negra brillante y las lunas siempre impolutas. Salvo por un imperceptible abollón en la puerta izquierda de la parte trasera, parecía nuevo.

—No me verás arreglarlo nunca, joven —decía el hombre con orgullo, calándose su boina gris sobre una cabeza prácticamente calva—. Lo hizo mi señora al dar un salto de alegría y aplastarme contra la chapa cuando le pedí matrimonio, y ahí se quedará.

Tucker, que marcaba con tinta momentos dignos de recordar en la piel de sus clientes, y aseguraba que sus medios de transporte fueran aptos para llevarles rumbo al siguiente capítulo que les tocara vivir, respetaba aquellas palabras como si fueran una oración a Dios.

Ya había calibrado las ruedas y estaba bajando la plataforma cuando oyó el silbido de saludo de su compañero, que entró a grandes zancadas, arrastrando las zapatillas deportivas que conjuntaba tanto con ropa de trabajo como de vestir. Llevaba el mono de trabajo cortado por las rodillas y una camiseta de los Red Sox a la que no le cabían más manchas de grasa. Le sonrió a Tuck, dejando su estuche con las herramientas sobre la mesa.

—¿Ya está nivelado? —Señaló al coche con el mentón—. El abuelo dice que tiraba a la izquierda.

—Lo he puesto a punto, pero algo me dice que volverá para que afloje la presión de la dirección, y luego lo hará otra vez porque se le desvía a la derecha. —Se pasó una cinta gruesa por la cabeza, intentando dominar aquellos mechones ondulados sin demasiado éxito—. Queda el cambio de luna. Eso es lo tuyo.

El recién llegado sonrió e hizo una reverencia. Se llamaba Hasan y era negro como una noche sin luna. Alto y delgado, tenía los hombros tan desarrollados que Tuck a veces pensaba que se ejercitaba levantando ruedas de camión como entretenimiento. Se habían conocido dos años atrás, en una feria de vehículos de ocasión. Ambos buscaban piezas de repuesto para clásicos; Tuck, de motor, y Hasan, de chasis. Los espejos y cristales eran su punto fuerte, podía reparar cualquier cosa que pasara en las ventanas de los coches, cambiarlas, sustituir cortavientos o instalar las filigranas para las antinieblas con tal pulcritud que Tucker supo que llegaría a ser el mejor. No se había equivocado.

Se lo recomendó al dueño del taller y, tras unas pruebas que Hasan pasó sin problema, quedó contratado. Cuando él estaba por allí, la frase «no poder oír tus propios pensamientos» cobraba un nuevo sentido, pues Tucker no había conocido jamás a un tío que aguantara menos estando callado. Teniendo en cuenta que él tenía un carácter más bien reservado, se compenetraban con relativa facilidad.

Se apartó a un lado para verle trabajar. El dueño del Impala quería cambiar el cristal delantero por uno que hiciera menos reflejos. Había buscado uno con un porcentaje bajo de polarización y antivaho recién salido al mercado. Al viejo le encantaría el resultado.

Durante unos instantes, mientras Hasan le contaba alguna de sus películas y líos de una noche, Tucker se concentró en limpiar las herramientas usadas y colocarlas en su sitio. Fue anotando en la ficha de trabajo todo lo que había

hecho con el coche, intentando reflejar de forma detallada cada uno de sus ajustes. No era demasiado hábil expresándose porque tenía una máxima en su vida: no uses treinta palabras para algo que puede responderse con un gruñido.

—Y me dice... ¿adónde crees que lleva esta relación? ¡Esta relación, tío! ¿Te lo puedes creer? No hacía ni diez minutos que nos habíamos liado y ya quería conocer a mi madre. Mujeres..., están todas locas.

Tucker, que en aquel tiempo había aprendido a conocerlo, guardó un elocuente silencio durante los tensos minutos en que la luna del Impala estuvo suspendida fuera de su ajuste de fábrica. Cuando quedó retirada sin peligro, se sintió con libertad de bajarle los humos a Hasan, que, probablemente, tendría poco derecho a sentirse ofendido teniendo en cuenta su historial.

—¿Le dijiste alguna mierda para que se fuera contigo?

—¡Venga ya, Tuck! Me conoces.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Tucker le miró desafiante. Recordaba la vez que habían salido juntos a tomarse algo después del trabajo, primera y única concesión que había hecho con Hasan y de la que se arrepentiría durante el resto de su vida. Había intentado cenar mientras le oía hablar de su supuesto contrato millonario para jugar con los Blue Jays. Aun con el tiempo que había pasado, Tuck no sabía si le había jodido más que un tío que no necesitaba mentir para ligar contara semejantes cuentos o que hubiera usado un equipo canadiense para hacerlo.

—Puede..., y no estoy diciendo que lo haya hecho..., que mencionara las palabras Afganistán y conflicto armado en Bangui.

—No jodas..., ¿pero sabes por lo menos dónde coño está ese sitio?

Hasan hizo una mueca, dedicando sus cinco sentidos a colocar las potentes ventosas hidráulicas en el lugar adecuado de la luna nueva y luego, manejando el mando que las movía con la pericia de un jugador de videoconsola a tiempo completo, dejó el enorme cristal elevado unos instantes, hasta que por fin ocupó su lugar con un sonido de ajuste perfecto.

—¿Te crees que llevo la jodida Wikipedia encima cuando salgo por ahí? — Juntos soltaron las ventosas que dejaron unas marcas redondas en la superficie del cristal—. Sería faltarle el respeto a la chica ponerme a mirar en Google cosas para decirle, ¿no? Hay que tener clase, Tucker.

—Claro... ¿Cuándo dices que te vas a Bangui, soldado Ryan?

Dejaron la luna reluciente, y, como siempre, colgaron el tan socorrido ambientador de pino del retrovisor. Después, y dejándose guiar por su actitud perfeccionista, Tucker se subió al asiento del conductor y lo reguló en la posición que había estado cuando el dueño se lo había dejado. Aseguró los

retrovisores e hizo unos giros con la dirección, acelerando y dando marcha atrás, para asegurarse de que no había desvíos.

Hasan guardó sus cosas y valoró el trabajo bien hecho con un movimiento de cabeza. Sacó una Coca-Cola de la nevera y luego apoyó la cadera sobre un escritorio sorprendentemente ordenado. Se quedó mirando el ceño de Tucker, aquellos ojos oscuros que miraban cada centímetro interior del Impala, como retando al cuero a mostrar alguna mancha que se le hubiera pasado por alto.

—¿Por qué no salimos esta noche? Al centro comercial. Hay *pubs*.

—Yo no bebo. —Tuck se bajó del coche, cerró con cuidado la puerta repasando el pomo para no dejar huellas y colgó las llaves, junto a la factura, de uno de los ganchos libres que quedaban en la pared—. Y no tengo intención de conocer a tu madre. Por mí puedes irte a la guerra mañana mismo.

Hasan intentó recibir la pulla con madurez, pero terminó por hacerle a Tucker un corte de mangas. Lo vio deambular de un lado a otro, hacer algunas anotaciones y, luego, reorganizar los papeles del archivador. Le caía bien aquel blanquito, era un trabajador de primera y hablaba lo bastante poco como para que él se pudiera explayar, pero últimamente... parecía un alma en pena que cumpliera condena por algún pecado que no quería compartir con nadie.

Al principio, Hasan pensó que echaría en falta a su amigo Falk y por eso su carácter se había vuelto todavía más agrio. Solo le había visto un par de veces en el taller, cuando llevaba aquel tiranosaurio al que llamaba Dodge, y por ahí alguna que otra noche. Sabía que Tucker y Falk tenían una de esas amistades de toda la vida, así que había prestado su hombro para estar presente cuando Falk se había ido a estudiar con su novia.

Tuck parecía llevarlo bien, con llamadas de teléfono y cumpliendo todos los clichés de una relación a distancia pero entre amigos. No obstante, las cosas parecían ponerse todavía peor cuanto más se acercaban las fiestas. Hasan intuía algún drama pasado por el que, por respeto, no pensaba preguntar, pero como Tucker le caía lo bastante bien como para considerarlo persona grata, tampoco le gustaba verle tan hundido.

—Deberías follar más —le soltó como si tal cosa—. El sexo y el alcohol alegran la vida, y como la botella no es lo tuyo...

—¿Te estás ofreciendo? Porque te advierto que soy más de dar que de recibir.

Hasan soltó una risotada y levantó los brazos para marcar músculo. Tucker fingió anudar una cuerda invisible y luego, colgarse del cuello con ella.

—Ya te gustaría probar esta carne de primera.

—No sabría ni por dónde empezar a enumerar la cantidad de cosas que te faltan para atraerme, tío.

—Yo diría que un par de tetas sería lo primordial. —Hasan intentó hacerse el desentendido, pero tenía muy claro hacia dónde dirigir aquella charla y no tuvo reparos en hilar sus frases de tal modo que le llevaran justo hasta donde pretendía—. Como las de Jules, por ejemplo. La última vez que me fijé, tenía dos. Y te señalaban a ti.

Tucker dedicó unos escasos segundos a pensar en ella. Jules Biset, la camarera del Village Diner, una cafetería con aire retro que habían abierto hacía un par de años junto al centro comercial Dadeland. Era el único sitio donde Tuck solía ir a comer algo cuando sus dos trabajos le dejaban vivo el tiempo suficiente para arrastrarse a un intento de vida social aceptable. Jules y él habían sido compañeros de colegio, pero por aquel entonces ninguno había reparado en el otro lo más mínimo. Cuando el tiempo pasó, y dado que ambos siguieron viviendo en Kendall, empezaron a coincidir y tener una relación algo más cercana.

Jules tenía un claro interés que Tucker nunca había correspondido del todo. Primero, porque él mantenía una relación monógama y fiel hasta la obsesión con Amelia, y después... porque no había quedado nada para ninguna otra.

Ese otoño, sin embargo, una de las noches en que Falk y él habían salido juntos, Jules le había entrado con toda su artillería. Desde un principio, Tucker le dejó claro que entre sus prioridades inmediatas no estaba tener una relación de ninguna clase con nadie, intentó desanimarla de todas las formas posibles, evitando ser grosero en extremo con ella, pero Jules no se dejó impresionar. Ella tampoco quería un novio ni pasear de la mano por Planet Beach, quería apuntarse un tanto con él, y que durara hasta que alguno de los dos encontrara pegas para seguir.

Agotado de sentirse solo y miserable, Tuck había terminado por ceder. Se había acostado con Jules, acariciado un pelo castaño que llevaba muy largo, y recorrido con sus dedos ásperos su cuerpo delgado. La cosa no había ido mal, el sexo por el sexo era satisfactorio y tenía unos beneficios evidentes. Durante unos momentos, parte de la carga le había abandonado, el fantasma de la traición que lo atosigaba, penando cada noche en su oído cuando intentaba dormirse para olvidarlo, se había alejado.

Pero como la inconsciencia durante la borrachera, había durado poco. No iba a ser hipócrita y decir que había lamentado lo ocurrido, Jules era una chica preciosa, divertida y sin ninguna complicación. Ella no le hacía preguntas ni esperaba de él un comportamiento caballeroso y adecuado. Tucker no tenía que esforzarse ni temer no merecérsela, porque lo que había entre ellos había sido cuestión de un par de noches. Cuando no la veía, no sentía apremio por ir a su

encuentro, y al estar juntos, no le devoraba un ansia por retenerla con el que no pudiera vivir.

Era un descanso, una jornada de banquillo en la decepción perpetua que vivía desde que Amelia se había ido, llevándose lo poco bueno que quedaba en él. Pero que la experiencia hubiera resultado agradable no significaba que estuviera dispuesto a alargarla en el tiempo. No iba a engañar a Jules, ni tampoco a sí mismo.

A la larga, todas las heridas abiertas volvían a sangrar. Ningún parche serviría para él.

—Mañana a las ocho llegan los pintores al salón de tatuajes y me he comprometido a estar allí. —Recordó el asunto de Bianca, y todos los esquemas tuvieron que reajustarse en su cerebro en cuestión de segundos—. Tengo que llevar a mi hermana a clase, así que lo único que voy a hacer esta noche es decidir de qué lado acostarme.

—No me lo puedo creer... ¿En serio? ¿Vas a rechazar una entrada de primera fila a mi número de militar en su última noche libre y la posibilidad de irte a casa con Jules?

En realidad, pensó Tucker con cierto agobio, evitar a Jules era una de las razones principales por las que llevaba una semana haciendo vida de monje. Por más que ella perjurara que no quería nada serio, cada vez que le veía entrar en el Village Diner daba por hecho que iban a montárselo como apasionados amantes, y aunque fuera algo que Hasan nunca podría entender, en las intenciones de Tuck no estaba para nada volver a meterse bajo las faldas ansiosas de Jules.

No cuando las vacaciones de invierno estaban tan próximas que casi sentía como le abofeteaban. Amelia volvería en cualquier momento, y esa sola certeza le hacía difícil incluso respirar.

Le sería imposible solo pensar en follar con otra cuando ella estuviera allí. Necesitaría de toda su voluntad, porque a pesar de la desconfianza y de lo fácil que había sido para Amelia ignorar aquel supuesto amor que sentían..., algo dentro de Tucker seguía deseando poder mirarla siempre que tuviera ocasión.

Siempre había sido un imbécil. Demasiado iluso para darse cuenta de que los únicos sentimientos firmes habían sido los suyos.

—Cuando se tienen dos trabajos, las responsabilidades son dobles. —Tucker se bajó la cremallera del mono y ató las mangas a su cintura. Después, se quitó la camiseta interior, impregnada de sudor, se secó las axilas y el pecho y revolvió en su mochila en busca de una limpia—. En cuanto la remodelación esté acabada, el salón abrirá y empezaré a tener que dividir los turnos entre la aguja y la llave inglesa.

Hasan asintió, haciendo ver que se hacía cargo de la situación y decidido a no presentar más batalla frente a una causa que ya había perdido. De reojo, miró aquel tatuaje que Tucker llevaba en el pecho y se preguntó, no por primera vez, si su reticencia a dejarse querer por más mujeres no tendría que ver con aquella A tan misteriosa.

Desde luego, había oído algún rumor..., pero estaba lejos de saber si era verdad lo que se decía por ahí. Si había existido o no una chica que había roto a Tucker hasta el punto de inutilizarlo para las demás, solo él podía saberlo. Todo cuanto le quedaba a Hasan era especular.

—Bonito dibujo, tío —tanteó, con demasiada rudeza como para que sirviera de algo—. ¿Va por alguien en particular o...?

Todo lo que recibió como respuesta fue el cierre de la cremallera de la mochila de Tucker. Se la echó al hombro y, con la mandíbula tensa, le hizo un gesto de despedida con la cabeza. Se subió a su Corolla rojo sin mirar atrás y dio un acelerón.

* * *

Algunas calles empezaban a mostrar signos evidentes de decoración navideña, y mientras las observaba, Tucker notaba como la presión del nudo que se le había hecho en la garganta se apretaba más.

Tomó un camino exageradamente largo para evitar toda cercanía con la casa de huéspedes de Denis O'Brien, y condujo hacia el salón de tatuajes a mucha más velocidad de lo que era aconsejable. Las carreteras aún estaban húmedas a causa de la llovizna intermitente de la noche anterior, y aunque los neumáticos del Corolla eran nuevos, sintió vibrar la dirección en sus manos cuando los sometió a un frenazo en seco al coger una curva demasiado cerrada.

—Dichosa lluvia... ¡esto es Florida, maldita sea! Y todavía estamos en noviembre.

Oyó el chirrido del coche a modo de advertencia, pero su cabeza estaba demasiado obnubilada como para poder pensar con claridad. Hacer estupideces era algo muy arraigado en su familia, la manera usual de resolver los conflictos cuando uno no veía más salida que abrir las puertas cerradas a cabezazos.

Su madre se había quedado embarazada de él para evitar que la enviaran lejos de su padre. La cosa no había ido mal del todo en un principio, se casaron y Tucker nació, pero después la premonición de sus abuelos maternos pareció cumplirse punto por punto, y Magnus, el padre de Tucker, empezó a dejar muy claro en poco tiempo que no estaba hecho para ser un hombre de familia. Nunca

se esforzó demasiado por estar presente y, al poco de nacer Bianca, decidió que aquello se le había ido de las manos durante demasiado tiempo.

Dejarse la vida en la carretera, borracho de garrafón hasta ser incapaz de maniobrar, había sido su salida. Tucker, hasta el momento, había demostrado mucha más sesera, pero eran muchos los que creían que la manzana nunca caía lejos del árbol. Se había acostumbrado a que nadie esperara demasiado de él.

Llevó el Corolla hasta la parte trasera del salón y saludó con un amago de sonrisa a los empleados que estaban acabando de montar el nuevo mostrador. El dueño se había empeñado en remodelarlo todo de cara a las Navidades, quitarle la pinta de tugurio cutre que había tenido desde un principio y convertirlo en algo mucho más moderno y *cool*. Por supuesto, no pensaba invertir en ello demasiado dinero, de forma que una mano de pintura y un poco de decoración tendrían que obrar el milagro.

Durante un par de horas, Tucker intentó mezclarse entre los obreros que cubrían de masilla los agujeros de las paredes y montaban la grifería del aseo. Revisó las pistolas que acababan de llegar e inventarió las piezas de menaje que fue desembalando. Por la mañana tocaría pintar, y si nada lo impedía, cogería un par de brochas y ejercitaría los brazos en aquellas paredes, con tal de sentirse ocupado.

Aquellos días, recorrer Kendall era un verdadero infierno. No había una sola persona que no sonriera y deseara felices fiestas. En cualquier establecimiento había alguien conocido que creía vital intercambiar información sobre los avances en los preparativos de la boda de Denis O'Brien con Otto Sturgis, el vendedor de jabones ambulante que había hecho de la casa de huéspedes su segunda residencia. Teniendo en cuenta los malos términos en que Amelia y él habían roto, era de esperar que Tuck se convirtiera en persona no grata para Denis y todo su círculo de amistades. Con el evento del año organizándose y la nieta pródiga a punto de volver, Tucker solo podía aspirar a contar con un poco de suerte por primera vez en mucho tiempo, y lograr esquivarlas a ambas cuanto fuera posible.

Cuando los empleados dieron por terminado el trabajo al ponerse el sol, Tucker echó el cierre y dejó guardado el material valioso en la que sería la oficina. Solía estar solo en aquel salón, encargándose de la agenda, los clientes, los diseños y prácticamente todo lo demás; sin embargo, tomó buena nota de todo lo que había abierto y revisado por si al dueño del establecimiento, algún día, le daba por interesarse sobre si sus pedidos habían llegado con tiempo a su destino.

Apagó las luces y bordeó el edificio hasta la escalera de incendios de la parte de atrás. Los peldaños eran de acero y estaban resguardados por una reja

que protegía a quien subía por ellos de caer al vacío. Tras el último escalón, se llegaba a la minúscula salida de emergencias, reconvertida en una especie de rellano cubierto con una gruesa barandilla. El pequeño espacio estaba conectado con una ventana a través de la que se entraba al almacén, que ahora era el apartamento de Tucker. No era un acceso muy cómodo, por lo que no solían venir muchas visitas. Un plus.

Contaba con una cocina pequeña, vista nada más entrar. Separado con un muro de ladrillo de fabricación casera, estaba el dormitorio, cuya única decoración era un armario de dos puertas y un pequeño tocadiscos junto al que se amontonaba una pila de vinilos. Un pequeño baño con ducha hacía el resto. Había puesto un par de sillas, una mesa baja, y en las paredes, láminas con buenos diseños para tatuar y algunos planos detalle de motores que había arreglado. El sitio no era muy grande, pero Tucker encontraba en él justo lo que buscaba: silencio y un espacio para sí mismo.

Dejó las llaves sobre la encimera y abrió la nevera, cuyo interior era más que lamentable. Iba a tener que tomarse muy en serio lo de hacer hueco en la agenda para llenar la despensa. Por lo menos, si quería sobrevivir con algo más que galletas Pop-Tarts, fideos chinos de microondas y Mountain Dew.

Comprar implicaría pasar tiempo en la parte del pueblo que había estado intentando evitar, lo cual supondría enterarse de cosas que no le traerían nada bueno. Lo último que necesitaba era saber lo cambiada que había vuelto Amelia de California, lo guapa que estaba o si había algún imbécil en su vida del que mereciera la pena hablar. Estaba preparado para que llegara ese momento, pero eso no significaba que se encontrara en disposición de ser espectador de primera fila.

Sacó el cartón de leche de la nevera y bebió a morro un buen sorbo. Se secó la comisura de la boca con los nudillos y luego miró al frente, al espacio vacío de un suelo sin moqueta que llevaba hasta la cama. La luz mortecina de la farola del edificio de al lado arrojaba marcas extrañas a través del balcón cerrado, creando la ilusión de luces y sombras en un espacio donde no había nadie más que él.

Aunque no siempre había sido así.

—No creo que tus babas aumenten el valor nutricional del calcio.

Con los brazos cruzados sobre la camiseta de él que llevaba puesta, Amelia posó los pies descalzos en la superficie gris del suelo, mirándole con un ceño que, pese a estar oculto por su pelo abundante y desordenado, Tucker reconoció. El calor que precedía a la lucha de voluntades que ambos mantenían le despertó los sentidos, llenándole de seductora anticipación.

—Es curioso. —Con ademán de incitar a la pelea, Tucker agitó la leche que quedaba en el cartón, como un indio que hiciera resonar los tambores de guerra—. No recuerdo que te quejaras de mis babas cuando tenía la cabeza metida en...

Hizo un gesto obsceno con la lengua, y Amelia le amonestó con un gesto que quedó opacado por su sonrisa.

—Pero qué elegante eres. Todo un caballero.

Con una risotada, Tuck dejó la leche a un lado y recorrió a pasos lentos la distancia que le separaba de Amelia, que empezaba a andar hacia atrás con una expresión que iba perdiendo seriedad. Sus ojos, que parecían el triple de grandes cuando brillaban de pasión como en aquel momento, le tenían hipnotizado. Todavía no se había puesto las gafas y tropezó contra la pila de vinilos, que cayeron hacia un lado como fichas de dominó.

—¡Ay, mierda! —Amelia se inclinó a tientas, recogiendo con suma reverencia el Unplugged de Nirvana en Nueva York para colocarlo con cuidado en su sitio.

Tucker sonrió. Aquel buen gusto de su chica por la música era una de las primeras cosas que les había hecho conectar. Los chicos de Aberdeen tenían mucha culpa de que ahora no pudiera vivir sin ella. Siguió acercándose, mientras chasqueaba la lengua y negaba con vehemencia.

—Así que cerdo, ¿eh?

—Y sin modales. —Amelia intentó esconder una risa cuando le vio golpear el pecho desnudo con los puños cerrados, pero le fue imposible conseguirlo. Tucker siempre la hacía reír, por eso no era capaz de estar enfadada con él mucho tiempo—. Todo un partido, la verdad. Bien por mi buen gusto.

—Eres una chica muy afortunada.

La cazó, claro que ella tampoco puso mucho empeño en escapar. Cayeron en la cama entre risas, Tucker enredado en sus piernas y ella recorriéndole la espalda con las manos. Se miraron a los ojos, y el resto del mundo perdió significado para los dos. ¿Qué más daba lo que fuera a pasar? ¿Qué importaba que Amelia estudiara fuera y se marchara pronto, o que él no deseara abandonar Kendall y a su familia? Saldría bien, porque de alguna manera, en aquel loco mundo donde nada tenía sentido, se habían encontrado.

—Para de beberte la leche a morro —susurró Amelia, repasando con la yema de los dedos el tatuaje con su inicial que Tucker se había hecho semanas atrás—. O dejaré de quererte, lo prometo.

La sonrisa ladina que recibió a cambio no la sorprendió. Era muy mala con los faroles, y Tuck lo sabía.

—Tú no podrás dejar de quererme nunca, Amelia. Sin importar lo que haga. Esa es tu maldición.

—¿Ah, sí? —Se estremeció cuando él la besó en el cuello, deslizando la boca por su piel cálida, que ya reclamaba sus caricias—. ¿Y cuál es la tuya?

Tucker levantó la cabeza, tenía los ojos encendidos de fuego, pero cuando habló su voz ronca sonó sincera, suave como el caramelo caliente, que se derramó sobre ambos. En la forma en que Amelia le miraba, sin prejuicios, se vio a sí mismo libre de cargas y ataduras, capaz de enseñar aristas que no mucha gente se había molestado en conocer. Amelia le había dado la opción de tener su propia identidad, y cuando la tenía así, tan cerca que sus alientos podían entremezclarse, lo único que le salía era agradecimiento.

—La misma. Nunca podré dejar de quererte, sin que importe lo que hagas.

Mirando a la nada, Tucker solo fue capaz de salir de la trampa de sus recuerdos cuando la leche que aún llevaba en las manos cayó al suelo y se derramó. El charco se extendió a sus pies, resonando en el espacio vacío con crueldad.

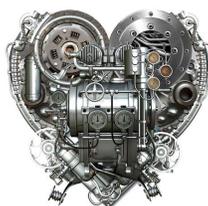
Demasiado agotado para moverse, Tuck se tapó la cara con las manos y ahogó un grito de desesperación que se le hundió en el pecho. No podía seguir así, el camino que separaba la añoranza de la locura era muy corto y él lo había recorrido casi por completo. Sabía que olvidar era imposible. Aquellos retazos de su imaginación, que se le aparecían para recordarle lo que le habían arrancado, eran como puñales que después no lograba sacarse, y aun así no podía dejar de recordarlos una y otra vez.

Agotado, caminó hasta dejarse caer en la cama, con la vista perdida en el techo. Le esperaba otra noche en vela, revolviéndose en unas sábanas que hacía mucho tiempo que habían perdido el calor de la única chica que había dormido en ellas.

—Sin que importe lo que hagas —le susurró a la nada que tenía alrededor, recibiendo por respuesta solo el eco de su propia voz—. Nunca me dejarás ir.

CAPÍTULO 3

*La inocencia no dura para siempre,
despiértame cuando acabe septiembre.*



La comida china se enfriaba en las bandejas, pero por más que ponía de su parte, Amelia era incapaz de comer. Había dado algunos sorbos a la copa de vino tinto que tenía delante y los efluvios afrutados del alcohol empezaban a nublarle el juicio a pasos agigantados. La conocida punzada de la sien izquierda se hacía notar, amenazando una jaqueca que convertiría el día siguiente en algo aún más penoso de lo que esperaba.

Escuchaba el sonido de los cubiertos de Logan, que se había vuelto a servir pollo con setas y bambú con la expresión plácida de quien sabía su vida bajo control. Comía relajado, con la corbata burdeos centrada sobre el cuello de la camisa y las mangas apenas remangadas. En su rostro descansado y satisfecho se adivinaban todas aquellas noticias que había avanzado por teléfono, y que, sin duda, se moría de ganas por contar tan pronto como acabara la cena. Amelia no podía compartir aquel entusiasmo, de hecho, había estado a punto de inventar excusas para pasar esa noche, aciaga y tormentosa, encerrada en su apartamento de estudiantes, pero al final le había faltado valor. O velocidad para mentir de forma convincente.

El error al reservar el vuelo para volver a Kendall seguía suspendido sobre su cabeza, golpeándola de forma repetitiva y haciendo que se sintiera miserable y tonta. Había intentado todo cuanto se le había ocurrido, pero finalmente no tuvo más remedio que rendirse a la inevitable verdad: volvería al pueblo mucho antes de estar preparada para hacerlo, y, a menos que su cuenta corriente rebosara ceros de repente, no había nada que pudiera hacer para retrasar el momento.

—Vale, ¡no puedo esperar! —La voz de Logan la arrancó abruptamente de sus pensamientos. Con un respingo, lo miró a la cara, solo para encontrarse de frente con aquella sonrisa de anuncio de dentífrico de la que tan orgulloso estaba él—. Sé que prometimos no hablar de negocios durante la cena, pero...

—¿Negocios?

—La razón por la que he hecho malabares para cenar contigo, Amelia, no tenía solo que ver con que te fueras mañana a casa de tu madre. Ha ocurrido algo en la reunión de esta mañana, algo que necesito contarte.

El brillo entusiasta de su mirada fue bastante elocuente: Logan no había visto que ella también era portadora de grandes noticias, aunque, por lo visto, las de él eran mucho más positivas y urgentes. Amelia lo sentía mucho, pero su gran capacidad empática se sentía frustrada por no recibir ningún tipo de retribución. No estaba para charlas alegres, ni para sentirse contenta por nadie más.

—Logan, lo siento, pero ahora mismo no puedo enfrentarme a nada...

—Acabo de comprar una empresa.

Paralizada, Amelia no supo que decir. De algún modo, su yo irracional había esperado que Logan notara las sutiles señales de que algo no iba bien en ella. Extrema palidez, incapacidad para comer un menú que le encantaba, nerviosismo, titubeos..., se tenía por una chica bastante transparente y, sin embargo, él había pasado por alto sus mudos gritos de auxilio para seguir adelante con aquello que, por lo visto, no podía quedarse en el tintero.

Con su sonrisa iluminando la estancia, Logan hizo un gesto vago con la mano, como si quitara importancia a una hazaña de la que, en realidad, se moría por presumir.

—Es algo modesto, una empresa de *software* prácticamente recién nacida, pero tiene muchas posibilidades —explicó, removiendo el vino con sofisticación—. Drew recibió el chivatazo de que saldría a bolsa el jueves, ¿recuerdas a Drew? Hicimos juntos un semestre y te lo presenté en aquella fiesta donde acabamos saltando en pelotas por la terraza... Bueno, pues Drew trabaja en la oficina de patentes y supo de estos tíos, que iban a registrar su empresa. Buscaban un socio capitalista que pudiera inyectar una buena suma al proyecto para ponerlo en marcha, y adivina qué: Logan Beau estaba en el momento preciso para estampar la firma. A mi nombre, Amelia, sin los sellos y los emblemas de los buques insignia de mi padre. —Levantó la copa, brindando con el aire que entraba a través de la ventana abierta y que dejaba un agradable aroma a noche fresca deambulando por el comedor—. Martin Beau queda fuera y no tendrá nada de control. He puesto casi la mitad de mi fondo económico personal. Dios, ¡es una locura! Unos tres millones, ¿puedes imaginártelo? Los abogados dicen que es bueno, fue todo muy rápido, pero tomé mis precauciones.

Es mi primer paso fuera de la sombra de mi padre, una oportunidad de las que solo se presentan...

—Tengo que volver a Kendall el lunes.

Si Logan se sorprendió por la noticia, solo lo demostró con un incómodo parpadeo. Despacio, soltó la copa y cruzó los brazos sobre el pecho, dejando que los músculos que trabajaba en cada momento libre con que contaba se marcaran sobre la tela de la camisa.

—Amelia, no había terminado de contarte lo de mi reunión. He comprado una empresa. Mi primera empresa, por tres millones de dólares americanos, ¿es que no me has oído?

Ella soltó la servilleta sobre la mesa. Por lo visto, la agradable velada que ella había sido incapaz de disfrutar había terminado para ambos.

—¿Has oído tú cuando te he dicho que no podía prestar atención a eso en este momento? Porque he sido tan clara como una telefonista bien entrenada. — Se tocó la sien, casi notando las venas hinchadas de su cerebro a través de la piel —. No parece que me hayas hecho ningún caso.

—¿Disculpa? —Ofendido, Logan apartó el plato—. Me parece increíble que seas tú la que haga esa acusación. ¿Conoces a muchas personas capaces de comprar una empresa completa en una jornada de trabajo? ¿Es tan usual para ti que no le das importancia en absoluto?

—Tengo mucha presión ahora mismo, Logan. No puedo...

—¡Solo tienes que escucharme, Amelia, quedarte ahí sentada sin hacer nada y poner expresión de asombro, es todo lo que pido! ¿Tan difícil te resulta?

«Él habría sabido que me pasaba algo nada más mirarme a la cara, lo habría leído dentro de mí como si pasara las páginas de un catálogo de vehículos de ocasión. Me conoce hasta ese punto... o lo hacía, hasta que decidió que ser un cobarde y salir huyendo era más importante que mis sentimientos.»

Logan, que estaba muy acostumbrado a ser el centro de atención en cualquier lugar donde se encontrara, se levantó de la mesa con ademán ofendido. Esbozó una sonrisa irónica y luego se presionó el puente de la nariz. La escena era ridícula y, desde el punto de vista de Amelia, completamente rocambolesca. Estaban teniendo una pelea sin que pudieran considerarse pareja y todo porque él, como el niño mimado que siempre había sido, demandaba una atención que ella no podía darle.

Quizá haber cometido un error al reservar su vuelo no era tan impactante cómo gastar tres millones de dólares en unas pocas horas, pero Amelia decidió que la partiría un rayo antes de tener que disculparse por sus propias preocupaciones. Estaba cansada. Le dolía la cabeza y su plan de trabajo había

sufrido un vuelco dramático en las últimas horas. El humor de Amelia no era el idóneo para interpretar el papel de novia orgullosa.

Porque no lo era.

—Te has apuntado un tanto por encima de tu padre. Muy bien, Logan, lo entiendo. Sé lo que eso significa y me hago a la idea de que debes estar eufórico por haber puesto en riesgo parte del fondo que él te proporcionó, por el simple hecho de nacer, en esta... aventura que has corrido de la noche a la mañana. —Alterada, Amelia también se puso en pie—. Si pierdes el dinero, le castigarás, pero si todo te sale bien, lo habrás hecho sin él.

—¿Sabes? No sé para qué me he molestado. No sé por qué me he esforzado y he creído que necesitaba compartir este momento contigo. Está claro que no lo valoras, Amelia. —Con un gestó nervioso, Logan se bajó las mangas, abrochándose los gemelos con una torpeza que demostraba su alteración mucho más de lo que lo hacían sus palabras—. Creí que te importaba más. Creí... que mis necesidades significaban más para ti. Pero veo que me equivocaba.

Amelia puso los ojos en blanco. ¿Sus necesidades? Era mucho decir para alguien famoso por no preocuparse más que por sí mismo.

—Para ser un hombre cuya premisa es «no me hagas preguntas y no tendré que pensar en una respuesta que termine la conversación» estás siendo un poquito dramático, ¿no te parece?

—¿Yo soy el dramático? Por Dios, Amelia, aterriza de una vez. Vas a tener que volver a ese dichoso pueblo antes de lo esperado. ¿Y qué? Por más caras largas y ceños de preocupación que pongas, sigo sin ver por qué estamos siquiera perdiendo el tiempo con eso.

«Díselo.» Algo en su interior, algo fuerte y lleno de rabia, casi la empujó para que recorriera la distancia que los separaba y lo encarara con todas las cartas vueltas hacia arriba. Nada más que un puñado de personas conocía la historia completa, y Logan no estaba entre ellas. Cuando se habían conocido, Amelia se creó una nueva identidad. Se mostró a sí misma como una chica segura y ambiciosa, no como alguien tonto y lleno de inseguridades a quien habían hecho mucho daño en el pasado. La mujer que era en Berkeley estaba en constante conflicto con la que se había quedado en Kendall, porque ambas formaban parte de ella. La confianza y la inseguridad. La capacidad de superación y el miedo, todo se le mezclaba, y una vez que pisara Florida, separarlo le iba a ser muy difícil.

Había tomado malas decisiones... Demasiadas. Se había aferrado a promesas y creído en sentimientos que luego se habían desvanecido como un castillo de naipes. Tucker no había estado a la altura, aquel amor, lo único en lo que ella había creído ciegamente, no había sido suficiente.

—No lo entiendes —susurró, sin saber en realidad si quería dar explicaciones—. No es tu culpa, Logan. Te han criado para ser lo más importante en cualquier habitación, y está bien. Normalmente no me importa. Es cómodo no tener que hablar de mí misma, limitarme a oír lo que tienes que decir dejando mis recuerdos y momentos vergonzosos enterrados, pero ahora no puedo hacerlo. No te pido que lo comprendas, ni que veas lo que siento desde la misma perspectiva que lo hago yo, porque eso sería imposible. —Volver antes de tiempo a un lugar pintoresco donde su abuela hacía repostería casera y la regaba con chocolate caliente. Amelia emitió un suspiro, parecía una lunática al quejarse—. Lo único que pretendo es que, al menos por esta noche, aceptes con deportividad que mis emociones y mis fuerzas no pueden centrarse en ti, porque no me siento yo, y no puedo pedir perdón por eso.

Logan la observó callado. Intentó acercarse, pero, quizá por falta de costumbre, no supo si era eso lo que se esperaba de él. La relación que mantenía con Amelia solía estar exenta de ese tipo de obligaciones emocionales por su parte, sin embargo, apreciaba a la chica lo bastante para bajar su ego un poco y permitirse asumir que, quizá, estaba ante uno de esos momentos donde se comportaba como un gilipollas sin darse apenas cuenta.

—Eres una de esas raras chicas hogareñas, Amelia. Disfrutas estando con tu familia, pasando las fiestas llevando jerséis de lana, tú... —Logan se apoyó en la barra americana, esforzándose sinceramente por comprender la situación—. Eres de las que llama a casa a menudo y comparte confidencias. La lógica dicta que tendrías que estar feliz.

Amelia esbozó una sonrisa. Él no la conocía en absoluto, y eso estaba bien. No era un descubrimiento que le doliera, ni nada que no esperara ya.

—Hay cosas en Kendall a las que me cuesta enfrentarme, Logan. No me gusta pensar en mí como una cobarde, pero cuando me veo sobrepasada tengo ideas... ilógicas y sin ningún sentido. —Le miró con afecto, consciente de que lo que había pasado por su mente era una locura que, en realidad, no solucionaría nada—. Soy una persona capaz de enfrentar sus problemas sola, aunque no siempre lo haya demostrado. Estar aquí, contigo, me ha hecho albergar la esperanza de que quizá tú me pedirías que me quedara y eso me libraría de tener que plantar cara a una situación a la que no me quiero enfrentar. No es justo por mi parte decírtelo y, desde luego, nunca me has dado muestra alguna de que deba esperar algo así de ti, y lo siento, Logan. Siento que mis problemas hayan opacado tu gran momento y siento haber vaciado toda mi frustración en ti. No quería hablar del tema y sigo sin querer..., así que creo que, antes de seguir diciendo cosas que nos avergüencen por la mañana, debemos dejar la conversación morir en este punto.

Mortificada, Amelia se dio la vuelta y recorrió el pasillo en dirección al dormitorio. Se sentía estúpida y vulnerable, exactamente igual que tres años atrás. Odiaba a Tucker por seguir teniendo aquel poder y, sobre todo, se odiaba a sí misma por creer que atarse iba a ser una solución.

Se había acercado a Logan precisamente porque estar cerca de él no le suponía ningún peligro emocional. Era divertido, sensual y lo bastante despreocupado para dejar a Amelia llevar sus asuntos por la senda que a ella más le conviniera, sin dar explicaciones ni contar con él para ninguno de sus planes y aspiraciones. Entre ellos no había amor, no existían promesas ni había un futuro común en el que ambos debieran trabajar. Todo aquello había muerto tiempo atrás y Amelia no estaba en disposición de resucitarlo.

Abrió la mochila y empezó a guardar sus efectos personales dentro, sintiendo que se ahogaría si seguía un minuto más en aquella casa. Era tan tonta, se había comportado de una forma tan poco madura que ni siquiera era capaz de mirarse a sí misma en un espejo. «Pobre Amelia», pensó con ironía. Por lo visto las cosas no cambiaban..., y una vez más, había permanecido esperando que un hombre hiciera promesas que le solucionaran la papeleta. Igual que la última vez.

—Lo que haces no es justo. —Oyó a Logan a su espalda. No le miró, pero supo que estaba acodado en la puerta del dormitorio, mirándola coger sus cosas de forma compulsiva. Estaba dando una escena sin que le correspondiera, y ambos lo sabían, sin embargo, el tono de voz de él fue pausado y tranquilo—. No puedes soltarme una bomba como esa y luego pretender que no has dicho nada, Amelia. Las cosas no funcionan así.

«Nosotros no funcionamos así», él no lo dijo, pero no hacía falta. Estaba implícito en cada una de sus palabras.

—Pensé que querías una pausa. Y está bien. Los dos sabemos que no tenemos una relación en la que primen las conversaciones sobre sentimientos. —Lanzó el cepillo dentro de la mochila y este rebotó contra su estuche de insulina, provocando un ruido sordo que llenó la habitación—. Estoy intentando hacer mi salida dentro de contexto, dejarte solo para que disfrutes del resto de la noche y acabar con todo este drama que he montado yo sola de una vez. Si salgo ahora, llegaré a Plymouth, a casa de mi madre, en un par de horas. Es lo mejor.

Cogió un jersey y empezó a doblarlo; y después lo dobló otra vez, porque, por lo visto, además del amor propio había perdido también la capacidad para hacer una maleta en condiciones. ¿Qué rayos le pasaba? ¿Por qué perdía el control de esa manera?

—Vamos, no hagas eso. Eh..., mírame, Amelia.

Logan la tomó de los brazos, obligándola a girarse hacia él. Parecía relajado, pero no era demasiado bueno ocultando sus pensamientos bajo ninguna fachada, porque jamás había tenido que hacer algo que no quisiera. Amelia le miró fijamente y lamentó cada palabra que había pronunciado, porque aquello no tenía nada que ver con él, ni siquiera con lo que ambos tenían. Ella no quería a Logan implicado en su relación. No quería que le pidiera que se quedara ni que actuara como lo estaba haciendo en ese momento, con comprensión y, quizá, un poquito de inquietud. Todo en su lenguaje corporal gritaba que él estaba preparándose para darle unas explicaciones que nunca habían sido necesarias y que, desde luego, ella no necesitaba.

Lo único que Amelia quería de verdad era ser capaz de retomar el control sobre todo lo que estaba ocurriendo. Y ser capaz de reconocer que aquella insatisfacción que sentía, ese amago de enfado que la recorría por dentro, solo tenía un destinatario, y era ella misma.

—Siempre hemos dicho que mientras estemos, estaremos, Amelia. Así fue desde el principio y siempre pareció ser suficiente para los dos. —Con la mirada fría, Logan hizo un esfuerzo por encontrar las palabras que expresaran lo que pensaba sin ningún género de duda. El aprecio que sentía por Amelia era muy intenso, pero sus sentimientos no pasaban de ahí. Quizá nunca lo hicieran—. Eso era lo que querías, dejaste muy claro que no buscabas nada más, y a mí me pareció perfecto. Entonces, de repente..., me sueltas esa locura, esperando algo que los dos sabemos que, en este momento, no puede ocurrir. —Su mirada suspicaz, la desarmó. Por primera vez, Logan la abrió y echó un vistazo a lo que ocultaba, dejándola expuesta. Amelia apartó la vista, pero era tarde. Él ya lo había comprendido. Todo aquel sinsentido se lo había gritado en la cara—. Esto no es por mí interpretando el papel del tío que intenta retenerte, ¿verdad? Es por otra persona que te dejó marchar y a la que todavía no has perdonado por eso.

Amelia no respondió, pero tampoco hizo ademán de negar lo que era evidente. Logan y ella no se habían mentido nunca y, pese a las particularidades de su relación, lo que tenían era, según ella quería creer, lo bastante verdadero como para merecerse un mínimo de honestidad por su parte. Él respondió a su silencio soltándola despacio. Se metió las manos en los bolsillos y cambió el peso de un pie a otro varias veces, mientras se daba tiempo para ordenar sus ideas.

—Mientras estemos, estaremos. —Oyó decir a Logan, que repetía aquellas palabras como si decirlas en voz alta aclarara todas las dudas que habían empezado a anidar en su pecho—. Yo pasaré las Navidades según lo que había planeado, Amelia. Y te juro que voy a intentar por todos los medios no pensar en

nada de esto. No voy a presionarte, no voy a preguntarte. Si vuelves y todo es como ahora, estaré aquí y nada será distinto para mí.

—Pero no vas a esperarme. —No era una pregunta, los dos lo sabían. Como sabían que, aunque Logan no asintiera, aquello era lo que subyacía en sus palabras. Aprovecharía sus oportunidades cuando estuviera lejos, y suponía que, de darse el caso, Amelia haría lo mismo. Ese era el trato, después de todo. Amelia suspiró, no estaba sorprendida—. Ni yo te pediré que lo hagas.

—De algún modo pensé que esto siempre sería así —murmuró Logan con los ojos puestos en ella, acariciando con las yemas de sus dedos la piel suave de Amelia—. Supongo que era demasiado fácil, tener a una chica como tú para mí solo, sin complicaciones ni problemas. —La miró por fin, componiendo una sonrisa que casi pareció sincera—. Ojalá puedas resolverlo, Amelia. Me gustaría que pudiéramos seguir estando..., me gustaría mucho.

CAPÍTULO 4

*El caso es que yo sigo aquí,
buscando mil motivos que ayuden a seguir.*



—¿Que has tenido un accidente? ¿Cómo que has tenido un accidente? ¿Con el coche? ¿Cuándo?

Tucker dejó las servilletas a medio doblar, tiradas de cualquier manera sobre los platos que acababa de colocar en la mesa. Con el ceño fruncido, miró a Bianca con todo el reproche del mundo asomando a sus ojos oscuros. Echó una mirada hacia la puerta de la cocina, casi esperando ver aparecer a Krista haciendo aspavientos.

—¿Quieres bajar la voz? —la regañó, haciendo lo propio y enronqueciendo el tono—. No necesito otra «Acción de Dramas».

«Bastante tenía con su penitencia anual», pensó. Estar ahí y compartir mantel con una madre que odiaba las fiestas más que nada en el mundo, pero que no se saltaba la celebración ni un solo año. Era su castigo, y lo llevaba a rajatabla.

—Pero ¿qué ha pasado? Eres insoportable conduciendo, me cuesta creer que hayas golpeado el coche.

—No lo he golpeado. —De un tirón, Tucker le quitó a Bianca los cubiertos de las manos—. Lo he rozado dando marcha atrás. Algo sin importancia.

—¿Tú? ¿Arañas tu preciado coche y dices que no tiene importancia? ¿Seguro que no te has dado con algo en la cabeza?

—Me distraje un segundo, algo muy peligroso mientras conduces — advirtió, con el dedo índice bien levantado ante la cara de Bianca—. ¿Qué pasa? ¿Es que tú nunca te distraes?

—Tengo dieciséis años, Tuck. Vivo distraída. —Con una maña sorprendente, Bianca empezó a doblar las servilletas de tela en forma de paloma

—. Lo que no acaba de entrarme en la cabeza es que lo hayas hecho tú. Espero que seas consciente de que voy a darte la lata con eso durante el resto de nuestras vidas. Cada vez que me hagas un reproche cuando yo esté conduciendo o intentes darme lecciones...

—Dame un respiro, cría. Tengo dos trabajos.

Bianca soltó una risa y, a su pesar, Tucker estuvo tentado de hacer lo mismo. Con manos nerviosas se tiró del cuello de la camisa, maldiciendo la idea de habérsela puesto. ¿Por qué se esforzaba tanto? En su familia hacía mucho tiempo que las tradiciones festivas habían perdido lustre, que se vistiera con algo planchado no iba a cambiar el tono amargo que tenían ese tipo de cenas para ellos. Sin embargo, lo había hecho. También estaba afeitado y se había vuelto a poner el colmillo colgando de la oreja. No es que esperara que las cosas fueran a mejor solo por hacer pequeños cambios en su persona, pero, al menos, intentaría que no empeoraran.

Se esforzó en alinear los platos y apreció con un gesto de la barbilla el trabajo de Bianca doblando las servilletas. No habían sacado ninguna vajilla buena, y como ninguno de ellos tenía un paladar demasiado exquisito, comerían alitas de pollo picantes y puré de patata, que era la receta que mejor le salía a su madre. Tal vez no fuera muy espectacular, pero cumplirían con la tradición de sentarse todos a la mesa y dar gracias por tenerse los unos a los otros.

Aunque, como siempre, el lugar vacío de Magnus destacaría por encima de todo el ruido que pretendieran hacer con los cubiertos.

Mientras Tucker colocaba la cesta de pan, perdido en sus pensamientos, Bianca miraba disimuladamente el reloj que llevaba en la muñeca. Se había arreglado el pelo con mucho cuidado, alisándolo hasta las puntas, que giraban en un gracioso rizo antes de caer sobre su espalda. Llevaba un vestido que se le entallaba en la cintura y unas medias tupidas de color oscuro. Estaba realmente guapa, y las curvas que marcaba la tela de lana de la prenda le dolieron a Tuck en lo más hondo del pecho.

—¿Qué haces mirando tanto la hora? Sabes que Santa Claus no viene hasta Nochebuena, ¿verdad?

Bianca le respondió con un corte de mangas acompañado con una sonrisa. Aspecto angelical y carácter explosivo, algo que volvía locos a los hombres, sin importar la edad que estos tuvieran. Aunque, para Tuck, ella siempre sería una niña, Bianca había crecido ante sus narices sin que se diera apenas cuenta.

—Muy bonito —le dijo negando con la cabeza—. A saber a quién coño has salido.

—He quedado... después de cenar. —Bianca pretendió no mostrar nerviosismo, pues ceder una milésima de terreno con su hermano significaba

perder la guerra. No obstante, estaba demasiado tensa y no pudo evitar mordisquearse una uña mientras aguantaba la mirada de Tucker. Una hora de manicura que caía en saco roto—. Con unos amigos. Compañeros de clase.

—¿Sabes eso que te conté un día... sobre dar demasiadas explicaciones? Es sospechoso. Tienes pinta de ocultar mierdas muy desagradables, Bianca.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan exagerado?

—¿Qué amigos son esos?

—Como si darte sus datos y direcciones fuera a hacer que los conocieras...

—Bianca cruzó los brazos sobre el pecho, pero aquella situación ya le era conocida y sabía que no podría salirse por la tangente. Tucker no soltaría el hueso hasta haberlo hecho pedazos, así que más le valía facilitarle las cosas—. Erika, mi mejor amiga, a la que conoces desde que teníamos cuatro años, y Dean, mi compañero de experimento en biología.

—¿*Sujetavelas*, Bi? ¿En serio? Un poco triste para Acción de Gracias, incluso para nosotros.

—No es eso. Yo... la... la *sujetavelas* es Erika, en realidad.

Se mordió el labio. Fue un segundo, pero Tuck era hombre y había estado en el juego el tiempo suficiente para reconocer las señales. Amelia se mordía el labio también a veces, sobre todo en la deliciosa incertidumbre de las primeras citas, cuando no sabía si él intentaría besarla, si la tocaría o si querría quedar con ella otra vez. Él enmascaraba el nerviosismo con una actitud chulesca, pero las chicas como su hermana y como Amelia, las buenas chicas de verdad, no pretendían ni fingían, eran sinceras y mostraban sus emociones a las claras.

La comparación le dolió por muchas razones, y recordar momentos pasados, donde había sido más feliz que nunca, tampoco ayudaba. Con un carraspeo se ajustó la cinta que sostenía su pelo en la frente y se señaló la cara con el pulgar. Bianca ya estaba enarcando las cejas, pero no dejó que eso le conmoviera. Era su hermano mayor; por principios, debía intentar frustrar sus planes románticos tanto tiempo como pudiera, antes de que ese tren descarrilara para siempre.

—Mira bien mi cara y memoriza cada palabra porque no te prohibiré esto más que una vez, cría.

—¡No soy una cría, Tucker! —La patada en el suelo contradijo sus palabras, pero la voz no le tembló al pronunciar cada sílaba—. Tengo casi diecisiete años y todo el derecho a salir con mis amigos.

—Casi, siguen siendo dieciséis. Y, además..., ¿amigos? Ningún tío llamado Dean es un amigo, y menos con la cara de cordero que se te pone cuando lo nombras.

—¡Eso no es verdad!

—Es una fiesta familiar, Bianca. Y aunque nuestra cena apeste hasta estando cruda, tienes que quedarte aquí... con mamá.

La mirada que ella le dedicó fue más elocuente que cualquier insulto. Tucker estaba siendo egoísta, pero saberlo no le haría cambiar de actitud. Si estuviera en su mano, protegería a Bianca de muchas cosas, como la tristeza y los momentos feos de la vida; por supuesto, no podía librarla de la muerte, la pobreza o la decepción, esas eran cosas que acechaban en cada esquina y contra las que no podría luchar. Pero sí era capaz de enfrentarse con los culpables de que las buenas chicas sufrieran por tener el corazón roto.

Bianca no tenía por qué padecer bajo un amor mal entendido, ser infeliz junto a alguien que no sabría tratarla como ella se merecía. En unos años, cuando fuera adulta, podría conocer a un chico que valiera la pena, pero, por el momento, todos eran carne de cañón para Tucker, crueles, amando mal, haciendo daño estando y, luego, dejando de estar. No quería para ella lo que él mismo había sufrido. Esa clase de decepción agriaba el corazón de una persona y Bianca no merecía algo así.

—No puedes prohibirme que tenga vida, Tucker. Ni usar a mamá como excusa, ¿qué te pasa? —De un manotazo lanzó contra el centro de la mesa la servilleta en forma de paloma que había dejado cuidadosamente sobre el plato que tenía delante—. ¿Como tú no eres feliz no podemos serlo los demás?

—¡Intento cuidarte, Bi! ¿Es que no lo entiendes? A lo mejor si yo hubiera tenido a alguien para aconsejarme no habría cometido tantos errores y quizá ahora sería feliz.

Bianca negó con la cabeza, bajando la mirada, porque le dolía seguir enfrentándola a la de su hermano. Tucker era un cabezota que vivía encerrado en su frustración y su malhumor. Ella podía entender el dolor que sentía; aun cuando la historia había transcurrido de pasada para ella, y Tuck nunca había querido darle demasiados detalles, era lo bastante lista para atar cabos. Y también sabía escuchar tras las puertas.

La tal Amelia había destrozado a Tucker sin posibilidad de reparación. No estaba segura de qué había pasado entre ellos, pero el fantasma de esa chica volaba alrededor de su hermano día y noche sin parar. A lo mejor los dos habían pagado caros los errores que habían roto su relación, Bianca no lo sabía, pero su hermano había estado dolido y enfadado desde entonces.

Lo sentía por él, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a permitir que la encerrara en una burbuja a la que nadie pudiera acceder. Sobre todo porque había escogido a alguien por quien sentía cosas lo bastante fuertes como para dejarle acercarse más a ella, hasta romper con toda distancia.

—Dean es un buen chico. Me gusta, Tuck. Y yo le gusto. Quiero conocerle más, y para eso tengo que salir con él.

Nervioso, Tucker se pasó la mano por la mejilla. Odiaba aquella inquietante suavidad, no pensaba volver a afeitarse.

—Pues procura que deje de gustarte. De que los sentimientos de él cambien, ya me ocuparé yo.

Fuera de sí, Bianca puso las palmas de las manos sobre el pecho de su hermano y le dio un empellón. Para frustración de su amor propio, apenas pudo mover a Tucker del sitio, pero esperó que el gruñido que emitía fuera lo bastante elocuente como para dejar bien clara su posición.

—Escúchame, eres mi hermano, y aunque la mayor parte del tiempo te comportes como un grano en el culo, te quiero. —Lo señaló con el dedo y, por un incómodo segundo, él vio a su madre reflejada en el rostro de Bianca. También vio a una chica con carácter capaz de enfrentar a alguien mayor que ella, lo que, sin remedio, volvió a llevarle a Amelia—. Como te metas en medio y le digas algo, dibujaré en tu coche con mis llaves, ¿está claro? Acepto que me cuides, pero no que me impidas vivir. No eres papá, Tucker.

Tragando saliva, él la tomó con cuidado de la muñeca, bajándole la mano amenazadora para poder mirarla a la cara. Era tan bonita que verla seguir creciendo iba a convertirse en una jodida pesadilla.

—No, no soy papá. —La miró con serenidad, los ojos puestos en ella fijamente—. Yo sigo aquí.

El sonido de cristales rotos les sacó a ambos de su discusión particular. Aunque tenía la mirada brillante, tal vez de lágrimas que no había derramado, Bianca negó con dureza, haciendo unos movimientos de cabeza tan fuertes que parte de sus mechones bien peinados se movieron. Le hizo un gesto a Tucker, indicándole sin palabras la cocina, donde su madre acababa de dar los últimos toques a la cena. Al menos, en teoría.

—Parece que este año empezaremos antes. ¿Eso es lo que nos espera el resto de nuestra vida, Tuck? Porque, si es así..., puede que tú no vayas a largarte, pero yo espero poder hacerlo.

—Yo me ocupo —fue lo único que pudo contestar, aunque sabía bien que sus palabras valdrían de poco ante el gesto decepcionado de su hermana—. Acaba de poner la mesa, cenaremos en unos minutos.

—Sí, ya...

Tucker solo necesitó un par de zancadas para llegar a la cocina. Había trozos de vidrio por todas partes, y algunos acabaron hechos polvo bajo sus zapatos. Krista estaba junto a la encimera, mirando sin ver cómo la fuente de alitas picantes daba vueltas en un horno puesto a la potencia suficiente como

para llenar el ambiente de un calor sofocante. Junto a ella, una botella de vino por la mitad.

Con un suspiro cansado, Tucker apartó algunos cristales a patadas y, antes de pronunciar palabra, agarró el recogedor y empezó a apilarlos. Se fijó, con consternación, en que su madre todavía no se había arreglado. Iba vestida de andar por casa, con zapatillas y el pelo sin lavar. Para tratarse de una mujer que lo miraba como si fuera el diablo cuando tenía una sola mancha de grasa en la ropa, aquella era una estampa deplorable. Parecía casi como si se esforzara en mostrar su peor cara en fechas como esa.

Lo cual, probablemente, era cierto.

—Ya no hay fuente de cristal para el pollo —anunció sin girarse, sirviéndose otro culín de vino en una copa que tenía entre los dedos—. Se me ha resbalado.

Tuck no se lo creyó ni por un segundo, pero había entendido hacía mucho tiempo que intentar razonar con un borracho no era lo más inteligente.

—Comeremos directamente de la del horno —dijo sin más, oyendo caer los cristales que había recogido al cubo de la basura—. Mejor. Menos que fregar luego.

Mantuvo el recogedor bien sujeto entre los dedos y todo su cuerpo se tensó al oír la dureza con la que su madre dejaba la copa, de nuevo vacía, sobre la encimera. Estuvo seguro de que habría más loza rota que tirar antes de que llegaran a los postres, si acaso alguno tenía el estómago suficiente para tomar la cena completa.

—No podemos comer de la fuente del horno. Las familias decentes no comen como cerdos.

—Usaremos cubiertos, mamá. Y servilletas. Hasta masticaremos con la boca cerrada, no te preocupes. Seremos unos cerdos de lo más sofisticado.

La vio darse la vuelta despacio, con los movimientos torpes propios de quién ha bebido más de lo que puede soportar. Al mirarla, con los ojos marcados por ojeras y signos de agotamiento que la recorrían entera, Tucker sintió una ira sorda anidarle en el pecho. Su madre había sido una mujer extraordinariamente fuerte, que siempre había conseguido lo que quería, aunque fuera para mal. Se casó con Magnus porque se había enamorado de él, y había decidido que no había otro hombre en el mundo para ella. Le quiso en todo momento, incluso cuando bebía para evadirse de problemas que nunca compartió, cuando se aislaba y se marchaba durante días, sin decir adónde iba ni con quién.

Aquel fue un matrimonio plagado de maltrato emocional por ambas partes. Krista exigía atención, amor y desvelos constantes, pero el hombre al que había arrastrado al altar vivía sumido en una decepción profunda que nunca pudo

explicar. El alcohol, las ausencias y sus silencios eran cada vez más prolongados, hasta que, al final, el cuerpo físico que habitaba Magnus se hizo demasiado pesado para seguir cargándolo. Una botella de *whisky* y una curva cerrada terminaron con su existencia miserable. Y dejaron a su viuda sumida en una pena que jamás la abandonó.

—Hoy deberíamos haber comido pavo.

—Mamá, por favor...

—Si tuviera un marido capaz de trincharlo, podría haber cocinado pavo, ¿sabes? Como en todas las casas con familias normales.

—Somos una familia normal. —Tucker apartó la botella, impidiendo que volviera a servirse vino—. Y yo soy capaz de trinchar el pavo. Tú me enseñaste.

—No será lo mismo... sin tu padre..., nunca es lo mismo.

Intentó evitarlo, pero el gruñido subió por la garganta de Tucker con la fuerza de la lava que ascendía por el volcán. Cada año desde la muerte de Magnus tenían aquella conversación surrealista. Sin apenas cambiar los argumentos, su madre se hundía en su acostumbrada espiral de añoranza y lástima por sí misma, renegaba de las fiestas, de quienes las pasaban felices y maldecía con su actitud destructiva lo poco que le quedaba alrededor.

Con su hermana ansiosa por abandonar el nido y la poca fuerza que le quedaba a él para seguir manteniendo a flote a quien tan desesperadamente deseaba ahogarse en un mar de lamentaciones, Tucker estaba harto de luchar. Mantener unida a una familia que tiraba en todas direcciones se le estaba haciendo cada vez más cuesta arriba, y no estaba seguro de ser capaz de aguantar mucho más tiempo.

—Tienes razón, no es lo mismo porque yo estoy sobrio y no me temblaría el pulso al sujetar el cuchillo.

—No digas eso, hijo..., no digas...

—¡Tienes una familia, mamá! ¡Me tienes a mí y tienes a Bianca! Y aunque no seamos perfectos, aunque todos tengamos mierda que tragar, lo hacemos aquí, en esta casa. No buscamos la salida fácil. —De un estrépito lanzó la botella contra el fregadero, que se hizo pedazos, desparramando el líquido oscuro que goteó por las cañerías, perdiéndose de vista—. Los que quedamos no buscamos la salida fácil. Lo prometimos.

Recibió el peso de su madre contra el pecho cuando a ella la abandonaron las fuerzas. Rodeándola con los brazos, Tucker miró al techo, con la garganta cerrada a causa de la presión que sentía, y la sostuvo. Oyó a Krista lloriquear con torpeza, medio perdida en la niebla de la bebida. Le mojó la camisa que se había puesto, y luego empezó a removerse con inquietud. Como era más alto y fuerte que ella, en un principio Tuck solo afianzó el agarre por temor a que las piernas

de su madre cedieran y se quedara dormida sobre él, pero entonces, al verla cerrar los puños, comprendió que estaba intentando golpearle.

Confuso, la dejó apartarse lo suficiente como para atacarle con las manos cerradas, dándole en el pecho sin apenas fuerzas mientras intentaba en vano controlar el llanto.

—¿No buscamos la salida fácil? —le gritó, con una voz ronca que no parecía suya—. He visto el coche. He oído a tu hermana. Tú también lo prometiste, ¡me juraste que eso nunca pasaría de nuevo, que no tendría que pensarlo siquiera!

A Tuck le llevó varios segundos comprender de qué hablaba. Con una maldición que sonó demasiado baja para que ella le escuchara, comprendió que el Corolla rojo era visible desde la ventana lateral de la cocina. Su madre debía de haber visto los arañazos y sacado conclusiones.

—Mamá..., para.

Pero estaba ciega de rabia. No veía más que la tragedia más grande de su vida repitiéndose ante sus ojos como una mala película de serie B. Cuando no tuvo fuerzas para seguir golpeándole, se volvió a dejar caer contra la encimera, agotada de solo moverse. El horno emitió un pitido y el olor a quemado de las alitas de pollo inundó la cocina. Tucker se tapó la cara con las manos, cogiendo aire con fuerza y tratando de dejar sus propios demonios a un lado para ayudar a su madre con los suyos.

—Di marcha atrás en el salón de tatuajes sin mirar bien... Hay obras y estaba distraído por los plazos de entrega y... la prueba de pintura salió mal de cojones. Yo... Mamá, no pasó nada, de verdad. —Era cierto, aunque a medias. Había visto los tablones apilados para la ampliación del mostrador. Había tenido los dedos sobre el volante un segundo antes, un leve giro, un minúsculo movimiento de muñeca, habría salvado la carrocería de la fea marca que la cruzaba ahora. Pero...— Pusieron unas maderas en medio y no las vi, eso es todo. Esto no es... un *déjà vu* ni nada por el estilo. No voy a reventarme la cabeza con el coche.

Si ella le había creído o no, Tucker no lo supo. La vio agacharse con dificultad, ponerse unas manoplas desgastadas por el uso y sacar las alitas quemadas del horno. Con un golpe seco, soltó la bandeja sobre la encimera, aspirando con desagrado el olor y viendo como la textura dorada del pollo se había tornado en un tono negruzco.

—No creo que podamos cenar esto..., aunque teniendo en cuenta nuestro historial, quizá sea lo más apropiado.

—Mamá, vamos..., ¿cómo tengo que decirte que está todo bien?

Krista le miró un segundo, rozándole su mejilla con una mano que estaba muy fría. Le sonrió, pero Tucker no vio emoción alguna en ese gesto.

—Intenté quererle de la manera que él necesitaba, hijo. De verdad lo hice. Si mi cariño lo asfixiaba, intentaba adorarlo menos. Pretendí ser el tipo de mujer con el que él se habría casado por propia voluntad... Lo hice todo..., excepto renunciar. Nunca renuncié y nunca lo haré. Era mi marido. Aún lo es. Lo será para siempre, aunque ni él mismo lo quisiera, aunque esté muerto. No me importa. —Se encogió de hombros y se quitó los guantes. Estaba cansada de excusas, harta de fingir que tal vez lograría superarlo, que a lo mejor un día no echaría de menos a un hombre al que se había aferrado de mala manera y al que, luego, había perdido sin llegarlo a tener—. Te miro y me veo a mí, hijo. Somos iguales, los dos amargados, sumidos en la pena porque no tenemos a unas personas que se consideraron siempre mucho para nosotros. Que nos veían inferiores y nos hacían de menos, pero a las que no somos capaces de dejar marchar.

—Mamá, no sigas. Te lo pido por favor.

Pero Krista ya estaba negando con la cabeza, decidida a sacarse la ponzoña de dentro porque tenía demasiada y podía permitirse el lujo de compartirla. «Después de todo —pensó con un cinismo que había perfeccionado con el paso de los años—, ¿no iba de eso la ceremonia de Acción de Gracias?»

—Fui al supermercado a por esa cena que ahora tiraremos, hijo. Fui con la cabeza alta a comprar algo para sentar a la mesa a la familia que me queda, para alimentar a la hija que estudia y saca notas brillantes y al hijo que es capaz de llevar dos empleos para que no falte de nada en esta casa. —Con un ademán torpe, se echó los mechones de pelo hacia atrás. Había determinación en su mirada, pero no de la buena que hace mejorar a una persona, sino una oscura, producto de una profunda frustración—. Allí estaba Denis O'Brien, pavoneándose rodeada de sus amigas del club de costura. Me paré a saludarla, hijo, ¡me detuve en medio del pasillo y le dije hola con toda mi educación! —Lanzó el pollo a la basura y tuvo que soltar la bandeja y meter las manos bajo el agua fría. Tucker se acercó enseguida, pero ella lo apartó de un gesto, intentando sorber unas lágrimas que se le había descontrolado—. Pasó de largo tras devolverme el gesto de pasada. Siguió adelante, como si yo no mereciera más que un movimiento de cabeza y unos segundos de su tiempo. Ciudadanos de segunda..., eso nos consideran todos. Eso es lo que piensan de nosotros..., que no valemos la pena.

—¡Es por mí, mamá, por mí, no tiene nada que ver contigo, por Dios! —Recordando a Bianca, Tuck trató de bajar la voz, pero estaba demasiado exaltado y solo lo consiguió a medias—. No puedo seguir haciendo esto, no puedo seguir

repitiéndote hasta el cansancio que el único motivo de que no seas una de las cincuentonas felices del pueblo es por culpa mía, mamá. La jodí con su nieta, ¿te acuerdas de eso? Y ella no lo perdonará. No tiene por qué hacerlo, así que deja de intentarlo.

Tucker notó el desagradable sabor de la decepción en la boca, pero no dejó que eso quitara fuerza a sus palabras. Lo que decía era cierto, él era el malo de aquella historia, aunque Amelia se hubiera ido sin darle explicaciones, aunque hubiera escapado de los problemas y todo lo que dijeron amarse no hubiera servido para nada. A ojos de Kendall, la culpa había sido suya y Tucker había terminado por aceptar vivir con ello.

—Esa muchacha... no tenía derecho a creerse más que tú. No lo tenía. Hiciste todo lo que podías, hijo..., hiciste las cosas de la única manera que sabías.

Con cierta lástima, Tucker miró a su madre, encontrando en sus ojos ese orgullo poco sano que siempre había tenido hacia él. No importaba si cometía errores, su madre siempre encontraba el modo de justificárselos. A menudo pensaba que aquel amor que su madre sentía por él y Bianca no era más que un pálido reflejo de lo que Magnus se había llevado a la tumba, una especie de arraigo, la única pertenencia de Krista en el mundo.

—Eso ya no importa. Éramos muy diferentes... y no estábamos hechos para estar juntos. —Era lo más amable que podía decir sobre una situación que todavía le dolía. Habría dado lo que no tenía y dicho cosas en las que no creía por Amelia, pero ella no le había dado esa opción. Abrir su corazón ahora, tres años después y en la cocina de su madre borracha, no tenía ningún sentido—. Deja de llorar y lávate la cara. Pediré comida y cenaremos como la familia desquiciada que somos, ¿está claro?

Recibió un beso en la mejilla y un asentimiento como respuesta. Vio a Krista salir de la cocina tambaleándose, mientras susurraba que él valía más que todo el mundo. Que valía más que Denis O'Brien y su dichosa boda. Balbució hasta perderse de vista, momento en el que Tucker por fin pudo cerrar los ojos y respirar hondo. Sentía las venas del cuello a punto de explotar y las ansias de coger la puerta y salir corriendo casi le quemaban en las palmas de las manos.

Conteniéndose, abrió uno de los armarios y sacó la hoja de pedido de la pizzería más cercana. Después, caminó hasta la nevera y apoyó la frente en su superficie fría mientras tanteaba en busca del teléfono.

—Feliz Acción de Gracias, papá. Ojalá te revuelvas en tu tumba.

* * *

Entró en el piso a oscuras. Ni siquiera había echado un vistazo al salón de tatuajes para evaluar la instalación de los focos en las salas. Había quemado sus últimas fuerzas en dejar el coche aparcado en la trasera y subir los escalones de dos en dos, con la vista puesta en el frente y sin ganas de nada más que meterse en la cama y dormir cien años.

Inclinado hacia adelante, Tuck entró por la ventana que conectaba con la escalera de incendios y luego la cerró de un golpe seco. Lanzó las llaves, aunque no vio dónde caían y permaneció inmóvil unos segundos, bebiendo del silencio que le rodeaba. Salvo la luz de las tiendas cercanas, que se colaba por las rendijas de la persiana, no había más que oscuridad dentro del piso. Agotado, se desabrochó la camisa, andando a tientas por una superficie que le era conocida. La soledad era reconfortante cuando uno venía de un lugar plagado de drama. Aquella velada le había envejecido, estaba seguro, pero por lo menos, había conseguido salir indemne de ella.

Había pagado la *pizza* y obligado a su familia a terminarla con el único sonido de la televisión como telón de fondo. Metió a su madre en la cama, haciendo acopio de paciencia hasta que ella se dejó vencer por el sueño, y recogió el estropicio de la cocina mientras Bianca se preparaba para salir de casa acompañada de sus amigos. Cuando la puerta se había cerrado por fin, Tucker había sentido el peso de toda una vida cargado sobre su espalda, y sin más que hacer allí, se había marchado.

Lanzó la camisa al suelo y se dejó caer sobre la cama, mirando al techo sin ver más que negrura. En el bolsillo, su teléfono volvió a vibrar, arrancándole una maldición. Jules había estado enviándole mensajes informativos sobre la hora a la que cerraban esa noche el Village Diner. Por lo visto, la ausencia de Tucker en la cafetería no había sido prueba suficiente de su falta de interés, y, aunque no quería hacerlo, iba a tener que recurrir a medios mucho más drásticos para que la chica dejara de insistir.

Sacó el teléfono del bolsillo y su semblante cambió por completo al leer el nombre que figuraba en la pantalla iluminada. Algo parecido al buen humor se le instaló dentro y casi sintió ganas de sonreír.

—El hijo pródigo del pueblo nos honra con su voz —bromeó, sonriendo de antemano, aún sin escuchar respuesta—. Colega, desde que eres un universitario pasas de los amigos. Estoy por buscarme unos nuevos.

—Dudo que encuentres quien te aguante. —La voz de Falk le sonó alegre, despierta y animada. Claro que no tenía motivos para ser de otro modo, era feliz—. ¿Cómo ha ido la cena? Resumen, por favor.

—Mi madre, bebida. El espectro de mi padre, quemando las alitas de pollo. Somos la burla del pueblo y Bianca ha ido a dar un paseo con un tal Dean, que es un buen tío y su amigo.

—Ningún amigo se llamaría Dean —respondió Falk, dejando de lado el resto, que era historia vieja.

—Gracias, eso mismo dije yo. —Tucker frunció el ceño, con la prisa que se había dado para poder largarse cuanto antes de casa de su madre, no había reparado en echar un buen vistazo al hipotético nuevo amigo de Bianca. Tendría que remediar eso—. Le pondré un ojo encima.

—Seguro que lo harás. Oye..., quería felicitarte el Acción de Gracias, ya sé que no te van estas cosas, pero... eres mi colega y me habría gustado estar ahí para sacarte de casa después del drama y tomarme una cerveza mientras tú rechazas a alguna camarera.

Tucker soltó una carcajada, la primera en mucho tiempo. Se levantó, quedando sentado sobre el colchón. Distráido, se pasó la mano por el tatuaje, creyendo que notaba las líneas negras sobresalir pese a estar ancladas por debajo de su piel.

—Joder, Falk. Tengo una vida tan monótona que lo has clavado sin estar aquí. Casi podrías guionizarla, qué puta pena.

—Es que te conozco bien. —Oyó jaleo de fondo. Una vez femenina muy suave que reconocería en cualquier parte. Falk apartó el auricular y susurró unas palabras en un tono tan delicado que Tucker sintió la tentación de colgar por darle algo de intimidad. Dijo *cariño*, se rio y, después, volvió su atención a la llamada—. Nan dice *hola*. Y feliz Acción de Gracias.

El labio de Tucker se curvó en la sonrisa irónica que reservaba solo para aquella chica.

—Dudo mucho que Saltitos y Volteretas me desee algo, Falk. Aunque sean las buenas fiestas. —Le pareció oírla reír al otro lado. Aquel rollo amor-odio entre ellos había empezado a divertirla. A Tuck también—. Lo mismo digo. Y me alegro de que sigáis juntos. Sinceramente, creía que a estas alturas ya te habría mandado a paseo.

Falk se rio, porque sabía que no iba en serio.

—Es muy flexible, tío. Me he acostumbrado a cierto nivel..., y te aseguro que hago todos los méritos posibles para no perder mis privilegios.

—Ya..., seguro que eres un novio modelo. —Tucker sonrió. Se alegraba por ellos. Quería a Falk como a un hermano, y Nanette..., puede que no fueran a convertirse en uña y carne, pero era una buena chica, hacía feliz a su amigo y había estado ahí cuando la había necesitado. Con eso se había ganado su respeto, aunque eso no significaba que fuera a perder la ocasión de molestarla—. Dile

que lo que hace sigue sin ser un deporte. —Hablabas con la sonrisa pintada en la cara—. Y que su nombre aún me parece ridículo.

—Tomo nota, pero como me gustaría dormir con ella esta noche, tal vez puedas decírselo tú. —Por lo bajo que sonó su voz, Tucker supo que aquella llamada daría más de sí que el simple felices fiestas—. Hemos tenido un problema para cuadrar nuestras agendas de viaje. Ella va a llegar a Kendall el lunes, pero yo no.

—No irás a pedirme que la lleve de paseo y la entretenga hasta que aparezcas, ¿verdad? No me jodas, Falk, tu novia y yo solo tenemos en común que los dos somos humanos. Y seguro que si le preguntas a ella, te dirá que hasta de eso tiene dudas.

—Solo necesito que la recojas en el aeropuerto, yo no puedo volver hasta la semana que viene, estoy de culo con un examen y no me puedo ir sin presentarme.

Con el antebrazo sobre los ojos, Tucker se sumió en la oscuridad. Oyó silencio al otro lado de la línea y supo que estaban esperando por su respuesta.

—¿Ha intentado cambiar el vuelo, hablar con la compañía y todo eso? —Supo que Falk diría que sí antes de acabar de formular las preguntas—. Vamos, que lo habéis intentado todo.

—Eres nuestra última esperanza.

—Vale, princesa Leia. —A su pesar, Tucker sonrió—. Que me traiga un Toblerone de Miami. Y..., por Dios, que hable todo lo que quiera estando allí para que llegue sin palabras.

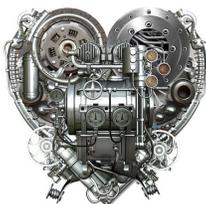
—Lo primero lo prometo, lo segundo... es cosa vuestra. Te debo una, amigo.

—Y no dudes de que te la cobraré. Adiós, Falk, y... feliz Acción de Gracias para vosotros también.

Dejó caer el teléfono sobre el edredón.

CAPÍTULO 5

*La vida es como una carretera en la que viajas,
cuando empieza un día está aquí y al siguiente ha pasado.*



Después de haber conducido hasta Plymouth tras el desastre de la última cena con Logan, Amelia había tenido tiempo de pensar y evaluar su situación. Su madre había dejado Orlando por ella tan pronto como la aceptaron en Berkeley, y había solicitado el traslado a California, donde no tenía amigos ni conocidos en el trabajo. Habían pasado unos meses las dos solas, teniéndose solo la una a la otra, hasta que Amelia había decidido que la residencia de estudiantes sería una experiencia vital en su etapa académica. Una vez más, Sonya la apoyó, aunque eso significara quedarse sola en casa la mayor parte de las noches.

Lo menos que le debía era una cena agradable y con buena actitud, sin que importara la inquietud que la recorría por dentro. Amelia desterró el pijama, escondió el libro electrónico y juró ante su reflejo en el espejo que haría todo lo posible por pasarlo bien. Decidida, se puso unos vaqueros oscuros con brillos, botines y una camisa de seda negra con lunares blancos para cenar. Maquillada, con su cabello oscuro ligeramente ondulado y una sonrisa bastante aceptable, puso la mesa, encendió el televisor y respondió con paciencia a todas las preguntas que su madre tenía sobre su vida universitaria.

Pese a ser solo dos, las cenas de Acción de Gracias no eran tristes. Como siempre, tenían un momento melancólico para recordar a su padre, y después ambas trataban de sacar al evento todo el jugo posible. Llamaban a Kendall para hablar con Denis y, una vez que los platos de la cena quedaban vacíos, Sonya conducía hasta Stockton para saludar a sus suegros y cuñados.

No era una familia muy grande, pero aquella visita se había vuelto tradición. Sus abuelos paternos eran demasiado mayores para viajar, y aunque

las dos podrían haber organizado la cena con ellos, lo cierto era que la relación se había enfriado.

Después de morir su padre, el único nexo que Amelia y Sonya tenían con esa parte de la familia se había ido haciendo cada vez más delgado. La relación no había sido mala en el pasado..., aunque sí tensa. Sonya había mantenido su apellido de soltera después de casarse y Amelia la había imitado al hacerse mayor. A su padre le gustaba decir que las mujeres O'Brien tenían, en ese apellido, su sello y marca de identidad, su manera de sentirse unidas las tres pese a vivir separadas. Pero los abuelos paternos de Amelia siempre recelaron de aquella decisión, demasiado «moderna» para su gusto. Por lo que, cuando su padre faltó, la distancia no había hecho más que crecer.

Haciendo un gran esfuerzo, Amelia respondió a preguntas inquisitivas sobre la pronta boda de su abuela materna e intentó asumir que el resto de su familia sentía una saludable curiosidad ante un hecho tan poco común como el que una señora de edad contrajera matrimonio. La conversación acabó, como siempre, en el recuerdo para quien ya no estaba, y ninguno de los intentos de Amelia por llenar el hueco dejado por su padre fue suficiente. Acabó callada, en un rincón, escuchando anécdotas que la llenaban de tristeza.

—Bien —había dicho Sonya tan pronto como habían vuelto al coche. Tenía los ojos enrojecidos y la voz más aguda de lo normal. Le temblaban las manos, que aferraba al volante con más fuerza de la necesaria—. Podemos tachar de nuestra lista de tradiciones los dramáticos recuerdos y llantos. Vámonos de aquí hasta el año que viene.

Con apenas un fin de semana por delante antes de marchar a Kendall, Amelia había pasado el día posterior a Acción de Gracias sentada ante el ordenador. Su madre había empezado a hornear galletas y decorar la casa para Navidad, pretendiendo hacer de las cuarenta y ocho horas que tendría a su hija bajo aquel techo una eternidad.

—Todavía no puedo creer que tenga que trabajar casi hasta la víspera —se quejaba cada pocos minutos, andando de aquí para allá como un elfo hasta arriba de Prozac, colocando guirnaldas, encendiendo luces y sacando brillo a las bolas de colores—. Por lo visto que tu madre vaya a casarse no es motivo para pedir un permiso especial en el trabajo. ¿Tienes idea de lo mucho que me frustra no estar allí cuando empiece todo el movimiento? Mi madre, que se burló de mí por estar histérica mientras organizaba mi boda... ¡Y la vida me da ocasión de tomar revancha y no puedo hacerlo!

Amelia sonrió. Era estupendo que Sonya se tomara de forma tan positiva el que Denis fuera a rehacer su vida con Otto Sturgis, el simpático vendedor de jabones y lociones que, tras perder a su esposa a causa del alzhéimer, había

hecho de la casa de huéspedes de Denis su particular hotel de los corazones rotos. La vida los había unido, y el tiempo, siempre sabio, les había concedido el lujo de volver a encontrar el amor.

—Es lo malo de la sanidad —ironizó Amelia, que siempre había estado muy orgullosa de la labor de su madre como enfermera—, las personas enferman también en fiestas. Y alguien tiene que cuidarlas.

Sonya suspiraba y luego se acercaba allí donde ella estuviese para abrazarla, toquetearle el pelo o besarla en la mejilla. A menudo, Amelia sorprendía a su madre mirándola con una mezcla profunda de cariño y orgullo que la hacía sentir una enorme presión. Ser hija única suponía que todas las esperanzas de Sonya estaban puestas en ella, y si fracasaba de algún modo, rompería un corazón que ya había sufrido demasiado.

Como su intención era disfrutar de aquel fin de semana sin pensar en la incómoda discusión con Logan ni en lo que pasaría una vez que volara a Kendall, Amelia intentaba salir de su encierro voluntario durante algunas horas para pasarlas con Sonya: colaboró montando el árbol y desenredó luces con paciencia, pero su mente no estaba en casa. Sonya, que en un principio había creído que la tristeza que brillaba en la mirada de Amelia tenía que ver con las ausencias en la mesa durante las fiestas, comenzaba a sospechar seriamente de los verdaderos motivos de su mutismo, y lo demostraba enarcando las cejas cada vez que la veía decaída.

Teniendo en cuenta que su madre conocía entera su historia con Tucker, Amelia se afanaba en darle conversación para evitar el aluvión de preguntas. Tampoco le habló de Logan, al que se había referido solo en un par de ocasiones y sin dar apenas datos. Por bien que le hiciera la presencia de él en su vida, restándole las complicaciones propias de su anterior noviazgo, explicar a su madre los pormenores de aquella relación abierta que se había quedado en algo parecido a un *impasse* era demasiado complejo para un solo fin de semana. Y más, considerando que no había vuelto a tener una sola noticia de él desde la última noche que habían pasado juntos.

—Tengo que revisar el correo —anunció el sábado por la tarde, cuando Sonya había empezado a servir unas tazas de chocolate para tener lo que ella llamaba «una charla de chicas» y que en realidad suponía un interrogatorio propio del mejor líder militar—. Megan tiene que confirmarme que el montaje de los artículos navideños está listo.

—No paras de hacer comprobaciones, Amelia. Sé que tienes un puesto de responsabilidad, ¡pero estás de vacaciones!

—La prensa no descansa, en eso nuestras profesiones están destinadas a parecerse.

Con una sonrisa de disculpa, Amelia tomó un sorbo de chocolate y, mientras se iba a la habitación, evitó a toda costa mirar la bandeja de buñuelos que Sonya acababa de poner en la mesa. No había vuelto a sacar de la funda el vestido que había comprado para la boda de su abuela, pero no necesitaba hacerlo para saber que, si por algún milagro la cremallera llegaba arriba del todo, le iría terriblemente ceñido. Sobre todo, después de aquel fin de semana de excesos sedentarios.

Además de tener un cuerpo que tendía de forma peligrosa a la redondez, sus problemas con el azúcar eran algo muy serio con lo que no estaba dispuesta a concesiones. Había aprendido aquella lección por las malas.

Años atrás, después de una alarmante pérdida de peso a la que no encontraban razón aparente, a Amelia le habían diagnosticado diabetes tipo uno. Tendría que inyectarse insulina de forma diaria durante el resto de su vida, pues sus niveles de glucosa nunca estarían estables por sí mismos. Le costó mucho tiempo acostumbrarse al nuevo régimen que regía sus días, a las restricciones y cambios que sufrió durante los primeros meses de tratamiento. El cuerpo empezó a redondearse y el resultado estaba muy lejos de gustarle. Trató de ajustar la dieta y acabó aquejada de una fuerte anemia que hizo el proceso aún más complicado. Amelia odiaba controlarse, tener que llevar encima aquel estuche con las dosis adonde quiera que fuera; intentaba resistirse a cumplir las opresivas órdenes de sus médicos y, durante unos días, por su cuenta y riesgo, había decidido dejar de inyectarse por considerar exageradas las cantidades que le habían recomendado.

El resultado fue un rapapolvo épico y el inmediato ingreso en el hospital a causa de un desmayo por una bajada de azúcar descomunal. Se había puesto en riesgo a sí misma de una forma estúpida, y todo para poder volver a entrar en unos vaqueros de talla ridícula.

La primera vez que la visitó una psicóloga, supo que su arranque rebelde había tocado a su fin. Su problema con la comida quedó en un conato a causa de la repentina muerte de su padre, que sufrió un infarto del que no pudo recuperarse. Amelia despertó a la realidad con un golpe terrible y entendió que había cosas que, simplemente, no importaban. Empezó a cuidarse, aceptó su enfermedad como a una compañera de viaje y no como a una enemiga, y en lugar de rechazar quién era, se conoció a sí misma de nuevo.

Revisó los artículos, envió correos con respuestas, algunas sugerencias, e incluso tuvo tiempo de esbozar un par de líneas en sucio sobre una idea que había tenido la noche antes, y que esperaba poder profundizar en Kendall. Aunque pensaba dedicar a los preparativos de la boda todo su tiempo, conocía a su abuela lo suficiente como para esperar que quisiera darle ratos libres para

hacer turismo y visitar amistades. Amelia no estaba por la labor, de modo que llevaría trabajo al que poder entregarse cuando la tentación de buscar problemas llamara a su puerta.

—¿Estás bien? —Sobresaltada, Amelia se irguió en la silla y vio la cara de su madre asomar por la puerta de la habitación. Sonya la miraba con preocupación, y para evitar alentarla, ella sonrió—. He pensado que será mejor aparcar el tema de los buñuelos... y centrarnos en algo un poco más saludable. ¿Te parece bien? Con todo el estrés de los exámenes, el periódico, la boda..., no me gustaría que...

—Mamá, tranquila. No voy a volver a descontrolarme.

Sonya emitió un suspiro y, aunque lo intentó, su mirada preocupada no pasó desapercibida para Amelia.

Su madre se sentía insegura y ella no podía reprochárselo. Aunque vivía sola desde hacía tiempo y había demostrado ser capaz de cuidarse, no siempre había sido así. Después de sus problemas de salud, Amelia había pasado un tiempo bajo constante vigilancia. Perder a su padre había sido un revulsivo, pero no todo volvió a la normalidad de la noche a la mañana, y ella había asumido que la confianza de su madre era algo que iba a costarle recuperar.

Tras el entierro, las dos viajaron a Kendall buscando el amparo de la familia. Allí, Amelia pudo comenzar el proceso de duelo y el de aceptación. Con la pérdida reciente, sus inseguridades físicas y su vergüenza ante el hecho de que la supieran enferma perdieron importancia. No era perfecta, y la consciencia de ese hecho la llenó de liberación. No esperaba conectar con alguien en ese momento, ni mucho menos enamorarse..., pero sucedió. De la forma más simple. Un día cualquiera mientras paseaba por la playa. Él estaba allí. Sus miradas se encontraron, y aunque tal vez ya se habían conocido antes, aquella tarde se dieron el mejor regalo posible: la posibilidad de empezar de cero.

Todo comenzó con una primera conversación absurda y unas Converse One Star. Puede que no pareciera mucho..., pero lo fue.

—No voy a mentirte, hija. Me preocupa. Sería una tonta si no. —Sonya se acercó y ahuecó la mano hasta tomar con ella la mejilla de Amelia, que elevó la mirada para posarla en la preocupada cara que la miraba—. Es un pueblo pequeño y no vas a vivir bajo una piedra. ¿Qué pasará si te lo encuentras?

—Nada, mamá. ¿Qué tendría que pasar? Él seguirá su camino y yo el mío. Estoy segura de que no tiene más ganas de cruzarse conmigo de las que tengo yo de cruzarme con él.

—Entonces, ¿le has olvidado?

Amelia le dedicó una suave sonrisa. Aquella era una respuesta imposible. Y no porque albergara dudas, sino porque lo que Sonya necesitaba oír sería una

mentira y Amelia no podía hacerlo. El amor había sido visceral, y como consecuencia, ella había terminado quemándose. Tal vez los rescoldos ya apenas calentaran, pero quedaba la decepción, ese sentimiento tan amargo de quien sabe que ha confiado ciegamente en algo que, al final, había cedido bajo el peso de la realidad.

No era algo que se pudiera desterrar de la memoria. Pero, con el tiempo, cicatrizaría.

—Voy a dedicar todo mi esfuerzo a la abuela y a mantenerme al día para cuando vuelva a clase, no tendré tiempo para nada más. —Y se aseguraría de cumplirlo a rajatabla, porque ella tampoco confiaba en sus instintos y ya había demostrado ser débil ante la tentación antes—. Creo que voy a trabajar tanto que para ocultar las marcas de agotamiento necesitaré tres capas de maquillaje.

—Te ha costado tanto llegar hasta aquí... —Sonya le colocó un mechón de pelo tras la oreja, en un gesto lleno de cariño—. Te miro y veo una jovencita tan decidida, y segura...

—¿Y por qué parece que te estés despidiendo de ella? —Amelia se levantó de la silla. Con un dedo, se subió las gafas de montura oscura por el puente de la nariz y rodeó a Sonya con sus brazos, provocándole una sonrisa—. Convertiremos a la abuela en una mujer decente y luego volveré a Berkeley para seguir dejando huella como la futura mejor periodista de California.

La sonrisa de Sonya fue más brillante que las parpadeantes luces que habían enrollado en torno al abeto de Navidad.

—¿Y tal vez... me presentarás a ese tal Logan al que te has esforzado tantísimo en mantener escondido de todas nuestras conversaciones?

Amelia chasqueó la lengua, pero compuso un gesto tan elocuente con la mirada que Sonya no pudo evitar dar unas palmas de entusiasmo. Mejor así, pensó, tener a su madre feliz y enfocada en otra cosa haría que dejara de preocuparse por las implicaciones de su vuelta a Kendall. Y con suerte, ella misma podría fingir que la opresión en el pecho no tenía nada que ver con aquel pueblo y los que allí vivían.

—Si hubiera algo que contar..., serías la primera. —Con una sonrisa afable, Amelia tiró de su madre hasta que ambas estuvieron fuera del dormitorio—. Ahora vamos fuera, supongo que un solo buñuelo no me matará.

—Necesitarás fuerza para enfrentarte a tu abuela, eso es cierto.

Amelia asintió con seriedad, tirando de la mano de Sonya hasta que ambas dejaron el dormitorio y todas sus preocupaciones atrás.

* * *

El domingo pasó como un suspiro. Entre recados de última hora, retirar la escarcha de la entrada a paladas y un intento realmente nefasto por construir un muñeco con nieve falsa tan bonito como los que lucían las películas de la tele, Amelia se encontró con el mediodía del lunes, preparando el equipaje mucho antes de lo que había esperado.

Con una valentía digna de un miembro de la Guardia de la Noche, se mantuvo habladora durante todo el camino hasta el aeropuerto, creando listas en voz alta para asegurarse de no olvidar ninguna de sus pertenencias. Le dio conversación a su madre hasta el punto de dejarla exhausta, y con los sentidos tan atolondrados que tomó mal una salida y hubieron de repetir parte del camino para llegar al Aeropuerto Internacional de California.

Por supuesto, la cháchara también la calmaba a ella, ayudándola a controlar los alterados latidos de su corazón, que amenazaba con escapársele del pecho a cada minuto que su inevitable destino estaba más cercano a cumplirse.

—¿Le dirás a la abuela que me escaparé en cuanto pueda? —insistía Sonya, mientras se negaba a dejar bajar a Amelia del coche para que pudiera facturar su equipaje—. Pídele que no lo haga todo hasta que llegue, que deje algunos flecos sueltos que yo pueda solucionar como la perfecta dama de honor.

—Me aseguraré de que salves el día, mamá.

Se fundieron en un abrazo y ambas, durante un momento, contuvieron el aliento. El fantasma de Tucker sobrevoló sus cabezas, al ritmo de la suave nieve que caía intermitente. Amelia había rezado la noche anterior para que una nevada antológica impidiera la salida de los vuelos, pero al final, se quedó dormida con el convencimiento de que aplazar el momento no lo haría más fácil.

Denis la necesitaba, y aunque solo fuera por ella, haría de tripas corazón. Si en algo había cambiado, si de verdad era tan fuerte y segura como quería creer, ahora era tiempo de demostrarlo.

—Lo llevas todo, ¿verdad?

—Menos lo que se me olvide, sí. —Con una sonrisa, Amelia besó la mejilla fría de su madre—. Te avisaré en cuanto aterrice, y cuando llegue a la casa de huéspedes.

—Dile a tu abuela... —Sonya agitó la mano en el aire—. Es igual, la volveré a llamar para repetírselo yo. Ten cuidado, Amelia, intenta pasarlo bien y... y... ten cuidado, ten cuidado con todo lo que te pueda doler.

—Lo haré, mamá, no te preocupes. —Amelia subió los hombros y compuso una pose muy digna antes de anunciar—. La aventura vale la pena en sí misma, ¿no es así?

Aquella cita, de la aviadora Amelia Earhart, a la que debía su nombre, derritió a Sonya, cuya pasión por la célebre mujer la había acompañado durante toda su vida adulta, a pesar de que, irónicamente, le asustaba volar. Con un asentimiento firme de la cabeza, dijo adiós a su hija con la mano y obligó a todos los músculos de su cuerpo a volver al coche y dejarla marchar. La confianza en que podría hacerse cargo de cualquier cosa a la que tuviera que enfrentarse era todo cuanto tenía como consuelo.

Una vez a solas, Amelia arrastró la maleta hasta la cola de facturación, viendo mermados sus movimientos a causa del grueso abrigo con capucha y el gorro que se había encasquetado sobre la cabeza. La trenza que se había hecho al salir de casa estaba prácticamente destrozada y tenía las gafas salpicadas de motitas a causa de la llovizna que se había estrellado contra los cristales.

Haciendo malabares y sujetando con la boca la documentación y la tarjeta de embarque, trató de limpiarlas lo mejor posible, aunque, por supuesto, fue peor el remedio que la enfermedad. Una vez que entregó el voluminoso equipaje, Amelia revisó los mensajes de correo en su teléfono y trató de leer sin mucho éxito la última novela que había empezado y cuya trama seguía escapándosele. La cola se movía con rapidez y accedió al avión mucho antes de tener tiempo de terminar el capítulo.

Amelia aprovechó el primer vuelo para dormir. En unas seis horas llegaría a Miami, y una vez allí, tomaría otro avión con destino a Kendall. Aunque la duración de este último era de apenas treinta y cinco minutos, distancia que podía cubrirse cómodamente en coche, Amelia agradeció el puente aéreo. Todo minuto que pudiera arañar antes de llegar al pueblo sería bien recibido.

Descansó cuanto pudo y solo levantó la vista para aceptar una bebida caliente del carrito de la azafata, después abrochó su cinturón y puso el respaldo del asiento en vertical. Ya en tierra, y con tiempo para deambular por el aeropuerto, caminó sin ver muy bien adónde iba, visualizando a lo lejos una tienda de golosinas y prensa a la que accedió con la comodidad añadida de no tener que cargar con sus maletas.

Mientras se acercaba, intentando no tropezar con los viajeros apresurados que corrían arrastrando maletas, hablando diversos idiomas y buscando puertas de embarque que parecían desaparecer, una imagen saltó a la pantalla de su teléfono, procedente de las últimas actualizaciones de una de sus redes sociales. En ella podía verse a Logan, muy bien rodeado por tres chicos y dos chicas, todos en ropa de baño, que saludaban a sus seguidores a través de una imagen llena de risas y botellas de champán.

No reconoció el exótico lugar al que había ido él a pasar Acción de Gracias, pero fue fácil deducir que había pasado de la cena familiar al uso para irse de

juerga con sus amigos. No sin cierta amargura, se preguntó con cuál de las dos esculturales chicas se estaría acostando, y si aquello cambiaba en algo las profundas palabras que le había dedicado antes de que ella se marchara del piso de Gemini Boulevard.

«Ojalá puedas resolverlo, Amelia. Me gustaría que pudiéramos seguir estando..., me gustaría mucho.»

«Tal vez fuera cierto», pensó mirando la foto con expresión crítica. Era posible que Logan la quisiera de vuelta en su vida, pero eso no implicaba ninguna promesa, y él se había cuidado muy bien de dejarlo claro. Mientras estuvieran, estarían..., pero no en aquel momento, cuando los separaban un océano y miles de kilómetros. Ahora estaban lejos, y aunque Amelia estuviera ansiosa por resolver todos los asuntos pendientes que hacían de su vuelta a Kendall algo inquietante, Logan no se mantendría casto esperándola.

Saberlo con certeza no dolía tanto como ella había esperado, pero la decepción empezaba a dejarse notar.

Guardó el teléfono en el bolsillo interior de su abrigo y entró en la tienda de paso para intentar despejar su mente con otras cosas. Una mirada rápida al reloj le confirmó que contaba con unos cuarenta minutos antes de que iniciaran las llamadas para su vuelo a Kendall, con lo que tendría tiempo de sobra para leer por encima la prensa destacada y empaparse con el buen hacer de periodistas de muy diversas plumas.

Mientras giraba el expositor metálico que contenía los periódicos, se topó con la sección de novelas de bolsillo. Valorando los títulos de aquellos *thrillers*, Amelia cogió algunos que no conocía y leyó las sinopsis, hasta encontrar uno que le arrancó a sus labios una sonrisa. El libro que tenía entre las manos, *Caso Cerrado*, era la primera novela de un autor novel llamado Joe Chase, al que había tenido el placer de conocer en una ponencia para la que Amelia había conducido casi cuatro horas. Aunque tenía otro trabajo al que dedicaba la mayor parte de su tiempo, el hombre se había declarado novelista de corazón y había asegurado, no sin cierto rubor, que tras años buscando la suerte, esta había llegado cuando menos lo esperaba con su primera publicación.

Amelia, que era una ferviente lectora de ese tipo de historias policíacas, que la hacían mantenerse en tensión página tras página en busca de esas pequeñas pistas que los autores daban sobre la resolución final del caso, había tenido la ocasión de saludarle en persona y llevarse un ejemplar firmado de *Caso Cerrado*. Lo había devorado, y sus críticas, que había incluido en la sección de recomendaciones literarias de la gaceta, habían sido muy positivas.

—Tengo entendido que van a sacar una segunda parte.

La voz provino de su espalda, y Amelia dejó el libro en su sitio y se dio la vuelta para ver quién estaba hablándole. Se encontró con una chica que no aparentaba más de quince o dieciséis años. Estatura baja, cuerpo menudo y muy delgado, llevaba unos vaqueros que le colgaban de las caderas y un suéter de invierno a rayas horizontales que no incrementaba para nada su tamaño. Tenía una media melena a la altura de los hombros y la sonrisa más encantadora que había visto nunca.

—*Caso Desestimado* —informó la joven, señalando con la barbilla al libro—. Una especie de continuación, aunque no específicamente. Es una primicia. Va sobre la vida del agente de policía al cargo de los casos de la primera historia. Condenaron a un tío que resultó no ser el asesino en serie que buscaban, y que dio la cara justo cuando se aplicó la pena de muerte al inocente.

Confundida, Amelia asintió con la cabeza, un tanto incómoda ante el énfasis de la desconocida por sus gustos literarios. Parecía que pretendía venderle la historia, y la verdad es que había terminado intrigándola. Subiéndose el bolso por el hombro, Amelia le dedicó una sonrisa vacilante, preguntándose si aquella chica pensaba presentarse, seguir hablando del libro o marcharse por donde había venido sin más. Había toda clase de personas en los aeropuertos, se recordó. Quizá, por primera vez en su vida, iba a conocer a alguien raro de verdad.

Sería una historia muy interesante que contar.

—Perdona, sé que parezco una friki de la novela negra o algo así, pero nada más lejos. Te vi interesada y pensé... Bueno, igual ni siquiera has leído la primera parte, así que no sé muy bien porque te he dado el sermón sobre la segunda.

—La leí. Me gustó mucho la forma en que Joe Chase hiló los pensamientos del asesino, trayendo al presente las emociones y sentimientos que le impulsaron a llevar a cabo la primera serie de asesinatos, por la que condenaron al otro hombre. —Una sonrisa de disculpa informó a la recién llegada de por qué Amelia había respondido con tal pasión—. Yo sí que soy una apasionada de este tipo de novela. Hasta hice una crítica para la gaceta de la facultad donde estudio.

—¡No me digas! —La joven se retiró el pelo lacio del rostro, ampliando todavía más su sonrisa—. Pues eso es estupendo. Y la manera en que lo has descrito..., le habría encantado oírlo, ¡ojalá hubiera podido grabarte! —Al ver la expresión confundida de Amelia, la desconocida soltó una risita baja y se apresuró a explicarse—. Y ahora te he asustado. Tranquila, no soy una loca de los aeropuertos. Soy Nanette Chase, Joe es mi padre, de ahí toda esta avalancha publicitaria.

—¡Vaya! —Amelia se apresuró a estrechar la mano que Nanette le ofrecía, sinceramente contenta de saber por fin su identidad—. Es genial, conocí a tu padre hace unos meses, participó en una charla de autores de *thrillers*. Fui a cubrirlo para la gaceta periodística de Berkeley.

—Así que periodista, ¿no? Qué bien. Mi padre me habló sobre eso, de hecho, sigue haciéndolo, creo que es lo más emocionante que le ha pasado desde... siempre, probablemente.

—Me parece que tiene muchísimo talento. —Para reafirmar sus palabras, Amelia volvió a coger el libro del expositor, enarbolándolo como si fuera la prueba definitiva en algún juicio—. Y una manera de acabar los capítulos que te hace caer en ese cliché de «uno más y me voy a la cama».

Nanette sonrió, separando un par de chokolatinas y un paquete de caramelos de menta del cesto de ofertas dos por uno y sosteniéndolos en su mano antes de dar unos pasos hacia la caja. Volvió la vista unos instantes, y la dejó puesta en aquella persona a la que acababa de conocer y que, por algún motivo... le resultaba extrañamente familiar.

—Pues como le serví de lectora beta o... cero o... de prueba, ¡cómo sea!, me llevaré parte de ese mérito. Muchísimas gracias.

—Un placer. Y me apuntaré a esa segunda parte. —Amelia guardó silencio durante los minutos que Nanette tardó en pagar su compra, observando la gracilidad con que se movía, la delgadez de sus brazos y la estilizada forma en que parecía flotar de un lado a otro de la tienda. Parecía una bailarina, pensó, y de inmediato se la imaginó con un tutú de brillante color blanco, danzando al ritmo de una música imaginaria. No desentonaba en absoluto—. Perdona mi falta de educación, soy Amelia O'Brien.

Fue como si la capacidad de agarre de las manos de Nanette hubiera desaparecido. La bolsa donde guardaba los caramelos y las chokolatinas resbaló por sus dedos y cayó al suelo, donde se quedó posada ante sus pies, como el paracaídas roto de un soldadito de plástico. Con unos ojos muy abiertos en aquella cara tan pequeña, miró a Amelia como si viera un espectro.

—No fastidies —murmuró con voz queda, provocando en su interlocutora un gesto de incertidumbre—. Es decir..., que nombre tan... bonito. Oye, ¿por casualidad vas a coger el vuelo a Kendall?

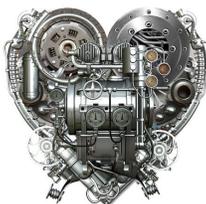
Amelia asintió, Nanette sabía que lo haría incluso antes de acabar de formular la pregunta. Su cabeza registró aquellos datos a la velocidad de la luz, recordando la conversación que había tenido con Falk unos días antes. Él no estaría disponible para viajar hasta acabar sus exámenes. Necesitaban encontrar un arreglo para que Nanette llegara desde el aeropuerto hasta la casa de huéspedes de la tía de su padre en Kendall, y aquella solución había sido...

«¡Ay, Dios!», pensó, con las mejillas coloradas. Iba a volar en el mismo avión que Amelia, y cuando ambas aterrizaran en su destino, justo delante de la puerta de llegadas, Tucker estaría esperando.

—Qué casualidad —fue todo lo que pudo decir, antes de que el aviso de embarque retumbara en el aeropuerto, indicándoles que el tiempo de ponerse al día había acabado.

CAPÍTULO 6

*Y llegará, llegará, llegará, llegará...
la tormenta que anuncia el cielo.*



Amelia supo que sería un vuelo movido, aunque no precisamente por las turbulencias. Mientras hacía cola con la tarjeta de embarque en una mano y el asa de la maleta de cabina en la otra, miraba por el rabillo del ojo como Nanette se removía de un lado para otro con el teléfono pegado a la oreja.

Resistiendo la tentación de llamarla para recordarle que estaban abordando el avión, Amelia la miraba con el ceño fruncido, sin comprender el repentino cambio de actitud que había sufrido una chica que, *a priori*, le había parecido bastante normal. En cuanto Kendall había salido a colación, la palidez en el rostro de Nanette se había hecho notable y su conducta empezó a mostrarse errática, como si de pronto todos sus planes se hubieran venido abajo a causa de una mala noticia repentina.

—¿Señorita? Por favor, necesito su documento de identidad.

Una azafata de sonrisa congelada extendió la mano ante Amelia. Solo una pequeña vena palpitante en su sien decretó la prisa y poco entusiasmo que tenía por la tarea que realizaba, pues su gesto era tan afable como correspondía. El cliente siempre tiene la razón, aunque ande despistado y retrase la cola, parecía estar pensando. Con un susurro de disculpa, Amelia entregó el billete de avión y su identificación, y, durante unos segundos, fue muy consciente de cada sonido que escuchaba a su espalda, esperando quizá que alguno de ellos fueran los pasos apresurados de Nanette, que se acercaba a la fila para no perder el vuelo.

Cuando la azafata le devolvió su resguardo y le indicó con la mano derecha el camino hacia el túnel que daba al avión, Amelia entendió que el tiempo de espera había acabado. Después de todo, no podía hacer nada si a aquella prácticamente desconocida se le había olvidado algo en el último momento.

Bastante había retrasado la cola ya, no podía seguir perdiendo el tiempo, no cuando apenas tenía por delante dos horas escasas para hacerse a la idea de que iba a pisar Kendall otra vez, después de todo lo que había pasado.

Apesadumbrada, recorrió el pasillo que la separaba del avión, y después accedió a él cargando con una maleta que enseguida acabó en el compartimento de equipajes. Una vez ocupado su asiento, revisó el móvil y envió un mensaje de texto a su madre para informarla de que pronto despegarían, después lo apagó y cerró los ojos con la cabeza recostada en el respaldo. En cuanto dieran permiso, se pondría los auriculares e intentaría relajarse y dormir hasta el aterrizaje.

Si conseguía que el cuerpo entero le dejara de temblar. Cerró los ojos y se concentró en los sonidos previos al despegue, dejando que el cerebro se le embotara poco a poco.

Cuando le parecía que llevaban en el aire unos quince minutos, notó unos golpecitos insistentes en el hombro derecho. Amelia frunció el ceño y pretendió ignorarlo, pero el molesto toqueo no cesó. Rendida, abrió un ojo y se retiró un auricular con un gesto molesto que esperaba que dijera a la azafata, sin necesidad de palabras, que ni quería tomar nada ni necesitaba artículo alguno en absoluto.

No obstante, no fue a una de las encargadas del vuelo a quien se encontró de frente, sino a Nanette Chase, con su media melena bien peinada y aquel cuerpo menudo enfundado en una ropa de abrigo que la hacía parecer una colegiala de excursión.

Irguiéndose en su asiento, Amelia pausó el reproductor de música que llevaba en el bolsillo y observó, anonadada, como Nanette se sentaba en el asiento situado justo al otro lado del pasillo, a la misma altura que el de Amelia, y que hasta el momento había estado libre.

La señal de los cinturones se había apagado y los pasajeros empezaban a poner en marcha sus portátiles y teléfonos móviles en modo avión.

—Perdona por haber desaparecido antes como una loca —empezó Nanette, cuya sonrisa impertérrita parecía diseñada para adornar la cara de una muñeca de porcelana especialmente terrorífica—. De la tienda, me refiero. Debíó de parecerte raro que, después de saber que íbamos a coger el mismo vuelo, diera la espantada.

—En realidad, no...

Pero Nanette desestimó los intentos de Amelia de participar en aquella conversación con un gesto de la mano. Parecía decidida a dar su discurso personal sin que nadie la interrumpiera.

—Es una gran casualidad... que nos hayamos encontrado y las dos vayamos a Kendall.

—Eso dijiste antes, sí. —Empezando a ponerse tensa, Amelia echó una mirada elocuente al resto del avión—. Todas estas personas comparten nuestra casualidad también.

La ironía no le pasó desapercibida pese a los nervios. Con un suspiro, Nanette se rascó la cabeza con un gesto tan poco femenino que habría desquiciado a su madre, y luego decidió, por fin, coger al toro por los cuernos. El vuelo no era transoceánico, no tenía tiempo ilimitado para plantear la cuestión, de modo que más le valía darse prisa.

—Verás, Amelia..., hay un motivo por el que he estado actuando como una esquizofrénica contigo desde el principio y... no sé muy bien cómo... conozco a tu abuela, a Denis O'Brien.

—¿Te hospedas en su casa de huéspedes? —Al verla asentir, Amelia intentó por todos los medios atar unos cabos que se le escapaban. Para empezar, no recordaba haberle dicho a aquella chica su apellido, así que solo había una forma de que la hubiera relacionado con su abuela—. Supongo que te ha hablado de mí en anteriores ocasiones..., pero este mes la casa está cerrada a los visitantes, va a...

—Casarse, lo sé. —Una vez más, Nanette hizo con las manos el gesto para que Amelia dejara de hablar—. Mi padre, Joe Chase, es su sobrino-nieto. La conocí el verano pasado, cuando estuvimos allí después de que yo..., de que tuviera un pequeño accidente y huyéramos a Kendall para que pudiera esconderme.

Amelia intentó decir que lo sentía, pero intuyó que Nanette la volvería a interrumpir. La vio contraerse en el asiento y girar el cuerpo en un ángulo imposible para estar aún más cerca de ella. Prácticamente inclinada sobre el reposabrazos, y con medio cuerpo sobresaliendo por encima del pasillo, Nanette parecía una contorsionista del Circo del Sol, con unos músculos fuertes acostumbrados a duras sesiones de entrenamiento. Bastaba verla para darse cuenta, por la gracilidad de sus movimientos y la delgadez de sus formas.

Si no hubiera estado tan intrigada por adónde las llevaría aquella charla, Amelia habría tenido hueco entre sus apretados pensamientos para dejar paso a una pequeña punzada de envidia. En un acto de pura coquetería femenina, cruzó las piernas, esperando así que sus caderas lucieran menos anchas.

—De modo que somos... familia lejana. ¿Es eso lo que querías decir? —le preguntó a Nanette con una sonrisa suave—. Había oído hablar del sobrino de mi abuela, pero no imaginé que fuera el escritor.

—Mi abuela y la tuya eran hermanas, no estoy segura de si eso nos hace tener parentesco, pero... lo siento, es la única forma que se me ocurrió para empezar. —Porque había más. Amelia enarcó la ceja y Nanette comprendió que

había divagado suficiente—. Cómo te decía..., estuve en Kendall el verano pasado, conocí a mucha gente y...

—¿Y?

Amelia, con su bonita cara redondeada, su cabello oscuro cayéndole sobre los hombros y aquellas gafas de intelectual, miró a Nanette con la exasperación pintada en cada facción. Tenía pinta de ser una chica decidida, segura de sí misma y que iba a por lo que quería, al menos, en apariencia.

Nanette solo sabía que estudiaba para periodista porque a Falk se le había escapado. Denis O'Brien no le había dado de ella más que unas pinceladas cubiertas del dulzor que tienen siempre las palabras de una abuela que se refiere a su única nieta. Nada objetivo que le diera pistas a Nanette sobre cómo aquella muchacha tan normal podría haber acabado poseyendo el corazón del tipo más desagradable y complicado de cuantos ella había conocido.

No parecían hechos el uno para el otro, aunque ¿qué sabía ella? Estaba claro que Amelia tenía algo lo bastante potente para haber marcado a Tuck a fuego. Tal vez no fuera una melena verde sirena o unas piernas kilométricas... o cualquiera de esos clichés que los chicos con la pinta de él solían buscar, pero lo que tenía, fuera lo que fuese..., había calado hasta el hueso.

Secretamente, Nanette esperaba contar con el mismo poder sobre Falk. Estaba enamorada y no deseaba perderlo.

—Oye, no quiero ser grosera ni nada por el estilo, pero como supongo que nos veremos más cuando estemos en Kendall, ¿te importaría si seguimos con esta conversación en otro momento? El vuelo es muy corto y me gustaría relajarme un poco antes de aterrizar.

Nanette hizo un mohín de disculpa, lamentando con toda sinceridad no poder dejar pasar aquel mazazo.

—Tucker vendrá a recogerme al aeropuerto. Es... es muy posible que le veas.

Solo duró un instante, pero el hielo petrificó las facciones de Amelia de forma muy visible. Cuando se recompuso, parte de su amabilidad anterior se había diluido, y en su lugar apareció una emoción muy difícil de calificar. Tal vez fuera dolor. O, quizá, desprecio.

Nanette tardó un poco en entender lo que ella había asumido por sus palabras, y enrojeció hasta las cejas. Negando con firmeza, pensó que si la situación hubiera sido otra, tal vez hubiera podido echarse a reír como una histérica.

—Así que vosotros... —Amelia hizo un gesto vago con la cabeza, incapaz de pronunciar las palabras.

—Dios me libre. No. No. —Con los ojos clavados en ella, Nanette intentó por todos los medios ser clara en su explicación. Aunque dudaba seriamente que pudiera meter la pata más de lo que ya lo había hecho—. Tucker es el mejor amigo de mi novio, Falk. Él todavía está con exámenes y no viene hasta dentro de unos días... Tuck se ofreció..., le pedimos, más bien, que nos hiciera el favor de recogerme. Pero ni siquiera me cae bien. Ni yo a él, de hecho. Nos detestamos con mucha cortesía.

—Pues..., mejor para ti.

Amelia miró al frente y volvió a apoyarse en el respaldo de su asiento. Pretendió mostrarse impasible, y, como Nanette la conocía muy poco, estuvo de acuerdo en que realmente parecía que no le importaba en lo más mínimo lo que acababa de escuchar. Sin embargo, su mirada se había apagado un poco, dejando ver una tormenta que amenazaba con arrasarlo todo a su paso.

—Oye, Amelia, solo quería que supieras que va a estar ahí, ¿de acuerdo? Si hubiéramos sabido que venías en este vuelo, Falk y yo ni siquiera habríamos pensado en llamarle, en serio. Ha sido todo...

—¿Una casualidad? —Aunque no giró el cuerpo para mirarla, Amelia hizo el intento sincero de sonreír para quitar dureza a una situación de lo más inverosímil—. Tranquila, lo entiendo. Esas cosas pasan.

Nanette parpadeó, esperando el estallido, aguardando a que Amelia llegara al punto álgido de la información. ¿Había escuchado todo lo que había dicho? ¿Lo estaba procesando?

—Tucker... estará en el aeropuerto en menos de una hora, Amelia. Vas a encontrarte de frente con él.

Esta vez, la aludida sí dedicó a Nanette toda su atención. Las dos se observaron en silencio unos segundos, una tensa y llena de preocupación por lo que estuviera a punto de pasar, y la otra con una indiferencia profunda ensombreciéndole el rostro.

La voz le tembló un instante, pero Amelia fue muy firme cuando pronunció unas palabras que había ensayado en su cabeza de forma compulsiva durante algo más de tres años.

—Es una persona que no significa nada para mí, Nanette. Donde esté o lo que haga no tiene nada que ver conmigo.

Después, tomó los auriculares con unos dedos sorprendentemente firmes y se cubrió con ellos los oídos. Cerró los ojos con el cuerpo orientado hacia adelante y no volvió a moverse.

* * *

Tucker odiaba los aeropuertos.

Probablemente porque no viajaba mucho y ver a personas que iban y venían le causaba esa envidia que solo sienten los que están anclados a un mismo lugar durante años. La última vez que había estado allí había sido para despedir a Falk. Su mejor amigo emprendía una nueva vida lejos de Kendall para perseguir a su novia y avanzar en sus estudios, algo de lo que Tucker se sentía orgulloso, porque, ¡joder!, ¿cómo no estarlo? Falk se lo merecía y se alegraba por él.

Al menos, su parte racional lo hacía. La otra, esa que debía mantener oculta y bien enterrada, sentía envidia. Con dos trabajos, una madre con problemas y una hermana adolescente peligrosamente cerca de sacar los pies del tiesto, las probabilidades de Tuck de coger una maleta y conocer nuevos destinos eran prácticamente nulas. Y eso por usar una palabra que no fuera demasiado malsonante.

Le gustaba su vida en Kendall, pero no porque esta fuera satisfactoria en su totalidad, sino más bien... por una cuestión de costumbre. Era un pez mediano en un estanque cuyos peligros ya conocía. Tenía estabilidad. No era algo malo. Muchas personas pasaban su vida entera persiguiendo algo estable.

Cruzó los brazos sobre el pecho y cambió el peso de pie. Llevaba el mono del taller atado a la cintura y se le había olvidado cambiarse los zapatos de trabajo o arreglarse la bandana del pelo antes de salir. Justo había terminado de sustituir el encendido eléctrico de un sedán cuando había recordado su compromiso de ir a recoger a Nanette al aeropuerto. Como no tenía la menor intención de darle a la novia de Falk nada más de lo que había ofrecido, no le importó su aspecto. De hecho, sintió un placer perverso al pensar que ella tendría que ir todo el camino oliendo la grasa de motor y el sudor que llevaba impregnados en la ropa.

Por fin la vio aparecer. Menuda y con más aspecto de personaje de *El Señor de los Anillos* que de ser humano normal. Parecía agitada y tenía los ojos tan abiertos que era un milagro que no se le salieran. Con un suspiro resignado, Tucker se acercó a ella a grandes zancadas, esquivando a un grupito de amigas que no paraba de saltar y emitir chillidos molestos.

—Volteretas, ¿sabes que si facturas toda esa mierda no tienes que cargarla al bajarte del avión?

Debatiéndose entre abrazarle para expresar su pésame o darle un rodillazo, Nanette lo cogió del brazo y tiró de Tucker hasta apartarlo a un lado donde hubiera menos griterío y pudieran hablar. Confuso, él enarcó una ceja y se zafó de su agarre, sacudiéndola como si fuera un bicho que le hubiera trepado por el

brazo. La miró como si se hubiera vuelto completamente loca, algo que no descartaba en absoluto.

—Oye, oye, Saltitos, los arrumacos resérvatelos para cuando Falk...

—¡Calla de una vez! ¿No te ha llamado? ¿Te ha dicho algo? —Su expresión le confirmó lo que, en realidad, ella ya sabía. Con los ojos en blanco, Nanette asumió que, de nuevo, el mal trago iba a tocarle a ella—. Escúchame bien, tenemos que irnos enseguida, te lo explicaré todo luego, pero tenemos que salir de aquí antes de que...

Nanette no pudo continuar, porque todo signo de vida desapareció del semblante de Tucker al segundo siguiente. De pronto fue como si él se hubiera convertido en un cibernético y alguien le hubiera ordenado detener sus funciones motoras. No se movía, ni siquiera parecía seguir respirando. El aire mismo a su alrededor se colapsó. No tuvo tiempo de girarse para ver lo que Tucker observaba, pero tampoco le habría hecho falta. Con la boca medio abierta y las pupilas muy dilatadas, él la apartó de una forma inusualmente caballerosa para que no estuviera en medio. Al parecer, no quería que nada se entrometiera en su campo de visión mientras veía pasar, anonadado, a la última persona que había esperado encontrarse en aquel lugar.

—Amelia —murmuró con una voz que parecía más el quejido de un animal herido de muerte.

Despacio, Nanette fue capaz de enfocar la mirada hacia ambos. En ese preciso momento, la nieta de Denis O'Brien cruzaba las puertas de llegada con la cabeza alta y ningún signo de nerviosismo marcando sus facciones. Llevaba unos vaqueros anchos a la altura de los tobillos, Converse blancas y una camisa a cuadros roja anudada sobre la cadera. Se le había revuelto un poco el pelo por el potente aire que se colaba entre el avión y el pasillo para el transporte de los pasajeros y las gafas le habían resbalado unos centímetros de la nariz.

Una chica corriente, inadvertida entre la multitud, pero de la que Tucker no podría haber apartado los ojos ni aunque su vida hubiera dependido de ello.

Si Amelia le vio, no hizo la menor intención de demostrarlo. Más bien al contrario, tiró de su maleta hasta colocarse de forma perpendicular ante Nanette, a la que dedicó una sonrisa tensa y se paró el equivalente a dos segundos, con el nerviosismo solo visible por la rigidez que marcaba cada músculo de su cuerpo.

—Espero verte en la casa de huéspedes cuando llegues. Saluda a Falk de mi parte. —Le hizo un gesto de cabeza y tiró de la maleta en dirección a la salida.

Un Tucker mudo de asombro la vio alejarse, mezclándose entre la gente que iba y venía sin que le diera tiempo siquiera a entender lo que acababa de pasar. Con un aplomo digno de una estrella de cine acostumbrada a las masas, Amelia se perdió de vista sin dedicarle un solo gesto.

Tal como le había dicho a Nanette durante el vuelo, fue como si la presencia de Tucker en el mundo no significara nada para ella. Como si él no fuera nadie y no le importara en absoluto.

Cuando, unos minutos después, las maletas de Nanette estuvieron cargadas en el asiento trasero del Corolla, Tucker aferró el volante con las manos, cerró los ojos un segundo y suspiró con fuerza. El silencio que los había acompañado durante todo el camino al aparcamiento empezaba a hacerse tan denso que el clima se había vuelto irrespirable. Tan solo el sonido de los limpiaparabrisas, que no parecían capaces de ganar la batalla contra la persistente lluvia que no cesaba de caer sobre ellos, era audible.

Nanette tiró del cinturón y se lo abrochó. Con el alma en un puño, giró levemente el rostro hacia Tucker, cuya expresión era la de un hombre que acababa de recibir un golpe mortal en la cabeza, y separó los labios, dispuesta a decirle cualquier cosa que pudiera confortarle.

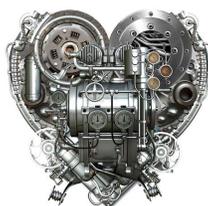
Él, sin embargo, tuvo unos reflejos más rápidos, encendió las luces, puso el indicador en dirección a la salida y negó con la cabeza de forma tajante.

—Si alguna vez has pretendido demostrarme simpatía, Saltitos, te sugiero que ese momento sea ahora —le dijo en un tono de voz ronco y quebradizo—. No hables, por favor. No digas ni una sola palabra.

Giró la llave en el contacto y el coche se deslizó por la autopista, siguiendo al resto de vehículos cuyas luces eran como faros en la oscuridad. A lo lejos, en el horizonte, a pesar de estar en Florida, la lluvia se intensificó.

CAPÍTULO 7

*Te lo juro, que es verdad,
que te voy a olvidar.*



A Amelia le habría gustado poder decir, si acaso alguien alguna vez le preguntaba, que había salido del aeropuerto con la frente en alto, dejando que las gotas de lluvia le empaparan un pelo ya bastante enmarañado. Habría querido asegurar que su único pensamiento había sido el de encontrar la estación de autobuses y que, una vez resguardada de la repentina tormenta bajo techo, se había dedicado a contar el dinero suelto que llevaba en los bolsillos, calculando cuánto iba a costarle el trayecto a Kendall.

Una vez a bordo, escucharía música a todo volumen en su iPod, apagando así el incesante repiquetear de las gotas de lluvia contra los grandes cristales del bus, y no ocuparía su mente con ningún otro pensamiento hasta estar instalada en la casa de huéspedes de su abuela.

En un mundo perfecto, así es cómo habrían salido las cosas. Pero la realidad tenía la mala costumbre de obligarla a asumir la amarga lección de que nada salía nunca como uno imaginaba en sus momentos más optimistas. Siempre había un escalón más bajo donde podías caer, un ridículo más profundo que hacer y otro disgusto más con el que tropezar de frente.

En su caso, su error número uno había sido pensar que podría enfrentarse a Tucker de forma repentina y salir indemne. No hizo caso a la advertencia bien intencionada de Nanette Chase y tragó la mentira que le había contado a ella como si fuera una dulce cucharada de miel. Que él no le importaba y su existencia para Amelia no era más que un vago recuerdo, una bocanada de aire frío que se disipaba en un cielo sin estrellas, había sido un embuste demasiado grande como para que pudiera colar.

Nada más tenerlo delante, su seguridad se había tambaleado como si de un castillo de naipes se tratara. Piso a piso, una carta tras otra, cayó al suelo, dejando a Amelia con la inquietante sensación de estar desnuda ante una audiencia que llevaba lupas y luces brillantes para observar cuidadosamente cada uno de sus fallos y grietas.

No había sido capaz de soportarlo. Unas pocas palabras y escasas capas de frialdad fingida habían mermado sus fuerzas, de modo que, al llegar al exterior del aeropuerto, con el corazón acelerado y la respiración constreñida en algún lugar indeterminado entre los pulmones y el alma misma, Amelia había dado media vuelta y había entrado de nuevo en el edificio por la puerta lateral. «Patético», se dijo sentada en la tercera taza de váter, empezando por la izquierda, de los primeros baños públicos que había encontrado para esconderse.

—Lo tienes superado. Él no te importa, no te afecta. Verle solo te ha traído recuerdos, solo ha sido el *shock* inicial de tenerlo tan cerca tras tanto tiempo, nada más.

Pero mentía. Se decía mentiras a sí misma y seguiría engañándose durante todo el tiempo que le costara recomponerse y dejar de temblar. Finalmente, sería capaz de salir del lavabo y seguir su camino. Solo esperaría un poco, hasta que aquella tonta llovizna tan impropia de aquel clima cesara por fin.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a respirar en series. Esperó con paciencia a que la rabia y el rencor sustituyeran aquella impresión que le había provocado Tucker, cuya presencia parecía haber inundado el aeropuerto entero, sin dejar espacio para nada más. Ojalá se hubiera puesto gordo, pensó de forma irracional. Ojalá que vestir ropas de trabajo y no lucir el aspecto más aseado la hubiera incomodado. Cualquier baza que tener contra él, cualquier elemento que rompiera esa magia enfermiza que parecía batir las alas dentro de su estómago cuando lo tenía cerca le habría bastado, pero no había hallado ni una.

Y no porque no se hubiera fijado bien.

Habían bastado unos escasos segundos para que Amelia se intoxicase con cada uno de los detalles. Reconoció la cinta oscura del pelo y valoró el crecimiento de este durante el tiempo que habían estado separados, se fijó en el colmillo que colgaba del lóbulo de su oreja, y también reconoció el mono de trabajo del taller donde Tucker hacía horas, ocupado en una de sus pasiones: los motores de coches.

Recordaba haber pasado días enteros leyendo apuntes mientras le observaba trastear en las tripas de algún vehículo. Se había sentado al sol, sobre un puñado de neumáticos apilados, tomándose un refresco de la mininevera del taller y haciendo visera con la mano mientras, simplemente, le observaba, mirando su

cuerpo y todos aquellos músculos que había aprendido a memorizar mejor que los suyos propios.

El impacto de encontrárselo había sido tan brutal porque nada en él era distinto. El tiempo se había congelado alrededor de Tucker y se había presentado ante Amelia como una reminiscencia viva de los momentos en que fueron felices. Instantes en los que ella había bajado con sus dedos aquella cremallera mientras la comisura de la boca de Tucker se enarcaba. Caricias perdidas bajo la ropa, rozando las líneas curvas y oscuras del tatuaje con que él la había sorprendido, un día cualquiera, anunciando que deseaba llevarla clavada en la piel. Qué segura de su amor se había sentido entonces...

Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá se hubiera dado cuenta de que todo aquello no era de verdad.

—Cinco minutos para cambiarme y nos vamos.

Tuck la miró sonriente. Estaba limpiándose la grasa de las manos con un trapo que había tenido días mejores y la miraba como si ella fuera la cosa más especial que pudiera pasarle jamás a un hombre.

Sabedora de ese poder que tenía sobre él, Amelia se sintió con ánimos de ser pícara y, apartando con cuidado algunas herramientas amontonadas sin orden ni concierto, se fue subiendo a la mesa de trabajo con movimientos que fueron más torpes que sensuales, pero que, no obstante, cumplieron su función. Con una ceja levantada, Tucker la vio acomodarse y separar las rodillas de forma más que sugerente. Tragó saliva y la nuez le subió y bajó por la garganta.

—¿Y si te dijera que no tengo cinco minutos? —preguntó ella, permitiendo que la falda que se había puesto subiera unos centímetros—. ¿Y qué tampoco tengo ganas de ir a cenar como habíamos quedado?

—Pues entonces... supongo que tendría que fingir no estar mirándote las piernas y te preguntaría qué es lo que quieres hacer.

Amelia intensificó su sonrisa juguetona. Miró de pasada el reloj de la pared, consciente de que el taller estaba cerrado, el resto de empleados en sus casas y de que nadie pasaría por allí hasta la mañana siguiente. Alzó la mano y señaló a Tucker con el dedo índice, con el que le hizo claros gestos para que se aproximara a ella. El corazón le latía tan deprisa que era un milagro que no atravesara su camiseta y saliera al exterior, bombeando como un poseso ante la idea de lo que estaba a punto de suceder.

—Te voy a poner perdida —masculló él con una voz que había enronquecido. Despacio, tan lentamente como el león que acecha a su presa, se fue acercando a Amelia, que se balanceaba apoyada en sus manos, mordiéndose el labio inferior y mirándole con aquellos brillantes ojos caramelizados con los

que podría conseguir de él todo lo que quisiera—. Mierda, nena..., no te importa en absoluto, ¿verdad?

—Ven aquí —le ordenó, usando un tono suave pero firme que habría sido la envidia de cualquier reina contemporánea—, y trae esa grasa contigo.

Ningún hombre necesitaría más ánimos que esos. Tucker lanzó el trapo lejos y, con un movimiento rápido, se quitó la cinta azul del pelo, dejando que los mechones ondulados le cayeran sobre la frente y las orejas. Dos zancadas le bastaron para tomar posición entre los firmes muslos de Amelia, que se cerraron en su cadera como si fueran los potentes barrotes de una cárcel. Sus manos delicadas bajaron la cremallera del mono y Tuck se sacó las mangas en cuanto tuvo oportunidad.

Maravillada por todo aquel paraíso de músculos prietos, Amelia inhaló el aroma a sudor y lubricante de motor, y una risilla nerviosa se le escapó cuando Tucker comenzó a darle mordiscos suaves en el cuello. Pasó los dedos por su torso, encontrando de memoria el tatuaje con su inicial que él llevaba en el pecho. Cerró los ojos, abriendo la boca cuando él se lo demandó en un beso que amenazó con cargar las baterías de todos los dormidos vehículos que los rodeaban.

—Te quiero. —Amelia le sujetó la cabeza con las manos, acariciándole las mejillas, donde una sombra oscura empezaba a crecer. Le miró a los ojos, dejándose el alma en unas palabras que solo le habían pertenecido a él.

—¿Ah, sí? —Tuck sonrió al verla asentir con vehemencia—. ¿Y por qué me quieres? ¿Qué ha hecho este pobre mortal, este... saco de defectos y grasa para ganarse semejante privilegio?

Amelia le sacó la lengua, poco dispuesta a inflar su ya de por sí amplio ego con cumplidos, pero la mirada profunda de Tucker le dijo algo nuevo..., algo que hasta entonces quizá había estado escondido. Dudas..., necesidad real de saber. Y miedo a perder.

—Te quiero porque... quererte también hace que me quiera yo. Porque cuando tú me miras, me veo distinta, más feliz. Más como quiero ser. Porque lo único que importa es que soy feliz sin que me cueste ningún esfuerzo. —Acarició su pelo, sonriéndole—. Porque me sumas todo el rato, cariño, hasta cuando yo misma no paraba de restarme. Por eso te quiero.

Tucker le guiñó un ojo, apoyó la frente en su pecho y luego se entretuvo buscando zonas de piel que poder besar. Necesitó unos minutos para rehacerse de la emoción y para encontrar el modo de que su voz le respondiera. Sus ojos brillaban de sentimientos.

—Te prometo que, dentro de un rato, me querrás aún más.

Amelia se echó a reír, pero pronto todo lo que pudo emitir fueron profundos sonidos de placer.

Un escalofrío la recorrió, obligándola a apoyar la cabeza en la pared de azulejos del baño para que su frescor apartara las ideas que la acosaban. Presionó los párpados cerrados, negándose a abrir los ojos hasta que la realidad del momento que vivía se impusiera. No había cabida para recordar momentos como ese, instantes que ya debía haber erradicado de su memoria y su corazón.

—Eso ha terminado y ya no me importa, no tiene nada que ver conmigo. Si se ha quedado estancado..., solo demuestra que estoy mejor sin él. Que tengo que avanzar. Que debo seguir adelante.

Tenía que dejar a Tucker en el pasado, que era adonde pertenecía.

El problema estaba en que la Amelia temblorosa que permanecía escondida en los aseos del aeropuerto se parecía mucho más a la antigua que a quien decía ser ahora. Como había temido, el regreso había traído los miedos e inseguridades, todos ellos representados en la figura de una sola persona, que tenía el poder de destruirla.

Con unos dedos inusualmente trémulos, Amelia sacó el teléfono de su bolsillo derecho, lo desbloqueó y buscó entre sus llamadas recientes, pulsando el nombre de Logan con una ansiedad que crecía por minutos. Aguardó más de seis tonos, hasta que la llamada terminó en el buzón de voz, sin respuesta.

—Dónde estás cuando te necesito... —le rogó al silencio, aunque sabía que no era un reproche justo.

Logan no había prometido esperarla, y aunque le había dicho que solucionara sus asuntos, su deseo de seguir estando no implicaba que las cosas entre ellos fueran a cambiar. De hecho, era muy posible que no hubiera contestado al teléfono por estar muy ocupado con otra persona, que no necesariamente sería alguno de los amigos con los que había viajado para pasar las vacaciones.

No podía usarle como escudo de defensa ante los ataques que suponían para ella los recuerdos de Tucker. No era un salvoconducto, ni tampoco la salida fácil que le había parecido en California, cuando vivía su día a día creyendo que el resto del mundo quedaba fuera de su relación y las responsabilidades que tenía en Berkeley. Ahora estaba sola ante el peligro, la jaula del oso se había abierto y ni Logan ni nada se interpondría entre sus zarpas y Amelia.

Debía resolverlo, sí, pero tenía que hacerlo sola y por sí misma.

—No voy a quedarme escondida como si tuviera algo de lo que arrepentirme —le dijo a su reflejo, que, poco a poco, había ido recuperando el tono sonrosado propio de quien no está a punto de vomitar hasta la primera

comida sólida—. Si te sientes incómodo, Tucker, siempre puedes salir huyendo. No sería la primera vez.

Agarró la maleta con fuerza y salió del baño, recorriendo el aeropuerto sin reparar en las personas con las que tropezaba en su intento por llegar a la salida. Amelia encontró la estación de autobuses y abordó el único con destino a Kendall.

Pagó el viaje y se sentó en las primeras filas. Con la vista perdida y el billete del viaje sujeto entre unos dedos helados, Amelia recorrió carreteras y autopistas rogando que la fuerza que había acumulado en su interior no la abandonara cuando más iba a necesitarla.

* * *

Para cuando Nanette vio la casa de huéspedes, con su conocida fachada azul celeste, sus ventanas blancas y sus parterres cuajados de flores de distintas clases y colores, ya había anochecido.

El trayecto les había tomado bastante más tiempo del debido por culpa de Tucker y su repentina incapacidad para interpretar los carteles que señalizaban las salidas de la autopista. Callada como una muerta en el asiento del copiloto, Nanette le había visto equivocarse de camino en no menos de tres ocasiones, sin tener corazón para decir una sola palabra en su contra. Vivir para ver, había pensado, mientras intentaba que la preocupación que sentía no se hiciera audible entre sus labios, ella sintiendo lástima por Tucker, a quien en circunstancias normales no saludaría si podía evitarlo.

La realidad era que él conducía de memoria. Por pura fuerza mecánica, mientras su mente estaba a muchos kilómetros de allí. Tal vez, la inconsciencia le había llevado a tomar carreteras equivocadas solo para tropezarse con el autobús donde fuera Amelia, como si se hubiera vuelto loco y anhelara buscarla para exigirle unas cuentas que no tenía derecho a cobrar. Aquella mirada, o más bien, la ausencia de gestos que le indicaran que ella le había reconocido, le estaban arañando las entrañas como si hubiera ingerido veneno. Amelia parecía haber tenido tan fácil hacerle a un lado, apartarle con un gesto del pie mientras seguía su camino, imperturbable y hermosa, que la rabia se le estaba condensando por dentro, provocando que solo viera una niebla rojiza a través de los ojos.

Tucker no había sabido lo desesperado que se sentía por verla hasta que había tenido unos escasos segundos para emborracharse de su presencia. «Menudo idiota estoy hecho», pensó con ironía. Después de tres años, la historia

se repetía ante sus ojos; él, allí parado como un imbécil, mientras Amelia se daba la vuelta y se alejaba, azotando el pelo y moviendo las caderas. Dejándole atrás con la misma facilidad que la última vez.

Ella todavía le dolía. A pesar del tiempo y las circunstancias, tenerla delante le había afectado. Tucker nunca había dedicado tiempo a preparar un posible encuentro con Amelia. Nunca había ensayado qué diría o haría en esas circunstancias, porque consideraba que el momento de hablar y dar explicaciones había pasado de largo hacía mucho tiempo. Ella no le había dejado opciones antes de salir corriendo a California. Sin mirar atrás ni concederle un maldito segundo. Se había marchado pretendiendo que él había dejado de importar, exactamente igual que hacía unas horas.

«¿Qué más pruebas necesitas? No podrías importarle menos.»

Pretendiendo estar absorta en un paisaje que pasaba a toda velocidad, Nanette oía refunfuñar a Tucker mientras conducía pisando el acelerador y el freno con una rabia contenida de lo más preocupante. Nanette, que había tenido aferrado su teléfono durante todo el viaje, había resistido la tentación de llamar a Falk para contárselo, pero, desde luego, ahora que habían llegado a su destino, pensaba poner a su novio al corriente de todo aquel drama tan pronto estuviera a solas, en su añorado dormitorio del ático.

Manteniendo todavía el incómodo silencio, el Corolla se paró a un par de metros de distancia de la entrada a la casa de Denis O'Brien. Nanette se soltó el cinturón y carraspeó con fuerza, dándole a Tucker todavía unos segundos más para que se preparara antes de escucharla hablar.

—Gracias por traerme, me has ahorrado... —De hecho, si hacía el cálculo con frialdad, puede que hubiera tardado mucho menos en bus de lo que había hecho por causa de la torpe conducción de Tucker, pero no era momento para sacarlo a relucir—. Gracias por traerme.

—No hay de qué.

Bastante sorprendida de haber obtenido respuesta, Nanette se colgó el bolso del hombro e intentó componer una sonrisa que no pareciera la fea mueca siniestra que mostraba el Joker. Con un suspiro, puso la mano sobre el hombro de Tuck y le dio unos golpecitos, provocando que él girara la cabeza y la mirara como si no pudiera comprender nada de lo que estaba pasando a su alrededor.

—No sé si estás considerando la opción de evitarla..., pero va a estar aquí muchos días. Cabe esperar que pasee por el pueblo, haga compras... Ya sabes. Es posible que lo de hoy se repita, ¿entiendes? Tal vez deberías prepararte para...

—Soy muy capaz de volverme invisible cuando no quiero tropezarme con nadie —le escupió, con un claro tono acusatorio que bien podría estar diciendo:

métete en tus asuntos—. ¿O no te has dado cuenta de que pasas días sin verme cada vez que vienes de visita?

Nanette redujo el mohín de ofensa a la mínima expresión. Lo fácil habría sido darse la vuelta y cerrar de un portazo. Alejarse sin mirar atrás y dejar que, tal como quería, Tucker se ocupara de sus asuntos en privado. Ella estaba ahí para disfrutar de su novio y regalarse los oídos con los consejos maternos de Denis y las batallas de comerciante de Otto Sturgis, que eran dos de sus personas favoritas en el mundo. Los problemas de corazón del amigo de Falk —en el caso de que lo tuviera— le importaban tanto como saber nuevos y desagradables datos sobre él.

Sin embargo..., una inquieta parte de ella se sentía responsable. Porque por recogerla, el encontronazo con Amelia se había precipitado. Por ella, aunque fuera de forma indirecta, Tucker tenía aquella expresión de cachorro al que prometen una cama mullida y leche caliente y luego abandonan en una fría perrera. Se sentía responsable al haber sido portadora de tan funestas noticias.

Y, además, iba a tener bastante tiempo libre hasta que Falk volviera, así que...

—No parece mala chica; de hecho, es muy posible que me relacione bastante con ella, porque las dos vamos a hospedarnos con Denis —tanteó, con mucho cuidado por el terreno resbaladizo que pisaba.

—Por si no lo has notado, ya hemos llegado adonde tenías que venir. —Exasperado, Tucker intentó imaginar un mundo donde Amelia y Nanette compartieran confidencias. Las ganas de esconderse en el agujero más recóndito que encontrara aumentaron—. Desearía tener un botón de eyección instalado en el salpicadero, Saltitos, pero no es el caso, así que...

Dejándose llevar por una recién descubierta empatía, Nanette se inclinó en el asiento y dio a Tucker un beso en la mejilla. El contacto duró una milésima de segundo, pero bastó para que los ojos oscuros de él se entrecerraran un poco. Tal vez necesitaba el consuelo de un amigo mucho más de lo que era capaz de admitir.

—Falk estará aquí pronto —le dijo ella a modo de confidencia, como si aquella oración fuera el indicador de que la ayuda venía en camino.

Tucker movió la cabeza hacia un lado, fingiendo estar interesado en la condensación de la luna delantera, que empezaba a llenarse de gotitas a causa de la humedad de la noche. Rezongó algo que sonó a queja, pero Nanette no le hizo caso. Una vez fuera del coche, recogió sus cosas y las apiló en la entrada de la casa de huéspedes. Por último, se colgó el bolso sobre el hombro y extendió la mano para despedirse.

Había dado un par de pasos arrastrando la maleta cuando la voz de Tucker llamó de nuevo su atención.

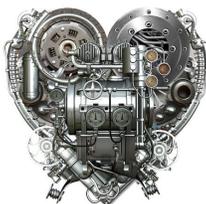
—Oye, Volteretas. —Se rascó la barbilla y la miró a la cara por fin. Parecía tenso, como si buscara unas palabras que se le resistían—. No ha sido tan coñazo volver a verte.

—Dame tiempo —respondió ella con un asentimiento de la cabeza.

Tucker negó y volvió la cara al frente, pero a Nanette le pareció atisbar una sonrisa esquiva. Después, el Toyota Corolla dio media vuelta y se perdió por la carretera.

CAPÍTULO 8

*Y a pesar de que me parece hasta mentira,
puede que la vida siga.*



Perdió el control del coche. Intentó frenar, pero ya se había salido de la carretera. Dio un volantazo. Y después otro más, pero el impacto fue insalvable.

Cerró los ojos, se tapó la cara con las manos para protegerse y esperó el golpe que lo sumiría todo en la oscuridad.

—¿Estás despierta, cariño?

Como tenía una luz justo frente a la cara, Amelia asintió con los ojos entrecerrados, intentando recordar dónde estaba. Una única mirada alrededor bastó para reconocer la coqueta habitación situada detrás de la cocina de la casa de huéspedes de su abuela, aquella reservada solo para su uso y que nunca había sido alquilada por ningún visitante.

Inquieta, apartó las horribles imágenes de aquel accidente de coche de su mente, recordándose a sí misma que estaba ilesa y nada había pasado. ¿Por qué no cesaba de ver toda aquella destrucción y dolor tras los párpados casi cada noche? ¿Qué estaba intentando decirle su subconsciente? Ella solo conducía cuando era estrictamente necesario, y nunca de forma tan temeraria como para verse hecha un amasijo de hierros contra un árbol.

Notaba el pecho contraído y respiró despacio hasta que sus pulsaciones retomaron el ritmo normal. Se echó el pelo a un lado y volvió a mirar la habitación, ahora con más detenimiento. Sus maletas estaban en un rincón, junto a la mesa escritorio donde reposaba la funda con su ordenador portátil. Anotó mentalmente que debía acordarse de revisar los artículos y teclear algunas sugerencias que podrían valer a modo de columnas para la nueva etapa de la gaceta periodística. Encontró sus zapatos, alineados junto a la mesilla de noche

y, por fin, el sonriente rostro y la mirada llena de afecto de una de las personas a las que más quería en el mundo.

Denis O'Brien. Su abuela, con aquella media melena de color blanco brillante bien peinada, sus vaqueros y el enorme llavero colgado del cinturón, aguardaba con suma paciencia, sentada en un rincón de la cama, mirándola con la alegría propia de quien encuentra a un familiar añorado bajo el mismo techo justo para la hora de desayunar. Mientras se incorporaba en la cama, Amelia se fijó en que Denis llevaba una camiseta con un estampado de tulipanes que rezaba «la novia florece». Sonrió. Nada era más apropiado.

—Parece que ya estás entre nosotros —dijo Denis abriendo los brazos y apresurándose a estrechar a Amelia entre ellos, haciendo gala de una fuerza inusitada para una mujer de su tamaño—. Creí que iba a tener que recurrir al truco del vaso de agua para arrancarte de esa pesadilla.

—¿Era tan evidente? —Con un mohín, Amelia estiró la mano y cogió una goma del pelo de la mesilla—. Se ha vuelto recurrente y no consigo entenderla.

—Mi madre decía que uno solo tiene tiempo de soñar cuando está poco ocupado. Tal vez tu cabeza demanda más actividad.

Amelia sonrió. Aquello era justo lo que esperaba, que sus días estuvieran plagados de actividad.

—Para eso estoy aquí. ¿Cómo van esos nervios prenupciales? —Denis hizo una pederreta con los labios bastante elocuente—. Vale..., no estoy segura de cómo interpretar eso, abuela.

—No he tenido tiempo de ponerme nerviosa. Ni de nada, en realidad. —Se echó el pelo hacia atrás con un ademán impaciente—. Los últimos huéspedes no se irán hasta mañana. No puedo descuidar el negocio si espero permitirme cerrar nada menos que cuatro días seguidos para una frivolidad como casarme a mis años. ¡A quién se le ocurre!

¡Cuánto se identificaba Amelia con aquellas palabras! Ella misma, a pesar de cuánto quería a su abuela y lo mucho que le gustaba estar allí para ayudarla, debía recordarse, día a día, que no se estaba perdiendo las primeras convocatorias de los exámenes por capricho, sino por una buena causa.

Desde luego, estaba claro que sacaba de Denis su obsesión por el control y el trabajo duro. Las dos sufrían del mismo nerviosismo si las cosas no salían como tenían previsto.

—Tienes la edad perfecta para casarte, abuela —le aseguró irguiéndose para darle un beso en la coronilla. El olor a albaricoque maduro que desprendía su abuela la devolvió a la niñez. Amelia sonrió. Casarse con un experto en jabones y lociones iba a ser todo un acierto—. De hecho, no pienso pasar por el altar hasta que tenga, como mínimo, un par de años más que tú.

—¡Bobadas! —Con la sonrisa recuperada, Denis tomó el mentón de Amelia, mirando sus rasgos con orgullo—. Es solo cuestión de tiempo que algún muchacho espabilado te arranque de esos libros tuyos.

—Pues le deseo suerte a quien quiera que sea. —De un salto, Amelia se bajó de la cama, recuperando la ropa que había dejado desperdigada la noche anterior—. Pero si fuera tú, no esperaría que eso pasara pronto.

—¿Estás bien, cariño?

Denis toqueteó su juego de llaves, con la suspicacia pintada en su rostro surcado de unas arrugas que hablaban más de risas escandalosas que de años transcurridos. Su cuota de dolor había pasado factura, pero ni la viudedad padecida en carne propia ni la que luego devastó a su hija la habían debilitado un ápice. Era la roca de las mujeres O'Brien, tanto para Sonya como para Amelia.

De hecho, había decidido no morirse hasta asegurarse de que ambas eran felices por completo.

—¿Ha llegado ya la hija de Joe Chase, abuela? —Buscando poderosamente la excusa que dilatará el momento de la conversación que más temía, Amelia se puso un jersey sobre la camiseta del pijama e intentó cepillarse el pelo con los dedos para volver a atarlo de forma mecánica después—. Resulta que estuve leyendo su libro sin saber que era tu sobrino.

—Una casualidad impresionante, desde luego. Llegó un rato antes que tú, pero debía de venir muy cansada, porque se fue a la cama enseguida.

No hizo mención alguna al hecho de que Tucker acercara a Nanette, pero tampoco hizo falta. Amelia era capaz de leer a su abuela. Aunque Denis parecía entretenida en otros menesteres y aunque no había hecho amago de seguir hablando del tema, resultaba muy evidente que esperaba que las cosas no quedaran así.

—Y... ¿no te contó nada antes de irse a dormir? —Amelia arqueó la ceja y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Como, por ejemplo..., que Tucker fue a recogerla al aeropuerto y nos encontramos allí?

—Aunque yo no llamaría a Nanette indiscreta... Bueno, cariño, entiende que era una situación demasiado inusual como para callársela. Estaba muy preocupada por ti, por cómo lo tomarías. —Denis le dedicó a su nieta una mirada de comprensión—. Y tengo que admitir que yo también he estado en vilo desde que me enteré.

—Lo entiendo. Lo hago, de verdad. —Amelia no podía decir que estuviera encantada con que Nanette hubiera corrido con el chisme..., pero no se lo reprochaba. Después de todo, había sido simpática y empática, intentando advertirla por todos los medios para evitar que el golpe fuera demasiado intenso. No estaba segura de cómo se sentía sobre toda aquella expectación..., pero,

desde luego, no culpaba a Nanette por haber intentado facilitarle las cosas—. En cuanto descubrió quién era yo y que íbamos a viajar juntas, hizo todo lo que pudo por mantenerme informada. Hasta cuando yo no estaba muy por la labor de prestarle atención.

—Supongo que nuestra Nan intentaba evitar un conflicto inminente.

—No podría haberlo hecho. —Amelia se encogió de hombros—. Los dos estábamos allí y lo único que quedaba por hacer era... actuar con la mayor normalidad posible.

Y fingir que no le importaba el lugar físico que ocupara Tucker en el mundo con tanta credibilidad que había terminado escondida en el baño. Desde luego, Amelia se guardó aquel dato para sí misma.

—Todo eso suena muy maduro, Amelia, de verdad que sí, pero si acaso no quieres correr el riesgo de volver a enfrentarte a esa situación... —Denis le hizo un guiño—. Las futuras novias podemos permitirnos ser muy excéntricas. Quizá quiera que mi mantelería venga de la otra punta de Florida y tú debas ir a encargarte de todo.

Llena de agradecimiento, Amelia sonrió. Se acercó a su abuela y besó su mejilla, intentando volcar en el gesto todo el cariño que sentía en aquel momento. Estaba segura de que no era un ofrecimiento vacío. Denis O'Brien era una mujer cabezota y empecinada que tendía a conseguir las cosas que se proponía. Si aceptaba aquella salida, Amelia estaba convencida de que no pisaría Kendall más que para el día de la ceremonia. Era tentador..., pero no tomaría el escape fácil por culpa del miedo.

Ese tipo de acciones, recordó con amargura, se le daban mejor a otros.

—He venido a dedicarme a ti y a tu día especial, abuela. —Y acompañó sus palabras con una sonrisa cálida—. No pienso evitar ninguna calle, esconderme o salir corriendo. El tiempo para eso ya pasó. No voy a buscar encontrarme con él de forma deliberada, pero si nos llegamos a cruzar..., cada uno seguirá su camino. Exactamente igual que hemos hecho hasta ahora.

Denis asintió con la cabeza. Le agradaba lo que oía, y esperaba que Amelia no estuviera dando aquel discurso solo de dientes para afuera. Reconocía la vehemencia cuando la escuchaba, y estaba segura de que el corazón de Amelia todavía albergaba sentimientos confusos. Tal vez ella misma se negara a admitirlos, pero desde luego nadie daba tantas vueltas a algo que le era indiferente.

Una pena que las dos se hubieran equivocado al juzgar a Tucker... Denis había estado convencida de que era uno de esos raros chicos de los que de verdad valían la pena. Muchas malas decisiones se tomaron en su momento y, ahora, quizá fuera demasiado tarde para enmendarlas.

—Mi único interés, Amelia, es saber que estás bien. No quiero que visitarme y ayudarme con mis asuntos vaya a suponer un castigo para ti.

—Estaré bien, abuela —le confirmó ella, esperando que la certeza que las palabras tenían en su cabeza llegaran también a su voz—. Y ahora, será mejor que nos pongamos en marcha si queremos que llegues al altar con todo dispuesto. ¿Has empezado con listas de planificación? ¿Tienes ideas sobre las que podamos trabajar?

La mujer dio una palmada al aire y se removió haciendo sonar sus llaves.

—Claro que sí, querida. —Denis la besó en la frente, alejando todos los demás pensamientos de su mente. La tenía allí, después de mucho tiempo. No iba a desaprovecharlo—. Dejaré que te vistas y me entretendré preparando el desayuno, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta, cuando Amelia recordó algo de lo que había tenido muchas ganas de hablarle. El trabajo, pensó satisfecha, fuente de entretenimiento y de crecimiento personal. Algo que nunca le fallaba.

—¿Recibiste mi última carta? Me gustaría entrevistar a Otto para un artículo sobre las técnicas comerciales de las últimas décadas.

—Ay, Amelia..., ese viejo bobo no habla de otra cosa. Lleva una media hora sentado en el comedor, con su maletín cerrado a cal y canto, peinándose el bigote y esperando que bajes. Espero que hayas traído una buena grabadora.

Con una risita que hablaba de un amor maduro y muy arraigado, Denis salió del dormitorio dejando flotar tras de ella el sutil aroma que desprenden las personas que son felices.

Decidida a aprovechar el tiempo en mejores cosas que la melancolía que empezaba a desperezarse en su interior, Amelia se quitó los pantalones de dormir y revolvió en la maleta hasta dar con un par de vaqueros desteñidos de andar por casa. Se los subió por las piernas y dio algunos saltitos, hasta ajustarlos en sus caderas. Con un suspiro, se bajó el jersey solo para recordar después que, bajo él, aún llevaba puesta la camiseta del pijama, oculta bajo el abrigo.

—Céntrate en lo importante —se recriminó, torciendo el cuerpo para verse desde distintos ángulos. Había aprendido a apreciar su figura curvilínea en aquel espejo tan grande, pero no siempre había sido así. Cuando murió su padre, había llegado a estar en la mitad de su peso actual; su reflejo de entonces era tan estilizado como enfermizo—. Tienes un culo maravilloso, Amelia. Y ahora siéntalo frente a tu futuro abuelastro y haz una entrevista que merezca la portada.

Con decisión, se colgó del hombro su cartera de periodista, esa donde guardaba todo lo que pudiera necesitar en caso de presentarse la ocasión, se calzó unas zapatillas de lunares y echó una última mirada a la habitación. Los rayos de sol que se habían colado entre las nubes incidieron en la ventana. Se

llevaron los recuerdos y dieron claridad a una estancia donde siempre se había sentido a salvo.

Por fin, salió con paso firme, dejando en aquellas cuatro paredes todas sus preocupaciones. Otto la esperaba, y una buena reportera nunca llegaba tarde a una cita con su fuente.

* * *

Tucker estaba preparado para representar su particular paseo de la vergüenza. No es que fuera a emborracharse y volver a casa con los zapatos en la mano, de hecho, la cerveza que había pedido y cuyas burbujas espumosas miraba por mero entretenimiento terminaría en el desagüe; se trataba, más bien, del camino que haría una vez que saliera el sol, desde la cama donde pasaba la noche hasta la suya.

Distraído, levantó la mano derecha y pasó la yema del pulgar por el contorno rugoso de la jarra de cerveza, dejando una huella en la superficie fría. Todavía le quedaban restos de la pintura con la que había dado la mano definitiva al salón de tatuajes aquel mismo mediodía.

Nada más levantarse, tras una noche que le había servido para reconocer de memoria todas y cada una de las tablas de un somier que estaba más que decidido a cambiar, se había puesto una sudadera con capucha y los vaqueros más viejos que encontró y había bajado a trabajar. Solo había sido consciente del tiempo que había pasado cuando Hasan había aparecido con un par de bocadillos y la petición nada sutil de que le acompañara aquella noche a su coto de caza particular, también conocido como el *Village Diner*.

—Necesito un escudero —le había dicho, sin ofrecerse en ningún momento a coger la brocha y echar una mano dándole una pasada a los alrededores de los apliques de luz—. Apareces con esa cara de funeral, las tías se desmoralizan y luego entro yo a matar.

—Paso.

—¡Venga ya, Tuck! Como si verme embaucar a monadas no fuera casi un deporte olímpico. La temporada de invierno estará pronto en su apogeo y cada vez irán más tapadas.

—Problemas del primer mundo. —Cuatro gotas de pintura cayeron en su raída camiseta de los Guns N' Roses, pero Tuck no hizo ademán de limpiarlas—. Me extraña que todavía no te hayan entrevistado en ese programa de desgracias humanas.

—Yo soy más de *realitys*. —Hasan sonrió, con aquellos dientes blanquísimos que ni la mostaza superpicante de su bocadillo lograría manchar—. Te recojo a las ocho. Y si sigues negándote, asumiré que es una conducta racista a causa del color de mi piel.

Tucker le miró sin creerse lo que oía. El muy cabrón sonreía de oreja a oreja y se despedía con la mano, convencido de un triunfo que paladearía servido en copas de *whisky on the rocks* y aderezado con toda suerte de milongas que alguna chica acabaría creyendo por puro aburrimiento. La película de siempre.

—No pienso ir —murmuró para sí mismo, aunque, por supuesto, sabía que ya había caído en la trampa.

De modo que ahí estaba, con el mismo atuendo miserable y la cerveza sin tocar, mientras captaba banales retazos de la conversación que Hasan y una tal Esther estaban teniendo en una mesa de la derecha. Según su costumbre —y por la práctica intención de no verse obligado a entablar charlas sin sustancia con nadie—, Tucker ocupaba la barra, cuyos taburetes nuevos, en forma de sillas de vinilo verde caqui, eran mucho más cómodos que los anteriores.

Con hastío, consultó el reloj, sorprendido de que solo llevara allí una hora cuando la realidad era que tenía el peso de una eternidad a sus espaldas desde que había salido de la cama esa mañana. Un día de mierda para enmarcar lo que, sin duda, serían unas Navidades épicas por lo lamentables. Sentía una persistente punzada en la nuca cada vez que pisaba la calle y su intención de caminar mirando únicamente al suelo no prometía grandes resultados, como le había vaticinado su casi tropiezo contra una señal de *stop* al salir del local de tatuajes.

¿Se podía ser más patético? Estaba seguro de que no. Aunque no apostaría a su favor. No paraba de repetirse que él no era quien se había rendido y cogido la maleta y un jodido avión con destino a California para terminar con todo, y, sin embargo, ahí seguía, penando en un bar siendo abstemio. Temiendo encontrarse con alguien que había dejado muy claro que él no importaba.

—No me lo digas, has perdido una lentilla, ha caído dentro y quieres otra jarra a cuenta de la casa.

Tucker levantó la cabeza y se encontró de frente con Jules, que colocaba en ese momento una hilera de vasos de chupito recién limpios con la pulcritud de una cirujana. Había pasado gran parte de la noche atendiendo a todo desgraciado que se acercara por la barra con tal de apenas dirigirle a él una sola mirada, y aunque al principio Tuck había interpretado ese gesto como el de una rendición madura y deportiva, pronto entendió que se trataba en realidad de una de las estrategias más viejas del mundo.

Que Jules se hiciera la simpática con todo el mundo y le ignorara deliberadamente para despertar en él una reacción visceral... implicaba que

seguía en pie de guerra. En aquel momento, cuando el amargo sabor de la facilidad con la que Amelia había seguido su camino sin mirarle siquiera seguía intacto en su paladar, a Tucker le era peligrosamente satisfactorio saber que contaba con una atención apasionada y pura. Jules, que le había estado echando miradas nada disimuladas desde los cuatro confines del interior de la barra aquella noche, se decidía por fin a entablar conversación, complacida, probablemente, de su capacidad de aguante para no habersele abalanzado hasta aquel momento.

Lo inteligente habría sido dar una respuesta mordaz y marcharse tras una despedida agradable y nada comprometedor. Pero cuando un hombre como Tucker estaba herido en su orgullo, la inteligencia era la última de las capacidades que se usaban a la hora de actuar.

—Me conoces muy bien —le dijo con un gesto de la cabeza. Jules colocó el último vaso y le sirvió otra jarra, esta vez, de agua fría con una rodaja de limón. Le hizo sonreír—. Más que bien, por lo visto.

—No te vengas arriba, mecánico. El agua no tiene salida a estas horas, esa botella debe llevar aquí como cuatro meses.

—Y ahora me partes el corazón.

Jules soltó una risita musical que hizo vibrar el *piercing* que llevaba en la lengua. Con dedos hábiles, rápidos como los de una pistolera del oeste, se llevó tras la oreja un mechón ondulado de pelo que se había escapado de aquel complicado moño alto que llevaba.

—Ignoraba que tuvieras uno —le dijo sin piedad, pasando el trapo por la barra en un gesto ancestral que cada camarero del mundo realizaba al menos mil veces al día—. Creí que algún tipo de mecanismo biónico bombeaba barro caliente por tus venas, y que así es como te mantenías vivo.

Tucker vació la jarra con agua y empujó con el dedo la que todavía contenía cerveza. Jules la echó por el desagüe sin miramientos. Él, que la conocía desde tiempos de instituto, sabía que podía tumbar a todo un conjunto de mariachis en un concurso de beber tequila, pero también sabía que no probaba ni gota de alcohol cuando estaba trabajando. Una actitud que la mantenía cuerda y despejada de cara a la clientela.

—¿Por eso has pasado de mí como si apestara toda la noche? —Tuck se echó un vistazo nada apreciativo. No es que buscara impresionar a nadie esa noche, pero empezó a pensar que quizá fuera saludable no ir por la calle con pintas de pordiosero. Dar pena nunca había sido su estilo—. Lo que tengo se me quita con jabón.

Jules saludó con un gesto militar a alguien que entraba en ese momento. Repartió posavasos y reorganizó varias botellas antes de contestar. Llevaba

puesta una camiseta gris donde se invitaba a Barbie a realizar unas actividades que ninguna niña inocente debería conocer, vaqueros cortados a la altura de las rodillas y una gruesa cadena plateada al cuello. Por su clavícula izquierda asomaba la cabeza de una serpiente trazada en sinuosa tinta negra que se enrollaba y bajaba hasta acabar en una cola de cascabel, justo bajo el seno.

Tucker lo sabía bien. La había diseñado y tatuado él.

—Una decide dejar de echar monedas cuando la máquina se resiste a darle premio, Tuck. —Le dedicó una mirada felina. Aquellos ojos negros, maquillados con *eyeliner* grueso y sombreados de humo, le dijeron lo contrario—. Aunque en el pasado solo me haya faltado envolverme para regalo, tengo mi dignidad.

Él emitió un suspiro, poniendo las manos sobre la barra y rozando la mano de Jules de pasada. Esperó que ella se apartara, que hiciera alguna pose digna y se fuera lejos, dejándole que rumiara una miseria que se tenía bien merecida. Sin embargo, ella siguió donde estaba, mirándole como si ansiara ver más allá de su alma más que ninguna otra cosa.

Jugar con ella era injusto, y se merecía que fuera tan brutalmente sincero con ella como las otras veces, porque, aunque doliera y marcara su ego de mujer, eso siempre era mejor que mantener viva una llama que solo Jules tenía interés en cuidar. No obstante..., no era una noche como las otras, y Tucker no se sentía con la fortaleza necesaria para enfrentar solo otro amanecer de sentirse desgraciado.

—No puedo hacerte promesas, Jules..., no las cumpliría.

—Pues entonces tienes suerte de que no sea una chica que busque que le prometan nada. —Inclinada sobre la barra, Jules hizo un gesto con la barbilla hacia la mesa rectangular donde Hasan estaba dándose el lote con una guapa rubia—. Para eso están las otras.

La duda le bailó en la consciencia unos minutos, pero los dedos cálidos de Jules, acariciándole las ásperas mejillas, hicieron que la balanza moral de Tucker se desequilibrara. Ella no le miraba como si fuera un completo gilipollas que hacía pedazos todo lo que tocaba. Cuando Jules ponía sus ojos en él, parecía que miraba lo único que quería ver.

¿Cuánto hacía desde la última vez que una mujer que le importara le había dedicado aquel gesto? ¿Había sido Amelia? ¿Pero cuándo?

«Cuando la perdía..., cuando me juraba, por aquello que habíamos creído que tendríamos, que nunca iba a perdonarme.»

—Sé que ha vuelto. —El tono de Jules se hizo más cortante, pero no varió el volumen de su voz al hablar—. La princesita. Mi tía cogió un avión ayer para hacer uno de sus cursos de formación farmacéutica. Se cruzó con ella en la salida de equipajes. No está gorda ni calva, así que... lo siento.

—No quiero hablar de eso, Jules. —Levantó la jarra de agua y se la acabó—. En realidad..., no quiero hablar. De nada.

—Pues entonces pregúntame a qué hora salgo y vete de aquí conmigo. —Sonrió y, esta vez, lo hizo tan cerca que Tucker pudo distinguir el color verdoso que marcaba sus pestañas—. Sin promesas ni preguntas, solo una noche donde dejaremos de sentirnos como esos infelices que se quedan sentados en un bar de mierda hasta que los echan para cerrar.

A su pesar, Tucker dejó que aquel entusiasmo sensual barrierá de un plumazo la poca sensatez de la que disponía y creyó a pies juntillas aquella invitación, aun cuando una parte de él sabía que Jules nunca cumpliría con sus propias palabras, ni se tomaría un encuentro entre ellos como un simple hecho puntual. No quería hacerle daño, ni ser la clase de tío que jugaba con las ilusiones de una chica, pero... ¿cómo puede alguien ser honrado con sus actos, cuando la soledad golpea cada músculo sin piedad? ¿Cómo resistir un alivio momentáneo cuando lo ofrecen?

—¿Vuelves a echar monedas a la máquina?

Jules se pasó el dedo por el contorno de los labios, dejando la yema marcada por el carmín rojo que llevaba puesto aquella noche. Después, lo acercó a Tucker, impregnádoselo en una boca que la llamaba a gritos atronadores. Tenía escalera real y ambos lo sabían. Era momento de arrastrar las ganancias por la mesa y alzarse como vencedora única de aquella contienda, donde todas las apuestas habían estado siempre a su favor.

—La reventaré a patadas si hace falta —declaró, apoyando los codos en la barra y haciéndole un guiño que no tenía nada de inocente—. Pero hoy, las luces de ganador se van a encender para mí.

El taburete emitió un chirrido que se opacó por la música y las voces que hacían del Village Diner un *pub* nocturno cuando se ponía el sol. Con la mano extendida, Tucker sujetó a Jules de la nuca y la acercó hasta que sus labios estuvieron a punto de rozarse. Ella bajó los párpados, emitiendo un jadeo de anticipación que llenó de calor partes del cuerpo de Tuck a las que hasta no hacía mucho había decidido intentar ignorar.

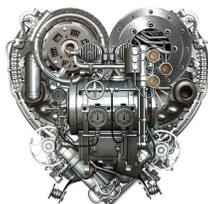
Actuaba por despecho, lo sabía. Pero no había nadie a quien rendir cuentas de su actitud, nadie a quien le importara si estaba abocándose a otro gran error que acabaría teniendo que pagar con las miserias que le quedaban de los anteriores. Al final, la vida había seguido para Amelia..., quizá pudiera hacerlo para él también.

Por lo menos esa noche.

—¿A qué hora sales?

CAPÍTULO 9

*A veces deseo que alguien de fuera me encuentre,
hasta entonces, caminaré solo.*



Amelia se reconcilió con su estancia en la casa de huéspedes, y con Kendall en general, en su primer desayuno oficial. Mientras Denis parloteaba incansable sobre sus opciones de menú para la recepción, ella saboreaba un chocolate a la taza con galletas de jengibre. Se arrepentiría cuando al fin reuniera el valor suficiente para sacar de la funda el vestido que había comprado para la ceremonia, pero el inicio de aquellas vacaciones había sido tan malo que necesitaría tirar de fuerzas extras para superarlo.

El dulce, aunque en limitadísimas cantidades, sería su aliado.

—... y además de esa revisión del paisajista, que quiere cambiar mis pimientos a no sé dónde porque, según él, no encuadran con el entoldado, tengo dos familias a las que preparar la despedida.

Todavía soñolienta, Amelia se llevó un mechón de pelo tras la oreja y miró cómo su abuela preparaba la masa para las tortitas que serviría con sirope a los huéspedes rezagados. Su diabetes no la dejaba darse caprichos de tan alto calibre, pero podía aspirar el aroma hasta sentir embotados los sentidos mientras masticaba sus galletas especiales. Bostezó y se acabó el chocolate en un par de sorbos, después recogió las miguitas con la servilleta y se estiró de una forma tan poco femenina que hizo reír a Denis a carcajadas.

—Me alegro de que mis tonterías de novia geriátrica te den sueño.

—No eres una novia geriátrica. —Amelia cruzó la barra americana en forma de U y dejó la taza y el platito en el lavaplatos—. Pero pretendes encargarte de más cosas de las que puedes.

Denis vertió la mezcla para las tortitas en una sartén que parecía haber sido la primera con la que los seres humanos habían cocinado alguna vez. Aunque

impecablemente limpia, como todo lo que las manos de su abuela tocaban, se veía a leguas el gran uso al que había sometido a aquella pieza, cuyos arañazos hacían imposible detectar el color del que había sido alguna vez.

Con mano diestra, la masa empezó a tornarse de un delicioso tono dorado y las tortitas, de una redondez perfecta, fueron apilándose en un plato. Amelia puso grosellas alrededor, y una ramita de canela.

—Veo que recuerdas algunas cosas. —Denis sonrió—. Puede que tengas razón y esté intentando tragar más de lo que puedo..., pero estoy tan ilusionada con esta ceremonia, cariño. No solo por Otto, que es..., una no debería tener la suerte de encontrar dos veces en su vida al hombre más maravilloso del mundo y encima casarse con él. Me siento tan egoísta...

—Pues te mereces serlo. —Y aunque una extraña punzada se instaló en su pecho, Amelia sonrió—. También él es afortunado por haber dado contigo cuando ya no creía volver a enamorarse.

La primera mujer de Otto Sturgis, Mimí, había muerto tras una cruel lucha contra la enfermedad de Alzhéimer. Tras toda una vida juntos, recorriendo el país como vendedores de perfumes, jabones y esencias, la querida compañera de viaje de Otto se había apagado sin recordar que alguna vez había amado con todo su corazón a aquel bonachón hombre de bigote prominente y entretenidas historias.

El hijo de ambos, a modo de terapia, había instado a su padre a visitar la casa de huéspedes de Denis de forma intermitente, acabando por convertirse más en un amigo para ella que en un cliente más. El cariño había nacido, según la propia Denis le había contado a Amelia, de la mutua compañía y el buen entendimiento que había crecido entre los dos, fortaleciéndose hasta convertirse en un amor maduro, sosegado y maravilloso que era la envidia de quienes lo contemplaban.

Había respeto entre Otto y Denis, y un afecto tan real que uno podía palparlo.

—Todos merecemos nuevas oportunidades, Amelia. Y quizá... no las encontramos todo lo rápido que queríamos porque seguimos aferrados a un amor que creíamos el definitivo, y no lo era.

Aferrando el trapo con el que se secaba unas manos que no recordaba haberse lavado, Amelia asintió con parquedad. No quería hablar de aquel tema, ni de ninguno relacionado con chicos, romances o decepciones.

Denis debió de darse cuenta de que el entusiasmo de su nieta había bajado varios grados, pues suspiró y se apresuró a batir la nata que había empezado a montar, esforzándose por cambiar a un tema más agradable.

—En realidad..., he empezado a delegar en algunas cosas.

—¿Vas a dejar a Otto decir sus propias frases? —Amelia rio al ver el rostro ofendido de Denis, aunque sabía que lo fingía—. Disculpe, señora directora, cocinera, limpiadora, administrativa, tesorera, gerente, gobernanta y dueña de la casa de huéspedes, por pensar que no sabe repartir el trabajo con otras personas.

—Para tu información, jovencita, vas exactamente por el mismo camino. No creas que no te oía anoche tecleando en ese ordenador tuyo hasta la madrugada. ¿No queda nadie en el periódico de la universidad que pueda ayudarte?

—Esta mañana todavía no he empezado a bombardear a nadie con correos —se defendió Amelia, que inmediatamente sintió el gusanillo picarle en los dedos. ¿Estaría ya lista la entrevista con el nuevo entrenador adjunto? Tendría que contactar con su reportero deportivo—. Ni siquiera me había acordado hasta que has sacado el tema.

—Pues vuelve a olvidarlo, porque necesito seguir delegando y ya he enviado a Nanette a la floristería. —Con precisión quirúrgica, Denis puso la nata en un bol que tenía el borde decorado en tonos rojizos, a juego con las grosellas que adornaban los platos—. Le prometí un buen desayuno cuando volviera, y está tan aburrida sin su novio que ni siquiera rehistó.

—Yo no estoy aburrida, pero sí tengo muchas ganas de ayudarte, abuela. No pienso ser menos que Nanette, así que... ¿cuál es el siguiente punto de la lista?

—Tengo en la tintorería unas telas que necesito recoger. —Echándose hacia atrás la corta melena plateada, Denis explicó—: Son piezas muy antiguas, parte del velo original de mi madre y del que usé cuando me casé con Charles. Las he llevado a limpiar para componer un nuevo diseño yo misma.

—¿Y a Otto no le importa que lleves parte del velo con el que te casaste la primera vez?

La sonrisa de Denis fue respuesta suficiente. Así debía ser, comprendió Amelia, cuando uno se sentía seguro de la otra persona y confiaba en que sus sentimientos eran correspondidos. Entonces no había celos ni dudas.

—Querida, él tuvo la idea. Mantener cerca a quienes quisimos y cuya ausencia nos hizo conocernos. —Denis emitió un suspiro que pareció salirle directamente del alma—. Por supuesto, no llevaré el velo de la misma forma que en el día de mi boda con Charles..., pero será bonito usar parte de su seda para mi vestido.

Amelia le dio un beso en la mejilla, demasiado emocionada para decir algo que tuviera sentido. Consultando el reloj de la pared muy de pasada, comprendió que tenía el tiempo suficiente para cambiarse y emprender camino. Si se daba

prisa, daría un agradable paseo de camino a la tintorería, recogería las valiosas telas de Denis y, luego, podría dedicar parte de la tarde a deshacer el equipaje.

—Anota cualquier cosa más que necesites del pueblo mientras me visto, abuela. Dedicaré la mañana a ejercer de «nieta de honor».

Denis enarcó la ceja con la mirada rebosante de un humor que la hizo rejuvenecer muchos años. Levantó el índice señalando un listado que estaba sujeto a su pizarra de menús con una pinza.

—¿Estás segura de que sabes a lo que te ofreces? Es mucho trabajo. Te cansarás de dar vueltas por el pueblo.

Amelia se limitó a encogerse de hombros, rechazando con un gesto de la cabeza tal suposición.

—El camino más efectivo para hacer las cosas es hacerlas —decretó con entusiasmo—, lo dijo Amelia Earhart.

—Pues si ella lo dice..., ¡llévate mi coche al menos!

Pero Amelia ya cruzaba la cocina en dirección a una lista de tareas que pensaba devorar con fruición. Tener una agenda apretada era su estado natural, la forma en que destacaba y podía dar lo mejor de sí misma. Cuanto más apretado fuera el plazo, más podía lucirse.

—Volveré para comer —anunció Amelia con esa clase de ánimo irracional que solo tener un propósito podía darle.

Le dedicó un gesto de sonrisa a Denis y luego volvió a su dormitorio, entornando la puerta a su espalda y mirando el caótico interior de su maleta con ojo crítico. Con lo muy ordenada que era para todo, hacer el equipaje siempre había sido su talón de Aquiles. Revolvió entre la ropa interior, las sudaderas y una cantidad bastante poco práctica de pijamas, y sacó un par de prendas que ponerse para enfrentar el día.

Acompañando la tarea de vestirse mientras silbaba una melodía cuyo título no recordaba, Amelia se puso una blusa de rayas horizontales color azul y se subió los vaqueros con movimientos rápidos. Ni siquiera tener que dar unos saltitos para ajustárselos a las caderas le hizo perder el ánimo. Aquella mañana llena de preparativos para la boda le mantendría la mente ocupada, lejos de accidentes de coche, exnovios con los que cruzarse y actuales relaciones que parecían abocadas a un *impasse*.

Con suerte, pensó mientras se ponía una chaqueta de punto gris y sus zapatillas Adidas Superstar de rayas negras, sacaría incluso tiempo para un artículo sobre el comercio a pequeña escala. Disfrutaría escribiendo algo relacionado con cómo organizar eventos con la mercancía de las pequeñas tiendas de un pueblecito como Kendall. Con eso en la cabeza, cogió bolígrafo y

cuaderno, se guardó la lista en el bolsillo trasero y dio por inaugurado un día que prometía grandes dosis de emoción.

* * *

—¡La mancha sigue ahí! ¿Cómo es posible que no la veas, Tom? ¿Pretendes estafarme, después de tantos años acudiendo a tu tienda?

Con una cola de cinco personas esperando que empezaban a refunfuñar a causa de la tardanza, el dueño de la tintorería local no pudo más que llevarse la mano a la cara. Bufó, exasperado, pero se tapó la cara para que nadie pudiera verlo. No solía ser habitual que tuviera problemas con los clientes, teniendo en cuenta la naturaleza de su negocio. Aquello no era un bar, ni una casa de empeños, así que cabía esperar que la gente acudiera, diera alguna información banal sobre la naturaleza de la mancha que quisiera lavar de sus tejidos delicados, y después volviera a recoger las prendas en la fecha convenida, sin más intercambio de palabras que los clásicos saludos y agradecimientos.

Tom cobraba por sus servicios y ofrecía descuentos razonables si la prenda no quedaba al gusto del cliente. Nada fuera de lo común. Nada extraño.

Salvo cuando se trataba de Krista Tucker.

Aquella mujer, cuyo matrimonio desgraciado parecía perseguirla aún en la viudedad, solía crear más problemas que beneficios dejaba, y raro era el día en que se pasaba por allí y no terminaba armando jaleo. En esa ocasión, y aunque no parecía bebida, tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño y un aspecto personal poco cuidado. Su pelo tenía falta de una buena visita a la peluquería, y la ropa que llevaba puesta debía haberla comprado al menos veinte años antes.

Con todo, sus vecinos de Kendall respetaban el dolor de una mujer que había soportado a un esposo que había sido poco menos que un mueble decorativo, criando dos hijos decentes que no solían meterse en líos. Ella era otro cantar. Su pena parecía tan sorda que era casi un deber que la compartiera con todo el que estuviera dispuesto, o no, a aguantarla.

—¡La mancha sigue ahí! —vociferó, golpeando con el dedo índice la superficie vaquera recién planchada de una chaqueta que había llevado a lavar al menos doce veces en el último año—. ¿Crees que no reconozco un mal trabajo cuando lo veo, Tom? ¿Crees que puedes exigir el pago íntegro si no has cumplido con esa publicidad engañosa tuya?

El empleado suspiró indicando con un gesto de la mano a los molestos clientes que aguardaran un segundo. Tal como iba el negocio de mal, con todas aquellas eficientes lavadoras y sus programas para manchas difíciles llegando al

pueblo, no podía permitirse perder ni una sola funda de almohada que pudiera engrosarle la cuenta del mes. Y mucho menos por Krista, a quien le había demostrado más paciencia de la que merecía.

Había límites en el silencio que un trabajador como él debía guardar en aras de un luto que ya había prescrito.

—Basta ya, Krista. No puedo permitir que vengas a mi tienda a armar este escándalo. Y menos a acusarme de intentar engañar a mis clientes.

—¿Qué tú no puedes permitirlo? —Usando ambas manos, Krista levantó la chaqueta y volvió a estamparla contra el mostrador—. ¿Y debo yo permitir que pretendas cobrarme por una prenda que sigue sucia? ¡Estafador! ¡Mentiroso!

Viendo que la situación se le iba de las manos, Tom hizo un gesto a su esposa, cuya cara pálida era visible desde la trastienda, de donde se negaba a salir. La mujer asintió y se apresuró a coger el teléfono, siguiendo el protocolo de aviso que, tristemente, no era la primera vez que emprendían. Todavía fuera de sí, Krista aspiraba aire con violencia a través de unos orificios nasales muy dilatados. Los murmullos de descontento se iban haciendo más audibles, y las palabras que se filtraban iban siendo cada vez menos amables.

—Menuda chiflada —decía un hombre, sosteniendo en alto un traje envuelto en un plástico protector—. Por menos los hay con camisas de fuerza.

—Debe estar bebida —comentaba otra, cubriéndose la boca con la mano, pero sin molestarse en bajar el tono—. Igual que el marido.

Krista se dio la vuelta, dispuesta a presentar batalla ante todo el que tuviera algo que decir, pero Tom la retuvo sosteniéndola del brazo, poco dispuesto a que aquella situación tan incómoda se volviera aún más insostenible. Bastante espectáculo habían dado ya.

—Vamos, mujer, sé razonable —le dijo, bajando el tono con la esperanza de que ella hiciera lo propio—. Ese trapo está tan desgastado que es un milagro que no se desgarre con cada lavado. Lo que tiene no son manchas, es el color natural de la tela cediendo al paso de los años, Krista. Debes entenderlo.

Fue como si la hubieran abofeteado. Su rostro, surcado de un cansancio que era más mala vida que años acumulados, pareció ajarse.

—Prometes limpieza eficaz —insistió abrazando la chaqueta, demasiado grande para su cuerpo, como si temiera que se la arrancaran—. En tu anuncio dices que si no puedes quitar la mancha, cobras la mitad del precio.

—La chaqueta no tiene ninguna mancha, Krista. Solo es vieja. —Tom intentó tocar la prenda, pero ella no se lo permitió—. ¿Por qué no vuelves luego, cuando tenga la tienda más despejada? Puedo ofrecerte un tinte natural en tono vaquero que quizá...

—¡No soy una ciudadana de segunda! —bramó Krista dejando caer su bolso, cuyas pertenencias privadas rodaron por el suelo provocando un revuelo entre quienes esperaban, que se vieron obligados a apartarse para no pisarlas—. ¡No puedes echarme porque no tengas razón! ¡Yo soy la clienta, merezco respeto!

—¡No atiendes a razones, demonios! —Tom hizo tantos aspavientos que las gafas que llevaba puestas le cayeron sobre el pecho, rebotando gracias al cordón al que iban atadas—. Esa chaqueta no vale más que para la basura, Krista, ¡asúmelo de una vez!

—Cómo te atreves...

En aquel momento, y cortando de improviso los nuevos improperios que Krista tuviera en mente, la campanilla de la tienda resonó. Pronto, una figura alta se abrió paso entre los clientes que esperaban, cuyas conversaciones tenían cada vez menos de murmullos y más de gritos expresando quejas. Con gestos veloces, las cosas de Krista quedaron guardadas en el bolso, y ella, que miraba al recién llegado con una mezcla de alivio y vergüenza, se dedicó a doblar compulsivamente la chaqueta, apretándola contra su pecho.

—Mamá, nos vamos.

Tucker la miró con una expresión muy seria, sin que fuera necesario levantar la voz. La mujer intentó explicarle, entre balbuceos, de qué iba todo aquel grotesco episodio, pero él no parecía estar dispuesto a escuchar ni una sola palabra. Con tiento, le puso en el hombro una mano que estaba surcada de manchas de grasa y la miró directamente a los ojos, con unos iris oscuros que rezumaban una ira que intentaba con todas sus fuerzas transformar en paciencia.

—No pueden sacarme del trabajo cada vez que armas un lío, mamá, ¿lo entiendes? Mira a toda esta gente, está esperando a que acabes, ¿piensas que tienen todo el día? ¿Lo tienes tú, para perderlo por culpa de esa jodida chaqueta de mierda?

—¡No hables así! —Krista lo apartó de un empujón que no le movió del sitio—. ¡Era de tu padre, perteneció a Magnus y quiero conservarla! ¿Por qué nadie lo entiende? ¿Por qué a nadie le importa que quiera guardar su recuerdo? ¡Era mi marido!

—Era un borracho al que no le importó regar la calle con sus sesos con tal de no cumplir sus obligaciones. —Tucker miró a Tom, cuyos ojos abiertos como platos le indicaron que quizá se había excedido en cuanto a lo gráficamente que había expuesto su opinión—. Lo siento. ¿Qué te parece un cambio de aceite y una limpieza profunda la próxima vez que pases por el taller? Lo arreglaré. A cambio de las molestias.

El dueño de la tintorería se dio por satisfecho y asintió. Su mujer, todavía escondida en la trastienda, miraba la escena con nerviosismo, seguramente contando los minutos que faltaban para que la paz volviera a su establecimiento.

Madre e hijo intercambiaron una callada mirada que terminó con Krista bajando la cabeza y asintiendo. Tucker sujetó el bolso con más fuerza y la guio a través de la muchedumbre que esperaba, cuyo silencio parecía multiplicarlos. Con la sensación de estar atravesando un muro de personas que la miraba y juzgaba lo que no podían entender, Krista cogió con fuerza la mano de su hijo y salió de la tintorería, con algunas lágrimas resbalando por sus mejillas mojando la tela de la valiosa chaqueta de la que no era capaz de desprenderse.

—Bien, ¡todo ha pasado, señores clientes! —Tom se recolocó las gafas y dio un par de palmadas para devolver la atención hacia su persona—. Olvidemos tan desafortunado incidente y díganme, ¿quién es el siguiente?

En la calle, y con el Corolla prácticamente parado sobre la acera, Tucker apretaba la mandíbula con fuerza. Todavía le temblaba el cuerpo entero y hacía verdaderos esfuerzos por no proferir gritos y maldiciones contra todo. Aquellos cotillas cuyas aburridas vidas eran tan penosas que no tenían más oficio que criticar a los demás, Tom y su mujer, que le llamaban cada vez que aparecía Krista, como si temieran que se sacara un bate del bolso y la emprendiera a golpes contra su valiosa maquinaria de lavado en seco. Y su madre..., su propia madre, que con cada año que cumplía parecía más una niña que una mujer adulta.

Tucker había pedido, sabedor de que aquella escena estaba destinada a repetirse cada pocos meses, que Tom siguiera la corriente a su madre. Todo cuanto tenía que hacer era fingir que volvía a lavar el maldito trapo de Magnus, o aceptar que no había podido sacar las manchas imaginarias y dejar que Krista se fuera sin abonar pago alguno. Después, Tucker le pagaría algo por las molestias, sin dramas ni escándalos, sin dar aquella imagen patética que tendría a medio pueblo haciendo cábalas sobre cuanto tardaría el próximo miembro de la familia en ser noticia.

En lugar de aquello, la mujer de Tom llamaba a Tucker y decía siempre las mismas palabras vulgares: «Ya está aquí otra vez. Ven a buscarla, por favor», como si Krista fuera una enferma o una delincuente peligrosa cuya presencia nadie tolerara.

—Yo antes no era así —la oyó susurrar Tucker cuando le abrió la puerta del coche. Cabizbaja y tan sumisa, Krista parecía mucho más pequeña y débil. Era como si toda su fuerza solo emergiera cuando se trataba de defender la memoria de un hombre que nunca se había merecido devoción alguna—. No soy una demente, hijo. Solo estoy triste..., estoy triste todo el tiempo y nadie lo entiende.

—Lo sé, mamá. —Con cariño, Tucker le puso la mano en la coronilla para evitar que se golpeará la cabeza al subir al coche. Se le partía el alma en pedazos al verla en aquel estado, mostrando la cara menos saludable y cuerda de sí misma pese a sus palabras—. Ya lo sé.

Ayudó a Krista a ponerse el cinturón y luego cerró la puerta del coche, intentando hacer oídos sordos a los balbuceos que la oía pronunciar, todavía con la chaqueta arrullada entre los brazos, como si fuera un bebé inocente al que proteger. Con los ojos cerrados y las fuerzas diluyéndose por su sangre, Tucker apoyó ambas manos sobre la carrocería del Corolla. Respiró hondo, ignorando las miradas que se le posaban en la nuca, a los viandantes que se quedaban mirando la escena y todo lo que fuera ajeno a sus erráticos pensamientos.

Apretó los párpados, dejando que la soledad que envolvía su alma se convirtiera en un escudo que pudiera esconderlo de la vista y el oído de los demás, ocultándolo de la comprensión y el apoyo, pero también de la crítica y la compasión.

En el bolsillo de su mono de trabajo, el teléfono vibraba sin parar. Tal vez fuera su jefe, preguntándose dónde coño estaba y por qué había salido del taller cuando había clientes que atender. A lo mejor era Jules, recordándole el contrato vinculante que había firmado la noche anterior al acostarse con ella. Un placer efímero que ahora pagaría con creces cuando ella comenzara a insistir en verle, en volver a intentarlo, en darse una oportunidad...

Durante unos escasos segundos, mientras reposaba en una cama de sábanas suaves, con el cuerpo tibio de una mujer al lado y la sensación de satisfacción todavía latente en su piel húmeda de sudor, Tucker casi había querido intentarlo. Dejar atrás el pasado y sus propias inseguridades, tratar de tener una relación y de ser para esa chica la clase de hombre que ella tan desesperadamente parecía ver en él. Se vio con ella unos segundos, o hizo su mejor intento, antes de que todo se desmoronara.

Tan pronto Jules empezó a hablar, y el timbre de su voz caló en el cerebro de Tucker, la ensoñación explotó como un globo de pintura, emborronando la escena y dejándola inservible. Se sintió un miserable al inventar una excusa patética que ya ni recordaba para que le ayudara a ponerse los pantalones y largarse de allí, pero la sensación de ahogo, notar el encierro atándole las muñecas y los tobillos con cada mirada tierna que ella le dedicaba, no le dejó más opción que escapar.

Intentarlo había sido inútil. Volver a poner a Jules en aquella posición había sido inútil... y cruel. Se merecía la mierda que pisaba cada día de su vida. Aquella era su realidad: decepción, ira constante, miedo y un amago de locura

que amenazaba con obligarle a deambular solo por calles desiertas durante el resto de su vida.

La vibración del teléfono le sacó del pozo donde él mismo se había arrojado. Con movimientos torpes, consultó la pantalla del aparato y comprobó que era su jefe quien llamaba. Maldiciendo por lo bajo, dejó de autocompadecerse por el momento y decidió que bien podía seguir lamentando su existencia tumbado bajo algún coche, que era para lo que le pagaban.

«Y además de todo, tengo que hacer una puesta a punto gratis al cabrón de la tintorería», pensó, bajando de la acera para acceder al otro lado del Corolla, donde estaba el asiento del conductor. «A mi jefe le va a encantar decirme que me meta mis ofrecimientos por el culo y descontarme el favorcito de la nómina.»

Dejaría a su madre en casa, rezaría para que no se le ocurriera hacer más visitas al pueblo y luego se comería la bronca. Arnold, el dueño del taller, era buen tío en tanto él demostrara ser el mecánico milagro que todo lo podía. Un solo fallo, un retraso o un error con la mercancía, tendían a hacerle olvidar lo válido que era tener a Tucker en el negocio. Entonces empezaba a echarle en cara sus horarios especiales por tener dos trabajos y toda aquella sarta de cosas que le pasaban por alto. Como si Tucker no trabajara cada fin de semana y festivo para compensarlo.

Abrió la puerta del conductor con la llave, y apenas había tirado de la manija para ponerse al volante cuando el mundo emitió un giro a tal velocidad que a punto estuvo de caerse de culo sobre la acera. Un socavón enorme le hundió los pies en el suelo, dejándole clavado donde estaba, inmóvil y con la boca abierta.

Justo ante la puerta de la tintorería, con la misma cara de asombro que tenía él, estaba Amelia.

Se empapó de ella, como hace el drogadicto que presiona el émbolo de la jeringa hasta el final, aun sabiendo que más dosis puede matarle. Estaba tan guapa con aquellos vaqueros, marcando unas caderas que las manos de Tucker habían recorrido hasta memorizar cada centímetro de piel, que casi dolía mirarla. Ver a Amelia era como sentir que el sol salía solo para calentarle a él, como notar la brisa del mar meciendo los cabellos o surcar el océano en una ola perfecta. Para Tucker, contemplarla era milagro y castigo al mismo tiempo, porque tenerla tan cerca y sentir aquel pavor llenándole las venas le recordaba, aunque no era necesario, lo caros que habían salido sus errores.

En un mundo perfecto, o solo menos malo del que él habitaba, podría haber sonreído y saludado con la mano, sin rencores. Dejando de lado todo lo que había pasado. Serían dos personas adultas capaces de avanzar en sus vidas sin

echarse en cara las equivocaciones. Por desgracia, aquel no era un mundo perfecto.

Con Krista murmurando excusas a su comportamiento dentro del coche y el recuerdo vivo del escándalo en la tintorería muy presente en su memoria, Tucker comprendió que enfrentarse a Amelia no iba a ser más que otro episodio desagradable en un día que ya había dado demasiado de sí. Bajando la cabeza como Krista había hecho antes, Tucker se subió al coche, puso el motor en marcha e hizo lo mismo que tres años atrás, cuando sus acciones premeditadas le habían costado mucho más de lo que estaba preparado para perder: escapar.

CAPÍTULO 10

*Es hora de hundirnos en llamas,
te llevaré más cerca del abismo.*



Aunque diciembre estaba llegando y aquel invierno se había presentado como uno de bajas temperaturas, el sol no dejaba de brillar. Para Amelia, que se había puesto un abrigo que pesaba casi tanto como ella, el viento que movía sus cabellos y le ponía la piel de gallina pareció paralizarse en mitad de una ráfaga que no llegó a tocarla.

Las personas que tropezaban con ella en la acera fueron pausando sus movimientos, e incluso una perdida hoja que caía de un árbol cercano encontró el suelo tras una caída que parecía estar grabada a cámara lenta. La velocidad real de las cosas disminuyó hasta casi detenerse, o tal vez esa fue la sensación que tuvo Amelia, conforme su mirada se iba detrás del coche en el que Tucker se alejaba.

Allí parada, en medio de una concurrida calle cubierta por negocios donde los transeúntes se afanaban en entrar y salir, haciendo compras y encargos para las fechas navideñas que ya se aproximaban en el calendario, Amelia se sintió de nuevo como la niña llena de miedo y dudas que había sido la primera vez que pisara Kendall. La frustración se le cerró en la garganta y los párpados empezaron a picarle.

Podría haber llorado, estaba segura. Más de rabia que de tristeza, pero las lágrimas acudirían a sus ojos si las llamaba. Allí, invisible y con la sensación de ser como aquella hoja que ahora yacía a sus pies, pisoteada por los que pasaban sin reparar en ella, Amelia notó como el aliento le faltaba en los pulmones. No podía respirar. Se estaba ahogando en una sensación tan ridícula como verdadera, tan irracional como comprensible.

Tucker había salido huyendo. Otra vez. Exactamente igual. Nada más cruzarse, con solo verla de frente, sus cinco sentidos le habían gritado la misma orden absurda y cobarde que tres años atrás. Por lo visto, la única forma en que era capaz de reaccionar cuando algo lo incomodaba o no salía según su gusto era salir corriendo.

Amelia estaba harta. No podía soportarlo. El hecho de que aquello se hubiera vuelto a repetir justo delante de sus narices le había traído a la memoria cosas que no quería recordar. El sentimiento de abandono, de no ser suficiente para retener al chico en cuyo amor había confiado pareció multiplicársele por dentro, hasta que ya no quedó espacio para nada más.

Con todo volviendo a moverse a velocidad normal, tuvo que recomponerse del codazo que le dio un hombre que intentaba entrar en la tintorería. Dándose cuenta de que estaba en medio, ella musitó una disculpa y se hizo a un lado, sin poder recordar del todo qué demonios era lo que había ido a hacer allí o cuáles habían sido los gloriosos planes que la habían hecho salir de la casa de huéspedes con la sensación de tener el control de aquel día en la palma de la mano.

—¿Amelia?

Nanette se acercaba por su misma acera. Venía cargada con bolsas que parecían a punto de reventar a causa del peso de unas coloridas frutas variadas. Teniendo en cuenta que no podía saludarla con la mano, la hija de Joe Chase se limitó a alzar la voz para que Amelia notara su presencia. Fue abriéndose paso entre la gente, caminando con aquella gracia que le salía de modo tan natural que casi parecía que bailara alrededor de quienes hacían sus compras aquella tranquila mañana, sin sobresaltos.

No como Amelia, cuyo ritmo cardíaco amenazaba con no estabilizarse jamás.

—Ya veo que tú también formas parte del escuadrón de la boda. —Nanette le dedicó una sonrisa, al tiempo que dejaba una de las bolsas en el suelo—. Tu abuela tiene como unas cinco recetas de pasteles en mente. Todos llevan frutas, las más vistosas y olorosas que pude encontrar. En honor a la profesión del novio, me imagino.

Todavía sin recuperar del todo sus funciones, Amelia intentó descifrar el parloteo de una animada Nanette, aunque para ella todo sonaba como pronunciado bajo el agua. Notaba una molesta punzada en la parte trasera de los oídos, como un zumbido que se había despertado cuando el coche de Tucker había acelerado calle abajo, y aún no cesaba. Aquel soniquete, molesto e insistente, era como una advertencia..., una alarma que sonaba y sonaba, poniéndola sobre aviso de algo que no lograba entender.

—¿Amelia? —Con la ceja enarcada, Nanette le dio unos golpecitos en el hombro—. ¿Te pasa algo? Estás como..., no sé, ¿estática? Si pusieras una pose chic, podrías pasar por un maniquí de *boutique*. ¿Va todo bien?

—Pues... no, la verdad es que no va todo bien. —Porque Tucker no tenía derecho a hacer el papel de tío recubierto de frialdad y marcharse como lo había hecho. Era ella quien había creído unas promesas de las que él se había retractado. Era ella quien había vuelto a casa dispuesta a que su presencia no le importara. Era ella, por lo tanto, la única que podía hacer aquellas escenas. Y no pensaba quedarse con las ganas de aclarárselo—. Pero me parece que puedo arreglarlo.

—Estupendo..., ¿necesitas ayuda o...?

Confusa, Nanette asistió con asombro a una rara transformación que estaba teniendo lugar en Amelia. De cabizbaja y perdida en sus pensamientos, había pasado a ser una joven resolutiva y con un brillo en los ojos que presagiaba tormenta. Con una decisión que no estaba segura de a qué se debía, Amelia sacó de su bolsillo un papel y lo dejó en manos de Nanette, que lo leyó sin casi comprender ninguna de las palabras escritas que veía.

—Recoge esas cosas del tinte y llévaselas a mi abuela. Yo volveré en cuanto pueda —informó Amelia, que de pronto sentía que no había tiempo para perder.

—Claro, no hay problema. —Con gesto suspicaz, Nanette señaló las pesadas bolsas—. Aunque soy de constitución menuda, tengo mucha resistencia como fruto de mis años de entrenamiento.

Su ironía pasó desapercibida para Amelia, que se limitó a asentir.

—Genial. ¿Has venido en coche? Déjame las llaves.

Nanette apenas tuvo tiempo de sacar el llavero con el mando de su Chevy del bolsillo antes de que Amelia se lo arrebatara de las manos. Poseída por una prisa que le nacía del mismo interior, la nieta de Denis empezó a presionar el botón con la mano alzada, hasta que uno de los coches aparcados en la calle de enfrente se iluminó. Satisfecha, cruzó sin apenas mirar y echó a correr hacia el coche que Denis le había prestado a Nanette. Sin volver la vista atrás, tiró de la manecilla de la puerta y subió al asiento del conductor.

—Maravilloso —musitó desconcertada Nanette al ver como Amelia y su transporte se alejaban. —. ¡No te sientas obligada a darme explicaciones, ni te preocupes por cómo volveré a la casa de huéspedes cuando termine todos estos recados extras! —Aunque imaginó que Amelia no estaba prestándole atención, estiró el brazo a modo de despedida y alzó aún más la voz—: Es una suerte que también tenga unas piernas muy fuertes y pueda... andar y llevar peso a la vez. ¡Es una verdadera suerte!

Suspirando con cansancio, Nanette volvió a coger las bolsas con la fruta y, con unos andares llenos de torpeza, entró en la tintorería, preguntándose cómo sostendría la ropa limpia de Denis una vez que se la entregaran; y si sería capaz de andar varias manzanas antes de caer desmayada por el peso en mitad de la calle.

—Casi estoy tentada a echar de menos el Dodge de Falk —masculló, aunque nadie reparó en sus palabras.

* * *

Amelia no pensó lo que estaba haciendo. Ni el porqué. Metió las marchas, aceleró y condujo dentro del límite de velocidad establecido más por memoria que porque realmente estuviera prestando atención a alguna señal de tráfico.

La imagen de Tucker alejándose se le repetía una y otra vez en la memoria, como si alguien estuviera rebobinando una grabación casera y forzándola a verla una y otra vez. Estaba enfadada con él. Estaba furiosa con lo que había hecho, con el modo tan simple y fácil en que había subido a su coche y puesto metros de por medio.

Pero, sobre todo..., estaba decepcionada consigo misma. Porque él, a pesar del tiempo, la distancia y todos los muros que Amelia se había empeñado en construir, seguía debilitándola. Todavía se sentía a merced de Tucker, y aquella era la verdad, aunque no estuviera dispuesta a reconocerla. Lo que él hacía la afectaba, y aunque no tenía razón ni era lógico, verle marcharse había dolido tanto como la última vez.

Quizá fuera orgullo, no lo sabía, pero el sentimiento estaba ahí, perenne e imposible de esconder. Odiaba sentirse así. El poder que Tucker tenía sobre ella debía romperse de forma inmediata y definitiva. Ya no podía seguir temiendo encontrárselo delante, no podía seguir esperando y analizando cada gesto que pusiera. Porque lo hacía. Durante el corto trayecto se había encontrado buscando pruebas de desdén en un semblante que apenas había contemplado unos segundos.

Y aquello no era normal. Ni sano. Y, desde luego, no servía para nada.

—Ahora, Amelia, bájate del coche. —Soltó el cinturón, toqueteándose la ropa con nerviosismo, temiendo de forma ridícula que el viaje en coche le hubiera arrugado las prendas—. Eres una mujer madura y no puedes seguir actuando como una loca, así que vas a terminar con esto de una vez por todas. Ahora. Hoy.

* * *

Ajeno a la inquietante realidad que estaba próxima a venirle encima, Tucker era muy consciente de que no estaba dando lo mejor de sí en aquella jornada de trabajo.

Tumbado sobre la plancha, se arrastró hasta quedar bajo el Mercedes Benz 200 que habían suspendido sobre su cabeza. Mientras veía a Hasan ir y venir llevando maquinaria y papeles de un lado para otro, probablemente desordenando el archivo aún más, Tuck esperó con paciencia hasta que recordara accionar los controles que bajarían el coche lo suficiente como para que pudiera revisarlo a conciencia.

Aunque si le hubiera aplastado, tampoco habría notado mucha diferencia.

La antigualla cuyos bajos estaba mirando era una de esas raras maravillas que el hombre era capaz de hacer cuando no estaba cargándose el mundo. Una preciosidad de color blanco a la que le habían dado tal golpe en el morro que la dirección se había desequilibrado. También tenía desgastados los discos de freno y era muy posible que necesitara cambiar al menos dos neumáticos. Un trabajo para estar entretenido varias horas, con la mente puesta en cualquier cosa agradable mientras sus manos diestras manejaban los asuntos privados del Mercedes, hasta dejarlo apto para seguir acumulando kilómetros en el limpio salpicadero tapizado de cuero.

Tareas como aquella eran la razón por la que se había hecho mecánico. Tuck disfrutaba arreglando cosas, oyendo rugir motores que habían estado en silencio mucho tiempo, viendo girar ejes de ruedas y colocando llantas en cuyo revestimiento color plata podía verse la cara. No obstante, después del episodio con su madre y consciente de que todo Kendall estaría ya cociéndose con el chisme, Tucker no tenía ánimos ni siquiera de accionar el limpiaparabrisas. Que el jefe tuviera un día malo y hubiera amenazado con descontarle las horas en que había estado ausente tampoco había ayudado a que las cosas mejoraran.

Por eso, en aquel momento, mientras Hasan perdía el tiempo y deambulaba como si no hubiera nada que hacer, Tuck se debatía entre gritarle que prestara atención al maldito trabajo, que a juzgar por los ruidos de frenazos que se oían, se acumulaba, o dejar pasar las horas tal y como estaba, tumbado sobre la plancha, oculto bajo la sombra de un coche precioso que alguna mala maniobra había desfigurado. Ajeno al mundo, aplastado contra el suelo grisáceo y cubierto de grasa del taller.

Como de algún modo tenía que sacudirse el mal humor..., optó por la primera de las opciones. No estaba dispuesto a perder otro porcentaje de sueldo

aquel día, así que más le valía accionar los biorritmos de su compañero y ponerse a trabajar.

—¡Los controles de la plataforma, Hasan! —gruñó, estirando el cuello todo lo que le era posible, esperando verle acercarse por uno de los laterales—. ¿Cómo coño quieres que alcance al coche si lo tengo a cuatro jodidos metros?

Durante unos agónicos segundos, todo lo que se oyó en las inmediaciones fue un extraño silencio que hizo que el vello de la nuca de Tucker se pusiera de punta. Notó algo raro en el estómago y tuvo unos instantes de lucidez para recordar que no había comido nada desde el desayuno..., y aquello solo habían sido un par de trozos de *pizza* marinera fría. Por fin, las pisadas fueron sonando más cercanas, y con la cabeza de nuevo apoyada sobre la plancha, Tucker desvió la mirada hacia la izquierda, donde una sombra iba aproximándose.

Lo primero que notó fue que las zapatillas que se dejaron ver bajo el Mercedes estaban demasiado limpias para pertenecer a Hasan, además de enfundadas en unas piernas que, desde luego, no pertenecían a ningún hombre. Lo segundo que tuvo claro fue que su día solo iba a empeorar. Los certeros golpes en la castigada chapa que le ocultaba de la vista, ratificaron sus peores pensamientos.

—¡Sal de ahí, Orson, tenemos que hablar!

Él cerró los ojos con fuerza unos segundos, pero ni siquiera se planteó dilatar el momento. Tal vez porque solo había una persona en todo Kendall, incluyendo a su familia, que le llamara por su nombre de pila; o quizá porque la idea de permanecer echado sobre la plancha de reparaciones, escondido bajo el coche como una cucaracha cobarde, no era para nada su estilo. Cualquiera que fuera el motivo, usó las piernas para arrastrarse fuera, tarea incómoda que pareció llevarle horas. Como el Mercedes estaba demasiado alto, no pudo impulsarse con las manos, de modo que las tenía libres cuando la claridad del día incidió sobre su cara nada más salir, y pudo cubrirse con ellas los ojos. Por lo menos, el tiempo suficiente antes de que la presencia de Amelia lo dejara ciego.

Se levantó con torpeza, consciente de su precario aspecto y de lo guapa que estaba ella, con aquel ceño y la arruguita que se le hacía en la frente cuando se enfadaba. La había visto mucho durante su relación, de modo que era capaz de reconocerla de un solo vistazo. Hasan, con la boca medio abierta, estaba parado junto a los controles de la plataforma elevadora, mirándolos a ambos sin tener muy claro qué hacer. Con un suspiro inquieto, Tucker le hizo un gesto fácilmente traducible por «piérdete», aunque desde luego Hasan tenía algo que decir antes de obedecer.

—¿Te llamas Orson? ¡No jodas!

Con la mirada más elocuente que fue capaz de componer, Tucker logró amedrentar a Hasan lo bastante como para que, por fin, les diera un poco de intimidación. Por un rato, solo sus pasos yendo hacia la oficina se escucharon a lo lejos, hasta que el sonido de la puerta cerrada le dejó completamente a solas y a merced de Amelia, algo que, en otros tiempos, habría sido casi como comerse el postre con las manos.

Ahora, sin embargo..., bueno, aquella expresión no presagiaba nada bueno y, para ser sinceros, él tampoco estaba de ánimos para añadir más mierda a un día que ya se había coronado bastante. Con un gesto del cuello, y sabiendo que se la jugaba, señaló el viejo Chevy que Amelia había dejado aparcado en la entrada. Deseó tener algo en las manos para mantenerlas ocupadas, cualquier cosa, aunque fuera el roñoso trapo para la grasa, pero estaba desarmado. A pecho descubierto, esperando el impacto de las balas.

—¿Has venido en eso? —Se rascó la barbilla acordándose de que no se había afeitado esa mañana—. El tubo de escape gotea y el dibujo de las ruedas está desgastado. Deberías ser más responsable con lo que conduces.

Amelia tenía los ojos grandes, pero su tamaño pareció multiplicarse bajo el limpio cristal de las gafas cuando le miró. Se acercó un paso y Tuck no retrocedió. Se preguntó cómo podía ella moverse, embutida en aquel abrigo tan grueso, con el cabello suelto y esos vaqueros que se ceñían con obscenidad a unas curvas que él había echado mucho de menos. Se preguntó si aquel tic que había visto en su labio era el amago de una sonrisa o si ella, simplemente, buscaba razones que justificaran el motivo por el que le había querido alguna vez. Se preguntó todo en él mero segundo que ella tardó en acercarse, aunque no encontró respuesta alguna para nada.

En cualquier caso, Amelia empezó a negar con la cabeza, se subió las gafas con un gesto de la mano que indicaba nerviosismo y luego le señaló con el dedo, aunque puso mucho cuidado en no tocarle.

—¿Quién te crees para hacer algo así? —le espetó sin levantar la voz, pero vocalizando con mucho cuidado, para que ninguna palabra se perdiera por el camino.

—¿Darte consejos sobre mecánica? —Se señaló el mono con un gesto obvio, alzando la ceja en una actitud chulesca que no presagiaba nada bueno—. Considéralo mi jodido deber cívico, nena.

Esta vez el brillo que iluminó su mirada no dejó lugar a dudas: estaba cabreada. En dimensiones épicas. Bien, la rabia era una emoción en la que él sabía desenvolverse.

—No me llames *nena*. Nunca más.

Entonces Tucker se cruzó de brazos y levantó bien la cabeza. No pensaba amedrentarse ante ella. Aunque por dentro sus órganos se hubieran licuado y las entrañas se le hubieran convertido en un patético zumo de nerviosismo, no dejaría que se diera cuenta. Todavía no, al menos.

—Te llamaré como quiera, Amelia. Tengo cicatrices tuyas por todo el cuerpo, me lo he ganado a pulso.

—¿Que tú te lo has ganado? —Amelia sonrió un poco, pero era más bien un gesto tenso que uno de simpatía. El aire le movió un mechón de pelo y a Tucker le temblaron los dedos—. Eso es mentira. Después de lo que hiciste no tienes derecho a nada, Orson. No supiste dar la cara y ahora te permites el lujo de fingir ser la parte ofendida cuando los dos sabemos que no es verdad. ¿Y todavía eres capaz de soltar que te lo has ganado? No me hagas reír...

—¿De qué coño estás hablando? —Esta vez fue Tuck quien se acercó, mirándola como si tuviera delante a una demente a la que no podía reconocer—. ¿La parte ofendida, dices? ¿Cuándo diste la cara? ¡Cómo si lo hubieras hecho alguna vez!

—¡Yo no fui la que se marchó!

—¡Sí, Amelia! ¡Sí, te marchaste! —Con los puños apretados, Tucker se la quedó mirando con toda la frialdad que fue capaz de componer. Estaba muy guapa y eso no ayudaba, pero sería capaz de pasarlo por alto. Iba a ser firme, porque ya había tragado demasiada mierda con el tema y no pensaba guardarse nada de aquello dentro ni un minuto más—. Te largaste a California con tu madre. Hiciste las maletas y saliste corriendo, así que no vengas a echarme encima acusaciones de mierda, ni a darme lecciones sobre partes ofendidas, ni a decirme si di o no di la cara, porque fuiste tú la que no volvió.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Cuando más falta me hacías, cogiste el coche y no apareciste en tres días, Orson. ¿Yo me fui? Sí, lo hice. Pero tú saliste huyendo primero. Cuando más falta me hacías, no estabas aquí. ¡Yo te necesitaba y tú no estabas aquí!

—Necesitaba pensar, Amelia. Necesita aclarar mis ideas y tomar decisiones, ¿es que no lo entiendes? Si me hubieras escuchado, si hubieras dejado que te lo explicara...

Entonces ella estiró los brazos, usándolos como un escudo con el que protegerse. Tucker temió que le golpeará con ellos, pero Amelia nunca había sido de esa clase de chicas. En lugar de descargarse con él, fue como si pretendiera poner distancia y dejar de escuchar excusas a las que nunca había estado dispuesta a prestar oídos. Cerró los ojos y empezó a negar, llenando a Tucker de una frustración de la que nunca podría sacudirse.

—Qué cómodo fue para ti, ¿verdad? —musitó Amelia, sorbiendo por la nariz, pero sin dejar ver las lágrimas—. Irte para pensar... ¡Yo no tuve esa opción! ¡No tuve la salida fácil que tú usaste a la primera de cambio!

—¿Fácil has dicho? ¡Maldita sea! —Fue más de lo que Tucker pudo soportar. Con unas manos como garras, la sujetó de los brazos, acercándola a su pecho como si no pesara más que una cría. La forzó con la mirada a que pusiera sus ojos en él, sin desviar el rostro, sin apartarse—. ¿Cómo coño te atreves a decir algo así? ¿Qué salida fácil puede haber en algo como eso? ¿Crees que lo que nos pasó me ha pasado con muchas chicas? ¿Qué tengo un modo de actuar predeterminado? ¡No me jodas, Amelia, a mí no, con eso no!

La sintió forcejear, y aunque la tentación de mantenerla sujeta eran inmensa, Tuck logró abrir las manos. Tan solo un segundo le duró en la piel el recuerdo de la calidez que Amelia le había dejado, antes de que ella pusiera varios pasos de lejanía entre los dos. Su cara estaba surcada de una amargura de la que él se temió responsable, pero por más que le doliera, aquella era una herida que no podía curarle, porque ambos la compartían.

—Eres un cabrón. —La decepción bajó el tono de Amelia, que escupió las palabras como si cada letra portara veneno mortal. Que él tocara aquel tema era más de lo que podía soportar. Sacar a relucir lo ocurrido en esos días volvía a hacerlo real. Calentaba los rescoldos y le recordaba cuánto le había costado superarlo. Tucker no tenía derecho a hurgar en aquella llaga—. Y no sé de qué me sorprende. No has cambiado nada.

Como si pretendiera ratificar su opinión, Tucker abrió los brazos, señalando hacia su cuerpo con las palmas vueltas hacia arriba. Era un grito de guerra mudo de palabras. Aquí estoy, parecía querer decirle, dispuesto a soportar todo lo que quieras decir de mí, sin esconderme.

—Pues yo no puedo decir lo mismo de ti, Amelia. Ni siquiera soy capaz de reconocerte.

—¿Sabes, Orson? —Para darse fuerza, o tal vez solo para encontrar algo que hacer con unas manos que no paraban de temblar, Amelia revolvió en los bolsillos hasta dar con el juego de llaves del Chevy—. Hice muy bien en irme a California. Estar lo más lejos posible de ti fue la mejor decisión de mi vida.

Acicateado en su orgullo, sintiendo la sangre revolvérsele por dentro como solo le pasaba con Amelia, Tucker la vio darse la vuelta y alejarse a buen paso hacia el coche. Sabía que sin importar lo que él dijera, ella ya había decidido marcharse y nada podría retenerla. La culpa se instaló en su pecho, avisándole de que aquella respuesta que le picaba ya en la lengua no serviría para nada más que acrecentar el trecho que ya separaba su camino del de Amelia. ¿Pero cómo

quedarse callado? ¿Cómo, cuando la ira de la que ella se creía dueña única dormía con él cada noche, acurrucada en su cama, atormentándolo?

Amelia no era la única que había perdido esperanzas e inocencia en aquellos días. También él se había visto despojado de más cosas de las que estaba dispuesto a renunciar. Echárselo en cara no traería más que problemas, pero quizá le descargara en algo aquella comezón que sentía dentro. Un alivio momentáneo..., con eso bastaría.

—¿Si quieres distancia, para qué me buscas, Amelia? ¿A qué coño has venido aquí? No eres la única víctima, ¡no me impresiona lo que tengas que decir! —le gritó a su espalda, apretando los puños hasta sentir que las uñas se le clavaban en la piel de la palma. Como esperaba, ella siguió andando hacia el coche, pero ni la indiferencia que le mostraba le calló. Nada podía callarlo, ahora que se le había puesto en frente, dispuesta a zarandear unos cimientos ya bastante carcomidos—. ¡Yo también me alegro de que te hayas ido! ¿Lo sabías? ¡Y me alegro aún más de haber dejado que te largaras!

Con una mirada gélida, Amelia cerró de un portazo y agarró el volante con una mano. Alzó el dedo corazón hasta que quedó bien visible a través de la luna delantera. Después, metió la primera velocidad y arrancó el Chevy con rudeza, haciendo crujir el acelerador y levantando polvareda.

—¡Cojonudo! —Tucker gritó tan fuerte que los pies casi se le levantaron del suelo. Amelia ya no podía oírle, pues la silueta del vehículo de Denis O'Brien se alejaba a toda velocidad, pero eso no impidió que siguiera desahogándose, aunque fuera solo para las piedrecitas que los neumáticos habían levantado del suelo—. ¿Esa es la mierda que te enseñan en esa universidad tuya? ¿Eh?

Se quedó parado en mitad del cruce de entrada al taller, viéndola aunque ya no estaba ahí. Con el corazón latiendo desacompasado, se preguntó por qué se sentía más vivo que nunca.

CAPÍTULO 11

*Cómo te atreves a volver,
a tus cenizas convertir en fuego.*



Aunque Tucker creía con firmeza que el sol nunca se pondría, el día logró llegar a su fin sin cobrarse nuevas víctimas.

Con la noche cerrada sobre la cabeza, condujo su Toyota Corolla hasta el edificio del salón de tatuajes. Aparcó justo a la entrada y, por un segundo, dejó que la luz del establecimiento de al lado, una farmacia que estaba de guardia, iluminara su rostro cansado. Aquellas habían sido, con mucha diferencia, las veinticuatro horas más jodidas que había tenido que padecer desde hacía mucho tiempo.

Y teniendo en cuenta que su existencia había estado plagada de cagadas bastante épicas, eso era mucho decir.

Sintiendo el peso de cien años sobre la espalda, dio la vuelta al edificio, pasando por delante de la puerta cerrada de la tienda de animales, y subió a su apartamento por la escalera de incendios exterior. Por lo visto, el camión de la basura no había pasado ese día, y un olor rancio le inundó las fosas nasales cuando empezó a subir hasta el viejo almacén reconvertido. Estaba tan cansado que ni siquiera era capaz de bostezar. El esfuerzo de mover un pie delante del otro se llevaba los últimos resquicios de voluntad que le quedaban.

Las emociones se le agolpaban en el pecho, y no podía decir con seguridad si tenía hambre, frío o un vacío a la altura del corazón que no lograría llenar con nada. Metió la llave en la cerradura, solo para recordar medio segundo después que su intención inicial había sido pasar a ver a Krista antes de caer como un fardo en la cama. Maldición, decidió que llamaría tan pronto como llegara al teléfono, porque la idea de volver a conducir se le antojaba intolerable.

Era preciso que diera por terminada la jornada. Dormir y, con suerte, despertar cuando el mundo hubiera dejado de dar vueltas sobre su eje habría sido un milagro, pero no contaba con ello. El escándalo en la tintorería y la posterior aparición estelar de Amelia en el taller habían servido para demostrarle lo que siempre había sospechado, que cuanto peor estaban las cosas, aún peor podían ponerse.

Tucker cruzó el umbral a oscuras, lanzando el juego de llaves de cualquier manera sobre lo que esperaba que fuera la encimera de la cocina. Suspiró pasándose la mano por la cara y percibiendo el aroma reseco del aceite de motor impregnado en la piel. Era un milagro que pudiera oler algo, o sentir cualquier cosa, cuando tenía a Amelia y todas aquellas palabras que se habían gritado como energúmenos clavadas en el cerebro.

Habría sido hipócrita decir que no pensaba las cosas que había soltado, porque creía en cada palabra. Había callado lo que pensaba mucho tiempo y, simplemente, el filtro se le había soltado del todo. Amelia no había sido la única en recibir un golpe, pero sí había tenido la exclusiva en cuanto a comprensión y cariño. Él se había ido primero, en eso ella llevaba razón, y no parecía que importara mucho el motivo que le había llevado a hacerlo. Amelia desde luego no había querido escuchar sus excusas y, a ojos de las pocas personas que conocían la historia completa —sobre todo por parte de la familia de Amelia—, Tuck había interpretado el papel de cobarde, conduciendo hasta la frontera para huir de un problema que le venía grande.

Después, con Amelia yéndose a California para superar la decepción, el tiempo y sus antecedentes familiares terminaron por coronarle como el villano oficial del cuento. ¿De quién iba a ser la culpa si no? Los prejuicios siempre habían acompañado a su familia. Era cuestión de probabilidades que la cagara. Y al final, no había decepcionado.

Durante mucho tiempo, Tucker se había reconciliado con el que suponía que era su papel, pero ahora..., tener a Amelia delante, con aquella deliciosa boca echándole en cara todas sus fallas, había sido demasiado. Si alguna loca parte de su cerebro había mantenido la esperanza de lograr un acercamiento..., gritarle como un energúmeno cuánto se alegraba de haberla dejado marchar había matado cualquier posibilidad.

—Soy un gilipollas —dijo, para nadie en particular—. No sé qué coño esperaba conseguir..., no sé qué... reacción estaba buscando. Imbécil, eso es lo que soy, un imbé...

—¿Tucker?

La voz parecía venir de los confines más oscuros del apartamento, allá por donde se encontraban su añorada cama y el aseo. Tuck dio un salto hacia atrás,

buscando de forma inconsciente algo con lo que defenderse si la situación se ponía fea, pero se topó con la puerta abierta del armario que había dejado sin cerrar esa mañana. El sonido sordo que hizo la madera revestida de aluminio al impactar contra su cabeza resonó en el diáfano espacio casi tanto como la blasfemia que soltó al llevarse la mano a la frente.

—¡Su puta madre!

Se tanteó la zona dolorida y la calidez de la sangre le impregnó la palma. Hizo presión con los labios cerrados y un sudor frío bajándole por la nuca. La pulsión era tan intensa que le sobrevino una arcada, pero no pensaba potar delante de un ladrón potencial.

—Mierda... —exclamó, tanteando con el brazo hasta encontrar una superficie en la que apoyarse para recobrar el aliento. Con pasos torpes, deambuló sin ver nada, hasta que su cuerpo se estampó contra la nevera. El golpe fue certero, a la altura de la rodilla—. ¡Mierda!

Entonces se hizo la luz y, de la zona que antes había estado oscura, emergió la culpable de su desgracia más reciente. Bianca, que lo miraba con una mezcla que iba entre la compasión y la burla más absoluta. Era lo que le faltaba, pensó Tucker, que aprovechó la repentina claridad para ponerse un trapo de cocina sobre la brecha. La cabeza le ardía y notaba que empezaba a hincharse. Era el broche perfecto para aquel día aciago, una herida abierta y su hermana pequeña riéndose de su torpeza.

—Menuda hostia, Tuck —apreció Bianca cruzándose de brazos y manteniendo, con bastante acierto, una distancia prudencial.

—No digas tacos, joder. —Tratando de recobrar un resquicio de dignidad, Tucker levantó la cabeza y la miró con un solo ojo abierto—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Es mamá?

Rezó a un Dios en el que no había creído nunca para que Bianca negara. Si hubiera pasado alguna desgracia y él tuviera que ir a barrer cristales rotos, terminaría por lanzarse por el primer puente alto que encontrara. No podía más, incluso para alguien acostumbrado a los palos, había un cierto número de golpes que eran demasiados como para poderlos soportar de una sola vez. Por suerte, algo se apiadó de él, porque Bianca negó.

—Le he tenido un ojo encima todo el día después de lo que me contaste que pasó. —No parecía avergonzada, pero tampoco había alegría alguna en su expresión. Se miró las uñas, que llevaba pintadas de alguna especie de tono rosado. Los dedos le temblaron—. Ha estado llorando casi toda la tarde, repitiendo eso de que ella no es así y tal... Ya sabes. También ha sacado la ropa de papá de las cajas otra vez. Lo ha colgado todo en el armario. Dice que es su duelo.

—Cojonudo. —Con desdén, Tucker lanzó el trapo ensangrentado en la pila y abrió la nevera. Sacó del cajón de congelación una bolsa de guisantes que llevaban caducados al menos seis meses, pero que tenían una función muy importante. Gimió al ponérselos en la cara—. Si no hay fuego, ¿qué haces aquí, cría?

Bianca expresó toda su indignación con un gesto de los hombros que Tucker habría encontrado adorable de haber estado de humor.

—¿Qué pasa? ¿No puedo venir a ver a mi hermano, o qué? Estás hecho un antisocial.

—Llevas puesta la sudadera que te regalé por tu cumpleaños. La que es tres tallas más grande que tú y no deja ver si eres un chico o una chica. Juraste que la quemarías. —La vio hacer un mohín. Por suerte para él, era una pésima mentirosa—. Y esas zapatillas también fueron un regalo mío. Eres una chica, Bi. No hacéis ese tipo de cosas al azar y yo no soy gilipollas, ¿qué quieres?

—Puede que... haya algo que me gustaría pedirte. —Tucker le hizo un gesto con la mano que tenía libre. La otra sostenía los guisantes contra su frente—. Es Dean.

Con andar tambaleante, Tuck se apartó de la nevera lo suficiente como para mostrar una verticalidad relativa. Estaba agotado y su cerebro era una maldita jaula de grillos, pero eso no significaba que no le quedarán ánimos de dar un buen susto a un tío que rondaba a su hermana si tenía que hacerlo. De hecho... quizá eso le arreglara la noche.

—¿Qué te ha hecho? ¿Dónde está?

Bianca enarcó una ceja en un gesto que era idéntico al suyo. La muy descarada tuvo la desfachatez de sonreír.

—No te ofendas, grandullón, pero en el estado en que estás...

—Puedo darle una paliza —masculló Tucker, que volvió a precisar de la nevera como punto de apoyo—. Le veré doble, así que tendría el doble de oportunidades de acertar.

—Seguro..., pero no creo que haga falta. En realidad..., venía a pedirte si puedes hacerle una prueba o algo así, en el taller. Está buscando trabajo y creo que ahí podría encajar. —Los labios se le curvaron en una sonrisa—. Tiene buenas manos.

Tucker gruñó para sus adentros. Justo cuando creía que el día lo había dado todo de sí... Su cara de espanto debió ser bastante reconocible, porque Bianca se apresuró a negar con aspavientos.

—¡No me refiero a eso! —La vergüenza le coloreó las mejillas—. Ha arreglado su Dyna desde que era un crío, y los proyectos que hace para el

instituto siempre son de los primeros de la clase. De verdad quiere trabajar, Tuck. ¿Podrías darle una oportunidad?

—Aunque quisiera ayudar a tu..., a ese tipo, Bi..., no estoy en mi mejor momento con el jefe del taller ahora mismo. Ausentarme por lo de mamá me ha dejado en una mala posición.

La vio acercarse por la pequeña rendija que era su ojo sano. Con una suave capa de maquillaje y aquella... línea negra que había aprendido a hacerse en su párpado superior, Bianca era una jovencita de lo más atractiva. Llevaba una trenza medio deshecha cayendo sobre el hombro izquierdo y tenía un lunar junto al labio inferior que algún desgraciado no tardaría en encontrar irresistible. Era, en conjunto, el ser humano al que Tucker más quería en el mundo. Alguien por quién mataría y se metería en toda clase de problemas.

El día en que Bianca había nacido había intentado, casi literalmente, mantenerla oculta donde nadie pudiera verla y hacerle daño. No lo había conseguido, pero había asumido, desde el momento en que su madre había puesto ese pequeño bulto de grandes ojos en sus brazos, que intentaría cualquier locura con tal de que fuera feliz.

Aunque para eso tuviera que tragar con el inevitable despertar romántico que sufrían todas las chicas.

—Ha sido un día complicado, Tuck, ya lo sé. Y te lo has comido solo por no llamarme al instituto. —Con mucho cuidado, Bianca le quitó la bolsa de guisantes de la cara y apreció la herida—. Ese tío te perdonará, porque eres el mejor mecánico que tiene y no se puede permitir perderte. Y... te va a quedar un moretón bastante resultón en esa cara sosa tuya.

Le dio un beso en el mentón, que era lo más alto que alcanzaba y luego sonrió. La chica tenía armas, decidió Tucker, y aprendía a usarlas deprisa.

—Vas a desgraciar a ese crío para todas las demás, lo sabes, ¿verdad?

—Lo intento. —Bianca se encogió de hombros, con las mejillas ligeramente sonrosadas—. Hazle una prueba, es todo lo que te pido. Y si no la pasa..., pues una más. Todos merecemos una segunda oportunidad. Aprenderá del mejor, y si no está disponible, pues de ti.

—Eres un grano en el culo.

Como respuesta, ella dejó caer la bolsa de guisantes en su cara con más fuerza de la necesaria. El sonido sordo hizo gruñir a Tucker, que levantó el brazo para apartar a Bianca de él con torpeza.

—Le diré que se pase mañana después de la hora de la comida —anunció satisfecha—. No querrás que vaya a primera hora y pierda clases, ¿verdad? —Se echó a reír cuando vio a Tucker levantar el dedo corazón en una dirección que no tenía nada que ver con donde ella estaba—. Muy macarra, sí señor.

—Lárgate de aquí, cría.

De puntillas, Bianca le dio otro beso y, esta vez, le miró con un gesto lleno de ternura que a Tuck le recordó vagamente a Krista. Al menos, a la que había sido antes de que Magnus y su perpetua infelicidad arruinaran su capacidad para sentir cariño o empatía hacia los demás.

—Deberías irte a dormir, Tuck. Parece que te hayan pasado por encima una manada de todoterrenos furiosos.

—No tienes idea. —Con un suspiro, usó el brazo derecho para rodearla por unos segundos, en un intento de abrazo fraternal—. Estoy hecho una mierda, pero ahora no podré dormirme hasta que me avises de que has llegado a casa sana y salva. Y no me vale una mierda de mensaje, quiero una foto tuya. Metida en la cama, ¿entendido?

—¿Sabes que podría denunciarte por un comentario cómo ese? Qué perverso.

Tucker le tiró de la trenza y la besó en la coronilla.

—Pírate ya, Bianca. —Con cuidado, apartó el brazo de su alrededor, sintiéndose algo inestable cuando dejó de contar con el punto de apoyo de su cuerpo—. Enciende las luces largas y ve lo bastante despacio como para que todo el que se cruce contigo sepa que eres una novata al volante, ¿de acuerdo?

Con una última sonrisa, ella asintió. Cogió su bolso, que por lo visto había dejado colgado de la entrada sin que Tucker se hubiera dado cuenta, y salió, no sin antes echarle un último vistazo y despedirse con la mano. Una vez a solas, y todavía un poco mareado, Tuck deambuló por el apartamento hasta dejarse caer sobre una otomana sin respaldo que estaba pegada a la pared. La cara le dolía como el infierno y la idea de enfrentar a su jefe al día siguiente para convencerle de que tener a un crío muy alto manejando maquinaria pesada era una buena idea, no haría sino acrecentar la jaqueca.

Dormir iba a ser cuestión de suerte, decidió, cerrando los ojos solo un instante, mientras intentaba vaciarse los bolsillos sin moverse de donde estaba. Tan pronto como un suave sopor llenó su cuerpo de calidez, la imagen de ella llenó cada terminación cerebral.

Hice muy bien en irme a California. Estar lo más lejos posible de ti fue la mejor decisión de mi vida.

—Espero que estés contenta, nena —musitó lleno de amargura y un malestar que iba más allá de lo físico—. Has ganado y, para conseguirlo, me has hecho picadillo otra vez.

El teléfono le vibró entre los dedos tras un largo rato de silencio. Abrió el archivo nuevo y vio a Bianca posando con una gran sonrisa ante la puerta de su dormitorio. Tucker suspiró con cansancio, dejó caer la cabeza contra la pared y cerró los ojos, decidiendo que para lo poco y mal que iba a descansar, la otomana le valdría tanto como su cama, situada solo a un par de metros.

* * *

Con el agua fría cayendo sobre su cabeza y los ojos cerrados con fuerza, Amelia comprendió que había planteado mal una situación que era ya de por sí demasiado delicada.

Estiró los dedos para repartir el jabón por sus brazos y pecho, intentando superar la sensación de náusea que se había apoderado de todo su cuerpo. Aquella noche, su pesadilla había sido más virulenta que nunca, y había llegado a ver el coche empotrándose con crueldad contra la ruda corteza del árbol. Esta vez, ella no era la conductora, recordó, sino una observadora externa que gritaba y hacía señas a un vehículo donde nadie reparaba en ella. Había tenido que observar el siniestro, calada hasta los huesos a causa de un miedo irracional que la hizo despertarse sobresaltada e imposibilitó que lograra volver a dormirse.

Por supuesto, y aunque no sabía de psicología más que lo poco que había entendido de una asignatura optativa que había hecho el semestre anterior, asumió que la viveza de su pesadilla tenía mucho que ver con los recientes acontecimientos. Su encontronazo con Tucker la había trastocado mucho más de lo que podía admitir con palabras. Quizá por eso había pasado la noche temblando por culpa de unos escalofríos que le nacían de dentro del cuerpo.

Y quizá por eso se duchaba ahora con agua helada, en vísperas de diciembre, intentando apagar un fuego que le lamía la piel.

Con la práctica que daba la experiencia, Amelia se aclaró la abundante espuma de la melena. Había abierto los ojos, pero estaba muy lejos de ver algo de lo que la rodeaba. Los conocidos azulejos con simpáticos pajarillos en tonos azules se emborronaban tras cada parpadeo; los sonidos externos, opacados por el caer del agua, iban cerrándole poco a poco los oídos, como si todo estímulo que no viniera de aquel cubículo fuera dejando de existir, como si las cosas que conocía perdieran nitidez y fueran cayendo poco a poco en el olvido.

La cortina de la ducha se abrió y estuvo a punto de resbalar del susto. Se dio la vuelta, tan molesta por la intromisión que ni siquiera reparó en cubrirse la desnudez. Total, el culpable de aquel estropicio en forma de charcos de agua

que empezaba a empapar el suelo ya la tenía más que vista para andarse con remilgos.

—¿Se puede saber qué haces? —espetó viéndose obligada a hacerse a un lado cuando el corpachón de Tucker se empeñó en ocupar el mismo espacio que ella—. ¡No cabemos, Orson!

—Claro que sí. —Para demostrárselo, estiró los brazos hasta encerrar a Amelia en una cárcel de músculos. Sonrió, terriblemente pagado de sí mismo. Mojado y sexi—. Interesante posición..., podríamos probarla.

Tucker inició unos movimientos de cadera que no dejaban nada a la imaginación. Amelia tuvo que levantar la vista al techo para evitar que aquella invitación la desconcentrara.

—No había terminado de bañarme.

—Tanto mejor. —Tucker agarró la botella de champú por encima de la cabeza de Amelia, la apretó y una buena cantidad cayó sobre su pelo. Empezó a frotar con entusiasmo—. Teniendo en cuenta la situación actual en que se encuentra el único planeta que podemos habitar, cariño, me parece irresponsable y poco cívico que gastemos más agua de la necesaria. Ahorrar debería ser prioritario... y no se me ocurre una forma mejor de hacerlo que compartiendo la ducha.

—No me digas..., menuda labia tienes, Orson..., si quisieras podrías dedicarte a ser un poeta ambiental.

—¿Ah sí? ¿Y crees que podría ganarme la vida como activista por un consumo de agua responsable?

Empezó a besarla. En el cuello, bajo las orejas, roces pequeños en el ceño... y Amelia terminó por cerrar los ojos y rodearle la espalda con los brazos. Entre risas y susurros cómplices, el ambiente empezó a caldearse y el abrazo de sus cuerpos mojados se hizo cada vez más y más apretado.

Con un jadeo de rendición, Amelia deslizó su mano hacia abajo, hasta sujetar con firmeza una de las firmes nalgas de Tucker, que le gruñó en el oído en respuesta.

—Lo tenías pensado desde el principio..., no lo niegues.

Tuck soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—¿Crees que yo he planeado todo esto? Me sobrestimas. Soy solo un mecánico.

—Eh..., un momento..., esa frase no es tuya.

—Mientras intentas descubrir qué gran hombre la dijo... —Inclinó la cabeza hacia su oreja y lamió despacio el lóbulo. Sus dedos fueron bajando a través del vientre de Amelia, perdiéndose en rincones que la hicieron gemir—. Cuéntame, nena, ¿te has lavado ya... aquí?

Las cañerías chirriaron cuando Amelia giró con firmeza la llave, cortando la salida de agua. Cogió la toalla y atravesó la mampara con un jadeo que fue más de sufrimiento que por culpa del repentino frío que la azotó. Se había dejado llevar por unos recuerdos que no le convenían en lo más mínimo, sobre todo después de lo que había pasado la noche anterior.

Tucker no era un hombre con el que se pudieran esperar reacciones lógicas, sin importar qué fuera lo que estuviera pasando. Al ir a buscarlo cargada de reproches, Amelia había tenido la absurda esperanza de salir victoriosa y liberada de aquella carga amarga que portaba a cuestas, pero, desde luego, él no había estado dispuesto a dejarse atacar sin revolversse.

Amelia había querido tener la satisfacción de sentirse la única con poder de estar triste o enfadada. Aunque jamás le había gustado provocar lástima en otras personas, sentir que era la que más había sufrido con todo aquello la hacía sentir una especie de consuelo al que no estaba dispuesta a renunciar. Tal vez Tucker aceptaba la situación y estaba dispuesto a dejarla ser la víctima principal, pero desde luego, no había acatado sus exigencias sin defenderse. Porque después de todo, a él también tenía que dolerle.

Sin ser apenas consciente de lo que hacía, Amelia se secó el cuerpo y se cepilló el pelo con rudeza, recogéndolo en un rodete que ató con una pinza anaranjada de esas que solían usar las peluqueras. Se untó con crema hidratante las piernas e incluso retiró un par de pelitos incómodos de su entrecejo. Puso agua de colonia en sus brazos y la extendió por el inicio del pecho, por el mero placer de sentir un aroma fresco y agradable que perdurara tras la ducha. Lo hizo todo de memoria, siguiendo unas pautas perfeccionadas con los años, pero a cada paso que daba, peor se sentía por dentro y más intensa era la sensación de suciedad que la embargaba.

Ella, que tanto presumía de haber madurado, se había comportado como una auténtica niña. Había sido egoísta y cruel, y ninguna pena vivida que todavía le escociera por dentro justificaría aquello.

Buscar a Tucker para hacerle daño no había estado bien, y pretender echarle cosas en cara había sido la gota que colmaba el vaso. ¿No había ella hecho lo mismo el día del aeropuerto, escapando de él sin mirarle, erguida como una reina llena de poses ensayadas? ¿Por qué entonces no podía entender que él hubiera actuado exactamente igual al encontrarse por la calle? ¿Por qué no había podido concederle ese derecho?

«¿Qué pretendías buscándole? ¿Qué querías conseguir?»

Dos personas afectadas que preferían poner distancia en lugar de vivir un momento desagradable parecía bastante lógico. Excepto para la mentalidad

retorcida de Amelia, esa que, por lo visto, solo se despertaba en Kendall, y que la había llevado a plantarse delante de la persona a la que había jurado evitar, imponiendo su presencia y regando sandeces que solo habían servido para avivar malos pensamientos y recuerdos indebidos.

Y para hacer que toda la piel le ardiera como si un dragón le hubiera escupido cenizas candentes a quemarropa.

¿Cómo coño te atreves a decir algo así? ¿Qué salida fácil puede haber en algo como eso? ¿Crees que lo que nos pasó me ha pasado con muchas chicas? ¿Que tengo un modo de actuar predeterminado? ¡No me jodas, Amelia, a mí no, con eso no!

Se subió los vaqueros y se puso un suéter sin mirar su reflejo en ningún espejo. No podía verse la cara en aquel momento, cuando sabía que vería culpa y desprecio en sus propios ojos, juzgándola a través de la superficie reflectante. No quería tener lástima por Tucker, él había roto promesas de las que Amelia había dependido, la había dejado sola cuando más le había necesitado y había sido cobarde la única vez que debió demostrar valentía. Aquello había marcado las directrices para los dos, y les había dejado claro que no estaban hechos para ninguna relación que aspirara a avanzar.

Eran diferentes y no podrían encajar, pero, de algún modo..., tan pronto como puso un pie en Kendall, Amelia supo que cumplir sus expectativas con respecto a evitar a Tucker iban a ser un imposible. Había algo en el aire, alguna fuerza que parecía hacerlos tropezar una y otra vez, con funestos resultados para ambos.

Cabizbaja, abandonó el dormitorio y se encontró de frente a su abuela, que terminaba de preparar los desayunos en la gran barra en forma de U que coronaba la cocina. Consciente de la gran cantidad de meteduras de pata protagonizadas por ella el día anterior, Amelia esperó cualquier cosa a modo de saludo, pero Denis le sonrió, indicándole con un gesto que se sentara.

—Yo que tú, me acabaría esas tortitas. Nanette está enfadada y suele solucionar esas cosas con largas charlas. Vas a necesitar energía.

—Me lo merezco. —Descubriendo el hambre que tenía tan pronto como el primer pedazo le tocó la lengua, Amelia masticó con placer, reorganizando las ideas para empezar a exponerlas con orden—. Siento mucho no haber cumplido con mis tareas para la boda ayer, abuela. Fue..., fue un día complicado.

—Me lo imaginé al ver el Chevy atravesado contra la valla de la entrada. Espero que no haya aplastado ninguna petunia, o Falk se sumará al enfado en

cuanto ponga un pie aquí.

—Estupendo..., más personas a las que debo una disculpa.

—No te mortifiques por eso. —Denis le quitó importancia a su inquietud con un gesto—. Aunque lo siento mucho por Nanette, que fue casi un testigo de primera fila, me alegro de que algo te entretuviera y terminaras por no entrar en la tintorería. Había pasado algo muy desagradable con la madre de Tucker hacía solo unos minutos..., ya puedes imaginarte. Todo un escándalo, por lo visto, aunque me negué a escuchar ningún detalle. El chisme corría por todas partes, si hubieras entrado tú..., bueno, esto es un pueblo. Podrían haberte criticado por alusiones.

Amelia puso su mente a trabajar a toda velocidad. ¿Algo había pasado con Krista, la madre de Orson? ¿Cuándo? Forzó a su memoria a recordar... ¿Iba él con su madre en el coche justo antes de marcharse, en el momento en que se encontraron? ¿Había pasado todo eso momentos antes de que Amelia fuera conduciendo hasta el taller, dispuesta a presentar pelea?

—No tenía ni idea..., esa mujer nunca pareció demasiado feliz. —Y que Amelia recordara, había vivido algunos episodios incómodos con ella cuando todavía era novia de Tuck. ¿Por qué él no había dicho nada? «Probablemente porque empezamos a gritarnos enseguida»—. Imaginaba que después de tanto tiempo sin saber de ella, las cosas se habrían calmado un poco.

—Pues siento decirte que es más bien todo lo contrario. Pobre Krista Tucker. —Denis carraspeó, doblando meticulosamente un trapo de cocina y dejándolo luego sobre la encimera, alineado con los demás—. Un mal matrimonio y una viudez todavía peor. Nunca ha sido parte de mi círculo más íntimo de amigas, pero... eso no quiere decir que me alegre de que no haya encontrado descanso ni siquiera después de enterrar a ese hombre.

—¿Tan mal marido fue?

A su pesar, la curiosidad por los aspectos del pasado de Tucker que todavía seguían siendo una incógnita para ella afloró en su voz. Amelia había presumido de conocerle bien durante su relación, pero había cosas que no había preguntado al notar lo reacio que su entonces novio se mostraba a contarlas.

—Fue indiferente. Krista hizo lo que pudo y más para conseguirle, pero él nunca estuvo por la labor de ser el marido que ella se empeñaba en ver. —Denis se encogió de hombros—. Le retuvo a su lado tanto tiempo como pudo, pero ese hombre... siempre me pareció que nació sin ganas de vivir.

—Abuela..., ¿crees que por eso él..., Orson, se marchó de la forma en que lo hizo cuando tuvimos problemas? ¿Qué es como su padre y escapó por miedo a verse atado a una vida que no quería?

Denis miró a su nieta, y lo que observó astilló un corazón que ya tenía varios remaches. Aquella agonía que se percibía en la voz de Amelia y los intentos que hacía, fuera consciente o no, por justificar el comportamiento que la había alejado de Tucker, la preocuparon. Las mujeres solían buscar excusas cuando no podían olvidar.

O cuando empezaban a estar dispuestas a perdonar.

—Cariño..., yo no puedo responderte a eso. —Con tiento, Denis puso su mano cálida sobre la de Amelia, que estaba fría—. Solo puedo decirte que creo que todos somos dueños de nuestras propias decisiones... y que no me parece que el carácter de ese joven sea el propio de alguien que repite patrones si puede evitarlos.

Apartando el plato a medio comer, Amelia dejó caer los hombros. ¿Qué le pasaba? ¿A qué venían esas dudas a toro pasado? El tiempo había hecho mella en todos, y no tenía ningún sentido que se planteara ahora posibilidades que en el momento de la verdad no habían tenido peso.

Las cosas habían pasado de ese modo y ella no tenía ninguna intención de deshacerlas. Pero entonces, ¿por qué no recordaba haberse sentido tan viva desde hacía mucho tiempo? ¿Por qué tenía la sensación de que las viejas cenizas de la Amelia de antes, la que amaba y sentía a raudales, irradiaban de nuevo calor?

—De todas formas..., ya no importa —le dijo a Denis, aunque quizá trataba de ser clara con ella misma—. Él fue el motivo por el que no entré en la tintorería. Le vi saliendo y... se subió al coche y salió de allí sin más. Me volví loca, abuela, por un segundo recordé todo lo que había pasado, me pareció que hacía justo lo mismo, delante de mis narices, y no pude... no pude evitar perseguirlo. Le seguí con el Chevy y dejé a Nanette tirada en medio de la calle solo porque no podía soportar sentirme cómo me estaba sintiendo.

—¿Y cómo te estabas sintiendo, cariño?

—Débil y... vacía.

Amelia se encogió de hombros, haciendo un puño con la servilleta que tenía atrapada entre los dedos. El amargor que había sentido en la boca se extendía ahora por su cuerpo, pero se dijo que era el malestar propio por haber intentado ser convincente y haber terminado comportándose como una estúpida.

—Nos dijimos cosas horribles..., pero me parece que los dos las pensábamos de verdad. Él me acusó de haberme marchado a California, y yo le recordé que él se había ido primero. Justo cuando más lo necesitaba. —Habían sido palabras ácidas y ahora le parecían muy definitivas. Eso estaba bien..., era lo que había pretendido. Quería pasar página, dejar de sentirse a merced de él..., ¿no?—. Le dije que irme había sido mi mejor decisión y él respondió que dejar

que me largara había sido la suya. Parece un cierre, ¿verdad, abuela? ¿Crees que suena como un cierre?

Denis asintió, aunque no estaba segura de sí confirmar aquello iba a proporcionar a Amelia alivio o todavía más pesar.

—Eso parece, querida. Al menos para mí.

Denis O'Brien esperó, pero Amelia solo asintió con la cabeza, poco dispuesta a decir una sola palabra más. Musitó algo sobre medirse los niveles de azúcar y tomar sus medicinas y después desapareció por el pasillo con unos pasos demasiado raudos y enérgicos para alguien que iba a inyectarse con una aguja.

Apesadumbrada, la dueña de la casa de huéspedes estiró el cuello para mirar a través del visillo de la ventana. El cielo había adquirido un tono plomizo. Quizá esa noche escarchara.

—Para ser alguien que buscaba con tanta desesperación un final... no parece estar nada contenta —murmuró Denis para sí misma, volviendo a doblar los trapos con pericia.

CAPÍTULO 12

*Solo echas de menos el sol cuando empieza a nevar,
solo sabes que la quieres cuando la dejas marchar.*



El primero de diciembre empezó de forma inmejorable para Jules.

Con el Village Diner a rebosar en aquella noche de viernes, ponía copas y agitaba cócteles sin perder la sonrisa. El hilo musical de canciones navideñas ya iba por la segunda vuelta, pero ni siquiera los repetitivos acordes le bajaron el ánimo. Con un pantalón de peto corto recubierto de polipiel y su camiseta agujereada con el lema *Bloody Christmas*, Jules se sentía la suprema soberana en su reino situado detrás de la barra. Hasta se había puesto un gorrito con pompón encima de su pelo trenzado, aunque eso sí, de color verde chillón. Ella siempre había sido más de Grinch que de Santa.

Aquel era su ambiente. Luces de neón, un aroma almizclado que iba desde el humo de cigarrillo de la entrada hasta los diversos niveles de sudor humano, alcohol y sensación pura de dominación. Cuando Jules estaba sirviendo, todo fluía. Había quien había nacido para tocar sonatas en un piano de cola y quien tenía mano para noches de desenfreno con locales a tope. Estaba orgullosa de pertenecer al segundo grupo.

Todo mejoraba mucho si, como en aquella ocasión, tenía sentados en la mesa situada justo frente a la barra a los dos especímenes más deseados de todo Kendall, el recién llegado de las aulas, Falk Heiser, que estaba encorvado sobre su jarra de cerveza rubia y reía con ganas, y Tucker, el único hombre por el que Jules habría hecho muchas concesiones.

—¡Eh, otra ronda de chupitos, guapa! Y no te quedes corta con las rodajas de lima.

Sin dejar de observar lo que se cocía en la mesa central, Jules preparó la bandeja y cortó las frutas con un enorme cuchillo carnicero sin prácticamente

mirar dónde clavaba la hoja. Le habría encantado acercarse con cualquier excusa y enterarse de qué estaban hablando, sentarse en el regazo de Tucker y tentarle a tomarse un par de tequilas lamiéndole la sal del cuello, pero eso no iba a pasar, y no solo porque Tuck fuera abstemio, sino porque en su nuevo plan de ataque no estaba el acoso y derribo.

Tenía que ser más inteligente si quería resultados diferentes.

—Ración doble de lima y chupitos servidos en una bandeja reluciente —avisó, acercándole al grupo de críos el pedido. Uno de ellos, con los ojos ya de un tono rojizo preocupante, tenía la vista grapada a su escote. Jules chasqueó los dedos para que levantara los ojos—. Espero que el buen servicio y esa mirada a mis tetas se reflejen en el tarro de propinas. Chao.

Le echó una mirada de reojo al reloj de pared, preguntándose si el jefe había olvidado su promesa de pasarse a echar una mano o estaría demasiado liado escaqueándose, como siempre. A ella tanto le daba, era buena en su trabajo y se crecía ante las noches difíciles como aquella. Acostumbrada a vivir sola desde los catorce años, sin más referente familiar que las diversas postales navideñas que recibía de parte de los múltiples matrimonios fallidos de sus dos padres, Jules sabía lo que era sacarse sola las castañas del fuego, y defenderse cuando la atacaban.

Se preguntó si aquel año alguno de sus medio hermanos la llamaría para pedirle dinero o si recibiría fotos de sobrinos inesperados. No estaba especialmente puesta en las vidas de las personas de su sangre, porque consideraba que una familia era la gente que hacía esfuerzos por seguir en tu radar, no los que recordaban mantener contacto por obligación o interés. No dejaba de parecerle curioso que, siendo tantos, apenas se relacionaran.

Su tía Vivi le había enseñado dos importantes lecciones, que vivir con ella en Kendall no implicaba quedarse cruzada de brazos, y que debía escoger muy bien las personas con las que decidía perder su tiempo. Con cuatro gatos a su cargo y dos matrimonios fracasados a la espalda, Jules asumió que la mujer sabía de lo que hablaba. Eso sí, desarrolló una conveniente alergia a los felinos y se largó en cuanto pudo costearse cuatro paredes compartidas.

—¿Me pones otra cerveza?

Con el trapo sobre el hombro y un movimiento de caderas que bien podría haber iniciado un baile sensual sobre la barra, Jules asintió en dirección a Hasan. Aquel pobre diablo llevaba allí apalancado casi una hora, bebiendo chupitos y cerveza de forma alternativa para darse valor. Lo que buscaba exactamente, solo él podía saberlo. Jules tenía por costumbre no dar demasiada confianza a los clientes con tendencia a emborracharse fácilmente, no obstante, Hasan trabajaba con Tucker, y aunque no llegaba al nivel de Falk, eran amigos.

Por lo tanto, sus peroratas de borracho tendían a tener cierto grado de interés para ella.

—Final de la barra a la izquierda. La pelirroja de la cola de caballo. Ella no lo sabe, pero va a tener una noche épica con un valiente hombre de los que se juegan la vida por las libertades de este gran país. —Con un guiño de sus ojos perfectamente marcados por el *eyeliner*, Jules le puso la jarra helada delante—. No le echas la pota en el vestido y podrás anotarte un tanto.

Confundido, Hasan echó un vistazo, valorando lo que se le ofrecía con ojo crítico. La chica era una preciosidad, claro que él no solía discriminar.

—¿No deberías echarme la cerveza por encima y gritarme algo? Se supone que las tías hacéis piña para esas cosas, ya sabes. —Se rascó la frente y le pareció que había movido la mano tan deprisa, que estaba mareándose—. No usar a las mujeres y eso.

—¿Vas a forzarla? ¿Harás algo en caso de que ella te diga qué no? —Hasan negó con vehemencia, espantado—. Entonces me guardo mis implicaciones morales. Y de echar alcohol sobre alguien, olvídate. No quiero rebajas en el sueldo.

Hasan alzó la jarra en señal de aprobación. Jules se dedicó a secar los vasos de chupito que acababan de salir del lavaplatos y empezó a alinearlos, dándole tiempo para que se aclimatara a su presencia y decidiera si quería o no entablar conversación.

—Creo que si tuvieras pene serías un tío cojonudo —le soltó, mirando la espuma de la cerveza como si esperara ver su futuro reflejado en ella—. Lo digo en serio, y siempre se lo digo a Tucker, ¿sabes?

—¿Le dices que tener pene me haría cojonuda? —Jules puso los ojos en blanco—. Tengo otras cosas, por si no te has fijado. Cosas cojonudas de verdad. De las que los tíos con pene valoráis mucho.

Recibió la sonrisilla de borracho que esperaba. Hasan era un cielo, una montaña de metro ochenta, color chocolate y blando como un osito de felpa. Que estuviera tan de bajón una noche como aquella, donde había chicas en cada metro cuadrado, solo podía significar que tenía algo desagradable en la cabeza. Por suerte para él, los camareros y los psicólogos se sacaban el título prácticamente a la vez.

—¿Por qué no dejas de sostener la barra y te vas a la mesa a medírtela con esos dos? Seguro que te animan un poco. —Pero Hasan ya estaba negando, antes incluso de que ella terminara la frase—. ¿Estás celoso porque Falk ha vuelto?

—No, qué va, no tiene nada que ver con eso. —Vacío la jarra demasiado rápido. Jules contuvo el aliento, esperando no tener que limpiar vómito. Estaba estrenando unas botas—. Han sido un par de días de mierda, ¿sabes? De esos

incómodos donde pasan cosas y... yo tengo confianza con Tucker, pero no sé si la suficiente como para plantearse.

—¿Movida en el taller? —intentó sonar despreocupada y, sobre todo, no mirar a la mesa donde los dos amigos se ponían al día. Se le aceleró el pulso, pudo notárselo en la garganta. Al otro lado de la barra, un tío grande le pidió algo, pero Jules se limitó a hacerle un gesto para que esperara. Aquello era más importante—. ¿La princesita?

Probablemente Hasan debió intuir que abrir la boca sobre aquel tema podía meterle en problemas o, por lo menos, que sería inadecuado contar algo de lo que se había enterado por la mera casualidad de estar en el lugar equivocado en el peor momento posible. No obstante, el efecto del alcohol y la inquietud propia de haber presenciado una bronca descomunal que no podía sacarse de la cabeza le hicieron tomar una decisión estúpida.

Y Jules era toda oídos.

—¿Sabías que se llama Orson? Es decir... ¡Madre mía! No me extraña que dé siempre su apellido.

—Ya..., si te dijera mi segundo nombre, te caerías al suelo. Ahora céntrate, Hasan. ¿Amelia se presentó en el taller? —Le vio asentir. Mierda..., esa niñata no llevaba ni una semana en el pueblo y ya estaba buscando lo que no se le había perdido—. ¿Pasó algo? ¿Discutió con Tuck?

—¿Discutir? —Hasan hizo un gesto con la boca y salpicó saliva en todas direcciones—. Me metí en la oficina y aun así me enteré de cosas que... Intenté hacer ruido, pero gritaban y se echaban cosas en cara y... todo se puso feo. Ella terminó diciéndole que irse había sido su mejor decisión.

Con el corazón latiendo acelerado, Jules le quitó la jarra vacía de delante y le puso un vaso de agua con una pastilla efervescente entre las manos. Hasan la miró con cierto rencor, pero terminó por asumir que aquella iba a ser la mejor solución. Si tomaba algo más, acabaría inconsciente y lamentando mucho más de lo que sentía ya.

—¿Qué le contestó él? —Con la tentación latiéndole a la misma velocidad que el pulso, Jules levantó la vista y vio sonreír a Tucker, apoyado en la pared mientras escuchaba algo que Falk le contaba gesticulando. Parecía relajado, pasándolo bien, pero ella creía ver algo en el trasfondo..., una oscura nostalgia que no dejaba a la alegría brillarle en los ojos—. ¿Intentó hacer las paces con ella?

—Qué va. —Hasan vació el agua con el analgésico en un par de tragos—. Joder, qué mierda más amarga. No me enteré de todo lo que se dijeron..., te juro que intentaba hacer oídos sordos a las cosas, pero gritaban mucho. Al final, Tucker terminó diciéndole que si irse había sido su mejor decisión, dejar que se

largara había sido la de él. Amelia se piró y no se ha hablado más del tema desde entonces.

Hasan siguió balbuceando, como un grifo abierto que goteaba información sin poder callarse. Dijo algo sobre la madre de Tucker y un altercado en la tintorería, situación que había provocado que él se quedara a solas en el taller durante un par de horas. A Jules aquellos datos le pasaron inadvertidos, Krista estaba loca y que tuviera ciertos arranques desde la muerte de su marido era conocido por todos los vecinos de Kendall. No estaba particularmente interesada en qué habría podido motivar su ira en aquella ocasión, todo en lo que podía pensar era en el encontronazo entre Amelia y Tucker en el taller.

Ojalá Hasan hubiera prestado más atención a la discusión y pudiera contársela al detalle; no obstante, lo poco que tenía sonaba de lo más prometedor. Aunque fueran palabras dichas en el calor del enfado, Jules esperaba que la firmeza que Tucker demostraba en todos los demás aspectos de su vida no brillara por su ausencia en lo que a Amelia se refería, y fuera consecuente con cada sílaba. Si aquello le había salido de dentro, debía significar algo, ¿no? Tal vez la herida estaba abierta, pero ya no supuraba.

Si la princesita consideraba una buena decisión haberse ido..., ojalá no dilatara su visita mucho más.

Que volviera a su condenada universidad y no apareciera por Kendall en un futuro próximo, para darle a Tucker tiempo a darse cuenta de que la vida no terminaba en Amelia, y que había otras posibilidades para ser feliz que nada tenían que ver con los errores y dramas del pasado que ambos estaban acarreando.

—Oye, Jules... —Con tono lastimero, Hasan se bajó del taburete, perdiendo parcialmente la dignidad al ser incapaz de decidir con qué pie empezar a andar primero—. Creo que..., la del final de la barra..., voy a pasar por esta noche.

—Será una gran pérdida para ella. La invitaré a un chupito dulce para hacerle menos jodida la decepción.

Hasan intentó hacerle un gesto obsceno con el que vengar la burla, pero no tenía habilitadas todas sus capacidades motoras en aquel momento.

—Mierda..., me has dado alcohol del malo, joder.

—Te he dado del bueno. Pero todo el que me has pedido, ese es el problema. —Apiadándose de él, Jules gritó algo a la parte trasera de la barra, la habitación habilitada como cocina y donde guardaban las reservas que podrían necesitar durante la noche. Su compañera estaba preparando los pocos platos fríos que servían a esas horas—. Echa un ojo a esto, voy a llevar a Lebron fuera.

Con un rodeo que le permitió lucir sus botas nuevas, Jules salió a la parte central del Village Diner y cogió a Hasan por la cintura. Tuvo que pasar de largo en medio de varios corrillos con clientes habituales y forzar negativas a los que empezaban a tener el pedo más que subido y mendigaban por alguna ración de patatas rancias. Según la política de la empresa, había ciertas horas en las que el Village era solo local de copas, y otras en las que además era restaurante de comida rápida. Por suerte para ella, que detestaba el olor a fritanga, aquella noche era una de esas donde solo se llenaban vasos, no platos.

Tiró con una fuerza insospechada hasta dejar a Hasan acomodado contra la pared exterior del local. El aire fresco le acarició la frente y los párpados medio cerrados. Con la técnica que le daba su sobrada experiencia en borrachos, Jules le tanteó los bolsillos, en busca del móvil y las llaves.

—Eh, tranquila, nena..., vamos al callejón al menos. —Hasan sonrió, aunque no podía enfocar la vista—. Que sea oscuro no me hace invisible.

—No te vengas arriba, amigo. Intento encontrar algo con lo que llamar al taxi que va a sacarte de mi vista. —Por fin, Jules dio con él. Con paciencia, lo puso en la mano de Hasan—. Patrón de desbloqueo, algo inútil para los que beben hasta perder el sentido.

Cuando por fin hizo la llamada, devolvió el teléfono al bolsillo y guardó silencio. Se pasó las manos por los brazos, acusando la bajada de temperatura al estar fuera. La noche era cerrada y había pocas estrellas, aunque Jules no entendía por qué se fijaba en algo como eso. La astrología nunca le había llamado la atención, quizá porque si el destino de una persona estaba escrito en el cielo, los astros que regían el suyo debían ser de cuarta categoría.

Se quedó junto a Hasan hasta que vio aparecer el taxi. Se dijo que actuaba con responsabilidad, pero probablemente lo hacía guiada por la culpa que sentía al haberle sacado información cuando el pobre infeliz no estaba lo bastante sereno para darse cuenta. Contar cosas personales de un amigo era sucio, aunque la información hubiera ayudado a que el día fuera aún más feliz para Jules.

Le ayudó a subir al taxi y le dio al conductor la dirección aproximada de la casa de Hasan. Poco más podía hacer. Encontrar la puerta y la cama, sería cosa suya.

—No intentes hacerte el héroe o quitarte los pantalones —le advirtió, asomada por la ventanilla—. Duerme la mona, mañana los ruidos del taller le darán justo castigo a tus excesos.

—Gracias por esto. —Pero algo inquietaba la mente de Hasan, y por eso extendió la mano para tomar la de Jules antes de que esta volviera a entrar al Village—. No debería haber soltado todo lo que dije, no era cosa mía.

—Puede que no lleve alzacuellos, pero la barra y el confesionario son la misma cosa. Lo que le dices a tu camarero, muere en el fondo del vaso.

Y como era una cosa cierta, su tono sonó lo bastante firme para que Hasan asintiera y se marchara tranquilo. Jules no había mentido, puesto que no tenía ninguna intención de contarle a nadie las cosas que había descubierto. Aquella golosa información y las escenas de pelea que fraguaba en su mente se quedarían solo para su disfrute personal.

Imaginar a Amelia y Tucker vociferándose cosas que no hacían sino poner más piedras en su camino a la remota reconciliación le provocó una oleada de mariposas en el estómago que aletearon mientras volvía al Village. Entró silbando con alegría navideña, aunque, por supuesto, nadie pudo oírla por encima de las voces y el hilo musical, que en aquel momento repetía la versión rock de *Santa Claus is Coming to Town*. Volvió a su puesto tras la barra, para alivio de Trini, que a duras penas podía hacerse con los pedidos.

—Odio trabajar de cara al público —espetó la chica, que llevaba su larga melena teñida en tonos azulados y recogida en una serie de minúsculos moños que llenaban su cabeza—. Acepto preparar comandas, pero no soporto tener que entregar las copas.

—Bébetelo alguna hasta que te entones para sonreír. —Jules le sacó la lengua buscando una bandeja limpia. Agarró el grifo y tiró dos cervezas perfectas—. A mí no me funcionó nunca, pero no todos tienen mi talento.

—Que te jodan, bonita.

Con la bandeja agarrada con la mano derecha, Jules tuvo el tiempo justo de enseñarle a Trini el dedo corazón izquierdo antes de volver a desaparecer entre la gente. Además de compañeras de trabajo, también vivían juntas en el único piso cutre que habían podido permitirse. Rara vez coincidían, ya que ambas hacían turnos imposibles con el objetivo de que se contratara la menor cantidad de camareras posibles en el Village. Tener clientela fija y buenas propinas lo era todo cuando una aspiraba a un apartamento que tuviera diferentes estancias para el salón y la cocina. Se caían bien, pero no eran amigas.

Jules no solían confiar en las mujeres; por la experiencia que tenía consigo misma, sabía que podían ser más crueles que ninguna otra especie.

Dejó la bandeja sobre la mesa de Falk y Tucker, que cesaron la conversación al verla quitarles los vasos vacíos y sustituirlos por las jarras llenas. Tuck fue el primero en enarcar la ceja, pero Jules se limitó a encogerse de hombros, mientras se sujetaba la bandeja a la cadera y los señalaba con el dedo.

—Es penoso, y os lo digo de corazón, tener que evitar mirar a esta mesa de lo triste que es ver que no tenéis nada más que una caña caliente y agua para

brindar. —Empujó le jarra hacia Tucker, que sonrió a su pesar—. La tiraré por el desagüe, pero levántala por tu amigo, joder.

Con una risilla floja, Falk imitó el gesto y ambos chocaron las cervezas. Tal como Jules esperaba, Tuck no bebió de la suya, pero el gesto de agradecimiento quedó implícito por la calidez con que la miró.

—A esta ronda invita la casa —informó, depositando luego un beso en la mejilla de Falk—. Por nuestro universitario recién llegado. Eres el orgullo de los paletos con título medio, ¿qué se siente?

—Pues... que espero que no se enteren de todas las que me han quedado para después de las fiestas. —Falk se llevó la mano a la nuca y se toqueteó el pelo corto. Aquel era un gesto vago que recordaba una época lejana en que había llevado coleta—. Espero que eso del invierno más frío en veinte años sea un bulo. He traído en la maleta más apuntes que jerséis.

—Yo los quemaría para entrar en calor. —Jules saludó con la mano a alguien que acababa de entrar—. Mi jefe hace acto de presencia, si pregunta, yo no os he invitado a nada. Bienvenido, Falk, a ver cuándo me traes a esa gimnasta olímpica tuya para que pueda mirarla con desprecio.

Como esperaba que ella bromeara, Falk sonrió negando con la cabeza. Nanette podía encajar en muchos sitios, pero no estaba seguro de que un ambiente como aquel le gustara.

—No me gustaría que la asustaras, Jules. Mejor al turno de mañana, cuando haya comidas y más luz.

—Entonces estará Trini y será peor. —Recogió los vasos vacíos y volvió a cargarse la bandeja—. Tráela, ¿cómo si no va a hacerse fuerte para ti?

Le guiñó un ojo a Tucker y después se perdió de vista entre la gente. Cuando volvió a la barra, solo su gorro verde brillante era visible, como una ráfaga que se movía a toda velocidad. Falk dio un sorbo a la cerveza y guardó un minuto de silencio mientras Tuck seguía los movimientos de Jules, antes de volver la atención a su amigo.

—¿Qué? —le preguntó, al ver la mirada de Falk perdida en pensamientos que solo él conocía.

—Nada..., me ha parecido que hay buen rollo, eso es todo —señaló con un gesto del cuello, dejando claro a quién se refería—. Parece... estar en su sitio.

—¿Lo dices porque no se me ha echado encima? Está trabajando.

—Eso nunca fue un impedimento. —Falk se rascó la barba, pasando luego el dedo por la superficie húmeda que había dejado el culo de la jarra sobre la mesa de madera—. Y sé que suena machista y asqueroso..., pero Jules siempre dejó claro que cruzaría brasas candentes por ti con que solo la saludaras, y ahora... no sé. Parece que lo tiene superado.

Tucker meditó sobre ello unos segundos, viendo sus propias reticencias reflejadas en aquella frase. No había querido ahondar en lo suyo con Jules precisamente por temor a que ella esperara algo que él no estaba en disposición de darle. Las pocas veces que habían tonteado y acabado en la cama, la sensación de estar utilizándola casi le ahogaba, haciendo que la liberación previa en sus brazos perdiera significado.

La última vez, sin embargo, y tras una conversación muy sincera en el mismo Village Diner, las cosas habían sido por completo distintas. Aquella noche había ido a casa de Jules, habían terminado liados y, luego, cada uno siguió adelante con sus cosas. Ella ni siquiera le había estado llamando ni había buscado nuevos encuentros. De hecho, las cuatro palabras intercambiadas segundos antes habían constituido el primer intento por parte de Jules de acercarse a él desde entonces.

—Por tu cara imagino que ha vuelto a pasar algo entre vosotros —tanteó Falk, que empezaba a acusar un extraño sopor a causa del alcohol y las horas de aeropuerto—. ¿Coincidiendo con la vuelta a casa de Amelia?

—Me siento como un cabrón. Jules no es un parche de nicotina, tío. No... No puedo recurrir a ella cuando tengo mono de fumar. No es justo. Ni está bien.

—Pero eres un ser humano que merece la compañía de otro. No la estás utilizando, estás dejándote llevar por una chica a la que le interesas, tienes derecho.

—Qué sabrás tú...

Tucker se pasó la mano por la cara. Aquel fin de semana iba a estar cargado de trabajo, porque el lunes se reabría el salón de tatuajes y tenía ya algunos pedidos cerrados para las horas en que estuviera libre en el taller, donde, por cierto, se había incorporado recientemente Dean, el aspirante a novio de su hermana.

El crío le ponía entusiasmo, pero no era nada habilidoso con las herramientas. Tucker se preguntaba cómo era posible que tuviera su Dyna en tan buenas condiciones, cuando el único nombre técnico que podía retener era *destornillador*.

—Quizá deberías empezar a plantearte que el momento de darte una oportunidad ha llegado. —Al ver el ceño de Tuck, Falk levantó las manos en señal de paz—. Solo lo digo.

—Con Jules las cosas nunca han sido suaves, Falk. Con ella todo era como ir de cero a doscientos treinta en un segundo. Me sentía obligado a darle respuestas para unas preguntas que no estaba preparado para hacerme, ¿entiendes? —Tucker resopló, apoyando la espalda en la silla—. Es fácil y muy

tentador dejarte consolar cuando ella te ofrece calor, pero... no es lo justo. Sé que quiere más, o lo quería, al menos..., y yo ya no estoy entero para eso.

—No te estoy diciendo que sea la chica para ti, ni que te lées la manta a la cabeza porque va a salir bien. Eso no lo sabe nadie, tío. Y acojona, ¡ya te digo si acojona! Pero tampoco es cuestión de estar solo el resto de tu vida.

Tucker acarició con la yema del dedo el borde de la jarra de cerveza que no se había tomado. Con la vista perdida en la superficie líquida de color ámbar, dedicó unos sinceros minutos a valorar las palabras de Falk. Jules parecía más centrada y hecha a la idea de que un romance épico era lo último que iba a tener con él, y sin embargo, estaba allí, seguía a su lado, incluso cuando estarlo no le reportara ningún beneficio. Escuchaba sus problemas, tenía siempre palabras amables y gestos de cariño. Incluso le entregaba el calor de su cuerpo cuando ambos decidían que las charlas sobraban entre los dos.

De haber estado en su poder hacerlo, Tucker habría creado un nuevo corazón para entregárselo. Se lo merecía. Lamentablemente, no estaba en su mano cambiar cómo se sentía sobre ella, ni sobre cualquier otra mujer que existiera en el mundo. Lo único que podía intentar era no aprovecharse de sus sentimientos para sacar provecho.

—El caso es que estoy casi seguro de que encajaríamos bien —susurró, echándole un vistazo desde donde se encontraba. La vio sonreír, tocándose el pompón del gorro verde que llevaba puesto—. Ella le pondría toda la pasión y el alma y yo solo tendría que cerrar los ojos y dejar que otra persona tomara las decisiones.

—Joder, Tucker, con ese entusiasmo, más que una relación, parece que estás aceptando una condena.

—Tú estabas jodido cuando la Saltitos apareció por aquí, ¿cómo decidiste que, pese a todo, merecía la pena tirarte a la piscina con ella?

El rostro de Falk se dulcificó. Sus labios se curvaron en una sonrisa que Tucker habría despreciado, de no haberla visto en su propia cara tiempo atrás. Su amigo había llegado ese mismo medio día y había pasado con Nanette sus primeras horas en Kendall, paseando por el pueblo y luego, seguramente, encerrados en alguna de las habitaciones de la casa de huéspedes, poniéndose al día tras la separación. Pese a todo lo que había opinado en contra de Nanette, Tuck debía admitir que aquella chica parecía hecha a la medida de su amigo, porque, desde luego, era feliz.

—No recuerdo haber tenido una conversación conmigo mismo donde... dividiera mis opciones con Nan en pros y contras, ¿sabes? Yo solo... empecé a tratarla y ella se fue metiendo debajo de mi piel. De forma gradual, intoxicante —Se llevó la mano al pecho y respiró hondo—. No hubo nada que pensar ni que

decidir..., cuando quise darme cuenta estaba ahí. Era parte de mí, de forma natural.

—Pues eso fue exactamente lo que sentí con Amelia. —Tucker empujó su jarra al centro de la mesa, apartándola de él—. Y jamás se ha vuelto a repetir.

Falk le dedicó una mirada cargada de sentimientos contradictorios. Sabía lo bastante sobre la vuelta de la nieta de Denis como para suponer cómo podían estar las cosas. Aquella bronca en el taller a la que Tucker había dedicado como cinco minutos de conversación había dado, precisamente por su brevedad, más pistas de las esperadas. La piel seguía en carne viva, aunque quizá no por las dos partes.

—Tío, si hubiera algo que pudierais... —Pero Tuck ya estaba negando.

—Eso se ha acabado, Falk. Se había acabado desde antes de empezar, pero ahora..., ahora hemos enterrado y clavado bajo tierra cualquier posible resquicio. No queda nada. —Las palabras que se habían gritado el uno al otro lo habían manifestado a los cuatro vientos, sin duda—. Y empiezo a estar convencido, con toda sinceridad, de que lo mejor que podría pasarnos a Amelia y a mí sería no volver a vernos más.

Seguir adelante, pensó con un desagradable amargor en la boca del estómago. O por lo menos... evitar volver atrás para hacerse más y más daño.

—Entonces tal vez sea hora de que asumas esa decisión y te des una oportunidad con otra persona.

—Tal vez tengas razón. —Tuck asintió con la cabeza, aunque no parecía posible que fuera a cambiar de parecer de un momento a otro—. Igual necesito una chica nueva que llevar a visitar mi taller donde el presunto novio de mi hermana intenta aprender la diferencia entre eje alineador y compresor. Después puedo llevarla a casa y dejar que mi madre le cuente la vida y milagros de mi padre, desde su amargo matrimonio hasta la trágica muerte en la carretera.

—Brindemos por esa tremenda cantidad de planes saludables y positivos. —Falk levantó la jarra vacía y, a su pesar, Tucker acabó por sonreír. Era bueno tener a su mejor amigo de vuelta, aunque solo fuera por unas semanas y en custodia compartida con la «chica volteretas»—. Ahora, voy a dejar parte de todas esas cervezas en el aseo..., y, después, vas a ponerme al día del resto de historias que han pasado por aquí.

—Espero que tengas tiempo, amigo.

Falk le dio unas palmaditas en el hombro, antes de irse con cierto tambaleo hacia el baño. Unas cuantas miradas femeninas se fueron tras él, pero el bueno de su amigo ni siquiera se dio cuenta. Un hombre enamorado, con metas en la vida y planes a corto, medio y largo plazo. Había pasado lo suyo para

conseguirlo, y aunque no estaba en sus tripas sentir esa clase de envidias, a Tuck le dolió algo en el hígado cuando comparó sus situaciones.

Como había dicho, el tema de Amelia había prescrito de sobra; puede que Falk tuviera razón y fuera momento de dejar la culpa, junto a los complejos, abandonados en un rincón oscuro donde no pudieran atormentarle más. Después de todo, ella tenía otra vida, y no era tan inocente como para esperar que la estuviera viviendo metida en un convento. ¿Por qué no podía él tener algo así, aunque no brillara ni le hiciera sentir aquel puto éxtasis que había compartido con ella?

Quizá si lo intentaba en serio...

Levantó la cabeza y volvió a echar una ojeada en dirección a Jules, que estaba sirviendo una ronda de chupitos vuelta de espaldas, con el brazo izquierdo curvado en una postura asombrosa, pero bastante incómoda. Esperó sentir algún amago de emoción en la boca del estómago, algo que le indicara apremio o expectativa ante la posibilidad de lanzarse de nuevo al romance, pero no encontró nada.

Su mente le traicionó, volviendo a los ojos encendidos en furia de Amelia, con aquella melena oscura enredada, medio escondida tras un grueso abrigo amorfo que la hacía parecerse de forma adorable a aquel famoso logotipo de marca de neumáticos. Se le contrajeron los órganos y la lengua se le pegó al paladar. Molesto, negó con fuerza, pasándose la mano por la cabeza para ver si lograba sacarse aquellos sentimientos por la fuerza.

Falk tenía razón, era tiempo de asumir la decisión más racional de cuantas había tomado en su vida. Amelia y él eran asunto del pasado y no merecía la pena aferrarse a él. Siguiendo su propio consejo, lo mejor sería que no volvieran a verse..., por lo menos, hasta que fuera capaz de dejar de quererla con aquella desesperación.

Esta vez pensaba ponerlo todo de su parte para conseguirlo.

CAPÍTULO 13

*Camino sin rumbo, sintiéndome indefensa,
sin ningún refugio para la tormenta.*



Aunque se lo había prometido, Amelia fue incapaz de resistir el embrujo de Planet Beach. Con una llovizna tan ligera que apenas se dejaba sentir, caminó por una arena que lucía oscura bajo el cielo encapotado. Las olas rugían con fuerza, pero llegaban muertas a la orilla, lamiendo las piedras y dejando una sombra húmeda que devoraba las huellas, creando la ilusión de ser una superficie sin mácula, donde no se atisbaba ningún trazo humano.

Con su chubasquero amarillo sembrado de margaritas, Amelia extendió los brazos dejando que el aire frío le bajara la temperatura de las palmas hasta que perdió parte de la sensibilidad en los dedos. Apenas oía el murmullo de quienes, como ella, habían escogido aquella tarde poco apacible para dar un paseo por la playa. Grupos de amigos y parejas distantes se diseminaban aquí y allá, pendientes solo de sus propios pensamientos, de pasarlo bien e inmortalizar momentos con las cámaras de sus teléfonos inteligentes, que ni siquiera bajo las inclemencias del tiempo eran relegados al interior de un bolsillo.

El aire olía a mar y Amelia lo aspiró con fuerza. Sus primeros días en Kendall no podían definirse como apacibles, claro que esperar otra cosa habría sido una ingenuidad. La conversación mantenida aquella mañana con su abuela la había llenado de dudas, y todavía se sentía inquieta por aquella necesidad tan intensa de defender a Tucker que parecía haberse avivado en su interior. Nunca hasta ese momento había pensado que su actitud pudiera tener que ver con el tipo de crianza que había tenido, con aquel padre presente y ausente al mismo tiempo, que había estado demasiado triste para disfrutar de la familia que había creado sin querer hacerlo en realidad.

Dolida en sus propias carnes, Amelia había actuado con egoísmo, cerrando bandas a su alrededor para que solo su decepción primara. Ahora, con el peso de tres años sobre sus hombros, asumía que quizá las cosas podían haberse hecho de otra manera, que tal vez el motivo de la grieta que había roto su mundo no había sido tan importante..., o tal vez eran los recuerdos los que hablaban, despiertos y reforzados por estar cerca de todo aquel escenario. Lo que había sentido por Tucker había tenido una intensidad tan arrolladora que Amelia empezaba a creer que eran sentimientos que no morirían jamás. Una droga potente, un sedal irrompible al que se había aferrado hasta que las manos habían empezado a sangrarle.

Quería creer que lo había superado, que estaba lista para perdonar, dejarlo todo a un lado y seguir adelante, adonde quiera que la llevara la vida cuando Kendall no fuera más que un pueblo de veraneo para ella.

Pero a juzgar por su reacción en el taller, no parecía que su corazón ni sus emociones estuvieran preparados para dejar nada atrás, por lo menos, no antes de un último y épico estallido.

Tan segura como estaba de que no había camino posible a la reconciliación, Amelia sabía muy bien que tampoco hallaría atajos a una amistad que no tenía donde cimentarse. Se habían dicho demasiadas cosas, recordó con pesar. Y había heridas que no curaban jamás.

Dedicó unos segundos a observar el mar. Parada ante la orilla, dejando que las olas mortecinas mojaran las suelas de sus zapatillas. Los largos mechones de pelo oscuro que escapaban de la protección del chubasquero se removían con el aire salino, enredándose ante sus ojos, ofreciendo una danza incómoda que le dificultaba la visión. Amelia cogió aire con fuerza, dejando que aquella quietud y silencio la embargaran, que los latidos de su corazón fueran lo único audible para ella, y que aquella pena extraña, la tristeza que la inundaba desde que había bajado del avión, tomara posesión de su cuerpo por entero.

Sin testigos, sin nadie a quien dar explicaciones, ignorando incluso la fuerza extrema que se exigía a ella misma, cerró con fuerza los puños y permitió que un par de lágrimas corrieran por sus mejillas, desahogando parte del nudo que cerraba su estómago y casi no la dejaba respirar.

Caminaba sin rumbo. Con el jersey de su padre envolviéndole un cuerpo cansado de tanta pena y dolor. El ambiente era muy cálido, pero Amelia sentía un frío naciendo de su centro, congelando sus funciones motoras, haciéndole imposible toda acción física salvo llorar sin consuelo.

Deambuló, esquivando las olas muertas que lamían la arena, con el pelo revuelto y la vista puesta en un horizonte vacío. De pronto, oyó que alguien le

silbaba a lo lejos. Confundida, guiada por la intuición, se dio la vuelta y vio a un chico caminando en su dirección. No estaba tan lejos como ella creía, pero tampoco le había oído acercarse. No se sintió amenazada por su proximidad, tal vez porque su cara, aunque vagamente..., le sonaba de algo. Tal vez se lo hubiera cruzado en otra ocasión, aunque no lo recordaba. Era alto, un tanto desgarrado. Tenía el pelo ondulado y suelto y vestía ropa desgastada. Su cuerpo era atlético, y en un par de zancadas se puso a su altura.

Llevaba un pendiente en la oreja y una sombra de barba le cubría las mejillas. Con un gesto de la cabeza, señaló hacia Amelia. Concretamente, a sus pies.

—Unas zapatillas muy chulas —le dijo con una suave sonrisa. Se le formaron unos hoyuelos y, como al parecer le daba vergüenza el camino que estaban tomando sus pensamientos, cruzó los brazos sobre el pecho. Los bíceps se le marcaron—. ¿Sabías que Kurt Cobain llevaba ese mismo modelo el día que se suicidó? Por eso me han llamado la atención.

Con el ceño fruncido, Amelia estudió sus Converse One Star en detalle. Después, levantó la cabeza y le dedicó al recién llegado una mirada suspicaz.

—Dirás el día que le mataron.

El tipo se llevó las manos a la cabeza y bufó.

—Mierda..., no me digas que eres de esas. De lejos no lo parecías.

—¿De esas? —Amelia se acercó un poco, atraída por el ofrecimiento de debate como una polilla lo estaría hacia la luz—. ¿Y qué significa «de esas», exactamente?

—De las conspiradoras. Las que ven los documentales sensacionalistas y le dan un tono romántico y mucho más profundo a algo que es tan simple como... un tío la hostia de bueno en la música pero muy zumbado, que es incapaz de vivir con sus propios demonios y se pega un tiro en la cabeza para callarlos. —Apuntó con dos dedos a su sien—. Pum. Sin más. Sin moraleja. Sin otras posibles interpretaciones. Sin leyendas urbanas.

Amelia no habría podido dejar el tema pasar ni aunque su propia vida hubiera dependido de ello. Espabilada, llena de una energía que días atrás había desaparecido por completo de su cuerpo, se envaró, decidida a tumbar punto por punto aquella afirmación. No tenía ni idea de quién era la persona a la que estaba dispuesta a patear su descreído trasero, pero tampoco le importaba. Todo lo que quería era que aquella sensación no la abandonara.

—¿Me estás diciendo que no hay duda razonable? —Le vio sonreír con exasperación. Y negó con firmeza. ¡Oh, pobre de él! Desde luego, tampoco sabía con quién estaba discutiendo—. ¿Por qué una persona que quiere morir se inyecta una cantidad de heroína capaz de acabar con un caballo y luego, tras

recoger y ordenar pulcramente todo el kit, y en asombroso dominio de sus capacidades físicas y mentales, decide dispararse en lugar de esperar a que la dosis hiciera efecto?

—Porque, siendo un consumidor asiduo, la droga no actuó lo bastante rápido. Cuando uno decide quitarse la vida, prefiere que sea rápido. Tenía una escopeta, ¿por qué no usarla?

Amelia se rio. Casi no parecía su voz, ¿cuánto llevaba sin reír? El cuerpo se le contrajo por el esfuerzo que le suponía aceptar de nuevo aquel atisbo de leve alegría que la estaba recorriendo. Pensó en su padre, que siempre había compartido aquella teoría con ella. Haría que se sintiera orgulloso.

—Es imposible que tuviera la mente tan clara tras ese chute como para llegar a esas conclusiones, organizar la escena de suicidio y, luego, acertar a dispararse.

—Como he dicho, consumidor asiduo. Su cuerpo tenía una sobrada tolerancia. —Él se acercó. Los hoyuelos se le marcaron todavía más—. No hay que ser un genio para apoyarte el cañón en la cabeza. Solo tienes que estirar las manos y apretar el gatillo. Seguro que fue capaz de hacerlo hasta medio colocado.

—Yo no usaría la expresión medio colocado teniendo en cuenta la cantidad de la que hablamos, pero bueno, aceptemos que era un heroinómano versado, ¿qué me dices de la altura? Kurt era demasiado bajo para poder sostenerse sentado y llegar al gatillo con la escopeta puesta en la cabeza.

El chico soltó una carcajada ronca. Los ojos le brillaban. Por lo visto, se estaba divirtiendo. Amelia también. Contra todo pronóstico.

—La madre que me parió. ¿Pero cuánto has profundizado en el tema? Vale..., veamos..., ¡era un tío muy flexible! Estaba en forma. Pudo haber apoyado el arma en sus piernas, porque estaba sentado en el suelo, y... ¿qué?

Con suficiencia, Amelia levantó la barbilla. Él sonrió más, interpretando su gesto de impaciencia como una clara evidencia de que tenía algo que objetar.

—Recordemos que en el momento de morir iba calzado, con unas zapatillas como estas. —Se señaló los pies—. Por lo que dudo mucho que fuera capaz de dispararse usando los pies. —Amelia cruzó los brazos sobre el pecho, satisfecha con su alegato.

—Estoy impresionado. Joder, estoy impresionado de verdad... Ahora dime que conoces un título diferente a Smells Like Teen Spirit y estoy dispuesto a reconocer, ante quien sea que me pregunte, que hay duda más que razonable en todo este asunto.

La sonrisa de Amelia se hizo un poco más profunda. El sol de la tarde incidió en su rostro, mostrando unas mejillas un poquito más coloreadas que

antes. Se echó el pelo hacia atrás con la mano y luego fingió pensar mucho.

—Mi favorita es Rape me, aunque Lithium ocupa un honroso segundo puesto.

Él se llevó ambas manos al pecho y simuló perder el equilibrio y estar a punto de caerse de bruces contra la arena. Amelia chasqueó la lengua, quitando importancia a la aparente gran impresión que parecía haber causado. Su corazón todavía pesaba, y le dolía, pero de algún modo... la pena sorda se había convertido en algo más fácil de llevar.

—Así que no solo sabes de lo que hablas, sino que además te va lo fuerte... Mierda, chica. Esto es peligroso.

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Porque tienes pinta de ser una tía de las que dan esa clase de problemas que uno no quiere evitar. —Con la sonrisa todavía más marcada, él extendió la mano—. Soy Tucker, por cierto, Orson Tucker. Y si alguna vez aparezco muerto, espero que sepas que mi voluntad sería que te encargaras del caso tú.

—Amelia O'Brien —contestó ella, asintiendo con convicción—. Y no dudes de que llegaré al fondo de la cuestión.

Él sostuvo su mano unos segundos, tentado a no dejarla ir. Algo le decía que iba a pasarse la tarde escuchando In Bloom y pensando en ella.

—No lo olvidaré. —Tucker le guiño un ojo, registrando en su memoria todo lo que sabía de ella, y ansioso por rellenar los huecos que todavía le quedaban por descubrir—. Algo me dice... que vamos a vernos mucho por aquí.

Amelia iba a negarse, pero se lo pensó mejor. Después de todo, iba a pasar un tiempo en el pueblo y apenas conocía a nadie. ¿Por qué no?

—Supongo que podría sacar un hueco para entrar en el tema de la incongruencia en torno a los dos tipos de letra encontrados en la nota de suicidio.

Él enarcó una ceja.

—¿Sabes? Eso siempre me ha intrigado. Tal vez podríamos discutirlo tomando un café o... cualquier cosa que sueles beber. ¿Quieres mi teléfono? Así podrás cotejar mis dígitos en caso de que en mi crimen algo no parezca encajar.

—Suena bien. —Y le sorprendió comprobar que lo creía de verdad—. Suena muy bien, Tucker.

—Llámame Orson, si quieres.

Cuando ella le sonrió, él supo que era el primero en caer. Con manos trémulas, Tuck apuntó su número en un pedazo arrugado de papel que llevaba en el bolsillo. Solo esperaba que Amelia no tardara mucho en caerse con él.

—¿Por qué ha tenido que terminar así...? —sollozó, hablándole al mar, que con su vaivén perpetuo parecía aproximarse con cada ola para poder escucharla—. Si no podía salir bien..., ¿por qué tiene que estar tan hondo dentro de mí, por qué me ahoga...?

El repiqueteo de la lluvia se hizo más intenso sobre la arena, y Amelia pensó que el cielo se solidarizaba con ella, creando estruendo para que su llanto no pudiera ser escuchado. Sin embargo, debió imaginar que no tendría demasiado tiempo para desahogar sus emociones. En algún lugar recóndito del chubasquero, el teléfono empezó a vibrar con insistencia, rompiendo abruptamente el momento de soledad que necesitaba con tanta desesperación.

Temiendo que Sonya hubiera activado su extraño radar maternal y llamara al presentir que algo no iba bien, Amelia sorbió por la nariz y realizó varias series rápidas de respiraciones profundas, mientras trasteaba en sus bolsillos interiores con unos dedos trémulos que dificultaban la labor de encontrar el teléfono, más que facilitarla. Cuando por fin dio con él, y leyó el nombre que ocupaba la mayor parte de la pantalla iluminada, su asombro fue tal que el llanto cesó por completo.

—¿Logan? —preguntó extrañada nada más pulsar el botón verde. Habría esperado cualquier cosa, salvo que él la llamara. No solía hacerlo cuando se separaban, excepto por alguna cuestión de emergencia que rara vez tenía lugar. Cuando no estaban juntos, no lo estaban—. ¿Eres tú?

Pese al ruido distorsionado que percibía desde el otro lado de la línea, la voz de él fue clara como un día despejado cuando le oyó reír.

—Claro que soy yo. ¿No tienes identificador de llamadas? —Volvió a reírse. Parecía feliz. Ella casi podía verlo, con su pelo rubio y sus dientes blancos y brillantes, despreocupado, viviendo la vida como si la tuviera garantizada para hacer con ella lo que quisiera—. ¿O es que no has guardado mi número, nena?

—No me llames nena. Nunca más.

—Te llamaré como quiera, Amelia. Tengo cicatrices tuyas por todo el cuerpo, me lo he ganado a pulso.

El frío atravesó las capas de ropa y la hizo estremecer. Con dificultad, despejó la mente y trató de situarse en el momento presente, aunque le costó un gran esfuerzo.

—¿Amelia? ¿Sigues ahí? La cobertura aquí da pena. Esto es tercermundista. Subdesarrollado. ¿Amelia? ¿Hola?

—Es..., sí, te... te escucho Logan. Claro que tengo tu número, pero la verdad es que no esperaba que me llamaras. —Se movió unos pasos a la izquierda, como si aquello fuera a mejorar la recepción. Seguía oyendo ruido de fondo, algo que no podía reconocer—. ¿Dónde estás? ¿Qué es eso que se oye?

—Debe ser el motor de la lancha fueraborda. Me parece que la gasolina se está agotando, me pregunto qué pasará si nos quedamos varados en medio de ninguna parte. —Contra todo pronóstico, su tono era jocoso, como si no le preocupara en realidad. Por lo visto su buen humor aparente no podía ser eclipsado por nada—. Oye, ¿a qué viene eso de que no esperabas que llamase? Tú me llamaste. Debía ser por algo, ¿no?

Amelia intentó sacar del batiburrillo de palabras que pronunciaba Logan algo con sentido. Para empezar, decidió dejar de lado el hecho de que él parecía estar en una lancha ruidosa sin demasiado combustible... y se centró en el resto de palabras. No tuvo que hacer demasiada memoria para recordar a qué llamada se refería, la que había hecho en un momento extremo de debilidad, encerrada en un cubículo de los baños del aeropuerto.

«Menos mal que no era una emergencia», pensó con cierto cinismo.

—Acababa de llegar y quería que supieras que el vuelo había ido bien. —«Menuda estupidez», pensó. Pero no era peor que la realidad—. No quería interrumpir tus vacaciones.

—¡Tonterías, Amelia! Tú nunca interrumpes nada, lo adornas. Eres como la estrella que se pone sobre el árbol. —Más risas, pero esta vez, no provenían de Logan—. ¡Callaos de una vez, apenas puedo oírla!

—No sé cómo tomarme lo de ser considerada como un objeto decorativo, la verdad. —Pero sonrió, porque, a su manera simple, Logan le había hecho un cumplido en un momento en el que necesitaba desesperadamente una palabra amable—. Me alegra que hayas llamado, aunque oiga de fondo esos siniestros sonidos de motor en las últimas.

—Ya..., la cosa tiene mala pinta, no te voy a engañar. Sería un momento muy malo para morir, pero al menos habría hablado contigo por última vez.

Amelia sintió el arañazo del remordimiento atenazarla por dentro. Las palabras de Logan volvieron a empañarle los ojos, porque aunque lo que había entre ellos estaba lejos de poder ser considerado como una relación al uso, no dejaba de ser, según sus convicciones, una relación. Los pensamientos que la torturaban, sobre Tucker y el pasado, se dejaban ver como una traición a la persona con la que compartía casi todo su tiempo libre en California, aun cuando existiera entre ellos un acuerdo previo que la libraba de la culpa.

«Mientras estemos, estaremos», había dicho Logan tiempo atrás, pero para Amelia seguían estando incluso cuando se separaban. O así había sido siempre,

hasta volver a Kendall y reencontrarse de frente con un pasado que se empeñaba en seguir respirando.

Nunca le había costado guardar fidelidad, ni de obra ni de pensamiento. Nunca, hasta estar cerca de Orson Tucker, que barría con todo lo que Amelia consideraba justo, ético y moral. Aunque sabía que estaba mal y no era justo para Logan, no podía evitarlo.

—Por tu silencio puedo interpretar dos cosas. —La voz distorsionada de Logan la sacó del oscuro pozo de sus remordimientos, cuando estaba a punto de hundirse y confesar unos pecados que en realidad no había cometido. Todavía—. O bien te hace sentir incómoda hablar de ciertos aspectos... como la muerte o los accidentes en lanchas, o a lo mejor no es de mí de quien te gusta oír palabras profundas.

Esta vez, la culpa fue un mazazo certero en el hueso parietal. Amelia cerró los ojos con fuerza, maldiciéndose. ¿De verdad iban a tener aquella conversación en ese momento? Y lo que era más inverosímil, ¿de verdad Logan había empatizado con sentimientos de los que siempre había jurado huir, justo en ese momento?

—Logan, yo... no sé qué decirte. No creo que sea momento para que tengamos la primera conversación profunda desde que nos conocemos, cuando ni siquiera sé donde estás.

Él había planeado unas Navidades tropicales en compañía de su más que reprochable grupo de amigos, todos irreverentes, adinerados y con poco aprecio a las normas y la legalidad, pero no podía recordar el nombre del lugar. La habían cegado datos que iban desde salto en paracaídas hasta descenso por rápidos y buceo en arrecifes de coral.

—Es un río en medio de una selva asfixiante y llena de mosquitos —le dijo por toda explicación, con un tono que se había vuelto cortante—. Mira, Amelia, te dije que no quería saber nada, que seguiría con mis planes y no me plantearía el futuro más allá de dónde cenar. No haría preguntas ni esperaría que me contaras nada. Y, desde luego, no pienso tener una charla a corazón abierto sobre quién es él en una lancha de mierda con cuatro tíos borrachos alrededor.

—Las cosas siguen como estaban, Logan. —Era una verdad a medias. No había pasado nada lamentable, por lo menos, no fuera de la mente y el traicionero corazón de Amelia, que se empeñaba en latir a mil revoluciones con solo mencionar a Tucker—. No voy a decirte que ha sido una vuelta a casa serena y madura, pero no lo esperaba, así que...

—Ya le has visto. —No era una pregunta. La lancha dio una sacudida y Logan maldijo. Amelia nunca le había oído decir tantas palabras juntas desde

que le conocía—. ¿Y bien? ¿Ha perdido pelo, se ha puesto gordo, tiene críos? ¿Se ha caído del pedestal de tus recuerdos de niña enamorada?

—Escucha, Logan..., ni puedo tener contigo esta conversación a kilómetros de distancia, mientras oigo eructar a tus colegas, ni voy a disculparme por tener un pasado que me ha marcado. Dijiste que no querías saber nada de esa historia, ¿verdad? Pues entonces no ridiculices lo que viví. No tienes derecho.

Una ola llegó a la arena con más fuerza de la esperada y empapó la zapatilla de Amelia, que notó el frío del agua calar hasta su calcetín. Maldiciendo, dio un par de pasos hacia atrás, aunque el daño ya estaba hecho. Aquello, como muchas otras cosas, era consecuencia de una mala decisión y, aunque su pie mojado pudiera solventarse fácilmente, había otras cosas más graves que no se podían deshacer.

—Tienes razón, tienes razón, Amelia, lo siento. —Otro estallido metálico eclipsó la voz de Logan, que siguió hablando sin que ella pudiera oír nada de lo que decía— ... derecho a meterme en eso, ya lo sé. Joder..., ¡ni siquiera sé por qué he dicho esa mierda! Sé que tienes historias pendientes y que algunas no han caducado todavía, meterme ahí no es cosa mía. Mi historial es a doble cara, no voy a juzgar el tuyo.

—He venido para ayudar a mi abuela a preparar su boda —anunció, esperando que el cambio de tercio fuera entendido como su negativa tácita a ser presionada por una persona como Logan, que siempre había rechazado todo tipo de presión. —Lo que, por cierto..., no estoy haciendo demasiado bien, todo lo demás tendrá que esperar a que me sobre tiempo y a que tenga inspiración para poder...

Cerrarlo. Terminar. Poner punto y final y no volver a pensar en él.

—Dios, te oigo de pena. —Se oyó un pitido y, después, algo muy similar al sonido que hace el envoltorio de un caramelo al arrugarse entre los dedos—. No sé qué me pasa, Amelia, de verdad. Te dije que no quería saber nada y estoy haciendo el papel de mi vida cuando ni siquiera me va ese rollo. —Logan soltó una risa baja, aunque a ella no le pareció muy simpática—. Mira..., haz lo que tengas que hacer, sea lo que sea. No me debes nada, ni espero de ti el tipo de cosas que harían de lo nuestro algo distinto de lo que es. Me gustas y quiero que las cosas que te molestan se arreglen de la mejor forma posible para ti.

—Eso es justo lo que quiero yo también... y espero que de ahora en adelante sea más fácil. —Por lo menos, sin más encontronazos que desestabilizaran toda la calma que había reunido en tres años—. Disfruta de tus vacaciones, Logan. Pero intenta volver vivo de ellas.

—Sí, bueno..., no hago promesas, ¿recuerdas? —Esta vez, ambos compartieron una sonrisa—. Solo voy a decirte una cosa, Amelia, la última que

oirás de mí sobre este tema. Arréglalo como creas que es mejor, pero piensa que lo que sea que tenías ahí es algo que ya has vivido, y a juzgar por cómo fue, no parece que tenga futuro. Tal vez no merezca la pena emplear tiempo en algo así. Ni siquiera el de despedirse.

A ella le costó un gran esfuerzo tragarse la bilis que subió por su garganta. Era un mal augurio, uno que la había acompañado durante mucho tiempo. Dolía más pronunciado por otros labios, porque hacía que el leve rayo de esperanza que la misma Amelia rechazaba se hiciera más y más pequeño, hasta casi desaparecer.

La consciencia de ese hecho alejaba a Tucker, y eso era bueno. Solo que, por algún motivo, ella no lo sentía así.

—Me ha gustado oírte, Logan. —Era verdad, aunque su voz taladrara su cabeza con una nueva horda de posibilidades. Había culpa, duda y un sinfín de emociones más.

—A mí también, Amelia. Echaba de menos lo racional y poco imbécil que eres en comparación con la gente de la que me suelo rodear. —Un enorme chapoteo cortó la comunicación. Algo se movió y luego, con el tono agitado, Logan volvió al auricular—. Joder..., voy a tener que colgar, ¿vale? Drew acaba de caerse de la lancha.

—¿Qué? —Amelia miró absurdamente al mar, cómo si pudiera atisbar al tonto de Drew pidiendo auxilio desde allí—. ¿Está bien? ¿Se ha golpeado con algo?

—Tranquila, lleva un salvavidas y un flotador. El problema es que está tan borracho que no sé si será capaz de mantener la cabeza fuera del agua. —Contra todo pronóstico, Logan se rio—. Es una zona un poco turbulenta..., se cagará encima y posiblemente dejará ADN procedente de diversos orificios de su cuerpo en el río para el recuerdo. ¿Quieres fotos?

—Quiero que dejes de darme información y cuelgues, Logan. —Con un suspiro, Amelia sintió preocupación en el pecho y, no por primera vez, comprendió que él le importaba de verdad. Tal vez no fuera un amor de esos que le hacía hervir a uno la sangre en las venas, pero Logan no le era indiferente, y a juzgar por aquella extraña conversación, ella a él tampoco. Más decisiones que tomar—. Salid de ahí a salvo, y, por Dios, no dejéis beber más a Drew.

—Como si yo hiciera milagros... Cuídate, Amelia. Y piensa en lo que te he dicho.

La comunicación se interrumpió en ese punto, y Amelia decidió que tenía mucho en lo que pensar.

* * *

Con la oscuridad sobre la cabeza y el aire frío atravesándole el chubasquero amarillo, Amelia intentaba ampliar el diámetro de sus zancadas para llegar lo antes posible a la casa de huéspedes.

Estaba helada, y tener los pies mojados no la ayudaba a avanzar más deprisa. A cada paso que daba, las plantillas interiores de las zapatillas se movían, provocando que le resbalaran los dedos. En aquella calle empinada, la adherencia era nula, por lo que se veía obligada a reducir el paso por temor a caerse de bruces.

Por si todo aquello no fuera suficiente, y contando con el repiqueteo que las palabras de Logan le habían dejado en la cabeza, empezaba a notar un extraño hormigueo en las manos que nada tenía que ver con el frío de la noche. Aquel sudor, que bajada por su nuca y le secaba la garganta, era un indicador claro de que sus índices de azúcar empezaban a estar bajos de forma alarmante, probablemente, porque no había comido nada desde el almuerzo.

Amelia detuvo sus pasos unos instantes, abriendo y cerrando las manos para ver si el riego sanguíneo bombeaba con fuerza hasta sus dedos. Subió a la acera y se apoyó contra la pared más cercana, tomando bocanadas de aire despacio para evitar hiperventilar. Sabía cómo funcionaba aquello, la ansiedad solo iría en aumento si pensaba que iba a desmayarse. El temor a necesitar una dosis de insulina con la que no contaba solo aceleraba el proceso, provocando que quemara las pocas reservas de glucosa que quedaran en su cuerpo por culpa de su propio estrés.

—No es la primera vez que esto pasa Amelia, respira despacio, traga saliva. Estás a unos pocos metros, llegarás a la cocina, tomarás un zumo y los niveles subirán. Coge aire, suéltalo despacio. Otra vez...

Funcionó durante unos minutos, pero ella sabía muy bien que aquel era un parche que no estaba destinado a perdurar. Sintiendo que el aire le faltaba en los pulmones, se bajó la capucha del chubasquero y el aire cortante atravesó su pelo, enfriándole los latidos que sentía en las sienes. Cerró los ojos un segundo, dejando que la agradable sensación calmara unos nervios que solo irían en aumento. Si no se movía, la cosa se pondría fea, y no quería tener que llamar a su abuela tirada en la acera, incapaz de moverse. Y encima, vomitaría, seguro. Cuando las cosas venían mal dadas...

Se apartó de la pared para dar un paso, intentando recordar utilizar primero el pie que tenía seco, y unos faros iluminaron el camino ante ella. El motor del coche que se aproximaba redujo la velocidad, y aunque Amelia no giró la cara, escuchó el sonido inequívoco de la ventanilla al bajarse. No queriendo hacer

movimientos bruscos, siguió andando a una velocidad que a ella le parecía aceptable, aunque en realidad, apenas se movía.

—¿Estás bien? —La voz de Tucker la detuvo. Lo miró de soslayo, a través de los mechones de pelo que le caían sobre la cara. No respondió, pero a juzgar por la expresión que cruzó los ojos de él, tampoco habría hecho falta—. Mierda, parece que llevas muerta tres días.

—Piérdete, Orson. —Amelia hizo un gesto con la mano, dando otro patético paso mientras él avanzaba lentamente con el coche a su lado—. Estoy perfectamente. Lo tengo todo controlado —dijo ella antes de potar en la acera y desmayarse. Y no por ese orden.

Con un suspiro que era mitad frustración, mitad preocupación, Tucker frenó el Corolla y se bajó. Amelia intentó presentar una pelea equilibrada, pero la verdad es que no pudo evitar que él la sujetara por la cintura, cortando toda posibilidad de huida que ella hubiera podido emprender. Al sentir los fuertes brazos a su alrededor, Amelia se dio cuenta de lo grave que era la situación en realidad. Y no solo por la debilidad que se apoderaba de ella cuando le bajaba el azúcar, sino por otras reacciones que experimentaba su cuerpo en ese momento.

—¿Llevas alguna dosis dentro de ese abrigo tan feo? —preguntó Tucker, que la arrastró al coche sin esfuerzo.

—Sí, claro. —Sin emitir protesta, Amelia se sentó en el asiento del copiloto. Apoyó la cabeza en el respaldo y rogó a Dios que no le permitiera vomitar en el coche de Tucker. La situación ya era lo bastante humillante—. Tengo insulina encima, pero prefiero esperar a estar a punto de entrar en coma para hacerlo más interesante. Y, por cierto..., es un chubasquero, no un abrigo.

—Lo que tú digas.

Durante los escasos segundos que tardó en llegar al lado del conductor, Tucker se preguntó por qué el karma se empeñaba en ponerlo a prueba. No habían pasado ni dos días desde que se había dicho a sí mismo que evitar ver a Amelia y tener contacto con ella iba a ser lo más responsable y sano, y ahora, allí estaba, en mitad de la noche, en una calle cualquiera, con ella en su coche.

¿Cuántas posibilidades había de que se la encontrara de repente? Cuando los faros la habían enfocado y había visto su expresión..., la preocupación se le había agarrado al pecho. Pasar de largo no habría sido una opción, aunque ella hubiera pateado, gritado y mordido por evitar que la tocara. Aunque era muy probable que el único motivo por el que no lo había hecho fuera a causa de su estado.

Ocupó su asiento y cerró la puerta despacio. Después, y por darse tiempo a calmarse antes de conducir, abrió la guantera y le entregó a Amelia un estuche

de color rojo que ella reconoció de inmediato. Tucker se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia.

—Me acostumbré a tener un kit de emergencia encima cuando estábamos juntos. Supongo que... he mantenido el hábito. —Carraspeó, mirando por el espejo retrovisor. Estaba detenido en mitad de la calzada, pero aunque no era excesivamente tarde, no pasaba un solo coche—. Comprueba la fecha de caducidad, no sé cuánto puede llevar ahí.

—Gracias, yo... Gracias.

Tucker hizo un gesto de desinterés con la mano, toqueteando la palanca de cambios como si fuera la cosa más normal del mundo. Con los dedos torpes, Amelia abrió la cremallera y encontró el medidor de los niveles de glucosa, las tiras magnéticas para la sangre y un par de tubos precintados, con forma de bolígrafo, que contenían la dosis de insulina. Estaban sujetos al estuche con una banda elástica y todavía no habían caducado. Amelia tomó uno y lo agitó.

—También hay..., debo tener caramelos o algo así en alguna parte, por si no quieres... —pero Amelia ya estaba subiéndose el chubasquero y la camiseta, dejando libre una porción de su estómago donde inyectarse. Aunque era una acción que había visto muchas veces, Tucker giró la cabeza durante el proceso, puesto que ya no tenía derecho a contemplar un momento tan íntimo. Ella ya no era su novia y más le valía tenerlo presente—. O puedes hacerlo aquí, claro, da igual.

Durante un momento, lo único que se oyó dentro del coche fue silencio y la respiración de Amelia, que se fue normalizando. Su piel recuperó parte de su color natural y, al abrir los ojos, estos no parecían ya tan brillantes. Su expresión era menos fantasmagórica, algo que calmó los acelerados latidos del corazón de Tucker.

Despacio, la vio guardar el tubo desechable con todo cuidado y volver a cerrar el estuche. Tucker se preguntó si volvería a dejarlo en su coche, y la idea de que lo hiciera provocó en él una sensación de bienestar absurda. ¿Qué importancia podía tener? No era como si por llevar algo de Amelia en el Corolla ella siguiera perteneciéndole. Ni siquiera un poco.

—Mejor..., mucho mejor —la oyó susurrar, recolocándose la ropa.

—Puedo verlo. —Tucker giró la llave en el contacto y puso el coche en marcha, aunque no lo arrancó. Era consciente de estar arañando momentos, pero no le importaba—. ¿Te has olvidado de comer?

—Quería estar sola un rato y ese rato se convirtió en toda la tarde. —Recuperada la utilidad de sus dedos, que ya no temblaban, Amelia intentó reorganizarse el pelo, trenzando los mechones con una habilidad que Tucker

siempre había admirado—. No pensé que estaría fuera tanto tiempo. ¿Qué hacías por aquí?

Tucker hizo un gesto con el cuello hacia el asiento de atrás. Había varias bolsas de lona apiladas en las que Amelia no había reparado antes. De una de ellas sobresalía un rodillo para pintar paredes sin usar.

—Mañana se vuelve a abrir el salón de tatuajes y han sobrado algunos materiales de la reforma. Falk me pidió que los trajera para ver si eran aprovechables para un par de ideas que tiene. Dijo algo de un entoldado y una capa de pintura a la fachada trasera..., ese tipo de historias que uno hace cuando hay boda en camino.

—Ese es un... detalle por tu parte.

—Ya estaban pagados. —Por fin, Tucker quitó el freno de mano y metió la primera marcha—. Sería estúpido desperdiciarlo.

—Claro..., Orson Tucker, un hombre que siempre ha destacado por ser práctico. —Amelia fue consciente de la acidez de su voz, pero no pudo evitar que el tono le saliera cínico, como tampoco pudo hacer nada con la tentación de mirar aquel perfil tan masculino y hosco mientras conducía—. ¿Por eso sigues llevando un kit de diabetes en el coche? ¿Para no desperdiciarlo?

—No me gusta que vomiten en mi tapicería. Es jodido de limpiar. —Tenía agarrado el volante con tanta fuerza que los nudillos empezaron a ponerse blancos—. De nada.

—No pienso volver a darte las gracias por eso.

A su pesar, él sonrió. Y la tentación de ponerle la mano en la rodilla y tocarla como hacía antes fue casi imposible de soportar.

—Claro que no, la señorita Amelia está por encima de eso, no se rebaja al nivel de simples mortales. Me pregunto cómo es posible que mis ojos no se hayan vuelto ceniza con solo ponértelos encima.

Ella tiró del cinturón, abrochándose con fuerza. El coche se deslizó por la carretera, tomando el desvío que iba a la casa de huéspedes. Las ganas de responderle con furia picaron la lengua de Amelia, que encontró irresistible el desafío. Por un segundo, múltiples recuerdos vagaron por su mente. ¿Cuántas veces habían hecho eso, ir en coche, discutiendo por tonterías? Era casi como en aquel entonces, salvo porque, en esta ocasión, no iban a terminar con risas y besos.

—Ya veo que sigues tan encantador como siempre. —Se cruzó de brazos. Una sonrisa tonteaba con sus labios, haciendo menos real su pose seria—. Eres tan dulce como la mayonesa cortada.

Tucker soltó una carcajada corta y ronca. Fue solo un segundo, mientras negaba con la cabeza y ponía el intermitente, pero eso bastó. El calor anidó en el

vientre de Amelia y en esta ocasión el sudor frío que perló su piel no tuvo nada que ver con la enfermedad.

—Ya tenía esos defectos cuando me compraste, nena. —La miró de reojo, sonriéndole apenas—. No te hagas la sorprendida ahora.

Que la llamara así le hizo recordar a Logan. El desasosiego se apoderó de ella y se sintió tan inquieta que tuvo que girar la cara. La oscuridad de la noche apenas dejaba a Amelia distinguir nada a través del cristal, claro que estaba tan turbada que era posible que ni con la claridad del día más soleado hubiera visto más allá de su reflejo confundido en el cristal.

Dejó caer las manos sobre su regazo y suspiró con fuerza. Las palabras se le agolparon en los labios, pero no tenía idea de qué debía decir. La última vez que Tucker y ella habían hablado, la cosa había terminado en gritos, amenazas y miradas cargadas de rencor. Ahora, un extraño flirteo flotaba a su alrededor, y la camaradería y confianza que les daba compartir un espacio que les era conocido volvía el ambiente peligrosamente familiar. Amelia no podía decidir qué era peor, la rabia visceral o aquella agradable calidez que sentía mientras él conducía justo a su lado.

Podía olerle, escuchaba sus respiraciones y sabía exactamente lo que sentiría en la palma de las manos si las estiraba para tocarle. La suavidad de su pelo ondulado, lo áspero de su cara a medio afeitar, la calidez de la ropa que llevaba puesta... Cerró los ojos. Aquello tenía que terminar.

—Siento haberme presentado en tu lugar de trabajo de esa manera —le dijo, sin plantearse el orden en que las palabras salían de sus labios—. No debí hacer las exigencias que hice, ni actuar como una loca, pero... esta muestra de amabilidad no cambia nada. Todo sigue igual. No voy a recoger la rama de olivo, Orson.

Tucker endureció la mandíbula, pero su gesto no varió.

—Hace dos días, llegué a la conclusión de que no volver a ver tu cara iba a ser lo más inteligente para mí. —Metió la tercera y la palanca de cambios rascó—. No hay ninguna rama, Amelia. El único motivo por el que estamos compartiendo este espacio es porque no podía dejarte enferma tirada en la calle.

—Habrías hecho lo mismo por cualquiera —terminó ella, y Tucker asintió—. Eso está bien. Es... cívico. De buena persona. Nunca he creído que no lo fueras.

Él se mordió la lengua, pero decidió que ya había tragado bastante sangre como para seguirse conteniendo. Tomó el último giro y frenó a unos veinte metros de la casa de huéspedes.

—No soy una buena persona, ni tampoco un buen novio. Por eso estamos en esta situación. —Se encogió de hombros, intentando mirar a cualquier

superficie salvo la que ocupaba ella—. No puedo odiarte ni enfadarme contigo, Amelia. Sería como dejar de respirar sin que se me pudrieran los pulmones. Todavía no he encontrado la manera de que tu existencia en este mundo me importe poco, así que, mientras lo hago..., me mantendré en mi plan inicial y evitaré, en lo posible, que tengamos que vernos.

—Esa es... una actitud muy madura por tu parte. Me parece bien. —Pero dolía. Cada palabra, pronunciada con la calma que da el agotamiento, el no poder soportarlo más, laceró la piel de Amelia—. No quiero que seamos amigos, Orson.

Él sonrió apenas, mirándola a los ojos por fin. La recorrió entera con la mirada, de una forma tan íntima que provocó que Amelia tuviera que comprobar si seguía vestida, pues Tucker era capaz de ver más allá de su misma carne, hasta atravesarle los huesos. Cuando el coche frenó con un leve chirrido, él apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos durante unos segundos, cogiendo aire.

—En eso estamos de acuerdo. —Se soltó el cinturón y abrió la puerta, desesperado por romper aquella tensión de cualquier manera posible—. Perdona que no te deje más cerca, dudo que tu abuela aprecie ver mi coche cerca de su propiedad. ¿Estás lo bastante bien para llegar caminando?

Amelia asintió, soltándose el cinturón y abriendo la puerta. Cuando bajó del coche y notó el contacto del asfalto bajo los pies helados, todo el calor y el bienestar acumulado en su cuerpo se volatilizaron. Tucker empezó a bajar las bolsas del asiento trasero y, aunque ya no había nada que la retuviera, y caminar hasta la casa de huéspedes era todo lo que debía hacer, le costó empezar a moverse.

—¿Puedes solo con todo eso?

—Lo dejaré en la parte de atrás, donde Falk aparca el Dodge. —Cargó con todas las bolsas de una vez, alzándolas con las manos. Se le marcaron los músculos en los brazos, que llevaba desnudos—. ¿Estás mareada? Me estás mirando bizca.

—Estoy bien. Yo... tengo que irme, es tarde y necesito comer.

—Harías bien en acordarte de eso más a menudo.

Amelia levantó la mano derecha para despedirse, pero su gesto fue tan torpe que pareció más estar ante un jurado, prometiendo decir toda la verdad con ayuda de Dios. Notando el calor subir por sus mejillas, y molesta consigo misma por su comportamiento, metió las manos en los bolsillos del chubasquero y caminó todo lo deprisa que le permitían sus zapatillas húmedas. No volvió la cabeza ni una sola vez, pero, pese a ello, fue consciente de los movimientos de Tucker a su espalda, y casi le pareció verle seguirla, hasta que giró hacia la parte trasera para dejar lo que fuera que llevaba en las bolsas.

Con todo el cansancio que sentía acumulado en un suspiro, Amelia atravesó el jardín de su abuela y metió la llave en la cerradura, dispuesta a perderse dentro y olvidar aquella tarde, aunque la hazaña se prometiera complicada.

—¿Una noche larga?

Le sonrió a Otto Sturgis, que fumaba su pipa apoyado contra la jamba de la puerta. Con su bigote de morsa perfectamente peinado y unos pantalones con tirantes demasiado subidos para su redonda figura, el hombre le guiñó un ojo, contemplando el cielo oscuro como si estuviera cuajado de estrellas.

—Bastante más de lo debido —contestó Amelia, que supo, porque conocía a aquel hombre desde hacía mucho, que no tendría que dar explicaciones—. ¿No hace demasiado fresco para estar fuera con la pipa?

—Un pequeño placer culpable —dijo, emitiendo una leve tosecilla—. Pronto seré un hombre casado y el tabaco saldrá de mi vida por segunda vez. A mi querida Denis le preocupa mi salud.

—Es un fastidio que algunas personas hagan eso. —Amelia estiró el cuello, pero el Corolla había desaparecido—. Empeñarse en cuidarnos.

—Solo las que nos quieren, señorita. —Otto apagó la pipa y después giró la llave que Amelia había dejado en la cerradura. La puerta se abrió con un suave chirrido—. Hay un delicioso té de avellana en la cocina, ¿le apetece acompañarme?

Amelia apreció el gesto, pero lo declinó con educación.

—Necesito ducharme para entrar en calor y comer algo. Me he saltado la merienda y me parece que no he llegado a la cena.

—Le hemos guardado una ración. —Otto le sonrió, atusándose el bigote más por costumbre que porque necesitara volver a peinarlo—. No debería pasar por alto las comidas, querida mía, ya está lo bastante en los huesos, no podemos permitirnos tener menos de usted.

Amelia soltó una risita, después se puso de puntillas y dio un beso en la mejilla del que pronto sería su abuelo. El hombre se ruborizó, lleno de placer.

—Mi abuela ha tenido mucha suerte contigo.

Sturgis le hizo un gesto de cariño, llevándose la mano al corazón. Amelia entró en la casa y, apenas había cruzado el pasillo que daba a la cocina, en cuya trasera estaba su dormitorio, cuando la voz aparentemente despreocupada del hombre llamó de nuevo su atención.

—¿Sabe, señorita Amelia? Hay perfumes... que se hacen más persistentes cuanto más se frotan para intentar apartárselos de la piel. El aroma se vuelve fuerte y embriagador... y, justo cuando creemos haberlo sacado, una bocanada de aire nos llena de él, inundando cualquier olor nuevo.

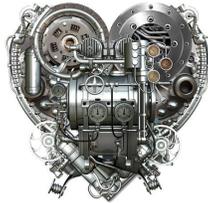
—¿Y cómo lo arrancamos?

Otto giró su corpachón hacia ella, mirándola con afecto. La señaló con un dedo tembloroso.

—Me temo, querida niña, que, cuando se llega a ese punto..., la fragancia se queda en nosotros para siempre.

CAPÍTULO 14

*En cada paso que doy, en cada movimiento que hago,
todos los días, te estaré echando de menos.*



Un cálido sol de diciembre iluminó el día en que el salón de tatuajes donde trabajaba Tucker se reinauguró.

Con las paredes de un color azul oscuro, las antiguas imágenes de cuerpos tatuados se actualizaron, dando lugar a una serie de fotografías artísticas presentadas en gruesos marcos negros y colocadas con mucho estilo en las amplias superficies. A modo de sala de espera, habían colocado algunas plantas de interior y un par de eclécticas *chaise longue* con tapizados de lo más inverosímiles, incluyendo un *print* animal de estilo cebra que se llevaba todas las miradas.

El antiguo almacén había sido pintado y le habían colocado suelo, dividiéndolo luego en dos estancias, una para material de higiene y documentación y la otra haciendo las veces de *office* para los empleados. Teniendo en cuenta que echaba allí horas que tendían a salirse del horario normal establecido —noches, fines de semana y festivos—, Tuck agradecía la cafetera Nespresso y el armario de galletas.

Se bajó la mascarilla y apoyó la espalda en la silla de ruedas donde se había sentado hacía unas dos horas. Había pocos cambios en uno de los boxes de tatuar, paredes anaranjadas, más retratos con diseños artísticos y una fontanería decente que le facilitaba la tarea de lavarse las manos y esterilizar los aparatos sin tener que pelearse con las cañerías.

Con cuidado, dejó la pistola sobre la repisa portátil que habían atornillado a su silla y echó un vistazo crítico al enorme bíceps que tenía delante. Aunque la puerta estaba entornada, por dar al cliente cierta intimidad aunque no estuviera desvestido, podía oír las voces que venían de fuera, donde los invitados a la

fiesta bebían, comían algún que otro tentempié y ojeaban los catálogos, buscando decidirse por algún dibujo con el que remarcar aquel día. Tucker esperó que nadie estuviera tocando su mostrador, tenía la documentación y el libro de clientes organizado con pulcritud, y odiaría tener que rehacerlo.

Sobre todo porque él también aspiraba a un poco de fiesta, aunque hubiera aceptado tatuar a un par de amigos que habían pagado un extra por ser los primeros en pasar por la silla.

—Está quedando muy uniforme —comentó, estirando la piel gruesa con sus manos embutidas en guantes de látex—. El tono de color y el efecto de las sombras le dará un acabado que tapaná los restos de lo que había debajo.

El grandullón al que se dirigía, un hombre corpulento y rapado, era uno de los habituales. De hecho, Tucker creía que había sido de los primeros en probar su pericia con la pistola cuando le habían contratado. Había estado llamándolo sin cesar el tiempo que habían durado las obras de mejoras, ansioso por volver a pasarse por allí y cubrir con tinta otra porción de su cuerpo. Tatuarse creaba adicción, y aquel tío la sufría.

—¿Crees que se notará que está cubriendo otra cosa? —cuestionó el cliente, que se llamaba Tyson, con preocupación. Se contorsionó para mirar el diseño del yelmo romano que adornaba ahora su brazo, brillante en una tinta que aún no se había secado—. No quiero que quede nada que me recuerde a esa perra.

Tucker sonrió de medio lado, echándose un mechón de pelo ondulado hacia atrás. Se recolocó la cinta gruesa que llevaba en la frente, buscando tener la visión lo más despejada posible para seguir trabajando. Entendió las palabras del hombre, que debía su apodo al hecho de que le faltaba parte del lóbulo de la oreja izquierda, como una petición literal. Tras divorciarse, su exmujer se había llevado a la golden retriever de ambos, y el animal, por lo visto, no había emitido un solo ladrido de protesta.

—Tranquilo, Tyson. Ni te acordarás de que tenías una chapuza en este brazo antes de pasar por mí.

—El tequila me hizo pensar que era una buena idea tener la silueta de Cruella en el bíceps, y que aquel tío del puerto sería capaz de captar su esencia. —Se encogió de hombros—. La habría retocado para dejarla perfecta si las cosas no hubieran acabado tan mal.

—Pues vamos a terminar con los recuerdos, amigo.

—Ya..., al menos por lo que a mí se refiere. —Tyson se acomodó en el sillón. Miró de reojo el pecho de Tucker, donde su A gótica era muy visible bajo la camiseta de tirantes amplia que se había puesto—. Podrías cubrir eso con cualquier cosa, tío. ¿No te fías de nadie para que te lo haga? ¿O es por apego?

—Me recuerda que hay dos tipos de dolor —respondió Tuck, volviendo a colocarse la mascarilla en un intento de dar por finalizada la conversación—. El que te lastima y el que te cambia. Ese último se queda contigo, te marca la carne y astilla el hueso. Mantenerlo me parece apropiado para tenerlo presente.

—Sí, bueno, eso está muy bien. Pero no es sano recordar las cagadas cada vez que te miras al espejo. Seguir adelante, ¿sabes? Como yo con lo del perro. Avanzar y perdonarse a uno mismo. Deberías intentarlo, hombre.

Tucker se puso un par de guantes limpios y, a su pesar, sonrió. Evitaba tocar aquel tema tanto como le era posible, pero había algo extrañamente reconfortante en hablar con alguien ajeno a la historia.

—¿Eres de esos que van a una clase de meditación guiada y ya se cree que puede dar consejos? —Levantó la pistola, dispuesto a seguir con el trabajo. Tyson le miró ceñudo, como si algo le hubiera ofendido—. ¿Qué?

—Veo sesiones tutorizadas por internet. Y no es meditación, es yoga restaurativo para el alma. —Tucker emitió un bufido, y Tyson le enseñó el dedo corazón, donde llevaba un grueso sello de oro—. No pienso explicártelo. Tu mente no está lista para enfrentar la vida sin exceso de equipaje, capullo.

Había quienes le daban a la bebida después de un divorcio... y quienes se reinventaban vistiendo mallas y acomodados en una esterilla. Tucker tuvo que concederle al grandullón el haber elegido la opción menos dañina.

—Vale, pero yo que tú cerrarías el pico y no insultaría al tío que tiene la pistola de tatuar.

Tyson recostó la cabeza en el sillón y Tucker bajó la suya, empezando a dar profundidad y sombreado al yelmo. Cuando acabara, el resultado sería tan real que parecería un objeto en tres dimensiones.

—Deberías intentar dejar de aferrarte, colega. En serio. —Tyson cerró los ojos, concentrado en absorber el dolor y no luchar contra él—. Si está roto y no lo puedes arreglar, ¿por qué conservar los pedazos?

—Porque son míos.

Tucker puso en marcha la pistola, y tan pronto como el sonido conocido llenó sus oídos, todo lo demás quedó fuera de su burbuja particular de concentración. Excepto Amelia; su recuerdo le acompañaba siempre, como un espectro al que estaba lo bastante acostumbrado como para hacer su vida mientras le rondaba alrededor.

Percibió la voz de Jimmy, el dueño del salón, desde fuera. Cada pocos minutos, el hombre, alto y delgado, con una larga coleta de caballo y dilatadores en las orejas, se asomaba para ver qué tal iba todo, emitía un silbido de apreciación y desaparecía en busca de otra cerveza. Cercano a los cincuenta, era un *hippy* que adoraba ponerse vaqueros Levi's y tener dinero para zapatillas de

marca. Llevaba meses tentando a Tucker para que se asociaran, ofreciéndole más sueldo y responsabilidades, pero hasta el momento no había conseguido nada.

—Me gusta venir por horas, hacer lo que tengo en la agenda y dejarte a ti las mierdas del papeleo, los pagos y demás —le había dicho días antes, mientras revisaban el nuevo material—. No me va eso de tener mi negocio y ser mi propio jefe.

—¿Cómo puedes ser tan poco ambicioso? —se había asombrado Jimmy, que temía lo inevitable, perder a Tucker en favor del taller, al que dedicaba la mayor parte de su tiempo y esfuerzo—. Me jode que esas manos tan hábiles estén metidas entre grasa. Si algún chisme hidráulico de esos cede y te las corta, ¿qué coño hago yo con tu lista de clientes?

Entonces Tucker se reía, y le prometía tener cuidado para no quedarse manco, por el bien de ambos.

Unos cuarenta y cinco minutos después, con el brazo de Tyson debidamente cubierto y el material recogido, Tuck salió a la parte principal del salón, donde fue recibido con palmadas en el hombro y saludos de la gente que había ido llegando mientras él trabajaba. Intentó abrirse paso y llegar a Falk, que estaba apoyado en la puerta de entrada, mirando hacia el pedazo de asfalto que habían acondicionado con mesas de bufé para la inauguración. Le echó un vistazo al mostrador y vio algunos botellines vacíos que dejarían marca en la nueva superficie de cristal, pero, pese a ello, no parecía que nadie hubiera tocado sus cosas.

Levantando el brazo a modo de saludo general, dio algunos pasos y vio cómo su amigo sonreía y abrazaba a Nanette, que se estaba riendo de algo. Le sorprendió que ella hubiera aparecido, teniendo en cuenta que nunca habían sido especialmente cercanos, pero intuyó que la chica de las volteretas habría ido a Mordor si eso le hubiera supuesto unas horas más con Falk. Así era estar enamorado, se acordaba bien.

—Eh, Tucker, ¿tienes un segundo?

La silueta de Hasan le cortó el campo de visión. Su compañero en el taller tenía mala cara y parecía agobiado. Llevaba unas bermudas y una camiseta de un equipo de baloncesto que Tuck no reconoció. Por lo visto el invierno no afectaba para nada su forma de vestir. Asintió con la cabeza, haciendo verdaderos esfuerzos por escucharle a pesar de las voces que se mezclaban a su alrededor.

—¿Qué pasa, tío? ¿Te ha llamado algún cliente?

—Algo de eso, sí..., pero ya lo he anotado, no va por ahí. —Hasan dio un paso adelante, pero luego se lo pensó mejor y decidió no estar demasiado cerca de Tucker. Se pasó las manos por la cabeza, buscando una manera de soltar aquello que llevaba unos días agobiándole—. La otra noche... en el Village...,

¿te acuerdas? Estuviste dando la bienvenida a Falk y eso... Pues yo estuve en la barra, se me fueron de las manos las cervezas... y...

Había abierto la boca de más con Jules, contándole parte de la bronca que había oído entre Amelia y Tucker. Aquellas eran las palabras, pero, por algún motivo, Hasan no pudo pronunciarlas.

—Tenía que hablar contigo de algo importante y se me pasó. No fue nada profesional —mintió, pero pensó que cualquier excusa sería mejor que admitir que había recolectado un chismorreó y luego lo había regado por ahí. Seguía pensando que debía contarle..., pero aquel no era el momento—. Lo de Dean en el taller... ¿es firme? Porque no sé si tres ya somos multitud, tú eres la hostia y él el novio de tu hermana...

Tuck lo frenó en ese punto, levantando la mano para que se callara.

—¿Intentas decirme que crees que te vamos a largar? ¿Por Dean? —Tucker se cruzó de brazos. Olió a hamburguesas, así que alguien debía haber encendido la parrilla. Su estómago rugió, recordándole que no había comido en todo el día—. Le di una lista con los nombres de los clientes y los coches que había que devolver ayer. Eran solo cinco y tardó en descifrarla media tarde. ¿Crees que puede sustituirte, en serio? No jodas, tío, si hasta le cuesta contar los destornilladores para el inventario.

—Lleva la Dyna reluciente. ¿Has mirado el motor? Puedes comer en él. No me parece mal mecánico. No sé..., algo no encaja.

—Pues en el taller se luce —ironizó Tuck, que se metió las manos en los bolsillos y dio un paso imperceptible a la derecha—. Lo tuyo son las lunas, y en eso no hay nadie mejor que tú. Déjate de historias, y no te preocupes, que no vas a perder el curro antes de Navidad.

—Es un alivio... Vale, tío, gracias.

Tucker asintió con la cabeza y siguió su camino, dejando a Hasan con la sensación de haber perdido una buena oportunidad para aclarar lo que le preocupaba en realidad. Cada vez tenía más claro que la había cagado de forma muy seria con su boca, y temía que Jules malinterpretara sus palabras y creyera que era el momento adecuado para hacer algún movimiento. Odiaba verse metido en aquella mierda, no sabía lo bastante de Tuck y sus movidas personales como para entender cuánto daño habrían hecho aquellas esperanzas en Jules... y tampoco sabía lo bastante de ella como para estar seguro de qué iba a hacer.

Una cagada, en definitiva. Lo mirara por donde lo mirase.

Mientras tanto, y al otro lado del salón, Falk tenía serias dificultades para comer mientras Nanette se removía entre sus brazos e intentaba vaciar los restos de su copa en la de él. Por lo visto, había decidido que aquel mareo que la hacía

perder verticalidad a pasos acelerados era algo muy romántico que debía compartir.

—¿Intentas emborracharme para luego propasarte conmigo, acróbata? Porque no te hace falta.

—Creo que... es posible que yo esté borracha. —Se señaló con torpeza, dándose golpecitos en el pecho—. Por primera vez en mi vida. ¿Deberíamos hacer una foto?

Falk soltó una risotada. Hizo malabarismos con el vaso y la hamburguesa que tenía a medio comer y logró rodear a Nanette con uno de los brazos, estrechándola contra su cuerpo. Le dio un beso en la frente, apoyando luego la barbilla en la cabeza de ella. Tenía la estatura perfecta para estar en esa postura, una de sus favoritas. Sin contar, por supuesto, las que ya habían probado cuando estaban en la cama.

—¿Medio cóctel y ya no puedes sostenerte? —Con un mohín simpático todavía dibujado en sus bonitos labios, Falk dio un trago a la bebida que Nanette le había echado. Arrugó las cejas y tosió un poco—. Joder, cariño, ¿qué estabas bebiendo?

Pero ella solo se encogió de hombros, rodeándolo con sus brazos, que pese a ser muy delgados, estaban fuertes a causa de meses y años de duro entrenamiento en la barra fija. Cuando le habló, lo hizo con la boca pegada al jersey que llevaba Falk, restregando la cara contra la suave lana de color gris.

—Hueles a invierno —le susurró, sonriendo y entrecerrando los ojos—. Y no tengo ni idea de qué es eso..., el tío de la coleta y los dilatadores dijo que me gustaría.

Falk miró alrededor, pero Jimmy no era visible en aquel momento. «Menudo capullo», pensó. Nanette tenía la resistencia para el alcohol de una mosca de la fruta. Con apenas grasa corporal y sin haber tomado en toda su vida más que los sorbos de cerveza que le quitaba a él, aquella sangría tan potente la había derrumbado.

—Me parece que la fiesta se ha acabado para ti, acróbata. —Sonrió al verla hacer un puchero—. No me mires así, pretendo ser un caballero y no sacar ventaja del momento.

—Alguien va a tener que quitarme la ropa luego, porque no creo que yo pueda.

Él iba a responder que estaba más que dispuesto a sacrificarse, pero entonces una joven de larga melena, subida a unos tacones de vértigo, pasó justo por su lado, tropezando con Nanette y dándole un golpe en el hombro. Como al parecer tenía prisa, la recién aparecida se limitó a disculparse con la mano y siguió hacia la salida, no sin antes guiñar un ojo a Falk.

En respuesta, Nanette se apartó de él para mirar a la chica, aunque le falló el centro de gravedad y terminó tambaleándose de nuevo. Su mente atribulada intentó hacer una asociación de ideas rápida... y, entonces, todo lo que había estado observando antes de centrarse en Falk volvió a su cabeza, con más o menos claridad.

—¿Quién se pone tacones con este tiempo? —preguntó con voz pastosa, sosteniendo entre los dedos el suave jersey de Falk—. ¿La conoces? La he visto antes..., estaba... estaba medio hablando con Tucker.

—Seguro que eso no es nada en comparación con lo que le gustaría hacer con él en realidad... —Estaban junto a la jamba de la puerta, en el punto exacto que separaba el salón de tatuajes de la zona de la calle acotada para las parrillas. El trasiego de gente que saldría buscando comida aumentaría pronto, así que Falk se movió unos pasos a la derecha, arrastrando a Nanette con él—. Es Jules, trabaja en el Village Diner, el local al que solemos ir.

—Pues no me suena. La otra tiene cara de ser más amable.

—¿Trini? —Falk bufó—. Para ella cada día es un lunes a las siete de la mañana. De todas maneras..., Jules fue al colegio con Tucker y conmigo. Ella ha estado detrás de él desde... siempre, creo.

Nanette estiró el cuello, pero la silueta curvilínea y esbelta de Jules había desaparecido. Había algo que no le gustaba en aquella chica, aunque tampoco es que su criterio en aquel momento fuera demasiado fiable. Tampoco le gustaba Tucker la mayor parte del tiempo.

—¿Están tonteando? —Tocó con la palma de la mano la mejilla de Falk, que negó en su dirección, poniendo una mirada cautelosa—. Ya sé que no te gusta hablar de las cosas de tu amigo, pero, ¿de verdad te parece bien que tenga un lío con... esa?

—Cariño, cuando alguien bebe, lo normal es que tenga un subidón de romanticismo o exalte la amistad, no que se preocupe por las relaciones amorosas de un tío que ni siquiera le cae bien. —Nanette hizo un mohín y Falk le sonrió. Tuvo que agachar la cabeza para darle un beso corto, incapaz de resistirse a aquel gesto—. Es verdad que no me gusta meterme en las cosas de los demás, y Tucker me daría una patada en los huevos si se entera de que estamos psicoanalizando su vida personal, pero... lo ha pasado muy mal. Creo que merece... una segunda oportunidad con alguien.

—¿Y tiene que ser la chica de los taconazos? ¿Qué pasa con Amelia? —Nanette intentó rehacerse y Falk la soltó lo justo para que lograra erguirse, aunque no sin dificultad—. El otro día en plena calle..., yo no estuve ahí todo el tiempo, pero se llevó el coche de Denis y se fue. Sin más. ¿Por qué crees que es eso? Porque yo... tengo sospechas.

Falk suspiró, negando con la cabeza. Tucker se acercaba en ese momento, y lo menos que quería era que lo pillara hablando con Nanette de un tema tan espinoso. Él nunca había sido un entrometido, y aunque sabía más de lo que le gustaría —ser amigos íntimos traía ese tipo de confesiones—, no se sentía cómodo departiendo sobre ellas. Le dedicó un gesto de cariño a Nanette, y negó despacio con la cabeza, esperando que captara la indirecta y dejara de insistir.

—¿Qué pasa, Saltitos? ¿El zumo de Jimmy es demasiado fuerte para ti?

Nanette le gruñó a Tucker en respuesta.

—Falk, muéveme lo bastante como para vomítarle en los zapatos, por favor.

—Creo que voy a llevarla a casa —dijo Falk, intentando por todos los medios no reírse—. Está así y solo ha dado tres sorbos.

—Y seguro que no habrá comido nada para no enfadar a su entrenador. —Tucker acercó la cara hasta Nanette, le apartó el flequillo y la miró con burla—. Qué mal color tienes, Volteretas. Te vas a pasar el resto del día tumbada en el baño.

Con las pupilas brillantes, Nanette lo miró. Levantó la mano derecha y le señaló con el dedo, dándole golpecitos en el duro bíceps, que estaba al descubierto pese a las bajas temperaturas que les habían acompañado durante todo el día.

—Con esa actitud... haces que me plantee el querer ayudarte, ¿sabes?

Tucker enarcó una ceja y miró a Falk. Este se encogió de hombros, tirando de Nanette para sacarla de allí antes de que pronunciara nombres e hiciera alusiones incómodas que terminaran por convertir aquella inauguración en un desastre total.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tuck, mientras Falk ayudaba a Nanette a meterse en el abrigo—. ¿Ayudarme a qué, Saltitos? ¿A bajar mi centro de gravedad?

Nanette cabeceó, susurrando que esa batalla ya estaba perdida. Tucker era demasiado corpulento.

—Me deberás una. Pronto —sentenció, mientras Falk la guiaba hasta el coche—. No lo olvides.

—Ya..., ¿sabes que deberías hacer, Piruetitas? Ofrecerte voluntaria para un anuncio de malos hábitos juveniles. —Tuck cruzó los brazos, sonriendo socarrón mientras veía a Nanette irse haciendo eses—. Dios..., ojalá pudiera hacer fotos de este momento.

—Volveré para ayudarte a recoger —informó Falk, despidiéndose y ayudando a Nanette a ocupar el asiento del copiloto del Dodge—. Mañana es el encendido anual del árbol de Navidad del pueblo. Estaría bien verte.

Tucker se rascó la barba incipiente, empezando a sentir la ya reconocible incomodidad recorrer sus terminaciones nerviosas. ¿Actos del pueblo? ¿Él? ¿Acaso no había cubierto ya el cupo de momentos incómodos para aquellas fiestas?

—No somos una familia muy tradicional, amigo. —Pero se encogió de hombros, sin dar una respuesta fija—. No creo que mi madre se sienta con el corazón muy rebotante de espíritu navideño como para celebrar una reunión con todo Kendall en la plaza.

—Piénsatelo. Nosotros estaremos allí. —Era todo cuanto Falk podía hacer al respecto. Insistir en algo con Tucker nunca llevaba a ningún sitio—. O lo intentaremos... si mi novia recupera la consciencia. Nan, hay bolsas de mareo en la guantera, intenta acertar si... crees que puedes necesitarlo, por favor. Le tengo mucho cariño a este coche.

Nanette levantó el pulgar, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Se quedó adormilada mucho antes de que el motor se pusiera en marcha.

* * *

Amelia vio la luz de los faros desde la cocina. Removió su infusión de té rojo mientras los reconocibles sonidos del Dodge inundaban la quietud de la noche. Con apenas un par de luces encendidas en toda la planta baja, las sombras jugaron con cada superficie creando escenas imaginarias.

Sopló despacio, sosteniendo la taza entre sus manos, buscando que las palmas se le calentaran. El frenazo la hizo sonreír quedamente. Aquel coche le traía a la memoria muchos recuerdos, pues ella había estado presente en parte de la reconstrucción. Falk insistía en que el vehículo sería capaz de sobrevivir al fin del mundo si se cambiaban las piezas adecuadas, y había puesto en la tarea todo su empeño. Amelia recordó, con una nostalgia que provocó que el sorbo de té le supiera amargo, una noche de verano en la que el Dodge se negó a proseguir recorriendo lastimosamente el asfalto, dejándoles varados a medio camino entre el pueblo y Planet Beach. Falk se había bajado a pedir asistencia en carretera, y entonces Tucker y ella se habían mirado a los ojos, ocultos en la intimidad del asiento trasero, y habían compartido algunos de los primeros besos de su relación.

Pensar en momentos como ese le provocaba un dolor tan delicioso que temía volverse adicta, como quien disfruta haciéndose daño a uno mismo por lo

vivo que la euforia le hace sentir. Después, por supuesto, llegaban la culpa y el arrepentimiento.

La puerta trasera de la cocina se abrió y Nanette entró por ella. Su pelo estaba algo despeinado y parecía bastante más pálida que de costumbre. Anduvo unos pasos, sujetándose en la pared sin disimulo, y una vez que enfocó a Amelia, la saludó alzando la mano, aunque en una dirección opuesta adonde ella se encontraba.

—¿Una buena fiesta? —tanteó Amelia, que cogió otra taza de la alacena y decidió compartir el té—. No me digas que se han equivocado con el *catering* de bebidas y en lugar de alcohol os han servido el anticongelante del taller.

Nanette hizo una mueca y la tez se le volvió mortecina, pero lo que fuera que le quedara en el estómago, aguantó. Aceptó la taza y dio un sorbo de prueba, asintiendo luego con la cabeza. Al otro lado de la pared, los faros del Dodge volvieron a alejarse. Falk se marchaba. Adivinando los pensamientos de Amelia, Nanette dejó el bolso a un lado y señaló fuera, donde ahora todo era noche y oscuridad.

—Me ha sujetado el pelo para que vomitara en una bolsa justo después de parar el motor —informó, recostándose contra la pared—. Y otra vez nada más bajarme del coche. Hasta ha prometido venir luego a arroparme y quedarse, porque, por lo visto, me espera una noche muy mala.

—Por el amor verdadero —sentenció Amelia, alzando la taza y viendo en Nanette un amago de sonrisa—. Escucha..., seguramente no estés para grandes charlas, pero... te debo un par de buenas disculpas y creo que ya las he dilatado lo suficiente.

—Estoy un poco borracha, porque, al parecer, en mi desconocimiento sobre la bebida y sus efectos, pasé por alto las mezclas y los cócteles peligrosos. —Nanette se encogió de hombros—. Pero mientras no tenga que moverme mucho, puedo escucharte.

—¿Jimmy hizo su sangría? —Amelia casi rio al ver la cara de Nanette—. Alguien debió advertírtelo.

—Podrías haberme salvado del dolor de cabeza que voy a tener mañana si hubieras venido a la inauguración con nosotros. —Nanette dio otro sorbo, paladeando despacio el dulce sabor de los frutos rojos, que iba asentando su estómago—. Y no me vengas con eso de que tres son multitud, Falk y yo no somos empalagosos en público... casi nunca.

—Agradezco la invitación, pero... sabes por qué no podía ir. —Un instante de silencio se lo confirmó—. Pareces una chica estupenda, Nanette. Y teniendo en cuenta que tienes lazos con mi abuela y con esta casa de huéspedes, al igual que yo, soy la primera interesada en que nos llevemos bien e intentemos ser

amigas. Me gustaría mucho, de verdad, porque me pareces una buena persona, simpática y cariñosa. Denis te adora, Otto habla maravillas de ti y Falk..., bueno, salta a la vista que está bastante loco por ti.

—Sí que lo está, ¿verdad? —La sonrisa dulcificó el rostro de Nanette aún más. Con un suspiro, intentó erguirse para mirar a Amelia de frente y después negó despacio con la cabeza, temerosa de volver a marearse—. ¿Todo esto tiene que ver con tu momento *Bonnie and Clyde* del otro día? Porque está olvidado. Y es una afirmación que mañana será literal, te lo prometo.

Amelia le agradeció su actitud con un gesto, pero aquello no era bastante. Había fallado a su abuela después de prometerle encargarse de algunas cosas para la boda, y no contenta con ello, había salido disparada con un coche prestado a armar un follón, dejando a Nanette sola y sobrecargada de unas tareas que solo le correspondían a ella. Amelia no era así, jamás había sido egoísta ni tomado las cosas que quería sin ofrecer explicaciones. Ahora veía su actitud con otros ojos, y no estaría tranquila hasta ofrecer las disculpas que la situación requería.

—Me gustaría decirte que tengo excusa, Nanette, pero la verdad es que no. —Se apartó el pelo de la cara, dejando la taza vacía sobre la encimera. El reloj de pared marcaba las ocho, no era tan tarde como hacía parecer la oscuridad reinante fuera, pero el horario de invierno acortaba los días—. Antes de que aparecieras, justo en la puerta de la tintorería, vi a Orson. Estaba con su madre y, al mirarme..., él simplemente bajó la cara y se largó. En ese momento..., una especie de rabia estúpida se apoderó de mí y solo podía pensar que él no tenía derecho a actuar como si fuera la parte ofendida, ¿entiendes? Era yo quien tenía que hacer la escena y escapar como si verme me resultara un insulto.

Nanette se quedó callada y muy quieta, con la cabeza pegada a la pared y el té entre las manos. Amelia intuyó que estaba procesando todo aquel batiburrillo de información, unos datos que, a juzgar por lo grandes que se habían vuelto sus ojos de repente, la habían sorprendido mucho.

Por fin, Nanette despegó los labios para hablar, aunque lo que salió de ellos no fue exactamente lo que Amelia esperaba.

—¿Orson? —graznó, con una voz aguda que apenas parecía suya—. ¿Estás de coña? ¿Orson? ¿Así es como se llama? ¿Y se da el lujo de criticarme a mí y utilizar apodos cada vez que quiere...? Lo siento, perdona, Amelia. Sigue.

—Llegué aquí muy segura de mí misma, Nanette. Confiada. En California tengo la vida que se supone que es para mí, ¿sabes? Estoy estudiando mi carrera soñada, llevo una gaceta estudiantil que funciona bien y... hay... hay alguien. Estaba dispuesta a darme una oportunidad de nuevo. A empezar de cero.

Las manos de Amelia temblaron un poco y, aunque se quedó callada, fue evidente que agonizaba por desahogar parte de aquella historia que, por lo visto, no podía dejar de lado. A Nanette la cabeza amenazaba con hacérsele añicos, pero había pasado por situaciones difíciles antes, y entendía la importancia de tener unos oídos ajenos que, a veces, te ayudaran a entender partes de tu propio pasado que te eran desconocidas.

—Fuiste a buscarle, ¿verdad? El día que nos vimos en la calle y me pediste el coche. —Amelia asintió, confirmando lo que Nanette había estado sospechando. A pesar de que la situación era tensa, no pudo evitar levantar el puño de forma metafórica, ¡toma ya, Falk, te lo dije!

—Buscaba un final —declaró Amelia, recordando las palabras que había compartido con su abuela sobre el tema—. Dejarle claro a gritos y con aspavientos que si uno de los dos tenía el derecho de ser la víctima, esa era yo. Porque había sufrido más. —Sonrió, aunque fue una mueca sin rastro de humor—. Qué estúpido, ¿no te parece? Aunque en ese momento me pareció lo adecuado. Venir aquí sabiendo que cruzármelo era una posibilidad real me costó un gran esfuerzo, pero logré reunir el coraje para asumir que la Amelia de antes ya no estaba, que no volvería a temblar como una hoja o a sentir la inseguridad y el dolor de la otra vez..., pero entonces vi que también había dolor en los ojos de Orson y... no pude aceptar que también él había perdido algo. Y que también tenía derecho a sufrir por ello.

Confundida, Nanette dio unos pasos hacia el centro de la cocina, buscando alcanzar una de las sillas para escuchar lo que fuera que Amelia quisiera contar en una postura más cómoda. La verticalidad empezaba a fallarle, y toda aquella confesión, que pintaba a Tucker como un chico capaz de sentir pena y tristeza, la mareaba aún más. Desde luego, era una imagen que no conciliaba con la que ella tenía. Aunque empezaba a comprender que no había tenido todos los datos para juzgarle apropiadamente.

—¿Encontraste el cierre que buscabas cuando enfrentaste a... Orson? —Nanette le mostró una sonrisa suave.

—Encontré que le había estado echando de menos cada día. Cada palabra, gesto y pelea que habíamos tenido, todo lo bueno y lo malo, me causaba añoranza. —Amelia apoyó las manos sobre la encimera y sus hombros cayeron unos centímetros—. Quería alejarlo de un manotazo de la vida que me había construido, y echarle en cara lo bien que me iba desde que decidí irme de aquí. Contaba con que él me devolviera mis palabras con el mismo fuego. Lo que no esperaba... era descubrir tan pronto que ninguna de las armas con las que creía contar era mía en realidad.

—Una vez aquí, todo lo que eras en California perdió un poco de peso, ¿no es así? —aventuró Nanette, recibiendo una respuesta afirmativa. Suspiró, preguntándose, aunque no viniera al caso, si quedaría más té con el que bajar toda aquella información—. ¿Quieres que hablemos de todo eso?

Para su sorpresa, la expresión de Amelia se tornó aliviada, como si hubiera estado esperando mucho tiempo un ofrecimiento como aquel. En su rostro de mejillas sonrosadas, se dibujó la ansiedad que había mantenido oculta durante años, cuando ni siquiera consigo misma se había permitido compartir aquella realidad.

Nanette tiró de la silla en que había estado apoyada y se dejó caer en ella con torpeza. Esperó que los efectos del alcohol, que todavía embotaban su cerebro, se fueran disipando poco a poco. Y también esperó no tener que salir corriendo a vomitar. Decidió no moverse demasiado, por si acaso.

Amelia se sentó también. Miró de reojo a Nanette, entrecruzó los dedos y apoyó ambas manos sobre la brillante superficie de la mesa de la cocina. ¿Realmente, cuánto sabía de aquella chica? No mucho. Su abuela, que había desarrollado mucho cariño por la hija de Joe, le había contado algunas cosas, como aquella prueba extraordinaria que Nanette había hecho el verano anterior y con la que habría podido entrar como suplente al campeonato nacional de gimnasia artística si no hubiera rechazado la invitación. Por lo visto, el único motivo por el que Nanette había vuelto a subir a la barra de equilibrios había sido el probarse a sí misma que era capaz de hacerlo.

Ahora estudiaba en la universidad y ocupaba sus ratos libres como ayudante de entrenadora para jóvenes acróbatas. Parecía haber encontrado su lugar tras un gran tropiezo, y Amelia decidió, notando el peso de toda su historia cargado sobre sus hombros, que ese era el tipo de persona con el que le gustaría desahogarse.

—Mi madre y yo vinimos a Kendall después de morir mi padre —empezó, remontándose tan lejos como creía que era necesario para que Nanette, y ella misma, pudieran entender el pasado—. Mi familia paterna nunca fue una gran fan de que ellos se casaran... Él era un ingeniero brillante, y mi madre, enfermera. Por lo visto consideraban que no tenía ambición suficiente para estudiar medicina y, por lo tanto, no la veían con buenos ojos, pese a que mi padre fue feliz con ella cada día.

—¿De qué murió? —musitó Nanette, cuya mente embotada empezaba a concentrarse para unir todas las piezas.

—Un infarto. —Amelia no entró en más detalles—. Provocado por el estrés laboral al que estaba sometido. Irónico, ¿verdad? —Sonrió, pero no había nada agradable en su expresión—. Esa fue una de las peores etapas de mi vida. Quería

a mi padre y estaba muy unida a él, pero empecé a hacer cosas... que dejé de contarle. Poco antes de que muriera, me veía con un chico, de Plymouth. Hacía mucho desde que había roto con mi primer novio, y este chico, Perry, se lanzó a por mí en picado. Me sentí tan halagada... Estaba tan desesperada por recuperar la parte romántica de mi vida que no me di cuenta de que su repentino y potente interés en mí no era más que una mentira. —Una leve pausa. La mirada de Amelia perdida, quizá en un pasado que se había esforzado, en vano, por olvidar—. Le oí decir a sus amigos que estaba a punto de echarse atrás, que ninguna apuesta valía seguir fingiendo interés por la gorda de la clase.

Nanette extendió la mano sobre la mesa, sujetando con aprecio los dedos entrelazados de Amelia. Estaban fríos, sin embargo, ella hizo un gesto de desinterés con los hombros, haciendo ver que ese momento ya no dolía.

—Le creí. Creí a pies juntillas que aquello era yo, «la gorda de la clase», llevaba una talla con la que me sentía cómoda, pero eso se acabó en ese momento. Entré en un lugar muy oscuro, Nanette..., de apenas comer ni dormir, de subir y bajar escalones por la noche y ponerme cinturones apretados para que, al comer de más, me doliera el estómago. Empecé a adelgazar mucho y muy deprisa, que era lo que quería. —Amelia suspiró—. Mi padre no llegó a saberlo... y mi madre se enteró mucho después. Cuando mi peso había bajado hasta ser desconcertante, me llevaron al médico y ahí fue cuando me detectaron la diabetes tipo uno.

Le contó cómo la hizo sentir aquello. El momento en que la especialista le explicó el modo de inyectarse y le dijo que probablemente recuperaría el peso perdido la llenó de ira. Fue como si las palabras de Perry volvieran a resonar en su cabeza, y por eso hizo tonterías y no siguió el tratamiento con seriedad.

—Visité a la psicóloga y... la verdad es que recuerdo poco de lo que me dijo, pero no olvidaré nunca la mañana siguiente, cuando me levanté de la cama planteándome si debía o no saltarme la primera comida del día.

—¿Fue cuando supiste lo de tu padre? —Nanette lo intuyó con mucho acierto. Amelia asintió con la cabeza una sola vez—. No puedo imaginar lo que fue para ti.

—Me senté a la mesa, me tomé el desayuno hasta la última migaja y, después, me inyecté la insulina, mientras mi madre me miraba bañada en llanto, sin saber si debía alegrarse o temblar de miedo al verme tan... fría. El día del entierro llovía y había muchísima gente dándonos el pésame y diciendo las típicas cosas que se sueltan en esos casos... y yo solo podía pensar... que llevaba unos vaqueros de talla ridícula y que no me importaba en absoluto.

Sonrió un poco, más como una mueca cansada que como un gesto simpático. Luego continuó.

—Pasé los exámenes y luego mi madre y yo vinimos aquí, supongo que para ampararnos en mi abuela, que también sabía lo que era perder a alguien. —Emitió un suspiro y se miró las manos—. Un día, paseando por Planet Beach, me crucé con Orson y tuvimos... la conversación sobre zapatillas y conspiraciones más absurda y maravillosa que recuerdo. Me sentía yo por primera vez en muchos días. Me dio algo distinto en que pensar sin siquiera saber mí nombre. Nos enamoramos sin darnos cuenta.

—¿Qué pasó luego? —preguntó, intentando asimilar cómo todo aquello que estaba contándole Amelia, en apariencia tan bonito y feliz, había terminado de un modo tal que pronunciar su nombre ante Tucker era símbolo de peligro inminente.

—Pedí a mi madre pasar las vacaciones aquí cuando ella tuvo que volver a Plymouth a trabajar. En principio tuvo dudas..., recordando todo el asunto de Perry, pero no podía negar que yo estaba en mi lugar. Mi abuela abogó en mi favor y, de ese modo, mi romance con Orson cuajó de verdad. Estudiaba para mis finales en algún rincón del taller o en los sofás del salón de tatuajes, haciéndole compañía mientras trabajaba. Salíamos en sus ratos libres, paseábamos por la playa y... solía escaparme algunas noches de la casa de huéspedes para pasarlas con él.

Un leve sonrojo tiñó sus mejillas recordando aquellos momentos en particular. No era tan inocente como entonces, pues solo había habido un chico antes de Tucker y, en aquel momento, contaba también con la experiencia adquirida junto a Logan, pero, con todo, sus relaciones íntimas no habían tenido nunca la fuerza de aquellos días, quizá porque nunca había amado con la intensidad suficiente después de él.

—Yo no podía tomar la píldora por mi medicación para la diabetes, de modo que... usábamos preservativo cuando estábamos juntos. —Amelia carraspeó, desviando la vista una vez más hacia la mesa—. Una noche se rompió, y aunque quisimos creer que no había pasado nada... tuve una falta.

CAPÍTULO 15

*Porque todos quieren sentir los cuidados de alguien,
alguien a quien amar, dejando la vida en sus manos.*



—¿Te quedaste embarazada? ¿Ibas a tener un hijo con Tucker?

—A partir de ese momento, fue como si alguien hubiera tocado el botón del avance rápido. —Amelia se secó una lágrima rebelde que había escapado de sus ojos. Se miró los dedos húmedos con asombro, pues había estado segura de que ya no le quedaría llanto que derramar por aquel asunto—. Yo estaba muerta de miedo, pero Orson tomó una actitud... adulta. Demasiado, quizá. Empezó a hacer planes a toda velocidad, a tomar decisiones y a exigirme que no pensara ni me preocupara por nada. Me dijo que íbamos a casarnos, enseguida. Y que viviría con él hasta que las cosas fueran mejor. Juró encargarse del bebé y de mí, dijo que aquel sería su trabajo, que sería a lo que dedicaría su vida, sin discusión.

—¿Pero estaba contento? Quiero decir... —Nanette se tocó la frente. Las sienes amenazaban con explotarle mientras intentaba seguir el hilo de toda aquella información. ¿Cómo reaccionaba alguien ante una noticia semejante? Un hijo casi siempre era motivo de alegría, claro, pero en circunstancias como esa... Eráis muy jóvenes..., a él también debió cogerlo por sorpresa.

—No reflejaba ninguna emoción. Su mirada..., fue como si dejara de sentir, como si ya no habitara su cuerpo. Ese mismo día, después de bombardearme con todo lo que teníamos que hacer, me trajo aquí y me pidió que esperara unas horas. Me miró, dijo que hablaríamos pronto y... se dio la vuelta. No volví a verlo durante tres días. —Con la mandíbula tensa, Amelia tragó saliva, hundiéndose una vez más en la desesperación que la había acompañado en ese entonces—. Sola, oyendo a mi abuela intentando tranquilizar a mi madre por teléfono, me aferré a mi bebé cuando tuve que aceptar que Orson no iba a volver. Su padre se había casado por un motivo parecido, ¿lo sabías? Por el deber de un

hijo que venía en camino y las cosas acabaron en... desgracia para toda la familia. Me quedé encerrada en el dormitorio, asustada. No me atreví a ir al médico, ni a hacer comprobaciones. Estaba paralizada por el pánico, preguntándome qué sería de mis estudios, de mi futuro y mis planes..., cómo enfrentaría la vida con un bebé al que debía criar sola, sin la persona a la que quería, y entonces, en la madrugada del tercer día..., tuve mi periodo, y me quedé sin nada para sostenerme.

Nanette guardó un cauteloso silencio. Los restos de la sangría que le había dado Jimmy en la fiesta de inauguración del salón de tatuajes parecían haberse diluido por su sangre, pues era capaz de sintetizar todas aquellas palabras y hacerse una idea con relativa facilidad. O tal vez... todo fuera demasiado impactante como para seguir aferrada a la nebulosa del alcohol.

Una vez más, se planteó que la imagen de Tucker que ella había tenido hasta ese preciso momento no podía distar más de la realidad de la que era testigo. Vio a Amelia levantarse con torpeza, darle la espalda y enjugarse unas lágrimas que, por lo visto, no cesaban de caer. Como fruto de un embarazo no deseado, Nanette podía imaginar lo que aquellos tres días habrían supuesto para una joven con ambición y planes. La rotura inmediata de la vida tal y como la conocía, el temor a depender de otra persona para subsistir con la nueva situación y, al mismo tiempo, la certeza de que era tiempo de empezar a valerse por completo por sí misma.

Su madre, Greta, se había casado con Joe Chase y, al parecer, Tucker había tomado la misma determinación, claro que, por algún motivo..., parecía que luego se había desdicho de sus palabras. Algo no encajaba para Nanette, que era testigo externo de aquellos recuerdos, y dado que Amelia le había mostrado la confianza suficiente como para abrirse en canal y mostrarle parte de su pasado, decidió que podía arriesgarse a arañar más la superficie.

—¿Qué ocurrió con él? —le preguntó, ganándose con ello su atención—. Juró que os casaríais enseguida y lo tenía todo muy planeado...

—Se fue, ya te lo he dicho —contestó Amelia, que se había apoyado en la barra con forma de U de la cocina de su abuela—. Durante esos tres días tuve que hacerme a la idea no solo de que el chico del que estaba enamorada había huido, sino de que ese bebé, mi bebé... iba a ser todo lo que me quedaría para enfrentar los cambios de mi vida. Y después...

Después, la dolorosa verdad. Nanette sabría más adelante, cuando Amelia estuviera preparada para contarle más detalles, que la medicación para la diabetes había confundido el test de embarazo que le habían hecho a Amelia. Un falso positivo había vuelto su vida del revés en setenta y dos horas.

—¿Qué pasó cuando Tucker volvió?

—Vino a buscarme, claro. —De un manotazo, Amelia se apartó el pelo a un lado—. Dijo que teníamos que hablar, pero yo le ahorré cualquier discurso, y le eximí de toda responsabilidad. Le grité... a la cara, entre llantos histéricos, que no había ningún hijo, así que era libre de darse media vuelta y volver adonde fuera que se hubiera estado escondiendo durante tres días. No sé si... estaba con alguien o si volvió porque la conciencia así se lo dictaba. No le escuché. Ni una sola palabra. Por lo que a mí respectaba, me había dejado sola, había querido y perdido a mi bebé sola, y en ese momento... no le necesité.

Fue el turno de Nanette de incorporarse. Con una agilidad sorprendente, fue capaz de erguirse con decencia, aunque se sujetó al respaldo de la silla, por si acaso. Le parecía mentira que estuviera a punto de actuar como abogada defensora de Tucker, pero el dolor que cruzaba el semblante de Amelia le decía, con más elocuencia que cualquier palabra, que ella necesitaba poderosamente alguien que le hiciera ver dónde habían estado sus errores.

—¿No le preguntaste por qué se había ido, ni adónde?

—Lo que cuenta es lo que hizo, Nanette. No estuvo cuando yo...

—¿Pero de verdad no quisiste saber por qué? Amelia..., un chico que reacciona con esa seguridad, que hace todas esas promesas y juramentos y nunca, hasta ese momento, ha demostrado ser indigno de confianza... ¿No te planteaste cómo era posible que hubiera cambiado tan pronto de opinión? ¿No pensaste que algo podría haber ocurrido?

La vio derrumbarse. Amelia O'Brien, la chica resuelta que le había dicho en el vuelo hacia Kendall que Tucker no era nada para ella, estaba rota por los cuatro costados. Con un leve temblor, asintió con la cabeza. Su bonita melena oscura le tapaba parte de la cara, y la culpa, ese enemigo voraz que va carcomiéndonos por dentro, parecía estar dándose un festín con ella. Lo que fuera que había sostenido su postura de máxima damnificada se había volatilizado en mil pedazos.

—Fue... tan fácil. Yo solo tuve que dejar que me arrojaran. Mi madre, mi abuela... recogieron las maletas, volví a Plymouth y luego me matriculé en la UCB de Florida, diciéndome que era la víctima principal de todo aquel asunto, que era la única que sufría la pérdida y la decepción. Que solo yo lo sentía. — Amelia arrancó una servilleta del rollo que descansaba sobre la encimera y se enjugó la cara. Parte de su rímel impregnó el papel, manchándolo de oscuro —.Nunca tuve el tiempo para preguntarme qué habría sido de Orson, o si él había sentido pena por ese hijo que creímos que íbamos a tener. Fui... tan egoísta, Nanette, pero me dolía demasiado para darme cuenta.

—Y ahora lo sabes —resumió ella, que veía en la pena de Amelia algo más que vergüenza o egoísmo. Veía un amor que había tenido que matar por razones

que ya no le parecían justificadas—. No puedo decirte cómo habría reaccionado yo de estar en tu lugar, y soy la primera sorprendida en estar defendiendo a Tucker, pero creo que merecía algo más que un portazo sin respuestas.

—Durante los dos días que tardé en estar lista para irme de aquí, estuvo bajo mi ventana, cada vez a más distancia, porque mi abuela le amenazó con llamar a la policía, pero ahí, sin moverse. Las primeras horas las pasaba gritándome cosas a las que no presté oídos, pidiendo que le dejara hablar, después... solo aguardaba en silencio, con los faros del coche encendidos, esperando.

Amelia se quitó las gafas, cuyos cristales probablemente se habrían empañado. En el silencio que reinó en la cocina, solo el reloj de pared, anunciando la una de la madrugada, fue audible. Poco a poco, el llanto cesó para convertirse en una serie de suspiros cansados, llenos de incertidumbre y dudas que no encontraban solución.

—Orson también perdió algo aquellos días —dijo en un susurro, mirando a la nada a través de la ventana, que solo le devolvía su reflejo—. Le escupí a la cara que no había ningún hijo, y... no tuve en cuenta que quizá se había hecho ilusiones también. Yo solo pensé...

—También te perdió a ti, Amelia. —Nanette, que se había acercado despacio, le puso la mano en el hombro. Quiso tener las palabras que consolaran el sentimiento de culpa de Amelia y decírselas para que pudiera superarlo, pero comprendió que aquella sensación era justo lo que ella necesitaba. Sufrir lo que había mantenido escondido tiempo atrás, porque solo así por fin sanaría la herida—. No sé si... la boda y todo eso habría salido bien. Ni si las promesas y juramentos precipitados habrían tenido futuro, lo que sé, y eso puedo decirlo con seguridad aun conociendo muy poco a Tucker, es que él te quería Amelia. Y no creo que lo haya dejado atrás, porque está claro que verte y remover todo esto todavía le duele. Tú perdiste la idea de ese bebé al que te agarraste enseguida, y también al chico que querías. Él tuvo exactamente la misma pérdida. Ahora que lo has comprendido, la pregunta es: ¿qué vas a hacer?

Amelia levantó la vista de sus pies, cansada de mirarse las zapatillas y esconderse tras el pelo que no había tenido ánimos de recogerse. Giró la cara, mirando el semblante amable de Nanette, y entonces..., de alguna manera, lo supo.

—Tengo que hablar con él —declaró dejando de reprimir las ganas que tenía de enfrentar a Tucker cara a cara y sin máscaras. Esta vez no se escondería tras un enfado o una ofensa fingida. No habría madre ni abuela, ni circunstancias tras la que escapar. No iba a poner tierra de por medio, ni echaría a correr—. Le debo más que una disculpa. Y quiero escuchar todo lo que tenga que decirme,

aunque llegue con retraso; si aún quiere dar explicaciones, y sacarse de dentro su parte de reproches, le daré esa oportunidad. —Con el dorso de la mano, Amelia apartó las últimas lágrimas que discurrían por sus mejillas. No sonrió abiertamente, pero sus labios se curvaron en un gesto que, por fin, traslucía amabilidad—. Después de tres años como el malo del cuento, se acabó.

* * *

Aunque Tucker no se tenía por especialmente perspicaz, algo le dijo, una vez que cogió la curva que daba hacia el taller, que se avecinaban problemas. No sintió ningún sudor frío bajándole por la nuca, pero la sensación le acompañó por todo el camino de entrada, y cuando el Corolla quedó estacionado en batería en el aparcamiento para empleados, y oyó las voces airadas, pero todavía incomprensibles, que venían de la oficina, sus temores se ratificaron.

Como se le habían olvidado las gafas de sol en algún sitio, hizo visera con la mano y reconoció el vehículo antes que a los protagonistas del problema que fuera que estaba teniendo lugar. El Impala, reluciente como siempre, tenía la puerta del conductor abierta y esperaba, parado en horizontal, ante uno de los surtidores de gasolina. Al girar el cuello a la izquierda, Tucker reconoció la Harley Davidson Dyna de Dean —un modelo cojonudo, tuvo que admitir. La Super Glide Sport de 2003— y, por arte de magia, las piezas encajaron en su sitio.

El dibujo resultante no le hizo ninguna gracia.

—Mierda —gruñó, aunque no había nadie que pudiera oírlo.

Empezó a andar a buen ritmo, oyendo por fin la diatriba con más claridad. Anders Mollin, el setentón dueño del Chevrolet Impala, llevaba una boina gris y un chaleco a cuadros que parecía más adecuado para un torneo de golf que para visitar el taller. Alzaba la mano y señalaba con amenaza, con el juego de llaves bien sujeto, hacia el joven alto y de pelo largo que estaba apoyado con pose indolente ante la puerta que daba a la oficina. Con su escaso metro sesenta, Anders tenía puestas unas gafas oscuras de aviador sujetas con un cordón que se le iban balanceando en su cara delgada conforme se movía. Parecía realmente molesto, algo insólito hasta la fecha.

Tucker oteó el horizonte, buscando algún refuerzo, pero el único empleado a la vista era Frank, el electricista, que en ese momento estaba metido en la cabina de un 4x4, con la cabeza agachada en sus cables, aparentemente ajeno a dramas que no iban con él. Con un suspiro, y componiendo una sonrisa que

estaba muy lejos de reflejar humor alguno, Tuck emitió un suave silbido que dio por finalizado el rapapolvo que estaba recibiendo Dean.

—Señor Mollin, ¿otra vez por aquí? —Le tocó al hombre el brazo, dándole unos golpecitos amistosos. La mandíbula endurecida de Anders le dijo que no tenía el día para amables charlas banales—. ¿Hay algún problema?

—¡Vaya si lo hay! —Dean bufó, descruzando los brazos para remangarse la camisa azul de cuadros. Se apartó el flequillo de la frente y negó con la cabeza, para consternación de Mollin, que parecía ver en cada gesto del joven un insulto directo hacia su persona—. ¿Le parece adecuada esa actitud con un cliente? Si le digo que algo anda mal, es que algo anda mal. ¡No va usted a conocer mi coche mejor que yo, muchacho!

—Le repito que a ese coche no le pasa nada.

Imaginando por donde iban los tiros, Tucker movió parcialmente el cuerpo para interponerse entre Anders y Dean, que les ganaba a los dos en altura por varios centímetros. Mollin era un cliente especial, y había pocos mecánicos que supieran lidiar con su extrema dedicación hacia el Impala. Tuck era uno de ellos.

—¿Quiere contarme qué pasa, Anders? Llevo las revisiones de esta maravilla desde hace mucho tiempo, lo tengo bien calado.

Tucker le hizo un guiño, y el anciano pareció contentarse con aquella muestra de atención. Con toda la prisa que podía darse un hombre con dos prótesis de cadera y una rodilla casi biónica, ocupó el asiento del conductor, metió la llave con dedos sorprendentemente firmes y... encendió el limpiaparabrisas. Señaló hacia el salpicadero, haciendo gestos de asentimiento con la cabeza cada vez que las escobillas efectuaban una pasada por la luna delantera. Tucker se acercó, poniendo su expresión más seria, y esperó. Nada en absoluto.

—Ahí está. ¿Lo oyes? Hay un soniquete..., casi no se percibe, pero si uno presta atención...

—¡Por Dios, hombre! —Dean dejó la zona segura de la oficina y se aproximó en un par de zancadas. Señaló el Impala con su largo brazo e hizo gestos de incredulidad hacia Tucker, que intentaba fulminarlo con la mirada, sin éxito—. Lo único que puede oír, y es decir mucho con el sonido ambiente, es el ruido que hacen las escobillas recién cambiadas al entrar en contacto con el cristal.

—¡Bueno, bueno, otra vez esos aires! —Mollin dio un golpe al volante, negando con la cabeza—. ¿Cómo se atreve a menospreciar mis conocimientos? Conozco cada palmo de este coche, joven, y cada ruido que hace está grabado en mi memoria con la precisión de un relojero suizo.

Dean puso los ojos en blanco, ignorando la patada que Tucker le dio por lo bajo.

—¡Pero es que no hay ningún ruido!

—¿Y qué sabrá usted, aspirante? ¡Ni siquiera se ha tomado la molestia de examinar el coche! Francamente, dudo de que sepa abrir el capó, o el nombre técnico de piezas cuyo uso, seguro, también desconoce.

Ofendido, Dean abrió la boca para contestar lo primero que se le pasara por la cabeza, pero esta vez Tucker le agarró por el codo, cansado de sutilezas que, por lo visto, no iban a llevarle a nada. Aunque había resbalado antes, Dean nunca había resultado un problema mayúsculo hasta aquel momento, cuando estaba empezando a sacar peligrosamente de quicio a uno de los mejores y más queridos clientes del taller. Si el jefe se enteraba de que Anders Mollin se iba de allí a las malas, los dos, Tucker y Dean, acabarían en la calle.

Tuck quería a su hermana, pero no perdería el trabajo por aquel novio recién llegado que no tenía ni pizca de mano izquierda.

—Creo que podría ser un pequeño cortocircuito del motor interno del limpiaparabrisas —comentó de la nada, como si el intercambio de palabras entre los dos hombres no hubiera tenido nunca lugar—. Lo sabré con certeza desmontando un par de piezas del motor, nada grave, solo para revisar la instalación y evitar fallos eléctricos.

—¿Qué? ¡Venga ya, Tucker!

—Dean, ¿por qué no vas a la oficina y organizas las facturas por colores? —Tuck le señaló con el índice la dirección, como si hubiera posibilidad de perderse—. Solo pueden ser blancas, o copias rosadas. No debería llevarte mucho tiempo.

Aunque fue evidente que se tragaba una respuesta mordaz, Dean obedeció yéndose a la oficina en silencio. Satisfecho más allá de lo que las palabras podían expresar, Anders se hinchó como un pavo real. Estiró la mano y señaló con ella hacia Tucker, al que miraba con el aprecio que habría iluminado su mirada al contemplar a un hijo propio, de haberlos tenido.

—¡A eso mismo me refería yo! —comentó, más contento que unas pascuas—. Un cortocircuito..., estos cacharros... nunca dejan de darnos la lata, ¿eh? Cuanto más los cuidamos...

—Y que lo diga, señor Mollin. Vive uno para pagar sus caprichos.

Siguiendo el protocolo de costumbre, Tucker acompañó a Anders a la oficina, donde rellenó una ficha y recogió las llaves del Impala. Mientras el hombre le iba diciendo, con un tono lo bastante alto para que Dean pudiera oírlo, que era un placer que alguien que sabía de su oficio le hubiera atendido por fin.

—Espero que tu jefe sea lo bastante avisado para no dejarte ir, Tucker. No puede permitirse mecánicos de segunda —masculló, echando miradas de soslayo hacia la ordenada mesita donde Dean se afanaba en hacer montoncitos con las facturas, con el cuello bajo y la mandíbula tensa.

—Eso mismo espero yo. —Le dio el resguardo de la ficha de recogida y luego, como siempre, pidió un taxi para que llevara a Anders a su casa—. Le llamaré mañana, pero no quiero precipitarme.

—Tómate el tiempo que sea necesario.

Una vez Mollin se alejó en el taxi, Tucker substituyó el gesto afable por la cara de bulldog que le salía de forma natural. Con los brazos caídos a los lados del cuerpo, volvió a la oficina y miró a aquel tipo, al que le habían impuesto basándose en unos conocimientos que hasta la fecha, brillaban por su ausencia, y estalló.

—¿Pero qué coño crees que haces, Dean?

El aludido, que acababa en ese momento con los papeles, se sentó en una esquina de la mesa, señalando el trabajo hecho con ademán insolente. Balanceó las botas de trabajo, que debían ser de un saludable número cuarenta y cuatro.

—Lo que me has pedido. Perder el tiempo con tareas de mierda.

—Oh, perdona, ¿te parece poco importante organizar documentación dadas tus asombrosas cualidades para la mecánica?

—¡Soy un buen mecánico, joder!

Reaccionó con tanto fuego que Tucker dedujo, acertadamente, que no era la primera vez que alguien tildaba de inútil a aquel crío. Intentando por todos los medios mantener la calma, porque si estallaban los dos, corrían el riesgo de provocar una explosión en medio del taller, Tuck mantuvo las distancias, aunque no bajó el tono ni le dio a sus palabras un matiz menos cortante del que tenían.

—Hasta ahora, no es esa la impresión que tengo —le dijo sin contemplaciones, colgando de una pared cubierta de ganchos, las llaves del Impala—. Parte de nuestro trabajo consiste en tratar con toda clase de clientes, que, por si no lo has oído nunca, siempre tienen la razón. Respeto y atención, Dean. Y desde luego, menos poses de tío macarra.

—¿Y eso me lo dices tú? —Al negar con la cabeza, su pelo oscuro se removió. Aquel chico habría valido para vender champús, Tucker lo había pensado desde la primera vez que lo había visto. Eso, y que si tocaba mucho a su hermana quedaría poco de él que valiera la pena anunciar—. No creo que haya nadie con más pinta de tío sobrado que tú, y no es un jodido cumplido.

—Me da igual lo que pienses de mi pinta, chaval. Eso no tiene importancia, lo único que cuenta es tener satisfecho al cliente.

—¿Aunque nos estemos aprovechando? —Dean señaló la copia del albarán de recogida del coche de Mollin, que todavía estaba sobre la mesa—. ¿Por ganar cuatro dólares vas a retener un coche al que no le pasa nada?

Tucker bufó, poniendo la mirada en el techo e intentando recordar hasta dónde tenía que contar uno antes de empezar a mostrar enfado de verdad. ¿Por qué últimamente no hacía más que tener movidas en el trabajo? Desde los dieciséis años había sido un trabajador serio y responsable, de los que los jefes recomendaban y en los que la gente depositaba su confianza. Aquellos problemas, gritos y peleas eran una costumbre con la que no se sentía nada cómodo, y que tenía que arreglar cuanto antes.

—Anders Mollin no es un cliente cualquiera, Dean. Quiere al Impala más que a nada en su vida, porque es lo único que le queda. Dedicarse a él y tener conversaciones sobre faros torcidos y cambios de aceite es su manera de pasar el tiempo. Así se siente útil.

—¿Y eso justifica que le sigas la corriente con unas averías que, en realidad, no están ahí? —Dean se apoyó en la pared, cruzando sus largos brazos sobre el torso ancho. Tucker temió que las paredes de pladur cedieran ante su estatura—. No nos hace mejores profesionales engañarle y cobrarle por nada.

—No, claro —Tucker se permitió una sonrisa cínica—. Nos hace buenos faltarle al respeto a un hombre de setenta tacos que solo quiere un poco de atención. Métete esto en la cabeza, Dean, aquí no estafamos a nadie, solo nos aseguramos de que el cliente quede contento y decida volver.

—¡Pero el coche no tiene nada!

—¡Sé que no tiene nada! —Tucker se arrancó la cinta del pelo con nerviosismo, atusándose los ondulados mechones hasta tener aspecto de loco—. Pero él cree que sí, y no hacemos daño a nadie teniendo el coche aquí un par de días, limpiándolo bien y cobrándole el mínimo por el lavado en seco.

Por fin, Dean pareció entenderlo, pues los hombros le bajaron unos centímetros y su mirada ardiente bajó algunos grados. Tuck alzó la ceja, como diciéndole sin palabras que a eso venían las patadas y gestos sutiles de hacía un rato.

—Nos podríamos haber ahorrado todo esto si me hubieras contado cómo iba el protocolo, en vez de tenerme archivando papeles y haciendo recados que no tienen nada que ver con la mecánica.

Tucker soltó una carcajada poniéndose una vez más la cinta sobre la frente.

—Te mandamos a por suministros con una lista que hasta un niño de primaria habría podido seguir, Dean. Trajiste cinco artículos mal y fuiste incapaz de hacerte responsable de ello. —Enumerando, Tuck empezó a contar con los dedos—. Mal seguimiento del diario de trabajo, no anotas los cambios de aceite

ni el nivelado de ruedas, te haces un lío para seguir los libros de pedido, no informatizas de forma correcta las facturas... ¿Cómo voy a dejar que le metas las manazas a un motor, si cosas tan simples como esas te vienen grandes?

—Soy un buen mecánico —repitió Dean, con tono monocorde—. Podría desmontar la Dyna y volver a ponerla a punto con un cronómetro.

—Que seas rápido con tu propia moto no me prueba nada, tío. Lo siento, pero no te tengo confianza, y cuanto más veo la forma en que te desenvuelves..., menos me creo toda esa buena maña que dices que tienes.

Dean abrió la boca para defenderse, pero se lo pensó mejor, porque guardó silencio. Soltó una risilla inquieta y después se separó de la pared, limpiándose unas manos que no tenían rastros de aceite, en la parte trasera de los vaqueros. Revolvió en los bolsillos hasta encontrar sus llaves y luego pasó delante de Tucker, encaminándose a la salida de la oficina con una vergüenza mal disimulada de orgullo.

—No necesito esta mierda —rezongó, haciendo ruido con las botas al pisar con más fuerza de la necesaria—. No voy a perder el tiempo cuando está claro que no estás dispuesto a darme una oportunidad para demostrarte nada.

—Las oportunidades hay que ganarlas. No estás haciendo ningún mérito, reconócelo ante ti mismo. A lo mejor si fueras menos orgulloso, podrías tener futuro y aprender algo. —Tuck se asomó a la puerta, viendo como la larguirucha figura se alejaba.

Con un movimiento muy fluido, Dean se subió a la moto, abrochándose el casco con pericia y haciéndola rugir con un giro del manillar.

—Ya..., pues a lo mejor si tú no tuvieras los ojos metidos en el culo, verías lo que sé y me sacarías la cabeza de esos papeles. Pero no creo que ninguno de los dos vaya a cambiar, ¿verdad? Para qué seguir insistiendo.

Dio un acelerón y se perdió de vista, dejándole a Tucker la certeza de que aquel día problemático no había hecho más que empezar.

Como aquella semana le tocaba cerrar el taller a Frank, Tucker dio por terminada su jornada a las siete. Se lavó la cara y los antebrazos en el pequeño aseo y una vez que tuvo los dedos lo bastante limpios como para que la pantalla de su móvil le reconociera la huella dactilar, pudo desbloquearlo para revisar el aviso que había sonado mientras cambiaba el embrague a un sedán verde oliva.

Un mensaje de su madre lo citaba a cenar, aunque era evidente, por la falta de vocales y signos de puntuación, que lo había escrito Bianca. Con un suspiro cansado, Tuck pensó en negarse, pero como aquella semana todavía no había cubierto su cupo de dramas, decidió que más le valía ahorrarse la discusión y presentarse en casa para lidiar con lo que fuera que le tuvieran preparado.

Se despidió de Frank de pasada y encendió las luces cortas para recorrer el corto trayecto hasta la casa de su madre. Ni siquiera puso la radio para hacer más amena la conducción, pues esperaba, con la certeza que da la fuerza de la costumbre, que los ánimos fueran decayendo cada vez más conforme pasaran las horas. Para cuando estuviera recluido en su estudio, oculto en la parte trasera del salón de tatuajes, la tensión de la nuca se le habría multiplicado y el balance de aquel día pasaría de malo a infernal.

Como si no hubiera tenido bastante con el enfrentamiento entre Dean y Anders Mollin, ahora tenía que lidiar con Krista y su perpetuo duelo incomprensible. A menudo, Tucker se preguntaba qué mal podía haber hecho en otra vida para tener que pagar semejantes tributos en esta.

Aparcó delante de su casa, justo detrás de la chatarra de segunda mano que llevaba y traía a su hermana, cuando no estaba en el taller para que él lo fuera parcheando. Se agachó para mirar el dibujo de los neumáticos, presionando con las deportivas para comprobar el nivel de aire. Por lo menos aquello estaba bien, aunque el color de la chapa fuera irreconocible por culpa de una capa de mugre con un grosor vergonzoso.

—Lava el puto coche, cría —vociferó Tucker, nada más poner un pie en el recibidor de su casa, cuya puerta principal había abierto con su propia llave.

Bianca, que estaba empezando a colocar los cubiertos en la mesa del comedor, le hizo una peineta con el dedo corazón. Después se acercó a él, dando una especie de saltitos que hicieron que sus formas femeninas se dejaran notar. Tucker apartó los ojos como si la visión de aquellos pechos le quemara las retinas y se agachó con obediencia para que ella le besara la mejilla.

—Aféitate —le dijo ella en respuesta, ignorando por completo su orden, para no variar—. Eso de que a todas las mujeres les gustan los tíos con pinta de estibadores es un rumor.

—¿Qué sabrás tú lo que les gusta a las mujeres, si tienes ocho años?

Ella puso los ojos en blanco y siguió a lo suyo. Tucker dejó la cazadora colgando del perchero, y tan pronto como cortó la acostumbrada discusión con Bianca, se percató de que había algunas cosas... que no encajaban. Para empezar, la casa estaba impoluta a un nivel enfermizo. No es que su madre fuera desordenada, ni mucho menos, pero llevaba un tiempo bastante relajada con el tema de alinear los cojines y sacar brillo al suelo de madera. Además, estaban poniendo la mesa del salón, cuando normalmente ellos tres solían cenar en la cocina, cogiendo cualquier cubierto del lavavajillas y utilizando a modo de plato los envases de comida preparada del sitio al que hubieran hecho el encargo.

Y luego, estaba el olor. Un olor delicioso que casi hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Cuando puse en el mensaje cena casera... —Bianca, que había interpretado muy bien su estupefacción, le hizo señas en dirección al pasillo—. Eso era exactamente lo que quería decir.

Pasando por alto el hecho de que solo había entendido unas pocas palabras de todo aquel lío de emoticonos y símbolos, Tucker cruzó el salón y entró en la cocina, donde Krista estaba removiendo algo a buen ritmo. Ni siquiera tuvo que echar un vistazo para saber que se trataba de las patatas con aliño de su madre, plato que le hizo rugir el estómago de anticipación. El horno encendido, además, reveló una fuente alargada que contenía algo cuyo aroma se alzaba en el aire, llenando aquella estancia, normalmente fría y en desuso, convirtiéndola casi en algo mágico. Como uno de esos decorados de programas de televisión.

A Tucker se le hizo la boca agua.

—Lasaña —dijo con voz ronca, de forma casi reverencial—. Me cago en la puta, estás haciendo lasaña.

—De carne picada y tomate natural. —Krista se dio la vuelta y le dedicó su gesto de «esas palabras no son necesarias en esta casa», todavía con los dedos pringados del aliño en el que estaba removiendo las patatas—. En cuanto la saque para que repose, meteré esto unos minutos. ¿Tienes las manos limpias? Hay limonada en la nevera. Cuidado con la jarra, acabo de comprarla.

—Sí, señora.

Tucker se sirvió un vaso, sin reparar demasiado en los botellines de cerveza medio escondidos detrás de los fiambres y yogures bajos en calorías. Él no bebía alcohol, y esperaba de todo corazón que Bianca tampoco, por lo que solo podían ser de su madre. Sin embargo, aquella estampa casera era demasiado buena como para romperla tan pronto con una dosis de cruel realidad.

Se acodó en la encimera, viendo a Krista trastear de un lado para otro. Todavía no se había retocado el tinte del pelo y las canas asomaban en su cabeza, pero la melena le lucía limpia y bien recogida en alto. Además, llevaba un suéter bastante favorecedor y unos pitillos muy ceñidos que le recordaron a Tucker un hecho que había olvidado: su madre aún era joven y tenía muy buen tipo.

—Estás cañón hoy, mamá —comentó dando un sorbo a la limonada. Incluso le silbó con toda la grosería que fue capaz.

—No digas tonterías. —Con las manoplas para el horno puestas, Krista se agachó para vigilar la lasaña de cerca—. Dos partos, un marido enterrado y ese maldito jardín de atrás con una mala hierba que no para de crecer..., estoy destrozada por todas las costuras.

—¡Qué dices! —Tucker se acercó y volvió a agacharse, esta vez, para besarle la coronilla a su madre, que le sonrió encantada—. Tienes un motor con piezas de fábrica y la chapa sin un solo rasguño.

—Así que soy un buen coche, ¿eh?

—De primera categoría, seis marchas y con estéreo.

Cuando Krista soltó una risilla, algo casi muerto en el pecho de Tucker despertó. La impresión fue tan intensa, tan brutal, que tuvo que dejarse caer contra la pared para soportar la onda expansiva. Con los ojos un poco nublados, observó la escena como si la viera a través de la pantalla de una película. Su madre reía y se movía de un lado a otro, sacando fuentes relucientes y removiendo una salsa que había colocado sobre la rejilla de la cocina de gas. Se había subido el dobladillo de los vaqueros, y el desvaído tatuaje de una sirena que llevaba en el tobillo, fruto de un ataque de rebeldía juvenil, estaba visible. Llevaba puesta una pulsera de plata que el propio Tucker le había regalado para su último cumpleaños y, que él supiera, no había estrenado aún.

Cuando la vio sacar la lasaña y meter las patatas con aliño, concentrada en tareas mecánicas que parecía no haber olvidado, Tucker cerró el puño y se lo pasó por los ojos a toda prisa, sorprendido de que algo húmedo estuviera a punto de escurrir por sus mejillas. Le había conmocionado la normalidad de aquella escena, y, de pronto, sintió un deseo salvaje de quedarse en esa cocina, al cuidado de una madre que le daba instrucciones sobre la mejor manera de llevar la bandeja caliente a la mesa sin quemarse las manos, para siempre.

—¿Me estás oyendo? —preguntó Krista, con un brazo en la cadera y la ceja oscura alzada. Chasqueó los dedos de la mano izquierda ante la cara de Tucker, que salió de su ensoñación solo para sonreír como un tonto, avanzar unos pasos, y abrazar a Krista con tanta fuerza que la movió del sitio—. ¡Pero bueno! ¿Y esto? La última vez que hiciste algo parecido me habías cogido dinero de la cartera sin permiso.

—Me alegro de estar aquí —contestó él sin más, porque era la verdad—. Había tenido un día de mierda y la verdad, mamá, pensé que me esperaba más de lo mismo. Me equivocaba. Joder..., me equivocaba y no sabes cuánto me alegro.

—Harías bien en tener un poco de fe en lo que queda en pie de esta familia. Puede que seamos solo pedazos..., pero son pedazos buenos. —El timbre sonó en ese momento y Krista volvió a sonreír. Levantó la mano e intentó en vano organizar el nido ondulado de pelo que su hijo tenía sobre la frente, acto reflejo con el que, por lo visto, aún no pensaba darse por vencida—. Parece que ya estamos todos. A las patatas les quedan unos minutos, lleva eso fuera, y no quiero manos dentro de la lasaña hasta que estemos sentados.

Confundido, Tucker agarró la fuente con las manoplas y volvió sobre sus pasos para dejarla en el centro de la mesa del comedor. Se preguntó, con la incomodidad que tan poco tiempo había podido relegar de su estómago nuevamente alerta, a quién demonios se habría referido su madre con eso de

«estamos todos»; que él supiera, en aquella familia no eran más que tres miembros, y todos estaban ya bajo el mismo techo.

Una vez en el salón, con la lasaña a salvo y sus manos libres de nuevo, sus dudas quedaron resueltas con solo levantar la vista. Con un semblante bastante tenso, el casco de la Dyna entre los dedos y sin saber dónde meterse, aguardaba Dean, que estaba siendo recibido por una muy entregada Bianca. Tucker carraspeó justo a tiempo al verlos acercarse, antes de que los dos tortolitos pudieran siquiera pensar en utilizar los labios para algo que no fuera decir *hola* o *adiós*. Con los ojos encendidos en algo que iba entre el enfado y la vergüenza, el altísimo joven se encogió de hombros.

—Bi se empeñó —dijo a modo de excusa en dirección a Tucker, que había apoyado las palmas de las manos en una silla por no estrangularle con ellas—. Dijo que su madre me había invitado y...

—Claro que sí. —Radiante, Bianca entrelazó sus pequeños dedos con la enorme manaza de él—. Eres mi novio y quiere conocerte, ¿cómo no iba a invitarte?

A Dean se le sonrojaron las orejas, y estaba claro, que de haber podido, habría salido corriendo, pero no desdijo las palabras de Bianca. No parecía encantado con la idea de aquella floreciente relación, o tal vez... lo estaba demasiado. Tucker no fue capaz de leer correctamente su expresión, habida cuenta del malestar que estaba dispersándose por cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Como si no hubiera tenido bastante de Dean durante aquel día, iba a tener que compartir la primera cena casera de su madre con él.

—Perfecto —masculló, tirando de la silla para sentarse, con la mandíbula tensa y toda la calidez de la mirada sustituida por un frío descorazonador—. Seguro que será una velada tranquila e inolvidable.

Bianca le miró con el ceño fruncido, preguntándole en código fraternal, sin palabras pero con gestos muy claros, qué ceño le pasaba. Tucker no contestó.

Aunque la cena estaba muy rica, solo Krista y Bianca disfrutaron de ella. Las miradas tensas entre Dean y Tucker se sucedieron durante toda la velada, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Tuck esperó que su comportamiento seco y poco hablador fuera interpretado solo como su rechazo a la presencia del novio de su hermana pequeña —que, además, no era mentira—, pues no le parecía que aquel fuera el momento apropiado para destapar la realidad de su enfado con Dean.

Bianca hablaba sin parar de su último examen de literatura clásica, donde había bordado el comentario de texto sobre Byron. Ya paladeaba otro sobresaliente, para orgullo de Krista, que se sirvió lasaña dos veces y había

sorprendido a los presentes con una tarrina enorme de helado de menta. Tucker intentó llenar su mente con la satisfacción que le producía que su madre hubiera ido al mercado y comprado ingredientes para una cena familiar más que maravillosa, pero era incapaz de apartar su mirada de Dean, cuya incomodidad apenas le dejaba coger los cubiertos sin que le temblaran las manos.

¿Estaría mintiéndole a Bianca? ¿La habría engañado con sus supuestas dotes de mecánico para ganarse su confianza y conseguir un trabajo en el que destacaba por su increíble torpeza? ¿Su hermana le gustaba de verdad o se mostraba tan distante porque estaba usándola? Tenía que encontrar la manera de decírselo a Bianca, decidió mientras daba vueltas al helado, que empezaba a derretirse, y de hacerla ver que no estaba en contra del joven solo porque a ella le gustara, sino porque, al parecer, su capacidad para trabajar con vehículos no era más que un mito.

Como ni podía ni quería armar un escándalo la única noche que en su casa todo había ido bien, Tucker se ofreció para ayudar a Krista a recoger la mesa y dejó a su hermana ir al porche con Dean. Intentó tenerles controlados a través de la ventana de la cocina mientras lavaba los platos, pero Bianca no era tonta, y supo mantenerse apartada de ojos indiscretos. Por lo visto, cada vez tenía menos de cría, por más que él se empeñara en seguir viéndola así.

—¿Qué te parece? —oyó preguntar a su madre, que estaba metiendo los restos de la lasaña en un envase hermético para refrigerarlos—. Dean. Es un poco callado, pero no se le ve mal chico. Bianca dice que es muy trabajador y autosuficiente. Me recuerda un poco a ti.

Tucker masculló algo, pero, por suerte, Krista no pudo oírlo. Dean era mucho más gallito de lo que había demostrado en la cena, con aquella camisa a cuadros y su pelo por los hombros peinado con la raya en medio. En el taller había reaccionado con un orgullo y un mal encaramiento que, desde el punto de vista de Tuck, no tenía justificación. Hasta la fecha no había demostrado más que poco entusiasmo y mala gana por las tareas básicas encomendadas, así pues, su opinión sobre él estaba lejos de ser positiva.

—Dale una oportunidad —le dijo Krista, poniéndole un trapo en el hombro para que se secara las manos—. Bianca está feliz, como una chica adolescente de su edad. Duerme bien, come mucho, estudia y tiene amistades. Es normal.

—Es perfecta —coincidió Tucker, que había visto el mismo brillo en el semblante de su hermana que su madre. Un miembro de la familia sin sombras en la cara, toda una novedad—. Que me guste verla contenta no significa que vaya a quitarle la bota de la garganta de ese tío. Por ahora.

Krista sonrió, seguramente, porque ya se lo esperaba.

Cuando consideró que les había dado tiempo más que de sobra, Tucker rebuscó entre los bolsillos de su cazadora la cajetilla de cigarros rancios de la que echaba mano de tanto en tanto. Unas pocas caladas le bastarían para interrumpir la cálida despedida de Bianca y Dean. Luego, quizá se ofreciera a escoltar la Dyna por el camino de salida de la propiedad, y no pensaba dejar de conducir hasta asegurarse de que el aspirante a Hijo de la Anarquía llegaba a su casa sano y salvo. Y se quedaba allí.

Salió al porche haciendo todo el ruido posible, y, como esperaba, encontró a su hermana enroscada en el torso inmenso de aquel tío, que la observaba con una mezcla de adoración e inquietud. Ruborizada y con el cabello claro un tanto alborotado, Bianca miró a su hermano como si fuera el insecto más despreciable sobre la faz de la tierra, pero Tucker no se dejó impresionar. Después de todo, aquel gesto lo había inventado él.

—Hace una buena noche para fumar al aire libre.

—Vas en mangas de camisa —corrigió Bianca, que chasqueó la lengua con desaprobación cuando un incomodísimo Dean apartó las manos con las que había estado rodeándola—. Las temperaturas han bajado.

—Esto es Florida. Nunca hace demasiado frío —se limitó a decir Tucker, expulsando el aire por la nariz y fijando la mirada en Dean, que seguía mostrándose irritablemente sumiso—. Se ha hecho un poco tarde, ¿no te parece? Es posible que escarche esta noche, y no sería sensato que esperaras más para marcharte con la moto. Podrías tener un accidente y morir.

—¡Tuck!

—¿Qué? —Hizo caso omiso a la expresión de su hermana, aunque la conocía lo bastante para saber que, de haber podido, le habría dado una patada en la entrepierna sin ningún reparo—. La seguridad vial es importante, cría. Y dejarse la vida en la carretera con la Navidad tan cerca sería muy cruel para su familia..., porque tienes familia, ¿no es así, Dean? ¿Tal vez un padre o un hermano mayor que te haya enseñado todo lo que sabes sobre los motores?

El aludido fue a contestar, pero Tucker se quedó con las ganas de conocer su respuesta al oír cerrarse de súbito la puerta principal de la casa. Con el cigarrillo entre los labios, se dio la vuelta y vio a Krista sonriendo, arrebujada en un enorme abrigo que había pertenecido a su difunto marido. Llevaba en brazos su cazadora, un gorro de lana negro y una bufanda a topos de Bianca.

—Podemos irnos —anunció, como si los presentes hubieran estado esperando sus palabras con entusiasmo, y empezó a repartir las prendas de abrigo—. Si nos apretamos un poco, cabremos todos en un solo coche, aunque quizá la joven pareja quiera ir por su parte..., pero sin demoras que llamen la atención, ¿está claro?

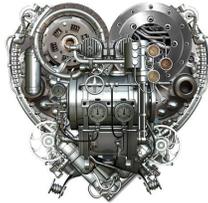
Para satisfacción de Bianca, Krista le lanzó las llaves del coche. Dean se agachó para escuchar algo que ella le susurraba y esbozó una sonrisa ladina, la primera de la noche. Tucker, que estaba más pendiente de intentar entender algo de lo que estaba ocurriendo, pasó por alto el beso ruidoso que compartían mientras se alejaban por el caminito de la entrada en dirección al coche de Bianca, cuyos faros brillaron con fuerza en la oscuridad.

—¿Irnos? —preguntó Tucker, cada vez más confundido. Su madre empezó a tirar de él con impaciencia—. ¿Y se puede saber adónde se supone que vamos?

—Al encendido anual del árbol de la plaza, por supuesto. —Krista abrió la puerta del Corolla con una sonrisa resplandeciente—. No pensarás que vamos a ser la única familia en todo Kendall que no participe esta noche, ¿verdad?

CAPÍTULO 16

*Porque quizá vas a ser quien me salve,
después de todo, tú eres mi maravilla.*



La misma noche que necesitaron Tucker y Falk para que el recién reformado salón de tatuajes volviera a tener buen aspecto tras la fiesta, Amelia disfrutó de su primer sueño profundo en meses. Sin embargo, cuando abrió los ojos, no tenía la sensación de sentirse descansada.

La charla con Nanette duró más de lo que las mentes y cuerpos de ambas pudieron soportar, y una vez que se separaron, tomando los distintos rumbos que iban a sus dormitorios, Amelia se dejó caer sobre la cama sin molestarse siquiera en quitarse la sudadera o las zapatillas. Con el brazo doblado sobre la cara, se quedó muy quieta, atenta a los conocidos sonidos nocturnos de la casa. El crujir de la madera, algún que otro golpecito de las cañerías, la gravilla de la entrada cuando un coche se acercaba —seguramente el Dodge de Falk, que venía a comprobar que su novia, ebria por primera vez, hubiera encontrado el camino a la cama— y, después, la quietud. El silencio sordo que hacía que sus pensamientos parecieran conectados a un potente estéreo.

Se durmió destapada y en la misma posición en que se había tumbado. Encontró la fase REM pronto, pero no disfrutó de ella con calma, ni pudo dejar la mente en blanco. Amelia volvió a soñar con el accidente de coche, solo que esta vez, sumida en un sopor casi hipnótico que no la dejaba despertarse, apreció muchos más detalles y escenas. Le pareció, con los ruidos y luces de la mañana, que difuminaron parte de sus recuerdos, que Tucker conducía el coche siniestrado, mientras daba voces y hacía aspavientos en el asiento del conductor. Tal vez iba distraído, o quizá muy atento y callado, intentando por todos los medios controlar aquella máquina que le guiaba inexorablemente a un turbulento

final. Amelia no podía acordarse, solo la imagen de él, clara como si la luz de la luna imaginaria de su sueño le incidiese en la cara, estaba fresca en su memoria.

Al igual que el rostro de la persona contra quien chocaba.

Logan nunca había aparecido en el suelo hasta entonces. De hecho, como aquella pesadilla se había ido haciendo más frecuente cuanto más próxima estaba la visita de Amelia a Kendall, habían sido muchas las mañanas en que había despertado en la cama de Logan, respirando agitada mientras se convencía de que la realidad era segura. De que estaba a salvo. En esos momentos, Amelia había estado segura de que era ella quien llevaba el vehículo directo contra el árbol o hacia el precipicio, pero ahora no era más que una espectadora inmóvil, que observaba el macabro espectáculo sin poder hacer nada para impedirlo.

Vio a Tucker lanzarse contra Logan, cuya sonrisa brillante se congeló un segundo, quedando su imagen cuidada y perfecta opacada por el tamaño y potencia del coche, cuya velocidad pareció multiplicarse cuanto más cerca estaba de su objetivo.

Una vez despierta y con los restos del agua con que se había refrescado la cara, Amelia miró su reflejo en el espejo, encontrándose las profundas ojeras todavía más marcadas que el día anterior. Puede que hubiera dormido muchas horas, pero estaba claro que su subconsciente no la había dejado descansar ninguna de ellas. Se recogió el pelo sin molestarse en peinárselo y cambió las ropas que llevaba puestas por otras. Unos vaqueros de talle alto, zapatillas deportivas y una camisa estampada que pronto tendría que cubrir con un suéter.

Sorprendida, consultó el reloj de la mesilla y comprobó que pasaba con mucho del mediodía. Por lo visto, la trágica muerte de los dos hombres que vivían enredados en su mente y corazón la había mantenido en la cama mucho más de lo que pretendía. Y, además, se había perdido el desayuno, tal como le recordó el rugido de su estómago.

Aunque su intención inicial había sido quedarse encerrada en el dormitorio, rumiando las implicaciones que tenía ver morir a Logan a manos de Tucker, Amelia decidió que sería mejor dejarlo para cuando hubiera comido algo. Estaba bastante segura, de un modo que hacía que le palpitaran las sienes, de que todo aquel cambio de escenario en sus pesadillas tenía que ver con la llamada de Logan y sus posteriores confesiones a Nanette. Abrir el cajón de los recuerdos pasados, de los momentos que marcaron de forma trágica el fin de su romance con Tucker, había hecho supurar antiguas heridas, infectando las relaciones nuevas que se esforzaba tanto en construir.

Se sentía culpable por albergar sentimientos por ambos, y su mente, castigadora, se los había arrebatado con mucha crueldad durante el sueño. Una

lección dura, comprendió Amelia. Iba a tener que sentarse a solas con su corazón y hacerle unas cuantas preguntas.

O perdería a los dos.

—Creo que los colores de la boda deberían ser el blanco crudo y el lila —dijo Denis durante el almuerzo, llevando sus enormes gafas redondas y echando un ojo al muestrario que tenía entre las manos. ¿Qué te parece, Otto?

El hombre con el que iba a casarse, cuyo bigote de morsa lucía siempre impecable, se toqueteó los tirantes, mirando al techo y luego a Denis. Sus labios se torcieron en una sonrisa adorable, y cuando extendió hacia ella la mano derecha, ligeramente temblorosa, le guiñó un ojo.

—La lavanda es de color violeta, y las berenjenas. Ambas portadoras de un aroma profundo y muy característico. —Asintió con firmeza, como si la conversación mantenida consigo mismo hubiera dado frutos saludables—. Me gustaría tener colores que inspiraran grandes olores.

—Pues entonces está decidido. —Y, con precisión, Denis O'Brien tachó aquello de su lista.

Amelia dejó a un lado su sopa de marisco, que se había quedado fría, y decidió mostrar interés en lo que estaban hablando. Como pocas veces la casa de huéspedes estaba vacía —Nanette y Falk se habían ido a comer a Pinecrest, probablemente para contar con algunas horas de soledad—, no eran muchas las oportunidades que Amelia tenía para disfrutar de su abuela, que se atareaba de aquí para allá atendiendo a los clientes y no paraba nunca.

Hizo algunas fotos de los dos colores escogidos, componiendo un montaje que envió a su madre con el móvil. Sonya no tardó en responder, aseverando que le encantaba la elección y añadiendo a sus palabras multitud de *emojis* amarillos llorones.

—¿Qué significa eso? ¿No le parecen buenos colores? —Otto se acercó al teléfono que sostenía Amelia, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Tal vez mi futura hijastra preferiría algo más... cítrico? Porque no hay nada que pueda compararse con la esencia de una lima recién...

—Amarillo no, Otto. O tendrás que casarte contigo mismo.

La sonrisa bailoteó en los labios de Amelia, que se apresuró a explicar a Otto lo que pretendía decir su madre con aquellos emoticonos. Lo último que quería era que una de las parejas más sólidas y adorables de cuantas conocía se viera abocada a una discusión por su causa.

—Está triste por no poder venir a colaborar más —dijo con paciencia, apuntando con la cámara del móvil a su abuela, que en el aquel momento tenía las gafas a la altura de la frente y revisaba una especie de catálogo de manteles

—. No le dan permiso más que para unos días, y ha preferido reservarlos para cuando se acerque la fecha. ¡No poses, abuela! Son fotografías al natural.

—Al natural soy vieja y tengo arrugas —se quejó Denis, pasándose unas manos de uñas cortas y muy prácticas por el cuello—. ¿Puedes ponerme uno de esos filtros? Cualquiera que me quite esto... y lo que cuelga por aquí...

—Estás perfecta —sentenció Amelia, que, no obstante, añadió a la imagen un tono sepia muy favorecedor, seguido del texto «las tribulaciones de una novia empresaria». Después pulsó «enviar», esperando alegrar un poco la jornada a su madre—. No sabes cuánto me alegro de compartir tus genes.

Para cuando dieron la comida por terminada y todos los platos estuvieron en el lavavajillas, Otto Sturgis seguía razonando todos los motivos por los que estaba de acuerdo con Amelia. En sus ojos, surcados de arrugas y con vetas opacas por la tristeza de haber perdido mucho en el camino, asomaba una luz sincera y potente. El cariño que compartía con Denis, aquel amor maduro y sereno, con cimientos estables, lo rejuvenecía. Otto quería de forma confiable, y en el rubor que inundó las mejillas de Denis al saberse adorada en toda y cada una de sus imperfecciones se reflejó el mismo sentimiento.

Amelia volvió a su dormitorio para dejarles hablando en la intimidad de la cocina, compartiendo confidencias, detalles de su boda o simples gestos de cariño. La punzada de envidia que la acicateó no fue mal recibida, más bien al contrario. Amelia abrazó los celos y los recibió como algo positivo, dejando que se diluyeran hasta transformarse en algo sano y soportable. Su abuela merecía ser querida durante todo el tiempo que le restara, porque había sido una mujer luchadora y cariñosa, que había dedicado la vida a los cuidados y atenciones ajenos. Ahora, recibía la recompensa a toda su entrega en forma de aquel vendedor de lociones y esencias, renqueante y siempre bien vestido, que la adoraba como si con ella saliera y se pusiera el sol.

Como tenía pocas ocupaciones en vacaciones de Navidad, Amelia escribió algunos artículos que fue almacenando en una carpeta comprimida. Se los enviaría a Megan, junto con una lista de posibles mejoras a tener en cuenta para la página digital de la gaceta periodística. Después, escribió a Stanis, deseándole unas felices fiestas y tanteándole, de la forma más sutil que pudo, sobre cuánto volumen de trabajo estaría dispuesto a asumir en caso de que la última idea descabellada de Amelia tuviera éxito.

Había pensado indagar sobre las antiguas glorias del deporte de Kendall. Siendo casi Navidad, muchos volvían al pueblo para pasar las fiestas en familia, y por lo que ella sabía, quedaba por ahí algún *quarterback* de reconocimiento nacional, varios becados que fueron a importantes universidades e, incluso,

promesas que vieron truncados sus sueños de gloria a causa de lesiones o matrimonios prematuros.

La historia de Nanette le había dado la idea. Después de lo que había desgranado sobre ella la noche anterior, cuando ambas se sinceraron con la otra y empezaron a levantar los primeros pilares de lo que prometía ser una buena amistad, Amelia había decidido tantear aquel asunto. Sería una buena forma de reconectar con la parte más arraigada de Kendall, de pasar horas enfrascada en el registro y el censo del pueblo, revisando la hemeroteca y buscando artículos de prensa locales donde anunciaran que este o aquel vecino cogía el petate rumbo a la ciudad para jugar en algún equipo cuya equipación no tuvieran que pagar los propios jugadores.

—A lo mejor la propia Nanette se une a mis pesquisas —murmuró para sí, anotando en una hoja de papel lo primero que le iba viniendo a la cabeza—. Así estará ocupada los ratos que Falk pase encargándose de la infraestructura para la boda.

También ella mantendría la mente en otra cosa, decidió. Nada como el trabajo de campo para agotar las neuronas. Y estar encerrada en el edificio de la biblioteca tenía, además, otras muchas ventajas. Como el silencio y la escasez de visitas.

—No le estás evitando deliberadamente —le dijo a una de las galletitas saladas que había estado picoteando mientras revisaba el ordenador—. Solo... se lo pones fácil.

Hizo algunas correcciones en un par de noticias que había recopilado y que podían interesar a los alumnos ávidos de conocimiento de Berkeley y se las envió también a Megan. Decidió dejar guardado en un borrador el mensaje para Stanis; quería asegurarse de que a Nanette no le parecía mal que la hubiera tomado como inspiración para aquella idea sobre indagar en el pasado deportivo de Kendall, y, también, invitarla a participar si se veía con ganas. Hasta no tener unos datos que engrosaran el correo electrónico, Stanis tendría que esperar.

Más tarde, y consciente de que su desempeño en los temas de la boda de su abuela todavía era muy deficiente, Amelia creó un tablero de Pinterest y empezó a aunar imágenes con los datos que ya tenía. Usando como base los colores lila y blanco crudo, mezcló varios escenarios que podrían gustar a Denis y Otto. Recordó las carpas y la pintura que Falk iba a aplicar a la fachada trasera de la casa de huéspedes, y añadió a su listado de búsquedas las celebraciones al aire libre, con románticas mesas redondas colocadas bajo entoldados. Como todavía no sabía por qué iluminación se decantarían los novios, guardó varios ejemplos distintos.

Guardó distintas opciones de sillas, algunas cubiertas con lazos de seda en tonos morados y otras sin decorar. También buscó mantelería, decantándose por divertidas servilletas de un lila profundo que destacarían mucho sobre unos manteles en tono crudo. Las mesas para seis comensales —o quizá ocho, si se decidían por las que eran un poco más grandes— estarían colocadas alrededor de una improvisada pista de baile. La zona ajardinada tenía buenas dimensiones, y podría cubrirse sin dañar las flores en caso de que aquella composición le gustara a Denis.

Solo esperaba que no se enamorara de los diseños más complejos, porque todo eso triplicaría el trabajo de Falk. Amelia se prometió ayudarlo a montar los toldos y las carpas, aunque tuviera que subir a una escalera y rendirle cuentas a su épico miedo a las alturas.

Concentrada como estaba, no vio el sol ponerse en su ventana. Con el cuello ligeramente dolorido y las piernas dormidas por haberlas doblado bajo el ordenador, que ya pedía una recarga de batería, Amelia metió los dedos en la bolsa de galletas saladas. Hizo un mohín al comprobar que no quedaban más que unas migajas. Perfecto, se las había zampado todas mientras estaba sentada en la cama. Adiós a sus intentos de dieta equilibrada como objetivo preboda.

—¿Amelia? —Denis llamó con los nudillos y luego abrió un resquicio de la puerta, asomando la cara, que tenía cubierta por sus enormes gafas redondas. Sonrió, emitiendo un suspiro exagerado que le removió el flequillo bien peinado—. De acuerdo..., no estás tumbada en el suelo, con los ojos vueltos y la boca abierta, esperando a que la descomposición te llene la garganta de moscas.

—¡Abuela! —Amelia notó como todas las galletas saladas que se había comido, cobraban vida en su estómago. Con una risilla y un encogimiento de hombros, Denis terminó de entrar en la habitación. Se cruzó de brazos.

—Perdona, cariño, Joe me ha mandado algunos capítulos de su nueva novela y todavía no he salido del todo de esa palabrería siniestra. —Le quitó importancia al asombro que vio en Amelia con un gesto de la cabeza—. Soy su... lectora de prueba, o algo así. Me entretiene los ratos que paso esperando a que caliente esa condenada plancha prehistórica.

—Si no fuera tan impaciente, te pediría que me los fueras pasando —pero probablemente se volvería loca si tuviera que esperar por más capítulos, en lugar de leer el libro completo en un par de días—. Creo que se me ha vuelto a ir el santo al cielo, ¿querías algo?

—Ver si seguías viva. No has salido a cenar.

Entonces, Denis sacó un succulento sándwich de pollo desmenuzado y mostaza dulce que provocó rugidos en las traidoras tripas de Amelia. ¡Como si no hubieran comido ya suficiente! Sin embargo, conocía a su abuela, y teniendo

en cuenta que su reloj de pulsera emitiría pitidos en unos minutos, recordándole la dosis de insulina para la noche, más le valía dar algunos pocos mordiscos.

—Está buenísimo. —Era verdad. Adiós definitivo al vestido.

—Bueno, por lo menos tu madre no podrá acusarme de no estarte dando de comer. —Con el cuello estirado, Denis echó una mirada por la ventana entreabierta de Amelia. La noche era ya cerrada y la temperatura había bajado, pero había muchas estrellas en el cielo—. Si no te cambias, creo que llegarás a tiempo. Pero eso sí, ve abrigada, no es que nadie espere una nevada, ni mucho menos, pero pueden bajar las temperaturas.

Confundida, Amelia se limpió la mostaza de las comisuras de los labios, intentando recordar si había concertado alguna cita de la que después se hubiera olvidado.

—¿Llegaré a tiempo adónde, abuela?

En respuesta, Denis O'Brien se hincó de rodillas con una flexibilidad sorprendente para su edad y sacó de debajo de la cama una caja de zapatos muy decorada. Amelia la reconoció al instante, eran los recuerdos de infancia y juventud de su madre, que la abuela conservaba de los tiempos en que Sonya había vivido en aquella casa, cuando era la residencia familiar. Después, tras crecer y estudiar auxiliar clínico, se había casado con Jacob y fijado su residencia en Plymouth.

Por lo visto, parte de quien Sonya era perduraba todavía en Kendall.

—Cuando tu madre era pequeña, no nos perdíamos ni un año el encendido del árbol del pueblo. Desde luego, era mucho menos espectacular de lo que es hoy, pero siempre participábamos y llevábamos algunos adornos propios que colgar de las ramas. —Denis dejó la caja cerrada sobre el edredón, con reverencia—. Sé que sueles pasar aquí más tiempo en épocas soleadas..., pero tal vez podrías aprovechar tus navidades en el pueblo para hacer una visita al árbol y recordarle que los O'Brien, aunque hemos tenido algunas faltas sin justificar..., seguimos por aquí.

Despacio, Amelia se acercó, desdoblado las piernas, que apenas sentía. Abrió la caja y revolvió entre los recuerdos de adolescencia de Sonya, pasando por alto fotografías y recortes que conocía de memoria. Encontró un par de bolas de Navidad, una con los nombres de Denis, Sonya y Gregory, su abuelo materno. En la otra, con una purpurina ya desvaída y el color opacado, estaba escrito el nombre de su padre. La presión que había sentido en el pecho desde que su abuela sacara la caja de recuerdos se intensificó.

—Creo que a Sonya le gustaría volver a ver a Jacob en el árbol, Amelia. —Le dio un beso en la coronilla, con suavidad—. A mí me duele volver, porque estando sola los recuerdos de tu abuelo se convierten en amargura, pero si

quieres..., puedes llevarle a él también, mientras yo me quedo con Otto, y fabricamos nuevos recuerdos para los dos.

Denis salió del dormitorio, dejando a Amelia a solas con la tradición de su familia entre las manos. Con mucho cuidado, extrajo ambas bolas de la caja y las observó. Sus raíces, nombres queridos que ya no estaban presentes, parecieron devolverle la mirada. Se levantó de la cama, tomó la servilleta que había envuelto el sándwich de pollo y, comprobando que estaba limpia, la usó para retirar los restos de polvo de los adornos, que dejó con cuidado sobre la cómoda.

Después buscó un jersey, por si bajaban las temperaturas.

* * *

Tucker la sintió antes de verla. Solo había una persona en el mundo cuya aparición suponía para él algo similar a un puñetazo doble: el primer golpe en el pecho, a la altura del corazón; y el segundo, directo a las pelotas. Era un *KO* inmediato que lo dejaba sin aliento, sudando frío y con la boca seca, incapaz de moverse.

Medio escondido detrás de su madre, pasó por alto la sutileza con la que Bianca y Dean se apartaban del grupo, buscando una intimidad que él no aprobaba por principios. Todo se deslució, e incluso las palabras de los obreros, que terminaban de preparar el cableado para dar las luces, dejaron de ser audibles. Verla lo eclipsó todo: su campo de visión, sus cinco sentidos y hasta cada latido de su corazón, que bombeó sangre al mismo ritmo que ella caminaba. No fue consciente de que movía los pies hasta que había dado varios pasos, lleno de una ansiedad que solo iría en aumento.

Amelia bajó del Dodge detrás de Nanette y Falk, enfundada en una especie de suéter verde militar, con capucha peluda. Ellos iban de la mano, sonreían y compartían las típicas confidencias sin sentido de quienes están enamorados y creen que por ello la luna brilla más y las noches de diciembre, como aquella, son más especiales. Tucker lo entendía, se había ahogado tanto en aquella situación que aún sentía agua en los pulmones.

Parcialmente oculto tras su cazadora, con un gorro de lana encasquetado en la cabeza para controlar su pelo desordenado, Tucker deambuló unos pocos pasos, mientras su madre observaba emocionada como el enorme árbol central de la plaza, de unos cinco metros de alto, se iluminaba con centenas de lucecitas color azul. Se oyó un «¡Oh!» generalizado, pero él tampoco le prestó atención. Buscó una posición estratégica entre las ramas a través de la que observar a Amelia, que, como él, también se había apartado del grupo. Las

razones por las que se había prometido dejar de verla perdieron importancia con mucha rapidez. Era tal la prisa que se le despertó al saber que estaba allí, en el mismo lugar exacto que él, que en vez de seguir sus planes y hacerse a un lado, Tucker solo podía seguir aproximándose, como la polilla a la luz.

Aunque no la tenía tan cerca como quería, notó que sacaba algo del bolsillo delantero y que después se acercaba al árbol, esquivando niños que corrían y padres que intentaban immortalizar el momento en una estampa que, seguramente, decoraría sus postales navideñas para ese año. Con un temblor que nada tenía que ver con la temperatura bajándole por la espalda, Tucker vio a Amelia colocar unas bolas en las ramas, estirándose sobre las botas oscuras que llevaba puestas. Después, su mirada iluminada por el reflejo azul de las luces pareció tornarse melancólica, y todo dentro de él pugnó por darle un consuelo que, probablemente, Amelia rechazaría.

¿Por qué había aceptado ir al estúpido encendido? Su familia no era precisamente ejemplo de tradicional, no cumplían con aquellas cosas, ni se preocupaban de formar parte de las vivencias de un pueblo que, muchas veces, les había dejado de lado por no mezclarse en los profundos problemas que acarreaban —porque para nadie era agradable una viuda que se negaba a aceptar que lo era—. Krista había estado tan bien esa noche, centrada en sus hijos, cocinando, arreglada y feliz..., que Tucker había seguido la corriente por temor a que la fantasía se rompiera demasiado pronto.

Por supuesto, debió haber sabido que la realidad volvería, de una manera u otra. Y que no sería agradable.

—¿Qué hace aquí? —La voz de Krista a su espalda rompió todo el encanto. Tucker se temió lo peor, pero supo, con aquella congoja que le provocaba dolor de estómago, que seguramente su intuición se quedaría corta. Con su madre, las cosas siempre iban a más—. ¿Es que no puede dejarnos ni una sola noche libre de recuerdos y fantasmas? ¿Tiene que aparecer y estropearlo todo?

—Ni siquiera nos ha visto mamá. Déjalo.

Pero ya era tarde. Podía dedicar horas a explicarle a Krista por qué Amelia, al igual que todo Kendall, tenía derecho a estar presente en el encendido del árbol, pero su madre no lo escucharía. Había decidido dejar caer la máscara de sociable y agradable ama de casa, y ya no volvería a ponérsela.

—Ella no pertenece aquí, hijo, no pertenece..., ¡suéltame! No tiene derecho a poner un pie en esta plaza. No permitiré que siga creyéndose superior. No pienso permitirlo, esta noche no.

Tucker quería a su madre, pero habría hecho lo imposible por retenerla en aquellos momentos, incluso placarla contra el suelo, aunque luego tuviera que llevarla a urgencias, disculparse y hasta dormir en el calabozo por agresión a una

mujer —con el agravante de que era, ni más ni menos, que la mujer que lo había parido—, pero todo fracasó. Krista, enfundada en aquella fuerza que aparentemente extraía de las prendas de su difunto marido, de las que se negaba a separarse, cubrió los metros que la separaban de Amelia en unos escasos pasos y, para horror de Tuck, le dio un empujón, haciéndola trastabillar.

—Esto no puede estar pasando —rogó él a un cielo plomizo del que empezaban a caer unas pequeñas piedras de granizo.

Echó a correr hacia ellas, observando los ojos desorbitados de Amelia, que sobresalían por detrás de los cristales de sus gafas. También Falk había notado el revuelo, pero una mirada de Tucker —una súplica muda, más bien—, le bastó para no inmiscuirse. Cubrió a Nanette con su cuerpo de forma inconsciente.

—Señora Tucker —balbució Amelia, con los brazos cruzados sobre el pecho. No sabía dónde meterse.

—¿Qué demonios te crees que haces aquí? ¿Acaso te parece divertido aparecer y pasearte como si todo te perteneciera? Aquí no tienes nada, ¡nada de esto es tuyo, que no se te olvide!

Krista sacó las manos del chaquetón de su marido. Tenía los puños cerrados, y aquel gesto bastó para que Amelia retrocediera. Intercambió una mirada desazonada con Tucker, que le habría rogado perdón de rodillas si hubiera sido capaz de moverse. Se preguntó, angustiado, qué coño iba a hacer si su madre se lanzaba contra Amelia, y veía herirse mutuamente a dos de las mujeres que le importaban en la vida.

—Señora Tucker, siento mucho si la he ofendido o ha parecido que intentaba...

—¡Cállate ya, no soporto oírte ni verte! —Y para dar fe a sus palabras, Krista se cubrió las orejas con las manos—. ¿Ese es tu juego? ¿Eso es lo que pretendes? Vienes aquí con tu educación de universidad cara y nos lo restriegas por las narices. ¿Y qué es eso, eh? —Señaló entonces las dos bolas que Amelia había colgado del árbol, aunque no llegó a rozarlas—. ¿Recuerdos de tu padre? ¿Ese para el que este pueblo también era demasiado poco? Se llevó a tu madre y también a ti, ¡y no debiste volver, porque cada vez que apareces lo estropeas todo! No eres la única inocente en todo esto, Amelia. ¡Nosotros también somos víctimas, nosotros también sufrimos!

—Mamá, ya vale, joder.

Krista miró a Tucker exactamente igual que lo habría hecho de niño, negando con la cabeza. Desde luego, quedó claro que le parecía mal que interviniera, sobre todo si no era para estar a su favor.

—¿Todavía la defiendes? ¿Es que no has tenido suficiente con que te humille, se ría de ti y te deje como el malo de la película cuando ella tenía donde

largarse hasta que se calmara el temporal?

—Mamá..., te lo advierto. —Esta vez, Tuck dio un paso hacia adelante—. Volvamos a casa. No digas ninguna tontería más, te estás poniendo en ridículo.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Krista lanzó un alarido y se tiró del pelo, provocando murmullos a su alrededor. Bianca echó a correr hacia ella, pero Dean la agarró antes de que entrara en pleno centro de la refriega. Por lo que parecía, su madre no estaba en sus cabales para distinguir a quién dañaba, con palabras o actos.

—Mi marido está muerto —le gritó Krista a Amelia, mirándola con la amenaza y el dolor salpicándole la cara de manchitas rojizas—. Está muerto, igual que tu padre. Nosotros no tenemos decoraciones bonitas para recordarlo, pero somos buenas personas, que también han sufrido, ¿lo has oído, niña tonta, engreída? ¡Somos buenas personas! ¡No nos merecemos que nos hagan de menos!

—¡Yo nunca he pretendido ofenderla, señora, nunca la he mirado mal, ni siquiera...!

Pero Amelia no terminó de pronunciar sus disculpas, pues Krista volvió a cubrirse los oídos con las manos, exasperada ante el sonido mismo de sus palabras. Tan solo unos segundos después, y para sorpresa de los presentes, extendió los brazos y propinó otro empujón a Amelia, que no cayó al suelo porque Falk, que había estado esperando, preparado por si algo como eso llegaba a suceder, la sujetó con fuerza.

Los ojos de Tucker lanzaron chispas, y esta vez actuó con frialdad, sin escuchar ni atender a sentimiento alguno. Con una mano que más parecía una garra, cogió a Krista del brazo y la apartó de delante del árbol a trompicones. Una ligerísima llovizna empezó a ser notable, humedeciendo los abrigos y cabellos de quienes, en atento silencio, contemplaban la desagradable escena.

—¿Qué coño haces? —le susurró, incapaz de asumir lo que acababa de pasar—. ¡Has agredido a una chica en mitad de la plaza, sin que te provocara ni cruzara media palabra contigo! ¿En qué pensabas? Ni se te ocurra volver a tocarla, mamá, ¿me has oído? No la toques, ni la mires. Vas a acabar metida en un problema, ¿lo entiendes?

Amelia, desde los brazos de Falk, intentó dar un paso al frente. En su mirada se leía todo menos enfado, y cuando los llantos de Krista se hicieron audibles, pareció como si sintiera aquel dolor ajeno en su propia carne. Al retorcerse, Falk la soltó, pero una mirada de Tucker le dijo que sería mejor que siguiera guardando las distancias. Ninguna palabra, por más disculpas o excusas que diera, servirían a Krista, que ya había decidido nombrarla cabeza de turco de su infierno de inseguridades personal.

—Nos ven de menos, hijo, ¡siempre ciudadanos de segunda! —Tucker cobijó el menudo cuerpo de su madre entre los brazos, mirando al cielo, preguntándose qué hacer, cómo desahogar aquella ira sorda que le golpeaba las costillas. Todo había ido tan bien por unas horas..., y de pronto, de la nada..., el infierno se había desatado—. ¡Eres tú quien no lo comprende! No somos lo bastante buenos. Todos lo piensan. Ella lo piensa.

—Lo sé..., ya lo sé, mamá. —La besó en la coronilla, sintiendo el frío del granizo que le mojaba la cabeza contra los labios—. Lo siento mucho.

De entre las sombras, emergió la figura alta y desgarbada de Dean. Bianca le seguía de cerca, con la palidez de quien ha visto una realidad demasiado fea como para asumirla. Estaba muy callada, pero más que vergüenza, en su expresión había tristeza. Y también decepción. Sin duda ella debía pensar, tal como Tucker lo estaba haciendo, que el ideal de madre cariñosa del que había disfrutado por unas horas había sido solo una ilusión. Un oasis en aquel desierto donde todos ellos permanecían estancados, muriendo de hambre y sed poco a poco.

—Me las llevo a casa —anunció Dean, que extendió las manos hacia Krista con una serenidad sorprendente—. El árbol ya está encendido y no creo que ninguno aguante otra función por esta noche. Además..., seguro que necesitas unos minutos.

Con elocuencia, Dean miró hacia Amelia, que se había quedado estática cerca de unos muy callados Falk y Nanette. Agradecido más allá de lo que le era posible expresar, Tuck dejó que el novio de su hermana, hasta ese momento poco soportable y en apariencia mentiroso, llevara a Krista hacia el coche, y la acomodara en el asiento trasero con una sutileza asombrosa. Después le vio dar un beso en la mejilla de Bianca, y abrirle la puerta del copiloto. Arrancó el motor y se alejó, apartándose del murmullo de voces que, por lo visto, no pensaban cesar de destripar el momento y a todos sus protagonistas.

Le debía una, y eso no era algo que Tucker se tomara a la ligera.

—Tiene razón —exclamó de pronto Falk. Era tan extraño oírle levantar la voz que, de pronto, se hizo el silencio en la plaza—. El árbol está encendido, ya no queda nada que ver.

Se fueron dispersando. Como hormigas que se alejan en filas ordenadas cuando no queda más cucaracha que despedazar, los vecinos de Kendall siguieron su camino. Tucker era consciente de que su analogía no era demasiado halagüeña, pero tampoco estaba de humor —con la certeza de que esa noche, su madre, él, e incluso Amelia serían la comidilla del pueblo— como para buscar una más agradable.

La miró de soslayo. Ella compartió unas palabras con Falk y Nanette, y luego su amigo estiró el brazo y le hizo un gesto que podría significar de todo, pero que Tucker interpretó como un «ya nos veremos, pero no hablaremos de nada de esto si no quieres». Asombrado, lo vio abrazar contra su cuerpo a su acróbata y alejarse hasta el Dodge. Pronto, en el silencio de la noche, roto por la caída de las finas gotas de lluvia, solo quedaron Amelia y él, ante el gran árbol iluminado de azul.

—Les he dicho que me llevarías a la casa de huéspedes después —anunció ella, acercándose los pasos suficientes como para que pudieran oírse sin tener que levantar la voz.

—Vale.

Amelia se dijo que era tonto estar nerviosa, pero la realidad no podía taparse con un dedo y ella sentía que temblaba, y no por el frío. La situación con Krista había sido muy desagradable, pero más que los empujones o las malas palabras, lo que la había desconcertado, llenándola de una lástima profunda, había sido aquella mirada de dolor. La madre de Orson era un animal herido, comprendió, que se removía intentando que cesara el tormento, pero causándose más con cada esfuerzo.

—Lo siento mucho —le dijo, acercándose lo bastante para ponerle una mano fría en el hombro—. De haber sabido que iba a estropearos la noche no habría venido. No había necesidad de que pasaras por eso.

A Tucker podrían haberle tirado un piano sobre la cabeza, que no lo habría sentido.

—¿Estás pidiendo perdón? Amelia..., igual estabas distraída con las luces y las bolas brillantes, pero es a ti a quien mi madre ha insultado y empujado. Tú eres la víctima, no deberías disculparte.

—Sí..., la víctima. —Sonrió, aunque fue más una mueca de vergüenza—. Supongo que ese papel se me da bastante bien.

—Mira..., intentaré que no se acerque a ti, ¿de acuerdo? No es que pueda atarla a la cama, pero haré lo posible por que no tengas que cruzarte con nosotros hasta que... —Trago saliva, buscando el modo correcto de pronunciar unas palabras que, en realidad, no quería decir—. Mientras estés aquí.

—Quiero pensar que puedo participar de las tradiciones, Orson. De verdad. Quiero creer que queda algo para mí aquí, pero me parece que esta vez tu madre tenía la razón de su parte. —Ante su mirada de asombro, ella solo se encogió de hombros—. No recibí mi parte de culpa. Me escondí detrás de la idea absurda de que tú te habías ido primero y por eso nada de lo que hiciera yo tendría importancia, pero no es así. —Puso sus ojos en él. Ojos grandes y melosos,

ocultos tras unas gafas sembradas de gotitas—. Yo no..., las cosas que hice no... no estuvieron bien, Orson. Nada está bien.

Algo había cambiado en ella. O quizá muchas cosas, Tucker lo sintió en los huesos, lo paladeó en la lengua. Amelia estaba diferente, y no porque de repente hubiera madurado y se hubiera convertido en alguien distinto. Simplemente, parte de la tristeza que había arrastrado, de la frustración, ya no la acompañaba. Como si hubiera aceptado una carga y, por fin, pudiera acomodarla sobre sus hombros sin que le quitara el aliento.

—Estoy acostumbrado a que cuchicheen a mis espaldas y me sonrían cuando quieren una rebaja en el cambio de neumáticos. Eso no me afecta. Me importa una mierda quién me considere el malo de la película, y también lo que piensen de mi madre. —Se encogió de hombros. Notaba el pelo húmedo a pesar del gorro, pero ni eso era capaz de enfriar el torbellino candente que eran sus ideas en ese momento—. No puedo cambiarlo, y remar contra la corriente es un deporte demasiado exigente como para dedicarle esfuerzo. No importa, Amelia. Sea lo que sea lo que intentes decirme..., está bien. No tienes ninguna culpa.

—Pues eso no es lo que piensa Nanette. —Recuperada toda la atención por parte de Tucker al pronunciar ese nombre, Amelia suspiró. El aire abandonó sus labios en forma de vetas de humo blanquecino—. Hablé con ella ayer. Necesitaba..., no lo sabía, pero tenía que quitarme esta mochila que he llevado a cuestas, cerrada con candado y cadenas. Se lo he contado, Orson. Todo.

—Cojonudo. —En esta ocasión, el escalofrío no tuvo nada que ver con la temperatura—. Me imagino que la Saltitos se habrá quedado de una pieza al imaginarse que tú y yo fuéramos a tener un hijo.

Que él lo dijera de ese modo, empleado aquel verbo, terminó por hacer trizas lo que quedaba de la coraza de Amelia. Puede que las cosas hubieran salido realmente mal, pero Tucker también había pagado su precio en desilusión y dolor. Ella no había sabido verlo, demasiado centrada como estaba en su propio alivio, que se mezclaba con un sentimiento de pérdida irracional. Ahora lo entendía. Ahora podía verlo.

—Tú también creíste que estaba aquí. Lo sé. Siempre lo supe. Incluso cuando te fuiste y yo lo interpreté todo mal... lo creías. Igual que yo.

—Amelia..., por Dios..., para.

Tucker se dio la vuelta y se tapó la cara con las manos, pero ella no le dio tregua. Deambuló a su alrededor hasta colocarse delante de él y, despacio, le tomó las manos, mirándole a unos ojos que brillaban demasiado para estar serenos.

—Hice mi parte y no te pregunté por la tuya. Nunca hice el menor amago de intentar comprender que si yo estaba segura de que sería madre, tú debías

estar convencido de que serías padre. Lo siento, Orson..., porque creí que recuperar mi vida era lo único importante y no me di cuenta... de que te dejaba a ti exactamente dónde estabas, con la tuya hecha añicos, por mi culpa.

—La cagué. Esa es la verdad. —Con los brazos abiertos a la plaza vacía, Tucker se mostró a pecho descubierto, dándole aquello que, al parecer, ella deseaba con vehemencia. Los restos de cordura que todavía le quedaban—. Tomé un montón de decisiones en un segundo y todas se fueron a la mierda porque me apresuré y solo pensaba... en no repetir los únicos patrones que conocía. Cuando volví, Amelia, y te me plantaste delante para decirme que no... —Los ojos se le humedecieron, pero no lamentó que le quedaran lágrimas por derramar sobre aquel asunto. Era, con toda seguridad, el más importante de su vida. Merecía su llanto—. Durante tres días imaginé al crío que tendría contigo, le vi la cara, con tus ojos, y... lo quise. Cuando entendí eso y volví, me enfrenté con una pared que no pude trepar.

—Mi mundo giró alrededor de ese embarazo, Orson. Mis planes, mis estudios..., todo. Lo organicé y me agarré a ello porque creí que era lo único que tenía, y después..., después no quedó nada.

—Quedaba yo, Amelia. —Los labios le temblaron, el cuerpo entero se le agitó por la agonía que era exponer todo aquello a la luz—. No quisiste verme, ni escucharme..., y yo te entendí, joder, porque hice promesas que me alegré de no tener que cumplir, pero aun así, quedaba yo. No expresé lo que de verdad quería, no supe cómo mostrarte que aquello no era sino una oportunidad nueva para los dos, para hacernos más fuertes. Quería consolarte y en vez de eso actué como el capullo que se ve libre de responsabilidad.

—Y yo decidí ser la víctima. La madre doliente que no tenía ningún bebé. Me fui de aquí, donde pudieran compadecerme, y decidí que serías el culpable. —Amelia tragó saliva. Alzó la mano despacio, dejando que su dedo frío rozara la mejilla húmeda de Tucker. Pocas veces le había visto llorar, pero era una imagen que siempre la afectaría—. Nunca te tuve en cuenta, y aunque hicieras cosas mal, volviste a explicarlas. Yo no tuve esa deferencia, Orson. Lo siento mucho. Lo siento, con mucho tiempo de retraso. Lo has pasado mal, has sufrido y quedado como el villano y eso es algo que no puedo compensar.

Tucker carraspeó y alzó la vista al cielo. Parecía que ni todo el oxígeno del mundo podría llenarle los pulmones, que le ardían. La intensidad de aquel momento, por el que secretamente tanto había esperado, lo estaba rompiendo. Oír de boca de Amelia palabras de perdón y reconocimiento curaba de alguna manera un dolor antiguo con el que no le había quedado más remedio que acostumbrarse a vivir. Ahora que ella admitía su parte, cargar ese peso podría ser opcional. ¿Sabría seguir caminando sin él? ¿Sería capaz de hacerlo?

—Fuimos inmaduros, nena. Hicimos mal hasta la cama en esos días. Lo pagamos caro, con intereses. La culpa es compartida y no ganaremos nada revolcándonos en ella, en serio. No podía ser. —Y sonrió, con las ganas de irse corriendo rivalizando con las de quedarse allí plantado para siempre, ante el árbol de Navidad recién iluminado—. No era el momento, supongo. O quizá... mantener los pedazos unidos no valía el riesgo.

Amelia lo miró. No con una pasada de sus ojos miopes, ocultos tras las gafas empañadas de vaho. Lo miró como la primera vez que se habían visto de verdad, una tarde años atrás, a la orilla de la playa en Planet Beach. Se sonrieron y hablaron sin saber sus nombres ni las cargas que llevaban a su espalda. No fueron el chico con familia desestructurada ni la chica que había estado a punto de caer en un trastorno alimenticio por culpa de las malas decisiones. Sus familias, sus problemas, sus apellidos, simplemente dejaron de importar. Le dieron al otro, en aquel día cualquiera, el único regalo que no podían recibir de nadie más: un comienzo diferente y limpio.

—Tienes razón en una cosa, remar contra la corriente exige demasiado y creo que le he dedicado más esfuerzo del que podía. —Amelia dio otro paso al frente. La capucha del anorak se le cayó hacia atrás y, pronto, el pelo oscuro empezó a humedecerse—. Pero te equivocas cuando dices que unir los pedazos no merecía el riesgo. Estamos aquí, tú y yo, después de todo este tiempo, del dolor, de la distancia y de todo lo que yo misma he intentado poner por medio. Estamos aquí ahora, en un momento diferente, pidiendo perdón y aceptando que no somos perfectos y tenemos mucho que aprender. ¿Sigues creyendo que no vale el riesgo? Porque por una vez, por primera vez..., estoy dispuesta a no huir. Me voy a quedar aquí, Orson, para escuchar lo que tengas que decir, para saber lo que sientes, lo que piensas, y si todavía puedes...

—Amelia. —La voz, ronca y dura, cortó el discurso. Tuck alzó su mano encallecida, tomándola de la nuca hasta acercarla tanto, que sus cuerpos chocaron—. Cállate ya.

Bajó los párpados en el instante preciso. Con la mano hecha un puño sobre la tela húmeda de la cazadora de Tucker, Amelia separó los labios, solo que esta vez, la nube de vaho no ascendió en el aire para perderse en el cielo nocturno. Lo hizo dentro de la boca de él, que se deleitó con el momento. Un beso imprevisto que llegaba tras un día surcado de altibajos, inesperado, confuso y lleno de una torpeza que era más fruto de los nervios que de la inexperiencia.

No fue perfecto. Nunca habría sido descrito por ningún novelista afamado en las románticas páginas de un libro de amor con final feliz. Tucker estaba tan rígido por culpa de los nervios y la espera que sus labios se movían torpes sobre los de Amelia, que se veía incapaz de encontrar un ritmo apropiado para

seguirle, ni el ángulo correcto en el que colocar su cabeza. Sus narices chocaron y el contacto se rompía por más que intentaban mantenerlo.

—Mierda... —se lamentó Tuck, con las mejillas sonrosadas de Amelia entre los dedos. Los cristales de sus gafas estaban empañados, y ambos empapados de la cabeza a los pies. La situación era absurda, carente de todo romanticismo, y, sin embargo..., se echó a reír. Tal vez por el subidón del momento, no lo sabía, y tampoco le importaba. Se rio como un loco durante tanto rato que tuvo que soltarla para doblarse sobre sí mismo—. Mierda, nena..., ¿por qué todo tiene que salirnos siempre al revés? ¿Es que no podemos ser normales ni siquiera para darnos un beso después de tres años? Dios..., tengo las manos tan paralizadas que apenas puedo sentirte, Amelia. Y la esperanza de volver a recorrerte entera es lo único que me ha mantenido en mis cabales todo este tiempo.

Entrelazó los dedos con los de ella, mirándola con esa mezcla de arrogancia y petición melosa que ella recordaba tan bien. Le rozó la boca otra vez, despacio y con calma, sin más expectativa que darle a sus labios temblorosos un poco de calor.

—Tengo el coche unas manzanas más abajo. —Fue todo lo que dijo, dejando que Amelia tomara la decisión.

Ella lo pensó solo un instante, hasta que decidió dejar de pensar. Darle demasiadas vueltas a las cosas era lo que la había llevado a lugares muy oscuros y decisiones de las que ahora se arrepentía. Se dejaría llevar por lo que sentía. Después de todo, ¿para qué iba a latir con tanta fiereza su corazón, si no para imponerse e indicarle el camino? Fue una decisión fácil. Tomarla resultó casi un alivio.

—Pues entonces deberíamos irnos de aquí —susurró, tirando apenas de la mano de Tucker, que echó a andar con una obediencia casi servil—. Después de todo, has prometido llevarme a casa.

Tucker asintió con firmeza, y con las manos entrelazadas, condujo a Amelia hasta el aparcamiento. Ambos sabían, en la silenciosa locura que eran sus mentes, que tardarían un rato en ser capaces de poner rumbo a la casa de huéspedes. Después, si tenían tiempo, quizá lograrán ser capaces de hablar de todo aquello; por el momento, lo único que imperaba era sentir.

Con el amparo de la oscuridad, alguien los vio alejarse. Incapaz de apartar la mirada, permaneció observando hasta mucho tiempo después de que ambos se hubieran ido.

CAPÍTULO 17

*Mira las horas y el tiempo que nos llevó,
¿es este amor como el amor que hacíamos?*



—¿Quieres ir a algún sitio en particular? ¿Adónde... adónde vamos, Amelia?

Tucker no quería conducir sin rumbo, ni tampoco meter el coche en cualquier lugar. Aunque le preocupara que dilatar el momento enfriara aquella dulce locura que se había apoderado de ellos, era un tío con ciertos principios, y estos pasaban por actuar, en la medida de lo posible, como un caballero. Después de todo, pensó con el pecho hundido de tensión, la chica que ocupaba el asiento del copiloto no era cualquiera, sino la única a la que alguna vez había amado. Merecía un sitio donde pudiera suspirar entre los jadeos que le provocarían sus besos, esas palabras que llevaba tres años guardándose, y que nadie más había escuchado después de la última vez que se las dijera a ella.

Esperó su respuesta, temeroso de precipitarse, de que la burbuja explotara y ella rogara volver a casa y dejar todo aquello olvidado. Tragó saliva, con la tensión volviéndole torpes los sentidos.

—Cualquier lugar estará bien —determinó ella por fin, tras lo que pareció una eternidad—. Es un pueblo pequeño, y no creo que suframos un ataque de algún maniaco homicida.

Tucker metió la primera marcha y arrancó con las luces largas encendidas. Giró ciento ochenta grados y se alejó de la plaza.

—Lo más surrealista que ha pasado en este pueblo en toda su historia son las visitas de los fanáticos de los libros del padre de la Volteretas —dijo Tucker, atento a la carretera. Redujo aún más la velocidad, solo por precaución—. Ha basado algunos escenarios para los crímenes en zonas de Kendall.

—Lo sé. He leído su libro.

Por supuesto. Amelia devoraba las lecturas como un famélico haría con un plato de pasta. Era curiosa, inteligente y maravillosamente despierta, y en aquel momento estaba allí con él, confiada y dispuesta a ir a cualquier sitio al que Tucker quisiera llevarla porque se sentía lo bastante segura a su lado como para no temer correr peligro alguno. ¿Quién decía que los jodidos milagros no existían? Si una semana atrás alguien le hubiera dicho que iba a besarla en el encendido anual del árbol de Navidad de la plaza, se habría ofrecido voluntario a poner la estrella en el pico más alto. Sin escalera.

Condujo unos pocos kilómetros, quedando a distancia prudencial de la casa de huéspedes, pero lo bastante cerca como para que Amelia no se sintiera inquieta en caso de que quisiera marcharse. Cuando apagó el motor, Tucker se llevó las manos a la cabeza y se arrancó el gorro, echándose el flequillo hacia atrás. Apoyó la cabeza en el respaldo y giró la cara hasta mirarla. A esas horas, ni un alma transitaba las calles, solo había silencio y haces de luz de las farolas. Los cristales se estaban empañando, de modo que Tuck accionó el contacto y puso la calefacción.

—El aire se caldeará en unos minutos —susurró.

—Seguro que sí —aventuró Amelia, desviando los ojos de la calle y poniéndolos, por fin, en él. Tucker tragó saliva, y que estuviera tan nervioso la hizo sentir especial—. Te he echado mucho de menos, Orson. Hasta cuando no quería ni acordarme de tu nombre... te echaba de menos.

Todas las buenas intenciones que Tucker había tenido se diluyeron y acabaron impregnadas contra los cristales, como la respiración de ambos al chocar de frente con el aire cálido que iba llenando la superficie del coche. Con un movimiento aprendido, Tuck accionó la palanca de su asiento y lo echó hacia atrás, dejando espacio para que Amelia pudiera pasar las piernas por encima de la caja de cambios y encaramarse a su regazo. Recibir su peso fue como una bendición divina, como si le hubiera tocado el premio mayor y, de pronto, el cielo se abriera de azul. La envolvió en sus brazos, abrió la boca, y el beso, esta vez, colmó, con mucho, todas sus expectativas.

La boca de Amelia encajaba en sus labios a la perfección. Se habían aprendido hacía mucho tiempo, dedicando horas de dulce agonía a besarse y recorrerse con dientes y lengua. Compartieron saliva y el estrechocar de sus bocas sonó casi afinado cuando se removieron, buscando estar más cerca del otro, a pesar del precario espacio y las capas de ropa. Amelia metió los dedos entre los cabellos ondulados de Tucker, atrayendo su rostro para que no le negara unos labios sin los que había vivido demasiado tiempo como para soportar la distancia un solo segundo más.

Cuando ella empezó rozarle el pulso de la garganta con los labios, Tucker cerró los ojos y emitió un gruñido. La erección se le marcaba en los pantalones, ladeada hacia la derecha, golpeando contra los muslos separados de Amelia, rogando una atención que él se moría por darle. Con sus grandes manos más sensibilizadas, la tomó del rostro, mirando aquellos ojos grandes y brillantes que habían sido su puerto seguro y su naufragar a partes iguales. Despacio, con mucha ternura, Tucker le quitó las gafas y besó sus párpados, la punta de la nariz y sus mejillas. La rodeó más fuerte con el otro brazo, echándosela prácticamente sobre el pecho.

—Si estoy alucinando como efecto secundario por haber aspirado demasiado dióxido de carbono de los coches..., espero que me dejen morir —susurró, mordisqueando el lóbulo de la oreja de Amelia, que se retorció haciéndole sonreír—. ¿Tienes cosquillas aquí?

—Sabes que sí...

—Sí..., sí, sé que sí.

La mirada que compartieron se llenó de intensidad. Amelia se acercó más para enfocarle con toda la nitidez de la que era capaz. Su mano se coló por la abertura del abrigo y después conquistó el terreno de la camiseta, rozando por fin parte del torso de Tuck, que endureció la mandíbula. El placer que un solo roce de ella le provocaba amenazaba con hacerle quedar como un adolescente con los vaqueros empapados..., pero no le importaba. Con Amelia no había timidez, vergüenza o zonas prohibidas. Ella era dueña y señora de todas sus reacciones, como él lo había sido de las suyas.

—Aún lo tienes.

Tucker bajó la mirada hacia su pecho. Amelia había apartado parte de su camiseta y le recorría las líneas negras del tatuaje con el borde redondeado de sus uñas. Aquella inicial, que se había tatuado por ella al poco de empezar a salir en serio, pareció llenarla de una congoja que Tuck no supo si era buena o mala. Por si acaso, le acarició la barbilla, animándola a levantar los ojos para que pudieran encontrarse de frente con los de él. Asintió en su dirección, humedeciéndose los labios antes de responderle.

—No me tatúo por capricho, nena. Cuando me marco lo hago con algo que estoy seguro de querer conservar en mi piel para siempre. —Puso su mano cálida sobre la de ella, cubriendo ambas la A y sintiendo en el proceso los acelerados latidos de su corazón—. Lo único que es más duradero para mí que la tinta es lo que me recorre por dentro cuando pienso en ti.

Amelia quiso decirle muchas cosas, pero no encontró palabras que reflejaran todo lo que sentía, así que tomó impulso en sus rodillas para erguirse. Una de ellas se clavó en la pierna de Tucker, pero aunque le hubiera atravesado

la carne, no se habría quejado. Se movió lo justo para que ella pudiera rodearle el cuello con ambos brazos antes de volver a besarse. Esta vez, el choque de sus bocas fue menos delicado y gentil. Los dientes rasgaron la carne y los labios succionaron. El ruido de los besos se fue intensificando, así como el calor del momento y la necesidad de estar más juntos. Toda cercanía era poca y, pronto, las capas de ropa que les habían protegido del granizo empezaron a estorbar. Tucker sacó los brazos de la chaqueta a tirones, intentando no apartarse de Amelia en el proceso, pero teniendo que soltarla el tiempo justo para arrojar la prenda al asiento trasero.

Tan pronto como contó con mayor libertad de movimientos, asió por el borde el abrigo de ella y se lo sacó por la cabeza sin pedir permiso. Una lluvia de gotitas frías les cayó encima, pero nada podía distraerlos de su objetivo principal: sentirse más. Reencontrarse.

Tucker hundió la cara en el pecho de Amelia y respiró hondo. Sentía sus pechos subiendo y bajando a causa de la respiración agitada, y el olor de su ropa, de su perfume, de toda ella, le embriagó las fosas nasales, haciéndole cerrar los ojos y concentrarse en aquel momento perfecto. Ella le besó la coronilla, meciéndose apenas, a horcajadas sobre él como estaba. Le sintió besarla por encima de la ropa y un escalofrío recorrió su espalda, haciéndola arquearse.

—¿Aún recuerdas... lo bien que puedo hacerte sentir, Amelia? —oyó que él le susurraba, pasando la nariz por su cuello, sin abrir los ojos ni despegar apenas los labios de su cuerpo para hablarle—. Porque yo no he olvidado ninguno de los sonidos que emites, ni la forma en que te mueves..., tengo grabado a fuego en la memoria cómo se te enrojece la piel, dónde eres más sensible y la forma en que te gusta que te toque, y que te mire mientras lo hago.

—Orson...

Las sílabas de su nombre sonaron ahogadas, pues las pronunció en el mismo momento en que él colaba la mano por la cinturilla de los vaqueros. Se los había desabrochado con tal destreza que Amelia ni siquiera se había dado cuenta. Le sintió tocarla por encima de las braguitas, y, durante un segundo, su ego femenino tomó el control e intentó recordar cuáles llevaba puestas, y si a Tucker le gustarían. Después, cuando dos de sus dedos encallecidos encontraron el camino dentro de su sexo, acariciando con una malicia deliciosa el interior de sus labios, todo dejó de importar. El mundo entero, con todos sus habitantes y problemas, se desvaneció.

Era tanto lo que sentía que gemir no lo expresaba lo suficiente. Amelia se sentía devastada, rota por una necesidad que se había estado negando desde hacía demasiado tiempo y ahora explotaba al ritmo de los embates de los dedos de Tucker, que la martirizaba entre susurros ahogados, pidiéndole que se

entregara, que se dejara arrastrar por aquel mar de pasión. Amelia le sujetó del pelo y tiró, haciendo que la mirada de él se pusiera en ella, cuyos labios entreabiertos y mirada perdida le tocaron el corazón.

—Sí..., así..., así —le dijo en voz baja, besándole la barbilla, recorriéndole las mejillas con besos húmedos—. Es justo como lo recordaba, como te recordaba, Amelia. Dulce, apretada, húmeda y muy cálida..., eres la única, nena. Aunque hubiera miles..., siempre serías mi única. Solo tú.

Amelia tenía la frente perlada de sudor, pero Tucker la besó de todos modos, embebiéndose del olor de su cabello húmedo y del aroma a mujer que su piel rezumaba con cada caricia. La conocía tanto, se la sabía de memoria hasta tal punto, que sabía cuándo necesitaba que la tratara con más fuerza y cuando que ralentizara los movimientos. La idea de darle placer, de verla estallar en un orgasmo por él, le cegó durante unos segundos, haciendo que no viera cómo algo en ella cambiaba de ritmo, enfriando una atmósfera que prometía llamas de pasión.

—No..., no, Amelia —le susurró, buscando su boca, besándola con pasión y apretándose contra su cuerpo para que la tibieza no la dejara—. Sea lo que sea que estés pensando, para, nena. Para, por favor..., quédate conmigo.

Pero era tarde, los dos lo sabían.

Tan excitada como estaba, al borde de un abismo que había coronado antes, pero del que nunca había estado dispuesta a saltar con tanta vehemencia como con Tucker, Amelia abrió los ojos, y en ellos la culpa y el remordimiento refulgieron como piedras preciosas. Su sexo se quedó vacío y la frustración de no hallar liberación no fue ni la mitad de dolorosa en comparación con la expresión descorazonada que vio en él, que resoplaba molesto, con la cabeza echada sobre el respaldo del asiento. Tenía la mandíbula endurecida, al igual que otras partes de su cuerpo.

—Lo siento, Orson —balbució Amelia, que le acarició las mejillas cubiertas de vello. La voz le salía ahogada, le temblaba toda la piel y su cuerpo, traicionero, seguía enviando réplicas en forma de movimientos sutiles de cadera, anhelando la virilidad que se adivinaba anclada contra su muslo, y el placer de aquellas caricias íntimas que habían estado a punto de hacerla perder la razón—. No podemos hacer esto. Yo no puedo..., no así.

—Podemos ir a cualquier sitio que quieras, Amelia. Dios..., ahora mismo te llevaría a la jodida luna si me lo pidieras.

—No es eso, ya lo sabes.

Tucker cerró los ojos un segundo, intentando en vano mantener dentro de sus pulmones parte del aire que se colapsaba en el interior del coche, que había

pasado de refugio para amantes a cárcel. Todo cuanto era capaz de aspirar eran efluvios de Amelia, que se le clavaban en la carne como alfileres al rojo vivo.

—Intenté hacer mi vida en California —musitó ella, que, con torpeza, volvió a su asiento, dejando el cálido regazo de Tucker. Se recompuso la ropa, con la vergüenza tiñéndole las mejillas y las palpitaciones nerviosas abrazándole el cuerpo entero—. Lo intenté de verdad, Orson. Yo..., hay... hay una persona.

Tucker mentiría si se hiciera el sorprendido, pero escucharlo de unos labios que todavía estaban hinchados por sus besos, mientras sentía aún húmedas de ella las yemas de los dedos, lo golpeó con rudeza. Emitió un gruñido y miró por la ventanilla empañada. El reloj del salpicadero estaba iluminado y marcaba el paso de los minutos. El tiempo y las oportunidades se le escurrían entre las manos. Otra vez. Tenía que decir algo, pero temía que hacerlo pusiera punto final a una esperanza que apenas había podido paladear.

—¿Le quieres más de lo que quieres esto? —lanzó con voz ronca, sin empatía ni movimiento alguno de su cuerpo. Amelia calló y eso le enfadó todavía más—. Es una pregunta simple, nena.

—Pero la respuesta no lo es. —Extendió la mano para tocarle, pero Tucker se había quedado frío. No la miraba, rumiaba la decepción y se peleaba con las ilusiones que se le habían hecho añicos bajo los pies, cortándole una carne que había estado en la gloria bajo sus caricias minutos antes—. No puedo hacer esto sin más, no es justo. Yo no soy así.

—Si te importara tanto, no me habrías buscado, Amelia. No me habrías dicho toda esa mierda en la plaza ni me habrías besado. —Giró la cara por fin, enfrentándose con el semblante lleno de repugnancia por sí misma que sentía ella—. No será serio, ni de verdad, si te estabas muriendo en mis brazos hace cinco putos minutos.

—¿Y qué quieres que conteste a eso, Orson? ¿Que cuando me tocas pierdo los cuatro puntos cardinales y me olvido de cómo ser una buena persona? ¿Que todo da igual si echamos un polvo épico y nos besamos hasta perder la memoria?

—No jodas, Amelia..., así no. A mí no. —Se tapó la cara con el antebrazo, porque dolía mirarla, dolía sentirla y hasta respirarla en el reducido aire del coche. Estaba tentado a liarse a puñetazos con los asientos, el volante y hasta los pedales. Destrozar con sus propias manos el acero y los revestimientos, a ver si así se le enfriaba la sangre y podía pensar—. Lo que quiero es que, por una vez, solo una, no tenga que ser yo el que se quede con las manos vacías. Lo que quiero... es no tener que volver a ser el que se siente mal por querer cosas que, por lo visto, no están bien.

Pero ella no contestó, porque la sombra de Logan estaba allí en medio aunque él no tuviera ni idea de contra quién estaba lidiando aquella absurda

pelea imaginaria. Amelia no dijo una palabra porque se sentía culpable de desear con todas sus fuerzas algo que haría daño a otra persona. Puede que la relación que mantenían Logan y ella no tuviera los parámetros acostumbrados, que solo estuvieran, como ellos mismos habían acuñado, cuando estaban, pero aun así..., aun así, ella no hacía las cosas de ese modo.

—Supongo que ya me has contestado —oyó decir a Tuck, que puso en marcha el coche y arrancó con un volantazo.

—Necesito tiempo, Orson. Si esto pasa..., no quiero que sea algo que deba lamentar, algo sucio y que no signifique nada.

—Has tenido tres años, Amelia. Si a estas alturas crees que sería un revolcón sin sentido y por despecho..., es que tendrías que haberte quedado donde estabas.

Frenó en seco justo delante de la puerta de la casa de huéspedes. Era lo más cerca que había estado de la propiedad desde que todo aquello había ocurrido entre ellos. Con dedos temblorosos, Amelia se soltó el cinturón. Estaba triste y tenía ganas de llorar, de gritar y de hacerse daño. Se planteó golpearse la cabeza contra el cristal, pero luego tendría que añadir el palpitante dolor de sienes con la increíble confusión que reinaba en su cerebro en aquel momento, y no le pareció buena idea.

Con manos trémulas, agarró el bolso y tiró de la puerta, pero antes de irse, volvió a mirar a Tucker, cuyo semblante estaba tan vacío de emociones humanas que Amelia casi no lo reconocía. Le tocó la mejilla, intentando decirle que fuera paciente, aunque ni ella misma sabía si tenía derecho a pedirle algo así. ¿Cómo exigir una espera, cuando no sabía si iba a estar ahí para él al final? ¿Debía esperanzarse, aun cuando no había tomado ninguna decisión respecto a Logan? Su madre se querría morir si se enteraba de que Tucker y ella se habían acercado, su abuela se llenaría de preocupación, y Krista... no quería ni pensar cómo reaccionaría.

Todo en contra, un pasado amargo que pesaba y otra persona que, quizá, había comenzado a esperarla en la distancia. Amelia se ahogaba, el aire se le escapaba de los pulmones, y en ese momento preciso, Tucker la tomó de la barbilla y puso la boca sobre la de ella, tomándola con rudeza, introduciendo la lengua entre sus labios y luego, soltándola sin más.

—Te deseo un insomnio lleno de recuerdos míos —le dijo, como si la maldijera por aquel padecimiento que le estaba provocando.

—Orson, por favor...

—Ahora voy a irme, Amelia, pero piensa muy bien lo que vas a hacer a partir de este momento, porque la próxima vez que me busques, lo voy a interpretar como que has tomado una decisión. Te cogeré en brazos, te meteré en

mi cama, y así se me abra el suelo bajo los pies, no te dejaré marchar. ¿Lo has entendido?

Ella asintió, porque no podría haber pronunciado ninguna palabra por más que hubiera querido. Se bajó del coche y le vio alejarse a toda velocidad, poniendo kilómetros entre ambos, tal como la había acusado a ella de hacer tiempo atrás.

Amelia se quedó parada ante la entrada de la casa de huéspedes hasta que las silenciosas lágrimas que discurrían por sus mejillas se quedaron medio congeladas, pegadas a su piel. Con un suspiro, caminó cabizbaja y revolvió en sus bolsillos hasta dar con las llaves. Ardía. Su piel estaba a punto de entrar en combustión espontánea. Ojalá los partes meteorológicos tuvieran razón y aquel fuera el invierno más frío en veinte años..., pero sospechaba que ni un glaciar podría enfriarle un cuerpo que había añorado en demasía las caricias de Tucker, y menos después de haber tenido sus manos recorriéndola por unos minutos de feliz abandono.

La realidad se había impuesto, sin embargo, y aunque Amelia estaba segura de haber actuado con cordura, nunca ser sensata le supo tan amargo.

Cruzó la cocina a oscuras y empujó la puerta de su dormitorio. Se dejó caer contra la pared, observando las paredes y la decoración que tan cómoda la habían hecho sentir como si de pronto nada estuviera en su lugar. Quitándose las gafas de un manotazo, empezó a soltarse el abrigo, respirando con extenuación, como si hubiera llegado corriendo desde Planet Beach. Le ardían las mejillas y el pecho le subía y bajaba a toda velocidad, como si todo el aire del mundo no bastara para calmar su ansiedad.

Se dobló sobre sí misma, poniendo la cabeza entre las piernas, e intentó respirar despacio. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso no había sido aquella su decisión? ¿Podían el arrepentimiento y la tristeza dejar una huella física tan poderosa como para robarle el aliento? Estaba claro que sí. Con pasos trémulos, entró en el baño y se lavó la cara con abundante agua fría, observando a la chica que la miraba con rencor desde el espejo.

—Pero qué estás haciendo, Amelia —se dijo a sí misma, sin encontrar una respuesta—. Todo esto está mal, todo está... Si fuera lo correcto, no te sentirías así... ¿Qué demonios te pasa?

Quizá era momento de ser honesta, comprendió. Pero tal vez... la postura tajante y aquel adiós amargo no habían llegado al destinatario correcto.

La Amelia del espejo alzó las cejas, esperanzada, y entonces fue como si todo encajara en su lugar y una euforia extrema se apoderara de todo su cuerpo. A trompicones, Amelia salió del baño y rebuscó en su abrigo hasta dar con el teléfono móvil. No era la forma ideal de hacerlo..., pero no se veía capaz de

esperar más, ni siquiera para comunicar su decisión en persona. Lo haría, se prometió, pero no estaba dispuesta a dilatar aquel asunto un solo segundo más.

Piensa muy bien lo que vas a hacer a partir de este momento, porque la próxima vez que me busques, lo voy a interpretar como que has tomado una decisión. Te cogeré en brazos, te meteré en mi cama, y así se me abra el suelo bajo los pies, no te dejaré salir. ¿Lo has entendido?

Cerró los ojos un segundo, paladeando el recuerdo de las caricias y los besos. Su piel seguía trémula y los rincones más escondidos de su cuerpo aún estaban húmedos y expectantes. Toda ella, vuelta del revés, tenía ahora un único y certero pensamiento: dejar de huir hacia adelante. Había vivido tres años una mentira tan elaborada que incluso ella la había creído, pero bastaron unos besos y unas pocas palabras dichas con honestidad para comprender que por más muros y kilómetros que se empeñara en interponer, de algún modo, la vida siempre terminaba llevándola de vuelta.

Su corazón tenía una deuda pendiente con Orson Tucker y con la Amelia que, tres años atrás, no había tenido el valor de admitir que, pese a la pena y la decepción, seguía queriéndolo.

Ahora sería distinto. Ahora haría las cosas bien.

Marcó de memoria y se llevó el teléfono a la oreja, con el nerviosismo creciendo en su estómago. Esperó varios tonos, hasta que la grabación del buzón de voz la sorprendió. Pensó en colgar, pues dejar un recado con aquellas palabras le parecía algo frío y poco personal. No obstante, apretó el puño de la mano libre y se aclaró la garganta. Romper el tercer vértice sería el primer paso, y era necesario darlo antes de volver a enfrentarse cara a cara con Tucker.

—Logan... —masculló, de repente emocionada y con mil recuerdos agolpándose en su memoria—, espero que no hayas respondido porque estés... tomando tequila del ombligo de alguna buena chica, responsable y estudiosa, y que te mantengas alejado de los rápidos y los saltos de altura. —Sonrió, imaginándolo cruzar el Amazonas en una balsa hinchable color naranja—. Cuando vine a Kendall me dijiste que arreglara todo lo que tuviese pendiente y... voy a hacerlo, Logan, aunque me temo que no de la forma en que ambos creímos que pasaría. Tengo..., la persona que está aquí es para mí y... es muy posible que esto sea una completa locura y acabe arrepentida, pero ¿sabes? Creo que tengo el derecho y... que me debo volver a sufrir por ello si es lo que me toca. No puedo dar la espalda a alguien que hace que todo mi mundo deje de tener sentido con una sola mirada. —El corazón se le aceleró, dándole fuerzas

para continuar—. Una vez me dijiste que había guerras que merecía la pena perder, con tal de luchar en ellas..., esta es la mía, Logan. Y voy a dar todo lo que tengo por vencer, pero si no es así, solo quiero que sepas que eres importante para mí, que espero verte pronto y que no quiero perderte. Perdóname si mi decisión te hace daño, por favor, por favor, perdóname, Logan, porque esa nunca ha sido mi intención. Espero que puedas entenderme y que... sigas disfrutando de tus locas vacaciones. Sé feliz de la manera que quieras, te lo mereces.

Colgó. Parte de la amargura que había sentido desde que Tucker se marchara pasó, sustituida por nervios y una emoción creciente que hacía que le temblaran las manos. Sintió por Logan, con quien había compartido meses de relación intermitente y la bastante intimidad para sentirse unida a él, Amelia cogió aire y dejó el teléfono.

—Has hecho lo que debías —se dijo a sí misma, alzando los hombros y sin temblor en la voz—. Ahora no te echas atrás, porque has cubierto el cupo de comportarte como una cobarde para el resto de tu vida.

Con paso firme, Amelia volvió a entrar en el baño. Se cepilló los dientes a toda prisa y después se dio un par de tirones en el pelo con un cepillo para hacerse una trenza medio decente. Ante el espejo, cuyo reflejo era ahora menos acusador que antes, miró la ropa que llevaba puesta con el ceño fruncido y, al final, decidió sacarse el jersey por la cabeza y sustituirlo por una blusa blanca con pequeños lunares de colores. Se la remitió por los vaqueros, que estaban salpicados de lluvia, con prisa.

Sin tiempo que perder, se subió el dobladillo por encima de las botas y decidió que aquello tendría que valer.

Agarró su bolso, metió la dosis de insulina dentro, el teléfono y un par de guantes que encontró enredados en medio del abrigo y salió del dormitorio como una exhalación. Todavía a oscuras, revolvió en la cajita de madera donde su abuela guardaba las llaves del coche y las tomó. Después garabateó unas palabras en un trozo de papel para explicar su ausencia y, sin pararse a pensarlo un solo segundo, tiró de la puerta y abandonó la casa de huéspedes, dispuesta a ir por lo que quería sin excusas.

Los dos habían perdido tres años. Ya habían sido infelices demasiado tiempo.

* * *

Para Tuck, subir por la escalera de incendios exterior que daba a su piso, sobre la tienda de tatuajes, fue como ascender directo a un infierno que había

dejado de estar bajo tierra.

Cruzó el alfeizar de la ventana y posó las zapatillas cubiertas de barro en el suelo. Haciendo malabarismos apoyado en la pared, Tucker se descalzó y deambuló por el pequeño espacio sin molestarse en encender la luz. Dios..., era tan gilipollas. ¿Cómo podía una persona albergar en su interior un grado tan profundo de estupidez? Lo había hecho todo mal, desde un principio, y ni teniendo entre las manos la ocasión de redimirlo había sabido actuar de modo diferente.

Estaba maldito, no encontraba otra explicación. Nacido de un matrimonio infeliz, rodeado de personas insatisfechas e incapaces de dar amor del bueno, ¿de verdad aspiraba a que unos pocos magreos en un coche marcaran la diferencia? Amelia no era ese tipo de chica. Mierda..., él no era tampoco ese tipo de chico.

Soltó el abrigo y las llaves por ahí, sin molestarse en cerrar la ventana. El aire frío empezó a colarse dentro y bajó la temperatura, pero no le importó. Estaba tan caliente —emocional y físicamente— que una nevada podría inundar el jodido salón sin que se diera cuenta. Abrió el grifo de la cocina y se lavó la cara, aprovechando las manos mojadas para echarse los mechones de pelo ondulados hacia atrás. De soslayo, echó una mirada a la nevera, preguntándose si romper una sobriedad espartana de más de siete años estaba justificado cuando uno perdía, por segunda vez, a la chica de su vida.

Tucker no bebía una gota de alcohol desde la muerte de su padre, pero, tal vez, emborracharse por haber sido tan imbécil como para ponerle a Amelia un ultimátum sería lo apropiado. «Después de todo —pensó con ironía—, ¿qué más da otra mala decisión?»

Tiró de la puerta de la nevera y sujetó una botella de refresco con fuerza excesiva. Estuvo mirando su reflejo en el cristal empañado durante varios minutos hasta que, al final, volvió a dejar la cerveza donde estaba, con un suspiro ronco. Nada de profecías autocumplidas, decidió.

—Así solo demostraría que soy tan mierda como piensan los demás — balbució, abriendo la Coca-Cola Zero y dando unos tragos nerviosos. El líquido frío se derramó por su barbilla, corriendo por su camiseta. La humedad creciente le recordó a Amelia, a la maravillosa sensación de tener su orgasmo pendiendo de la punta de los dedos. Verla rendida, a punto de colapsar y poniendo los ojos en blanco había sido una delicia... antes de que todo se fuera por el desagüe—. Joder..., esto es lo que pasa cuando se piensa con la polla y no con la cabeza. Tucker, eres gilipollas. Eres un idiota... y se lo has dejado ver tan claro que tendrás suerte si vuelves a tropezártela, coño.

Un ultimátum... ¿o más bien había sido una amenaza? Daba lo mismo, poner contra las cuerdas a alguien como Amelia, que había demostrado tener

muchos recursos y pocos reparos para salir corriendo cuando la situación le resultaba incómoda, había sido el tiro de gracia para él. *Piensa muy bien lo que vas a hacer a partir de ahora...*, pues tirar millas, seguramente. Otra vez.

El problema estaba en que Tucker había estado muerto emocionalmente durante tres años, llevándolo a cuestras, pero acostumbrado al peso adicional, se había convencido de que aquello era lo que le esperaba por el resto de su vida. Y lo había aceptado. Sin embargo, aquella noche en la plaza y luego dentro del coche, Amelia lo había revivido con una descarga de *electroshock* brutal que había resucitado todas sus esperanzas e ilusiones... solo para pegarle un tiro entre las cejas después.

Así que... de vuelta a la casilla de salida. Era un cadáver ambulante. Un zombi con los sentimientos hechos trizas. Una vez más.

—¿Por qué me haces esto, nena? —le susurró a la lata de Coca Cola, cuyas gotitas resbalaban por sus dedos, incapaces de darle una respuesta—. ¿Por qué has tenido que volver y elegir a otro?

Dejó caer por el fregadero los restos del oscuro líquido y deambuló por los escasos metros que separaban la cocina del resto del apartamento. Desganado, dándole lo mismo quedarse dormido que pasar la noche mirando las paredes, Tucker se quitó el suéter y la camiseta a la vez, con un único tirón. Ya iba a lanzarlos ambos contra el respaldo de la silla más cercana cuando unos pasos resonaron sobre la superficie metálica de la escalera.

Como había dejado la ventana que daba a la salida de emergencias a medio cerrar, se acercó al leve haz de luz que arrojaba la farola del edificio de al lado. Parpadeaba, probablemente porque pronto se apagaría de forma definitiva. Con el ceño fruncido, Tucker se acercó despacio, preguntándose quién podría andar merodeando por la trasera del edificio a aquellas horas. Rogó porque no fuera Bianca, aunque la perspectiva de que siguiera con Dean tampoco lo tranquilizaba mucho.

—¿Orson?

Cubrió la distancia en un par de zancadas, asomándose al alféizar y sacando medio cuerpo sin que le importara en lo absoluto ir medio desnudo. Increíblemente ante lo que veía, tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que su cabeza no le estaba engañando. De que aquello era real. A medio camino de las escaleras, con una trenza medio deshecha enmarcándole la cara, estaba Amelia. La vio levantar la cabeza tan pronto como le escuchó asomarse, y la sonrisilla nerviosa que formaron sus labios provocó que el corazón de Tucker se saltara varios latidos.

«No te apresures...», le rogaron sus instintos.

—Es una noche un poco fresca para dar un paseo por el barrio —le dijo, sosteniendo la ventana abierta con la palma de la mano. Se inclinó un poco más, dejándola ver su torso desnudo—. ¿Te has perdido?

Amelia se apartó un mechón rebelde de la frente. Se frotó compulsivamente las manos, sin decidirse a dar un paso más. ¿Y si él la rechazaba ahora? Siempre cabía aquella posibilidad..., después de todo, ella lo había rechazado antes, se había bajado del coche y le había dejado ir. Cogió aire y luego lo expulsó despacio, en forma de bocanadas de vaho. Decidió dejar los miedos a un lado, ya había llegado hasta ahí, ¿qué sentido tenía echarse a temblar ahora?

—En realidad..., espero haber encontrado el lugar para quedarme.

—Lo que te dije antes, frente a la casa de huéspedes. —Clavó en ella los ojos, dejándole claro que no habría lugar a dudas una vez que pronunciara aquellas palabras—. Iba en serio, Amelia. Has vuelto a cruzarte en mi camino viniendo hasta mi casa. Para mí, eso es una decisión tomada.

Esperó que ella inventara alguna excusa. Que se disculpara y terminara de colocar la lápida sobre los restos de aquella historia con algunas palabras de sentencia, pero, por una vez, los peores augurios de Tucker no tuvieron lugar.

—¿Vas a dejarme subir para cumplir con tu amenaza? —Esta vez, la sonrisa que ella mostró pareció disipar todas las nubes de tormenta que se arremolinaban en el horizonte—. ¿O voy a tener que colarme?

Con una risa ronca y las mejillas levemente sonrojadas —¡qué coño, se había sonrojado como un crío por culpa de la emoción!—, Tucker se hizo a un lado, vigilando con ojo crítico cada peldaño conquistado por Amelia, que fue ascendiendo con una lentitud que a él le pareció una tortura. Había esperado mucho tiempo para poder estrecharla en sus brazos..., aguardar unos segundos más se le hizo insoportable.

Cuando por fin cruzó a través de la ventana, Amelia se encogió de hombros con un suspiro. Se apartó la trenza a un lado y miró alrededor, nerviosa.

—Bueno..., ¿y ahora qué?

—Ahora... —Tucker la tomó de la cintura con una mano, mientras que la otra acariciaba su mejilla—. Llega la parte de no dejarte marchar.

Sus bocas se encontraron a mitad de camino, mientras ambos se acercaban al otro, sedientos. Sin despegar los labios, Tucker fue desgranando una a una las capas de Amelia, sin prisa pero sin pausa, despojándola de la bufanda y el abrigo, hasta encontrarse con la blusa y los vaqueros. Le dedicó una mirada apreciativa, gesto que hizo que ella se ruborizara. Miedos e inseguridades afloraron de pronto y se preguntó, con creciente inquietud, si él estaría viendo cambios que no le gustaban.

—Soy algo diferente a la última vez que hicimos esto, Orson —le dijo en un susurro, cerrando los ojos cuando él la besó en el cuello, y luego bajo la oreja, y en el borde de la mandíbula y la punta de la nariz—. El tiempo ha... ha pasado.

—Tres años interminables —le oyó gruñir, deslizando las manos hasta su cadera, tomando el dobladillo de la blusa y alzándolo despacio—. Sé que eres diferente. Yo también lo soy.

—No lo entiendes..., mi talla no es... —Incómoda, chasqueó la lengua—. Mi cuerpo..., he cambiado, Orson.

Los ojos oscuros de Tucker la estudiaron entonces y ella solo pudo mantenerle la mirada unos instantes. Le tenía delante, a pecho descubierto, con aquellos músculos cincelados a causa de las horas de duro trabajo. El tatuaje brillaba en su pectoral, sus brazos estaban marcados y su estómago era plano y duro. «Todo un hombre», pensó con desasosiego. Uno saludable y fuerte, al que los años habían tratado mejor que bien.

Ella, en cambio...

—Ahora eres una mujer, Amelia —le oyó decir, rozándole los labios con la yema callosa de su pulgar—. Me gustaba la chica de la que me enamoré, pero lo que veo ahora... me deja sin aliento. Eres preciosa, nena, y cualquier otra cosa que pienses al respecto es una gilipollez.

Se pegó a su cuerpo, dejándola sentir en sus valles y hondonadas la marca inequívoca de cuánto le gustaba lo que estaba viendo. Con la erección de Tucker clavada en el muslo, Amelia besó y se dejó besar, olvidándose de cualquier complejo e inseguridad que pudiera haber sentido. Él la recorría como si tocara una obra de arte a escondidas, arrasando su piel con las manos, la boca y los dientes. La miró al dejarla en sujetador y luego le desabrochó los vaqueros y metió la mano por la cinturilla de sus bragas mientras sonreía con una malicia devastadora.

—Volvemos a encontrarnos, pequeño... —susurró al colar un par de dedos en su sexo, provocándole un estremecimiento que la hizo gemir—. Agárrate fuerte, Amelia, esta vez, el viaje será completo.

Y vaya si lo fue.

Con un tortuoso movimiento circular, Tucker meció su clítoris con la pericia de quien lo había conocido y añorado durante mucho tiempo. La hizo sudar, apoyada en la primera pared que encontraron mientras caminaban con torpeza, dejando tras de sí pantalones, cinturones y zapatillas. Amelia gemía entre unos besos que no parecían tener fin, clavó sus dedos y las uñas en la espalda de Tucker y estuvo segura de que los arañazos fueron profundos, pero él no emitió queja alguna. Ni tampoco dejó de explorarla y torturarla, hasta que la

hizo alcanzar la cima del placer. Los dos emitieron un quejido ronco, y cuando ella pudo abrir los ojos, se sorprendió al verse con una pierna anclada a la cadera de Tuck. Su mano derecha estaba apretada alrededor de la muñeca de él, impidiéndole sacar sus dedos, reteniéndolo en el lugar donde más lo necesitaba.

Mientras respiraba entre jadeos, él la besó en la frente, soplando su sudor despacio, con calma. Estaba más que excitado, pero se comportaba como si tuviera todo el tiempo del mundo para dedicarle.

Amelia le miró cuando lo oyó chasquear la lengua. Despacio, soltó su mano y pronto, los dedos húmedos de Tucker le recorrieron la línea de la garganta, bajando hasta amasarle los pechos entre los dedos. Ella dio un respingo, haciéndole sonreír.

—Me había propuesto, si acaso esto pasaba otra vez, que cuando te hiciera correrte, sería conmigo dentro. Golpearía mi cadera contra la tuya como un salvaje, mirándote a los ojos, memorizando todos los gestos y sonidos que haces, y entonces, cuando estuviera encajado en el fondo de tu cuerpo, Amelia, me rodearías con tu humedad y después... explotarías, con mi nombre en la boca. — El sujetador cedió y Tucker, sin perder de vista su rostro, lo lanzó al suelo sin más—. No he podido resistirme a este pequeño anticipo, nena, pero ahora... estoy dispuesto a llevar a término mis intenciones. Todas ellas.

Se quitó los pantalones y los bóxers de un solo movimiento y luego, antes de que Amelia pudiera recuperarse de la impresión de verle desnudo tras tanto tiempo, sintió que la levantaba en vilo, manteniéndola en posición vertical, apoyada contra la pared y con el único apoyo de su cuerpo firme para sostenerla. Con todo descaro, Tucker le puso las manos en el trasero y aferró su carne con fruición, mientras hundía el rostro entre sus pechos y los besaba centímetro a centímetro, dedicando a cada minúsculo resquicio de piel la atención que exigían.

—Me llevarás a la tumba —masculló, metiéndose un pezón en la boca y sintiendo como Amelia le aferraba el cabello con las manos—. Amelia..., he esperado tanto este momento que no sé si podré...

—Ni sueñes con dejarme con la miel en los labios..., Orson...

Con una risita traviesa, Tucker maniobró con asombrosa pericia, sosteniéndola en alto mientras con una de sus manos rasgaba el envoltorio de un condón. Amelia no tenía ni idea de dónde lo había sacado, ni de cómo había tenido tiempo material de cogerlo de los pantalones antes de quitárselos, pero al verle extenderlo por encima de su erección, dejó de importarle. La humedad creció en ella, empapando la única pieza de ropa interior que todavía cubría su cuerpo.

—Cariño, hay muchas cosas que quiero meter en esa boquita tuya, pero la miel no es una de ellas. —Sonrió, lamiendo despacio la línea de su mandíbula—. No te preocupes..., voy a darte exactamente lo que necesitas.

Amelia cortó su risa atrayéndolo hacia ella. Lo besó con ansiedad, con la desesperación que le curvaba el cuerpo. La lengua de Tucker avasalló su boca mientras sus brazos, firmes, la alzaban unos pocos centímetros más. Con la frialdad de la pared estremeciendo la piel desnuda de su espalda, Amelia sintió como sus bragas descendían y se perdían por sus muslos. Totalmente expuesta, cerró los ojos un instante, sintiendo como la hinchada erección de Tucker golpeaba contra su entrada. Con el aliento contenido, toda su piel se estremeció y el cuerpo se relajó a la espera.

—No cierres los ojos, nena. Mírame. —Con los labios sobre su oreja, en un esfuerzo de contención que le perlaba la frente de sudor, Tucker la hizo bajar despacio, conquistando centímetro a centímetro el espacio entre sus piernas—. Mírame, Amelia, no te pierdas este momento. No te pierdas... nuestro momento.

Ella lo hizo, con los labios separados, pronunciando su nombre, descubriendo cuánto había echado de menos que fuera él quien le hiciera el amor. Bajó entre sus brazos hasta sentirse llena y observó, maravillada por un placer que la colmaba por los cuatro costados, cómo los músculos de Tucker se expandían y contraían para moverla, arriba y abajo, mientras su cadera se lanzaba hacia ella, llenándola una y otra vez, provocándole contracciones que arrojaban chispazos de gozo por todo su cuerpo.

—Orson... —gimió Amelia, con los brazos alrededor de su cuello y las piernas firmemente apretadas sobre sus nalgas. Le sentía tan dentro de ella que temió que, al acabar, no pudieran separarse—. Así, sí..., sí...

Le dio instrucciones y él las siguió, y después solo se dejó llevar. Él la conocía tanto, de un modo tan íntimo y personal, que condujo su excitación hasta que esta estuvo a punto de entrar en erupción. Con una mano contra la pared, Tucker arremetió con fuerza en las últimas embestidas, jadeando por el desafío de el deseo que ella le provocaba. La miró a los ojos, declarándose sin ser capaz de decir aún todas aquellas palabras, y Amelia le besó el rostro, lamió su sudor y premió sus esfuerzos con caricias. Le aferró en su interior, manteniéndolo apresado en su sexo hasta que ya no pudo controlar más su propio cuerpo.

—Me corro..., Amelia..., vamos, nena...

Tomándola de la cadera, Tucker presionó su frente contra la de ella, la miró con los ojos velados y embistió con firmeza, golpeando la carne de Amelia con la suya hasta sentirla tensarse y deshacerse en sus brazos. Aguantó estoico, duro en su interior, hasta que las últimas réplicas del orgasmo la sacudieron. Después,

con el rostro acomodado en su cuello, Tucker también se dejó llevar, vaciando un amor que no se había marchitado ni un solo día.

Mientras ambos permanecían inmóviles, entrelazados de pie contra la pared, fuera cayó la madrugada.

CAPÍTULO 18

Solo quiero que lo sepas, que he encontrado una razón para cambiar quien solía ser, una razón para empezar de nuevo.



—¿Cómo te hiciste esto?

Tucker abrió los ojos. Estaba tumbado de lado, detrás de Amelia. Tenía la cara hundida en su pelo oscuro, aspirando el aroma que, con suerte —y si la mantenía ahí el tiempo suficiente—, ella dejaría impregnado en sus sábanas para recordarle que aquello había pasado de verdad.

Tenía el brazo derecho bajo la almohada en la que descansaba Amelia, pero aunque no levantó la cabeza de la suya, supo a qué se refería cuando notó la suavidad de sus pequeños dedos recorriéndole parte del dorso de la mano, detrás de los nudillos.

—Con un soplete —respondió, haciendo referencia a la marca en forma de media luna que ella estaba tocando—. Una distracción.

—¿Cómo puede distraerse alguien que tiene un soplete en las manos?

—Bueno..., a veces nos visitan unas mujeres espectaculares con las faldas muy muy cortas...

Amelia se removió lo suficiente para poder darle un manotazo en el bíceps, haciéndole reír. Ansioso por ver su cara, por rozar sus labios y asegurarse de que aquel no era otro de sus sueños, Tucker la hizo girar entre sus brazos hasta que ambos quedaron de frente.

—Hola —le susurró, rozándole la nariz. Amelia le sonrió soñolienta—. Me encanta que seas lo primero que veo al abrir los ojos.

—Bueno..., pasaba por aquí y decidí dejarme caer —susurró, abriendo apenas los labios para que Tuck pudiera acariciárselos con el pulgar—. Estás ojeroso. Y pareces cansado.

—No he dormido mucho. —Pero sonrió, tragándose un bostezo y acomodándose aún más cerca de ella—. Creo que podré acostumbrarme a este ritmo por si decides... seguir dejándote caer por aquí.

Silencio. Con la bruma del sexo ligeramente apaciguada, quedaban pendientes las conversaciones. Sin embargo, era demasiado temprano, y Amelia no estaba dispuesta a disipar la agradable atmósfera de quietud que les envolvía para ponerse seria. Por lo menos, no todavía.

Con cuidado, tomó entre las suyas la mano con la que Tucker la estaba tocando y miró sus dedos uno a uno. Creía conocer palmo a palmo todas sus marcas y cicatrices, pero por lo visto se había perdido muchas cosas en aquellos tres años. La certeza de que había episodios en la vida de él que ella desconocía le dolió en el fondo del pecho.

—¿Y esto? —preguntó aludiendo a la uña ennegrecida de su dedo pulgar—. Pareces a punto de perderla.

—No será la primera vez. —Tucker apoyó el codo en la almohada y se sujetó la cabeza con la mano, de ese modo podía ver a Amelia con perspectiva—. ¿Sabes esa especie de gancho de hierro que está oculto dentro del capó de un coche y sirve para sujetarlo cuando lo has abierto? —Ella asintió—. Pues siempre debes asegurarte de que está bien colocado.

—¿Te cayó el capó encima?

—Solo fueron unos centímetros. Si hubiera caído desde lo alto, habría perdido el dedo.

Ante el espanto de Amelia, Tucker soltó una risilla, lanzándose luego en picado sobre ella. Le envolvió el cuerpo con sus brazos, llenándole la cara de besos húmedos y raspones de su barba que la hicieron patalear y reírse a carcajadas. Las mantas cayeron al suelo y revelaron un par de piernas de piel blanca desnudas que despertaron todo el apetito masculino de Tuck. La erección golpeó directamente contra el muslo de Amelia, que le agarró del pelo, mirándole con el ceño fruncido.

—Venga ya, es imposible. ¿Otra vez?

—Tres años, nena. —Maniobrando, Tuck logró colar el brazo bajo la rodilla de Amelia, que seguía retorciéndose, jugando con él mientras se maravillaba por despertar aquellas ansias que veía reflejadas en sus ojos—. Todavía me debes muchos desayunos en la cama.

—¿Qué quieres...? Orson... ¡Orson!

El cuerpo de Amelia se arqueó tan pronto como la boca de Tucker conquistó la piel suave de su pubis. De sus labios salieron risas, aunque eran más gemidos ante la respuesta inmediata de su cuerpo, y las mejillas se le colorearon. Llena de excitación, y también con la carga adicional de la vergüenza que le

provocaba hacer todo aquello sin el amparo que la oscuridad les había brindado la noche anterior, Amelia se apoyó en los codos y giró sobre sí misma, dándole la espalda a Tucker, que gruñó en respuesta. Sin perder el tiempo, trepó por su trasero hasta mordisquearla en la nuca y detrás de las orejas.

—Si crees que eso va a detenerme, Amelia..., es que has olvidado muchas cosas de mí.

—Eres insoportable —bromeó ella, chasqueando la lengua con una fingida reprobación.

—De eso nada. Estoy seguro de que podrás soportarme un par de asaltos más.

—¿Un... un par?

De nuevo boca arriba, Amelia aceptó de buen grado la invasión de la boca de Tucker, que la besó en los labios como si aquella fuera a ser la última vez. Emitiendo sonidos que le ponían la piel de gallina, empezó a recorrer con sus dedos ásperos por el trabajo duro aquellas zonas del cuerpo de Amelia que ella consideraba en ruinas. Tocó la piel blanda de sus piernas, su vientre y costados, le recorrió los brazos y la espalda, bajando luego hasta apretar con fuerza su trasero, haciéndola sonreír, porque cuando él la acariciaba de ese modo, se veía tal como la veía él.

—Eres lo que pediría por Navidad si todavía fuera un crío que creyera en esas cosas. El regalo perfecto —susurró Tuck, rozándole la frente con los labios.

Ella le miró a los ojos y, entonces, su corazón y su cerebro se alinearon por fin. Aunque no deseaba romper aquella magia, sabía que había espacios vacíos en el pasado de ambos que merecían ser llenados. Ella necesitaba ciertas respuestas, y Tucker tenía el derecho a dar por fin las explicaciones que nadie había querido escuchar tiempo atrás. Suspiró, indicándole con el gesto que el tiempo de jugar había pasado por el momento, y luego le rozó la mejilla con los dedos, logrando con ello toda su atención.

—¿Qué pasó durante aquellos días en que te fuiste, Orson? —formuló Amelia, con tres años de retraso.

—Conduje hasta Oregón. —Se encogió de hombros, pero él ya conocía a Amelia. Sabía que aquello no sería suficiente—. Tardé unos dos días en llegar, contando con los peajes y todo eso.

Muy confundida, Amelia se echó hacia atrás los mechones despeinados de su cabello, mirándole sin comprender nada.

—¿Qué fuiste a hacer a otro estado? ¿Tanto necesitabas pensar que no paraste hasta llegar a Oregón?

—No tiene nada que ver con eso, Amelia. No me estaba escapando. No... huía, ¿vale? Estaba buscando soluciones prácticas.

—En Oregón.

Tucker resopló. Se pasó la mano por la cara y luego, miró al techo. Lo que iba a revelar era un dato que no sabía nadie. Ni siquiera Krista y Bianca. Se trataba de un secreto que tan solo había estado dispuesto a contarle a Amelia.

—Fui a verme con un tío que me ofreció ocho de los grandes en metálico por el Pontiac de mi padre.

Con mucho esfuerzo, Amelia trató de hacer memoria. Recordaba haber estado unas pocas veces en casa de Tucker y haber pasado por delante del garaje. El coche que había pertenecido a Magnus estaba allí, convertido en un amasijo de hierros cubierto por una lona gris. Era el escenario grotesco del terrible accidente que le había costado la vida, y hasta donde Amelia sabía, Tucker había jurado, mil veces, que no tocaría el Pontiac ni siquiera para desguazarlo.

—Cuando empezamos a ir en serio, decidí arreglarlo —le explicó, como si leyera su mente—. Era un clásico y, según algunas páginas de internet, había quienes estaban dispuestos a pagar mucha pasta por él. Pensé... que si decidías volver a California, estaría bien tener dinero con el que poder..., ya sabes. Visítate y todas esas cosas.

—Dios mío, Orson, yo... yo no sabía...

Tucker levantó la mano, pidiéndole sin palabras que le dejara acabar. Sentado en la cama, desnudo y con los brazos alrededor de las rodillas, se sintió expuesto de un modo que nada tenía que ver con la falta de ropa. Aquello que estaba confesando era su mayor vulnerabilidad, la prueba real de que había tenido ilusiones y había hecho planes para compartir con Amelia algo más que un verano de besos en la playa.

Se había tomado la relación tan en serio que había llegado a vencer al mayor de sus demonios, el recuerdo de un padre que escogió la muerte antes que a su familia.

—Me prometí que nunca lo conduciría —dijo, esbozando una sonrisa leve—. Solo lo pondría a funcionar y se lo daría a alguien por una buena cantidad. Pero entonces... entonces nos pasó todo eso y los planes a largo plazo se convirtieron en algo urgente. Pasé toda una noche buscando compradores, y cuando di con la puja más alta, el tío exigía ver y probar el coche en persona.

—Y tuviste que llevarlo a Oregón. —El corazón de Amelia se hundió, imaginando lo que debía haber supuesto todo aquello para él.

—Odié cada segundo. ¿Y sabes lo peor? —Tucker carraspeó, cerrando las manos en dos puños apretados—. Conducir el Pontiac fue una especie de experiencia religiosa de mierda para mí. Se deslizaba por la carretera como si volara. Estaba recién pintado, con un rojo brillante que lo hacía parecer aún más

espectacular que el día que mi padre apareció con él. Fue el momento en que más cerca me sentí de ese cabrón, fui parte de él y... me desprecié por eso.

Amelia se puso de rodillas, estirando los brazos hasta abarcar con ellos a Tucker, que buscó consuelo en su pecho. No lloró, pero sí cogió aire varias veces, infundiéndose calma antes de ser capaz de continuar. Ella, que le había culpado de salir corriendo cuando las vidas de ambos amenazaban con desmoronarse, sintió como la culpa la laceraba. Qué injusta había sido... y qué diferente habrían sido las cosas si el orgullo y la pena por su propia decepción no le hubieran impedido escuchar lo que él, tan desesperadamente, había intentado decirle cuando regresó a Kendall.

—Vendí el Pontiac por ocho mil cuatrocientos dólares —oyó que él murmuró, con los labios pegados a su pecho—. Le saqué más por el desplazamiento y la puesta a punto. Después, cogí un tren y volví. El resto... ya lo sabes.

Puertas cerradas y condenas. Eso fue lo que le recibió.

—Lo siento mucho, Orson. Ojalá me hubieras hablado de tus planes... y ojalá yo hubiera sido capaz de dejar de lado lo que sentía para escucharlos.

—No quería decirte que iba a traer mucho dinero hasta que no fuera seguro, Amelia. El comprador podía echarse atrás y no iba a presentarme en casa de tu abuela con las manos vacías. Tenía que tener planes y forma de llevarlos a cabo, ¿entiendes?

—¿Porque esa era tu obligación? —cuestionó Amelia, buscando en sus ojos arrepentimiento o alguna expresión que le indicara que se había sentido atrapado, forzado, quizá, a tomar rápidas decisiones—. Yo no esperaba de ti que sacrificaras todo, Orson. Habría trabajado y me hubiera esforzado para sacar las cosas adelante contigo, no a tu costa.

—Lo sé. Por eso no dudé ni un segundo de que todo lo que quería era estar contigo. —Despacio, él cogió su mano, besándole la palma con suavidad—. Tuve todo el camino a Oregón para pensar, sentado en el mismo asiento donde mi padre había decidido que era mejor morir a criar a su familia, y entendí, Amelia, que aquel crío era lo mejor que podía pasar. Era algo de los dos, algo que me facilitaría la tarea de pasar contigo toda la vida. Yo ya había decidido seguirte adonde fueras..., pues ahora tendría de mi lado todas las razones para hacerlo.

—Pero no... había ningún niño.

Su rostro se llenó de sombras, y esta vez fue él quien la abrazó. Por fin, después de tres años, Tucker pudo consolar a Amelia por una pérdida que ambos habían sufrido y llevado a cuentas de diferente manera. Los dos, por distintas

razones, se habían llenado de esperanzas sobre la vida que habían creado juntos, aunque luego hubieran llorado la decepción de no tenerla por separado.

—Lo siento, cariño —dijo Tucker, acariciándole el cabello y recibiendo contra su cuerpo el peso entero de la pena de Amelia—. No sabes cuánto, cuánto lo siento.

—Era lo mejor, ¿verdad? Éramos muy jóvenes, no estábamos preparados ni sabíamos comunicarnos, ni... —Amelia jadeó, demasiado llena de emociones como para poder expresarlas todas de una vez—. En ese momento yo sentía que me moría cada hora que pasaba lejos de ti, Orson. Era dependiente, estaba recuperándome de una enfermedad y no... no habría sido responsable que tuviéramos un hijo. Ya sabes... —Sonrió, con lástima de sí misma—. Ni siquiera tuve el valor de hacerme una prueba que podría haber demostrado que no estaba embarazada. Fui incapaz de reaccionar a lo más básico, ¿cómo iba a...?

—Nada de eso importa, Amelia. Nada. —Tucker acarició su rostro y la miró dejando que el dolor se trasluciera en su expresión—. Era nuestro hijo, nena. Lo fue..., creímos que existía durante tres días, y eso lo hizo real para nosotros. Podemos llorar por él y lamentar su pérdida. Tenemos todo el derecho.

Y por esas palabras, porque él la entendía como si hubiera nacido para leer en su interior, Amelia lloró en sus brazos, por el tiempo malgastado y las decisiones tomadas. Lloró por lo que creyó que tenía y por el vacío que sintió cuando todo se derrumbó. Y al final, más tranquila, se durmió junto a la única persona que había lamentado y querido exactamente lo mismo que ella.

* * *

Se acercaba la media mañana cuando Amelia fue capaz de separar los párpados. Una luz tenue, procedente de aquel sol tímido del invierno, se colaba por la ventana.

Desde la cama, podía ver la ropa por el suelo y percibía el sonido del agua cayendo tras la puerta del baño. Tucker debía haber ido a ducharse, probablemente con prisa para no llegar con más retraso a alguno de sus dos trabajos. Amelia intentó sentirse culpable por las posibles represalias a las que él tuviera que enfrentarse..., pero fue incapaz.

Con una satisfacción que no la acompañaba desde hacía mucho tiempo, se estiró en la cama, dejando que la suavidad de las sábanas le acariciara la piel tal como Tuck había hecho durante la noche, llenándola de una hipersensibilidad que le recordaba en todo momento que habían estado juntos otra vez.

Tucker y ella habían rellenado huecos, pero, aunque habían abandonado la casilla de salida, todavía estaban lejos de la meta —suponiendo que para ambos el destino final de aquel reencuentro fuera el mismo—. Pensarlo le provocaba jaqueca, sobre todo porque tenía tan presentes las palabras de Krista que era incapaz de imaginarse un futuro próximo donde entrar en aquella casa de la mano con Tuck fuera algo posible. Por no hablar de su propia madre, que vivía aterrada con que cualquier desequilibrio emocional devolviera a Amelia al acantilado de los desórdenes alimenticios, o Denis, que había sido la encargada de transmitir a Tucker, tres años atrás, las palabras «no quiere volver a verte nunca», con un énfasis de cosecha propia.

Familias en contra que ya habían visto el naufragio de su primera relación. Era casi como esperar que los arquitectos aprobaran de buen grado reconstruir un edificio que se hubiera derrumbado utilizando exactamente los mismos materiales.

Amelia se sabía distinta. Había madurado a base de golpes, decisiones y por afrontar lo que le había tocado, además de pelear con uñas y dientes para conseguir lo que necesitaba en cada momento para ir sobreviviendo; sin sentir una felicidad plena, era cierto, pero, al menos, pasando los días sin llorar. En cuanto a Tucker..., ¿podía alguien dudar de lo fuerte que era? Seguía viviendo en el mismo sitio, encargándose de su familia y dándose cuenta de que haberse convertido en el malo de la historia no iba a obligarlo a encerrarse tras cuatro paredes. Él tenía las cosas claras, y así se lo había hecho saber a Amelia. Para él, que ella hubiera aparecido en mitad de la noche significaba la posibilidad de que no volviera a marcharse.

No obstante..., era una conversación que debían tener con calma, porque los dos tenían vidas muy distintas y, *a priori*, más razones para seguir por caminos separados que para arriesgarse a resucitar lo que habían sido.

—No puedo enfrentarme a eso ahora —musitó Amelia para sí misma, enredándose en la sábana y reptando hasta lograr salir de la cama. El suelo estaba congelado y empezó a dar saltitos hasta ser capaz de reunir todas las pertenencias que tan alegremente había lanzado por ahí la noche anterior—. Una noche juntos..., una alucinante noche juntos me parece demasiado poco para entablar el «adónde va esta relación».

Metió las manos por las perneras de sus vaqueros hasta volverlos del derecho y rebuscó en los bolsillos hasta dar con el teléfono. El estómago se le contrajo de esa forma tan desagradable que pone sobre aviso por la inminente llegada de las náuseas. Imaginó que su reticencia a imaginarse cual Juana de Arco, enfrentando a todo y todos por defender su historia con Tucker, tenía

mucho que ver con cerrar otro capítulo antes de lanzarse de lleno con aquel. O, en pocas palabras..., era cuestión de saber si las cosas con Logan estaban bien.

La pantalla de su iPhone le indicó que no tenía más mensajes que el acostumbrado de buenos días de su madre. Respondió a Sonya, que contaba los días para viajar a Kendall y disfrutar de la parte final de los preparativos de la boda de Denis, y luego abrió la aplicación del buzón de voz. Nada. Logan no había dado señales de vida.

Claro que... ¿qué esperaba? ¿Un *OK* a su discurso de despedida? Es posible que su relación estuviera muy lejos de ser típica y consolidada, pero Logan tenía el suficiente amor propio para no mostrar entusiasmo cuando la chica que supuestamente había vuelto al pueblo dispuesta a tirar al mar la llave de los recuerdos abría las puertas de par en par al pasado y..., más o menos, solicitaba permiso para meterse en la cama con él.

Llena de culpabilidad, Amelia guardó el teléfono y se tapó la cara con las manos. No quería haber hecho las cosas así. No la habían educado para dañar a otras personas siendo lo único que le importaba conseguir lo que quería en cada momento. Que deseara a Tucker y quisiera dejarse llevar por aquel impulso que la dominaba estando con él no era excusa para haber roto definitivamente con Logan a través de un mensaje. Lo correcto habría sido esperar a volver a California y tener una conversación civilizada. Entonces, quizá —y con el tiempo— Logan y ella podrían intentar ser amigos, en honor a los buenos momentos compartidos. Con él había estado contenta. La había apoyado y, aunque no se implicara demasiado emocionalmente, Amelia nunca se había sentido dejada de lado estando con él.

Pero Tucker...

Cuando habían estado enrollándose en el coche, como adolescentes que habían perdido más tiempo del que habían tenido para disfrutar juntos, lo había sabido. Su lugar estaba junto a él, aunque tal vez no de forma permanente, y lo más seguro, con un montón de broncas de por medio. La separación volvería a ser agónica, y esta vez quizá no se recuperaría. Había tan pocas opciones de que saliera bien, eran tan nimias las posibilidades..., ¿valía la pena lanzarse sin red?

—Sí —se contestó a sí misma—. Aunque solo fuera por esta noche, sentirme como me siento al despertar con Orson... vale la pena.

Y poco más había que decir. Arreglaría las cosas con Logan lo mejor que pudiera, pero aunque aquel fuera otro error épico en su vida, Amelia pensaba sacarle todo el jugo mientras el siniestro no fuera total.

Como acicateada por un resorte, Amelia se levantó de un salto, ignorando lo frías que estaban las baldosas del suelo, y arrastró la sábana por el corto pasillo que daba a la puerta del baño. Estaba entreabierta y, con solo levantar la

vista, se topó de frente con el cuerpo desnudo de Tucker, que se pasaba las manos enjabonadas por el pelo vuelto de espaldas, ajeno a su intrusión.

La mampara era translúcida, de modo que las líneas anchas de sus hombros, la caída de la columna, recta por la espalda, y la forma redondeada y prieta de las nalgas fue visible en todo su esplendor. Amelia se mordió el labio inferior, recorriéndole con la mirada amparada en la libertad que otorga poder espiar sin ser visto. Despacio, se fue acercando paso a paso, dejando la sábana en el suelo en el proceso sin ser prácticamente consciente de la repentina comodidad que sentía con su propia desnudez.

El ruido del agua se intensificó al aproximarse y, llena de tentación, Amelia puso el dedo índice sobre la mampara, siguiendo el camino descendente de las gotas de agua que la impregnaban. La espuma bajaba por el cuerpo de Tucker, dejando reluciente su piel morena y firme, que parecía llamarla a gritos.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vas a entrar?

Amelia sonrió. Por supuesto, tenía que haber imaginado que él la oiría acercarse. Siempre parecía tener un sexto sentido en lo que a ella se refería. «Los sentimientos», pensó con emoción. Tiró de la mampara y se metió en la ducha despacio, removiéndose en el precario espacio mientras él hacía lo propio para dejarle sitio. Tucker giró el grifo y el agua se calentó, empapando la melena de Amelia y haciéndola temblar un poco a causa del cambio de temperatura.

—Me encanta ducharme contigo —le oyó decir mientras se pegaba a ella con su cuerpo mojado y lleno de calor.

—Ya..., porque es irresponsable y poco cívico malgastar recursos teniendo en cuenta cómo está el planeta, ¿verdad?

Él soltó una carcajada, ahuecando en sus manos los pechos de Amelia, que exhaló un jadeo y le echó los brazos al cuello. Había pasado tres años sin tenerle cerca y, de pronto, casi le parecía imposible haber sobrevivido a tanta distancia.

—¿Todavía te acuerdas?

—En ese momento, tus argumentos me parecieron muy convincentes.

Tucker mostró una mueca socarrona. Sus manos jabonosas resbalaron por la silueta de Amelia, presionando su carne con dedos ansiosos.

—Tuve que ponerme al día muy rápido, nena. Eras una tigresa debatiendo.

—Mordisqueó su oreja, mimoso—. Aunque algo me dice que no fue mi elocuencia lo que terminó por arrastrarte al lado oscuro esa vez...

—Probablemente no...

Amelia emitió un gemido cuando la lengua cálida de Tuck dejó un camino descendente por su garganta. La tenía, y ambos lo sabían.

—Y yo que creía que te gustaba por mi cerebro... —Chasqueó la lengua, apretándola todavía más contra él, como si temiera que pudiera resbalársele por

efecto del agua—. Qué decepción.

Los besos se entremezclaron con las carcajadas. Tucker golpeó con el codo la repisa de los jabones y soltó una sarta de maldiciones que hicieron reír a Amelia aún más. Luego decidió que era un buen momento para susurrarle sus peores y más oscuras intenciones al oído mientras sus dedos, suaves y resbaladizos, escapaban vientre abajo, buscando conquistar las suaves playas de su interior. Con los ojos velados de pasión, y también de algo más que se le escapaba de control, Amelia recostó la cara en su pecho, suspirando.

—¿Estás bien? ¿Necesitas comer algo? ¿Insulina?

Amelia negó. Compuso su sonrisa más creíble y luego le dio la vuelta despacio, recorriendo con sus manos llenas de jabón los hombros y el cuello de Tucker, que gimió de placer como un gato al que le rascan la barriga tras mucho tiempo sin recibir un solo mimo.

—No es nada de eso. Solo pensaba... —sus dedos discurrieron por su columna, hasta el borde del trasero— lo mucho que me gusta cómo me siento cuando estamos juntos.

—Lo sé. —Y quizá porque aquellas dos simples palabras implicaban demasiado, Tucker se sintió en la obligación de romper la repentina seriedad que había caído sobre ellos—. Cuando no estás mosqueada conmigo y dejamos de tirarnos cosas, todo va bastante bien.

Amelia le besó la espalda, trazando con su dedo la forma del tatuaje que él llevaba en la parte posterior del hombro izquierdo. Se trataba de una especie de triángulo invertido compuesto con nudos celtas entretejidos. Se lo había hecho Jimmy al poco de entrar a formar parte del salón de tatuajes. Amelia lo recorrió con sus uñas, con mucha suavidad, enviando descargas eléctricas que despertaron, aún más, todo su sistema nervioso.

—Me gusta este. Las líneas están muy próximas y, sin embargo, no se tocan.

—Simboliza la unión. —Tucker dobló la espalda, con las manos apoyadas en la pared de la ducha. El agua le caía sobre la nuca, relajando sus músculos agarrotados—. Los tres vértices forman una trinidad y se van tejiendo con vectores. Es una unificación.

—Suenan muy romántico. —Amelia condujo los dedos hasta su cintura y luego subió por delante, rozando el ombligo y la fina línea de vello oscuro que, más abajo, se abría en una mata abundante—. Tal vez Jimmy quisiera confesarte algo sin palabras.

La risa de Tucker hizo que el vientre se le moviera. Giró sobre sí mismo y el agua del fondo de la ducha chapoteó. Cuando tuvo a Amelia de frente, la tomó de las manos, balanceando unidos los brazos de ambos en el aire. La miró con

una adoración que iba más allá del deseo sexual o la atracción, atravesándola con la firmeza de todos aquellos sentimientos que sus ojos gritaban, pero sus labios todavía no se atrevían a pronunciar.

Hizo promesas y peticiones en ese solo gesto, pero no puso palabras a ninguna.

—Quería convencerme de que me hiciera socio del salón, pero como le he dicho cincuenta veces, o más..., estoy muy cómodo con mi lista de clientes, yendo por horas, y dejándole las mierdas de pagos, facturas y obligaciones a él.

Amelia chasqueó la lengua, dejando que la acercara a su cuerpo hasta que sus pechos quedaron aplastados contra el torso de Tucker, haciendo invisible la A gótica que llevaba impregnada bajo la piel.

—Qué poco ambicioso, Orson.

—Eso mismo me dice siempre. —Sonrió, negando con la cabeza—. Pero yo no estoy de acuerdo. Tengo exactamente todo lo que quiero, justo ahora.

Ella no respondió inmediatamente, pero Tucker tampoco lo esperaba. Le tomó el rostro entre las manos, apartándole el pelo mojado de la cara para poder mirarla sin tapujos. Todo su interior pugnó por una contestación que le satisficiera, pero Tuck no era de los que tentaban a la suerte. Esperaba que lo que había devuelto a Amelia a su cama fuera el amor, las ganas de retomar las cosas donde las habían dejado, pero no podía estar seguro.

Lo único que podía hacer entre tanto su unión se iba fortaleciendo, hasta que romperla fuera tan imposible como desentrañar el nudo que llevaba tatuado, era aprovechar el momento al máximo para hacerle comprender cómo podían ser las cosas si ella apostaba por quedarse a su lado.

—Ahora estoy aquí —fue todo lo que dijo Amelia, dejándole cierto regusto amargo que Tucker supo disimular con una sonrisa.

—Entonces solo tengo que asegurarme de que no quieras volver a marcharte.

La besó con fruición, dándose un festín con su boca. Asaltó su lengua, recorriéndole el cuerpo con los brazos, removiéndose en el escaso espacio de la ducha con asombrosa pericia hasta que la espalda de Amelia recibió el frío impacto de los azulejos. Con el agua cayendo sobre ellos, Tucker colocó los pies como punto de apoyo y subió los muslos de Amelia a pulso sobre sus caderas. Con la mirada encendida, le hizo un gesto elocuente con las cejas, hundiendo después la cabeza en su cuello y llenando de besos sus hombros y pecho.

Ella se retorció en sus brazos, haciendo equilibrio con un brazo sobre Tucker y el otro sujeto a la pared. Aquello era una locura, peligroso, resbaladizo y frío, ¡pero ninguna de esas cosas le importó en absoluto! Cuando él la besaba y la tocaba de ese modo, cuando sentía contra su húmeda entrada la dureza de su

miembro, golpeando con ansiedad para perderse dentro ella, cualquier cosa perdía nitidez. Todo cuanto sentía era el intenso deseo que le despertaba el cuerpo, llameando de pura necesidad por fundirse con Tucker otra vez.

—La repisa —le oyó gruñir, señalando a la especie de armario pequeño que contenía el jabón de ducha con un gesto de la cabeza—. Condones. Coge uno.

Con el ceño fruncido, Amelia tanteó, rozando una cuchilla de afeitar —a la que Tucker no daba mucho uso—, varias botellas de champú y, por fin, toda una selección de paquetitos plateados. Alzó uno, mostrándoselo, y él asintió con aprobación.

—Pónmelo, nena —le susurró, besándola en las mejillas—. Si te suelto podemos acabar en urgencias y se nos cortarían el rollo, ¿eh? Date prisa..., o eres muy rápida, o vamos a pelo, porque estoy ciego por ti, Amelia. No puedo más.

Cuando él se movió para darle mejor acceso, una ráfaga de agua templada bañó la piel de Amelia, que seguía mirándole con ceño. Levantó el preservativo hasta casi estampárselo en la cara. Él se encogió de hombros, sin comprender.

—¿Quién guarda condones en la ducha, Orson? ¿Haces esto tan a menudo que necesitas tenerlos a mano?

—Amelia..., estoy empalmado y levantándote a pulso en una ducha de ochenta por ochenta, ¿de verdad crees que es momento de que tengamos esta bronca? ¿Ahora?

Ella hizo un mohín, pero rasgó el envoltorio con pericia. Bajó las manos, cubriendo el miembro de Tucker con una suavidad que le hizo echar la cabeza hacia atrás. Murmuró algo que sonó a que aquella experiencia le mataría, pero Amelia no se dejó impresionar. Cuando estuvo listo, dispuesto a lanzarse contra ella con el hambre del náufrago que es rescatado de su cautiverio, Amelia sujetó su pelo, señalándole con un dedo que Tucker lamió con descaro.

—Tendremos esa conversación, Orson. En serio.

—Después —gruñó, afianzando la postura y acercándose tanto a su entrada que Amelia se estremeció—. Por el momento..., voy a olvidarme de que existe vida fuera de ti.

Y tan pronto como la penetró de una certera embestida, Amelia dejó la mente en blanco, eliminando de sus pensamientos todo lo que no fueran ellos dos y los exquisitos fuegos artificiales que juntos eran capaces de crear.

* * *

Un rato después, Amelia se entretenía ante al espejo, intentando desenredarse los mechones de pelo mientras veía a Tucker ir y venir en busca de

su uniforme de trabajo. Primero, apareció con los pantalones del taller a medio abrochar, buscando las zapatillas deportivas —cuyo color original era imposible de adivinar dado el estado en que se encontraban—, y después, con la camiseta colgando de un hombro, revolvió los cajones y las sábanas de la cama hasta dar con una cinta que le echara los ondulados cabellos hacia atrás.

Distraída mirándole, Amelia no pudo evitar pensar en lo normal que le resultaba todo aquello. Estar envuelta en una toalla cálida, cepillándose la melena mientras él se preparaba para trabajar, después de una más que satisfactoria sesión de sexo en la ducha que había borrado de un plumazo todas sus preocupaciones.

Por lo menos, durante un rato.

—¿Estás bien? —preguntó Tucker, cuyo reflejo Amelia vio a través del espejo—. Te has quedado como... en trance.

—Me preguntaba si alguna vez volveré a mirar una ducha sin inocencia. — Sonrió, apreciando el movimiento de cada músculo del torso de Tucker. Él estaba levantando los brazos, pasándose la camiseta por la cabeza. Amelia dejó el peine a un lado y fue trenzándose los mechones húmedos con presteza. Tenía que reconocer que él había aprendido uno o dos trucos en aquellos años... y desde luego se desenvolvía en ambientes húmedos con mucha más pericia. Aunque prefería obviar el cómo habría aprendido sus técnicas nuevas—. Y ahora que lo pienso, también has pervertido la visión pura que tenía de los ladrillos.

—Ya sabes lo que dijo ese filósofo, dadme un punto de apoyo... y podré tener sexo en cualquier superficie.

Amelia soltó una risita, dándose la vuelta para mirarlo de frente. Tucker tenía que abrir el taller esa mañana y su... apetito matutino iba a provocar que los clientes sufrieran un serio retraso. Aunque no parecía preocupado, sí echó un vistazo distraído al reloj, seguramente preguntándose cuánto tiempo extra tendría que emplear para suplir la tardanza.

—No creo que fuera así; de todos modos, ¿tienes algo en contra de hacerlo en posición horizontal? —cuestionó Amelia, que cruzó los brazos sobre la toalla para proteger un pudor que ya había sido puesto a prueba sobradamente—. Porque mi espalda y yo estamos de acuerdo en que no tienes nada que demostrar.

Tucker, que en ese momento estaba ajustándose la correa del reloj a la muñeca derecha, siseó y, quizá porque lo llevaba dentro y no fue capaz de callárselo, soltó las primeras palabras cínicas que le cruzaron la mente.

—¿Qué pasa? ¿Tu otro novio no era capaz de follarte contra la pared?

Un silencio incómodo rompió con la atmósfera hogareña que habían estado disfrutando. Molesta por la acidez de aquellas palabras, que habían sonado más a una acusación hiriente, Amelia revolvió por el dormitorio hasta dar con su ropa y

empezó a vestirse a toda prisa. De repente, la sensación agradable de estar en el sitio correcto y con la persona adecuada empezó a esfumarse.

—Mierda, Amelia... —Tucker bufó, pasándose la mano por la frente—. No me he tomado el café y llevo el filtro suelto.

—No pasa nada, Orson. —Pero su tono fue tan afilado como las palabras que él le había dedicado a ella—. Y si tanto te interesa, Logan era más de cama.

El golpe dio en zona blanda.

—No necesito saber su puto nombre. Ni ninguna otra cosa de él.

Amelia buscó los zapatos, maldiciendo por la capacidad casi mágica que tenían para esconderse en los lugares más insospechados cuando una más los necesitaba.

—Pues no ha parecido que prefirieras vivir en la ignorancia, la verdad. ¿Quieres que te diga también las posturas que practicábamos? Porque es un hecho que me acostaba con él, Orson. Estábamos, en todo el sentido práctico de la palabra, juntos.

—No iríais muy en serio si unas pocas palabras han valido para que acabes haciéndolo conmigo.

¡Joder! ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué no caía un rayo y le abría la jodida cabeza? Quizá así sería capaz de cerrar el puto pico.

Amelia le dedicó una mirada. Una sola, y no hizo falta nada más.

—Vete a la mierda, Orson.

Estuvo a punto de cruzar la salida de emergencia, descalza y con las botas en la mano, pero, por suerte, Tucker fue capaz de retenerla. Adiós a darle espacio y tiempo para que decidiera con calma hacia dónde demonios iba aquella relación. La prórroga se había terminado y estaban demasiado vestidos como para desviar el tema.

El elefante no solo había caído en medio del salón, pensó Tuck, sino que estaba dando trompazos contra los muebles, abriendo boquetes en las paredes y cagándose en su jodida alfombra.

—No quería decir eso. —Alzó las manos, soltándola despacio cuando ella le miró con ceño por haberla sujetado—. Vale..., no te toco, pero escúchame, por favor.

—¿Seguro que eso es lo que quieres? Porque cada vez que abres la boca haces que me replantee mucho seguir aquí, Orson. Así que yo que tú me pensaría si seguir hablando.

—¡Venga, Amelia! Eso no es justo y lo sabes. No pretendo que ronronees entre mis piernas como una gata, ni que me digas que la tengo mucho más grande que él y que soy el único que te ha hecho correrte. Ni soy un iluso ni he nacido ayer. —Se cruzó de brazos, marcando unos bíceps torneados a fuerza de

trabajo duro—. Sería un capullo si esperara que no hubieras disfrutado nunca. No querría eso para ti, aunque tampoco quiero que me cuentes lo contrario, joder.

—¿Entonces qué quieres? ¿Por qué has tenido que sacar el tema?

—Porque existe, Amelia. Ese tío está ahí, y un par de horas antes de que entraras por esa ventana como un puto sueño hecho realidad, me habías dicho que no podías hacer esto, que no era lo correcto. Ahora estás aquí... y no sé qué pensar.

Amelia suspiró. El miedo traslucía las palabras que él no había pronunciado, y aquel temor sordo, que decía sin sonido alguno que temía haber sido el polvo de cierre a una historia destinada a salir mal, también se hizo patente en ella. No estaba orgullosa de cómo había resuelto las cosas con Logan, era la verdad. Le parecía haber puesto un parche momentáneo para conseguir una especie de carta blanca que le permitiera lanzarse de cabeza a los brazos de Tucker. Un parche hasta lograr lo que quería.

¿Iba a volver con él cuando todo el calentón pasara y sus razones para seguir en Kendall se hubieran esfumado? Estaba claro que Tucker tenía aquello como una posibilidad y, siendo honesta, Amelia no podía culparlo por ello.

Después de todo, ¿no había ella escapado antes?

—Tengo que dar la cara y hablar con él de todo esto. Se lo debo, porque aun cuando nuestra relación no estuviera enfocada hacia nada serio, sí tenía límites. Quería que arreglara esto de la mejor manera posible.

—¿Y lo has arreglado, Amelia? ¿O de qué va esto? —Con los brazos abiertos, Tucker abarcó la cama de sábanas deshechas, y a ambos, frente a frente, manteniendo una conversación que podía suponer un cierre definitivo—. ¿Estás diciéndome adiós? ¿Debo esperarte cuando vayas a despedirte? ¿Y qué me asegura que no te convencerá para que estés con él?

Eso era lo que había pasado con ellos, ¿no? Amelia había vuelto a Kendall por razones ajenas a su historia, pero con toda la intención de darle carpetazo, y ahora estaban ahí, con la piel todavía cálida del abrazo del otro. ¿Quién decía que aquello no podía pasar con ese otro tío? Joder, era una puta locura, y Tucker sentía que como siguiera dándole vueltas al asunto acabaría por volverse loco.

—Logan no quiere que estemos juntos. No éramos novios al uso, ni exclusivos.

—Me importa una mierda, nena. No quiero que estés aquí porque él no te ofrezca lo que quieres, necesito que vuelvas conmigo porque estés segura de que yo sí puedo ofrecértelo. Y porque tú quieras cogerlo.

Amelia no le respondió. No sabía cómo hacerlo. Estar allí con él le parecía lo correcto de una forma muy profunda, como si, tras mucho dar tumbos, hubiera

dado con la senda correcta a seguir. Sin embargo, no fue capaz de poner en su boca aquellas palabras.

¿Cómo hacerlo? Había actuado mal con Logan, su familia no sabía nada de todo aquello y la de Tucker... Lo más probable era que su madre sufriera un infarto de solo imaginar que estaban planteándose volver juntos. Había tantos flecos sueltos, tantos callejones que habían transitado antes, perdiéndose en la oscuridad.

Y luego estaba el amor. Doloroso, potente, lleno de cicatrices, cosido a fuerza de golpearse una y otra vez contra las mismas piedras del camino. ¿Sería suficiente para sostenerlos? ¿Podrían hacerlo mejor esta vez? Amelia quería creer desesperadamente que sí, porque, si no, iban a hacer daño a un montón de personas por nada.

—Mis sentimientos por ti son muy fuertes, Orson. Eres la persona que me arrastra al abismo y me sujeta en el último segundo antes de caer. Me haces sentir viva, completa. —Se encogió de hombros, como si la inmensidad misma cupiera en aquellas palabras—. Pero no puedo hacerte promesas definitivas porque quizá no pueda cumplirlas. Así no, Orson. A lo loco no. Eso fue lo que nos rompió hace tres años.

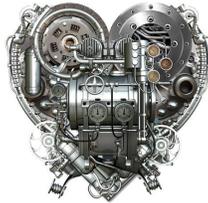
Tucker asintió, pero no fue un gesto de estar de acuerdo con lo que oía, sino una forma de expresar una rendición que era todo, menos conforme.

—Necesito mucho más que eso, Amelia. Si me quieres, déjame saberlo. —Estiró la mano y acarició su mejilla, recorriendo su rostro con delicadeza—. Si me quieres..., te abrazaré tan fuerte que todos tus trozos se unirán de nuevo, y te prometo que no volverás a sentirte rota nunca más.

Le dio un beso en la frente. Suave, frágil. Depositó en ese gesto cada uno de los sentimientos de duda e incertidumbre que sentía; después, cogió las llaves del coche de la encimera y, tras una última mirada, atravesó la habitación y se perdió escaleras abajo.

CAPÍTULO 19

*Ahora que has abierto la puerta,
no dejes que se cierre.*



Dean estaba acostumbrado a tener problemas. De hecho, no recordaba una etapa de su vida que no se hubiera marcado por esa sensación descorazonadora de quien ve pasar los días sin tener ninguna ilusión positiva en el horizonte. Se había ido a la cama con dolor de estómago, presa de los nervios, temiendo el nuevo día y todos los monstruos que el amanecer traería consigo; y se había levantado para enfrentarlos, o para pasar a través de ellos y realizar las rutinas diarias mientras le mordían los talones y le daban codazos en las costillas.

Llegado un punto, había terminado por acostumbrarse a ser infeliz. Consideraba que su incapacidad para encontrar alegría era como una alergia, algo que iba haciéndose notar más o menos, según la época. Logró conciliar el sueño y fingir hasta llegar a creerse que vivir amargado era lo normal. Convirtió aquello en su realidad y se ajustó a ella, dejando de luchar contra la sensación de pérdida y, simplemente, teniéndola al lado. Cerca y constante, como una presencia desagradable de la que no se libraba jamás.

Pero, entonces, había conocido a Bianca.

En un principio, ella había sido un medio para llegar a un fin. No le avergonzaba admitirlo. Había utilizado a la chica de sonrisa fácil y confianza ciega en las personas porque necesitaba alguien tan inocente como ella tras la que esconder su falta de aptitudes. Una vez que aprobara las tediosas asignaturas, conseguiría terminar el instituto y estaría preparado para encontrar trabajos a jornada completa donde quiera que su madre y él fueran a vivir. Cumpliría con el objetivo impuesto, y todo aquello, con suerte, quedaría por fin atrás. Kendall le había brindado muchas oportunidades; como pueblo pequeño

perdido al sur de Florida, había sido un buen agujero donde meter la cabeza hasta que la fea realidad le obligara a salir.

Bianca le había proporcionado un inesperado apoyo del cual Dean empezaba a hacerse dependiente, y eso le preocupaba. Gracias a ella había hecho sus primeros pinitos como empleado de taller, aunque siempre supo que eso no tenía ningún futuro, no con sus limitaciones y el saco de mentiras que llevaba a la espalda, pero había sido agradable. Verla confiar en él, encariñarse y defenderle ante su hermano resultó un peligroso soplo de aire fresco que estaba empezando a calarle muy hondo.

Pero no podía permitirse enamorarse de Bianca. O mejor dicho, no podía seguir poniendo esperanzas en aquel amor que se empeñaba en agarrársele dentro. Ella se merecía un novio mejor y más real que él. Un chico limpio, dispuesto a compartir sus primeras experiencias inocentes con ella, a entregarle la pureza no solo de su cuerpo, sino también de su mente y corazón. Dean no podía darle nada de eso, no podía seguir pasando las horas muertas en Planet Beach, con Bianca sentada en su regazo mientras la oía hacer planes para el verano entre besos con lengua que cada vez duraban más.

Tenía que decirle la verdad. Debía contarle quién era en realidad y por qué no estaría en Kendall para cuando el calor de junio calentara el agua del mar.

Bianca se había ganado que fuera sincero, pero Dean sabía que, tan pronto como se confesara, iba a romperle el corazón. El problema estaba en que seguir jugando a ser una pareja despreocupada terminaría aún peor..., porque cada vez le resultaba más difícil contenerse y, al final, acabaría tomando de Bianca aquello que ella empezaba a ofrecerle con besos y caricias, convencida de que estaba preparada para pasar al siguiente nivel con el chico por el que en ese momento latía su corazón.

Era algo que Dean nunca se perdonaría. No sería capaz de dejarla después de que hubieran estado juntos de esa manera por primera vez, y tener que irse era una realidad que ya no podría aplazar mucho más.

Con aquellos pensamientos latiendo en su cabeza, se coló en el taller mucho antes de que abrieran, amparado por la oscuridad de una madrugada particularmente fría. Con la pericia que daba la práctica, trepó por la reja y saltó al otro lado con una agilidad asombrosa para un chico cuyo cuerpo larguirucho tendía a jugarle malas pasadas. Una vez que se encontró al otro lado de la verja, se quedó muy quieto, respirando con dificultad. Cometer un delito como aquel podría acarrearle serios problemas, así que hacerlo para solucionar los problemas que ya tenía no era demasiado inteligente, pero Dean nunca había destacado por ser capaz de encontrar soluciones sencillas. Aquello iba a tener que servir. Y más

le valía que las cosas salieran bien, a menos que quisiera verse cumpliendo condena.

Sin luz, guiándose solo por la escasa claridad de las farolas de la calle, Dean revolvió en su bolsillo hasta dar con una horquilla de pelo. El clic le indicó que no había perdido práctica forzando cerraduras. Sin hacer ruido, entró y utilizó la linterna de su teléfono móvil para iluminar la mesa que tenía más cerca. Sacó del cajón un trozo de papel y un bolígrafo, después, sentado en la silla y con la espalda encorvada, empezó a pensar cómo podría expresar con palabras todo lo que había hecho... y aquello que todavía le quedaba por hacer.

Con un suspiro, empezó por trazar el nombre de Tucker en el encabezado del papel. La nota iría dirigida a él, y esperaba de corazón que no fuera demasiado duro cuando tuviera que hacer partícipe a Bianca de todo lo que leyerá a continuación.

* * *

Alguien dijo una vez: no tengas miedo de perder a quien no se siente afortunado de tenerte, palabras cargadas de sentido para quien nunca jamás hubiera estado enamorado en su vida. Tucker no podía creer que ese tío, quien quiera que hubiera sido, actuara siguiendo su propio consejo de verse en la situación donde él se encontraba ahora.

Había sido capaz de plantar un ultimátum ante la cara de Amelia con aquel «necesito más que eso», y hasta había sonado convincente con su posterior salida dramática del apartamento. Menuda bravata, pensaba ahora, sentado en el coche y viendo como el día empezaba a clarear en el horizonte, otorgándole razón a quien había bautizado a Florida como el estado del sol. Los nubarrones se alejaron del cielo y parecía que aquel día de diciembre calentaría las calles y permitiría dejar los abrigos colgados en el perchero, o, por lo menos, así lo sentirían quienes no tuvieran en esos momentos su vida pendiendo de un hilo.

Aparcó el Corolla ante la entrada del taller y se bajó sin entusiasmo, calándose el gorro de lana sobre el pelo para evitar preocuparse por la molestia de sus indomables mechones largos. No recordaba la última vez que había ido al trabajo con tanta desgana, y aunque apenas había dormido, sabía que su apatía no tenía nada que ver con las horas perdidas de sueño. De hecho, si hubiera dejado la cama nada más echar el último polvo para luego enfrentarse a nueve horas de curro, lo habría hecho con una sonrisa, pero, por desgracia..., Amelia y él habían empezado una conversación seria.

Y, desde luego, nada bueno podía salir de aquello.

Tucker intentó por todos los medios eliminar la última hora de su mente, borrar sus palabras insidiosas y todas las meteduras de pata que había protagonizado, aunque era difícil. Amelia no era conocida por dejar pasar las cosas, y si seguía alrededor cuando él volviera a casa, no cabía duda de que esperaría otro asalto. A menos que él lograra distraerla con otras cosas... y pudieran aplazar el inevitable momento en que los dos se darían cuenta de que lo suyo tenía muy pocas opciones de funcionar.

—Ojalá pudiéramos pasar follando los próximos cuarenta años —se lamentó, remangándose y empezando a andar—. Hablar lo justo para pedir comida china por teléfono y cambiar de postura.

Por supuesto, aquella era una utopía a la que no merecía la pena agarrarse.

Como necesitaba despejarse hasta que tuviera que volver a centrarse en Amelia, Tucker abrió la reja de forma mecánica y cruzó la pendiente donde solían aparcar los clientes con la cabeza gacha. Si hubiera estado en pleno uso de todas sus facultades, se habría dado cuenta inmediatamente de que algo iba mal..., pero, dado su estado, tardó unos minutos en darse cuenta de que la puerta de la oficina estaba abierta. Se planteó que quizá Hasan se había despistado el día anterior, o Frank había tenido tanta prisa por largarse a casa que, a lo mejor, no había echado la llave a la puerta del despacho. Eran humanos..., cometían errores.

Sería la primera vez, pero todos tenían una, ¿verdad?

Tal vez su jefe había tenido que pasarse por allí por algún motivo y le estaba esperando, sentado a la mesa, con su cara de pocos amigos y aquellos brazos gruesos como troncos cruzados sobre una barriga prominente y descompensada. Tucker tenía que abrir a las siete y media y era bastante más tarde que esa hora, así que era posible que el bueno del dueño hubiera decidido aparecer para echarle la bronca y rebajarle las horas perdidas del sueldo.

Como especular siempre le había parecido una pérdida de tiempo, cubrió la distancia que le separaba de la oficina y entró en ella. Le recibió una nube de papeles arrugados, que se dispersaban sobre la mesa y el suelo. Echado hacia atrás en la silla de ruedas, Dean dormitaba con la boca medio abierta y un bolígrafo detrás de la oreja. Había subido aquellos enormes pies sobre la mesa, y se encontraba en tal postura que, tan pronto como se levantara, sentiría contracturas en lugares de su cuerpo que todavía desconocía tener.

«Una pena», pensó Tucker.

Se acercó despacio y sujetó las punteras de las botas de Dean, que roncó suavemente. Haciendo acopio de fuerzas, Tuck tiró hasta bajarle los pies de la mesa, haciéndolos caer al suelo y provocando que el bello durmiente

prácticamente saltara de la silla por el susto. Dean se rascó un ojo, mirando a Tucker como si no estuviera seguro de lo que estaba pasando.

—Joder... —masculló con la voz ronca por el sueño. Una sombra oscura de barba le cubría la mitad inferior de la cara, dándole un aspecto muy similar al que tenían los traficantes de armas, en opinión de Tucker.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—Podrías haberme traído café, ya que ibas a empezar el día siendo una molestia. —Dean estiró los brazos, echándose mano al cuello y haciendo muecas.

—Perdona, no estaba seguro de si lo tomabas con leche o solo. —Tucker se cruzó de brazos, mirándole con ceño—. Podemos discutirlo mientras me explicas qué coño haces allanando el taller.

Eso fue suficiente para terminar de despertar a Dean, que se irguió en la silla y carraspeó. Entre el desorden de cartas que había ido abandonado con el paso de las horas, encontró la única donde había sido capaz de expresar, con más o menos acierto, el porqué de su repentina marcha. Aunque ahora tenía la oportunidad de hablar con Tucker cara a cara, pensaba pedirle que le entregara la nota a Bianca, y esperaba de corazón que ella lograra perdonarle algún día por las mentiras en las que había basado una relación que, en realidad, nunca debió permitirse tener.

—No tenía intención de allanar nada, yo solo... quería despedirme.

—Pues normalmente las despedidas tienen lugar cuando hay más personas presentes. En establecimientos abiertos y horarios laborales. —Tucker señaló alrededor, abarcando con su brazo el desorden reinante en la oficina—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Escribiendo una nota de confesión?

Dean sonrió entonces, se puso en pie y tendió a Tucker el papel, que estaba ligeramente arrugado y lleno de borrones. Las palabras nunca se le habían dado bien, pero había hecho su mejor esfuerzo.

—En realidad, es un intento bastante torpe de explicarme por mi repentina y silenciosa marcha. —Con las manos en los bolsillos, se encogió de hombros—. No esperaba verte y por eso va dirigida a ti, pero espero que puedas dársela a Bianca y hacerle entender que yo...

—Espera..., espera un segundo, joder.

Tucker no miró el papel, no podía. Le dolía demasiado la cabeza y las punzadas solo iban a más conforme toda aquella locura iba desentrañándose en su mente. No estaba seguro de estar entendiendo ni siquiera la mitad de los hechos, pero lo que había captado por encima le era suficiente.

—¿Intentas decirme que vas a largarte y a pasar de mi hermana con una nota? Tío..., ¿valoras en algo tu integridad física? Porque puedes ser un gigante

de dos metros, pero, aun así, te daré una paliza que no olvidarás en tu vida.

—No deberías hacerlo. —Sabiendo que tentaba a la suerte, Dean levantó las manos, con las palmas hacia arriba, en actitud de sumisión. Había visto los suficientes documentales de fieras salvajes para saber que no debía hacer movimientos bruscos ante una—. Me quedan doce meses de libertad vigilada, si me meto en una pelea, tendré problemas.

—¿Qué?

Dean suspiró. Se pasó las manos por la cara, borrando los pocos restos de sueño que todavía le quedaban. Le dolía cada centímetro del cuerpo por culpa de la maldita silla de la oficina, pero imaginó que si daba cualquier excusa o hacía cualquier cosa diferente a contarle todo, acabaría mucho más dolorido aún. La expresión de Tucker exigía explicaciones, aunque su boca no hubiera pronunciado más que una palabra.

Imaginó que abrir el cajón oscuro sería el mal menor. Total..., ya tenía un pie fuera de Kendall, había perdido de todos modos.

—Hace tres años llegué a casa después de ir al cumpleaños de un amigo. Entré en el salón y me encontré a mi madre tirada en el piso. Tenía una luxación de hombro, dos costillas rotas, el rostro hecho pedazos... —Negó despacio, y la sombra de inocencia juvenil de su mirada se perdió—. No era la primera vez. Mi padrastro pagaba los gastos de la casa, aunque rara vez pasaba en ella más de dos días, la tenía cogida por sus deudas y ella..., mi madre, no podía dejarlo, porque entonces le debía a él todo el dinero que no había podido pagarle al banco. Me dijo, durante mucho tiempo, que lo tenía controlado, que eran problemas de pareja, que no me metiera.

—Pero es evidente que lo hiciste —aventuró Tucker, y Dean asintió.

—Fui a buscarlo esa misma noche. Me había tomado tres cervezas y eso me dio los huevos necesarios para que todo me importara poco. Conduje hasta su casa, aporreé la puerta y empecé a pegarle desde que la abrió, sin parar, hasta verle caer al suelo en un charco de sangre. Resollaba con un cerdo, echado en posición fetal. Ya no daba tanto miedo, ni parecía tan grande y aterrador, pero para mí no era suficiente. Ese tío había estado extorsionando y amenazando a mi madre, así que yo... —Su mano se cerró en un puño, evocando el momento, estiró el brazo por encima de su cabeza, ante la asombrada mirada de Tucker—. Cogí el atizador de la chimenea y le abrí una brecha en la frente. La sangre empezó a chorrear...

—¿Le mataste? —Con el corazón encogido, Tucker no fue consciente de estar conteniendo la respiración hasta que Dean negó con firmeza—. ¿Qué pasó después?

—Fui a la comisaría y conté todo lo ocurrido. Me hicieron la prueba de alcoholemia, comprobaron que mi madre no había hecho denuncias..., rogué que la atendieran, que dejaran todo para más tarde, no pensaba fugarme ni volver a agredir a nadie, solo quería que protegieran a mi madre. —Despacio, se dejó caer en la silla de nuevo, agotado por el peso de un silencio que le había acompañado durante muchas noches de insomnio—. Ella estaba en *shock* cuando dejó el hospital, supongo que saber que yo podía ser tan violento como ese tío la impresionó.

—¿Cumpliste condena por ello?

—Dos años en un centro de régimen cerrado. Mi abogado consiguió un buen trato con el fiscal, me libró de la tentativa de homicidio que me pedía y me condenó por unas lesiones a cambio de visitas periódicas al juzgado y seguimiento de mi conducta. Me comprometí con el equipo técnico a terminar los estudios y me permitieron viajar aquí cuando mi madre encontró trabajo. —Sin mirarle, con la cabeza baja y la mirada concentrada en los bolígrafos desperdigados por la mesa, Dean continuó, llegando por fin a la parte de la historia que le había llevado a colarse en el taller en plena noche—. El lunes a primera hora tengo cita para la revisión de la condena. He podido ir a las visitas obligatorias aquí, en Florida, pero ahora debo presentarme en el juzgado donde me dictaron la sentencia, en Kentucky. Mi abogado y el equipo técnico revisarán el caso y es posible que reduzcan lo que me queda.

—Eres un convicto. —Tucker lo miró como si le viera por primera vez, incapaz de reconciliar lo que oía con la imagen de chico callado y desgarrado que hasta entonces se le había presentado—. Tienes antecedentes penales, por agresión, ¿y te has atrevido a acercarte a mi hermana?

—¡Estaba defendiendo a mi madre! —Pero como subir la voz y enzarzarse en una bronca no iba a ayudarle, Dean respiró hondo varias veces—. Tenía que sacar el curso, demostrar una actitud responsable y positiva hacia mi futuro antes de la revisión de condena. Necesitaba ayuda con las asignaturas y Bianca...

—Bianca era lista, ingenua y se dejó engañar.

Lanzando el papel sobre la mesa, Tucker se paseó por la oficina, intentando decidir si empezar a repartir golpes, gritar o darse de cabezazos contra las paredes. Una parte de él, una ínfima y enferma, se vitoreó. Siempre supo que había algo en Dean que no le gustaba, y recordó haber puesto a Bianca sobre aviso, sin resultados. No obstante, no podía permitirse ser tan cínico, a fin de cuentas, ¿qué no habría hecho él por su propia madre?

—¿Mi hermana sabe algo de todo esto? —Tal como esperaba, Dean negó—. Estupendo.

—Intenté decírselo mil veces, ¿pero cómo iba a empezar? Me acerqué a ella por egoísmo, le dije toda clase de mentiras para justificar que en los trabajos de grupo era el que menos aportaba. No podía hacerlo solo y ella solo necesitaba un par de sonrisas y alguna palabra amable para cargar con todo el trabajo.

—¿Y por qué coño no ponías de tu parte, Dean? Me ha quedado claro que tienes pocas luces, pero no creo que vayas tan ciego como para no ser capaz de aprobar un par de asignaturas.

Le vio sonrojarse, y a Tucker le pareció tan ridículo que aquel aspecto le incomodara, en comparación con las otras cosas de las que habían hablado, que casi sonrió.

—Soy disléxico. Desde muy pequeño. Siempre tuve problemas para reconocer las letras, apenas fui capaz de aprender a escribir hasta muy avanzada la primaria, y al dejar los estudios, ha ido a peor. —Con dedos trémulos, Dean levantó la hoja de papel que había garabateado y se la mostró—. Me ha llevado toda la noche y aun así no sé si será legible del todo. Tengo muchas dificultades para concentrarme y tardo horas en leer un par de palabras, lo que, por cierto, no me ha servido para nada con esas facturas de mierda que te empeñabas en hacerme archivar.

—No me lo puedo creer...

—Soy un buen mecánico, Tucker. Los motores son lo único donde puedo ocupar mis cinco sentidos sin que nada me distraiga. He montado y desmontado mi Harley cien veces, y en Kentucky me ganaba un sobresueldo reparando electrodomésticos a domicilio. No mentí en eso, habría podido trabajar aquí, y lo habría hecho bien.

—Pero ocultaste todo lo demás, Dean. Te puse a prueba con trabajo de oficina y no fuiste capaz de venir a mí y contarme que había un problema.

—¿Contarte que había un problema? —Soltó una risilla, levantándose otra vez de la silla para poder enfrentar todo aquello con la seguridad que le daba su altura—. Desde un primer momento me dejaste claro que no te gustaba, Tucker. No confiabas en mí ni para dejarme entregar las llaves a los clientes. Me tenías vigilado constantemente y sé que intentabas convencer a Bianca de que dejara de verse conmigo.

—¡Joder, y tenía sobradas razones para hacerlo, eres un criminal!

Dean se irguió. La bofetada había dolido, pero estaba preparado para que usaran ese tipo de cosas en su contra. Siempre supo que llegaría el momento en que esa palabra fuera aparejada a su nombre, desde el primer puñetazo. No se arrepentía.

—En teoría, cuando cumpla los veintiuno, tanto si reducen mi condena como si no, borrarán mis antecedentes, pero sé que eso no supondrá ninguna

diferencia para ti.

—Solo pienso en Bianca.

—Y yo. Noche y día, a cada segundo. —Se llevó la mano al pecho, y por primera vez desde que toda aquella conversación surrealista había empezado, Tucker vio dolor en sus ojos—. No quería que me gustara, ¿vale? No esperaba que pasar tiempo con ella y cogerla de la mano fuera a convertirse en lo mejor de mis días. Ha pasado, aunque intenté evitarlo. La quiero... y sé que decírselo acabará cambiando todo lo que ella siente por mí. He mentido, la he engañado y utilizado desde el principio. Ahora tengo que irme y, antes de hacerlo, necesito pedirte que le entregues esa nota, como un último acto cobarde y egoísta por mi parte.

—A ver si lo he entendido bien... —Tuck se pasó las manos por la cara. Joder..., el día se le estaba haciendo eterno y no era ni mediodía—. Para que te acorten la condena que ya tienes, allanas el taller donde trabajo y te pasas la noche intentando escribir una nota de despedida y perdón para que yo se la entregue a mi hermana en tu nombre. —Negó con la cabeza y se arrancó el gorro de lana, despeinándose con fuerza. Si no mantenía los dedos ocupados con algo, se sacaría los ojos—. ¿Te haces una idea de lo estúpido y cruel que es todo esto, Dean? ¿Por qué no le has enviado un mensaje y luego has bloqueado el teléfono? Si el objetivo era romperle el corazón, podrías haberte tomado muchas menos molestias.

—Ella no... no se merece nada de esto, ¿vale? ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no entiendo lo que me juego, lo ridículo que es que esté aquí sentado dándote todas estas explicaciones como si fuéramos amigos íntimos o alguna... mierda semejante? —Frustrado, se frotó los ojos. Estaba agotado. Tenía el cerebro frito y todo aquello estaba saliendo mal. Tucker no tenía que haberlo encontrado allí. Hacía horas que debía haberse largado y, en lugar de eso, de alguna manera absurda..., rellenar unas pocas líneas le había costado tanto trabajo que se había dormido en la maldita silla—. Escribir esa nota me ha supuesto un gran esfuerzo, no espero que lo entiendas, ni que signifique nada para ti, pero para mí es importante. Si debo hacerle daño a Bianca, al menos... al menos que se entere de todo de un modo digno.

Tucker se lo quedó mirando sin expresión.

—No hay nada digno en lo que haces, Dean. Esto ha empezado mal y está terminando todavía peor. Si te denuncio por haberte colado aquí, irás a la cárcel, y si te dejo ir y me hago responsable de esto —señaló la nota con la mano, pero mantuvo la vista fija en él—, destrozaré a Bianca y su dolor caerá sobre mi conciencia.

Pero le debía un favor, le recordó una molesta parte de su cerebro. Por su rápida actuación en la plaza cuando las cosas se habían puesto feas entre su madre y Amelia. Apretó la mandíbula.

—Ya te he dicho que sería mi último acto egoísta. —Dean cruzó la oficina pasando junto a Tucker para dirigirse a la salida—. No puedo quedarme, y no seré capaz de irme si veo el odio en sus ojos, aunque me lo merezca. Hazle llegar mis palabras y dile... dile que lo siento. Que no quise hacerle daño. Te prometo que es lo último que voy a pedirte y, probablemente, será lo último que sepas de mí.

Su figura quedó recortada por la luz brillante de aquella mañana extrañamente soleada. Incapaz de moverse, demasiado acongojado por todo lo que acababa de vivir, Tucker solo pudo sujetar el papel entre los dedos, negándose a poner en él los ojos, como si leer el contenido de aquellas frases, escritas con esfuerzo por quien no tenía facilidad para las palabras, fuera a vulnerar la intimidad de Bianca.

Su pobre cría..., era una desgracia que había heredado de su madre, y de él mismo, la incapacidad para escoger a una pareja sin complicaciones con la que pudiera ser feliz.

—Dean. —Sin moverse, ni esperar que él hiciera más que detenerse, dándole la espalda, Tucker carraspeó con fuerza, notando un incómodo calor subirle por la garganta, embargándole de emociones que le habría gustado poder rechazar—. No soporto ni que me mientan ni que falten el respeto a mi familia. Eres un imbécil y no hay una sola decisión que hayas tomado bien..., pero tienes que saber que si alguien les hubiera hecho daño a los míos..., la tentativa de homicidio se habría quedado corta para mí.

En respuesta, Dean asintió con la cabeza.

—Cuida de Bi. —Retomó los pasos y se perdió de vista.

* * *

El refranero popular decía que cuando una puerta se cerraba, se abría una ventana, aunque solo fuera para que corriera el aire y se llevara el olor rancio de la decepción... Claro que, en el caso de Tucker, versado en acumular mal karma por goleada, el dicho decidió incumplir sus propias reglas. De hecho, la puerta no solo se quedó abierta, sino que se cruzó en su camino y fue a darle directamente en plena cara, a la altura del ojo derecho.

Gruñendo palabras que habrían enrojecido a los marineros más curtidos, Tuck anduvo a trompicones por el taller hasta dar con la nevera portátil roja que

siempre tenían bien provista para casos de emergencia. Con la visión periférica perdida, sacó una lata de Mountain Dew y la apoyó directamente sobre la zona afectada. El alivio provocado por el frío fue tan inmediato que casi gimió. Ojalá pudiera congelarse también el cerebro, pensó. Olvidar sus recientes descubrimientos a base de hipotermia.

—No tiene buena pinta —oyó decir a Hasan, que se había acercado—. ¿De verdad no has visto que la puerta del Volvo estaba abierta, tío? Fuiste directo, como las polillas a la luz.

—Claro que la vi —masculló Tucker, girándose despacio para que el desagrado que le cruzaba la cara no pasara inadvertido para su compañero—. Fui totalmente consciente de que la puerta estaba en medio y de que si seguía caminando me iba a empotrar la cara contra ella. ¿Sabes? Lo supe en todo momento, pero resulta que los ojos a la funerala me quedan de lujo, así que pensé... ¿por qué no?

—Ya veo que no estás de humor para quitarle hierro al asunto...

Tucker bufó. Quitarle hierro..., con la suerte que se gastaba últimamente, lo único que podía pasar si se acercaba a algún material pesado era que le cayera encima. Despacio, como temiendo algún accidente laboral más, se dejó caer sobre la tapa de la nevera, con la lata pegada al ojo y la cabeza convertida en una jaula de grillos. Dean y sus confesiones... ¿Y qué se suponía que tenía que hacer él ahora con esa información? ¿Unir a su hermana y el drama emocional que se avecinaba a sus ya mil frentes abiertos?

Como si no tuviera suficiente con Amelia y aquella desazón..., como si las cincuenta preguntas que quería hacerle sobre adónde iba aquello que habían retomado con un par de polvos épicos no le estuvieran quemando las entrañas. Ahora, además de todo, era poseedor de las palabras escritas por la mano disléxica del tío que iba a romperle el corazón a Bianca. A través de él. Era jodidamente perfecto.

—¿Has despedido a Dean? —Hasan se cruzó de brazos, en apariencia inmune a los gestos hoscos de Tuck, que no parecía capaz de espantarlo—. No ha aparecido por aquí.

—Dudo que vuelva.

—Entonces sí que le has echado. —Hasan silbó impresionado—. A tu propio cuñado. Puede que hayas dado un salto más allá en tu incapacidad para ser sociable. Es posible que hasta llegues a superar el anterior récord, que también era tuyo.

—No es mi... Mira, han pasado muchas cosas que no entiendes y yo... no tengo el día para contártelas, pero Dean ha tenido que irse. —Con una mueca, apartó la lata de Mountain Dew de su ojo e hizo intentos por abrirlo. Dolía

horrores—. Está metido en historias feas y esta mañana me lo encontré sentado en la oficina escribiendo una carta con explicaciones y despedidas. Mi hermana no sabe nada.

Se calló los detalles. Bastante iba a tener Bianca una vez que lo supiera todo, le ahorraría el bochorno de que más gente se enterara de toda aquella película antes que ella.

Hasan alzó las cejas, lo que confirió a su cara oscura una expresión de asombro. Abrió la boca, pero por fin supo captar los matices que veía en Tucker, de modo que prefirió no insistir. Desde un comienzo había supuesto que había algo raro en aquel aprendiz de mecánico que apenas había podido tocar una sola herramienta, pero dado que lo suyo eran los cristales, intentaba no meterse demasiado.

—Entonces es serio. —Hasan jugueteó distraído con su camiseta de los Mighty Ducks de Anaheim, esperando por si Tucker quisiera añadir alguna cosa más—. Mira..., no sé muy bien de qué va toda la historia, pero está claro que te tiene lo bastante distraído como para que estés cerca de abrirte la cabeza contra puertas o... finjas que no estás cuando Anders Mollin trae su Impala para una «revisión». —Hizo las comillas con los dedos, sonriendo apenas ante la mirada escéptica de Tucker—. Que parezca que ando siempre a lo mío no significa que no preste atención a los pequeños detalles.

—Ni siquiera sé qué es lo que me molesta más de todo esto, si el hecho de que tenga historias feas a sus espaldas o que me haya engañado cuando sospeché, desde un principio, que había algo que no me cuadraba de él.

O que parecía un buen chico, le dijo una voz bajita en el fondo de su cabeza. A su pesar, Dean hacía sonreír a Bianca y no tenía mal fondo. Había metido la pata..., pero Tucker se conocía a sí mismo lo bastante para saber qué él, probablemente, habría hecho lo mismo.

—Hay cosas que no son fáciles de compartir, Tuck. —Hasan se cruzó de brazos, componiendo una expresión de profunda reflexión que no le pegaba nada—. Por ejemplo, a mí me costó un mundo decirte que era negro, porque tienes pinta de ser bastante racista.

—No te equivoques, mi problema contigo no es que seas negro, es que eres gilipollas.

Tuck le lanzó la lata de Mountain Dew, y Hasan tuvo la desfachatez de agarrarla sin ningún esfuerzo. A pesar de la soberana tontería que había soltado, sus palabras surtieron efecto, porque Tucker esbozó una leve sonrisa que suavizó la dureza de sus facciones, ahora marcadas por la sombra oscura que ya empezaba a notársele bajo el ojo.

—No sé qué hacer. —Se encogió de hombros, levantándose de la nevera como si el peso de los años que aún no había cumplido le empujara hacia abajo—. Y al mismo tiempo sé que tengo que decírselo a Bianca.

—Pues entonces busca el momento y no lo retrases.

—Es cojonudo, otra gran conversación que me encantaría posponer eternamente y a la que me voy a tener que enfrentar.

Asumiendo que se refería a Amelia, Hasan afirmó despacio. Dio unos tragos al refresco, recordándose a sí mismo que Tucker no era el único que tenía una espina clavada en forma de información poco deseada para revelar. Su mente volvió a aquella noche en el Village Diner, cuando había bebido tanto que su enorme bocaza había decidido tomar el control de la situación. Aunque no soñaría jamás con preguntarle a Tuck cómo iban las cosas con Amelia, tenía ojos en la cara y buenos oídos para los rumores. La cosa estaba más caliente de lo que había parecido cuando la nieta de Denis le había cantado las cuarenta en ese mismo taller, de modo que... era momento de hacer confesiones, por si acaso la cosa se ponía seria y todo estallaba después.

—Ya que estamos así..., en este momento de confianza y exaltación de la amistad..., creo que es mi obligación aconsejarte que hables con Jules. Sobre vosotros.

Tucker frunció el ceño, ignorando el dolor que sintió en todas las partes de la cara.

—Jules tiene muy claro que no hay un nosotros. Ni siquiera ha vuelto a hacer el intento de acercarse desde que nos vimos en la inauguración del salón de tatuajes. —Y ahora que lo pensaba, él no había vuelto a tener ni un solo pensamiento sobre ella—. Creo que... tal vez se ha hecho a la idea.

—Pues yo creo que está dándote espacio para estar ahí cuando llegue el momento. Es la típica retirada previa a tu descubrimiento de que no puedes vivir sin ella.

—¿A qué coño viene eso, Hasan?

—Bebí de más... en el Village Diner. La noche en que Falk volvió y estuvisteis ahí..., yo iba un poco a mi bola, ya sabes, pescando, buscando nueva compañía que calmara un poco mi soledad y el picor que sentía en...

—Tío..., ¿tengo cara de querer la versión larga?

Hasan dio otro trago a la Mountain Dew y asintió. Bien..., tendría que ser sin telón de fondo entonces.

—Se me calentó la lengua y... Jules y yo terminamos hablando de la bronca que Amelia te había montado aquí... Solo un poco. Estaba rallado por toda aquella historia que había oído sin querer y ella... Escucha muy bien, ¿vale? Y sonsaca sin preguntar nada en realidad. Creo que sacó conclusiones

sobre eso, ya sabes..., como que tu historia con Amelia estaba muerta y quizá ella podría hacer el movimiento definitivo.

Perfecto. Era justo lo que le faltaba, que Jules decidiera seguir a pico y pala ahora que lo suyo con Amelia era tan frágil como un cristal lleno de grietas.

—No me jodas, Hasan..., ¿tienes idea de cuánto tiempo llevo disminuyendo al mínimo cualquier movimiento que ella pudiera malinterpretar? No quiero hacerle daño, joder, ni que piense que hay algo donde nunca ha existido nada, eso no es justo. No está bien.

—Creí que deberías saberlo. Siento no habértelo dicho antes, pero... creí que tampoco tenía tanta importancia y que con la vuelta de Amelia y todo eso... tenías el plato demasiado lleno como para una ración más. —Hasan aplastó la lata vacía entre los dedos, y el sonido metálico llenó el silencio en que se habían sumido—. Últimamente parece que las cosas entre Amelia y tú van en otra dirección, así que... deberías hablar con Jules.

—No le debo explicaciones. —Se empecinó Tuck, rechazando por principios más dificultades. La cabeza le daba vueltas, aquella jornada había sido interminable y todavía le quedaba llegar a casa y enfrentar la posible soledad que allí le estuviera esperando—. En ningún momento le dije que entre nosotros pudiera haber algo. Siempre fui muy claro al respecto y le advertí que no esperara más, porque no podía dárselo.

—Sí, Tucker, todo eso está muy bien, pero lo malo de hacerse ilusiones es que estas no atienden a ningún razonamiento. Tienes que cortar por lo sano cualquier posibilidad. Por ella, por ti y por Amelia, que si se entera de que siguen quedando restos...

—También podrías aprender a mantener la boca cerrada. —Hasan apretó los labios a modo de disculpa muda. Tuck suspiró. Mierda..., otra charla a corazón abierto.

Quería pensar que no tenía deudas con Jules, pero tampoco le parecía justo seguir remando por su relación con Amelia sin despedirse. Después de todo, ella había estado allí para calentar unas sábanas frías y llenas de remordimientos, tal vez esperando más de lo que él le había prometido, pero ese era un problema con el que tendría que lidiar por su cuenta, una vez que todo hubiera quedado claro entre los dos.

No podría aspirar a merecer otra oportunidad de hacer las cosas bien con Amelia si él mismo no empezaba por andar derecho. ¿Acaso no había esperado de ella lo mismo, en cuanto a su historia con el tal Logan? Dejar atrás el pasado y desembarazarse de quienes lo habían ocupado tenía que ser lo primero, antes de plantearse retomar aquello que habían dejado inconcluso. No quería fantasmas en su presente, de modo que más le valía exorcizarlos.

—Mi vida es un puto libro —exclamó, alejándose unos pasos, buscando cualquier cosa que pudiera mantenerlo alejado de cualquier superficie contra la que golpearse la cabeza.

—Ya..., entre lo de tu hermana y lo de Jules, la verdad es que no te envidio para nada, tío. Para nada en absoluto.

Tucker le enseñó el dedo corazón antes de seguir su camino, esperando que el resto del día se diluyera sin dejar más cadáveres amontonados. Ya tenía suficientes que enterrar.

CAPÍTULO 20

*No puedo seguir sin ti, así que,
¿por qué romper mi dulce corazón?*



Satisfecha con el trabajo realizado, Amelia cerró la tapa del portátil y se quitó las gafas un segundo, para masajearse con los dedos los párpados cerrados, dando descanso a una mirada que había estado puesta en la pantalla brillante durante varias horas sin descanso.

Extendió las piernas sobre la cama, venciendo el entumecimiento que acariciaba desde sus rodillas hasta los dedos de los pies, envueltos en calcetines a rayas. La ventana revelaba que la noche había caído en algún momento sin que ella se diera cuenta, absorta como estaba en el trabajo, y la temperatura, aunque todavía agradable, había caído varios grados.

Amelia extendió la mano para dar un trago a su Coca-Cola Zero y, después, se soltó la melena para dejar que las raíces del pelo descansaran libres de la presión del moño que las había estado sujetando. Aquella historia sobre los deportistas que habían habitado en Kendall tres décadas atrás iba a suponerle un gran trabajo y mucho esfuerzo, pero estaba convencida de que, una vez que estuviera acabado, sería un histórico perfecto que entregar como proyecto para una de sus asignaturas. Contar con la ayuda de Otto había sido crucial, pues, aunque él había pasado parte de su vida adulta viajando con su negocio de venta de jabones, su adolescencia y niñez habían transcurrido en aquella localidad.

Entusiasmada por los avances, Amelia tomó el cuaderno en el que había ido anotando instrucciones para sí misma y comenzó a tachar aquellos datos que ya había transcrito en el ordenador. Esperaba obtener una calificación sobresaliente en aquel proyecto, y que terminara siendo escogido para formar parte de los archivos de Berkeley. Para ello, pensaba utilizar todas las fuentes que tuviera a

su disposición, incluida Nanette, cuyo testimonio como joven promesa de la gimnasia artística iba a serle muy útil.

Ese mismo mediodía, en la parada para almorzar, había conseguido tropezarse por fin con ella en la casa de huéspedes. Con pasos cautelosos — porque no quería dar explicaciones sobre dónde y con quién había pasado la noche anterior—, Amelia había entrado en el bonito dormitorio del ático donde la hija de Joe Chase se había atrincherado después de devorar una saludable ración de pescado con hierbas aromáticas. Asombrada, Amelia se había quedado parada en el quicio de la puerta, sosteniendo la libreta en la mano, mientras observaba como Nanette preparaba una pequeña maleta, doblando sus prendas de ropa con todo mimo.

—¿Nos dejas?

Su repentina pregunta sobresaltó a Nanette, que dio un saltito y se llevó la mano al pecho. Pese a ir vestida con unos *leggings* y una sudadera evidentemente masculina, toda ella era espejo de gracilidad. Hasta sus pies, enfundados en unas Ugg color *camel* que habían visto tiempos mejores, parecían alzarse de puntillas cada vez que su menudo cuerpo se movía con perfecta sincronización.

—Me has dado un susto de muerte —reprochó a Amelia, aunque una sonrisa adornaba sus labios finos—. Estaré el fin de semana en Jacksonville. Mi madre tiene una pequeña crisis.

Como Amelia no conocía de Greta Lancaster más que el nombre, no podía imaginar cómo de certero era el mohín de desesperación de Nanette, que ya estaba más que curtida en lo que a salidas de tono de su madre se refería. Dejó una camiseta bien doblada dentro de la maleta, sobre unos vaqueros con rotos, y después se puso las manos en las caderas, mirando a Amelia con la paciencia pintada en la cara.

—Cree que está embarazada, pero, en realidad, es un caso simple de premenopausia que no será capaz de asimilar. —Amelia abrió la boca, pero Nanette negó, decidida a dar a las explicaciones en el menor tiempo posible—. Iré a Jacksonville y escucharé sus esperanzas maternas, mientras intento evitar que beba hasta perder la compostura, luego llegará el momento de enfrentar los verdaderos resultados médicos que su actual marido me ha enviado por correo electrónico y, una vez que el dique del llanto se rompa, recibiré con estoicidad los reproches por haberme quedado como hija única y, por culpa de la mala experiencia que supuso para mi madre criarme, haberle arrebatado la posibilidad de tener una segunda oportunidad.

—Dios mío, Nanette. Eso es horrible.

—No, no creas. —Y su gesto de desdén pareció corroborarlo—. Ha reservado un par de *suites* de lujo donde podremos ponernos al día, discutir,

llorar y luego... seguramente me abrace y agradezca a los guerreros del Valhalla no tener que pasar por un segundo embarazo. Mi madre es una eterna quinceañera metida en un cuerpo adulto. Sus reacciones siempre son demasiado emocionales para lo que ella misma es capaz de gestionar.

—Y su marido te llama a ti para que vayas a calmar la crisis. —Nanette asintió—. ¿Lo sabe Falk?

Nanette se mordió el labio inferior, sin poder esconder la mueca de placer culpable que cruzó sus facciones.

—Le dejé creer que mi madre estaba embarazada de verdad durante unos segundos. Fue genial ver cómo su cara se iba descomponiendo hasta llegar casi al llanto. Después de ese trauma, le fue mucho más fácil aceptar que me fuera un par de días. Espacio para ambos.

Amelia había estado bastante desconectada las últimas horas, pero durante la comida había escuchado lo bastante para hacerse una idea aproximada de los pasos en que andaba Falk. Cuando no se encontraba montando los soportes para las carpas bajo las que los invitados a la boda tomarían los aperitivos, se enfrentaba con la durísima tarea de recoger las pertenencias más personales de su madre, que todavía estaban dispuestas en la casa familiar como si ella fuera a volver a usarlas.

—¿Cómo lo está llevando?

Con un suspiro, Nanette dejó la maleta y se sentó en el borde de la cama.

—Lo bueno de Falk... Una de sus múltiples cosas buenas, quiero decir, es que no miente nunca. Me ha dicho, mirándome a los ojos, que le destroza tener que vaciar los cajones y los armarios. Hace unos días encontró estofado congelado y estuvo abrazado a la bandeja hasta que la salsa le cayó literalmente encima. —Nanette dejó caer las manos, hasta que ambas palmas le cubrieron las rodillas—. Es como dismantelar tu infancia poco a poco, recuerdo a recuerdo. Algo terrible.

—Sé lo que es... perder a uno de tus padres. Nunca estás preparado para eso. —Como aquella no era una conversación que pudiera tenerse en mitad del pasillo, Amelia entró en el dormitorio y se apoyó en el tocador—. Mi padre..., fue algo repentino, inmediato, pero aunque hubiera tenido tiempo para hacerme a la idea, como Falk, no lo habría llevado mejor.

—Le ofrecí toda la ayuda que pude, pero... creo que necesita hacerlo a su manera y decir adiós a su propio ritmo.

Con la vista perdida en algún lugar sin determinar de las paredes que tenía enfrente, Amelia pensó que esa era la clase de amor que valía la pena, el que entendía cuándo la otra persona necesitaba lamerse las heridas sola y, aun aceptándolo, dolía como si el daño fuera propio. No lo dijo en voz alta, pero tal

vez su expresión meditabunda habló por sí misma, porque Nanette carraspeó y en su mirada brilló un repentino cambio de tercio.

—¿Y... cómo está llevando todo esto Tucker?

—Ay, Nanette..., ¿en serio? ¿No vas a dejarme escapar?

Ella se encogió de hombros, como si evitar tocar el tema supusiera un imposible.

—Llevas casi dos días desaparecida.

—He estado hablando con la florista y encargándome del menú. —Amelia levantó los dedos, como si así sus tareas pudieran multiplicarse—. Que la cocinera sea íntima amiga de mi abuela no significa que la comida para servir no requiera de una preparación minuciosa.

—Y la noche del encendido del árbol en la plaza no viniste a dormir. Y lo sé porque yo sí que vine.

En las intenciones de Amelia, hablar de Tucker no había estado contemplado, pero quizá fue la mirada amigable y escéptica de Nanette, o a lo mejor las ganas que tenía de que alguien sonriera y le dijera «¡pues adelante, estréllate si es necesario!». De cualquier forma..., suspiró y terminó por claudicar. Si quería tocar el tema que verdaderamente la había llevado a abordar a Nanette, iba a tener que dar algo a cambio.

—Estamos en un *impasse*. Intentamos... tolerarnos, sin que vuelen cosas alrededor y no... hemos hablado mucho.

—Es decir, que os estáis acostando sin entrar en muchos detalles. —Como Amelia se ruborizó un poco, más por incomodidad que por verdadera vergüenza, Nanette se vio obligada a sonreír—. Está bien, en serio. Es estupendo. Hablar a veces está sobrevalorado. Falk y yo solemos tener *impasses* a menudo, cuando acampamos en Pinecrest.

—La diferencia es que Falk y tú sabéis en qué punto está vuestra relación. Con Orson... —Amelia suspiró y se rascó la cabeza—. La mitad del tiempo tengo ganas de echar a correr lo más lejos que pueda, lo que pasó todavía me escuece y me da pavor que algo así nos vuelva a pasar, y no solo por... el drama en sí, sino por la facilidad con la que eso nos rompió. Su madre no puede verme, mi abuela cerró filas a mi alrededor, y si alguno de los dos aparece ahora en su casa con la noticia de que estamos..., de que queremos...

—Vale, vale..., ya entiendo por qué el sexo está siendo la mejor solución por el momento. —Comprensiva, Nanette se acercó y puso su mano sobre el hombro de Amelia—. Vas a tener que dejar fuera a todo el mundo, salvo a él y..., aunque no me creo que esté pronunciando estas palabras..., aceptar que si tiene que hacerte feliz, no importa demasiado lo difícil que vaya a ser explicarlo.

—Eso es en lo que pienso la otra mitad del tiempo. —Amelia sonrió, con algo cálido bailando en sus labios—. He intentado ser la clase de chica que sale adelante y rehace su vida y casi lo conseguí. Había alguien, alguien bueno para mí en California. Sin complicaciones ni la parte del drama. Todo fluía y funcionaba bien, pero me han bastado este par de días cerca de Orson para darme cuenta de todo lo que me faltaba. Me siento como si fuera un rompecabezas del que solo él tiene las piezas.

—Pues si me preguntas a mí, creo que es bastante evidente que Tuck no lo ha superado. Falk no habla mucho del tema por esa... tontería de la lealtad entre amigos íntimos, pero lo poco que sé me basta para darme cuenta de que él también se siente con huecos vacíos..., y me parece que sus piezas las tienes tú.

—No tengo ni idea de qué hacer, Nanette, esa es la verdad. Aprovechar la situación y quemar en la cama los últimos cartuchos parece una buena opción..., pero cada vez que me toca hace que me sienta menos yo y más... la Amelia libre y enamorada que era antes.

—Y la echas de menos.

Asintió. No sabía si para Nanette algo de todo aquello tenía sentido, pero para ella era claro como el día. Se había creado una personalidad para vivir en California, ser como otra estudiante más, sin cicatrices ni heridas supurantes marcándole el cuerpo. La mentira había calado tanto que hasta ella se la había creído, y luego, con la llegada de Logan..., las cosas simplemente siguieron su curso.

Tucker la desnudaba, en todos los sentidos. Arrancaba de ella ataques de risa, de gemidos y de irascibilidad con una facilidad asombrosa. La ponía a prueba, la obligaba a tomar decisiones y hacer cosas que le daban miedo, sin demorarse. Él no aceptaría ser un consuelo pasajero, ni la dejaría ir sin respuestas y resoluciones a las que agarrarse.

Y Amelia no quería eso, claro que tampoco era capaz de decir en voz alta que lo único que quería era a él.

—A lo mejor si vuelves a irte, acabas arrepintiéndote toda la vida de no haber esperado para ver... si esta vez podía funcionar —susurró Nanette devolviéndola al presente—. Pero solo tú puedes decidir cuánto quieres arriesgar.

—Y por eso vamos a intentar mantener la etapa del sexo lo máximo que sea posible. —Ambas se rieron y la tensión del momento pareció ceder—. Tengo que entregar un histórico periodístico cuando vuelva a Berkeley y he escogido hablar del deporte en los últimos treinta años aquí, en Kendall. Tengo entrevistas y vivencias de Otto y me gustaría contar con unas palabras tuyas.

Nanette sonrió e hizo una elegante inclinación.

—No nací en Kendall, pero mis raíces familiares están aquí, si eso te vale...
—Amelia asintió con firmeza—. Entonces de acuerdo. Tengo unos minutos antes de irnos.

—Pues a trabajar entonces. —Abrió el cuaderno e hizo a Nanette partícipe de todas sus ideas.

De vuelta al momento presente, acomodada en la cama deshecha del apartamento situado sobre la tienda de tatuajes, Amelia dejó de repasar la parte técnica de la reunión para permitir que su vista se demorara por la precaria —y muy masculina— decoración. Aprovechando que estaba sola, se permitió demorarse en los detalles, o más bien... en la escasez de ellos. Tucker no era un hombre que se fijara en ciertos detalles, como comprar cojines que hicieran juego o montar estantes sobre cuyas baldas podría organizar sus manuales de mecánica, en lugar de mantenerlos metidos en cajas de cartón alineadas contra la pared.

El estado del apartamento podía definirse como de «reciente traslado», sino fuera porque Tuck llevaba viviendo allí el tiempo suficiente como para haber podido acondicionarlo todo de arriba abajo al menos cuatro veces.

Los únicos objetos decorativos que se apreciaban eran las láminas con diseños de intrincados tatuajes, diseminados por las paredes descubiertas del apartamento, la pila de vinilos, y una réplica a escala del Titanic hundido construida con Lego. Al verla, colocada con buen gusto sobre la solitaria mesita baja que tenía justo enfrente, Amelia sonrió, notando un pellizco en el corazón. Recordaba el día en que le había regalado a Tucker la caja cerrada con las piezas deshechas del pecio. El fondo marino, representado con piezas en tonos verdosos, era la base sobre la que debían elevarse la proa y la popa, separadas y prácticamente deshechas tras haberse precipitado desde la superficie del Atlántico en una caída mortal.

Todavía recordaba cuánto había gruñido Tucker, con el cuello inclinado en una posición incomodísima mientras se afanaba por armar la réplica, negándose en rotundo a darse por vencido a pesar de la dificultad extra que suponía su falta de paciencia.

—¿Y no había una del barco en todo su esplendor? ¿Con colores y la bandera ondeando? Por lo menos así sabríamos si lo estamos haciendo bien.

—Ya te digo yo que no. —Amelia le arrancó un trozo de ancla de las manos, mirándole con ceño—. Orson, esto es como los puzzles en 2D, si no encaja, no lo fuerces.

—Le faltan trozos —sentenció él, arrojando un par de pedazos grises sobre el manto rectangular de Lego que ya tenían dispuesto—. No se unen, joder, la

proa acaba aquí, y si esto es la popa..., faltan trozos intermedios. Toda la zona bajo las chimeneas, que, por cierto, ¡tampoco vienen!

Exasperada, Amelia levantó la tapa de la caja, enseñándosela por enésima vez.

—Es una réplica de los restos, cabezota. No tienes que reconstruir el barco, sino representarlo tal como quedó tras hundirse.

—Pues me parece deprimente. Y una falta de respeto. —Se cruzó de brazos, apoyando la espalda en la silla como dando a entender que hasta ahí llegaban sus intentos—. Esta fue una obra de ingeniería naval y mecánica colosal. Una... estructura acojonante, lo más glorioso creado por la mano del hombre hasta el momento.

—¿Más impresionante que el Chevrolet Impala? —Amelia le vio llevarse la mano al pecho y fingir un dolor profundo. Se rio por lo bajo, divertida ante su derroche de pasión.

—Nada es más impresionante que un Impala, nena. —Pero, entonces, volvió la vista a la réplica a medio hacer, y sintiendo que se le ablandaba el corazón, claudicó—. Excepto el Titanic. Este jodido barco era una obra maestra. Y te digo más, tenía que hundirse, porque era demasiado sobrenatural como para ser usado como mero medio de transporte. Por eso, representarlo así, en su decadencia..., me toca los huevos.

—Pero vas a terminarlo.

—Aunque tenga que pasarme sin dormir los próximos tres días.

Amelia soltó una carcajada suave, reptando por el suelo hasta sentarse en el regazo de Tucker, cuyo ceño fruncido se dulcificó inmediatamente. La rodeó con los brazos y puso morritos con obediencia cuando ella se acercó para besarle.

—Te encanta construir cosas. —Sentenció acariciándole la barba a contrapelo, dejando que sus dedos rasparan el vello que curtía sus mejillas y mentón—. Esa curiosidad por el funcionamiento de todo es una de las cosas que más me gustan de ti.

Tímido, como siempre que le halagaba ella, Tucker se pasó la mano por el pelo, despeinándose a propósito. Volvió a mirar la maqueta, sonriendo.

—Yo habría detectado el iceberg mucho antes. —Amelia se rio con ganas, haciéndole estallar en carcajadas también—. Venga, es en serio, tengo una vista de lince en largas distancias. Supe que serías algo bueno nada más verte recorrer Planet Beach, cuando todavía estabas a cinco kilómetros de mis brazos.

—Lo que eres... es un engreído. —Pero le besó, porque no podía evitar hacerlo.

—Es posible..., pero apuesto a que habrías pateado y discutido para no subirme a un bote salvavidas sin mí. —Despacio, con cadencia, Tucker fue moviéndose hasta que Amelia quedó recostada sobre la superficie suave de la manta donde ambos se habían sentado, con una sonrisa dulce tocándole los labios.

—Tú y yo..., como Isidor e Ida Straus, muertos juntos, porque eso habría sido mejor que vivir separados.

Con un movimiento hábil, Tucker se quitó la camiseta y la arrugó hasta colocarla bajo la cabeza de Amelia a modo de almohada. Ella se acomodó y le dio la bienvenida encima de su cuerpo, sintiendo como el placer de tener sus manos recorriéndola le atravesaba las capas de ropa y calentaba su piel.

—Vale para mí.

Y para ella también había valido...

—Estás aquí.

Tucker cruzó la ventana con la agilidad que daba la experiencia, entrando en el apartamento por la zona del dormitorio y trayendo consigo una ráfaga de aire que sacó a Amelia de sus recuerdos. Le vio bajar el cristal y asegurar el cierre y, después, quitarse el gorro de lana y la sudadera, que quedaron abandonados sobre la silla que tenía más cerca. Cuando se hubo librado del exceso de prendas, se despeinó el pelo y luego puso su atención en ella, que sonrió encogiéndose de hombros.

—Me escondo de la prensa local.

Él esbozó una sonrisa, esquivando las Converse de color mantequilla que Amelia había dejado a un lado y subiéndose a la cama junto a ella.

—Si eso te trae aquí, me aseguraré de seguirles pagando para que te acosen. —La besó en la mejilla, despacio y con los ojos abiertos, casi esperando que ella soltara alguna palabra que rompiera la magia y las ilusiones que él se había estado haciendo—. Tiene gracia que critiques a los periodistas cuando tú solita has levantado un periódico universitario.

—Es más bien una gaceta. —Dejó el ordenador en el suelo y recuperó sus gafas, pudiendo por fin ver a Tuck con toda nitidez—. Y tengo mucha ayuda.

—Me gustan las chicas modestas, y así..., con pinta de profesoras de mates cachondas como tú.

Tucker soltó una carcajada muy ronca cuando Amelia le miró con la boca adorablemente abierta. De hecho, había hecho una O tan perfecta que podrían haberla puesto de portada para alguna película triple X sobre una joven estudiante que salía del pueblo por primera vez. Se sacó las zapatillas a tirones y las dejó caer al suelo antes de acomodarse, con la cabeza apoyada en el codo,

para poner en Amelia —que parecía muy molesta con sus palabras— toda su atención.

—¿De mates? ¿Tiene que ser de mates?

—¿En serio es eso lo que te ha ofendido? —Todavía riendo, Tuck agradeció que Amelia no tuviera la habilidad de leerle la mente—. Puedes escoger química, francés o... lenguas muertas. La cuestión es el punto de cachonda y... que las clases vengan con azotes incluidos.

Tucker levantó las cejas, y Amelia premió sus gracias dándole un pellizco en el costado que le hizo doblarse en dos.

—Alguien ha tenido un buen día, por lo visto. —Enarcó una ceja—. ¿Quiero saber por qué tienes un ojo morado?

—Un accidente sin importancia. En cuanto al día... ha sido una auténtica pesadilla, pero encontrarte aquí lo ha endulzado un poco. —El ambiente se enrareció, y Tucker lamentó haber sacado el tema. Con un suspiro, dejó caer la cabeza sobre la almohada y se quedó mirando al techo, donde había colgado algunas láminas con tribales que empezaban a quedarse obsoletas. Si seguía dejando aparcados temas de conversación con Amelia, pronto todo cuanto tendrían serían ratos a escondidas, con algunos besos y algo de sexo ocasional que no llevaría a nada. Tentador..., pero insuficiente—. Cuando llegué al taller esta mañana, Dean estaba allí. Se había colado antes de que abriera.

—¿Dean? —Amelia intentó atar cabos y unir aquella información con la que tenía—. ¿El novio de tu hermana?

Tucker asintió, haciéndole un resumen detallado de toda la conversación que habían tenido. Amelia le interrumpió un par de veces, para hacer exclamaciones o pedirle que rebobinara y profundizara más en algún que otro punto, aunque la verdad era que Tucker no tenía más datos de los que ya le había contado, y la idea de removerlos se le antojaba insoportable.

—Me ha escrito una nota para que yo se la pase a Bianca. Una especie de despedida con confesión que va a hacer pedazos a mi hermana.

—Imagino que no se sentía capaz de hacerlo él mismo por si ella... reaccionaba mal. —Guardando silencio, Amelia se sintió muy identificada con aquel temor—. Es horrible tener miedo a que la persona que quieres te mire diferente.

—Sé exactamente lo que se siente. Vi eso en tus ojos cuando volví de Oregón, pero ese no es el punto, nena. Quiere que lo haga yo, y si no lo hubiera pillado en pleno allanamiento ni siquiera me habría llevado más explicación que la de esa jodida nota. —Como Amelia no dijo nada, Tuck gruñó y, lentamente, cerró la mano sobre la rodilla de ella, acariciándola en círculos—. Lo siento..., no quería sacar nuestra mierda a relucir, esto no tiene nada que ver con nosotros.

Pero lo tenía, los ojos de Amelia no mintieron y, al ver el modo en que lo miraba, Tucker comprendió que, quisiera o no, iba a tener que enfrentarse a más conversaciones indeseadas.

—Me he pasado la mañana haciendo las invitaciones para la boda de mi abuela. Está lo bastante fascinada con todos los efectos que he podido hacer a las fotos como para no tocar el tema de dónde he estado estos días. Luego me he dedicado al trabajo pendiente. —Con las manos en el regazo, Amelia miró alrededor, demorándose en la réplica del Titanic hundido, recorriendo los trozos del naufragio con la mirada—. He sido muy eficiente..., pero, en realidad, como te decía, me estaba escondiendo.

—Si vas a decirme que estos últimos días han sido un error, Amelia...

—No, no lo han sido Orson. —Le sonrió, aunque el gesto no llegó a sus ojos—. Pero que sigamos... actuando en clandestinidad sí lo es.

Le vio pasarse las manos por la cara, alejando al fantasma del cansancio, aunque este no dejaba de vagar a su alrededor. Tucker asintió, porque estaba de acuerdo con ella, pero solo pensar en las implicaciones que tenía todo eso le quitaba años de vida.

—No creo que a Denis O'Brien le haga ilusión que le estropees la boda con la noticia de que tú y yo estamos... —Se calló, porque aventurarse a hablar antes de tiempo podía ser un error—. Decírselo a mi madre es una pérdida de tiempo, Amelia, porque no vive en la realidad más que unas pocas horas al día.

—Y me odia mientras tanto, lo sé.

—Tampoco creo que tu madre considere cabal tu decisión de volver conmigo, probablemente te meta en el primer vuelo de vuelta a California tan pronto lo sospeche. No va a apoyarnos nadie y, durante un tiempo, vamos a tener que nadar solos, en la oscuridad. Tú y yo, Amelia, para demostrar que podemos hacerlo.

—No puedo seguir sin ti —confesó ella, con el corazón en la mano y una mueca de temor que era, también, resolutiva. Todo podía salir mal; de hecho, estaba abocado al fracaso más absoluto, pero no hacerlo... Nanette había tenido razón, allí estaban las piezas que le faltaban. Las tenía él. Siempre las había tenido él—. Quiero estar contigo. He querido estar contigo hasta cuando no podía mirarte. Me duele lo que pasó entre nosotros, pero me duele más... pensar que no vamos a conseguir arreglarlo. No podemos permitirlo, Orson. No podemos dejar que se estropee, otra vez no.

—Dios, Amelia... —Con las manos temblorosas, Tucker la tomó del rostro, besando su boca una y otra vez, respirando hondo, mandando calmarse a todo su cuerpo que no sabía si reír o llorar. Apoyó la frente contra ella, aspirando su olor, bebiéndose unas palabras que había estado esperando escuchar y deseando

pronunciar durante tres años enteros—. Te quiero, nena. Te quiero desde la primera vez que nos vimos. Me has... roto para cualquier otra, Amelia. Quiero intentarlo y hacer que funcione, porque si nos hundimos de nuevo, no seré capaz de querer a nadie más. Nunca. Eres tú, siempre. Para bien o para mal.

Se sintieron en silencio, dejando que la magia que les había hecho enamorarse resurgiera con fuerza. Sus manos volvieron a entrelazarse y sus labios se curvaron en una sonrisa genuina, que era idioma de amor y esperanza al mismo tiempo. El tiempo se detuvo unos instantes, regalándoles una tregua a cambio de todo el tiempo en que había sido egoísta con ellos dos.

Después, por fin, pudieron volver a respirar aliento ajeno y recomponerse de unas emociones que eran demasiado intensas como para poder asimilarlas todas de una vez.

—Tienes que hablar con Bianca —sentenció Amelia, recostada junto a él, mirándole a través de las gafas medio empañadas—. No podemos salir a la calle con nuestro amor por bandera cuando ella va a pasarlo mal. No es justo. No puede construirse nada sobre las ruinas de otra persona.

—¿Eso también va por Logan? ¿Sigues decidida a hablar con él cara a cara?

—Debo hacerlo. —La seguridad de sus palabras hizo que él girara la cara—. No cambiaré nada, Orson, pero sí me ayudará a empezar de nuevo con las maletas vacías. ¿Lo entiendes? No puedo aspirar a ser feliz sin ser totalmente clara con él. Es lo mínimo que le debo.

Las palabras de Hasan acicatearon los recuerdos de Tuck, incomodándolo por la certeza de que seguir aquel consejo, y hacer honor a lo que Amelia estaba diciendo, era lo correcto. No podía esperar merecerla si callaba. Dejar pasar el tiempo no sería un acto digno, y aunque él hubiera cometido muchos errores en el pasado, no quería retomar su relación con Amelia mientras otra persona agonizaba. Como ella había dicho, nada se construía sobre los restos de otra persona.

—Si has decidido ser tan sincera yo... también debo serlo. Y... supongo que actuar de la misma manera que tú es la única opción que tengo si quiero empezar haciendo las cosas bien.

Ella esperó, en silencio. Si sospechaba lo que él iba a decirle, no cambió su expresión. Le dio tiempo, permitiéndole que decidiera cuándo estaba preparado para seguir hablando.

—He tenido una..., un rollo intermitente con una chica..., una de las camareras del Village Diner. No creo que la conozcas, era eventual cuando tú y yo... —Aquel dato no tenía ninguna importancia, así que Tuck siguió adelante—. Fui bastante claro desde un principio, y no voy a pecar de cínico y decir que

ella me rondaba mientras yo huía intentando lamerme los arañazos solo. Me dejé consolar un par de veces, esa es la verdad, y siempre supimos, los dos, que nuestros encuentros no eran más que eso. Fui muy claro en ese punto, Amelia. Nunca jugué con ella, nunca le di esperanzas ni pretendí que había algo distinto entre nosotros. Jamás.

—Pero os acostabais y ella siempre esperó más. —Tucker asintió, y aunque ella sabía que no tenía derecho a sentirse dolida, porque racionalmente era capaz de asumir que ambos habían intentado rehacer sus vidas por separado, su confirmación la molestó—. ¿Has vuelo a verte con ella? Desde que yo...

—Estuvimos juntos una noche, un par de días antes de que volvieras. Yo... sabía que vendrías pronto y no tenía ni idea de cómo iba a afrontar eso, Amelia. Me debatía entre meterme bajo tierra o encerrarme en casa para evitar cualquier confrontación. —Desesperado, porque no sabía si estaba consiguiendo hacerse entender o si sus palabras sonaban a excusa barata, Tucker se incorporó, tomando la mano de Amelia—. No quiero ser la clase de tío que culpa a una chica por algo que él también consintió, nena. Y aunque decir esto me haga quedar como un mierda, ella no significa nada para mí. No ha sido un reemplazo ni un intento de noviazgo. Simplemente... dejé que calentara el frío que sentía y eso fue todo.

—Pues parece que ella no piensa así.

—Venga..., Amelia, no quiero discutir, en serio.

—¿Discutir? Orson, ¿te acuerdas de la bronca que montaste esta mañana cuando te dije que quería zanjar mi relación con Logan en persona? Te pusiste celoso, intransigente y desagradable.

—Tú tenías algo con ese tío, no es lo mismo. Jules y yo...

Amelia le paró en ese punto, soltándose de su caricia y alzando la mano hasta cubrirse con ella la mitad de la cara. Se volvió a quitar las gafas, incapaz de mantener los dedos quietos y temiendo tirarse del pelo por mantenerlos ocupados. «Un paso adelante —pensó molesta— y dos para atrás.»

—No voy a ser hipócrita. Estuviste con alguien..., es normal. Lo acepto. Hemos estado separados durante tres años, no esperaba que guardaras luto tanto tiempo. No había ninguna necesidad.

—Hablaré con ella. —Era todo cuanto Tucker podía decir, aunque aquella afirmación le supo a hiel. Hacía unos pocos minutos, su boca había pronunciado un «te quiero» que había tenido atascado en la garganta durante mucho tiempo, y ahora, el dulce sabor se llenaba de acidez—. Por lo visto se ha enterado de la pelea que tuvimos cuando fuiste a buscarme al taller y... aunque ni siquiera se me ha acercado, ni me ha buscado, temo que esté haciéndose castillos en el aire.

—No quiero saberlo. —De nuevo, Amelia fue capaz de mirarle—. De verdad. Quiero estar contigo, Orson.

—Y yo contigo, nena. Es lo único que quiero, lo que he querido cada día durante estos años. Joder, me dejaría cortar una mano si hacerlo me asegurara poder tocarte con la otra. Te lo juro, de verdad.

A su pesar, Amelia sonrió. Y después se echó a reír. Tucker aprovechó la oportunidad y se llevó las manos al pecho, repitiendo una y otra vez que permitiría que le cortaran los cinco dedos de un solo golpe si fuera preciso.

—Voy a hacer borrón y cuenta nueva, te lo prometo. —Despacio, temiendo precipitar las cosas, que todavía estaban muy frágiles, Tucker se apoyó en las rodillas y rodeó a Amelia con los brazos, recostándola con cuidado sobre la cama—. Mañana mismo, a primera hora..., y cuando volvamos a vernos, estaremos listos para nuestra segunda oportunidad.

—Tú y yo.

—Contra el mundo.

Amelia asintió con la cabeza, cerrando los ojos cuando la boca de Tucker encontró sus labios. Un beso ruidoso y húmedo los mantuvo ocupados, mientras las hábiles manos masculinas, acostumbradas a motores y engranajes, soltaban con presteza botones y cremalleras, dejando un reguero de besos y caricias vientre abajo, hasta más allá de los pantalones y la ropa interior. Con los ojos cerrados y un jadeo pugnando en su garganta, Amelia se arqueó, sintiendo como era desnudada con pericia de cintura para abajo en tan solo unos minutos.

—Si ya hemos terminado de hablar... —oyó que ronroneaba Tuck, con la nariz perdida en su pubis y la boca entretenida en sobrepasar fronteras que antaño había dominado a su antojo—, siempre he odiado irme a la cama sin cenar, ¿tú no?

Su lengua atravesó las murallas, arrasando con toda la resistencia y calma que Amelia había logrado reunir. Embestidas suaves, succiones y besos la llevaron más allá de la razón, al borde de un abismo delicioso que Tucker provocó al delimitar con los labios de su boca los delicados labios íntimos de Amelia, que se abandonó al clímax.

La luz del amanecer los sorprendió sin nada más que decir.

* * *

Supo que algo iba mal tan pronto como lo vio llegar, como si un sexto sentido advirtiera de que nada bueno saldría de aquel encuentro. Bien..., estaba

preparada. Había esperado mucho por la próxima ronda, y se encontraba en disposición de devolver unos cuantos golpes.

Jules dejó el trapo al lado y apoyó las palmas de las manos sobre la barra, como si necesitara apoyo extra para aguantar lo que estaba a punto de venir. En el turno de mañana, el Village Diner solía tener pocos clientes, un par de personas que acudían a por un café y un desayuno decente, de modo que tenía unos minutos para enfrentar a Tucker cara a cara.

Altiva, con la barbilla bien levantada, aguardó, sin dejarse amilanar por el hecho de estar en el trabajo o vistiendo el polo verde y los pantaloncitos del uniforme. Prefería enfrentarse a todas las situaciones protegida tras la seguridad que le daba llevar su propia ropa y tener la libertad de actuación suficiente como para poder largarse azotando la puerta, pero así estaban las cosas. Cuando Tucker llegó hasta ella, abrigado con una chupa oscura bastante raída y su gorro de lana en la cabeza, Jules forzó una sonrisa.

Aunque sabía que no sería una charla agradable.

—Mira lo que ha traído la marea...

—Tenemos que hablar, Jules.

Con los hombros caídos y cara de circunstancias, Tucker se sentó en el taburete más cercano a ella. Dedicó unos segundos a mirarla... Era una chica guapa, aunque no había dulzor en su expresión. El cinismo y la acidez casi habían marcado un rostro que era mucho más joven de lo que parecía, restándole ingenuidad y la suavidad propia de quienes, al contrario que Jules, no habían tenido que pelear tanto por cada centímetro ganado en su vida. Se sintió culpable, no por primera vez. Aquel acuerdo al que habían llegado le había beneficiado durante un tiempo, y aunque ella siempre había dicho estar de acuerdo, su gesto hosco dejaba a las claras que no era así.

Tal como había adivinado Amelia, en su fuero interno, Jules siempre había querido más de él y, por un segundo, Tucker deseó haber podido dárselo. Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez ambos habrían logrado entenderse, pero Tucker tenía un solo corazón y en él había un solo nombre grabado a fuego.

—Hablar..., ¡menuda novedad! —Jules recogió el trapo y lo dejó bajo la barra, oculto de la vista de los clientes—. ¿Te has cansado de jugar a las casitas con la princesita y has recordado que existen otras personas en el mundo? O... ¿tal vez ella se ha cansado de ti primero? La que huye una vez...

—Pretendo hacer esto por las buenas, Jules. Me importas, no quiero...

Ella alzó la mano, haciéndole callar.

—No soy estúpida, Tucker. No necesito que me suavices las cosas. Estás aquí porque Amelia O'Brien ha decidido que puede hacer un hueco en su apretada agenda para follar contigo antes de volver a su vida, y tú te lo has

tragado. ¿Me equivoco? —Esbozó una sonrisa irónica, negando despacio con la cabeza—. Claro que no..., os vi, ¿sabes? La noche del encendido del árbol, a ella dando pasos y a ti allanándole el camino, como si nada hubiera pasado.

La vio darse la vuelta y poner en marcha la compleja máquina de café expreso con habilidad. Durante los escasos segundos que Jules tardó en llenar unas tazas, que quizá servían solo como excusa para tener las manos ocupadas, Tuck suspiró, arrancándose el gorro de la cabeza y despeinándose con dedos nerviosos. Aunque la recompensa a dar carpetazo a aquel capítulo de su vida fuera el cálido abrazo de Amelia, hacer daño a una mujer no le era plato de buen gusto.

—Siempre supiste que lo único que teníamos en común era que nos sentíamos solos —murmuró sin estar seguro de que ella estuviera prestándole atención—. El único sentimiento que nos unía era el de tener a alguien para llenar el vacío por un rato. Nada más.

—Es más de lo que otras parejas tienen al principio. Era un comienzo.

—Era un parche —contrarrestó él, con firmeza pero mirada serena. No quería alzar la voz, no quería ser duro..., pero tampoco dejaría ningún cabo suelto—. Y nada real puede crearse sobre los restos de otra relación. Lo sabes.

Jules hizo equilibrios con la bandeja de cafés, mirándolo como si Tucker se hubiera convertido en un insecto que estuviera campando a sus anchas por el local, infectándolo todo.

—Cuántas palabras inútiles... ¿Por qué no dices lo que has venido a decir sin más, Tucker? Amelia te ha dado esperanzas, y para agarrarte a ellas tienes que hacerme a un lado. —Le sonrió, sin humor ni alegría en su gesto. Despacio, sin casi mirarlo, Jules cruzó la barra llevando la bandeja, y caminó los pasos necesarios hasta tenerle en frente. Cuando habló, lo hizo en voz alta, sin importarle que otros oídos pudieran prestar atención a sus palabras—. Eres un hipócrita. Has calentado la cama conmigo el tiempo que te ha dado la gana y ahora...

—Eso no es verdad. —Tucker se incorporó dejando la butaca a un lado—. Yo nunca te he utilizado, Jules. No podía darte más de lo que tuvimos..., siempre fui honesto contigo y te dije que eso sería todo. —La miró a los ojos, estaba tan dolida que la culpabilidad que le había azotado antes de entrar al Village Diner se multiplicó—. Aseguraste estar de acuerdo..., pero mentiste.

—Sí, mentí.

Jules se quitó el mandil y lo dejó sobre la barra. Sus dedos trabajaron en el nudo con una firmeza sorprendente, a pesar de los trazos nerviosos que mostraba su cara.

—Ella se marchó de aquí, Tucker, ¡se marchó! Cuando las cosas se pusieron difíciles, se largó y no miró atrás por ti, ¿es que te has olvidado? No es como nosotros, no se queda para luchar, ella huye y deja que otros la acojan. No es mujer para ti, ¡no mereces algo así!

—Es cierto. Se largó, porque no encontró otra salida. —Para sorpresa de Jules, Tucker asintió con la cabeza, mirándola con seriedad—. Amelia no es como yo, ni como tú. Dios..., no es como nadie que haya habitado en el mundo antes, es distinta, diferente. Y puede que sea eso lo que me atrae, no lo sé, y no voy a discutirlo contigo. Lo único que sé..., y lo único que tú tienes que saber, es que aunque no la merezca en absoluto, me impulsa a ser mejor para intentar conseguirla. Amelia me inspira, estar con ella es todo lo que necesito, por amor, por salud mental, porque así lo quieren mi cabeza y mi corazón. He estado ciego, pero ahora veo, y aunque la luz sea demasiado intensa para mí... no apartaré la vista. No me quedaré en la oscuridad otra vez. No la dejaré sola otra vez.

—Eres un iluso, Tucker, y, por lo visto, también un imbécil. ¿No te das cuenta? ¿Cómo puedes darle otra oportunidad? ¿Cómo puedes...?

—Lo siento, Jules..., lo siento mucho. No quería que las cosas fueran así, no quería hacerte daño.

Intentó tocarla. Rozar su brazo para confortarla, pero ella se deshizo de él, apartándose como un animal demasiado herido como para confiar en que una mano le proporcionara algo distinto a golpes. Las lágrimas se le agolparon en los ojos, pero las apartó con el dorso de la mano, llevándose el pulcro maquillaje con los dedos. Miró a Tucker con algo que él identificó como rencor, y también... agonía.

—¡Pero es que yo te quiero, maldita sea! —Se oyeron murmullos, pero a Jules, quien veía sus defensas devastadas, no le importó—. Yo he estado aquí. Siempre he estado aquí. ¿Ahora ella vuelve y tiene derecho a ponerse al mismo nivel? Si vas a elegir, no es justo que...

—No hay nada que elegir. —Se golpeó el pecho con el puño cerrado—. No se trata de quién tenga más puntos o haya hecho más méritos, Jules. Solo importa a quien quiero yo. De quien estoy enamorado yo. Es ella. Siempre ha sido ella.

—*¡Papá, espera, espera! ¡No puedes hacerme esto, no puedes dejarme sola!*

—*Lo siento, Jules..., lo siento. No puedo aguantarlo más. No puedo seguir aquí, con tu madre, viviendo una mentira. La quiero, ¿lo entiendes, hija? La quiero a ella. Es lo que me hace feliz. Tengo que ser feliz.*

—*¿Pero y yo? ¿Y yo qué, papá? ¡No puedes irte, no puedes dejarme!*

—He tenido que elegir... y la he elegido a ella. Lo siento, Jules, lo siento. Es ella, siempre ha sido ella. Nunca yo. Nunca me escogen a mí.

La bofetada cruzó el rostro de Tucker, haciéndole girar la cara mientras la piel empezaba a escocerle. Sintió el roce de las uñas de Jules atravesando su carne, marcándole la mejilla, enrojeciéndole el rostro para que el dolor y la vergüenza que ella sentía anclada en el pecho fuera bien visible para todo el que le mirara.

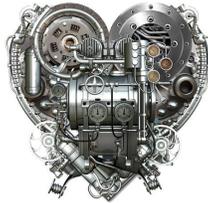
Resollando, con los ojos enrojecidos y el puño cerrado, Jules se mordió las palabras que ansiaba pronunciar. Los reproches, los insultos y las palabras ofensivas que se le agolpaban en la garganta, ansiosas por salir. Se había jurado que si ese momento llegaba mantendría la calma, pero había perdido por completo el norte y no se veía capaz de recuperarlo. El dolor la laceraba, el rechazo le quitaba aire. No podía respirar.

Tuck levantó la cabeza, con una disculpa muda en los labios. Se encogió de hombros, haciendo ver que todo estaba ya dicho y no quedaba nada más de que hablar. Musitó que lo sentía, posiblemente, o tal vez declaró que no merecía la pena seguir dando explicaciones. Tanto daba. Jules ya no podía escuchar sus palabras, de nada le valían sus explicaciones, no quería saber si tenía miedo o si solo la esperanza llenaba su corazón cuando salió por la puerta sin volverse atrás, rumbo a los brazos de Amelia. Importaba muy poco si romperla en pedazos le había costado mucho esfuerzo o si lo había hecho de buena gana. De un modo u otro, el resultado había vuelto a repetirse, y Jules, una vez más, estaba sola.

Sin embargo..., ya no era una niña indefensa. No sería la única perdedora otra vez.

CAPÍTULO 21

Tengo veinte años detrás, es casi todo lo que puedo contar, he acumulado esta ira furiosa, he llenado mi alma de odio.



Falk colocó los últimos platos en el fondo de la caja, embalados con papel de burbujas. La cerró y etiquetó como «cocina 3» con el rotulador permanente. Con un gruñido, la dejó en el suelo y cogió la siguiente, dispuesto a repetir el proceso una y otra vez, hasta que los estantes, cajones y encimeras estuvieran vacíos.

—Tío, como siga oliendo esta mierda, creo que voy a empezar a sufrir un caso grave de intoxicación etílica o algo. —Con un intento de sonrisa bailándole en los labios, se puso el rotulador detrás de la oreja—. Creo que en esta meteré las tazas y los vasos..., hay bastante espacio, ¿tú que crees?

Pero Tucker, que había demostrado ser una compañía silenciosa, no le respondió. La verdad era que llevaba callado demasiado tiempo, y eso, para alguien que tenía siempre un comentario sarcástico que ofrecer a la vida, no era una buena señal. Falk levantó la vista de la tediosa tarea y vio a su amigo parado en medio del salón, sosteniendo entre las manos la sábana con la que hacía unos diez minutos se había ofrecido a cubrir el sofá tapizado con flores. Enarcando una ceja castaña, Falk soltó las tazas y se acercó despacio.

—¿Tuck? —Dio una palmada frente a su cara y este, por fin, parpadeó—. Joder, ¿qué te ha pasado?

De vuelta al momento presente, Tucker carraspeó y, por fin, extendió la tela, tapando con ella el sofá con asombrosa pericia a pesar de haber estado perdido en sus pensamientos. Recorrió el mueble, asegurándose de que los faldones bordados y los cojines forrados de punto quedaban bien cubiertos, y luego se cruzó de brazos, encarando la mirada confusa de Falk sin tener mucha

idea de cómo empezar a explicarle algo a lo que él mismo no encontraba mucho sentido.

—Lo siento, tío..., sé que me ofrecí a ayudarte, pero... no sé dónde tengo la cabeza.

—Ya veo. —Falk apoyó la cadera en la mesa del comedor, cubierta de papel de embalar, tijeras y trozos de cartón—. Teniendo en cuenta que me siento como un ladrón desvalijando la propiedad de mi difunta madre, envidio tu capacidad para pensar en otras cosas.

—Te dije que te quedaras en la casa de huéspedes, los chicos del taller y yo podríamos haberlo hecho sin ti. —Pero Falk ya estaba negando—. Joder, eres un masoquista.

—Puede ser..., pero esta es la última vez que voy a ver muchas de estas cosas. Quería ser yo quien las preparara y se quedara con los recuerdos.

—Recuerdos que te hacen sentir como una mierda.

Falk sonrió, acariciando con los dedos una taza desportillada y cuyas letras infantiles emborronadas dejaban leer de forma precaria el mensaje «para mamá». La había hecho a los siete años, en una de esas celebraciones escolares para conmemorar el Día del Padre. Como él no tenía figura paterna en su vida, se la había regalado a Amanda. Orgullosa, su madre bebió el té cada tarde en esa misma taza hasta el mismo día en que murió.

—Es una pena fácil de asimilar —trató de explicar Falk, aunque no estaba seguro de que alguien pudiera entenderlo. Él mismo no lo hacía en la mayoría de las ocasiones—. Me duele cada segundo que paso guardando cosas que ella ya no va a utilizar..., pero de alguna forma es... terapéutico. Digo adiós. Acepto que se ha ido y me vienen a la cabeza mil historias por cada objeto que embalo.

Tucker cubrió un par de sillas y desconectó los cables de la vieja televisión. Acuclillado detrás del mueble, su cerebro peleó por volver a disiparse, pero esa vez mantuvo a raya sus propias preocupaciones. Su mejor amigo estaba pasando por uno de esos momentos jodidos de la vida a los que uno se enfrenta cuando un ser querido muere, y él tenía que estar presente en cuerpo y pensamiento por si flaqueaba. Falk había hecho lo mismo por él, aunque su madre apenas hubiera permitido que tocaran nada de Magnus.

—¿Cómo le va a Saltitos en Jacksonville?

Falk sonrió continuando la metódica actividad de embalar el menaje de la cocina. Pensar en Nanette dulcificó su ceño, restándole angustia a su expresión.

—Su madre está premenopáusica, con el trauma que eso conlleva para una mujer como ella. Siente que su vida se ha acabado y todos los trenes se han pirado de su estación sin que pudiera correr detrás. Un *show*. —Marcó la caja como «cocina 4». Tuvo la tentación de añadir «Una nueva esperanza», pero

imaginó que eso solo confundiría a los chicos de la mudanza, por lo que desistió —. Ahora pasa periodos en los que agobia a Nanette con intentos de recuperar el tiempo perdido en su relación madre-hija, y los alterna con otros ratos donde la culpa de ser su única y decepcionante descendencia.

—Habría sido peor que hubiera estado preñada. ¿Quién sabe qué engendro puede salir de una pirada como esa?

—Eh, Nanette salió de ella, y no es ningún engendro.

Con el ceño fruncido, Tuck dejó morir el intercambio de frases en ese punto. No buscaba discutir con Falk sobre lo maravillosa que era su chica, ni tampoco meterse con Nanette. La realidad había terminado por imponerse y demostrarle que aquella jovencita atlética con los ojos grandes y la pinta más inocente que hubiera visto nunca era, de verdad, la chica adecuada para Falk. Una novia decente, cariñosa, lista y lo bastante chiflada para arrancarle a su amigo sonrisas hasta en los peores momentos. Tucker respetaba eso, aunque no estuviera dispuesto a compartirlo.

Falk era duro, pero no habría podido enfrentarse a la pérdida de su madre, enferma de cáncer, de no haber tenido ilusiones y esperanzas puestas en otra persona. Enamorarse de Nanette lo había salvado, dado perspectiva y abierto nuevas posibilidades en su vida. Había tenido suerte al encontrarla. Una suerte que se había ganado a pulso.

—Las buenas son las peores —sentenció Tucker, terminando por fin de guardar los cables y preparando los listones de corcho para asegurar la pantalla de la televisión—. Te quieren, te ofrecen felicidad y te inspiran... para que hagas lo correcto y busques el modo de merecerlas a ellas por méritos que son solo tuyos.

—Y eso es malo porque...

—Es lo peor que puede pasarte. Sobre todo... cuando sabes que aunque te mueras y vuelvas a nacer, nunca serás lo suficientemente bueno. Hay moldes de novio perfecto donde, simplemente, no puedes encajar.

Falk acudió en su ayuda y entre los dos dejaron la televisión guardada en una caja inmensa que tendrían que embalar con cinta americana doble para que no se desfondara. Resoplando, Tucker se llevó las manos a la espalda, sintiendo los conocidos pinchazos que siempre sufría cuando llevaba dos jornadas completas trabajando sin descanso. La fuerza física que necesitaba en el taller, más la postura retorcida a la que sometía a sus lumbares cuando tatuaba, pasaban factura. Sobre todo si se saltaba el almuerzo y unía un horario con otro para evitar pasar por su casa.

—¿No oyó tu madre nunca hablar de las televisiones planas?

—¿A qué coño venía eso, tío? ¿Para quién se supone que no eres lo bastante bueno?

—Como si no lo supieras.

Tucker dejó a Falk colgado en medio del salón. Revolvió en los restos de lo que había sido una cocina muy bien provista y sacó un refresco de la nevera. Dio un par de sorbos, esperando que el paréntesis hubiera servido a Falk de explicación, pero desde luego pecaría de conocer poco a su amigo si creyera que una evasiva le iba a convencer.

Le lanzó una lata y Falk la pilló al vuelo. Acercándose despacio, comprendió que era tiempo de dejar adormecerse a sus propios demonios durante unos minutos. Reconocía las llamadas de auxilio de Tuck y, como siempre, respondería a ellas aunque el implicado principal le amenazara con hacerle daño físico si se metía. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

—Pensé que las cosas con Amelia estaban avanzando. —Tucker asintió, parco—. ¿Y no es ahora cuando tendrías que estar saltando de alegría?

—No es tan simple. —Nunca lo era. No entre Amelia y él—. Aparte de toda la historia pasada que tenemos que resolver entre nosotros, en cuanto mi madre se entere, y Denis O'Brien se entere..., *Romeo y Julieta* va a parecer una movida muy insulsa y sin sustancia en comparación con nuestro drama.

—Amelia te quiere, tío, y tú... no creo que sepas albergar cariño por otro ser vivo más que ella. Si tenéis eso...

—No tenemos una mierda, Falk. Nosotros..., ella... —Tucker aplastó la lata con el puño. Se apartó el pelo de la cara, dejando aún más visibles los arañazos que le marcaban la mejilla. Ni siquiera la barba los ocultaría, pero el dolor que había sentido en el momento no era nada comparado con la culpa y la desazón que le habían acompañado desde entonces—. Amelia tenía una especie de relación en California con un tío... cuya cara imagino debajo de mi puño. Ha terminado con eso, lo acabó antes de que nosotros volviéramos a ponernos las manos encima, ya sabes, pero insiste en hablar con él, de frente, para explicarle cómo fueron las cosas y asegurar que los compartimentos estancos queden sellados... antes de avanzar.

—Sueno lógico. Creo que Amelia hace lo correcto, Tuck. Para ella debe ser duro estar contigo sin tener claro si la otra persona ha entendido que lo que había... se ha terminado. —Falk se encogió de hombros, como si no fuera capaz de encontrar el terrible elefante en mitad del salón al que Tucker no paraba de hacer referencias—. No la conozco tanto como tú, pero sí lo suficiente como para saber que volver a liarse contigo sin haber cortado a la cara con ese tío tiene que estar matándola. Actúa bien. Es una buena chica.

—¿Y qué me asegura a mí que no logre convencerla? Una vez en California..., puede pasar cualquier cosa, Falk. Pueden decidir tomarse unas copas de despedida, echar el último polvo o... yo qué sé.

Falk dejó la Mountain Dew a un lado. Como aquello tenía pinta de ir para largo, se sentó en el único taburete que aún no había guardado y esperó, en silencio. Tucker era como un animal herido, si uno seguía pinchando en la herida para buscar una reacción, el resultado sería nefasto. Era mejor dejarle llegar a sus propias conclusiones, aunque eso no significaba privarle de un poco de ayuda.

—Tú confías en Amelia. —Le recordó Falk con paciencia—. Y la quieres lo suficiente como para no pensar de ella que se esté divirtiendo contigo para luego volver a su vida de antes. La conoces más que eso.

—Eso creía hace tres años... y se fue de todos modos.

—Ese reproche no parece tuyo, amigo. —Falk le señaló a la cara con el dedo índice, decidido por fin a enfrentar la sospecha que le había estado acompañado desde que se había encontrado con Tucker esa mañana—. Suena a algo que alguien diría por despecho. Como esas marcas que tienes.

La mirada de Jules había sido feroz. No la había olvidado ni por un momento, cargada de resentimiento, de rabia... y de vergüenza. Tuck no había pretendido ser hipócrita, ni desembarazarse de ella como si no hubiera sido más que un pañuelo que le hubiera secado el llanto provocado por Amelia y del que ahora renegaba. Le gustaba Jules, le caía bien, era atractiva, deslenguada y divertida, pero aunque sintiera por ella un cariño suficiente como para mantener cimentada una relación cordial con el paso del tiempo, nunca lograría enamorarse, estaba seguro. A la camarera no le faltaba nada, y había demostrado con creces una pasión digna de admirar, pero Tucker solo tenía un corazón, y este había tomado sus propias decisiones mucho tiempo atrás.

Logró entender el punto de vista de Amelia durante unos breves segundos, conforme hablaba con Jules y veía sus sentimientos y esperanzas hacerse añicos, comprendió que pasar el mal trago era lo mínimo que le debía. Estar presente para que le reprochara, le insultara y hasta le arañara era su deber, porque cuando uno rompía un corazón, debía quedarse presente y contemplarlo con el respeto que se merecía, aprender de lo que veía y prometerse actuar mejor en un futuro para no repetir la experiencia.

Después.... Después Jules se había encargado de que recibiera su parte de castigo, y los demonios que Tucker había logrado noquear habían vuelto al *ring* a por otro asalto, royéndole las entrañas.

—Puede que estuviera despechada, pero eso no significa que le faltara razón. ¿Qué tengo que pueda ofrecerle a Amelia, Falk? ¿Qué hay aquí que

incline su balanza?

—Ella te ha escogido a ti.

—Sí, ya..., me escogió hace tres años también, ¿recuerdas? Se enamoró de mí con locura, me arrastró y todo acabó en apocalipsis. ¿Por qué ahora tendría que ser diferente?

—Pues no lo sé. —Falk se cruzó de brazos, mirando a Tucker como si acabara de salirle una segunda cabeza—. Pero la verdad es que me parece que sigues siendo el mismo idiota de antes, así que es probable que Amelia termine por asumir que no mereces más oportunidades.

En circunstancias normales, Tucker le habría enseñado el dedo corazón. O quizá hasta le hubiera dado un buen rechazazo, pero aquellas no eran circunstancias normales. El hecho de que Tuck bajara la cabeza y no respondiera de forma inmediata hablaba de lo mucho que lo preocupaba aquel asunto.

—Mira, tío..., sentirse inferior a la chica cuando estás bien pillado es normal. ¿Qué crees que me pasó con Nanette al principio? Ella era una campeona, una deportista de concurso, y yo... plantaba petunias y azaleas para Denis O'Brien. Tuve dudas también.

—Es diferente para ti, Falk. Te has ido detrás de ella.

—¿Y crees que eso lo arregló todo? Decidirme a estudiar fue dar un paso de gigante, Tucker. No sabía si podría salir del pueblo, si me admitirían después de todos los plazos de matrícula que pedí. Nanette tenía su vida y sus amistades.

—¡Sí, pero encajaste en su mundo! —Tuck se tapó la cara con las manos, respirando con tanta fuerza que estuvo a punto de hiperventilar—. Mira..., esto no se lo he contado a nadie, pero hace tres años, cuando creímos que Amelia estaba embarazada..., me alegré.

Incómodo, Falk tragó saliva. No estaba habituado a tener charlas a corazón abierto como aquellas con Tucker, ellos eran más de... gritarse un par de cosas y dar la conversación por terminada en ese punto, pero, desde luego, parecía que su amigo necesitaba rasgarse las vestiduras hasta quedarse en cueros, así que lo único que le quedaba era guardar silencio, escuchar e intentar que aquel gilipollas cabezota no tirara por tierra lo que estaba a punto de conseguir.

—Iba a ser tu hijo, ¿por qué no alegrarte?

Pero Tucker sonrió con cinismo, negando con la cabeza.

—Que Amelia se quedara embarazada me aseguraba estar en su vida, tanto si las cosas nos iban de culo como si no. —Exactamente el mismo pensamiento que había tenido su madre años atrás, pensó con angustia—. Aunque tuviera planes, estudiara en California o nuestras familias se llevaran mal, mi bollo estaba en su horno, ¿entiendes? Fue como..., yo qué sé, como encontrar el

boleto dorado para la fábrica de chocolate entre un millón de chocolatinas comunes. Y me tocó a mí.

—Y ahora no hay bollo.

—Ahora no hay bollo. —Confirmó Tuck, con los hombros caídos y una mueca amarga en la boca—. Amelia lleva un periódico en su facultad, es una chica acostumbrada a organizar debates, pasar horas en la biblioteca y departir con sus colegas universitarios. ¿Qué coño pinto yo ahí, Falk? ¿Voy a ofrecerle un tatuaje al tío que lleva la sección de deportes? ¿Recalibrarle las ruedas? La fantasía de estar con ella me da la vida, te lo juro, pero es solo eso. Una fantasía.

—¿Sabes, Tucker? Te conozco desde hace mucho, pero creo que es la primera vez que me encuentro de frente con esa actitud llorica y derrotista. No me gusta lo que oigo, no te pega. Nunca te has arrugado ante nada, conseguiste dos trabajos y te cualificaste para ellos hasta que los que te pagan los sueldos tuvieran casi que pelearse por contar contigo más horas. Has tropezado más que cualquier otra persona, pero siempre te has levantado, demostrando que eres distinto a lo que el resto de la gente piensa de ti. Tú no eres tu padre, Tucker. No eres tu madre y no eres la familia de Amelia. No eres sus amigos, sus compañeros de clase ni el tío ese al que quieres hacerle una cara nueva. —Con el ceño muy fruncido, Falk levantó bien la barbilla, como si radiografiara el interior de su amigo con precisión clínica, buscando aquello que lo hacía distinto a los demás, lo que lo marcaba como especial, el distintivo que todo ser humano tenía y que solo las personas indicadas de su círculo más íntimo eran capaces de ver—. Solo puedes compararte contigo mismo. Eres el tipo de vuelta de todo al que le tiemblan las piernas por una chica. Por tu chica. Te lo repito, amigo, Amelia te ha elegido a ti, olvídate de todo lo demás y dime, ¿vas a elegirla tú a ella?

—No hay otra para mí.

—Entonces deja de lamentarte por lo que no tienes y por quien no eres, y pelea con las armas que controlas. —De nuevo en pie, Falk recuperó el rotulador de marcar, agarró con firmeza el rollo de papel de embalar y suspiró, echando una mirada de agonía al pasillo que daba al dormitorio de su madre—. Tío, si tu sitio está con ella, encontrarás la manera de hacer encajar todas las piezas.

—Ojalá tengas razón..., de verdad, nunca he querido que puedas soltarme a la cara un «te lo dije» tan fuerte como ahora.

—No la cagues —fue todo lo que Falk pudo decirle al respecto—. Las segundas oportunidades también suelen ser las últimas.

Tucker asintió, convencido de que Amelia compartiría las palabras de Falk punto por punto. Que hubieran logrado volver a entenderse, al menos a medias, ya era todo un milagro, sería muy ingenuo pensar que podía meter la pata y albergar esperanzas otra vez. No podía permitirse arriesgarse, con Amelia no.

—Tengo que irme al salón. Me toca tatuar y luego iré a casa a cenar... Gracias por esto, Falk. Se supone que venía a ayudarte con tu mierda y has terminado sacudiendo la mía.

—Para eso estamos los amigos. —Sonrió, pero el gesto apenas alcanzó sus ojos—. Es un placer llamarte imbécil y llorica. Deberíamos hacerlo costumbre.

—Ya..., mejor que no le cojas el gusto, la próxima vez puedo estar menos jodido y devolverte los favores. —Con un gesto del cuello, Tuck señaló hacia el pasillo, poniéndose serio de repente—. ¿Estás seguro de que quieres hacer esa parte solo?

—Son las cosas personales de mi madre. Nadie va a tocarlas más que yo.

—Llámame cuando acabes, me da igual el estado en que estés. —Con el brazo extendido, ambos se estrecharon la mano, sosteniendo el apretón unos minutos de más, diciéndose cosas que permanecerían sin palabras—. Si te sirve de consuelo, yo tengo que contarle a Bianca esta noche que su novio se larga porque tiene antecedentes penales por un delito de agresión, y debe prestar declaración para revisar el resto de su condena. Es probable que no vuelvan a verse.

—Joder, Tucker..., yo no sabía..., yo..., ¡joder!

—Sí, eso lo describe a la perfección. —Con las manos en los bolsillos, Tuck echó un vistazo a la cálida salita. Ya apenas quedaban rastros de calidez, con los muebles tapados, los cuadros descolgados y las cortinas dobladas sobre una caja. Un armazón vacío que antes se había llamado *hogar*—. Espero que mi madre haga fotos para nuestro álbum de los horrores.

—Pobre Bianca. Es una cría genial, se va a quedar destrozada.

—Nadie se merece algo así, daría mi brazo por no tener que contárselo yo, pero tampoco querría que se enterara por nadie más.

Como no les quedaba mucho más por decir, los dos se despidieron con un gesto elocuente de cabeza. Falk recorrió el pasillo, depositó el papel de embalar sobre la cama de matrimonio y montó una de las cajas, dispuesto a vaciar de recuerdos íntimos el dormitorio de Amanda. Perfumes, zapatos, blusas y vestidos que su madre ya no volvería a ponerse y de los que tenía que ocuparse.

Tucker subió al coche, accionó el limpiaparabrisas y se miró en el espejo central, valorando el estado de los arañazos y preguntándose cuánto tiempo más sería capaz de resistir la tentación de buscar a Amelia y rogarle por consuelo. Temía enfrentarla y contarle que todo estaba cerrado con Jules, porque eso significaría que no había motivos de peso que siguieran justificando retrasar el momento de hablar con sus familias. Temía las preguntas de Amelia, y que las respuestas que él tuviera para ofrecerle dejaran ver sus dudas e inseguridades. Le

aterrorizaba no ser lo que ella esperaba casi tanto como temía que su propio miedo terminara por echarlo todo a perder.

Debía mostrarse seguro, dejar que su amor le guiara y después..., después ver cómo lidiaba con una hermana destrozada, una madre incapaz de estar sola y una situación geográfica que le obligaría a tomar decisiones para las que le preocupaba no estar preparado en absoluto.

—Romeo y Julieta —masculló, accionando el encendido del Corolla, cuyo motor rugió—. Putos aficionados.

* * *

Denis se dio la vuelta en el preciso instante en que uno de los pocos rayos de sol de aquella tarde nublada incidía a través de la ventana. Con la luz natural, su vestido de novia en color crema pareció iluminarse, y la ristra de perlititas que decoraban el elegante escote *bardot* y las mangas brillaron, arrancando suspiros a las mujeres presentes.

—¡Guau, abuela! —exclamó Amelia, cuyos ojos se humedecieron un poco—. Estás preciosa.

—¿Tú crees? —Admirando su reflejo en el espejo de cuerpo entero, Denis O'Brien chasqueó la lengua. Giró las caderas a un lado y a otro, retocándose de forma compulsiva la cinta que partía el modelo a la altura de su cintura. La falda caía recta, abriéndose apenas en torno a los tobillos—. ¿No parezco una vieja tonta? A mi edad, un vestido en tono claro... ¡y con los hombros casi al descubierto, nada menos!

—Con unos hombros como esos, sería un crimen no enseñarlos —insistió Amelia, como llevaba haciendo gran parte de la mañana. Se acercó por detrás, acariciando la delicada tela bordada de las mangas del vestido, que llegaban solo hasta el codo y parecían tejidas por pequeñas hadas de los bosques—. Tienes una figura estupenda. ¿Por qué no lucirla el día de tu boda?

—No sé, cariño..., son segundas nupcias, después de todo.

—¡Basta de tonterías, mamá!

Denis se dio la vuelta, encarando de frente la pantalla rectangular de la tableta desde la que su hija Sonya le hablaba. Como no había podido viajar desde Plymouth para la prueba final del vestido, Amelia había ideado aquella tecnológica solución para que las tres generaciones de mujeres O'Brien pudieran compartir el momento. Aunque la conexión no era demasiado buena y a menudo la voz de Sonya se cortaba, o la imagen se quedaba paralizada, la sentían presente. Y con eso bastaba.

—¿Quieres a Otto, mamá? —preguntó acercándose tanto a la pantalla que, por un segundo, no pudieron ver su cara completa.

Denis se echó la melena corta hacia atrás, en un gesto coqueto. Amelia incluso la vio ruborizarse, y como ella misma estaba redescubriendo las mieles de estar enamorada, sintió que su pecho se inflaba de alegría. Su abuela se merecía eso. Y ella, pensó con un pequeño soplo de egoísmo, también.

—Ese viejo comerciante me ha recordado que todavía tengo un corazón de mujer que sigue latiendo. Pero, por más que le quiera..., ¡los hombros descubiertos!

—Puedes ponerte el chal de seda de la abuela. Con el broche de nácar. Así estarás decentemente cubierta para la ceremonia y podrás lucir esa piel tan bonita durante el banquete. ¿Qué te parece eso?

Con las manos abiertas a la altura del pecho, Denis sonrió con satisfacción. Sí, eso funcionaría.

—Mamá, eres un genio —alabó Amelia, cogiendo la tableta para que Sonya pudiera ver un plano completo de Denis, que ya revolvía en sus cajones en busca de la preciada pieza de joyería que llevaba en su familia desde hacía muchos años—. ¿La amatista no es un regalo de tu primer marido, abuela?

—Ahorró como un condenado para poder compararme algo que brillara lo suficiente como para callar mis quejas por sus horas de trabajo. —Denis sonrió con nostalgia, acariciando el broche con dedos temblorosos—. Después de decirle adiós, nunca creí que me volvería a casar.

—Papá no habría querido que estuvieras sola el resto de tu vida, mamá.

—Bueno..., seguro que tampoco habría querido que lo estuvieras tú, Sonya. Soy el triple de vieja y estoy casándome de nuevo, ¿a qué vas a esperar para seguir mi romántico ejemplo?

Desde la pantalla, Sonya frunció el ceño. Empezó a mover la mano de arriba abajo, negando con la cabeza con énfasis.

—Lo siento mamá, no te he oído. Se debe haber cortado la comunicación.

—Qué oportuno es internet...

Madre e hija se sonrieron, dejando el tema morir por la paz. Al menos, de momento. Amelia dejó la tableta a buen recaudo y ayudó a Denis a colocarse el elegante chal sobre los hombros. Cuando sujetó los extremos con el broche, que caía con elegancia sobre el leve abultamiento del pecho, la expresión de la mujer fue más elocuente que cualquier amplio discurso.

—Creo que se encanta a sí misma —dijo Amelia, admirando la belleza de su abuela—. Otto diría que ni un ramillete de rosas podría compararse contigo.

—Salvo por el perfume —convino Denis—. ¿Qué te parece, Sonya? ¿Adecuado o demasiado sobrio?

—Le...anta la... talla. No puedo.... erte..., mamá.

—¿Cómo dices? ¿Sonya?

La imagen había vuelto a paralizarse. Una Sonya con la boca muy abierta y el rostro *pixelado* les devolvía la expresión sin moverse. Su cara estaba estática en la tableta, mientras el sonido llegaba a ráfagas, haciendo imposible descifrar el mensaje. Amelia levantó el aparato y lo agitó suavemente, minimizando el cuadro de imagen y volviendo a ampliarlo, sin embargo, nada funcionó. La transmisión seguía terriblemente ralentizada.

—¿Qué ha pasado? ¡No puedo entender nada de lo que dice!

—Espera un segundo, abuela.

Dando por finalizado el chat de vídeo, Amelia cerró la funda de la tableta y se sacó el móvil de los vaqueros. Con una rapidez de dedos que siempre asombraba a Denis, llamó a Sonya y la invitó a una sesión de llamada con vídeo, como la dueña de la casa de huéspedes llamaba a aquel complicado proceso. Por fin, tras algunos minutos de espera, la cara de Sonya, ya con movilidad normal, apareció en la pantalla del iPhone. Sonrió y saludó con la mano.

—Lo siento, Houston. Teníamos un problema —bromeó. Amelia subió el volumen y colocó el teléfono en horizontal para que Sonya se viera en modo panorámico—. Muéveme alrededor de la abuela, cariño, quiero ver la caída del chal por detrás.

—Qué inventos —masculló Denis mientras Amelia daba vueltas por todas partes, subiendo y bajando el teléfono para que Sonya pudiera ver cada ángulo—. ¿Y cómo dices que se llama la conexión que tenemos ahora?

—FaceTime —informó Amelia con una risita—. No hace falta que te quedes tan quieta abuela, no estoy haciéndote una radiografía.

—Bueno..., ¡pero seguro que tener eso tan cerca es cancerígeno como mínimo! No pases demasiado tiempo ahí dentro, Sonya. Te enviaré unas Polaroid, y podrás verme el día de la ceremonia en persona.

—O podrías mandarme una paloma mensajera con un retrato hecho a carboncillo —se burló Sonya, que en ese momento contemplaba el bajo del vestido—. Amelia, solo estoy viéndole los pies. Sube un poco... Más... ¡Perfecto! Sí, me gusta el corte posterior, y creo que el chal le da un toque elegante pero no demasiado serio. Ahora hablemos de lo que va debajo.

—¿Debajo? —Empezando a sentirse incómoda, Denis destrabó el broche y lo dejó sobre su aparador con sumo cuidado—. ¿A qué te refieres?

—Medias delicadas. Ropa interior. Liga de novia...

—¡Oh, Sonya, basta de una vez! —Las carcajadas llenaron la habitación, tanto por parte de Amelia, que a punto estuvo de dejar caer el móvil al suelo,

como por Sonya, que simulaba secarse una lágrima a causa de la risa—. ¡Burlarse de una madre..., qué despropósito!

—Solo intento devolverte los sabios consejos que me diste cuando yo me casé, mamá. ¿Tienes alguna duda? ¿Has olvidado parte del proceso?

Amelia giró el iPhone hasta encarar a Sonya de frente. Con el ceño fruncido, negó con la cabeza, cortando la videollamada y llevándose luego el teléfono a la oreja.

—Mamá, te quiero, pero no puedo escuchar esas cosas de tu boca.

—¡Y yo tampoco! Apaga ese esperpento del infierno y ayúdame a quitarme el vestido, cielo. Tu madre y yo tendremos otra interesante charla cuando vuelva a casa. Sobre el respeto a sus mayores.

Sonya se despidió en voz alta, entre risas que amenazaban con no cesar durante el resto del día. Con el móvil de vuelta a su bolsillo, Amelia se apresuró a seguir las indicaciones de Denis, soltando corchetes y bajando cremalleras con pulcritud. Después, mientras su abuela se ponía su ropa de faena, ella colocó el vestido en la percha forrada de satén y lo colgó con mimo dentro del ropero, alisando las faldas.

—Vas a ser la novia más guapa de todo Kendall, abuela.

Sonrió al recibir el beso que Denis le daba en la coronilla, exactamente igual que había hecho desde que era una niña.

—Eso es decir mucho, y, en todo caso..., será un reinado corto. El día que te cases tú, Amelia..., ¡el mundo entero dejará de girar! —Con un gesto mañoso, se colgó su juego de llaves de la cinturilla de los vaqueros—. O, por lo menos, el que esté bajo los pies del afortunado que escojas.

—Yo no... no creo que eso pase, abuela. —Amelia forzó una sonrisa, aunque no esperaba realmente que nadie se creyera que estaba tomando aquel tema a la ligera—. No me veo organizando una boda ni asumiendo el rol de esposa de nadie, la verdad.

Intentó distraerse doblando el chal, pero Amelia sabía que cada uno de sus gestos estaba siendo cautelosamente contemplado por Denis. Con un suspiro, que intentó que no se notara en exceso, tuvo que reconocerse a sí misma que la idea de iniciar FaceTime con su madre había sido una excusa muy pobre para poder echar un buen vistazo a la pantalla de notificaciones de su móvil sin levantar sospechas. No tenía noticias de Tucker desde hacía casi dos días, y aunque ambos habían acordado un pequeño *impasse* para que él tuviera tiempo de poner sus cosas en orden..., su mutismo empezaba a preocuparla.

La noche anterior, cómodamente envuelta por sus sábanas, en la quietud del dormitorio y con los sonidos de la casa de huéspedes como nana de fondo, Amelia había empezado a plantearse diferentes escenarios posibles, que fueron

de menos a más en grado de angustia conforme las horas daban paso a una madrugada y un posterior mediodía sin noticias. ¿Tanto le había costado a Orson zanzar cualquier amago de relación con la tal Jules? ¿Le había despertado compasión, lástima, pena o cualquier otro sentimiento, y por eso tardaba tanto en buscarla para decirle que todo estaba bien, que podían dar el siguiente paso?

Se sintió hipócrita inmediatamente. Ella, que se había alzado en armas por defender su derecho a romper con Logan de forma digna, a darle la cara y expresarle con palabras la situación en que se encontraba, los sentimientos que albergaba por él y las razones por las cuales su historia no podía seguir avanzando, exigía ahora justo lo contrario para Tucker. Que se tomara su tiempo, que no quisiera hacer daño gratuito a otra chica ni desaparecer como si ella no fuera importante hablaba bien de él. Le daba a Amelia la confianza que necesitaba para asumir riesgos a su lado. Estaba haciendo las cosas bien. Esta vez, iban paso a paso, sin prisa.

Pero... sin llamadas ni mensajes. Sin ningún guiño o acercamiento que la hiciera dormir tranquila, dejando de lado unos celos que habían vuelto en todo su esplendor.

La noche se había saldado con su pesadilla recurrente, solo que, esta vez, ella conducía el coche e iba directa contra el árbol, dándose de bruces contra él, acabando convertida en un amasijo de hierros, sangre y dolor que representaban sus dudas y confusión. Solo esperaba que Tucker no se echara para atrás, que lo que los dos querían pesara más que lo difíciles que iban a ponerse las cosas.

Y rogaba, más que nada, porque las personas que les querían a ambos comprendieran que quererse el uno al otro, esta vez, iba a salir bien.

—No hace mucho tiempo estabas decidida a casarte —soltó Denis, aparentemente aburrída de su silencio—. ¿Ha cambiado algo en estos años? ¿Orson Tucker ha perdido los redaños?

Amelia abrió la boca, como un salmón al que un oso ha sacado del río de un certero zarpazo. Dio coletazos, mendigando un oxígeno que no encontraba.

—¿Abuela..., cómo... cómo...?

—¿Cómo lo sé? —Denis chasqueó la lengua, echándose el pelo hacia atrás con una brillante redecilla de color naranja flúor que hizo brillar sus mechones blancos—. Ser casi una anciana puede traer muchos problemas, cariño, pero también tiene algunos puntos fuertes. Soy una gran experta en recolectar información suelta. Y no es que seas un hacha en el arte de ocultar cosas, la verdad.

Como no tenía sentido mentir sobre unos hechos que eran verdad, Amelia se rindió, dejándose caer en la cama y permitiendo, por fin, que el suspiro que llevaba clavado en el pecho saliera en todo su esplendor.

—No quiero engañarte, abuela, pero es que tampoco sé muy bien qué decirte. Orson y yo... no hemos terminado de aclarar todo esto todavía.

—Pero está claro que los dos seguís lo bastante involucrados como para plantear que haya algo que aclarar, ¿no es así? —Amelia asintió y fue el turno de Denis en opinar—. Mentiría si dijera que no me temía algo así.

—¿Tal mal os parece a todos? No lo entiendo, no es como si él me hubiera maltratado o faltado al respeto. Su único error fue no insistir cuando me negué a escuchar sus explicaciones.

—No quiero entrar en eso, cariño, de verdad que no. —Sentada a su lado, la mano suave de Denis dio un ligero apretón a la rodilla de Amelia, ofreciéndole un apoyo que era más que bien recibido—. Sobre todo si son cosas que todavía no habéis hablado entre los dos. Lo único que quiero decirte es que poseo una memoria envidiable y no he olvidado, ni por un segundo, lo mal que lo pasaste en el pasado. Te oí llorar demasiadas noches seguidas como para pasarlo por alto.

—Él no tuvo la culpa de que me agarrara a una ilusión que no existía y construyera mi futuro sobre ella, abuela. Los dos nos equivocamos mucho.

—Puede ser. Es sabio repartir las culpas, Amelia. Eso demuestra una actitud muy madura por tu parte que me tranquiliza, pero tú eres mi nieta, y la posibilidad de que sufras dolor me preocupa.

—Le quiero. —No podía añadir más verdad que esa, decidió Amelia. Era la piedra de Rosetta de su historia, la única certeza inmutable. Había logrado disfrazar los sentimientos, ocultarlos tras la rabia, la vergüenza y las ansias de cambio, pero seguían ahí. Dormidos, pero vivos—. Cuando estoy con él me siento exactamente como el tipo de persona que quiero ser, no por... tener o conseguir cosas, abuela, sino por lo que siento por dentro. Orson llena espacios vacíos de mí que solo él sabe que existen, y nunca estaré completa ni seré feliz del todo si no es con él.

—Pues, querida mía..., todo eso suena como una declaración de intenciones bastante clara para mí. ¿Lo sabe él, palabra por palabra?

—¿Me animas a abrirle mi corazón? ¿De verdad? —Denis se encogió de hombros—. No creí que apoyarás que volviéramos a intentarlo. No lo esperaba.

—Creo, Amelia, que si tu amor le pertenece a ese chico, lo menos que se merece es saberlo con todo detalle. Si te corresponde, como me parece que es el caso, tendrá una respuesta firme para ti, y sobre eso, seréis capaces de hablar. —Alzó la mano, al ver que ella estaba preparada para interrumpirla—. En lo que se refiere a apoyarte o no, yo estaría de tu lado en cualquier circunstancia, cariño. Eres mi familia y te quiero, por lo tanto, mi deseo es que seas feliz y tengas lo que quieres.

—Ojalá mamá y... la madre de Orson fueran tan razonables. —Con los brazos extendidos, Amelia rodeó a su abuela, dejando que el calor calmara sus nervios y se llevara los demonios que no cesaban en hacerla dudar—. Podemos querernos con toda la fuerza del universo, pero después de lo que pasó hace tres años, no tenemos mucha credibilidad ante nadie.

—Escúchame bien, Amelia. —Denis sujetó su barbilla, mirándola muy seria—. En las cuestiones del corazón, las excusas no valen más que para ocupar espacio. Si estás convencida de cada cosa que me has dicho y puedes asegurar que él también lo está, la aprobación del resto es algo que tendréis que ganaros con el paso del tiempo. No esperes tener las bendiciones para empezar a recorrer el camino, cariño. Echa a andar, y cuando hayas avanzado lo suficiente, los demás te seguirán.

—¿Y si el camino que elijo no es el correcto? ¿Y si me pierdo?

Con una sonrisa maternal en los labios, Denis le dio unos golpecitos en la rodilla a Amelia antes de levantarse. En el leve quejido que dejaron sus labios, se hicieron notar todos los años de duro trabajo y malas decisiones que cargaba a la espalda, pero también los momentos de los que más orgullosa se sentía.

—Si caminas junto al indicado, mi niña, adónde vayas a parar es lo que menos importa.

CAPÍTULO 22

*Mira dentro de mis ojos,
es donde se esconden mis demonios.*



Después de regalarse las papilas gustativas con las croquetas de espinacas y bechamel de su abuela, Amelia decidió dar la jornada por terminada, quitarse la ropa y embutirse en su pijama de confort. Enchufaría los auriculares a su portátil y reposaría la copiosa cena viendo sus DVD de *Friends* en bucle, tratando de impregnarse de los conocidos chascarrillos hasta tal límite que pudiera dejar de pensar.

No esperaba salir, por lo tanto, se quitó el sujetador y dejó que su pecho se moviera libre bajo la camisola del pijama, cuyas letras empezaban a emborronarse por los continuos lavados. Estaba ya iniciando la sesión de su ordenador cuando su teléfono empezó a vibrar.

Con el ceño fruncido, recuperó las gafas, que se había quitado para lavarse la cara y aplicarse el desmaquillador, y su sorpresa fue mayúscula al encontrarse de bruces con un mensaje de Tucker. Estaba aparcado fuera, a media manzana de distancia. Esperándola.

—Tiene que ser una broma. —Echándose una mirada por encima del hombro, Amelia evaluó cuánto podría tardar en volver a subirse los vaqueros y ponerse un suéter, pero la vibración del condenado iPhone le dejó claro que aquel era un lujo que no iban a concederle—. ¡Y ahora le entran las prisas, después de casi dos días de silencio!

Como no le gustaba cantar las cuarenta en una habitación vacía, al final Amelia claudicó y comprendió que las ganas que tenía de ver a Tucker eran mayores que los inconvenientes de la hora a la que se había presentado. Con todo en el aire entre ellos, que hubiera aparecido podría suponer, por fin, buenas noticias. Después de todo, en eso habían quedado y no sería una buena

admiradora del vaso medio lleno si perdiera el tiempo quedándose solo con las opciones más negativas de cuantas pudiera encontrar.

Se calzó las Converse de color mantequilla haciendo malabarismos y recurrió al viejo suéter de su padre como único arreglo a su desastroso atuendo. Después, sin siquiera atarse el pelo ni reparar en detalles como apagar luces, se echó fuera del dormitorio, recordando de puro milagro coger el juego de llaves de la entrada antes de salir a la calle. El aire nocturno la despeinó y, para cuando llegó junto al Corolla, estaba tan calada como si se hubiera enfrentado a una nevada.

Subió y cerró la puerta, bufando para apartarse el pelo de la cara con exasperación. Con los brazos cruzados sobre la prenda de abrigo, tan grande que le tapaba incluso los dedos, encaró a Tucker, que la miraba con el ceño fruncido y un amago de sonrisa bailoteándole en las comisuras de la boca. Estaba guapo con aquel gorro de lana y el pelo ondulado enroscado en la nuca. Olía a trabajo, a invierno cálido y un poquito a tabaco, pero Amelia hizo su mayor esfuerzo para no dejarse impresionar.

—Menudo *outfit*, nena, ¿ya estamos en ese punto? ¿Adónde coño ha ido nuestra magia?

—Imbécil.

Él soltó una carcajada ronca.

—Mmm, me gustan peleonas. Siento haberme presentado a estas horas, no pensaba venir a verte, pero... se me metió en la cabeza que necesitaba darte un beso antes de terminar el día. Y aquí me tienes.

Guiándose a tientas en la oscuridad del interior del Corolla, Amelia sacó las manos de las mangas del suéter y agarró a Tucker de la camiseta. Él se acercó hasta que sus bocas hicieron contacto. Le lamió el paladar con la lengua y olió su pelo suelto, exhalando un suspiro que lo alborotó todavía más. Amelia se acarició la nariz con su mejilla de piel rasposa, preguntándose, solo por pura curiosidad, cuántos días llevaría sin afeitarse.

—Si encendieras la luz del salpicadero, podría ver dónde estoy poniendo los labios —ronroneó, inclinándose para tocarle el lóbulo de la oreja suavemente.

—No la necesitas, vas muy bien, sigue más al sur..., más...

Amelia emitió una risilla, pero fue rápida al extender el brazo y pulsar el botón. Cuando se le habituaron los ojos a la claridad y por fin pudo ver a Tucker con nitidez, toda la sonrisa se le heló. El buen humor se diluyó, resbalando por el suelo hasta perderse fuera del coche, muy lejos de ellos dos.

—¿Quién te ha hecho eso? —Le giró el rostro, viendo los arañazos con creciente preocupación. Él intentó deshacerse, pero Amelia se lo impidió—. No,

Orson, ¿quién ha sido? ¿Por qué?

Él suspiró, removiéndose hasta lograr apoyarse en el reposacabezas. Cerró los ojos un instante, consciente de que Amelia no soltaría aquel interrogatorio hasta saberlo todo. Se había arriesgado a eso yendo a verla, pero desesperado como estaba por un poco de contacto, no le había importado jugársela.

—No tenía que haber aparecido.

—Eso no responde a lo que te he preguntado.

—Te dije que cuando volviéramos a vernos, sería para empezar nuestro capítulo de cero, con todo aclarado y las cartas bocarriba. Aún no he hablado con Bianca, lo haré esta noche después de cenar. —Giró la cara, mirándola con una súplica de la que ella, estaba seguro, no se apiadaría—. Quería evitarte hasta haberlo arreglado todo, pero la idea de enfrentarme a otra bronca sin... sin un poco de tu sabor, de tu olor... se me hizo imposible, Amelia. No pude esperar, lo siento.

Entrelazaron sus dedos, y aunque ella lo sospechaba, y su interior empezó a bullir de una rabia sin precedentes, se obligó a esperar, a darle tiempo para que organizara sus ideas y le contara lo que fuera que seguía callándose.

—Tuve una charla con Jules... sobre todo esto nuestro y lo que ella había interpretado que había entre los dos. —Con un gesto elocuente, Tucker se señaló la cara—. Además de algunas perlas verbales que me perseguirán durante mucho tiempo, sobra decirte que no se lo tomó con deportividad, precisamente.

—Te ha arañado la cara.

—En realidad, me dio un bofetón. —Encogido de hombros, Tucker intentó quitarle hierro al asunto, quizá más para sí mismo que para Amelia. Borrar de su memoria todos los malos augurios de Jules le había costado un triunfo, y todavía no estaba seguro de haberlo conseguido por completo—. Es lo que pasa cuando cada puta palabra que intentas escoger con cuidado suena a «me has calentado la cama y ahora no me importas una mierda». No puedo reprochárselo, me lo merecía. Nos vio besarnos la noche del encendido del árbol. Tenía mucha rabia guardada, no la culpo.

—No... no lo entiendes, Orson. Esto no es... no es una cachetada por despecho, esto es... es... —Cerró los puños, cogiendo aire mientras sentía que el pecho se le expandía. Notó un extraño sudor frío bajarle por la espalda y una leve náusea se apoderó de la boca de su estómago—. Joder...

Se había vuelto a olvidar de la insulina. Probablemente, dentro de su dormitorio, su móvil estuviera pitando como loco para recordarle la dosis nocturna, pero había salido con tanta prisa... Aquello tenía que dejar de pasarle. No podía jugarse la salud por descuidos como ese, sobre todo, cuando la pelea

que iba a determinar su felicidad, por lo visto, iba a ser mucho más encarnizada de lo que esperaba.

—¿Amelia? ¿Nena, estás bien?

Ella negó despacio, pero logró abrir los ojos y mirarle con una firmeza bastante creíble.

—Es un mensaje para mí. —Le dijo, con toda seguridad—. Cree que tiene más derecho que yo a estar contigo. Cree que se lo merece más y no le importa nada lo que hayas dicho para explicárselo. Te ha marcado la cara para que yo viera que podía hacerlo.

—¿Qué dices? No, Amelia, no te montes películas, de verdad. Se cabreó por lo que estaba oyendo y, si hubiera podido, me habría dado una patada en los huevos, ¿vale? Es lo que hay, lo acepto. Estaba rabiosa, sin más.

—¿Crees que estaba tan enfadada que era incapaz de pensar con frialdad? Pues te equivocas, Orson. Las mujeres no somos así. Nosotras siempre pensamos el siguiente paso y siempre sabemos lo que estamos haciendo.

Tucker la miró como si se hubiera vuelto un ser completamente irracional, pero a Amelia no le importó que él no pudiera entenderlo. Ella lo había hecho. Había recibido y captado el mensaje a la perfección. Jules le había gritado a la cara lo que pensaba de aquella segunda oportunidad que Tuck y ella habían pensado darse, y no necesitaba estar presente, ni un resumen de las palabras que se habían dicho, para estar convencida de la estrategia que la camarera había usado en su contra.

Mal que le pesara, Jules tenía armas en su contra, para ser exactos, tres años constantes de cercanía y consuelo a Orson cuando ella no había estado presente, pero aquello había terminado y Amelia estaba muy dispuesta a dejárselo claro. Sin intermediarios esta vez. Ya era tiempo de que enfrentara aquella situación directamente, sin esconderse detrás de nadie.

—Me da igual, nena, de verdad. Si es verdad o no que solo me ha arañado para joderte..., pues ha sido un movimiento estúpido que no va a cambiar nada. ¿Entiendes? —Entrelazó sus dedos con los de Amelia, inclinándose en el asiento para tenerla un poco más cerca—. Escocerá unos días y luego solo será un recuerdo, como lo que pasó entre los dos. Todo lo que me importa es el ahora, Amelia. Nuestro ahora. Nuestro momento. No voy a ser capaz de hacer lo que tengo que hacer si empiezas a tener dudas.

—No las tengo, Orson. Aunque en el pasado no lo haya demostrado, soy capaz de quedarme y arriesgarlo todo por lo que merece la pena. —Con ternura, usó su mano libre para acariciarle la mejilla sana, con una sonrisa suave dulcificando el agrio gesto de su boca—. Tú mereces la pena, y siento no haberme dado cuenta antes. Ahora es distinto, de verdad. Confía en mí.

Ella se marchó de aquí, Tucker, ¡se marchó! Cuando las cosas se pusieron difíciles, se largó y no miró atrás por ti, ¿es que te has olvidado? No es como nosotros, no se queda para luchar, ella huye y deja que otros la acojan. No es mujer para ti, ¡no mereces algo así!

—Hubo muchos momentos, durante estos tres años, en que deseé poder dejar de sentir, en los que creí que no sería capaz de seguir cuerdo si no te arrancaba de donde fuera que habías echado raíces dentro de mí, Amelia, pero todos mis intentos fracasaron. —Despacio, Tucker acercó el rostro a ella, apoyando la frente contra su cara y aspirando hondo, llevándose la máxima cantidad posible de su aroma con él—. Te quiero, y necesito creer que esta vez saldrá bien, porque..., ¡mírame! Soy un completo idiota cuando no estás a mi lado. Prométeme que no habrá más separaciones, que te quedarás a mi lado... Prométeme que será diferente...

—No voy a irme a ningún sitio. Te lo prometo. Estoy aquí, contigo. Justo aquí.

Tucker asintió, emitiendo un suspiro cansado que le brotó del alma. Cerró los ojos y dejó que Amelia intentara conmovérselo y hacerle un poco menos miserable con sus besos y sus abrazos, aunque la verdad era que su mente se encontraba muy lejos de allí, en un lugar miserable y lleno de tristeza, que era donde sumiría a Bianca tan pronto como tuviera con ella la tan temida conversación que ya no podía seguir posponiendo. Había dudado un segundo, pero no quería que ella lo supiera. No necesitaban más piedras en el camino, cuando les quedaba todo un muro por escalar.

—Olvida lo de Jules —le dijo a Amelia cuando ambos se separaron, mirándola con firmeza, pero sin esperanzas de que le creyera—. Fue su último gesto desesperado. Vamos a dejarlo atrás y concentrarnos en lo que nos queda por delante.

—No vas a arrepentirte, Orson. Nunca lamentarás haberme escogido a mí.

Sus palabras le hicieron sonreír, un gesto de burla contra sí mismo. La miró con adoración, deseándola más de lo que quería la paz que tan esquiva le había sido en su vida.

—Lo dices como si alguna vez hubiera tenido elección...

—Todo irá bien —le interrumpió, intercalando besos entre sus palabras, apartando los fantasmas y las sombras de duda de su mente—. Confía en mí, por favor. Las cosas mejorarán.

—Siempre el vaso medio lleno —musitó él, haciéndola sonreír.

—Siempre, Orson.

Tucker asintió con la cabeza, demasiado desesperado por agarrarse a aquellas palabras como para ponerlas en duda, y, luego, fue capaz de sonreírle al verla bajar del coche. Esperó allí, cobijado bajo la oscuridad que reinó cuando la luz del salpicadero volvió a apagarse. Vio la sombra de Amelia cruzar el jardín y luego perderse al amparo de la casa de huéspedes, donde probablemente se encargaría de su medicación y pasaría la noche intranquila, rumiando sobre aquel mensaje con el que Jules, por lo visto, había querido incomodarla.

No tenía que haber ido a buscarla, se repitió maldiciendo su debilidad de carácter, pero aquellos besos... valdrían cada quebradero de cabeza.

Las mujeres eran un misterio que ningún loco trataría de resolver, aceptó Tucker poniendo el coche en marcha. Había vivido rodeado de ellas toda su vida y todavía se sentía perdido ante cada bandazo que daban, obligándole a sujetarse de la nada para no caerse por la borda. Si Jules había pretendido crear discordia entre ambos, no lo había conseguido. Con todo y lo doloroso que había sido oírle poner palabras a sus temores más profundos, Tuck estaba decidido a dejar sus inseguridades y miedos a un lado. Sería fuerte para la chica a la que deseaba retener, y también para la hermana cuyo corazón iba a partir en dos.

Tucker puso la radio local y se encendió un cigarrillo mientras conducía. Bajó la ventanilla, dejando que el aire nocturno se colara dentro del coche y le refrescara la cara. Cruzó la plaza, dejando atrás el árbol encendido y todos los comercios que ya habían echado el cierre por aquella noche, bordeó las calles y tomó la salida que daba hacia la parte del pueblo donde se erigía la que había sido su casa de la infancia.

Recortada entre las sombras de un par de farolas, la vio erigirse, sin pena ni gloria, entre otras muchas edificaciones de altura similar. Aquella construcción no tendría nada de particular para cualquiera que la viera desde fuera, pero para Tuck, que había pasado allí la cantidad de años suficiente como para impregnarse de recuerdos, cada ladrillo de la fachada, cada desconchón de pintura y el alféizar de todas las ventanas guardaban escenarios grises, grabados a fuego en la memoria.

Los faros del Corolla iluminaron la pequeña parcela del jardín de atrás, con la hierba reseca a causa del sol y las cadenas del columpio oxidadas, todavía oscilando con cada ráfaga de aire que pudieran atrapar. Tucker recordaba haberse subido a una silla alta para colgar los enganches a la barra de metal que su padre había dejado puesta. Sin intención de continuar, Magnus había abandonado el proyecto de crear un pequeño parque infantil para sus hijos, del mismo modo que había dejado inconclusas sus crianzas y la importante tarea de darles cariño. La bebida y su infelicidad siempre fueron más importantes que la familia que se le había impuesto, y nunca hizo esfuerzo alguno por disimularlo. Tucker había

soldado los engranajes y montado el asiento para Bianca, que jugó en el columpio hasta que las largas piernas le rozaron el suelo.

Siempre estuvo orgulloso de haber hecho aquello por su hermana, la pequeña niña risueña a la que había intentado proteger de todos los males que poblaban la tierra, y a la que ahora iba a provocar un daño tal vez irreparable.

Aparcó en batería justo detrás de los cubos de basura, que estaban atestados con sacos negros atados con un nudo. Tan pronto como bajó del coche, con el cuello de la chaqueta bien levantado para protegerse del frío, Tucker presionó uno de los sacos con la bota, removiendo su contenido blando hasta que unos viejos pantalones asomaron por un agujero. El plástico de la bolsa debía haber cedido por el peso, o tal vez por las muchas veces que Krista había repetido aquella rutina. Había organizado las pertenencias de su difunto marido para tirar, donar y quemar tan repetidamente que Tuck ya había perdido la cuenta.

Estaba seguro de que esa vez sería exactamente igual a las otras, y casi podía ver a su madre escabulléndose de madrugada para volver a meter la ropa vieja de Magnus antes de que el servicio de recogida de residuos pasara por su calle y pudiera llevársela. Su psicosis no la dejaba desprenderse de nada, pero, en aquel momento, Tucker tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Entró con su llave por la puerta de la cocina y fue recibido con silencio y oscuridad parcial. Casi volcó una silla al deambular, tanteando hasta lograr dar la luz y encender la estancia, que estaba recogida, pero en desuso. Los restos de un sándwich a medio comer esperaban sobre la mesita, al igual que un vaso de leche al que le había salido una delgada capa de nata sólida en la parte superior. Asqueado, Tucker lo agarró y vertió su contenido por el fregadero. Todavía no había empezado y ya sentía ganas de salir huyendo.

—¡Por fin has aparecido!

El vaso rebotó contra la encimera, pero, milagrosamente, no se rompió. Con la mano en el pecho, Tuck se giró y encaró a su madre, que le miraba con el mismo ceño fruncido y las ganas de pelea que empleaba contra él de niño, cuando le pescaba desmontando algún aparato eléctrico con las manos desnudas. Tenía el pelo recogido en una trenza mal hecha y una rebeca rosada enroscada en el cuerpo. Iba descalza, como si la bajada de temperaturas nocturna no la afectara en absoluto.

—Joder, mamá, me has dado un susto de muerte.

Como respuesta, Krista cerró el puño y le golpeó el hombro. Ni siquiera le movió del sitio.

—La cena terminó hace una hora, ¿dónde se supone que estabas? Cuando cocino y cito a mis hijos a cenar, espero que aparezcan.

—Sí..., ya he visto el festín. —Con desdén, Tucker señaló hacia los restos mordidos del sándwich—. No has escatimado en esfuerzos.

—Para tu información, señor impuntual, hay boloñesa en la nevera —informó Krista, que se encendió un cigarro y abrió la ventana para exhalar el humo al exterior. Sus dedos esbeltos sostuvieron en alto el pitillo y Tucker comprobó que aún llevaba puesta la alianza de casada—. Eso era para tu hermana, que, por cierto, tampoco bajó a cenar. Ni ha comido nada en todo el día, por lo que puedo suponer.

Aquella información no impresionó a Tucker, que ya imaginaba que iba a tener que lidiar con alguna cuestión semejante. Bianca no era tonta, y debía estar empezando a darse cuenta de que algo andaba realmente mal con Dean. Si él había cumplido con su palabra, tras dejar la carta en el taller había desaparecido sin mirar atrás ni dedicarle explicación o palabra alguna, por lo tanto su hermana había tenido un par de días para ponerse en lo peor e imaginar toda clase de escenarios crueles, donde siempre acababa siendo la chica abandonada por su novio.

—¿Qué está pasando, hijo? —Krista apagó el cigarro a medias, cruzándose de brazos y encarándolo serena, pero con el rictus lleno de preocupación—. No dejan de pasar cosas alrededor y nadie es capaz de contarme nada. ¡Todavía soy la madre en esta familia!

—Lo sé..., sé que lo eres. Pero antes tengo que hablar con Bianca, mamá. Ya se ha enterado demasiado gente antes que ella y no es justo.

—¿Pero qué ha pasado, por Dios? ¿Es ese chico? ¿Ha pasado algo entre ellos?

Tucker negó, aunque ¿por qué protegía a Dean? Había hecho daño a Bianca, aunque al final le hubieran faltado los redaños para recibir a la cara el desprecio que ella tenía todo el derecho de escupirle. Con todo, y poniéndose en unos zapatos con los que él mismo había recorrido grandes distancias, Tucker no pudo culparlo. Si alguien hubiera podido ocupar su lugar tras volver de Oregón y enfrentar el desplante, el silencio y la huida de Amelia..., seguramente habría aceptado la oferta de buen grado.

El corazón era un cobarde la mayoría de las veces.

—¡Hijo!

—Mamá, escúchame, tengo que hablar con Bianca de algo importante y, cuando haya terminado, va a estar destrozada, ¿lo entiendes? Lo que tengo que decirle va a dolerle mucho y, una vez que acabe..., necesitará a su madre. ¿Podrás hacerlo? ¿Estarás ahí para ella?

Envolvió las manos de Krista en las suyas. Estaban frías y huesudas, pero fueron entrando en calor con facilidad. La ira en la mirada de su madre se fue

dulcificando, abrió la boca, pero al final se rindió a lo evidente y terminó por asentir.

—Su madre está aquí. Para ella y para ti, hijo. Mamá está aquí. —Krista liberó una de sus manos y acarició los mechones ondulados que se dejaban ver bajo el gorro de lana de Tucker. Se lo quitó de un tirón, intentando luego peinarle con los dedos. Aunque su gesto era tierno, su mirada estaba apagada por la preocupación—. Hay algo más..., no quieres decírmelo, pero los dos sabemos que lo hay. Y no es bueno, hijo. Sabes que no lo es.

Con un suspiro cansado, Tucker se apartó despacio. Negó con firmeza, aplacando todo intento de su madre por emprender de nuevo una batalla que los había dejado a ambos sin fuerzas mucho tiempo atrás. No podía enfrentar eso ahora, ni escuchar de boca de otra persona funestas predicciones sobre Amelia y él. Aunque solo fuera para ser capaz de enfrentar a Bianca y todo cuanto tenía que decirle, necesitaba creer, aunque fuera una mentira gritada por muchos, que su historia no iba a volver a repetirse.

—Ahora no, mamá. Por favor.

Salió de la cocina y se encaminó a la escalera. Escuchaba el murmullo de la música y no tuvo que preguntar para saber que venía del dormitorio de Bianca. Cogió aire y afianzó los puños en el pasamanos. Cada paso le costaba un mundo, y lo peor ni siquiera había empezado.

—Siempre intentando arreglarlo todo..., siempre tratando de unir piezas que no encajan... —Oyó a Krista, que se había acercado dando pasos silenciosos. Tenía aferrado su gorro contra el pecho y le miraba con unos ojos muy brillantes, surcados de lágrimas sin derramar—. Estamos malditos, hijo mío. Los tres. Las piezas que escogemos no sirven para nosotros, y aunque intentemos forzarlas... siempre acaban arrancándose de nuestro pecho y nos dejan rotos y vacíos. No te empeñes más, no vale la pena.

Sin nada que decir, Tucker solo siguió subiendo, y no paró ni miró atrás hasta encontrarse frente al dormitorio de su hermana. No esperaba que Bianca le diera permiso para entrar, de hecho, con el volumen de aquella música, que iba subiendo decibelios conforme más se acercaba a la habitación, era poco probable que fuera capaz de oírle llamar, así pues..., se limitó a sujetar el pomo y tirar sin más ceremonia.

Después de todo, aquella no iba a ser una visita social.

Tal como esperaba, Bianca estaba hecha un ovillo en la cama, con los brazos doblados bajo la cabeza y los auriculares puestos. Movía el pie al ritmo estridente de la música, que parecía a punto de reventarle los tímpanos. Todavía iba en pijama, un dos piezas con unicornios que vomitaban arcoíris. Con su pelo rubio suelto y la cara sin maquillar, Tucker sintió que volvía mágicamente atrás

en el tiempo y la contemplaba cuando no era más que un bebé rollizo. La mujercita que tenía delante, con unos ojos brillantes que hablaban de lágrimas, parecía pequeña e indefensa encogida en la cama, a la espera del golpe de gracia que la sumiría aún más en la tristeza.

Se acercó despacio, rozándole la pierna para advertirla de su presencia. Notó a la perfección el momento de duda surcar las facciones de Bianca, que estuvo tentada a darse la vuelta e ignorar que Tucker existía, pero al final cedió. Pulsó los botones de los auriculares y los dejó caer hasta su nuca después de incorporarse. Cruzó los brazos sobre el pecho y le hizo un gesto despectivo con la cara. De haber estado en otras circunstancias, Tuck se habría reído de su intento de insolencia, pero no le quedaba humor alguno para enfrentar la situación.

—¿Qué quieres? —le increpó Bianca con dureza—. Ya hay que tener cara... para aparecer por aquí.

—Por lo visto has decidido escoger un culpable...

Bianca saltó de la cama como si alguien hubiera prendido fuego a sus sábanas. Se arrancó los auriculares y los dejó sobre el escritorio, luego levantó el móvil, enseñando a Tucker la iluminada pantalla como si este tuviera que descifrar algún mensaje secreto que se le escapara.

—¿Lo ves? No hay nada, ¡nada! —Le dio un empujón. Tucker no se lo esperaba, de modo que perdió un paso y trastabilló ligeramente—. No podías darle una oportunidad, tenías que ser exigente y cabrón con él, ¿verdad? No podías dejar que fuera feliz, ¡tenías que estropearlo todo, obligarle a ser infeliz solo porque tú también lo eres!

—¡Eh! —La señaló con el dedo, con la mandíbula tensa y un incómodo picor en el fondo de los ojos. Ni de coña pensaba ponerse a lloriquear delante de una cría que no sabía de qué hablaba, pero los golpes le habían dolido y le iba a ser muy difícil disimularlo—. Bianca, eres mi hermana y no quiero tratarte mal, pero como sigas diciendo gilipolleces de las que luego te arrepentirás, te quedarás en ridículo.

—¿En ridículo? ¡Tú eres ridículo, Orson! ¿Para qué coño apareces en mi cuarto? ¿A qué vienes, a decirme que era por mi bien, que no me convenía? No le conoces, nunca te tomaste la molestia de dedicarle uno solo de tus valiosos segundos. Decidiste que no te gustaba e hiciste lo imposible para apartarlo de mí. —Bianca se pasó el antebrazo por los ojos, que habían vuelto a lagrimearle—. Felicidades, lo has conseguido.

—Mira, Bianca... —Tucker resopló. Llevaba la carta en el bolsillo de los vaqueros, quemándole—. Entiendo que el silencio y la desaparición de Dean te

hayan puesto histérica, pero no he venido ni a regodearme ni a darte consejos de mierda que nunca me has pedido..., aunque esté claro que los necesites.

—No necesito nada de ti. Vete..., quiero que te vayas y que dejes de meterte en mi vida, ¡ocúpate de la tuya, que ya es bastante desastre!

Volvió a empujarle. Y otra vez más, hasta que la espalda de Tuck fue a dar contra el armario empotrado. Cansado de la situación, agarró a Bianca de las muñecas y le exigió que parara de una vez. Esperó gritos, insultos e incluso arañazos —unos pocos más, ¿qué diferencia habría?—, pero en lugar de todo eso, Bianca se hizo todavía más pequeña y por sus mejillas corrieron lágrimas de verdadero dolor. Conmovido, Tucker tiró de ella hasta cobijarla en su pecho, donde la oyó hipar. Algo en su interior se desbordó, el dolor de una de las personas más buenas era como una tortura grotesca para la que no estaba preparado.

Intentó consolarla con torpeza, acariciándole el pelo y mirando al techo con los dientes apretados. En ese preciso momento, Tucker habría dado cualquier cosa, todos sus sueños y esperanzas, cualquier opción que le quedara para ser feliz, a cambio de que Bianca tuviera lo que quería.

—Le dije que le quería —la oyó musitar, sujeta a su camiseta—. Me contestó que era lo peor que podría haberle dicho y luego... luego se fue. Creí que me había precipitado, que se había asustado y que... que nos veríamos en clase y todo sería como antes.

—Pero no apareció.

Bianca por fin levantó la cabeza, y miró a su hermano con más pena que rencor. Había decidido echarle todas las culpas, porque muchas veces el corazón humano consigue seguir latiendo si bombea ira en vez de tristeza. Tucker le aguantó el gesto, consciente de que el momento de las verdades incómodas no había hecho más que empezar.

—¿Le despediste? ¿Por eso se marchó y no quiso verme más? ¿Le dijiste que no querías que estuviera conmigo? ¿Qué no era bastante para mí o...? ¿O él pensó que yo no lo era? —Una vez más, Bianca se secó la cara con el antebrazo, hilando cuestiones que la habían tenido en vilo durante toda la noche—. ¿Me ve poca cosa? ¿Inexperta, fea? ¿Qué, hermano? ¿Qué tengo de malo para que haya respondido huyendo cuando le dije que le quería? ¿Qué hice mal? ¿Qué hice mal?

—Bianca..., para, por favor. Para.

La agarró de los hombros. Necesitaba que se callara, que le dejara un puto minuto para organizar sus ideas. ¿Cómo demonios iba a contárselo? ¿Cómo iba a poner en sus manos las letras manuscritas de Dean? Aquello solo la dañaría más..., palabras de amor mezcladas con horribles sucesos del pasado que les

hacía imposible estar juntos, que los separaba con la crueldad máxima..., esa que consiste en apartar a dos jóvenes que, aun queriéndose, no encuentran el modo de hacer que sus corazones sean capaces de latir al mismo ritmo.

Como le había pasado a él con Amelia. La maldita historia se repetía... una y otra vez.

—Dean está loco por ti, Bianca. Por más que me molestara admitirlo al principio, cualquiera podía ver eso. No tienes nada de malo, todo en ti hace que los tíos se giren al verte pasar.

—Eres mi hermano, ¿qué ibas a decir tú?

Con una suave sonrisa, Tuck la guio de vuelta a la cama, tomando asiento a su lado. Le cogió la mano con suavidad y le besó los nudillos. Bianca se había estado comiendo las uñas, como hacía desde niña siempre que estaba nerviosa.

—Ojalá fueras fea —le dijo con la mano en el corazón—. Eso me haría las cosas más fáciles.

Por fin, Tucker sacó la carta, doblada en cuatro y la puso ante Bianca. Usando pocas palabras, le contó como la había obtenido y, de la mirada impresionada de ella, dedujo lo que ya esperaba, que aquella historia había permanecido enterrada en lo más profundo durante todo el tiempo que duró su relación con Dean.

—Te confieso que iba dispuesto a despedirlo, era un desastre en las tareas administrativas, tenía esa actitud sobrada que no veía cómo justificar..., entonces me contó su problema, y por qué se había estado acercando a ti. —Los ojos de ella estaban puestos en las líneas, recorriéndolas a toda velocidad—. No creo que te consuele, pero pocas veces he visto a alguien tan roto como estaba él en ese momento. Le importas, de verdad. Aun así, cría, le buscaré para molerle a palos si me pides que lo haga, ya lo sabes.

—No... no quiero eso.

—Creo que quererte se le fue de las manos, Bianca. Sabía que no podía quedarse, y sentir cariño por ti se lo hizo más difícil, pero ahí pone, y él me lo dijo, que sus sentimientos eran reales. No estaba arrepentido y, desde luego, te correspondía.

—¿Entonces por qué se quedó callado? ¿Por qué nunca...?

Incapaz de continuar, Bianca dejó el papel a un lado y sacó unos pañuelos de la caja con flores de su mesilla. Tucker intentó ofrecerle las respuestas que necesitaba, pero no se le ocurrieron.

—Cuando uno carga mierdas feas a la espalda y se enamora..., lo que más le preocupa es que la persona a la que quiere no se entere. Es mentir, ya lo sé, pero, en esos momentos, todo en lo que puedes pensar es... en conseguir que la fantasía dure, en tener una oportunidad para probar lo que se siente siendo un

imbécil feliz como los demás. Robas cada pequeño momento que puedes conseguir, porque sabes que las cosas volverán a joderse pronto y entonces... ya no quedará nada.

—¿De verdad creía que iba a quererle menos por haber defendido a su madre? ¡Yo no vivo ajena al sufrimiento del mundo, sé lo que son los problemas, podría haberlo entendido, podría haberle apoyado y defendido!

—Su historia es más complicada que eso.

—¡No, no lo es!

—Es un criminal con antecedentes, Bianca. —Había sido rudo, pero Tucker no encontraba otro modo de expresarlo—. Joder..., yo habría hecho lo mismo de estar en su situación, ¿de acuerdo? Puedo entender lo que le movió a dar ese paso, pero eres mi hermana, mentiría si no dijera que quiero algo mejor para ti.

—Pero es que yo le quiero a él. —Los labios le temblaron, pero las palabras surgieron con firmeza—. Yo quiero a Dean.

Él lo sabía. Lo había sabido desde mucho antes de que la propia Bianca se diera cuenta. Y también supo, aun deseando equivocarse, que iba a ser un amor que le costaría muy caro.

Sintió como si el pasado y el presente se fusionaran y volvió a verse a sí mismo bajo la ventana de Amelia, rogándole, por unos minutos, deseoso de explicarse. El rechazo que sintió quebró su confianza en sí mismo, su fortaleza..., y le hizo pensar que, tal vez, nunca se la había merecido. Quizá había volado muy cerca del sol y ahora sus rayos le quemarían la piel hasta que no quedara de él más que una masa chamuscada, sin vida, belleza ni esperanzas. Su amor se había ido, igual que ahora se iba el de Bianca, avergonzado por mostrar una fea cara con la que no era capaz de reconciliarse.

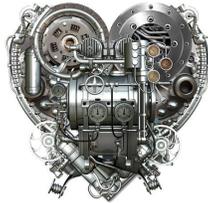
—¿Por qué ha pasado esto? —se lamentó Bianca, a la que apenas le quedaba aliento para seguir llorando—. ¿Por qué siempre tenemos que querer a personas que nos dejan? ¿Por qué nunca podemos ser felices?

—No lo sé, cría..., no lo sé.

Sintiendo el nudo de su garganta cada vez más apretado, Tucker cerró los ojos, negando con fuerza. Aquella era una pregunta para la que nunca había encontrado respuesta.

CAPÍTULO 23

*Cuando los pecados de mi padre pesan en mi alma
y el dolor de mi madre no me deja marchar.*



Amelia se despertó sobresaltada. Algo duro le había caído en la cabeza, arrancándola del sueño y cortando en el acto su recurrente pesadilla. Por más agradecida que se sintiera al no haberse visto abocada —otra vez— contra el fantasmagórico árbol de su sueño, no estaba segura de que el chichón que iba a crecer en su coronilla fuera una alternativa mejor.

Totalmente espabilada, recogió su ejemplar de *El aserradero lúgubre* y lo devolvió al estante situado sobre la cama. Se quedó mirando las letras del lomo, repasando la curvatura de las palabras. Lemony Snicket... Amelia solo esperaba que su burdo despertar no fuera el comienzo de su propia serie de catastróficas desdichas.

Sobre todo, porque, en ese día en particular, se había propuesto muchas tareas que hacer.

Salió de la cama con pies ligeros, escuchando movimiento al otro lado del pasillo. Más allá de su ventana a medio cerrar, en el jardín donde tendría lugar la ceremonia de boda de su abuela y Otto Sturgis, todo era ir y venir. Había un par de escaleras abiertas, apoyadas contra la fachada recién pintada y que daban a las ventanas del primer y segundo piso. Las carpas estaban colocadas y una de ellas estaba ya extendida, con su blanco cegador tentando al cielo oscuro a que descargara sobre ella su ira en forma de lluvia. Las flores, de aspecto exuberante, acababan de ser regadas, y el caminito de entrada, empedrado, lucía limpio y serpenteante.

Incapaz de poderse resistir, Amelia sacó la cabeza y miró a ambos lados. Los mechones de pelo se le agitaron con el airecillo, pero los controló con los dedos y siguió oteando. Vio a Falk a lo lejos, con un cinturón de herramientas

atado sobre los vaqueros. Sostenía una cinta métrica y tomaba anotaciones en un cuaderno. Después, cuando se dio la vuelta y recolocó una de las patas interiores de la carpa, tirando de ella con esfuerzo, la saludó con la mano.

—Diría que siento haberte despertado —le gritó, evaluando el trabajo con ojo crítico y volviendo a medir la distancia entre los apoyos interiores—. Pero teniendo en cuenta que prometiste ayudarme con esto y no lo hiciste...

—Me dan pavor las alturas —se excusó Amelia, componiendo una mirada inocente que, por supuesto, no iba a funcionar—. Además, no tengo ni idea de qué se supone que me ofrecí a hacer, así que dudo que te hubiera sido útil.

—Pues, en realidad, es bastante sencillo. —Con el lápiz tras la oreja, Falk anduvo a grandes zancadas, aproximándose a ella, pero sin perder de vista al par de empleados que se afanaban en colocar los pies interiores para las carpas con la profundidad suficiente como para que soportaran el peso—. Solo hay que medir los metros que ocupará cada carpa y valorar la posición en que van a estar colocadas para que no se estorben entre ellas. Es lo único para lo que se necesitan las alturas, para una visión completa del terreno. Luego, se ponen esas estacas verticales, a la distancia y en la profundidad apropiadas, y, por último, se sitúa el toldo encima, sujeto a cada pie, para crear la carpa dentro de la cual alguien con mejor gusto y técnica que yo organizará las mesas para el banquete.

—Suen a algo que un niño podría hacer. —Amelia le dedicó una sonrisa cuando le tuvo lo bastante cerca para comprobar que Falk llevaba la frente perlada de sudor. Un trabajo duro, pero por el que, al parecer, Heiser se sentía muy satisfecho—. ¿Desde qué hora llevas excavando en el jardín de mi abuela?

Falk consultó su reloj de pulsera con gesto desenfadado.

—Apenas eran las seis, pero hemos avanzado bien. Dejaré atados a modo de cortinas lo toldos, para que no se ensucien cuando la gente esté entrando y saliendo de la carpa.

—Bien pensado. ¿A qué hora vendrá el servicio de *catering* a montar las mesas y las sillas? —Intentó recordar dónde había metido el horario, pero fue incapaz de hacerlo.

—A las cuatro de la tarde de mañana. Por cierto, bonita elección de colores, los ramilletes de lavanda en cada mesa le darán un toque muy especial.

—El novio es un especialista en esencias y jabones, teníamos que estar a la altura.

Falk mostró su aprobación con un asentimiento, y enseguida fue interceptado por uno de los empleados, que se le acercó para hacerle unas consultas. Amelia aprovechó el momento para echar un vistazo crítico al jardín. Todo estaba precioso, aun con el cielo nublado y el molesto aire que agitaba las carpas, haciendo tintinear los enganches que sujetaban el entoldado antes de que

este se extendiera. Si entrecerraba los ojos, casi podía vislumbrar las largas hileras de mesas, con sus servilletas en color lila suave, las sillas de madera fina, con lazos de satén en tonos lavanda, a juego con los jarrones de cristal, que llevarían dichas flores a lo largo de la mesa, dando color a los manteles y la vajilla blanco crudo.

Apenas quedaban setenta y dos horas, y todos se afanaban para darles a Denis y Otto la mejor boda del mundo. Se lo merecían.

—¿Te has puesto con la selección de música? —Oyó a Falk, quien, por lo visto, llevaba una lista—. Nanette se ha encargado de buscar unos versos especiales para leer durante la ceremonia. Joe Chase va a recitarlos.

—Es un detalle precioso por su parte, a mi abuela le encantará. —Amelia esperaba que también le gustara su obsequio. Cruzó los dedos mentalmente—. Tengo la música lista y también la distribución de las mesas y los elementos decorativos. Cuando lleguen los del *catering* meteré las narices hasta que me echen.

—Es la única manera de asegurarte de que el trabajo queda bien hecho. —Mirando de nuevo su reloj, Falk se rascó la cabeza y le dedicó a Amelia una media sonrisa de disculpa—. Tengo que volver a la acción. Vamos a delimitar la zona donde se dejarán los coches y todo eso. Denis ha pedido un permiso para cerrar una zona de la calle y hay que colocar las señales de tráfico.

—Estás hecho todo un profesional del tema de las bodas, Falk. Cuidado...

Ruborizado hasta las cejas, él solo se encogió de hombros, mostrando que aquello no tenía le menor importancia, aunque un brillo sospechoso refulgió en su mirada. A Amelia le pareció adorable ver el amor, en su estado más puro, iluminándole la cara.

—Eres una monada. —Amelia le sonrió—. Te dejo que vuelvas al trabajo duro, déjalo todo listo para que yo pueda hacer lo mío.

—Me alegra no tener que meterme con la parte del «toque femenino».

—Eso corre de mi cuenta. —Le dijo adiós con la mano, quitando luego el seguro de la ventana para poder bajarla—. Lo siento, tengo que vestirme.

Como acicateado por un montón de hormigas del Amazonas, Falk se apartó de la ventana prácticamente a la carrera. Amelia soltó una risita baja y negó con la cabeza, cerrando la ventana y echando las cortinas para poder quitarse el pijama sin peligro a enseñarles —a su amigo y aquellos que le acompañaban— más de sí misma de lo que sería apropiado.

Una vez que se sintió a salvo de miradas indiscretas, Amelia se desnudó y entró en la ducha antes de poder pararse a pensar en el frío que la recorría de la cabeza a los pies. Se enjabonó la piel con fruición, disfrutando de la loción con

extracto de melocotón que Otto le había obsequiado hacía unos días y todavía no había tenido tiempo de probar.

Cuando se sintió limpia, casi flotando en un florido campo aromático, salió de la bañera y se enredó una toalla en el cuerpo. Iba a ponerse un poco de base de maquillaje cuando su mirada reparó en una de las hojas del armario, a medio cerrar. Aunque su contenido no era visible para ella desde donde se encontraba, no lo necesitaba. Sabía exactamente lo que esperaba detrás de aquellas puertas de caoba. Otro de esos asuntos que no había hecho más que dilatar en el tiempo, como si esperar y esperar cambiara un resultado que ya se esperaba.

—La boda es en unos días —le dijo a su reflejo, que esperaba por un poco de *eyeliner* y una pasada inocente de *gloss*—. Más me vale enfrentarme a mis temores de una vez por todas.

Amelia soltó el maquillaje, que cayó dentro del lavabo con un sonido sordo, y caminó decidida hasta el armario. Sacó la funda con el vestido que había trasladado desde Plymouth para la boda y, por fin, tras semanas ignorando su existencia, sujetó con firmeza la percha entre los dedos y, con la otra mano, bajó la cremallera, dejando la pieza por fin al descubierto. La etiqueta todavía colgaba, al igual que la pequeña bolsita con los botones de repuesto que le habían dado en la tienda.

Emitió un suspiro, evaluando la estrechez de la parte de la cadera. La tentó la idea de volver a guardarlo, pero comprendió que aquel era un paso que necesitaba dar. Abandonó la toalla húmeda sobre la cama, desabotonó la hilera de cierres de la parte lateral derecha del vestido, cuyo tono cereza y corte bajo el pecho eran aún más bonitos de lo que recordaba y, decidida, lo agarró con firmeza.

—La manera más efectiva de hacer algo es hacerlo —dictaminó, metiendo la mano bajo la falda para encontrar la abertura en la que debería colar la cabeza—. Amelia Earhart, no sé si de verdad dijiste algo tan sabio o te lo han atribuido con el paso de los años, pero... va a tener que ser suficiente para mí.

El vestido resbaló sobre su cuerpo. Aunque tuvo serias dificultades para introducir los brazos por las mangas, Amelia logró bajarlo hasta que el pecho se le aplastó contra el escote en forma de corazón. Sentía que le faltaba el aliento, pero, aun así, contuvo la respiración unos segundos más, intentando unir la tela por el lado de los botones. Se contorsionó todo cuanto pudo, hasta que al final comprendió que no iban a abrocharle todos.

Se miró al espejo y valoró su aspecto con toda franqueza. Podía ponerse ese vestido para la boda, pero entonces tendría que permanecer de pie y evitar comer o beber para que los apretados cierres no cedieran. Además, el apretado escote le haría imposible llevar un sujetador, con lo que sus pechos se verían aplastados.

La caída de la falda no quedaba mal sobre sus caderas anchas, pero resultaba muy evidente que el corte de aquel diseño estaba hecho para un cuerpo diferente al suyo. Si decidía ponérselo, por el mero hecho de haberlo comprado en un arrebató consumista —y porque en su momento había abrochado y todo lo demás dejó de importar—, no estaría cómoda y, desde luego, no disfrutaría de la boda como tenía pensado hacerlo.

—No merece la pena. —Decidió, mirándose y viendo nuevas posibilidades en vez de aspectos negativos—. No necesito aparentar que puedo caber en esta cosa para estar guapa. Y desde luego, no pienso sacrificarme sin probar un menú que he ayudado a escoger.

Con determinación, Amelia soltó los botones y se sacó el vestido por la cabeza, volviendo a llenar sus pulmones de aire. Lo colocó en la percha y le dedicó tan solo unos segundos más de admiración. Era una prenda preciosa, pero no estaba hecha para ella. A veces, comprendió, uno debe desprenderse de ciertas cosas para poder alcanzar lo que realmente merece y necesita. Y era algo que valía tanto para la ropa como para todos los demás aspectos de la vida.

Animada, por ninguna razón en particular y por todas a la vez, Amelia se puso unos vaqueros oscuros, una camisa azul con bordados en el pecho y una rebeca burdeos para completar el atuendo. Se hizo una coleta muy alta y aplicó maquillaje a sus ojos y labios. Se calzó unos botines negros con adornos *hippys* en las perneras y después le sonrió a la imagen de chica feliz y sana que le devolvía el espejo. Afrontar situaciones incómodas, pasar por ellas y dejarlas atrás ayudaba a ver el futuro con perspectiva. «¡Chúpate esa, Lemony Snicket! —pensó con sorna—, ¡le he dado la vuelta a la tortilla!»

Se colgó la bandolera, recogió su móvil y, antes de salir del dormitorio, volvió a mirar el vestido. Aunque no fuera para ella, le resultaba muy triste que fuera a quedarse guardado, ocultando su bonito color cereza tras la funda de la tienda, relegado a un rincón del armario hasta el hipotético día en que ella pudiera... o quizá... quizá alguien pudiera darle la vida y lucirlo como le correspondía.

Con la mente a mil por hora, Amelia hizo un peligroso acopio de ideas que, destinadas como estaban al fracaso, le parecieron lo mejor que se le había ocurrido jamás. Aún más animada, dio un par de saltitos por la habitación y se decidió a ponerlo todo en marcha cuanto antes, después de todo, pensó con decisión, los mejores planes casi siempre eran aquellos a los que menos tiempo se les dedicaba.

Agarró la percha con el vestido y, por fin, salió del dormitorio oteando la cocina en busca de la persona con la que necesitaba hablar. Una mirada rápida le bastó para localizar a su abuela, que llevaba unas mallas de yoga rosadas y un

suéter gris. Estaba cortando en rectángulos perfectos unos *brownies* y, junto a la bandeja, una generosa jarra de limonada fría aguardaba.

—Para los fornidos trabajadores, aunque algo quedará si quieres desayunar —le explicó con una sonrisa, después de poner la mejilla para que Amelia se la besara—. Has madrugado, ¿tienes recados pendientes? ¿Tintorería otra vez?

Enarbolando el vestido como haría un atleta olímpico con la bandera de su país, Amelia negó con fuerza. Le titubeó un poco el gesto, pero mantuvo la sonrisa y decidió seguir adelante con su idea, cada vez más convencida de que aquella prenda que tanto podría haber mermado su autoestima era quizá la respuesta a unas preguntas que no había tenido todavía el valor para hacerse.

—Comeré algo por ahí, tengo un poco de prisa. Abuela..., necesito un favor. Uno muy muy importante y que probablemente al principio no apruebes ni comprendas, pero que, si confías en mí, hará que muchas de las cosas que no están bien por aquí puedan arreglarse por fin.

—¡Caramba, hija, qué responsabilidad! —Denis soltó el cuchillo y le dedicó a Amelia toda su atención—. ¿De qué se trata?

—Necesito tres asientos en la carpa principal. Quiero invitar a unas personas a tu boda.

* * *

La campanilla de la puerta resonó y, con eso, concluyó la mañana de citas en el salón de tatuajes para Tucker. Solo por fin, tiró el par de guantes a la papelera y reorganizó las máquinas y los restos de papel para plantillas antes de apagar la luz y apartar el taburete en el que había estado sentado las últimas cuatro horas.

Estiró la espalda, llevando ambos brazos hacia atrás y contorsionándose con una mueca. Lamentaría no haber parado ni para dar unas caladas, pero aquella había sido una de esas sesiones que le había sorbido el seso hasta eliminar de su mente todo lo demás. Un trabajo fino y delicado, capaz de catapultarle a un mundo donde solo existían la tinta, el zumbido de la pistola de tatuar y las sombras. Le estaba más que agradecido a Gigi, la chica a la que acababa de dibujar, por su paciencia infinita y su buen gusto a la hora de escoger. Gracias a ella había podido descansar la cabeza durante unas horas.

Satisfecho, salió a la zona principal del salón y anotó en la agenda los datos de la chica, revisando el formulario de conformidad que ella había firmado antes de empezar y archivándolo después. Dejó constancia de la fecha, la hora, el precio y el diseño escogidos, además del número de teléfono por si acaso aquella

cliente se volvía habitual. Tucker sospechaba que volvería a verla, se lo dijo ese sexto sentido que solo se despertaba cuando los recién bautizados en tinta miraban su piel brillante con devoción. Tatuarse enganchaba, y Gigi había caído embrujada gracias a aquel dragón que se enrollaba por su antebrazo y recorría la muñeca, abriéndose en dirección a los dedos índice y pulgar.

Sí, volvería en unos meses, cuando la ansiedad por dibujarse la piel se le despertara, pero, por el momento..., estaba solo en una tienda vacía y silenciosa, con todos los demonios despiertos de nuevo.

Mientras tecleaba en la caja registradora con una mano para guardar el pago por el tatuaje de Gigi, Tucker estiró el otro brazo bajo el mostrador y sacó una caja de Pop Tarts de fresa. Las miró con el ceño fruncido, pues el paquete estaba blando y un poco descolorido, pero al final, engulló dos sin apenas masticarlas. Ya calmaría el hambre en condiciones cuando subiera a su piso, decidió, retirando las miguitas con la yema del pulgar. Necesitaba unos minutos para terminar de recoger y reunir en el proceso la fuerza de voluntad necesaria para enfrentarse a un piso vacío, donde los pensamientos correrían por su mente volviéndolo loco y restándole horas a su ya precario sueño.

Una vez que la caja quedó cerrada, se guardó la llave y, tras pensarlo un poco, arrojó las Pop Tarts a la basura. Volvió a la sala de tatuarse y sustituyó la caja de guantes vacía por una nueva. Apagó el reproductor de música y desconectó el portátil en el que diseñaba de la pared. Cogió con cuidado la imagen Polaroid del dragón de Gigi recién terminado y la agitó unos segundos, con un amago de sonrisa colgándole de los labios.

—Un trabajo cojonudo —se dijo, valorando cada línea que recorría la muñeca delgada de la cliente, cuyas uñas pintadas de negro mate daban al diseño un toque elegante—. Se va a convertir en el favorito del público en muy poco tiempo.

Ya estaba apagando la luz, dispuesto a colocar la imagen en uno de los álbumes de muestras del salón, cuando la campanilla de la puerta rompió el silencio. Irguiéndose cuan alto era, Tucker se rascó la barba y asomó la cabeza, echando un vistazo escrutador hacia afuera.

—¡No atendemos sin cita previa! —gruñó, poco dado a sutilezas. Se maldijo por no haber colgado el cartel de cerrado tan pronto como acabó con su agenda para aquel mediodía—. Lo siento, tío, pero vas a tener que volver mañana.

—Me pregunto cómo podéis mantener abierto este sitio con esa política —inquirió una voz femenina—. ¿Si te digo que traigo tallarines con gambas pasaré a ser persona grata?

Tucker se dirigió a la entrada a la velocidad de la luz. Ante la visión de Amelia enarbolando unas bolsas de papel con el emblema del Palacio Chino, toda su cara reflejó una vergonzosa expresión bobalicona que no se molestó en esconder. Le sonrió y ella hizo lo propio terminando de entrar y, con acierto, girando el letrero que colgaba de la puerta para que pudiera leerse la palabra *cerrado*.

—Por si acaso algún otro visitante incómodo intenta hacer un uso indebido de este selecto establecimiento.

—Yo no diría que eres un visitante incómodo. —Tucker se apoyó en el mostrador y cruzó los brazos, quizá para resistir la tentación de empezar a toquetear a Amelia como si fuera su último día en la tierra—. Si acaso... un poco molesta. Pero soportable.

—Vaya, muy amable por tu parte.

—Gracias, no mucha gente se da cuenta de mi suave y dócil forma de tratar a los demás.

Amelia soltó una risilla y negó con la cabeza. Sentía la tensión revoloteando a su alrededor, cubriéndole las mejillas, enredándole los tobillos a cada paso que daba. Despacio, como si temiera cortarse con su propia ansiedad, dejó las bolsas de comida sobre la mesita de centro y se secó las palmas sudorosas en la parte trasera de los vaqueros. Miró a Tucker, que vestía una de esas camisetas de tirantes tan dadas de sí que apenas le cubría piel en el torso. Su tatuaje era visible, al igual que sus brillantes ojos, que estaban puestos en ella con fijeza. Se había echado el pelo hacia atrás con una bandana y llevaba el pendiente de colmillo en la oreja. Con cierto rubor, Amelia pensó que parecía un pirata, y la sola idea de que aquella apariencia que le era tan conocida todavía fuera capaz de enrojecerla le gustó.

Con él siempre sentía todo como algo nuevo. La inseguridad que le provocaba era emocionante, despertaba su piel y calentaba su sangre. Era el amor, comprendió. La pasión, el deseo y la necesidad de sentir que estar abrazada a otra persona no era suficiente. Quería darse un festín con él. Con palabras, gestos y miradas, pero el hecho de que Tucker ni siquiera hubiera hecho intento por aproximarse a besarla la frenó.

—¿Han sido unos días duros? —Él volvió a rascarse la barba y, luego, se encogió de hombros—. Así de mal, ¿eh?

—Lo de Bianca ha sido... devastador. La peor mierda a la que me he enfrentado en mucho tiempo. —Tuck suspiró y abrió los brazos como si con ellos quisiera abarcar la inmensidad de lo miserable que se sentía por haber tenido que ser portador de aquellas noticias—. Ni siquiera estoy seguro de que haya entendido lo grave que es el asunto, Amelia. Ella solo... decía que le quería

y que podía haber entendido sus problemas, pero no creo, de verdad, que sepa hasta qué punto es jodida la situación por la que está pasando Dean.

—Me imagino que lo único en lo que puede pensar es en que quiere estar con él. Normalizaría que le saliera una segunda cabeza si con eso puede retenerle un poco más. Va a necesitar tiempo, Orson, para verlo todo en perspectiva.

Después podría perdonar y esperar u olvidar y seguir adelante en busca de otro amor, pensó Amelia, aunque no lo dijo. No obstante, Tucker parecía capaz de leer en ella. La señaló con un gesto de la barbilla, leyendo entre líneas mucho más de lo que ella había dicho con palabras.

—¿Eso fue lo que hiciste tú? ¿Cuándo te fuiste a California? —Se acercó un paso, simplemente porque seguir anclado a aquel mostrador estaba destrozándole los nervios. Amelia estaba allí, al alcance de su mano, ¿qué coño le pasaba? ¿Acaso la vida no le había enseñado a base de golpes en las costillas que había tiempos que no podían perderse?—. ¿Lo viste todo en perspectiva desde allí y seguiste adelante?

—Lo intenté, pero en el fondo, y aunque no lo reconociera ante nadie..., ni para mí misma, sabía que no había sido justa. No podía curar mis heridas, porque iban a seguir abiertas hasta que aclarara contigo todo lo que se nos había quedado a medias.

Tucker dio otro paso, y Amelia se encargó de romper con el resto de la distancia. Le tomó la mano y, con la otra, acarició su cara, maravillándose del tacto áspero de su barba entre los dedos, recorriéndole la mandíbula dura y el puente de la nariz. Al pasarle los dedos sobre los labios, sintió su aliento cálido hacerle cosquillas en los dedos.

Cuando él la sujetó con suavidad de la muñeca y le besó la palma, Amelia experimentó un escalofrío que recorrió su columna de arriba abajo.

—¿Y cómo crees que nos va aclarando todos nuestros asuntos, nena?

—Creo que... debemos centrarnos en dar un paso cada vez.

—Ya... —Tucker suspiró con fuerza, soltando la mano de Amelia despacio. Caminó hasta la *chaise longue* con diseño de cebra por la que habían desfilado varios de sus clientes de la mañana y se dejó caer entre los cojines, que se hundieron bajo su peso—. Pues a mí me da la sensación de que damos un paso adelante y catorce para atrás.

Amelia lo observó. Aunque su postura era relajada, la forma en que echó los brazos hacia atrás y se despeinó el pelo ondulado le habló de unas frustraciones que Orson llevaba cargando a la espalda mucho tiempo. Los arañazos de su cara, visibles bajo un foco que parecía colocado estratégicamente sobre la cabeza de Tucker para que ella no pudiera olvidarlo, hicieron recordar a Amelia sus recientes ideas... y cómo el triunfo de esos planes podría allanarles

el camino para que, por fin, lo emprendieran juntos. Tal como le había aconsejado Denis, ellos debían empezar el recorrido, y después, el resto les seguiría.

—Hemos hecho progresos, Orson. Aunque ahora mismo no te lo parezca. —Amelia se acercó despacio, hasta dejarse caer sobre el regazo de Tucker, que la recibió acunándole las caderas con los brazos. Su cuerpo se fue removiendo de forma casi imperceptible para que ella quedara acomodada, encajando en sus formas como dos piezas de puzle—. Me hago una idea de lo complicada que debe ser la situación en tu casa en estos momentos, y puedo entender que no quieras compartir nada de... lo que sea esto con Bianca.

—Me estás diciendo que estás dispuesta a esperar.

—Te estoy diciendo... —los dedos de Amelia acariciaron sus mejillas. Clavó los ojos en él, firme— que lo que siento no va a cambiar porque tengamos que ir un poco más despacio.

—Si vamos más despacio, empezaremos a andar hacia atrás, Amelia.

—Lo único que quiero es que no me apartes, Orson. Déjame estar ahí para ti, no... no te cierres ni te alejes hasta que creas que tienes la solución para todo. No vuelvas a conducir hasta Oregón dejándome aquí. Por favor.

Rendido, Tucker extendió los brazos y atrajo el cuerpo cálido de Amelia hasta su pecho. La apretó con toda la fuerza que sabía que ella podía soportar, besándole la coronilla con los ojos cerrados las veces necesarias hasta que el aroma afrutado de sus cabellos se le impregnó en las fosas nasales. Acarició su espalda con los dedos, dando las gracias a cualquier fuerza sobrenatural que se la hubiera devuelto. Allí callado, en medio de una sala vacía, con la chica a la que quería acurrucada en su pecho, Tucker se sintió capaz de dar las gracias por lo que tenía, en lugar de seguirse lamentando por todo aquello que no podía cambiar.

—Me aterroriza el momento de decírselo a mi madre, Amelia —le confió sin soltarla—. Cada día que pasa, su cordura oscila más... Es como si viviera en una puta cuerda floja que unos ratos la hace estar relativamente bien, y otros convertida en una loca.

—¿Has pensado en... buscar ayuda para ella?

—Todos los días, pero hasta que no sea ella misma quien lo decida, quien quiera aceptar que tiene un problema..., no puedo hacer nada. No la internaré en ninguna clínica contra su voluntad. Es mi madre, joder. No puedo hacerle eso. No voy a hacerle eso. —Calló un segundo dejando resbalar los dedos entre los mechones largos de Amelia, tratando de reconfortarse en su cercanía—. He intentado que acepte una cuidadora..., alguien que la ayude con la casa, que le dé conversación y esté con ella en esos momentos en que se evade de la realidad,

pero no quiere ni oír hablar del tema. No sé qué hacer. No se me ocurre nada más.

Amelia le concedió unos segundos, dejando que se desahogara y enumerara las razones por las cuales todo intento de ayudar a Krista caería en saco roto. Aquella pobre mujer era incapaz de asumir que no había perdido a su marido el día que se quedó viuda, sino que este se había alejado de ella mucho antes. Intentó aferrarle con hijos y un amor asfixiante y, ahora que no le tenía físicamente, se agarraba como un clavo ardiendo a sus ropas raídas, a los escasos recuerdos felices que su mente retorció y a sus decepciones, que eran el único motor que la hacía levantarse cada mañana. Probablemente, Krista nunca había sido realmente feliz en toda su vida, y culpar a una sociedad en la que nunca se había integrado por mantenerla a distancia era su modo de seguir adelante.

Todo aquello reafirmó las intenciones de Amelia, que levantó la cabeza y besó despacio el mentón de Tucker, cuya mirada oscura, llena de un cansancio que ni mil horas de sueño podrían reparar, apenas reflejaba emoción alguna.

—Tal vez yo pueda hablar con ella. —Ofreció con tiento, observando de inmediato como las facciones de Orson se contraían de incredulidad.

—¿Te has vuelto loca tú también?

—En realidad, estoy más cuerda que nunca.

—¡Pues cualquiera lo diría!

Cuando las manos de él cayeron, Amelia aprovechó para erguirse. Le miró con calma, dispuesta a expresar su opinión y convencerle, del modo que fuera necesario, de que aquella era una buena idea. No quería hacer algo como lo que había pensado a espaldas de Orson, pero si él no atendía a razones...

—No podemos aspirar a que tu madre acepte que estamos juntos si me paso el resto de la vida escondiéndome de ella.

—Amelia, quizá lo hayas borrado de tu cabeza, pero, por si no te acuerdas, fue mi madre la que te insultó y empujó en la plaza del pueblo. No quiero ofenderte, pero de verdad que dudo mucho que quiera saber nada de ti.

—Porque me fui y dejé que tú cargaras con toda la responsabilidad. Porque te culpé. Porque no luché ni demostré que me importabas. Yo solo... yo... —Dolía, pero había sentencias que una tenía que sacarse de dentro—. Fui cobarde, Orson. Y eso es lo que le diré a tu madre antes de pedirle una segunda oportunidad.

Incapaz de comprender lo que estaba oyendo, Tucker negó. Algo en su pecho, algo frío y desagradable, se desprendió y, entonces, el corazón le latió a una velocidad de vértigo. Casi sintió náuseas, que se le mezclaron con la emoción del compromiso que estaba oyendo de boca de Amelia. Embargado por

sentimientos que se le escapaban de control, tomó su cara entre las manos, apoyó su frente contra la de ella y le dedicó una sonrisa suave, con los ojos cerrados.

—Amelia..., que estés dispuesta a humillarte así por mí me hace sentir... Es una jodida maravilla, nena. Veo que te importo. Veo que quieres esto y... te lo agradezco, pero no... no hace falta, de verdad que no.

—Te equivocas, Orson. Estás equivocado. —Con sus manos sobre las de él, Amelia abrió los ojos, ahogándose en la mirada penetrante de Tucker, que parecía devorarla con aquel simple gesto, sin tocarla apenas—. Y no considero una humillación pedir disculpas por mis errores.

—Pero eso es justo lo que sería, nena. Una humillación. Mi madre te dirá cosas que...

—¿Confías en mí? —Usando todas sus armas, incluso las más bajas, Amelia le guiñó un ojo. Tucker solo pudo responder con un asentimiento, sintiendo la fuerza de aquel gesto pícaro en zonas muy al sur de su anatomía—. Déjame intentarlo a mi manera.

—Por muy... fan que yo sea de tu manera, Amelia, no veo cómo ibas a conseguir nada con mi madre. Está dolida y llena de un rencor que tiene tan encajado dentro que me parece imposible que vaya a poder librarse de él.

—Confía en mí —repitió ella, segura de que su plan estaba enfocado hacia el triunfo. Y si no era así..., bueno, por lo menos sabría que había hecho todo cuanto había podido—. Sé que puedo llegar a ella. Estoy segura... de que podré darle exactamente lo que lleva años queriendo.

—¿Y eso es?

—Conseguir que deje de sentirse una ciudadana de segunda.

Tucker se mostró más que incrédulo con lo que oía, pero Amelia fue hábil en su intento por distraerle. Empezó besándole la mandíbula, acariciándole la zona de la piel que se escondía tras sus orejas. Le peinó los mechones ondulados del pelo y sonrió cuando el gruñido gutural escapó de la garganta masculina, eclipsando todo intento de Tuck por seguir manteniendo viva aquella conversación.

—Golpe bajo, nena... —logró musitar, mientras sus manos se perdían bajo la camisa azul que Amelia se había puesto esa mañana. Se la sacó por la cabeza con una rapidez inusitada, hundiendo después el rostro en el nacimiento de su pecho. Aspiró su aroma, deslizó la lengua por la piel blanca y suave, y, luego, propinó un pequeño mordisco que hizo a Amelia removerse en su regazo—. Llegas aquí con comida, te ofreces a hablar con mi madre y me pones estas... maravillosas tetas en la cara. Estás jugando sucio, Amelia. Debería darte vergüenza.

—No soy yo la que ha empezado a quitar ropa tan deprisa.

Tucker levantó la cabeza y le hizo un guiño peligroso justo antes de arrancarse su propia camiseta, llevándose en el proceso la bandana del pelo, que le cayó desordenado sobre los ojos.

—He intuido cuáles eran los próximos movimientos.

—Y has decidido no perder el tiempo —adivinó Amelia, que levantó las caderas en respuesta a la muda petición de Tucker, cuyas manos diestras buscaban el botón de los vaqueros—. Una pena que la comida se nos vaya a quedar fría.

—Podré vivir con ello.

Amelia se apoyó en las rodillas, maniobrando con esfuerzo para quitar las incómodas prendas de ropa sin apartar sus manos y labios de Orson. Él parecía recorrer cada centímetro de piel expuesta a un ritmo vertiginoso, removiéndose bajo la presión de las caderas de Amelia para crear una fricción electrizante que pronto llenó el salón de tatuajes de gemidos. Una de sus manos sostuvo la nuca de la chica, aprisionando sus labios contra su boca invasiva, cuya lengua entró a matar y no dejó una sola terminación nerviosa sin enloquecer. Con la otra mano, rebuscó en sus bolsillos, extrayendo de uno de ellos la cartera y dejándola al alcance, en un lado del sofá.

—Quiero fundirme contigo... —gruñó contra la boca de Amelia, acariciándose el rostro contra su cuello, oliendo su pelo y presionando la frente contra sus pechos, cubiertos por un bonito sujetador de encaje cuya visión eran tan provocadora que no se molestó en quitarlo—. Estar tan dentro, cariño, que no sepa dónde termino yo y dónde empiezas tú.

—Te necesito. Ahora —gimió ella, enredando las manos entre el cabello desordenado de Tuck. Ansiosa, Amelia empezó a balancear sus caderas al sentir como uno de los dedos de él encontraba el camino hacia su interior, expandiendo una humedad cálida que no hacía más que crecer—. Ya casi..., un poco más, Orson..., un poco..., solo un poco más...

—Ni de coña, nena. —Un beso en la mandíbula y una considerable reducción de la velocidad en el movimiento de sus dedos bastaron para iniciar las protestas de Amelia, que se mordía el labio removiéndose como una culebra sobre él, ansiosa, desesperada por explotar en un cielo de fuegos artificiales—. No dejaré que te vayas sin mí.

Paró de estimularla cuando la línea de meta fue casi imposible de sortear. Evitando que la frustración enfriara al ambiente sensual que ambos habían creado, Tucker se levantó del sofá sosteniendo a Amelia a peso sobre él. Usando una sola mano, extrajo un preservativo de la cartera y luego se lo entregó a ella, al tiempo que se abría los vaqueros con tanta prisa que a punto estuvo de hacer saltar los botones. Oyó como Amelia rasgaba el envoltorio y, tan pronto como

sus pequeñas manos hicieron contacto con su erección, soltó un juramento y echó la cabeza hacia atrás.

—Orson..., vamos a tener que hablar muy en serio de esta obsesión tuya por tener condones en todas partes.

—Hombre precavido... —Se mordió el labio, incapaz de decir nada más.

Con una lentitud desesperante, Amelia libró su miembro del confinamiento de los pantalones y resbaló el preservativo por él, cubriéndole todo sin dejar de mirarle a los ojos. Le acarició arriba y abajo, ejerciendo presión en las zonas más sensibles. A pesar de su orgasmo frustrado, se dedicó con todas sus ganas a darle placer a Tucker, enardeciéndole con sus manos, llenas de una habilidad que él no había olvidado.

—Joder, nena —gruñó sintiendo que los ojos se le daban la vuelta. Estiró la mano, sujetándole el pelo a la altura de la nuca, resistiendo por poco la tentación de inclinar su cabeza hacia abajo hasta verla rodear su envergadura con aquella boca deliciosa—. Como sigas así voy a terminar antes de haber empezado.

—¿De verdad? ¿Podrías acabar así, solo con mi mano?

—Dios..., me correría tan fuerte que acabaría teniendo que tirar esa blusa tan bonita a la basura.

Amelia nunca se había considerado demasiado habilidosa en el arte de la masturbación masculina. Tenía las manos pequeñas y los dedos torpes, según su propia opinión, y casi siempre acababa pensando que había más piel de la que era capaz de sujetar, sin embargo..., el abandono de Tucker hablaba por sí solo. Acicateada por el gozo salvaje que veía en sus facciones, siguió recorriendo su miembro con firmeza, presionando en la base y rodeando luego la punta con su mano cerrada. Él empezó a mover las caderas, y la certeza de que estaba provocándole un placer intenso la hizo sentirse poderosa. Y húmeda.

—Eso me gustaría verlo —le susurró con una voz sexi e insinuante que no tenía idea de dónde había salido—. Quiero ver cómo terminas entre mis dedos, Orson.

Él negó, aunque el gesto quedó eclipsado por el poderoso juramento que escapó entre sus labios. Amelia le dedicó una sonrisa juguetona, y ya estaba a punto de usar su otra mano para terminar el trabajo cuando Tuck interpuso la suya, obligándola a parar.

—No..., espera, nena..., espera.

—¿Qué pasa? Creí que te gustaba.

—¿Gustarme? —Tucker tenía las sienes sudorosas y la mandíbula contraída. Su erección estaba tan hinchada que dolía—. Podría levantar un jodido piano de cola con la polla ahora mismo, joder.

—¿Y por qué no dejas que yo...?

—Porque he estado mojado pantalones y sábanas durante tres años, Amelia. No quiero seguir haciéndolo, por lo menos..., no siempre. —Enredó los dedos en sus cabellos y después acarició su boca carnosa con la yema del dedo —. Me he tocado pensando que estaba dentro de ti, o que me tocabas tú, tanto daba. Ahora te tengo aquí, cariño, y no voy a desaprovechar la oportunidad.

Tucker la besó con fuerza. Fue un beso apretado, rudo y posesivo. Un beso que fue la antesala de toda la lujuria que latía entre ambos, y que amenazaba con explotar y hacer volar el salón de tatuajes por los aires si seguían con aquella espera tortuosa. Sin separar sus bocas, Tucker alzó a Amelia, sosteniéndola con firmeza del talle hasta situarla sin apenas esfuerzo en la posición correcta. Entre gemidos, fue penetrando su húmedo interior centímetro a centímetro, hasta que su erección completa quedó encajada en su húmedo calor.

El jadeo de Amelia, que cerró los ojos y dejó caer la frente sobre él, le estremeció. Ella se mecía, adelante y atrás, arriba y abajo, en un vaivén de caderas enloquecedor. Tucker intentó respetar su ritmo, pero le fue imposible evitar golpear con su propia pelvis para hacer más profundas las embestidas. Amelia era tan estrecha, se sentía tan apretado dentro de ella, que pronto empezó a sentir que se le nublaba la vista, la boca se le secó y toda la sangre concentrada en su entrepierna empezó a palpar con violencia.

—Quiero fundirme contigo —le repitió con una voz que no parecía la suya. Incrementó la velocidad de sus movimientos, sintiendo como ella volaba alto y lejos de allí. Le sostuvo el rostro, mirándola mientras llegaba, sin dejar de moverse, sin parar de empujar entre sus muslos, ansioso por su propia liberación —. Amelia..., mi Amelia..., me corro..., joder, joder, cariño...

Se vació del todo. De culpa, de pena, de remordimientos e inseguridades, quedándose perdido, casi desorientado, mientras trataba de recuperar el aliento y la consciencia. Con los ojos cerrados, la cabeza se le fue hacia atrás, encontrando el respaldo del sofá de donde ya no pudo levantarse. La respiración de Amelia iba haciéndose regular sobre su pecho, que empezaba a humedecerse por el sudor compartido de ambos. Aunque no terminaba de volver en sí, Tucker levantó los brazos y envolvió la espalda desnuda de Amelia, manteniéndola cobijada contra su cuerpo. Ella no se movía, pero sabía que estaba despierta porque notaba sus dedos recorriéndole el bíceps, arriba y abajo.

—Me alegra que hayas decidido pasarte —le susurró sin levantar la voz.

—Yo también me alegro —contestó ella.

CAPÍTULO 24

*Hay cosas por las que vale la pena luchar,
algunos sentimientos nunca mueren.*



Amelia agradeció a los dioses de las reformas —aunque nunca había sido una gran fan del ruido y la suciedad que traían consigo las obras— tan pronto como cerró la puerta del baño y encendió los dos focos del espejo colgado sobre el lavabo. Las baldosas, de color azul oscuro, estaban un tanto salpicadas con gotas de agua reseca, pero aquello no tenía la menor importancia en aquel momento. Abrió el grifo y se lavó la cara y las manos con abundante agua, retirando los restos de sudor que se le habían adherido a la piel.

Después, rebuscó en su bolso hasta dar con una pinza para el pelo, de esas que siempre tenía medio perdidas en el fondo, y procedió a utilizar la humedad de sus dedos para hacerse un rodete presentable que mantuviera controlada su melena hasta que pudiera peinársela con propiedad. Se echó un vistazo, valorando la mirada brillando, los labios hinchados y las mejillas sonrosadas, exfoliadas a un nivel profesional gracias a los raspones de la barba de Orson.

Sonrió. No había esperado que el improvisado plan para comer terminara en sexo de sofá, pero tampoco se quejaba. Cuando una se planteaba luchar un par de duras batallas seguidas en una mañana fresca de diciembre, debía recoger por el camino toda la fuerza y el apoyo que le fuera posible. Desde luego, hacerlo con Tuck ayudaba. Aquella posición, teniéndole tan cerca, bebiéndose sus gemidos mientras sentía como las manos de él, fuertes y en ocasiones toscas, removían su cintura arriba y abajo...

—Vale Amelia, ya está. —Volvió a abrir el grifo, esperando que la salpicadura helada le enfriara los ánimos.

Se recolocó la blusa y abrochó adecuadamente todos los botones después de hacer pis y limpiarse con papel de baño lo mejor que pudo. Para un aseo más

profundo, iba a tener que esperar a volver a la casa de huéspedes. Un repaso de labios con el *gloss* y ya estaba lista. Se echó una mirada apreciativa y decidió que el resultado no estaba mal. Convencida, recogió su bolso, tiró del pestillo y volvió a salir a la parte principal del salón de tatuajes, donde podía oír removerse a Tucker, que, por lo visto, apenas se había movido del sitio.

Seguía medio tumbado en el sofá, con los pantalones sin abrochar y el pelo desparramado sobre el horrendo respaldo de *print* animal que tenía detrás. Por lo menos, observó Amelia con cierto alivio, se había guardado el pene dentro de la bragueta, lo cual era algo.

—¿Estás cómodo?

Él le dedicó una sonrisa taimada y asintió con firmeza. Despegó la espalda del sofá y estiró las manos hasta dar con las bolsas del Palacio Chino que Amelia había traído. Revolvió entre ellas, como un crío que busca galletas en el fondo de un tarro, y sacó la caja de fideos con gambas y setas. Despegó los palillos, removió el contenido y empezó a sorber con fruición, cerrando los ojos de puro placer.

Ya iba por el tercer bocado cuando pareció recordar que no estaba solo. Limpiándose la boca con el dorso de la mano, Tucker carraspeó con firmeza y señaló hacia Amelia con la comida. Compuso una cara de inocencia tan creíble que ella estuvo a punto de volver a saltarle encima.

—Mierda, lo siento, nena. ¿Quieres?

—¿Comida china fría? ¿En serio?

Tucker se encogió de hombros, cargando los palillos con una buena ración que incluía una gamba bastante gorda.

—Después de la *pizza* fría, la segunda mayor delicia conocida por el hombre.

—Pues que la disfrutes. —Amelia recogió su abrigo, dejando que la sonrisa se le escapara al ver a Tuck escarbar dentro de la caja con los dedos índice y pulgar a modo de pinza hasta pillar otra gamba—. Aunque yo que tú... me habría lavado las manos antes de comer.

Él soltó una carcajada, dejó los restos de la comida en la mesita de centro y volvió a acomodarse en el sofá.

—¿Para qué? Me gusta que huelan al lugar donde han estado. —Volvió a reírse al ver la cara de circunstancias que ponía Amelia—. Venga, nena, dame un respiro. ¿Comida y sexo en un lugar de trabajo vacío? No es una buena racha que vaya a durar, deja que la disfrute.

—Quién sabe..., a lo mejor las cosas cambian pronto. Para mejor.

Amelia intentó ser críptica, pero le pasaba exactamente lo mismo que cuando pretendía mentir, o fingir que no se estaba quedando dormida viendo una

película de acción: no le salía bien. Tucker recordó lo que habían hablado antes de que toda la sangre que contenía su cuerpo se concentrara en darle una erección de la que estar orgulloso, y sus ánimos, tal como había vaticinado, se fueron desinflando. Nada duraba para siempre, y eso incluía los extraños ratos felices como aquel.

—Ya..., mira, Amelia, sobre lo que hemos hablado antes..., me mantengo en lo que te dije. Aunque me alucina que estés dispuesta a presentarte delante de mi madre, no es necesario. Yo no necesito que hagas demostraciones épicas.

—Hace unos días me dijiste que, si te quería, lo dejara ver. Pues eso es lo que estoy haciendo, Orson. Por primera vez en mi vida, lo estoy demostrando.

—Esto es demostrarlo, nena. Justo esto. Aquí y ahora. —Tuck los señaló a ambos con su mano, abriendo su brazo en un arco que pretendía abarcar la distancia que en esos momentos les separaba—. Sorprenderme en una hora muerta de curro, tener un momento cojonudo, comer juntos, hablar de tonterías... Eso me basta para saber que piensas en mí. Que estás por mí.

Pero ella ya estaba negando. La madre que la parió..., intentar sacar una idea de la cabeza de Amelia era más difícil que acertar a las tragaperras a la primera.

—Solo dices eso porque estás asustado, Orson. Pero no lo piensas de verdad. Los momentos robados no son suficientes para nadie, y no deberían serlo. —Despacio, como si se acercara a la guarida del león, Amelia se aproximó hasta sentarse en la mesita de centro. Cerca y lejos a la vez—. No quiero que nuestra relación sea un parche o... algo basado en unos pocos ratos agradables. No tenemos por qué conformarnos con eso. Nos merecemos más.

—Amelia... —Pero ella le acalló inclinándose y dándole un beso suave en la boca—. Joder...

—¿Confías en mí? —Sonrió, y él emitió un bufido exasperado que dijo más que cualquier frase llena de elocuencia—. Entonces déjame intentarlo.

—Mira, Amelia, eres la chica de mi vida, ¿vale? Tanto si cuando me muera estás velando mi cama como si no, eso es lo que eres. ¿Qué si confío en ti? Te confiaría mis pelotas y mi cerebro, que son las dos partes de mi cuerpo que más importancia tienen.

—¿Y qué hay de tu corazón?

Tucker se encogió de hombros, jugueteando con los suaves dedos que Amelia había acercado hasta su mano.

—Haz con él lo que quieras, hace mucho tiempo que lo tienes en propiedad.

—Cuando te lo propones, puedes ser muy mono.

—Ya... —Tuck se rascó la cabeza, un tanto incómodo—. Lo que soy es medio gilipollas, porque estoy aquí sentado diciéndome que quizá tengas

razón... cuando algo en mí, en las entrañas, me dice que esto es una puta locura.

—Saldrá bien. —Y acicateada por su propio convencimiento, Amelia se puso en pie de un salto—. Sé que puedo arreglar las cosas, pero incluso si no es así, lo habré intentado, y rendirse después de haberlo hecho todo, de haberlo probado todo, no es lo mismo que rendirse sin más.

—Mi madre puede reaccionar realmente mal, Amelia. Y con *mal* no me refiero a unas pocas palabras desagradables y unos gestos de desprecio. —La mirada de Tucker se volvió sombría. Se echó el pelo hacia atrás, y empezó a revolver entre los cojines buscando la cinta con la que podría controlarlo, como mecanismo nervioso para tener las manos ocupadas—. Si se pone grosera o violenta y yo tengo que intervenir...

—No voy a ponerte en esa posición, despreocúpate.

—Bueno, muchas gracias, muñeca, pero teniendo en cuenta que estamos hablando de una mujer inestable, eso no es algo que puedas prometerme.

—Pues te lo prometo. Hablaré con ella en sus propios términos, le pediré perdón y le diré que estoy aquí, que lucho por lo que quiero y que no pienso rendirme.

Visiblemente incómodo, Tucker solo pudo asentir con la cabeza. No estaba acostumbrado a que le pusieran como bandera para ninguna causa. Amelia estaba frente a él, segura y muy dispuesta, diciéndole que iba a dar el paso más jodido de cuantos les quedaban por delante para que aquello suyo pudiera convertirse en algo un poco más real. Se sentía agradecido, pero también... inquieto.

—Tienes razón en algo, nena. Estoy acojonado. Me cago vivo solo de pensar que de esa conversación depende que tú y yo podamos estar juntos otra vez. No es justo, nunca me ha gustado jugármelo todo a una carta.

—Pues a veces no hay más remedio, Orson. Lo que está claro es que sin que nuestras familias sepan nada, es imposible construir una relación. Yo, al menos, no la quiero así.

Como no podía hacer más, Tucker se encogió de hombros. No estaba seguro sobre cómo sentirse con respecto a aquello, de modo que intentó pensar en otra cosa.

—¿Me llamarás cuando se te pase el arranque de Vengadora y acabes de solucionar todos los problemas del mundo?

—Supongo que podré arañar cinco minutos a mis complicadísimas tareas de superheroína para charlar con el pueblo llano.

—Vaya, pero mírala..., si está siendo cínica y adorable al mismo tiempo.

—Ese es mi poder mutante. —Amelia volvió a inclinarse y le dio otro suave beso, dejando que él acariciara sus mejillas antes de separarse—. Comida

y sexo también es una buena combinación para mí, aunque no haya probado ni una sola gamba.

—Podría decir algo muy burro sobre eso, pero voy a dejar que tu portentosa imaginación haga el trabajo sucio. —Tucker alzó las cejas, moviendo la pelvis de forma evidente—. Y te invité a fideos, pero no quisiste porque estaban fríos.

Amelia decidió ignorar la parte soez de su invitación. En lugar de eso, miró el reloj y dio un par de pasos hacia la salida. Iba tarde, no es que se hubiera marcado ningún horario en especial..., pero era tarde.

—Casi mejor, tengo que ir a Dadeland a buscar un vestido apropiado para la boda de mi abuela y no soporto probarme nada con el estómago lleno.

—¿En serio? ¿Tú, la reina de la eficiencia, no tiene vestido a unos pocos días de la ceremonia? Joder..., para que digan que lo del fin del mundo es una trola.

—Compré un vestido en Plymouth hace meses. Fue un arrebato consumista, yo... Era bonito, de una talla inferior a la que suelo usar, y me abrochaba. Así que me lo llevé sin más. —Se recolocó el asa del bolso sobre el hombro, notando una leve incomodidad que la recorría de arriba abajo al tener que admitir en público que había sido bastante estúpida—. Fue una tontería por mi parte y ahora tengo que pagarla, porque me lo he probado estaba mañana y ya no me vale.

—Lo pillo.

Amelia esperó, pero Tucker no pareció dispuesto a decir nada más. Se quedó muy quieto, echado sobre la tela de cebra como si quisiera mimetizarse con ella. Con una sonrisa irónica bailándole en los labios, Amelia se puso de perfil y ahuecó las manos sobre sus caderas, chasqueando la lengua con gravedad.

—No sé, Orson..., es verdad que viviendo con mi abuela no me he privado de darme más de un capricho a la semana, pero... ¿crees que estoy más...?

—Ni de puta coña, nena. —La señaló con el dedo, irguiéndose como un resorte y negando la cabeza—. Deja la pregunta en al aire, porque me conozco, todo iba muy bien y no me quiero mosquear al final.

—¿Pero por qué dices eso? ¡Solo era una pregunta inocente!

—Mis cojones, inocente. Ese es uno de los grandes tabúes en el mundo femenino, no soy tan tonto como para no saberlo. Y en lo que a ti respecta, Amelia, un tema con el que puedes ponerte muy intensa y del que no vamos a hablar.

—Si lo dices por lo que pensaba cuando nos conocimos..., eso ha cambiado. Ya no soy esa chica.

Tucker se cruzó de brazos, pero la gravedad de su mirada no se relajó. Cuando se había enamorado de Amelia había visto en ella lo mismo que veía

ahora, a una chica preciosa y perfecta que le volvía loco. Sin sombras. No obstante, nadie era inmaculado, y ella había terminado por contarle sus problemas de salud, derivados de aquella ansiedad mal comprendida sobre estar delgada. Se había vuelto un poco loca con el tema, y no fue hasta darse un verdadero susto con su diabetes cuando había entrado en razón.

Él no quería ni oír hablar de tallas o kilos, en general, porque le importaba muy poco lo que marcara la etiqueta de la ropa de las chicas con las que salía, y, en particular, porque cualquier frase mal entendida o un simple comentario podía desestabilizar a Amelia. Y eso era algo que le preocuparía siempre.

—Solo estaba de broma, Orson, de verdad. —Para demostrárselo, ella le sonrió—. Hace un tiempo no entrar en ese vestido habría sido un infierno, pero ahora... pienso comprarme otro. Y ya está, sin dramas.

—¿Seguro? ¿No estás... afectada ni dándole vueltas a la cabeza ni nada de eso?

—Soy una chica con una excusa válida para ir de compras. Créeme, estoy muy bien.

Cuando el nudo de preocupación se le aflojó de la garganta, Tucker fue capaz de asentir. Intentando ser conciliador —y porque había tantos puntos abiertos en aquella puta discusión que podría cagarla y montar un pollo en cualquier momento—, se acercó hasta tener a Amelia a unos pocos centímetros. La besó en la frente y luego le hizo levantar la cabeza, colocándole los nudillos justo bajo la barbilla. Cuando sus ojos se encontraron y vio el brillo que le miraba, su pecho se llenó de orgullo. Su extraña y cabezota Amelia... era capaz de superarlo todo por sí misma.

A lo mejor tenía razón..., a lo mejor era capaz de solucionar el tema de Krista y conseguir algo parecido a la cordialidad entre ambas. A lo mejor...

—Lo que estás es muy buena —sentenció Tucker haciéndola reír—. Y lo estarías con doscientos kilos más o veinte menos.

—¿Es tu manera de decirme que no te importa si de aquí a un tiempo me pongo gorda?

—Es mi manera de decirte que gorda se me pone a mí cada vez que te veo.

Amelia soltó una carcajada. Se puso de puntillas y le dio a Tucker un beso apretado, muy intenso. Cuando se separaron, le guiñó un ojo con gesto animado. Su despreocupación y alegría parecieron calar en él, que se obligó a creer que las palabras que Amelia le había dicho eran ciertas.

—Eres la chica más fuerte que conozco.

—Pues entonces que se preparen todos esos vestidos que pienso probarme en cuanto sea capaz de parar de hacer... esto contigo.

Fue el turno de Tuck para reír, aunque cerró los ojos y bajó la cabeza para permitir a Amelia volver a besarle. Tendría que estar loco o muerto para negarse, sobre todo cuando todavía tenían una cuenta pendiente de tres años que subsanar. Tras unos largos minutos, llenos de susurros y saliva compartida, Amelia irguió los hombros y se separó los pasos suficientes para resistir la tentación. Tanteó a su alrededor, comprobando que llevaba colgado el bolso, e hizo un inequívoco gesto de despedida.

—Tengo que aprovechar el resto del día.

—También podrías quedarte aquí..., hacer un poco de sexo con amor, hablar de nuestras cosas...

—Tentador, pero no puedo aparecer en la boda de mi abuela con pantalones de yoga. —Tucker se llevó una mano al corazón y la otra a la entrepierna, fingiendo que perdía las fuerzas para sostenerse en pie—. Qué idiota eres, Orson.

—Otras dirían romántico y sincero, pero...

Amelia negó con la cabeza. Sonreía, y eso para él valía más que los diamantes. Había visto a aquella chica realmente hundida, y sentirla tan fuerte, verla firme y contenta, sanaba arañazos en su propio corazón. Aspiraba, aunque no lo diría en voz alta, a ser uno de los motivos que arrancaban su sonrisa. Ese sería un objetivo muy respetable que darle a su vida.

Se despidió con la mano, plantado en medio del salón de tatuajes, con restos de comida en la mesa y la clara apariencia de quien acababa de darse un revolcón en horas de trabajo. Con una sonrisa, Tucker vio marchar a Amelia y tan pronto como la puerta se cerró, con el conocido tintinear de la campanilla, comprendió que era momento de empezar a trabajar otra vez.

* * *

Después de un par de horas recorriendo Dadeland, Amelia se dio por vencida. Nadie que hubiera ido de compras alguna vez podría afirmar que era un proceso fácil, rápido y relajado, estaba segura. Llena de frustración, se dejó caer en una de las sillas de la terraza que encontró más cerca, cerrando los ojos unos segundos. ¡Aquello era desesperante!

Había visitado al menos una docena de tiendas potenciales, y en todas ellas el resultado había sido el mismo: ninguno. Los vestidos que le iban a su cuerpo o bien no eran apropiados para una boda de mediodía o se salían por completo de su presupuesto. Los que más le habían gustado, por supuesto, no se fabricaban en su talla, y si tiraba de moda *low cost*..., bueno, baste decir que no se veía a sí

misma acompañando a su abuela en su día más feliz vestida de lentejuelas y con una falda tan corta que tendría que buscarse unas bragas del mismo color.

Odiaba ir de tiendas, desvestirse, tener que quitarse los zapatos y estar descalza en los probadores sucios, con demasiada iluminación y poco espacio para colgar las prendas. ¿Por qué el mundo no avanzaba más deprisa e inventaba un modo de comprar ropa en establecimientos que fuera menos desagradable?

Sacó el móvil para consultar la hora y descubrió que tenía un mensaje de Falk, que le mostraba en una fotografía la distribución de las carpas para el banquete. Una vez que las mesas estuvieran dispuestas debajo, con sus manteles y cristalerías, el jardín de la casa de huéspedes se convertiría en un lugar de ensueño. Una sonrisa dulcificó el mal genio creciente de Amelia, que cogió aire y decidió que había superado batallas mucho peores que la de comprarse un vestido como para dejarse vencer.

Aprovechando el lugar donde se encontraba, pidió un batido de frutos rojos en el puesto de zumos ecológicos donde había caído —aunque bien podría haberse tratado de un Burger King, porque ni siquiera se había fijado— y se entretuvo abriendo en su iPhone todas las aplicaciones de compra por internet que conocía.

Encontró una tienda de ropa para eventos que le gustó de inmediato. Tenía servicio de entrega las veinticuatro horas y unos filtros de búsqueda sencillos de usar. Marcó su peso, estatura y medidas, añadiendo un par de centímetros de más para el pecho y las caderas, por si acaso. En la siguiente pestaña, seleccionó un largo medio para la falda, con un poco de vuelo. Indicó que quería algo formal, puso un tope en la casilla del precio y le dio a buscar. Sorbió de su batido, mirando a quienes iban y venían charlando de sus cosas, mirando sus teléfonos o cargados de bolsas. Había quienes disfrutaban de una jornada de compras, pensó. Bien por ellos.

Dejó el vaso sobre la mesita metálica y empezó a deslizar el dedo por la pantalla del móvil. Todo lo que veía le encantaba, sin excepciones. Asombrada, se irguió en el asiento y amplió los que más le gustaban, haciendo capturas de pantalla para poder compararlos con una sola pasada. Se dejó entretener unos minutos, hasta que, de pronto, lo vio. Su vestido.

Con un color azul intenso y un escote *bardot* similar al de Denis, el vestido de la marca Chi Chi London pareció saltar desde el teléfono para entrar directamente en su corazón. La falda llegaba hasta la rodilla y se abría al caminar, haciendo que, de pronto, le entraran ganas de girar como la muñeca de un joyero antiguo. Todo el vestido estaba cubierto por un detalle de encaje metalizado que caía sobre los hombros, creando el efecto de tener una manga corta; y se abría por el cuerpo, ciñendo la cintura y dejando pequeños trazos

visibles de la espalda y el escote. Era precioso, elegante, sofisticado, moderno y... asequible.

Con dedos temblorosos, consultó la disponibilidad y las tallas. También comprobó que el modelo se ajustara a la entrega en veinticuatro horas y casi dio un gritito al leer que así era. Sin perder un segundo, se registró en la página y realizó la compra. La confirmación llegó a su correo electrónico antes de que se hubiera terminado el batido.

—¡Ya tengo vestido para la boda!

—Pues me alegro por ti.

Azorada, Amelia se dio cuenta de que había expresado su alegría en voz tan alta que la encargada del puesto de zumos donde estaba había escuchado cada palabra mientras recogía las mesas. A juzgar por su tono monocorde y su expresión seca, le importaba muy poco el golpe de suerte que hubiera tenido Amelia. Probablemente, una consecuencia de estar trabajando mientras todos a su alrededor compraban y se divertían. Con una sonrisa de disculpa, se aseguró de tirar el vaso de cartón vacío antes de marcharse.

Mucho más animada, decidió salir a la calle y conducir el Chevy de vuelta al pueblo. Todavía le quedaba un importante asunto pendiente y no tenía deseos de hacerlo esperar. El día había empezado con ciertos sobresaltos —y golpes en la cabeza—, pero poco a poco se había ido enderezando hasta conferirle la confianza en sí misma que necesitaba para enfrentar el reto mayor: Krista Tucker.

Se alejó del establecimiento, recorriendo un par de escaparates con mirada desinteresada, y hasta se permitió canturrear el villancico que sonaba en ese momento por los altavoces. Todo estaba en paz en su horizonte, hasta que sus pasos la llevaron a la parte exterior del centro comercial y vio los neones luminosos del Village Diner, que, pese a su nombre, también servía comidas. Se dio la vuelta, recordando que había otra salida que daba a la calle en la parte opuesta, pero fue incapaz de moverse del sitio. Ella no tenía por qué esconderse ni evitarle momentos incómodos a nadie. Más bien, todo lo contrario. ¿No era la madre de Orson una parada obligatoria en su agenda de dejar claras sus intenciones de retomar aquella relación? Pues, probablemente, Jules era otra.

Amelia abrió y cerró los puños, respirando hondo, y se encaminó directa hacia el local de comidas. Recordó los arañazos en la mejilla de Tucker, y su interpretación de aquel gesto. Puede que él no hubiera caído en la cuenta, pero Amelia era una mujer y Jules otra, ambas sabían muy bien que la otra entendería el gesto como una invitación a dar la cara y enfrentar la situación en persona.

Si Jules esperaba que Amelia siguiera escondida entre las sombras, se había equivocado por completo. Estaba decidida a recuperar a Orson y tenía todo el

derecho de dejárselo claro a cualquier persona que buscara interponerse entre los dos. La chica que huía había desaparecido. Una mujer segura de sí misma y con las ideas muy claras la había reemplazado.

Las puertas se abrieron tan pronto como llegó ante ellas. El local estaba casi vacío a excepción de un par de personas que tomaban refrescos y sándwiches fríos en una mesa apartada. La máquina de discos estaba en marcha y un par de chicos se afanaban en poner los platos y cubiertos sobre las mesas, situadas en medio de unos coloridos sillones tapizados con escay rojo. La barra americana, cuyo pie estaba revestido de azulejos negros y blancos, relucía, al igual que las altas sillas verdes, que en ese momento estaban desocupadas. Con el trapo en el hombro y un enorme cuchillo en la mano derecha, una camarera que llevaba el pelo recogido en una larga trenza francesa cortaba limones en rodajas sentada en uno de los taburetes exteriores. Vestía una camiseta oscura que llevaba estampada la silueta grisácea de Alan Rickman bordeada por la palabra *Always*.

Con un suspiro, Amelia supo de inmediato que era ella, aunque no la recordara de visitas anteriores. Segura de sí misma, con ese ceño fruncido y los músculos en tensión, lista para cualquier pelea que pudiera tener lugar. Así era la chica que había servido de apoyo y distracción a Orson en su ausencia. El fantasma contra el que debía pelear, bastante más corpóreo y atractivo de lo que le habría gustado.

—¿Jules? —La vio dejar el cuchillo suspendido en el aire, y, en contra de todos sus principios, Amelia se obligó a no dar un paso atrás. Los ojos de ella, cargados de *eyeliner* y malas vibraciones, la atravesaron exactamente igual que había hecho la afilada hoja de acero con los pobres limones. Ella se levantó del taburete, despacio, sin romper el contacto visual—. Por tu gesto, me imagino que sabes quién soy yo.

—La princesita.

Jules se limpió las manos con el trapo y luego las apoyó sobre la barra. Recorrió a Amelia con un gesto despreciativo de la mirada, no porque no le gustara lo que veía, sino porque, por principios, nada que tuviera que ver con ella era bien recibido. La señorita universitaria de éxito desentonaba tanto en el Village Diner como un vagabundo en unos grandes almacenes. No encajaba allí. Ni en ninguna otra parte del pueblo.

—Amelia, si no te importa.

—Y, si me importara, ¿qué? ¿Harías un escándalo y me sacarías de mi puesto de trabajo por los pelos, como una leona que defiende su territorio... con tres años de retraso? —Jules negó con firmeza. Parte del tatuaje de serpiente que le subía por la clavícula quedó visible. Saber que lo había hecho Orson, que él

había tocado su piel, diseñado para ella, enardeció a Amelia—. Marcar territorio no parece tu estilo.

Lo que pensaba de ella estaba sobre la mesa y Amelia no podía reprocharlo. Esa era la impresión que había dado. A Jules, a Krista y a todo el mundo. La chica que escapaba sin pelear. Apretó los puños otra vez. Ambas sabían por qué estaba allí y sobre qué iba a girar la precaria conversación que mantendrían. No tenía mucho sentido darle vueltas al asunto, y Amelia no sentía ningún deseo de irse por las ramas y alargar la incómoda situación más allá del tiempo necesario, sin embargo, había otras personas presentes y aquel era un lugar público. Le pudo un mínimo de saber estar, aunque la situación no lo mereciera.

—Podemos hablar fuera, si tienes un minuto.

—Ni lo tengo ni pienso buscarlo —sentenció Jules, apartando de un manotazo un limón que salió rodando por la barra hasta caer al suelo—. No tengo nada que hablar contigo. Aquí no pintas nada.

—Bueno, ¡pues lo siento mucho por ti! Porque yo sí tengo algunas cosas que decirte, y no voy a irme sin que me escuches.

Jules se cruzó de brazos y levantó el mentón, a la expectativa. Pocas cosas le agradarían más que ver a la siempre correcta y adecuada Amelia O'Brien ponerse en ridículo. ¿Llegaría a suplicarle que se apartara de Tucker? La sola idea de que la temiera tanto como para arrastrarse provocó en Jules unas intensas ganas de sonreír.

—¿Vas a soltarme eso de «no te acerques a mi hombre»? Porque si tienes que decirlo, bonita, es que nunca ha sido tuyo. Yo me haría mirar esa inseguridad, aunque, claro..., siempre puedes volver a largarte por donde has venido. Ese es más tu rollo, ¿verdad, princesita?

—Tú no sabes nada de mí.

—Oh, sí que lo sé. En realidad, eres de esa clase de personas que pueden leerse como un libro abierto. —Jules hizo una mueca de asco, como si tener que pararse a psicoanalizar a Amelia le supusiera un esfuerzo terrible—. Te gusta extender la mano y creer que puedes coger todo lo que quieras solo porque eres tú. La perfecta princesa de cuento de hadas. Pues ¿sabes qué? Bienvenida al puto mundo real. Tucker no es una cosa que puedas soltar y agarrar a tu conveniencia. No ha permanecido célibe esperando. La fuerza de vuestro estúpido amor no ha sido suficiente para él.

Aquello dolió, pero Amelia ya se lo esperaba. La principal baza de Jules era el sexo que había compartido con Orson durante su ausencia. Ella lo sabía y no habría esperado un respeto a su memoria cuando ella misma no lo había dado. Había compartido intimidad con Logan, y no tenía ningún sentido práctico estar celosa por algo ocurrido tiempo atrás, cuando ni Orson ni ella eran pareja.

De todos modos, el veneno de Jules hizo impacto y Amelia tuvo que reconocerle el ataque. Pero eso no significaba que ella fuera a bajar la cabeza sin responder.

—Supongo que piensas que haber estado aquí, agazapada entre las sombras, te da algún tipo de ventaja, ¿no es así? Crees quererle y que eso pone la razón de tu lado.

—No pienso hablar de mis sentimientos con una niña como tú.

—Lo harás, aunque no quieras, ¿sabes por qué? —Amelia se señaló, golpeándose el pecho con la palma de la mano—. Puede que haya cometido muchos errores, pero, al menos, no estoy tan obcecada como tú en mantener agarrado algo que siempre se ha escapado a tu control. Por mucho que digas querer a Orson, la verdad es que yo le quiero más.

—Ese es tu problema..., Amelia. Crees que esto es una competición. Lo que no entiendes es que, si lo fuera, ganaría yo. He hecho méritos. He estado presente y escuchado sus problemas. Yo he llenado su vacío.

—No es cierto. Lo único que has hecho ha sido presionarle con tu única carta disponible. Estuviste aquí, sí. Porque tampoco tenías ningún otro sitio al que ir. —La miró muy seria, consciente de que pisaba terreno pantanoso, pero sin dudar ni por un segundo en seguir avanzando hasta donde fuera necesario—. A diferencia de ti, no tengo que asfixiarle con atenciones para que esté conmigo. Y, a diferencia de ti, le dejaría marchar si supiera que no soy correspondida.

La bofetada cruzó la cara de Amelia a tal velocidad que apenas pudo verla venir. Sintió como la piel de la mejilla le hormigueaba y tuvo que cubrirse la zona con el dorso de la mano para intentar aplacar el dolor. El golpe había sido tan potente que le había cruzado la cara, provocándole una leve molestia en la zona del cuello. Los pocos clientes presentes empezaron a cuchichear, y uno de los camareros que había estado colocando los servicios para el almuerzo hizo ademán de acercarse a toda prisa.

La mirada de Jules dejó claro que no quería intermediarios de ninguna clase. Como pudo, Amelia enderezó el cuerpo y devolvió la mirada a Jules. Podría haber levantado la mano y devolver el golpe, pero no lo hizo. No daría un espectáculo ni se pondría en evidencia. Había acudido a aquel lugar para dar un mensaje, y le parecía que ya había quedado claro.

—Hacerme daño no va a cambiar sus sentimientos —dijo con sinceridad—. Está enamorado de mí y yo lo estoy de él. Las cosas no van a ser fáciles, nunca lo son, pero estaremos juntos. Y siento que eso te duela, pero vas a tener que aceptarlo.

—No te atrevas a tenerme lástima, imbécil —escupió Jules, señalando a Amelia con un dedo amenazador. Tenía los ojos muy abiertos, brillantes. Tal vez

de rabia, o quizá... de unas lágrimas que no pensaba permitirse derramar—. No quiero tu lástima ni tus falsas palabras amables. ¡No te atrevas, nunca, a compadecerte de mí!

—Eres tú la que se compadece de sí misma, por eso no puedes dejar de aferrarte a algo que ya está perdido. —Se alejó, caminando despacio hacia la salida. Aquella confrontación ya no podía dar más de sí y los clientes estaban empezando a cuchichear. Su mensaje había quedado claro, y no le quedaban intenciones de permanecer allí por más tiempo—. Entérate, Jules. Estoy aquí y no pienso moverme. Puedes elegir hacerte a un lado o no. Ese es tu problema.

—La gente como tú no cambia, princesita. Terminarás por irte otra vez, y cuando lo jodas todo, yo estaré aquí para Tucker, ¿lo entiendes? Yo siempre estaré aquí.

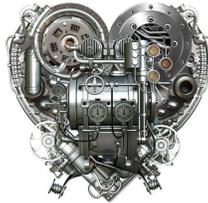
Amelia empujó la puerta con el brazo. Le temblaron los dedos, pero consiguió mantenerse firme. Con un pie ya fuera del Village Diner, le dedicó a Jules una mirada pétrea. En aquel momento, Amelia se sabía superior, y no porque estuviera convencida de haber ganado aquella burda pelea, sino porque sabía a ciencia cierta que el amor de Orson la cobijaría tan pronto como fuera a buscarle. Él la estaba esperando a ella, y nada de lo que aquella resentida mujer pudiera hacer o decir cambiaría eso.

—¿Quién es la que tiene que repetírselo a sí misma ahora para creer que alguna vez él fue suyo? —Dio un paso al frente, donde la luz de la tarde iluminó su cara enrojecida. Amelia iba a marcharse, pero en el último momento se lo pensó mejor. Puede que le quedara algo más que decir, después de todo—. Por cierto, si vuelves a intentar marcarlo de esa forma tan estúpida otra vez, te aseguro que tendrás que buscarme otro apodo muy distinto al de *princesita*. Estás advertida.

Entonces sí cruzó la puerta, perdiéndose fuera del local.

CAPÍTULO 25

*Es demasiado tarde para volver,
puedo ver la oscuridad a través de las grietas.*



Amelia necesitó un buen rato para ser capaz de arrancar el Chevy. Respiró hondo y, con las manos temblorosas, salió del aparcamiento del centro comercial Dadeland a una velocidad tan penosa que los cláxones de la fila de coches que la seguía empezaron a resonar a coro.

Una vez lejos del bullicio de las compras y de su encontronazo con Jules, condujo de vuelta a la zona residencial de Kendall, buscando calmarse manteniendo ocupada su mente en cualquiera de las otras cosas que todavía tenía pendientes para aquel día. Por ejemplo, terminar el boceto de distribución de las mesas para dar instrucciones precisas al equipo de montaje que acudiría la tarde siguiente a la casa de huéspedes. Debía supervisar los ramos, los centros de mesa y asegurarse de que todo el mundo recordaba lo que debía hacer y cuándo tenía que hacerlo.

Además, su madre llegaría al aeropuerto a última hora de esa tarde, y según había previsto en su agenda, pasarían la mayor parte del día siguiente agasajando a Denis como merecía una futura novia. Sesión de peluquería, manicura, un almuerzo servido por otra persona y, luego, noche de chicas, con palomitas y película, calmando los nervios de la víspera de la ceremonia. Pensar en todo eso hizo sonreír a Amelia. Tenía muchas ganas de reunirse con Sonya y que las tres mujeres O'Brien pudieran disfrutar de unas horas de relax, sin problemas ni tribulaciones, solo pensando en lo muy feliz que la abuela sería en cuanto intercambiara sus votos con Otto Sturgis, el hombre que había aparecido en su vida para darle una nueva oportunidad en el amor.

En cuanto a ella..., debía encontrar el momento para contarle a Sonya que Orson volvía a estar en su vida, y que esta vez no pensaba renunciar a él.

—Pero ese no es el siguiente punto de mi lista —se recordó, mirando por el espejo retrovisor el estuche del vestido de fiesta que debía entregar—. He cruzado un puente, vamos a por el siguiente.

Amelia siguió conduciendo, poniendo sus cinco sentidos en recorrer el pueblo para no equivocarse en ningún giro y acabar dando vueltas. Llegó a la plaza, donde el árbol de Navidad esperaba la caída de la noche para encenderse, y avanzó. Recordaba vagamente la dirección de la casa de Orson, pues había estado por allí algunas veces tres años atrás. Nunca fue del todo bien recibida bajo el techo de Krista, una mujer triste y apagada la mayor parte del tiempo, que la miraba con suspicacia y unos temores que habían demostrado no ser infundados. Amelia había acudido una tarde, al poco de formalizar su relación con Orson, para ser presentada a la madre de su novio, y aquella única merienda compartida fue un completo desastre.

Krista acabó con un ataque de histeria, empeñada en enseñar a Amelia fotografías viejas de Orson con su padre. Él le había terminado exigiendo a gritos que dejara de conservar recuerdos que solo existían en su cabeza, puesto que ellos, los Tucker, nunca habían sido una familia feliz digna de ser retratada en ningún álbum. Incómoda y abochornada, Amelia había volcado el té sobre la alfombra y, cuando se había ofrecido a limpiarlo, Krista había comenzado a insultarla, gritando por toda la casa que no necesitaba que nadie le tuviera lástima ni creyera que era incapaz de llevar su casa por su cuenta.

Después de aquello, Orson se había llevado a Amelia de allí. Condujo en silencio, con ella muy callada a su lado, durante lo que parecieron horas. Cuando el coche redujo la velocidad y por fin se detuvo, él tomó la mano de Amelia entre las suyas, apretó sus dedos con suavidad y, sin dejar de mirar al frente, susurró unas palabras que ella recordaría mientras viviera.

—Eso que sientes por mí... es demasiado. Me quieres demasiado, Amelia. Solo eso explica que hayas soportado una cosa así.

Luego se habían besado, cobijando posteriormente el coche al amparo de unos grandes árboles para poder hacer el amor en el asiento trasero, jugando a crear figuras en los cristales llenos de vaho. Cómplices, infectados de una pasión irracional. Amelia, pese a todo, se había sentido feliz y satisfecha con aquel día nefasto, pues le pareció que había demostrado algo importante. Que había estado a la altura.

Algo que, tiempo después, huyendo a California sin contar con más dolor que el suyo, olvidó.

Amelia dejó el Chevy aparcado en la acera frente a la casa donde vivían la madre y la hermana de Orson. La última vez que había visto a Krista, la noche del encendido del árbol de Navidad, la cosa no había ido nada bien. La mujer

llegó a empujarla y gritarle en la cara mil reproches que, en aquel momento de confusión, Amelia no había terminado de entender, pero que ahora le resultaban claros como el día. Aquella sensación persistente de falta de pertenencia, de vivir de prestado, sin encajar en el lugar donde se encontraba, había perseguido a Krista durante gran parte de su vida, sin dejarla ser feliz y vivir agradeciendo lo que tenía.

Una profunda depresión, causada por la pérdida de un hombre al que había querido demasiado para su propio bien, la habían vuelto agria y poco dada a las muestras sinceras de afecto. Tal vez porque no sabía cómo demostrarlo. O quizá porque nadie se había tomado la molestia suficiente de recordarle que era importante. Eso era algo que Amelia podía remediar.

Decidida a llevar a cabo su plan antes de perder el empuje, se bajó del coche y sacó del asiento trasero la funda con el vestido. Había empezado a lloviznar, de forma que apretó la prenda contra su pecho para evitar que el agua que caía hiciera estragos y empapara la tela que envolvía la prenda. Lo último que necesitaba era entregarla en mal estado y que la madre de Orson malinterpretara su gesto, tomándolo por una burla.

Con cuidado de no resbalar, Amelia cruzó la calle cogiendo aire y soltándolo de forma controlada. La mejilla todavía le ardía por culpa de la bofetada de Jules, y siendo completamente honesta consigo misma, no podía estar convencida al cien por cien de que Krista no fuera a reaccionar exactamente igual. Ya había intentado agredirla antes, pero Orson había mediado en aquella ocasión entre las dos. Ahora estarían solas, y Amelia era consciente de que podía oír cosas que quizá no le gustaran.

—Has venido a entregar un mensaje de buena voluntad —se recordó, haciendo acopio de fuerzas conforme se acercaba más y más a su destino—. Y a darle la oportunidad de que se saque de dentro lo que considere justo decir... Lo haces por él, para empezar de cero sin ocultar ni engañar a nadie. Le quieres, esa es la verdad. Diciendo la verdad todo irá bien. La verdad siempre es el camino correcto.

La voz se le fue apagando. Parada junto a unos altos cubos de basura de metal oxidado, una Krista Tucker aún más delgada de lo que Amelia recordaba apilaba grandes sacos negros. Parecía no ser capaz de decidir el modo correcto de desprenderse de aquellos enormes paquetes, pues los movía de un lado para otro, con una fuerza asombrosa a pesar de sus dimensiones. Aunó tres y luego colocó otros dos encima, creando una pequeña pirámide que enseguida cedió. Una de las bolsas cayó pesadamente al suelo y el precario nudo con que la había atado cedió. De su interior cayó un jersey con manchas de pintura verde y también algo que parecía un par de calzoncillos viejos.

Amelia redujo el paso, observando con atención como Krista se apresuraba a volver a meter la ropa en las bolsas, murmurando algo que no alcanzaba a entender. Estaba demacrada, con el pelo recogido en un rodete alto. Saltaba a la vista que llevaba meses sin visitar una peluquería, o sin atender a ningún cuidado personal más allá de la ducha y el cambio de ropa ocasional. Cuando estuvo lo bastante cerca, Amelia apreció las uñas cortas y las manos huesudas, que trabajaban con afán apilando de nuevo los sacos.

Su sombra cayó sobre Krista, que levantó la cabeza y la miró con una impresión que enseguida se convirtió en desdén.

—No está aquí. —Fue todo lo que dijo, con una voz muy ronca y firme—. Vete.

Soltando el aire que le quedaba en los pulmones, Amelia se obligó a no obedecer la voz de mando y quedarse donde estaba. Forzó una sonrisa suave y extendió una de sus manos al frente, como si estuviera enfrentándose a un animal salvaje en vez de a una mujer cargada de pena y resentimiento. Al menos Krista había asumido que acudía para buscar a Orson, y Amelia, que pensaba agarrarse a todo el optimismo que pudiera recabar, decidió tomarlo como algo bueno. Eso significaba que asumía que entre ellos las cosas volvían a marchar, ¿no? Era un paso adelante.

O eso esperaba.

—En realidad..., vengo a verla a usted.

—Vete.

—Mi abuela se casa, señora Tucker. En unos días. —Aquello captó de inmediato la atención de Krista, que se sujetó la chaquetilla de punto con las manos, enroscándosela al cuerpo con nerviosismo. No dijo nada, pero tampoco hizo ademán de dejar de escuchar—. Me imagino que ya lo sabe.

—Una tontería. Eso es lo que hace esa vieja de Denis O'Brien. Ella y todo el pueblo actúan como tontos. Le siguen el juego, participan en esa estupidez. Preparan la gran fiesta. ¿Para qué? Es una vieja tonta. Eso es lo que es. Casarse... ¡a su edad! No es más que una pérdida de tiempo. Un despilfarro de dinero, y se lo diría, sí, señor, se lo diría en su cara si se tomara la molestia... de hablar conmigo.

Era, con toda probabilidad, el discurso más largo que había dicho en mucho tiempo. Amelia dejó que se desahogara, que sacara todo lo que llevara dentro, sin interrumpirla. Después, cuando la diatriba murió, dio otro paso al frente, hasta pisar la acera y rodear, con cuidado y mucho tiento, los cubos de basura.

—Siento mucho que piense así, Krista. Mi abuela está muy ilusionada y todos nosotros estamos encargándonos de darle un día bonito para el recuerdo.

—Enfatizó la sonrisa—. Es su segunda oportunidad, ¿sabe? Perdió a mi abuelo muy pronto y no esperaba tener otro hombre en su vida, pero Otto llegó...

—No me interesa. No quiero saberlo. —Krista señaló de forma muy grosera con el dedo, que temblaba. Tenía el semblante ajado, la tez seca y los ojos sin brillo. Amelia se preguntó, con pena, cuanto llevaría sin reír a carcajadas—. Quiero que te vayas. No necesito que vengas y restriegues las estupideces de esa vieja y todas las... tontas personas que van a estar cometiendo excesos absurdos con ella.

—Espero que cambie de opinión sobre eso, porque... queremos que se una a nosotros en la boda, Krista. Usted y su familia.

Amelia tendió el vestido, acercando la funda todo lo posible a la mujer que la miraba, incapaz de pronunciar palabra. Sabía que iba a necesitar más que ese golpe de efecto, pero pensaba aprovechar el momento de desconcierto para entregarle no solo aquel presente material, sino también algo que le debía desde hacía tres años: una disculpa.

—Siento haberme ido así, Krista. No tengo justificación. Fui cobarde e inmadura. Tenía usted toda la razón en lo que me dijo la noche que nos encontramos en la plaza, y estoy convencida de que me merecía algo mucho peor.

—No sé... no sé de qué estás... Quiero que te vayas. Vete de aquí, Amelia.

Pero ella negó con fuerza, con el vestido como bandera blanca y el rostro ya sin rastro alguno de humor. Se humillaría de ser necesario, pero no pensaba irse sin hacer comprender a aquella mujer lo arrepentida que estaba.

—Tuve tanto miedo de estar embarazada... que al descubrir que no lo estaba el alivio y la pena se me mezclaron —empezó, confesando algo que, probablemente, solo Orson sabía—. Durante dos días... él no estuvo conmigo. Tuvo sus razones, ya lo sé, pero no las compartió. Por lo que yo sabía, se había marchado, escapando de la responsabilidad que los dos habíamos contraído.

—Eso es mentira. Él nunca..., mi hijo jamás haría una cosa así. ¡Vendió el coche de su padre, guardó todo ese dinero, aún lo guarda!

—Lo sé. Sé lo que hizo por mí..., pero en ese momento todo lo que yo podía pensar, Krista, era en que me había quedado embarazada y estaba sola. Mis planes de estudiar, de vivir en California, se esfumaron. Me quedé sola y aterrorizada en casa de mi abuela..., y aquel bebé, en pocas horas, se convirtió en mi mundo. En lo único real que yo tenía. Lo basé todo en él. Olvidé lo que iba a perder, mi juventud, mi posibilidad de vivir aventuras..., todo quedó atrás, porque tenía alguien en mi vientre. Algo sólido y verdadero.

—Pero no lo tenías. —Amelia negó—. No estabas embarazada.

—Después de haberme agarrado a creer que sería madre, tuve que darme de bruces con la verdad. Y lo hice yo sola, creyendo que Orson me había abandonado.

Antes de poder terminar la frase, Krista ya estaba negando. Aunque tensa, su postura había variado levemente, pues ya no tenía los brazos cruzados sobre el pecho en posición de defensa, sino caídos a los lados del cuerpo. Paseaba la vista de forma alterna de la funda del vestido a Amelia, como si no pudiera decidir qué preguntas hacer primero.

—Él nunca habría hecho eso. Mi hijo nunca hubiera escapado de su responsabilidad. Habría respondido. Iba a responder, como hizo su padre conmigo. —La voz le tembló, y se vio forzada a tragar saliva. La mirada recayó entonces sobre las bolsas con ropa, reminiscencias de la existencia de un hombre que ahora solo habitaba en las zonas más oscuras de su memoria—. Aunque no te hubiera querido..., habría respondido.

—Me disculpo por haber dudado de él, Krista. De todo corazón. Y me disculpo por haberme ido sin escucharle, sin darle explicaciones, dejando que la culpa y la pena que sintió al saber que el bebé no existía le cayeran encima estando solo. Creía que era lo justo... y que se merecía pasar por lo mismo que yo.

—¿Y ya no lo crees?

Amelia negó con fuerza. Sentía la humedad persistente de las lágrimas picándole en los ojos. Se pasó el dorso de la mano por ellos, manchándose la piel de rímel.

—Los dos nos equivocamos..., pero yo pasé mucho tiempo creyendo que era la única con derecho a sufrir y... dejando que Orson se llevara la peor parte. Él no me abandonó, ni nunca tuvo la intención de dejarme..., pero yo sí lo hice. Y por eso tengo que pedir perdón.

Krista levantó la cabeza y miró a Amelia directamente a los ojos. Se acercó unos pasos, y, después, se detuvo. Quizá estaba viendo en ella algo diferente, desconocido hasta el momento, o, tal vez, como madre que se había acostumbrado a que su familia fuera apaleada y venida a menos por casi todo el mundo, solo estaba esperando a que la tan temida humillación llegara. No gritó a Amelia, ni soltó insultos y empujones. Solo se la quedó mirando en silencio, analizando despacio y con mucho cuidado todo lo que había oído.

—Has venido a disculparte conmigo. —Resumió, como si le costara creérselo—. Por haberle hecho daño a mi hijo.

—Así es, señora. Me disculpo por no haber confiado en él, por no haber arriesgado más..., por dejar que las cosas se rompieran entre nosotros, y, sobre

todo, me disculpo por no haber demostrado con todas mis fuerzas cuánto le quería.

—¿Lo sabe él? —Se rascó la nuca, poco acostumbrada a ser tenida en cuenta de esa manera, sin saber cómo reaccionar—. ¿Sabe todo esto que me estás diciendo?

Amelia afirmó.

—Me encargaré de que no lo olvide..., de que pueda perdonarme y quiera darme una segunda oportunidad.

—¿Eso es lo que quieres de mí? ¿Qué sepa que vais a cometer esa locura otra vez?

—Solo quería pedir perdón, nada más. No soy una ingenua, señora. No espero que confíe en mí ni me dé su aprobación de un día para otro. Ni tampoco espero que Orson pierda todo el recelo, como él no espera que mi familia lo haga. Tenemos mucho que demostrar y mucho que mejorar..., pero el primer paso es hacernos responsables de nuestros errores, y asegurar a las personas que queremos que hemos madurado y estamos listos para que, esta vez, las cosas salgan bien.

Como Krista fue incapaz de decir nada, Amelia aprovechó el momento para sacar de su bolso tres bonitos sobres cerrados. El llamativo papel lila, serigrafiado en dorado, atrapó algunas gotas de lluvia, haciendo el color aún más brillante. Con mano firme, Amelia extendió tanto la funda del vestido como las invitaciones y, esta vez, Krista Tucker no pudo resistir la tentación de tomar aquella rama de laurel que se le ofrecía.

—Creo que tiene usted un cuerpo perfecto para llevar ese vestido, Krista. Tal vez, si no tiene tiempo de ir de compras..., podría usarlo para acompañarnos a la fiesta.

—¿Por qué haces esto?

—Ya se lo he dicho. Quiero arreglar lo que estropeé, mostrar respeto, pedir disculpas y demostrar que ahora estoy aquí. Voy a luchar por Orson, Krista. Voy a demostrar que le merezco y que le quiero. —Esta vez fue el turno de Amelia de mirarla directamente a los ojos, sin vacilar un instante ni apartar la vista—. Me ganaré el derecho a estar con él otra vez, día a día. Y le prometo que un día... usted y yo seremos amigas.

Sobrecogida, la madre de Tucker aferró el vestido entre las manos, debatiéndose. Sus ojos recorrieron las líneas grabadas en las invitaciones, observándolas como si fueran algo precioso que no estuviera a su alcance. Tras unos agónicos segundos, intentó devolverlo todo a manos de Amelia, pero ella negó con firmeza, dando unos pasos hacia atrás.

—Están invitados con sinceridad, Krista. Usted y sus dos hijos. Mi abuela y Otto estarán encantados de compartir su día con ustedes. Y yo también lo estaré. Vaya o no, es decisión suya, pero no dude de que es una petición sincera. Queremos que esté con nosotros.

—¿Por qué? ¿Por caridad? ¿Por compasión?

Amelia sonrió. Negó con la cabeza.

—Porque no son ciudadanos de segunda, señora Tucker. Y ya es hora de que alguien se lo demuestre.

Con un último vistazo a una muy impresionada Krista, Amelia empezó a alejarse en dirección al coche. Sentía el corazón más ligero, como si un peso muy antiguo, cargado desde hacía años, se hubiera volatilizado por fin. La madre de Tucker permanecía inmóvil en la acera, mirando la letra grabada en aquellas invitaciones de boda como si le fuera la vida en ello. Amelia la vio abrir uno de los sobres y leer las líneas escritas del puño y letra de Denis casi con devoción. Después, extendió la funda del vestido entre sus manos, y aún sin bajar la cremallera y contemplarlo, lo sostuvo con reverencia y cuidado. Había un agradecimiento pintado en sus ojos, cuya opacidad había comenzado a derretirse.

Hasta el último segundo, Amelia había tenido dudas sobre cómo proceder con aquello. Lo último que quería era ofender a Krista, que como mujer voluble podría reaccionar con violencia al entender que ella estaba ofreciéndole aquel vestido como un acto de caridad. Por suerte, la madre de Orson se había tomado el gesto como la rama de olivo que Amelia pretendía mostrar, aceptándolo como prenda de buena voluntad. Esperaba que aquella mujer comprendiera que la veía como una igual y que sentía respeto por ella.

El detalle había surtido el efecto deseado, calando hondo en el pecho de una mujer que se había acostumbrado a no ser tenida en cuenta.

Justo antes de ocupar el asiento del conductor, Amelia estiró el brazo y se despidió. Con timidez, Krista abrió la mano en su dirección, y aquel gesto significó mucho más que si la hubiera abrazado. Fue un comienzo, un indicio al que Amelia empezaba aferrarse con todas sus fuerzas. Tenía una segunda oportunidad para hacer las cosas bien con la madre de Orson, y no pensaba desaprovecharla.

Llena de optimismo, se subió al Chevy y metió la llave en el contacto. Cuando el salpicadero se iluminó, comprobó que iba un poco justa de tiempo para el resto de tareas que todavía esperaban por ella, pero no le importó. Con Falk al mando de los últimos retoques a gran escala para la celebración, Amelia estaba confiada. Él se encargaría de que todo estuviera preparado cuando llegaran los del *catering*, la florista la llamaría para confirmar la entrega de los

ramos, y el resto de decoraciones y detalles se irían solventando uno detrás de otro.

Todo lo que importaba era que esa mañana había salvado dos grandes escollos. Tres, si contaba la compra de su vestido. En unas horas lo tendría preparado para lucir radiante y feliz en la boda de su abuela. Estaría contenta y enamorada, ya sin miedo a enfrentar lo que fuera, porque había dejado claro, para todos los interesados, que era muy capaz de luchar por lo que quería y consideraba merecer. El amor de Orson, al que había renunciado durante tres años, y sin el que ya no se veía dispuesta a vivir.

Quedaba por ver cómo se tomaría Sonya ver aparecer a Krista y sus hijos en la boda, pero aquel era un puente que Amelia no cruzaría hasta que el agua empezara a rozarle los tobillos. Demasiadas emociones para un solo día, decidió echándose un vistazo en el espejo retrovisor y observando con pesar su mejilla inflamada. Esperaba que el resto de la jornada fuera más tranquila. Se lo había ganado.

En aquel momento, justo al otro lado de la calle, una Jules colérica observaba la escena desde dentro de su todoterreno. Amelia despidiéndose con la mano. Krista de pie ante la puerta de su casa sosteniendo un vestido y lo que parecían invitaciones. Las dos mujeres habían hablado durante un rato y, aunque no podía oír la escena desde dentro de su coche, le había parecido un momento cordial y cercano. Casi familiar.

Con las manos apretadas sobre el volante, Jules negó con la cabeza. Estaba hecho. Sus peores temores se hacían realidad. La estúpida Amelia..., la princesita de Kendall, había hecho los movimientos adecuados y había puesto de su lado incluso a aquella mujer que tanto había clamado odiarla en el pasado. Jules no podía aceptarlo. No quería hacerlo.

No daría a Tucker por perdido sin asestar un último golpe de rabia. Decidida, sin pararse a pensar en nada, con la vista fija únicamente en el centro, Jules arrancó el coche, condujo marcha atrás hasta colocarse en vertical frente al Chevy de Amelia y luego clavó su pie en el acelerador. No parpadeó. No apartó la mirada, ni siquiera cuando la pobre infeliz se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Con el sudor frío bajándole por la espalda y ante una descompuesta Krista, que se había quedado inmóvil observando la escena, Jules cruzó los escasos metros que la separaban del coche de Amelia y luego, con un grito que reverberó en el interior del todoterreno, la embistió.

CAPÍTULO 26

*Tienes mi corazón desde hace mucho tiempo,
en caso de que no lo sepas.*



Tucker nunca había creído en presagios ni ninguna mierda por el estilo. Era un escéptico de manual. Pero estaba lo bastante curtido en la vida como para aceptar que, a veces, el universo era lo bastante cabrón como para dejarte pequeñas pistas que anunciaban algo realmente malo.

Y había aprendido a distinguirlas a fuerza de tropezarse con ellas.

La tarde había ido adquiriendo un tono grisáceo que no hacía más que enfatizar la incertidumbre que le había estado acompañando durante las últimas horas. En cuanto Amelia salió del salón de tatuajes, y cuando el hambre de tallarines fríos y la bruma del sexo se habían disipado de su mente, Tucker había dejado que las sombras se apoderaran de su ánimo. Taciturno, se había ido al taller para mantener las manos ocupadas y evitar llevárselas al cuello, donde apretaría con fuerza hasta que la bendita inconsciencia le ayudara a dejar de pensar.

En aquel momento, con la puesta de sol amenazando en el horizonte y el cielo del estado del sol anunciando tormenta, se le estaban acabando las razones para no lanzarse en busca de unas respuestas que, por lo visto, nadie pensaba darle. Algo que le cabreaba, porque la paciencia nunca había sido su fuerte.

Archivó documentos, recogió la mesa del despacho y vació la papelera. Después, trajo varios refrescos y bebidas sin gas del almacén y llenó la nevera para que estuviera bien provista. Reorganizó algunas herramientas en sus sitios y sustituyó los trapos manchados de grasa por otros que, aunque limpios, lucían toda clase de lamparones. Desesperado, se rascó la barba, mirando de nuevo al techo. ¿Por qué Amelia no le había llamado todavía?

No había sido buena idea dejarla ir a buscar a Krista, pero Tucker no era de esos tíos que impedían a sus novias hacer cosas..., aunque su madre estaba oscilando en una cuerda floja peligrosa y tenía miedo de lo que aquella reunión podría suponer. Entendía la necesidad de Amelia por intentar solucionar las cosas, pero le preocupaba que todo aquello desestabilizara aún más a Krista.

Estaba preocupado por las dos..., y la idea de tener que permanecer a la espera de lo que fuera a pasar le sacaba de quicio.

En su fuero interno, escondida en un rincón oscuro y nada accesible, la esperanza de Tuck tenía los dedos cruzados. Si aquello saliera bien..., si su madre pudiera abrir la mente y entender que la mierda que habían atravesado Amelia y él les pertenecía solo a los dos, quizá la cosa se encaminara por fin. Los dos la habían cagado, eso era un hecho. Él, creyéndose el Superman que arreglaría la vida de ambos, largándose a Oregón con un plan que no se molestó en compartir, y Amelia, haciendo exactamente lo mismo, con el despecho por bandera.

Habían sido unos críos, y la metedura de pata les había costado tres años que ya no podrían recuperar. Ahora todo eso podía quedar atrás. La animadversión de sus familias podría ceder poco a poco, y tal vez, con el tiempo y buena voluntad, les dieran la bendición que tanto necesitaban y Amelia había decidido pedir. Tucker cumpliría con su parte, lo tenía muy claro; cuando pasara el revuelo de la boda de Denis O'Brien y los fuegos de Krista se aplacaran, se plantaría ante la abuela y la madre de Amelia y capearía el temporal como fuera.

Había cosas en la vida que valían atravesar un temporal, y Amelia era, sin duda, una de ellas. No volvería a cagarla, eso lo tenía claro. Si tenía que romper lazos con su madre para estar con ella, y dejarle la mitad del corazón en el proceso..., lo haría.

No iba a ser el que renunciara a la felicidad otra vez. No importaba cuánto le costara, ni los sacrificios que tuviera que hacer. Trabajaría como una bestia y se dejaría cada céntimo en billetes de avión a California si era lo que le tocaba, pero no dejaría escapar a Amelia. O acabaría muerto y enterrado sin remedio.

—Oye, tío, me voy ya. ¿Cierras tú?

Hasan asomó la cabeza por la puerta de la oficina, donde Tuck había entrado para sentarse en la silla giratoria y poner en orden las hojas de pedido pendientes. Se había rapado los laterales de la cabeza y ahora lucía una especie de cresta a lo mohicano, con rizos en el centro. Un *look* interesante. Asintió a la pregunta. Aquella semana le tocaba compensar las horas que pasaría tatuando quedándose hasta tarde.

—Echaré una media hora más, aunque sea contando los tapacubos y apilando neumáticos.

—Hasta para eso hay que valer. —Hasan cogió del perchero su sudadera con capucha y subió la cremallera de un tirón fluido. Después, dejó sobre la mesa un juego de llaves, ante la desconcertada mirada de Tuck—. Anders Mollin dejó esta mañana el Chevrolet para la limpieza que le prometiste. Pensé que vendría a buscarlo antes del cierre, pero se debe haber liado con algo.

Tucker lo dudaba mucho. Por obvias razones. Un hombre de setenta años, viudo y sin hijos, tenía pocas opciones para «liarse con algo» y, además, quería a aquel Impala más de lo que probablemente había podido querer a muchos de sus más íntimos amigos. Normalmente, cuando acudía para reparaciones simples o limpiezas, se quedaba en el taller, deambulando y buscando conversación con quien quisiera dársela, con tal de no alejarse mucho de su más preciada posesión, y, también, porque no tenía otro sitio al que ir.

Como Tuck había pasado la mañana y parte del mediodía en el salón de tatuajes, no le había visto llevar el coche, aunque sí lo había encontrado al llegar al taller, impoluto y esperando, cubierto con una lona protectora, a que su dueño apareciera. Recordar la limpieza gratis que había prometido le hizo pensar en Dean y toda la sucesión de problemas que habían ido aconteciendo desde que Anders Mollin y él tuvieron su encontronazo. El mal humor lo invadió de nuevo, pues llevar a Dean a su mente le conducía directamente hasta su hermana Bianca, que penaba llorosa en su dormitorio, negándose a salir y seguir con su vida sin él.

El amor, cuando salía mal, era un veneno muy agrio. Te dejaba con el hálito de vida mínimo para seguir sufriendo. Bien lo sabía él.

—No es que en tus días buenos seas muy guapo..., pero hoy tienes una mala cara de la hostia. —Hasan se colgó la mochila al hombro y luego chasqueó los dedos ante la cara de Tucker, que se había quedado perdido en sus propias historias—. ¿Movidas personales? ¿O de tías?

—¿Y cuándo no?

Hasan emitió un silbido de comprensión, aunque lo más grave que podría haberle pasado a él en cuanto a problemas femeninos hubiera sido quedarse sin condones para una noche de sexo sin compromiso.

—Parecía que la cosa iba bien entre tú y Amelia O'Brien. ¿La has jodido?

—¿A Amelia? —Tuck entrelazó los dedos y llevó ambas manos juntas detrás de la cabeza. A pesar de no estar de humor para chistes fáciles, le fue imposible resistirse—. Cada vez que puedo y ella me deja.

—Muy elegante, sí, señor. Me la apunto si no te importa.

—Creí que a ti te iba más el rollo... «este es mi último día antes de ir a la guerra, nena. Haz que sea inolvidable». —La sonrisa brillante de Hasan se le contagió—. Menudo cabrón estás hecho.

—Solo vendo lo que ellas quieren comprar. —Se encogió de hombros, sin ninguna culpa azotándole la conciencia—. No todos tenemos el don de poder enamorarnos.

—A lo mejor si dejaras de buscar tías fáciles en un bar...

—¿Y quién las cuidaría entonces? Además, tío, no te ofendas, pero para mirarme al espejo y ver una cara como la que tienes ahora, prefiero quedarme como estoy.

Tucker estiró el brazo, apuntando directamente hacia la salida.

—Pírate ya, Hasan.

El aludido le dedicó un saludo militar y salió de la oficina, perdiéndose de vista. Tucker emitió un suspiro profundo, estiró las piernas y se levantó. Tal vez el colgado de su amigo tenía razón y se estaba preocupando por nada, o tal vez... sus peores temores se habían quedado cortos.

Cerró la oficina mucho más rato después de lo que en un principio se había propuesto. Total, tampoco le esperaba en casa nada que acuciara el término de su jornada laboral, teniendo en cuenta que sabía poco —o nada, para ser más concreto— de Amelia desde esa mañana. Con la boda en ciernes, probablemente tardaría en verla un par de días, a menos que ella decidiera saltarse algún brindis para encontrarse con él. Y después, cuando todo pasara y debiera volver a la universidad..., ¿qué pasaría después?

—Ya me enfrentaré a eso —decidió, notando como su mal humor crecía hasta alcanzar cotas insospechadas— cuando me muerda el culo y no me suelte.

Revisó que el Impala estuviera cubierto con una lona protectora y revolvió en sus bolsillos en busca de las llaves del Corolla. En el proceso, tanteó su móvil y le sorprendió ver que la pantalla estaba iluminada. Tenía tres llamadas perdidas de su madre. Sintiendo como se le cerraba la garganta, se apresuró a devolver la llamada, mientras su mente traicionera atraía toda clase de malos augurios. En su cabeza tan solo resonaba una idea: «Que no sea Bianca, por favor, Dios, que no haya hecho ninguna locura...».

Su madre contestó al tercer tono, con una voz tensa que no se parecía a la suya, normalmente apagada. Tucker se obligó a apoyar el cuerpo contra la puerta cerrada de su coche, pues las piernas amenazaban con no sostenerle por sí solas.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? —inquirió sacando las llaves y la cartera al mismo tiempo. ¿Llevaba dinero encima? ¿Tenía gasolina suficiente para conducir?—. ¿Estás herida?

—Yo no. —La respuesta taciturna de Krista le preocupó todavía más—. Estoy bien. En el hospital, ¿puedes venir?

—¿Hospital?

Imaginó a Bianca tumbada dentro de una bañera, con las venas abiertas. O echada en la cama en posición fetal con botes vacíos de pastillas a su lado. O, tal vez, abrasada en el incendio en que su madre había intentado quemar la casa para purgarla del espectro maldito de su padre muerto, que no la dejaba vivir en paz. Luego pensó en Amelia y su visita a Krista, y la poca sangre que le quedaba calentándole el cuerpo le cayó a los pies. No había tenido en cuenta las nefastas consecuencias que aquella visita podía tener si su madre estaba atravesando uno de sus días malos. Joder. ¿Tan mal podía haber ido? En su familia todo era posible, las desgracias les perseguían, como las abejas a la miel.

—¿Hijo? ¿Me estás oyendo? Te pregunto que si puedes venir.

—Ya estoy de camino mamá. Voy para allá enseguida. —Se subió al coche con torpeza. Estuvo a punto de pillarse los dedos con la puerta, pero ni aun amputándose los habría dejado de conducir.—. Por favor, dime que tienes una gripe, que es por alguna tontería..., porque te juro que ahora mismo no soy capaz de enfrentarme a nada.

—Es Amelia. —Krista carraspeó al otro lado del teléfono, como si le costara transmitir aquel mensaje—. Ha tenido un accidente de coche muy feo, hijo. Se ha llevado un golpe fuerte... No sé... no sé cómo está, pero creo que deberías venir.

Tuck ya no respondió. Se limitó a soltar el teléfono sobre el asiento del copiloto y acelerar.

* * *

Krista permaneció sentada en la salita de espera lo que le parecieron horas. Apenas abrigada, con la rebeca raída envolviéndole los brazos delgados y el teléfono móvil apretado entre los dedos, vio pasar médicos y enfermeras de un lado a otro. Nadie le dijo nada, y ella tampoco preguntó.

Odiaba los hospitales. Aquel olor aséptico tan poco natural, los sonidos desagradables de las ropas de los sanitarios, el chirriar de las ruedas de las camillas, los ruidos de los enfermos y el susurro constante que no se apagaba con nada. Todo el mundo hablaba en murmullos, creyendo tontamente que eso era menos molesto que usar un tono de voz natural. Se equivocaban. Los lamentos sonaban todavía más desagradables cuando uno solo podía imaginarlos.

Había pasado muchas horas sentada en una sala como esa después del accidente de Magnus. Él no había muerto en el acto, sino que había estado agonizando unas horas antes de fallecer. Durante aquel tiempo, Krista se sentó y

esperó, sin preocuparse por sus hijos, que esperaban en casa por una cena que esa noche nadie serviría. Cuando por fin la informaron de que su marido había muerto, siguió exactamente donde estaba, inmóvil y callada. No rompió a llorar con histerismo, ni gritó improperios contra los médicos que lo habían atendido, ella solo... esperó, aunque no estaba segura de a qué.

Tal vez a que le permitieran verlo y llevárselo a casa, no lo sabía. Lloró en el entierro, y lloraría mucho durante meses y años después, pero no cuando le informaron de algo que ella ya sabía. Magnus estaba muerto, sí. Desde mucho antes de que ellos se casaran. La única diferencia era que ahora su cuerpo se pudriría por completo. Nada más.

Vio venir a Tucker corriendo por el pasillo. Llevaba aquel pelo rizado muy desordenado en la cabeza, igual que cuando era un niño. Sus ojos, brillantes, parecían a punto de salirse de las cuencas. Estaba pálido. Y tenía miedo. ¿Cuándo había mostrado su hijo un aspecto semejante? Krista no lo recordaba. Debía querer mucho a esa chica..., debía quererla de verdad.

—Estás muy desarreglado —le dijo tan pronto como él se sentó a su lado, desesperado por respuestas a unas preguntas que todavía no había formulado—. No creo que ella quiera verte así.

—¿Ella? ¿Quién...? —Tuck tragó saliva. Recordó bajar el tono y torció su cuerpo hacia Krista. La tomó de las manos con apremio—. Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás tú aquí? ¿Amelia... llegó a hablar contigo? ¿Ocurrió... ocurrió algo entre vosotras?

Su madre alzó la mano y le tocó la mejilla. Le gustaba aquella barba. Magnus la había tenido de joven, claro que aquello no era algo que estuviera dispuesta a decirle a Tucker, o se afeitaría con la primera cuchilla que encontrara. Su hijo despreciaba cualquier rasgo que le hiciera ser parecido a su padre. Y era irónico, porque tenía sus mejores rasgos.

—Mamá, por Dios, te juro que si no me dices algo ahora, voy a empezar a gritar y romper cosas.

—No deberías. Esto es un hospital.

—Por favor..., mamá, por favor...

Krista se encogió de hombros. A Tucker no le quedaba muy claro que su madre estuviera entendiendo la gravedad del asunto, y si el hecho de que estuviera allí sentada era algo bueno o todo lo contrario. Parecía serena..., pero eso nunca había sido un indicador de nada.

—La chica, Amelia..., ya se estaba marchando. Hablamos fuera de la casa, junto a los cubos de basura. —Se toqueteó las manos, extendiéndolas y estirándolas—. Apenas tuvo tiempo de subirse en su coche cuando el todoterreno

se le echó encima. —Esta vez, Krista colocó una de sus manos en posición horizontal, y la golpeó con la otra—. Aceleró y golpeó. Justo contra Amelia.

A Tucker se le cortó la respiración y, aunque no era posible, le pareció que oía el estruendo y el crujido de la carrocería. Se puso pálido.

—¿Viste quién conducía? ¿Has reconocido el coche? ¿Quién...?

—Fue esa..., la del tatuaje de serpiente que le sube por el cuello. Tú arreglaste el todoterreno. Lo recuerdo. Recuerdo eso, hijo. Necesitabas una herramienta de tu padre y viniste a casa a pedirla. Por eso lo sé.

—Jules... —dijo Tucker como si prodigara en insultos. Krista asintió con firmeza—. ¿Estás completamente segura, mamá? ¿Al cien por cien?

—La gente no suele creer que las cosas que digo tengan mucho sentido, ¿verdad? Pero la vi, era ella. Aceleró y golpeó. —Repitió el gesto con las manos, para que quedara claro que estaba muy segura—. Estaba justo delante, hijo. Delante de nuestra casa. Golpeó el coche de Amelia y luego... luego se asustó. Creo que estaba asustada, porque se fue.

Sobrecogido, Tucker acarició las mejillas de su madre. Pese a la tensión y el pavor que le recorrían el cuerpo, atinó a sonreírle. Era la primera vez en mucho tiempo que la oía tan lúcida, abogando por algo que no tenía que ver con su triste vida con tanta firmeza.

—¿Tú llamaste a la policía?

Krista asintió. Le había costado dejar de mirar la escena, pero, al final, había sido capaz de hacerlo. Los accidentes de coche... Odiaba los accidentes de coche. Despertaban en ella los peores recuerdos del mundo.

—Vino a disculparse a la puerta de mi casa, hijo. Ella hizo un gesto. —Se encogió de hombros, como si su actuación hubiera sido algo que no hubiera tenido discusión—. Si ella podía admitir sus errores..., quizá yo también me había equivocado, Orson. A lo mejor... a lo mejor me he equivocado.

—Ya hablaremos de eso, mamá. Ahora... tengo que verla, necesito ver a Amelia.

Tucker se levantó. Tenía las manos sudadas y la boca del estómago contraída. No podía permitirse pensar en Jules, porque solo imaginársela contemplando el destrozo que había provocado le llenaba las entrañas de algo muy frío y oscuro en lo que no podía centrarse en aquel momento. Nervioso, entorpecido por su propia angustia, intentó acercarse a una enfermera que apenas pudo entender lo que le preguntaba. Iba a proferir en gritos, o a echar a correr por el pasillo dando voces por Amelia, cuando Krista le tocó el hombro, haciéndole girarse hacia ella.

—Está ahí, en ese box. Se ha dado un golpe feo en la cabeza, hijo. Muy feo. —La mujer chasqueó la lengua—. Intenté que no se durmiera en la ambulancia.

Me dijeron que lo había hecho bien.

—Espera..., joder, mamá, espera un puto segundo, por favor.

Krista frunció el ceño y se cruzó de brazos, aparentemente muy ofendida.

—Entiendo que te preocupe tu novia, Orson, pero no me parece que hablar como un marinero de servicio vaya a servirte para nada. —Estiró la mano y señaló con el dedo hacia una puerta entornada—. Te echarán en cuanto sepan que no eres familiar directo. Yo me daría prisa.

Como lo único que se sentía dispuesto a hacer era buscar a Amelia en cada habitación, Tuck no pudo más que seguir aquellas indicaciones. Experimentaba una maraña de sentimientos distintos anidando en su pecho, pero, por encima de todos ellos, estaban el orgullo y el agradecimiento hacia su madre.

—¿Qué pasó con Jules? —le preguntó de súbito, notando como el enfado se le multiplicaba por dentro.

—No sé qué hizo cuando se alejó..., pero la trajeron hace un rato. Decían algo de psiquiatría. —Anticipándose a los movimientos de su hijo, Krista volvió a estirar el brazo, señalando hacia donde se encontraba Amelia—. Ahora no, Orson. No es lo más importante.

—No..., tienes razón. —Ansiaba comprobar con sus propios ojos, y palpar con sus manos y sus labios, que Amelia estaba bien. Nada era más prioritario que eso—. Tú... actuaste mamá. Y luego la acompañaste hasta aquí.

—Nadie debe ir en ambulancia solo. Eso no está bien.

Lleno de agradecimiento, Tucker volvió a acercarse y la besó en la mejilla; después, volvió al pasillo, recorriéndolo a toda velocidad.

—A lo mejor me equivoqué con ella —susurró Krista para sí misma, sentándose de nuevo a esperar—. Puede que me haya equivocado durante mucho tiempo.

* * *

A Amelia le palpitaba la cabeza. A pesar de que el dolor era constante, como la picadura continua y molesta de una abeja, lo agradeció. Por lo menos seguía teniéndola sobre los hombros, aunque pesada y, aparentemente, llena de bultos.

Se tanteó con la mano izquierda, rodeando el vendaje que le cruzaba la frente y se cerraba en la parte trasera de su coronilla. Por delante, con mucho cuidado, rozó lo que parecían unas gasas gruesas, que a buen seguro cubrirían una sutura. Recordaba la cálida humedad cayéndole sobre el puente de la nariz, y aunque no tenía más nociones de medicina que aquellas que había adquirido el

verano anterior viendo *Anatomía de Grey*, supo por la cantidad de sangre derramada que se había hecho una buena brecha.

Con un mohín, dejó caer la cabeza sobre las almohadas. Tenía una venda suave cubriendo su mano derecha y habían unido dos de sus dedos con una férula de gomaespuma. Mirándose de cerca, Amelia contó tres uñas rotas y arañazos varios. Al darse cuenta de que tenía que fruncir el ceño y entrecerrar los ojos para evaluarse a sí misma, comprendió por fin cuál era la más importante de las pérdidas: sus gafas.

Ignoraba si habían sobrevivido al accidente y alguna enfermera se las había quitado o si, por el contrario, habían acabado hechas añicos en algún lugar sin determinar del coche.

—¡Ay, Dios! El Chevy...

Se removió, inquieta, pero solo logró notar como las contusiones y molestias que recorrían su cuerpo se hacían notables. Sentía la cara acartonada, el pelo pegajoso y la boca terriblemente reseca. Le picaban las piernas y una opresión en el pecho provocó que tuviera que coger y soltar el aire en bocanadas muy cortas durante unos segundos. Debía tranquilizarse, se recordó. Seguramente alguien vendría pronto y le explicaría lo que había ocurrido una vez que la sacaron del coche. Alguien cruzaría la puerta y ella podría identificarse, contar lo que recordaba y, esperaba, llenar los huecos vacíos de su memoria sacudida.

Alguien la informaría de si había recibido la insulina ya. Y, sobre todo, alguien le diría cuánto tiempo había pasado desde el accidente, porque no había relojes ni calendarios que ella pudiera ver con su vista miope. Nada a la vista señalaba el momento que vivía ni respondía sus múltiples preguntas.

Alguien entraría, seguro. Y, con suerte, le llevaría sus gafas.

Mientras intentaba que el agobio y la inquietud no le provocaran una subida de tensión, Amelia clavó sus ojos en la puerta. La veía medio borrosa, pero aquello no impidió que dejara los ojos puestos allí, como invocando con el poder de la fuerza *jedi* que cualquiera se acercara y apiadara de ella. Su mente era una olla exprés a punto de reventar por la presión, y a todos los pensamientos que la rondaban, uno se imponía con fuerza: su pesadilla.

¿Sería posible? No se tenía por alguien que creyera en las señales, pero después de pasar semanas soñando con un accidente de coche, había ocurrido, aunque no contra un árbol. ¿Su subconsciente había estado intentando advertirla o solo había sido casualidad? Amelia no podía saberlo, y la jaqueca, en aumento, no la ayudaba a pensar.

—Ojalá no vuelva a soñar con eso nunca más... —rogó en silencio, para nadie más que ella en la solitaria habitación.

Por fin, después de lo que pudo parecerle una eternidad, empezó a oír pasos y voces fuera. Se incorporó como pudo, apoyándose en los codos, una de las pocas partes de su anatomía que no le dolía en ese momento, y esperó. Cuando la puerta chirrió al abrirse, por ella emergió quizá la última figura que Amelia esperaba ver, pero, sin duda, la que encabezaba su lista de deseos. Exhalando el aire que había estado conteniendo, extendió el brazo, como si no pudiera esperar para recibir contacto humano.

—Orson... —rogó, y, por algún motivo desconocido, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ay, Orson...

Tucker llegó junto a la cama en dos zancadas, tenso; sin saber muy bien cuánto podía tocar a Amelia, tomó con cuidado sus hombros y la estrechó contra su pecho con mucha menos fuerza de la que en realidad deseaba aplicar. Lo que quería, en realidad, era fundirla con su cuerpo hasta que no pudieran volver a separarse jamás. Quizá así podría evitar sentir otra vez aquel miedo galopándole las entrañas.

Tenía muy poco tiempo para estar con ella, porque, tal y como le había informado la enfermera cascarrabias que guardaba el pasillo de las urgencias, la hora de visitas acabaría pronto y Amelia sería subida a una habitación. Con todo, Tuck se obligó a tragar saliva, respirar hondo y forzar una sonrisa profunda cuando logró soltarla y mirarla de frente. El corazón se le contrajo.

Y ella entendió a la perfección su gesto.

—¿Es tan malo? —Se tanteó la cara con la mano sana, notando el calor emanar de los moratones—. ¿Mucho?

—Digamos que... vas a tener que hacerte con un montón de ropa verde y morada en las próximas semanas para poder ir combinada.

Amelia rezongó, dejándose caer otra vez contra la almohada. Tucker intentó reír aquel evidente ataque de orgullo femenino herido, pero le fue difícil encontrar la gracia a la situación. Él había sufrido y dado más de una paliza en su vida, reconocía las señales de cuando los golpes y las heridas eran serios, y, en el caso de la cara de Amelia, algunas habían estado cerca. Solo de imaginar en lo que aquel pómulo hinchado y la brecha de la frente habían podido convertirse, la sangre le quemaba en las venas.

Por un segundo, se la imaginó con el tabique nasal roto, o la mandíbula desencajada. Dientes perdidos, cejas destrozadas... y los ojos llenos de diminutos cristales.

—Me estás... apretando mucho, Orson.

—Lo siento, nena. Perdona. —Soltó su mano con cuidado y después tomó asiento en un rincón de la cama, mirándola con ternura. No importaba todo lo que necesitaba y quería preguntarle, Amelia estaba lo bastante aturdida como

para que él decidiera no indagar en el tema. Por el momento—. ¿Cómo te encuentras?

Ella hizo un gesto obvio con la boca.

—Como si el coche que conducía se hubiera dado de bruces contra un árbol. —Se giró hacia él, estirando la mano para tocarle aquellos rizos que tanto le gustaban. Cuando su hombro protestó, Tucker fue solícito y se inclinó hacia ella—. Te veo un poco borroso, he perdido las gafas.

—Es una jodida suerte que no estuvieran en tu cara cuando ocurrió todo. —Podría haberse quedado ciega. O tuerta. Mierda..., como siguiera llevando sus pensamientos por aquel camino, la visita iba a terminar muy mal—. Creo que tengo unas de repuesto en casa, intentaré traértelas mañana, ¿crees que podrás apañarte esta noche sin ellas?

—Supongo que dormiré para pasar el tiempo... —La mención del día siguiente inquietó a Amelia. Con la fuerza que tenía, que era escasa, apretó el antebrazo de Tucker, que inmediatamente puso en ella sus cinco sentidos—. Asumo que no van a dejarme ir hoy... ¿Cuánto tiempo van a retenerme? ¿Cuánto llevo aquí?

—Ay, cariño, ¿no lo sabes? —Amelia le vio chasquear la lengua. Su mirada seguía algo turbia, pero había un brillo travieso en sus ojos que incluso ella, con su visión limitada, reconoció—. Has estado en coma durante casi ocho meses.

—¡Eres imbécil!

Le dio el manotazo más patético de la historia, pero sirvió para que Tucker riera y, por fin, soltara un poco de la tensión acumulada. Habría tiempo para estar enfadado, hacer preguntas y rendir cuentas, decidió. Ahora, todo lo que importaba, lo único que tenía sentido, era que Amelia estaba allí, sin más daño que un poco de color en la cara y algo de dolor muscular. Se inclinó sobre ella, poniendo las palmas de las manos a los lados de su cabeza, apoyadas en la almohada, y la besó. Fueron besos cortos, llenos de una pasión contenida que le hizo sonreír. Esa era su chica..., medio ciega y parcialmente hecha una mierda, pero siempre exigiendo lo que quería.

—Solo llevas aquí unas cuatro o cinco horas. Ten paciencia. —Le sonrió con suavidad, intentando reconfortarla. Amelia suspiró, no le quedaba más remedio que esperar.

—Entonces... ¿estoy muy fea? —le preguntó con suavidad, cuando él recorría la línea de su mandíbula con un dedo. Tucker negó antes incluso de que ella terminara la pregunta—. No importa si eres brutalmente cruel, puedo aguantarlo.

—Me gustan los colores vivos, nena. Ahora mismo tienes toda una gama repartida por la cara. —Sonrió, enternecido ante el gesto de sufrimiento de

Amelia, que entrecerraba los ojos, tratando de enfocar la vista—. No hagas eso, no te fuerces o te dolerá la cabeza como un demonio dentro de un rato.

—No creo que sea posible que duela más de lo que ya lo hace...

—Permíteme dudarlo. —La besó otra vez, con un poco más de insistencia—. Por lo visto han pasado muchas cosas interesantes cuyos detalles desconozco desde que me sedujiste en el salón de tatuajes para liarme la cabeza con esa estupidez de hablar con mi madre.

—Ella llamó a la ambulancia, Orson. Y me acompañó durante todo el camino. Hasta creo que me cogió la mano. —Se señaló a sí misma con aquellos pobres dedos vendados—. De donde yo vengo, eso es un triunfo.

—No has negado la acusación de seducirme. —Tucker le hizo un guiño, aunque no estuvo seguro de que ella apreciara el coqueteo en ese momento—. ¿Estás orgullosa de tu hazaña? Porque es algo que, sin duda, me encantaría repetir...

—Oh, venga ya..., ¿en serio? ¿Pero tú me has mirado bien?

Usando sus brazos como apoyo, Tuck se inclinó aún más cerca de ella. Depositó un beso suave, como de alas de mariposa, en la punta de su nariz. Le habló muy pegado a su cara, asegurándose de que aquellos preciosos ojos miopes pudieran ver y entender todo lo que tenía que decir. Uno aprendía a no dar las palabras por sentado cuando la persona a la que quería se llevaba un susto como aquel.

Tucker era muy bueno aprendiendo lecciones.

—No hago otra cosa más que mirarte, Amelia. Eres preciosa, cariño. Herida, vestida de fiesta, de periodista o sin nada en absoluto. —Le sonrió con complicidad—. De hecho, es posible que cuando no llevas ropa encima sea cuando más increíble estás. Soy un hombre sencillo, nena. Podrías haberte roto entera y yo seguiría viendo todo lo que deseo con solo ponerte los ojos encima.

—Empiezo a temer... no ser la única que se ha dado un buen golpe en la cabeza. —Controlar la emoción y las lágrimas agolpadas en la garganta se le estaba haciendo difícil, pero Amelia tragó hondo y se obligó a hacerlo. Rodeó el cuello de Tuck con el brazo sano y chasqueó la lengua con cierta reprobación, que, por supuesto, era fingida—. O te he dado un susto de muerte o... intentas ganar puntos para repetir lo del salón. En cuyo caso te informo de que tu contador no va nada mal.

Lo vio sonreír, pero negó con firmeza con la cabeza. No podía dar las cosas que tenía por sentado, ni escatimar en palabras por creer que ella ya conocía la profundidad de sus sentimientos. La vida, el ahora, era demasiado efímero como para jugárselo todo en silencios.

—Quiero follarte, Amelia. Pero no solo eso. Quiero follarte y después dormirme contigo, y que me des toquecitos con la pierna en el muslo si me pongo a roncar. Quiero despertarme de mala hostia y gruñir como respuesta a lo mucho que te gusta hablar por las mañanas. Quiero estar contigo y hacer planes, tener citas, de esas en las que parece que acepto solo por ti, pero por las que paso esperando horas enteras. Quiero que me eches la bronca cuando meta en la lavadora los vaqueros del taller con el resto de la ropa, porque al final se queda todo hecho una mierda de grasa y acabas lavándolo tú. Quiero callarte la boca con besos que te empañen las gafas, y quiero... quiero mirar el móvil cada cinco putos minutos, aunque no suene, porque igual los mensajes que llegan no son agonías de mi madre o idas de olla de mi hermana, igual eres tú, Amelia..., igual eres tú diciéndome que me quieres o que tienes antojo de cenar yogur con cereales. —Encogió los hombros, entrelazando su mano con la de ella con fiereza—. Todo lo tuyo tiene la misma importancia para mí, cada palabra y todos los silencios. No importa lo que quieras decirme o lo que hagas..., estaré pendiente, con más sentidos de los que tengo, porque eres el eje de mi vida y sin ti solo he sabido dar bandazos.

—Joder, Orson...

Como Amelia rara vez juraba, Tucker sintió que su declaración había hecho mella. Satisfecho, le dio un beso prolongado y muy húmedo, de esos que terminaban con ruido y, normalmente, eran pasto de banda sonora en el cine. Luego la miró, secándole una lágrima como fingiendo que no estaba ahí.

—Ya sabes..., solo en caso de que no lo supieras.

—Al final va a resultar que mi mecánico tatuador tiene un lado romántico.

—No lo divulgues por ahí —le advirtió, señalándola con un dedo y poniendo una expresión hosca que ella no se creyó—. Tengo una reputación que mantener.

—¿La de estar loco por mí? Tranquilo, creo que ya lo sabe todo el mundo.

Tucker suspiró, porque aquellas palabras escondían más verdad de la que ambos podían imaginar. Con toda una vida de preguntas por hacerle, Tuck se vio obligado a sacudir la cabeza para alejar la mierda oscura de aquel momento. La naturaleza de la conversación de Amelia con Krista y cómo aquella historia había terminado involucrando a Jules era un misterio que no pensaba dejar inconcluso. Pero, como todo lo demás, tendría que esperar.

—A tu abuela le va a dar un ataque al corazón cuando te vea aparecer en su boda como si vinieras de un concurso de lucha libre —lamentó, girándole suavemente la cara—. Dios, nena..., me puedo hacer una idea de lo primero que va a pensar tu madre cuando baje del avión y te mire.

—¡Mi madre! —Alterada, Amelia se incorporó tan deprisa que estuvo cerca de darle a Tucker un cabezazo—. ¡Llega hoy, a última hora de la tarde! ¿Qué hora es? Es posible que ya haya aterrizado. ¡Dios, Dios!... ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a...?

—Dame tu teléfono, yo la llamaré.

El ofrecimiento dejó a Amelia en un estado de *shock* más profundo del que había estado tras el accidente. Tan callada se quedó, como sometida a trance, que apenas notó cuando la enfermera de las cavernas cruzaba la puerta y advertía a Tucker de que le daría un solo minuto más antes de echarlo de allí por las malas. Sin saber todavía qué responder, Amelia indicó hacia la salida con un gesto que hizo llorar a sus cervicales.

—Mis... mis cosas..., el teléfono y todo eso...

—Se lo pediré a la señora gruñona cuando salga, tranquila. —El tiempo se le escurría de las manos, de modo que más le valía aprovecharlo bien. Tucker volvió a besarla. En la boca, las mejillas y cada parte de piel que no fuera susceptible de doler. Después, de mala gana, se levantó, quedándose cerca del limitado campo de visión de Amelia, pero incorporado para salir—. Le contaré que estás aquí y lo que ha pasado..., seguramente volará hasta el hospital y, cuando aparezca, la cosa se va a poner tensa, nena, porque yo pienso estar aquí y dar la cara. Si quiere partírmela, estaremos a juego.

—Orson, no tienes que...

Pero él la calló.

—Has hecho tu parte, cariño. Y, por algún milagro, mi madre está ahí fuera, sentada y siendo perfectamente razonable. Si tú has podido exponerte y convencerla de que se piense apoyar nuestra relación, yo no voy a ser menos. Sonya tendrá que escucharme..., porque no voy a dejar de hablar hasta que lo haga.

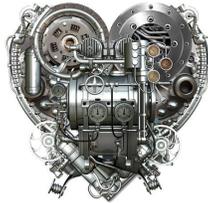
—Te quiero. —No podía decirle nada más, porque ninguna palabra abarcaría en totalidad lo que era para ella—. Te quiero mucho, Orson. Muchísimo.

—Eso espero —susurró él, besándola por última vez—. Vamos a montar una buena fiesta con este amor nuestro, nena. Más nos vale agarrarnos a él.

Con un suspiro resignado, Amelia soltó su mano y le vio alejarse hasta abandonar la habitación. Después, dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos. No iba a ser una pelea fácil, asumió. Pero, esta vez, Orson y ella estaban armados y en el mismo bando. Era más de lo que tenían la última vez.

CAPÍTULO 27

*El ahora perdedor será el que gane después,
porque los tiempos están cambiando.*



Sonya arrasó a través de los pasillos del hospital como haría un tornado con la fina arena de la playa. Exaltada, se preguntó cómo aquellos días de vacaciones por los que tanto había esperado se habían convertido, en un soplo, en un inicio de pesadilla. En su interior, rugiendo, una voz le gritaba que debía haberlo visto venir. Tenía que haber hecho caso a su instinto de madre y saber que no iba a terminar bien. Amelia, tanto tiempo en Kendall, no era una buena idea.

Tan pronto como se acercó al mostrador de información, Sonya soltó la bolsa con su equipaje en el suelo de cualquiera manera. Oyó algo entrechocar y estuvo convencida de que también pudo percibir el inequívoco sonido de los cristales rotos. Había empaquetado sus copas de margarita, porque, ingenua, pensó que disfrutaría de unas horas de relajación y risas con su hija y su madre, en tanto esperaban que llegara el momento de acompañar a Denis al altar. Ahora, con sus esperanzas parcialmente destrozadas, al igual que aquellas copas, lo único que le quedaba era esperar.

Tucker no le había dicho mucho por teléfono. Tan tensa como había estado la propia Sonya al responder y descubrir quién estaba llamándola, no había sido nada comparado al estado de nervios que él había demostrado. Claro que no era para menos..., comunicarle que su hija había tenido un accidente de coche y que él, de alguna manera, estaba implicado, porque siempre lo estaba —le había dado la noticia, ¿verdad? Estaba allí, por lo tanto, ¡debía tener algo que ver!— fue bastante para que los nervios de Sonya se pusieran de punta. Recordó sus consejos a Amelia, su miedo y su incertidumbre al saber todo el tiempo que iba a

estar en el pueblo y, una vez más, deseó haberse dejado guiar por sus primeras impresiones.

En lugar de eso, ahora estaba en un hospital, de nuevo, con los nervios de punta, esperando que el estado de su hija no fuera tan catastrófico como su mente se empeñaba en imaginar.

Ya había pasado por eso demasiadas veces... Primero la diabetes, el infarto de Jacob, y luego... aquellos terribles problemas alimenticios de Amelia. Con un resoplido de frustración, Sonya se dio cuenta de que estaba al borde de sus fuerzas. Si la situación de su hija era solo la mitad de grave de lo que temía, cogerían el primer vuelo a Plymouth que saliera del aeropuerto, sin discusión. Su madre lo entendería.

Y en cuanto a ese chico..., quizá él no había tenido la culpa directa de los sucesos que habían atacado la salud de Amelia en el pasado, pero Sonya estaba decidida a asegurarse de que la intervención de Orson Tucker en la vida de su hija se convirtiera en nula.

—¿Señora O'Brien?

Sonya se dio la vuelta. Abrió la boca para corregir a la persona que la había llamado, porque su apellido de casada no era O'Brien, pero, aunque lo intentó, fue incapaz de pronunciar una sola sílaba. De hecho, ignoró a la joven encargada de admisiones que esperaba para saber qué la había llevado al mostrador, porque toda su atención, sus cinco sentidos, estaban puestos en la persona que le había hablado.

Krista Tucker, que venía caminando hacia ella con paso vacilante.

Durante unos segundos, las dos madres se miraron en silencio, posiblemente, valorando los cambios que aquellos años habían hecho la una en la otra. Aunque Sonya había visitado a Denis en anteriores ocasiones, nunca había estado tan cerca de la madre de Tucker como en ese momento, y, desde luego, no esperaba que ella quisiera tenerla cerca tampoco. No importaba demasiado cuál de los dos hubiera sido más culpable en aquella historia de la ruptura, cada madre remaría siempre en la dirección de su propio hijo.

Como pareció evidente que Sonya era incapaz de iniciar la conversación, Krista se decidió a dar un paso más. Extendió la mano, pero como no estaba segura de si aquello era llegar demasiado lejos, la bajó enseguida, fingiendo que se secaba el sudor de la palma en los vaqueros desgastados.

—Soy...

—Sé quién es. —Cortante en exceso, Sonya se pasó la mano por el puente de la nariz. Tucker no había dicho mucho, pero sí la información suficiente—. Lo siento. Estoy nerviosa. Sé que encontró a mi hija y la trajo aquí, lo agradezco, pero...

—Eso no cambia lo que piensa de mi familia. Lo sé. Lo entiendo. Yo creía lo mismo, ¿sabe? Hasta que me di cuenta.

—Mire..., no sé de qué está hablando, y de verdad que agradezco que trajera a Amelia hasta aquí, pero ahora necesito estar a solas con mi hija y solucionar este desastre.

Sonya apenas dio un par de pasos antes de que Krista la retuviera abruptamente. No la sujetó, ni tampoco hizo amago de intentar un contacto físico, pero subió el tono de voz lo suficiente como para ser oída. Tenía que decir aquello, se recordó. Por su hijo. Y por la chica que había puesto en riesgo su integridad para poder explicarse ante ella, demostrándole que lo que Krista tenía que decir importaba.

—Ella... Amelia vino a disculparse conmigo...

—¿Cómo dice?

Ahora que tenía la atención de Sonya, Krista se animó a dar unos pasos, para ofrecer las explicaciones pertinentes más de cerca.

—No tenía por qué, pero vino a mi puerta a explicarse, ¿lo entiende? Son mayores, pueden hacer lo que quieran y nosotras no vamos a poder impedirlo, señora O'Brien, pero están intentando que las cosas salgan bien esta vez. — Krista se llevó la mano al pecho. Le temblaba violentamente—. Amelia reconoció sus errores con humildad y fortaleza. Orson ha reconocido los suyos también..., ¿no podemos nosotras, como madres, pensar que quizá nos hemos estado equivocando tanto como ellos? Ya tengo una hija con el corazón roto. No quiero lo mismo para mi otro hijo.

—Yo no... no... —Paralizada, la madre de Amelia intentaba reconciliar las palabras que oía con sus propios pensamientos. Aquella mujer, a la que nunca había prestado más atención que la de unas pocas palabras, parecía completamente acongojada por la culpa. Su aspecto desaliñado y su semblante perdido eran ahora ajenos, pues sus palabras resonaban claras, como si tras mucho tiempo sin ver claridad ahora la hubiera encontrado—. Amelia ya ha sufrido demasiados percances en su vida. Ha estado rota y herida. No puede volver a pasar por eso. No quiero que lo haga.

Krista asintió despacio. Esta vez, cuando habló, su voz sonó suave.

—Mi hijo también tiene cicatrices de esa relación, pero por más que yo quiera arrancárselas de la piel, le pertenecen. —Se encogió de hombros, y muy despacio, volvió a sentarse justo donde había estado—. Lo único que puedo esperar es que apoyarle ahora sea suficiente. Si vuelve a sangrar por esas heridas, le cuidaré. No puedo hacer más. Y por mucho que quiera..., usted tampoco. Está en la segunda planta, habitación 227.

Sonya no pudo responder. Su pensamiento, el latir mismo de su corazón, solo podía impulsarla a buscar a Amelia y cerciorarse por sí misma de que estaba a salvo. Su hija había sufrido un accidente mientras ella estaba lejos, y las personas que la habían auxiliado eran aquellas a las que tanto Sonya como Denis habían estado de acuerdo en cerrar las puertas de su casa. Orson Tucker había hecho daño a Amelia, rompiendo su confianza frágil y destrozando su corazón enamorado. Ahora, al parecer, volvía a aparecer en su vida y, junto a él, de nuevo el dolor se abría paso.

Incapaz de permanecer estática por más tiempo, sin saber cómo reaccionar a aquellas declaraciones, Sonya se precipitó por las escaleras hasta el segundo piso y recorrió pasillos sin prácticamente ver adónde iba. Quería negarse a ser racional. No estaba dispuesta a asumir que Krista hubiera sido capaz de abrir los ojos más allá del miedo y del rencor y estuviera aleccionándola con ese aplomo. «¿Qué sabía ella?», se repetía, aun sabiendo que era injusta. Había sido su hijo el que había tenido la mayor parte de la culpa. Había sido su hijo el que abandonó a Amelia cuando la situación se le hizo complicada. ¿Y su hija había ido a disculparse? ¿Había rogado Amelia para que la madre del chico al que no podía olvidar diera el visto bueno a un nuevo acercamiento? ¿Era acaso posible?

—Dios..., no puedo entender que le quiera tanto..., no se lo merece.

Cuando halló la hilera de puertas correcta, se detuvo en seco, pues, acodada en la pared ante una de las habitaciones, se encontraba la persona a la que, en su mente, había declarado culpable de todas las pesadillas en las que veía a su hija caer de nuevo en las garras de la enfermedad y la pena más profunda.

Parada en medio de un paso, Sonya observó a Tucker, que llevaba unos vaqueros y una camiseta sin mangas de color oscuro. Sobre la frente, echando para atrás un pelo ondulado bastante rebelde, una cinta con diminutas estrellas, y a modo de abrigo, una chaqueta de piel marrón chocolate. Así vestido, inclinado contra la pared, frotándose las mejillas pobladas de vello y con las piernas cruzadas, le pareció un pirata moderno. La idea, rocambolesca y sin sentido, casi la hizo sonreír.

Su aspecto le pareció similar al que tuviera Jacob cuando se habían conocido. Esa era una de las cosas que más le habían gustado de él.

La manzana no caía lejos del árbol, después de todo. Y el solo pensamiento la preocupó sobremanera, porque ella no había renunciado al hombre que quería teniendo a toda una familia en contra. No parecía posible que Amelia fuera a actuar de otro modo.

Tuck la vio en ese momento y todo su cuerpo, en apariencia relajado, se tensó. Irguiéndose sobre su espalda, se secó las palmas de las manos en la parte trasera de los vaqueros e inclinó la cabeza. Las mejillas, aun contando con la

barba, se le colorearon. Tragó saliva visiblemente y señaló con un gesto del cuello muy masculino hacia la puerta entrecerrada que tenía delante.

—Están revisándole los puntos —explicó—. Tiene un corte en la frente y un par de dedos tocados, pero no hay nada roto. Solo está... —se rascó la nuca, incómodo y sin saber cuándo callarse— dolorida. Y llena de moratones.

—Tu madre la acompañó hasta aquí. —Era lo poco que él le había contado por teléfono. Lo vio asentir y volver a imaginar a su hija exponiéndose a humillaciones se hizo impensable para Sonya—. ¿Por qué fue a verla? ¿Qué podría tener que decirle?

Era momento de poner todas las cartas boca arriba, entendió Tucker. No iba a ser bonito, pero el camino a las cosas que merecían la pena rara vez lo era.

—Que me quiere, y quiere estar conmigo. —Tucker se encogió de hombros, teniendo mucho cuidado de que sus movimientos no parecieran amenazadores—. Y es lo mismo que siento yo, señora. Lo he sentido siempre, cada día de estos tres años.

Sonya sorbió por la nariz, aunque no era consciente de haber empezado a llorar.

—Sí..., y ya ves dónde la ha traído ese amor. —Abriendo los brazos, abarcó el pasillo donde se encontraban.

—Cuando salió de mi casa, Amelia estaba intacta.

—Eso es lo que dices tú.

—¡Esa es la verdad! —Tuck se obligó a respirar. Él también estaba afectado, joder. La única persona a la que había amado hasta las últimas consecuencias había estado a punto de acabar realmente grave por causas que todavía no conocía del todo. Estaba al borde de perder la poca cordura que le quedaba, pero imaginaba que Sonya no iba a bajar los humos, así que iba a tener que hacerlo él—. Señora, puedo entender lo que siente, a mí también me duele y me llena de rabia saber que cada vez que Amelia y yo intentamos acercarnos ocurre algo horrible que...

—¿Entonces por qué no la dejas en paz? Este pueblo no es tan pequeño, hay mil sitios donde podrías haber ido que no te llevaran a encontrarte con ella otra vez. —Sonya se pasó el dorso de la mano por los ojos—. Solo tenía que venir a una boda, eso era todo.

—Intenté apartarme de ella, se lo juro. Y no por... protegerla, sino por orgullo. Yo también acabé jodido en esa historia, aunque la gente haya preferido olvidarlo. Nadie me preguntó mi parte, y lo acepto, pero ahora las cosas son distintas.

Sonya esbozó una sonrisa triste. Miró a Tucker a los ojos, algo impresionada ante el aplomo y la seguridad que veía en él. Había cambiado, de

eso no había duda. Los tres años pasados habían hecho en él más mella de la que a simple vista parecía, y aunque su cara no reflejaba nada peligroso, Sonya supo a ciencia cierta que no lograría hacerlo dar un solo paso atrás, sin importar cuánto o cómo lo intentara.

—Amelia está sufriendo. Otra vez. ¿Puedes decirme cómo es esto diferente a la última vez?

—Ahora estamos juntos, del mismo lado —dijo Tucker cruzando los brazos sobre el pecho. Intentar protegerse de la aversión evidente de aquella mujer estaba costándole un esfuerzo. No podía rechazar sus palabras, no del todo. Era la madre de Amelia, alguien que la quería y se preocupaba. Como él—. Esta vez no vamos a dejar que nadie se meta por medio.

—Suenan muy poético. Demasiado romántico para ser verdad.

—Puede, pero es la verdad. Amelia me quiere, y hasta que no decida dejar de hacerlo, eso es todo lo que tiene alguna importancia para mí.

Tucker no declaró sus sentimientos, estaban implícitos. Sonya se acercó un par de pasos y él se mantuvo donde estaba. Cuadró la mandíbula, endureciendo los músculos y apretando los dientes, como esperando un golpe que no iba a llegar. Demasiado inquieta para presentar batalla en otro frente, Sonya solo pudo negar con la cabeza. La idea de arrastrar a su hija de vuelta a Plymouth cada vez sonaba mejor, aunque, en su interior, era muy consciente de que si ella tenía la mitad de fortaleza que ese muchacho, las cosas iban a ir por un camino muy distinto.

—No esperes que ese discurso me impresione, Orson Tucker. Es mi hija la que está en esa habitación y también fue mi hija la que sufrió y padeció por ti durante tres años. —Calló un momento, esperando quizá que él se deshiciera en explicaciones, pero no escuchó una sola palabra—. No me gusta esta situación. Y tampoco me gustas tú.

—Con todo respeto, señora, no es a usted a quien tengo que gustarle. —Despacio, dejó caer sus brazos, cerrando los puños a los lados de su cuerpo—. No aspiro a caerle bien, ni a que nos convirtamos en una gran familia feliz. Lo único que quiero es a Amelia, y la oportunidad de demostrar que los dos hemos aprendido de nuestras equivocaciones.

Con una mirada seca, Sonya suspiró. Devolvió el gesto hacia la puerta, donde empezaba a oír movimiento. Parecía que pronto podría ver a su hija y evaluar su estado por sí misma. Solo esperaba que a Amelia le quedara un poco de sentido común, y entendiera que sus reticencias y su miedo estaban enfocados, únicamente, a protegerla y evitarle más daños.

—No me pareces un iluso, ¿eres consciente de la cantidad de obstáculos que van a pasarte por delante?

—Pues que vengan. Aquí estaré.

La enfermera escogió ese momento para salir de la habitación de Amelia. Lanzó una mirada cómplice a Tucker, al que ya conocía, y después se alejó por el pasillo, bamboleando sus curvas y lanzando a un contenedor estéril la bolsa cerrada con los restos de las curas que había utilizado. La tensión que reinaba en el pasillo no pareció afectarla, pues siguió su camino hasta perderse de vista.

Asumiendo ese momento como su salida de escena, Sonya se acercó hasta la puerta y la empujó con la palma de la mano, pero antes de cruzar el umbral y perderse en la habitación donde descansaba su hija, decidió hacer una última declaración.

—Ella te quería hace tres años, y tu respuesta a los problemas fue marcharte. ¿Dices que estás aquí? Ya veremos cuánto tardas en volver a encontrar la salida fácil.

Traspasó la puerta y la cerró tras de sí, poco dispuesta a escuchar cualquier cosa que él tuviera que contestar.

* * *

Amelia dejó que su madre la abrazara tanto tiempo como necesitó. A pesar de las ocasionales molestias que provocaba en su cuerpo dolorido el apretón de los brazos de Sonya, no emitió queja y se limitó a intentar sonreír y asegurarle que todo estaba bien.

Aunque, por supuesto, no era así.

—Por Dios, Amelia..., ¿a qué fuiste a esa casa, hija? ¡Mira lo que te has buscado por intentar...! ¿Se puede saber qué estabas intentando?

Con un suspiro, Amelia comprendió que el momento de la verdad había llegado. Solo Krista Tucker sabía lo que realmente había ocurrido en aquel accidente, amén de los médicos a los que Amelia había tenido que dar esa misma mañana el informe completo. Le quedaba por delante hablar con la policía, su seguro, su abuela... y Orson. Había sabido que Jules estaba internada un par de plantas más arriba de la habitación donde ella se encontraba, y aunque sabía que su novio no era violento, contarle todo lo ocurrido teniendo a la directa responsable tan cerca ponía a Amelia nerviosa.

Había logrado posponerlo, pero él no era tonto e insistiría sin tregua pronto. En cuanto a Sonya..., su mirada llena de preocupación y el temor que hacía vibrar su piel le dijeron a Amelia que no iba a encontrar escapatoria.

—Estaba perfectamente bien cuando salí de casa de la madre de Orson. Solo tuvimos una conversación, bastante más cordial y tranquila de lo que yo

misma había esperado. —Consciente de que el momento de tensión se acercaba, Amelia se entretuvo quitando las arrugas de la sábana, solo por ganar unos segundos—. La invité a ella, junto con el resto de su familia, a la boda de la abuela.

A Sonya podrían haberla golpeado con una sartén en la cara, que no se habría inmutado.

—¿Qué hiciste qué? ¿Por qué? ¿Qué motivos podríamos tener para querer en una ceremonia familiar a esa gente?

—Esa gente, mamá, es la familia de Orson. —Amelia levantó la vista, encarando a su madre con toda la seguridad que había sido capaz de reunir—. Y Orson es mi novio.

—Amelia...

—Le quiero, mamá. Le he querido cada día y cada hora de estos últimos tres años. No ha sido fácil, no ha sido placentero, pero ha sido real. Cada vez que negaba su existencia, que fingía que ya no me importaba, sufría y mentía. A mí misma, a ti y todos los demás. —Suspirando, Amelia negó con la cabeza, firme. Directa—. No puedo seguir mintiendo más. No quiero hacerlo.

La decepción marcó la expresión de Sonya, aunque no parecía sorprendida. No había que ser muy lista para llegar a esa conclusión, y le había bastado la vehemencia de Tucker y aquella pose orgullosa para entender que las cosas entre él y Amelia habían vuelto a resurgir. No le gustaba la idea, como le había dicho a él, y oírlo de labios de su hija cumplió sus peores expectativas.

—También le querías hace tres años, Amelia. Y él a ti, ¿tengo que recordarte como acabó todo eso? ¿Cómo afectó a tu vida, a tu salud? Y sé... sé que vas a decirme que ahora es distinto, que ahora sois mayores y todo será perfecto, pero...

—No, mamá. No va a ser perfecto. De hecho..., acabamos de decidir retomarlo y todo han sido acusaciones, explicaciones y malos deseos por parte de las personas que tenemos más cerca.

—Porque nos preocupamos, hija. Porque estuvimos ahí y recogimos los pedazos de lo que quedó de vosotros, ¿no lo ves? Estamos intentando evitar un desastre.

Sonya se sentó junto a ella y tomó su mano sana. Amelia le sonrió. Comprendía lo que su madre sentía y le dolía en el alma no darle lo que quería, esa tranquilidad ciega de quien está convencido de que la persona a la que más quiere no va a vivir sobresaltos ni problemas. Le habría encantado darle a su madre paz de espíritu..., pero no podía seguir renunciando a su propia felicidad, o todo lo pasado no habría significado nada.

—Todo el mundo tiene derecho a cometer errores, mamá. No sé si Orson y yo vamos a estar juntos para siempre. Puede que esto no funcione, que termine mal o peor que la otra vez..., pero, aun así, quiero arriesgarme. Tengo que arriesgarme.

—¿Pero por qué, Amelia? ¡Es que no lo entiendo! Tienes tu vida, tus estudios en California, amigos distintos, posibilidades...

—No le tengo a él, mamá. Y sin Orson... todo lo demás pierde brillo y no me da ninguna alegría. —Se encogió de hombros, intentando encontrar las palabras que dieran luz a unos sentimientos que se le desbordaban—. Intenté odiarlo y fracasé. Él intento alejarse de mí y fracasó. Nos hicimos a un lado porque sabíamos que no teníamos a nadie de nuestro lado, y, de todas maneras, siempre nos terminamos encontrando. No sé si es el destino o nuestra propia incapacidad de dejar las cosas inconclusas mamá, pero... algo nos arrastra a estar juntos. Nuestros sentimientos se niegan a morir. Y yo no quiero que lo hagan. Quiero intentarlo, quiero esforzarme y quiero... estar con él.

—¿Y ese otro chico? ¿Logan? ¿No estabas con él, no le querías?

El reproche de su madre sonrojó a Amelia. Era muy bonito narrar todas las emociones que Orson despertaba en ella, pero no olvidaba ni por un segundo que, en aquel segundo intento, con la pizarra limpia y las verdades sobre la mesa, había cometido un error muy grave con respecto a Logan. Ciertamente no había obligaciones entre ellos, pero no significaba que Amelia estuviera satisfecha con el rumbo que habían tomado las cosas.

—Voy a tener una larga conversación con él cuando vuelva a California al principio del semestre, mamá. No lo dudes.

—¿Y qué vas a decirle? ¿Qué lo que en principio debía ser una visita corta para la boda de tu abuela se ha convertido en un despropósito? ¿Qué vas a intentar resucitar una relación que casi te mató la primera vez?

—Logan y yo no éramos una pareja estable mamá. No hables como si le hubiera traicionado, porque no es cierto. —Airada, Amelia apartó su mano de la de Sonya, irguiéndose en la cama. Su rostro se contrajo de dolor, pero evitó quejarse—. Cuando vine aquí, él sabía que las posibilidades de encontrarme con Orson existían y sabía también que eso me generaba dudas y podía cambiar el rumbo de lo que teníamos. Me animó a buscar lo que quisiera y a cerrar los capítulos de mi vida en los que ya no quisiera estar.

—Y él se convirtió en ese capítulo. —Sonya se llevó la mano a la cara. Estaba agotada y toda aquella información era demasiada para asimilarla—. No voy a pretender que me gusta nada de esto hija.

—Sé que tenemos mucho que demostrar..., no espero que recibas a Orson con los brazos abiertos, mamá, solo que no intervengas. —Amelia suspiró.

Estaba agotada y muy dolorida, pero era consciente de que en aquel discurso se lo jugaba todo—. Queremos a nuestra familia cerca, pero arreglar nuestros problemas solo depende de nosotros dos. Y estamos dispuestos a hacerlo.

—Suenas tan diferente, cariño..., no pareces tú.

Y, sin embargo..., sin embargo, lo era. Con un peso en el pecho, Sonya comprendió que su pequeña, su niña, ya no era tal. Por más reticente que fuera y más pavor que sintiera, debía dejarla volar libre sin oponerse. Quizá se cayera, y alguna de sus preciosas alas acabara quebrada, pero eso era parte de la vida. Del aprendizaje.

Amelia era una mujer determinada a conseguir lo que quería. Sonya temía que estuviera equivocándose, pero ¿quién era ella para darle lecciones sobre buenas decisiones? Ella se había casado con Jacob cuando la familia de él jamás la había mirado con buenos ojos. Le perdió pronto..., pero no cambiaría ni uno solo de los momentos vividos juntos por evitarse el dolor desgarrador que sufrió con su muerte. La felicidad que le trajo su marido, y el amor compartido, habían valido la pena.

—¿Estás segura de quererle? —Amelia asintió mucho antes de que Sonya terminara la pregunta—. Cariño..., reencontrarse después de la distancia puede hacer que algunos sentimientos se confundan. Reconozco que es un muchacho muy atractivo, con ese... halo de peligro que tanto gusta a las chicas, entendería que...

Amelia alzó las manos, rogándole sin palabras que parara de hablar. Había esperado que la conversación no fuera por ese camino..., pero, por supuesto, su madre no sería tal si no ahondara en los detalles. Hasta en aquellos que, en realidad, no quería saber.

—Esto es más que pasión, mamá. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo puedes estar tan segura esta vez, Amelia?

—Porque sé que le quiero. Le quiero, mamá. Le quiero e iría a cualquier parte si es con él. —Emocionada, Amelia se llevó la mano al pecho. El corazón le latía deprisa, sofocado—. Tienes razón en una cosa..., aquí soy distinta, hago cosas distintas, cosas que nunca pensé que sería capaz de enfrentar. Conmigo misma y con el resto. Me he peleado con una chica por defender mi derecho a estar con Orson. He dado la cara a su madre aun sabiendo que quizá solo recibiría insultos. He peleado cada día durante tres años por ser la mejor versión de mí, y solo estoy empezando. —Con los ojos muy abiertos, brillantes, Amelia sonrió en dirección a Sonya—. Estar con Orson significa ser libre para tomar cada decisión que quiera, pero también significa sufrir y pelear. Demostrar que vale la pena. No será un camino de rosas, ninguno de los dos somos fáciles... ni

hemos hecho bien las cosas en el pasado, pero somos leales, mamá. Estamos enamorados y nos hemos mantenido fieles a nuestros sentimientos.

Sonya calló unos segundos, tratando de asumir lo que oía.

—¿Te... peleaste con una chica, dices?

Soltando una risa de alivio, porque habían caído por fin todas las vendas, Amelia tiró de su madre hasta abrazarla con fuerza.

—Voy a necesitar que me ayudes y aconsejes, mamá. Por favor..., por favor, deja que lo intente y que triunfe. Y quédate cerca para que puedas celebrar lo feliz que voy a estar.

—Cuenta conmigo, cariño —susurró Sonya, con el corazón encogido por la certeza de que sus funciones como madre eran cada vez menores, pero también orgullosa por el trabajo realizado, que la había llevado a ese preciso momento—. Todo lo que quiero es que estés bien, que te sientas realizada y seas la mujer que mereces ser.

—Entonces... ¿le darás una oportunidad a Orson?

Sonya asintió. Había mil reticencias bailando en su mirada, pero aquella era la única respuesta posible. Cuando Amelia había nacido, los padres de Jacob se habían perdido grandes momentos de la vida de su nieta por ser incapaces de dejar el orgullo de lado y admitir que la unión había sido para bien. Sonya no pensaba cometer ese error. No iba a convertirse en una sombra distante en la vida de su hija. La quería demasiado para eso.

—Lo haré. Te lo prometo, Amelia. Os daré el beneficio de la duda y ayudaré en lo que pueda, pero, para eso..., necesito que me lo cuentes todo, hija.

Le acarició la frente vendada, y Amelia suspiró.

—Eso puedo hacerlo.

* * *

Tucker recorría el pasillo. Caminando arriba y abajo como haría un futuro padre roto de nervios, echaba mano a los bolsillos, buscando una cajetilla de tabaco que, por pura falta de costumbre, había dejado en el coche. Luego recordó que de haberla llevado encima tampoco habría podido fumar, y aquello solo sirvió para desesperarlo más.

Su madre le observaba en silencio, más preocupada de lo que dejaba traslucir, pero sin moverse del sitio. Tuck la vio hablar por teléfono unos minutos, en un tono sorprendentemente bajo, y después, por fin, acercarse a él.

—Tu hermana quiere que vaya a casa —le susurró, mirando hacia la puerta cerrada de la habitación de Amelia—. Parece que ha parado de llorar.

Sin prestarle del todo atención, Tucker asintió y la besó en la frente. Estaba destrozado de impaciencia y no era capaz de dedicar en su cerebro más de unos instantes para pensar en Bianca y el extremo dolor que estaba sufriendo. En aquel momento, la única chica a la que había querido jamás estaba hablando con su madre, una mujer que había sido muy clara en lo poco —o nada para ser más precisos— que le gustaba aquella relación. Tuck confiaba en Amelia y la firmeza de sus sentimientos hacia él, pero Sonya era su madre..., y ante la pena de una madre, tal vez ella sería capaz de renunciar.

—Quita ese ceño —ordenó Krista, tocándole la cara con cariño—. Esa chica está loca por ti, o de lo contrario, no estaría aquí, con puntos en la frente y un par de magulladuras feas en el cuerpo.

—No me lo recuerdes...

Jules..., Jules y su jodido arranque de locura. ¿Cómo había podido hacer una cosa así? Tucker ni siquiera era capaz de imaginar todo lo que podría haber pasado.

—Ella está aquí por ti, en Kendall y en este hospital. —Krista sonrió al ver la expresión hosca que ponía su hijo—. No me mires así, yo tampoco entiendo cómo puede querer tanto a alguien con tan poca simpatía como tú.

—Ya..., pues ese es el problema. —Desesperado, Tuck se apoyó contra la pared del pasillo. Se rascó la barba, incapaz de dejar las manos quietas—. Su madre está ahí diciéndole quién sabe qué..., y yo tengo que esperar fuera, sin tener ni puta idea de si está poniéndola en mi contra o convenciéndola de que se marchan a California tan pronto como los médicos la dejen salir.

—Eres bueno, hijo. Eres un buen hombre. Confía en ti. Cree que puedes merecerte a la chica que quieras. Y cree que ella quiere merecerte a ti.

Tucker quería creer eso. Quería creerlo con todas sus fuerzas, pero, en el fondo, enterrado en lo más oscuro de su interior..., estaba su terrible complejo de inferioridad. Amelia era una universitaria lista y con futuro prometedor y él... trabajaba más que muchos, pero sus opciones siempre habían estado limitadas. Con Krista oscilando entre la locura y la razón, tener un ojo puesto en ella y en el crecimiento de Bianca le habían hecho imposible moverse de donde estaba.

Magnus murió y aquello supuso que Tuck se convertía en el cabeza de familia. Su madre estaba incapacitada la mayor parte del tiempo y todo lo que pudo hacer... fue buscarse la vida en un radio de acción corto. Ahora, con la posibilidad real de tener a Amelia de vuelta en su vida, no podía evitar preguntarse cuánto tiempo podrían hacer funcionar todo eso. Si ella volvía a California y dependían de una relación a distancia, Orson pensaba hacer hasta lo imposible porque la chispa no se enfriara, pero con todo y sus mejores

intenciones... no las tenía todas consigo si Sonya lograba socavar a Amelia y convencerla de que era mejor dejar aquella historia muerta y enterrada.

—Eres un buen hombre. Eres bueno de verdad. —Con un gesto de cariño, Krista acarició el rostro de Tucker, mirándolo como lo que era, una de las pocas personas a las que podía querer por entero—. Seguro que se queda. Seguro que sí.

—Quiero más que eso. Quiero... quiero que cumpla cada loco sueño que haya tenido alguna vez, y que yo sea la primera persona a la que quiera contárselo. Compartir con ella esa grandeza, aunque solo sea como espectador.

Lúcida como pocas veces en los últimos años, Krista vio la vida de su hijo pasar ante sus ojos como en una película a todo color. Determinada a tomar ejemplo de lo que aquellos jóvenes le habían enseñado, entendió que nunca se era demasiado viejo para corregir errores. No sabía cuanta tregua le daría su propia mente llena de dolor, de modo que más le valía actuar deprisa.

En ese momento, con la mano de Orson entre las suyas, tomó una decisión firme, pero, por el momento, decidió guardársela.

—Tengo que volver con Bianca. —Krista tiró de él hasta que los ojos de ambos se encontraron—. Tú eres el hombre de nuestra familia y nuestra familia importa. Yo entiendo que estaba equivocada; si Sonya todavía no lo sabe, debes decírselo tú.

—Sí, señora.

Con una sonrisa dulce tirando de sus labios, Tuck vio alejarse a su madre. Parecía que una nueva luz irradiaba de ella y, aunque no era tan optimista como para pensar que durara mucho, atesoró el momento y guardó cada palabra en su corazón. Podía ser un adulto, pero hasta el momento nunca había desobedecido a su madre, de modo que tomaría su advertencia y la cumpliría.

Lo último que quería era enfadar a Krista.

Sonya abandonó la habitación de repente. Con los ojos enrojecidos y un poco despeinada, se estaba secando las mejillas con un pañuelo de papel. Despacio, levantó la vista de sus manos y la clavó en Tucker, que la miraba en completo silencio.

«Debe haber ido muy mal —pensó consternado— para que salga llorando así.»

—Habéis armado una buena... —resolló Sonya, con voz acuosa—. Deja que te diga una cosa, y aunque te mueras por contradecirme, recuerda que soy una mujer y mayor que tú, de modo que tendrás que oírme. —Aguardó a que él asintiera, y entonces continuó—: No vamos a daros más que un voto de confianza. Ayuda y comprensión, mucha, pero eso es todo. No habrá tonterías, ni

aceptaremos cambios de opinión ni que vayáis dando bandazos. Si de verdad queréis esto, los dos, vais a tener mucho que demostrar.

—Estoy dispuesto, señora O'Brien. Siempre lo he estado.

—Amelia dice que contigo siente que puede conseguir cualquier cosa que se proponga..., es importante para mí que siempre tenga esa sensación, ¿me entiendes? No soy una mala persona y te deseo lo mejor en tu vida, pero ella es mi hija, si presiento o tengo noticias de que pierde el tiempo, deja pasar oportunidades o...

—Yo solo quiero compartir mi vida con ella, pero no monopolizarla. Amelia no sería Amelia si alguien la atara en corto. Yo no voy a hacerlo, porque se convertiría en alguien muy distinto de la chica a la que quiero. —Con tiento, Orson la miró a los ojos—. Y tampoco debería hacerlo usted. Podríamos perderla si la encerramos. Los dos.

A pesar del agotamiento y los nervios, Sonya tuvo que sonreír. No tenía claro si era ella la que establecía las condiciones o si era la que las estaba asumiendo, pero, desde luego, aquel chico sabía muy bien cómo enfrentar una pelea.

—¿Vas a cuidar de ella?

—Me esforzaré en que recuerde cuidarse por sí misma.

—Esa... es una gran respuesta. —Con la mirada cálida, suspiró—. No vas a gustarme de la noche a la mañana..., pero mi hija está determinada a mantenerte en su vida y yo no voy a ser una madre ausente, de modo que debemos encontrar la forma de que esto vaya bien. La quiero mucho, Orson, ella es el centro de mi mundo, si te conviertes en alguien que la haga feliz, tendrás mi gratitud.

—Eso es algo que puedo prometerle.

Tucker extendió la mano, y Sonya decidió estrecharla con firmeza. Los dos soltaron el aire contenido, manteniendo el apretón unos segundos.

—Procura que no vuelva al hospital en un futuro próximo. Con eso me vale por ahora. —Consultando su reloj, Sonya se hizo a un lado en el pasillo—. Creo que es buen momento para un café... Te invitaría a acompañarme, pero hay alguien que te espera detrás de esa puerta.

Con una última sonrisa, Sonya echó a andar por el pasillo, dejando a Tuck por fin solo ante la habitación de Amelia. Lleno de entusiasmo, él se apresuró a sujetar el picaporte para perderse al otro lado de aquellas paredes, donde por fin podría besar y abrazar a Amelia sin remordimientos ni mentiras. No obstante, antes de dejarse llevar por la pasión que lo quemaba por dentro, se dio la vuelta y actuó con humildad.

—Señora O'Brien... Sonya. —Ella giró, escuchando—. Podría haberla convencido de irse con usted. Es su madre..., de haber insistido lo suficiente...

—No lo creo. Amelia es tan obstinada como, al parecer, lo eres tú.
Tucker esbozó una leve sonrisa.

—Gracias.

Sonya asintió con la cabeza, retomó el camino y se alejó.

CAPÍTULO 28

No quiero cerrar los ojos, no quiero quedarme dormido, porque te extrañaría, nena. Y no quiero perderme nada.



Mientras recogía las escasas pertenencias que había ido acumulando durante sus horas de ingreso, Amelia era muy consciente de la mirada ardiente de Orson sobre ella. No se trataba de algo sexual..., o no del todo, sino, más bien, de un profundo enfado enraizado que él se negaba a soltar. Apoyado en la pared, vistiendo unos pantalones vaqueros muy anchos y una sudadera con capucha, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los labios fruncidos en un mohín.

Conforme ella se movía, guardando su cepillo de dientes o doblando el pijama que su madre le había llevado para que se cambiara, los ojos de Tuck la seguían por la habitación, preparado para actuar en caso de que ella se desmayara o acabara rendida por el esfuerzo de embutirse en su propia ropa para, por fin, poder abandonar el hospital.

Con el alta en la mano y nada más que los puntos en la frente y un par de magulladuras, Amelia estaba más que preparada para seguir adelante con sus planes para aquel día, pero no las tenía todas consigo para poder conseguirlo. A primera hora de la mañana, Sonya le había llevado varias mudas, acompañada de una preocupadísima Denis, que había incluso dejado caer la idea de posponer la boda hasta que las heridas de Amelia terminaran de curar.

—Estaré perfectamente mañana, abuela. Llevamos todos los preparativos lo bastante adelantados como para que este... incidente no nos retrase. Confía en mí.

Amelia iba a tener que demostrar una fortaleza férrea para que nadie anduviera de puntillas a su alrededor. La boda de su abuela se iba a celebrar

durante la tarde del día siguiente, por lo que tenía toda la jornada presente para intentar descansar y componer una imagen de sí misma que no gritara a los cuatro vientos que había sido víctima de un accidente de coche.

No iba a ser fácil, por supuesto. Con su madre tirando de ella hacia un lado y Orson obcecado en no sacarla de su vida, Amelia tenía pocas posibilidades de ser útil durante las horas previas a la celebración. Había intentado hablar con Falk para interesarse sobre el estado de las mesas del jardín y para saber cómo había ido la reunión de *catering*, pero no había sacado demasiado en claro. Sonya era un ave rapaz, controlando su salud, niveles de azúcar y estado general con más insistencia que las propias enfermeras.

Ahora, con la maleta prácticamente hecha y lista para salir del confinamiento, Amelia tenía que lidiar con su otro carcelero. Uno al que no iba a serle nada fácil convencer de que estaba mucho mejor de lo que su tez pálida y su frente cosida dejaban ver.

—Con esa pinta tan seria y ese ceño pareces mi agente de la condicional. — Le dijo con una sonrisa, ganándose con ello una mirada suspicaz—. Es bastante sexi.

Tucker gruñó, pero descruzó los brazos, perdiendo un poco de esa pose rígida que había estado manteniendo.

—Nada sexi para ti en las próximas veinticuatro horas. Si de verdad quieres ser parte activa de la boda, vas a estar más controlada en mi casa de lo que has estado aquí.

—¿Nada sexi para mí? —Tuck negó con firmeza—. ¿Va en serio?

—Tu madre ha accedido a que te quedes conmigo hoy. No me parece respetuoso ni... prudente empujar su confianza hasta el límite, nena.

Esta vez, fue el turno de Amelia de enarcar la ceja.

—Orson, creo que mi madre tiene bastante claro que nuestra relación no es precisamente platónica. Asume que tenemos intimidad. —El gesto de Tuck le dejó claro que la palabra correcta era *tenían*, en pasado. Amelia suspiró—. Sé que estás preocupado y que crees que todo esto te da la razón, pero, aunque las cosas se hayan desviado un poco..., sigo convencida de que actué bien. Hay situaciones que requieren que plantes cara y eso fue lo que hice.

—Pues ya ves adonde te ha llevado plantarle cara a Jules. —Tucker intentó respirar hondo y calmarse. No quería gritarle a Amelia. No quería tratarla mal. Estaba asustado, cabreado y muy preocupado por ella, y todos esos eran sentimientos que le resultaba muy complicado gestionar—. Su arrebato pudo tener consecuencias desastrosas, Amelia. He visto el coche y se me han puesto los pelos de punta. Podrías haber salido muy malherida. Podrías...

No pudo seguir. Hablar de eso lo hacía trizas.

Ella dejó lo que estaba haciendo y puso en Orson todo su interés. Tomó su mano, entrelazando los dedos con los suyos. Lo miró a los ojos, intentando transmitirle todo el amor que sentía por él, ese que en otros tiempos había flaqueado y brillado por su ausencia. La conmovía que quisiera cuidarla y protegerla, pero si iban a embarcarse en aquel segundo intento, Orson debía tener claro que eso no era necesario.

Debían remar juntos hacia el mismo lado. Amelia no estaba dispuesta a entregarle el timón del barco por completo mientras ella solo miraba las tranquilas aguas pasar. Aquella relación era importante, y como tal pensaba actuar.

—No iba en busca de ninguna pelea de gatas. Habría preferido dejar claro mi punto sin golpes ni sustos de por medio, pero las cosas se han dado así. — Alzó la mano, acariciándole la mejilla—. Te quiero, ya sé que piensas que saberlo tú es suficiente, pero no es así. Tenemos que demostrarnos muchas cosas el uno al otro y, también, tenemos que hacerle frente a lo que piensan los demás.

—Me importa una mierda lo que opinen los demás. Que les jodan, nena. No podemos gustarle a todo el mundo.

Ella esbozó una suave sonrisa.

—Por más poético que te pongas..., no me harás cambiar de opinión. Jules solo necesitaba que alguien le dejara clara la situación. Ya está hecho. Ahora solo nos queda mirar hacia adelante y demostrar a la gente que nos quiere y que nos importa que este es un riesgo que merece la pena correr.

Con un suspiro ahogado, Tucker bajó la cabeza hasta que su frente se apoyó en la coronilla de Amelia. Aspiró con fuerza el olor de su pelo, con los ojos cerrados y las manos subiendo y bajando por sus brazos desnudos. Su aroma natural estaba algo enmascarado por los efluvios del hospital, pero él todavía podía sentirlo bajo la piel. Estaba ansioso por llevársela de allí, cobijarla entre sus brazos, meterla en su cama y cuidar de que nada pudiera hacerle daño hasta que el miedo a la pérdida abandonara por fin su sistema nervioso.

Quererla le mantenía vivo y alerta. Pero también... le asustaba hasta dejarlo prácticamente moribundo.

—Haces que parezca un cuento de hadas, Amelia, pero no va a ser tan fácil. —Convencer a todo el mundo de que estaban hechos para ser una pareja era muy jodido si empezaban con un accidente, pensó con ironía—. Lo de Jules ha sido premeditado, nena. No puede quedarse así.

—Y no lo hará.

Esa mañana, mientras Orson no estaba, Amelia y Sonya habían hablado otra vez con la policía y los médicos que atendían a Jules. Ella había firmado una

declaración de los hechos, parecía arrepentida y se declaraba culpable, por lo tanto, Amelia había tenido bastante claros los pasos para dar a continuación.

—Se van a presentar cargos..., pero he pedido que la sentencia pueda conmutarse con servicio comunitario y alejamiento. —Tucker abrió la boca, pero Amelia lo cortó—. Que vaya a la cárcel no me sirve de nada. Quiero que se responsabilice de lo que ha hecho y, según su declaración, va a hacerlo. Le harán un seguimiento psicológico durante dos años, tendrá que asistir a sesiones para el control de la ira y no podrá acercarse a mí. —Se encogió de hombros con una ligera mueca. Lo único que quería era dejar toda la situación atrás y seguir adelante—. Recibirá su justo castigo cuando comprenda que las decisiones que ha tomado la han llevado adonde está. Ahora es consciente de que te ha perdido, debe aceptarlo y seguir con su vida.

—Nunca me tuvo. Siempre fui muy claro en eso. Te hizo daño, Amelia. No se merece que la perdones.

—Pero lo hago. Porque no puedo pedir a mi madre y a la tuya una segunda oportunidad si luego soy tan cerrada a los errores de los demás. Me hizo daño, Orson, pero elijo estar contigo y ser feliz. Elijo olvidarlo. Tenemos un mundo entero de posibilidades delante, cariño..., ¿de verdad quieres empezar a descubrirlo cargando eso a tus espaldas?

Tucker observó, en completo silencio, cómo Amelia terminaba de ocuparse de sus cosas y luego procedía a vestirse. Le echó una mano poniéndose una chaqueta fina sobre la blusa que llevaba y hasta compartieron algunas sonrisas cómplices cuando Tuck se vio obligado a atarle el abundante cabello oscuro en una coleta torpe a causa de los dedos inmovilizados de Amelia. Con todo, su mente permanecía a varios kilómetros de distancia, atento a lo que acontecía en aquella habitación, pero perdida en miles de pensamientos que oscilaban en aquellas últimas palabras que ella le había dicho.

Mientras la enfermera cambiaba los vendajes que cubrían los puntos de la frente de Amelia antes de que pudieran irse, Tuck terminó por entender que quizá ella había tenido razón después de todo. A veces uno debía dar carpetazo a ciertas situaciones, aunque la acción conllevara riesgos. Como hombre acostumbrado a cargar con rencores durante años, le parecía imposible hacer a un lado todo el asunto de Jules y seguir adelante como si nada. Para Tucker, perdonar era algo muy difícil. Con todo lo que su padre había hecho a su familia, negándose a formar parte activa en sus vidas y después, dejándose morir por pura incapacidad para seguir viviendo, lo normal hubiera sido que desterrara todo recuerdo de Magnus de su vida, pero, en lugar de eso, insistió en que todo el mundo se refiriera a él por el apellido paterno, como un recordatorio constante de los errores y malas acciones del hombre que le había engendrado.

Cada vez que alguien pronunciaba su apellido, sentía una bofetada de realidad en plena cara y tenía la conciencia de lo que el alcohol y la cobardía habían hecho a su madre y a su hermana. De la conducta que no podía permitirse repetir. No, Tuck no perdonaba con facilidad..., pero tal vez esa fuera la prueba que iba a tocarle superar para estar a la altura de la gran chica que era Amelia.

Ella había enfrentado mucho en su camino para demostrar que la relación que ambos mantenían era fuerte y merecía otra oportunidad, y aunque Tuck había creído, lleno de un egocentrismo poco propio de él, que soportando tres años de culpa y ausencia había pagado su deuda, tal vez se esperaba algo más de él. Algo grande y desinteresado.

Como la capacidad de agradecer que estaba vivo y sano para tener a la chica que quería a su lado. Como ser capaz de perdonar las debilidades de otras personas, tal como él había rogado porque Amelia y Sonya perdonaran las suyas.

Era posible que hubiera enfocado todo aquello mal... y, desde luego, no pensaba dejar que la rabia y el rencor enturbiaran las posibilidades que ahora se abrían ante él. Amelia no merecía menos. Él mismo, tras tanto tiempo padeciendo, no merecía menos. A lo mejor había llegado el momento de soltar lastre y empezar de nuevo, con maletas vacías y sin cargar equivocaciones antiguas.

—¿Lista para irnos? —preguntó colgándose la mochila al hombro y ofreciendo a Amelia su mano.

—Si vas a ser un carcelero todavía peor que los médicos..., empiezo a replantearme muy seriamente pedir que me dejen aquí unas horas más.

—Demasiado tarde. —Tucker sonrió—. Tienes el alta y... soy mucho más grande que tú. Nunca podrás escapar.

Con una risita cómplice, Amelia se encogió de hombros, siguiéndolo hacia el aparcamiento, donde el Corolla esperaba para llevarlos al apartamento situado encima del salón de tatuajes.

—Intentaré ser una buena rehén entonces —le susurró, robándole un beso suave cuando él le abrió la puerta del copiloto.

Ocupando su asiento, Tucker metió la llave en el contacto y le sonrió de vuelta. Arrancó y dejó que el aire fresco que entraba por la ventanilla bajada enfriara sus humos. Se repitió que ella estaba allí y que todo había pasado. El asombroso momento lúcido de Krista y el gesto de Sonya de dejar a Amelia pasar aquella noche con él, cuando ella acababa de llegar a Kendall, debían inclinar la balanza de sus emociones hacia el lado positivo. Era más de lo que habían tenido nunca. Era un comienzo realmente prometedor.

—¿En qué estás pensando?

Soltando el volante brevemente para besar la palma de Amelia y dejarla luego reposar sobre su muslo, Tuck se permitió por fin una sonrisa.

—En que... soy feliz. No tiene mucho sentido, con todo lo que ha pasado y lo que nos queda todavía por delante, pero... me siento así. —La miró de reojo, sabiendo que ella entendía a qué se refería—. Siento muchas cosas mezcladas, pero lo bueno prevalece por primera vez. Es una sensación extraña y confusa.

Dedicándole un gesto tierno, Amelia le acarició los mechones rizados, mirándole con un cariño que solo tenía reservado para él.

—¿Así que tus maneras hoscas, las arrugas en el entrecejo y tus ganas de pelea son síntomas de felicidad? —Chasqueó la lengua, haciéndole reír—. Pues no se te da demasiado bien, Orson. Por suerte para ti..., ahora todo irá lo bastante bien como para que puedas acostumbrarte.

Con la mirada puesta al frente, Tucker estuvo de acuerdo con ella.

—Acostumbrarme a ser feliz..., sí. Creo que eso puedo hacerlo, cariño.

* * *

Tucker resistió a duras penas la tentación de estrellar el móvil contra la encimera de la cocina cuando quedó claro que su llamada a Bianca iba a quedarse sin respuesta... otra vez. Con un suspiro de frustración, no le quedó más remedio que asumir que la única información que tendría de su hermana era la que Krista le había proporcionado de forma escueta por mensaje de texto. Que estaba algo mejor, que había comido y salido de la cama para darse una ducha. Era todo lo que tenía, y, al parecer, todo con lo que iba a contar en un futuro próximo.

Se pasó las manos por el pelo, obligándose a tomar respiraciones cortas y profundas. La preocupación que sentía por Bianca chocaba de frente con la intensa alegría que le proporcionaba tener a Amelia con él esa noche. Después del accidente y aquellos agónicos minutos que había tardado en llegar al hospital y verla con sus propios ojos, oírla moverse por el apartamento y ver sus cosas desperdigadas por ahí era todo lo que necesitaba para recobrar una calma que ya creía perdida. La situación con Bianca y el poco duradero estado racional de su madre debían quedar en un segundo plano, por lo menos, hasta que se asegurara de que su chica pasaba sus próximas veinticuatro horas sin efectos secundarios de ningún tipo.

—¡Es ridículo! —Como llamada con su pensamiento, Amelia escogió ese momento para salir del aseo, donde llevaba un buen rato encerrada intentando cambiarse de ropa mientras luchaba contra sus recientes limitaciones físicas—.

¿Tienes idea de cuánto tiempo he tardado en desabrocharme el sujetador? ¡Es patético!

Aún llevaba sujetos con una venda dos dedos de su mano derecha, algo que, sin duda, debía imposibilitar que se moviera con fluidez. Molesta, lanzó la ropa que se había quitado sobre su mochila, estirándose la camiseta morada con el emblema de Harley Davidson que Tuck le había prestado para que se pusiera cómoda. Mientras ella continuaba quejándose, él dejó que sus ojos le recorrieran las piernas desnudas, y tuvo que recordarse a sí mismo las buenas intenciones que se había propuesto cumplir esa noche. Amelia estaba convaleciente, y eso era algo que debía respetar.

—Quería lavarme el pelo, intentar quitarle esa... peste a hospital, pero entre la mano inútil y que no puedo mojar los puntos de la cabeza...

Amelia chasqueó la lengua. Era preciosa y adorable, y aunque Tucker no hubiera querido, tuvo que sonreír. Se acercó a ella despacio, tomando su mano herida y besándola en la palma con suavidad. Ella le dedicó un gesto tierno que le tocó el corazón. Estaba loco por esa chica, sin remedio. Se habría cortado sus propios dedos para dárselos a ella si eso la hubiera hecho sanar antes.

—Si me hubieras avisado podría haberte ayudado —ofreció, apartándole unos mechones oscuros sueltos de la frente—. Lavar cabezas de mujer no es mi fuerte, pero en desabrochar sujetadores tengo un doctorado *cum laude*.

—¿Ah sí? —Amelia aceptó de buen grado la rama de olivo y recorrió las mejillas ásperas de Tuck con su mano sana. Sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa—. ¿Eso que noto en tu tono de voz... es un cambio de ánimo?

Tucker resopló. Agachó la cabeza unos centímetros, hasta que los labios de Amelia estuvieron lo bastante cerca como para depositar en ellos un beso suave. Con todo lo que había pasado en las últimas horas, le parecía un milagro tenerla tan cerca, hablando de trivialidades.

—Más que un cambio de ánimo es... que me he cansado de estar preocupado. Todo lo que ha pasado estas últimas semanas... —Negó con fuerza y sintió que la cabeza le daba vueltas—. Lo nuestro, mi madre, Bianca, Jules y tu accidente... La verdad es que, aunque quisiera, no creo que pudiera seguir dándole vueltas a esa mierda mucho más tiempo sin volverme loco.

—Lo sé. Lo siento mucho, Orson. Siento haberte asustado, de verdad.

—¿Asustarme? Joder, Amelia..., tendremos suerte si los cojones vuelven a bajarme alguna vez. —Exhaló el aire con fuerza—. Hazme un favor, la próxima vez que sueñes con accidentes de coche, recuerda comentarlo.

—Lo prometo. Seré muy comunicativa con mis futuras premoniciones. — De puntillas, le dio un besito en la barbilla al que él cedió con abandono.

Acicateada por aquel pequeño resquicio de rendición, Amelia asumió que, si quería aprovechar la noche tal como deseaba, iba a ser responsabilidad suya llevar las riendas en ese momento.

Conocía muy bien a Orson, era leal y cabezota hasta las últimas consecuencias, y había prometido a Sonya cuidarla y vigilarla durante esa noche, con vistas a que al día siguiente Amelia pudiera acudir a la boda de su abuela rozagante y a salvo. Todo eso se traducía en un comportamiento adecuado y debidamente distante con el que Amelia no estaba nada conforme. Y que, desde luego, no pensaba aceptar.

La esperaba una jornada intensa tan pronto como amaneciera, y después de sufrir un accidente, con el malestar y los dolores que ello conllevaba, lo único que le apetecía era disfrutar de una sesión de amor en brazos del hombre por el que había peleado. Era su recompensa, decidió, y, por suerte para él, estaba dispuesta a compartir las mieles del éxito.

—No me digas eso, cariño —le susurró con voz tierna, apoyando ambas palmas de sus manos en los hombros de Tuck y moviéndolo con sutileza—. Es una parte de tu cuerpo a la que tengo mucho aprecio.

—Pues me temo, Amelia, que toda esa zona está fuera de tus límites.

—Lo dudo mucho.

—Estás convaleciente, nena.

—Eso me han dicho.

—Y te dije... que nada sexi para ti en las próximas veinticuatro horas, si no recuerdo mal.

Orson alzó la ceja, sosteniendo una pose sorprendentemente firme. Sus ojos brillaban, no obstante, y Amelia conocía lo suficiente de su lenguaje corporal como para saber cuándo estaba marcándose un farol. De un suave empujoncito, le dejó sentado en el borde de la cama, justo donde le quería. Él abrió la boca, pero no encontró modo de pronunciar palabra.

—Lo hiciste. —Estuvo conforme ella, que fue inclinándose lentamente hasta que sus labios rozaron la barbilla y, luego, el hombro y la garganta de Tucker—. Pero no dijiste nada de cosas sexis para... ti.

—Amelia...

Pero toda réplica murió en su boca cuando la vio hincarse de rodillas entre sus muslos abiertos. Con la mirada desencajada, Tucker observó como la delicada cabeza morena de Amelia se iba acercando, buscando bajo la tela gruesa de su suéter hasta encontrar la piel caliente y rozarla con la punta de la lengua. Sus buenos deseos, todos los intentos por ser decente y paciente, se fueron por el desagüe. Alzó los brazos con sumisión y la dejó quitarle la prenda por la cabeza y recorrerle el torso con los labios. Sintió sus besos y el exhalar de

su aliento humedeciéndole la piel, y cuando la descarada boca llegó al borde de sus vaqueros, supo que estaba perdido.

Mirándole directamente a los ojos, Amelia soltó los botones y extrajo con suprema facilidad su erección del confinamiento de la ropa interior. La sopesó entre sus manos, valorando la dureza, y comenzó un recorrido tortuoso con su mano, arriba y abajo, enviando descargas eléctricas a través de toda la columna vertebral de Tucker.

Él intentó resistirse, pero el placer que le provocaba lo que estaba seguro de que iba a pasar a continuación le hizo imposible rechazar el regalo que se le ofrecía. Sin ser dueño de sus actos, sujetó con su mano la nuca de ella, enredándose sus cabellos entre los dedos, y observó, atónito y encantado, como Amelia bajaba cabeza y humedecía la punta de su miembro con la lengua.

Tucker cerró los ojos con fuerza, perdiendo la capacidad de hilar pensamientos y dejando que todo su raciocinio muriera en algún lugar triste y oscuro de su mente. Amelia estaba acomodada entre sus piernas, succionándole con avidez y forzándole a convertirse en poco más que un montón de carne excitada, temblando con una pasión que amenazaba con desbordársele. Levantó apenas las caderas, estremeciéndose al oír los sonidos que la deliciosa boca de Amelia provocaba mientras le devoraba con ganas.

—Joder..., joder, nena... —gruñó, apretando los dedos entre su pelo y resistiendo la tentación de empujar su cabeza aún más cerca de él—. Dios..., si tengo que morir que sea ahora...

Enloquecido de lujuria, Tucker intentó recordar cuándo había sido la última vez que había tenido el placer de disfrutar de una visión como aquella. Durante su relación inestable, Amelia y él habían disfrutado de un sexo muy variado y satisfactorio, pero nunca hasta ese momento ella había tomado la iniciativa de modo tan brutal. Era evidente que había pretendido resquebrajar sus defensas y salirse con la suya frente a los intentos de él de mantenerse fuera de ella durante la noche y, desde luego, había ganado la batalla por *KO*.

Tuck no tenía ninguna intención de presentar pelea.

Despacio, fue moviendo las caderas hasta que el ritmo cadente de su propia necesidad por liberarse se adecuó a los movimientos de Amelia. Era delicioso sentirla rodeándole con la lengua, pero tanto como Tucker disfrutaba de la situación, sabía que no iba a tener suficiente. Cuando se trataba de ella, nunca tenía bastante. La veda del amor se había abierto de par en par, y estaba dispuesto a arrasarla con todo lo que tenía.

—Amelia..., ya casi..., cariño, aparta, si no...

Trató de usar su mano para moverla, pero ella fue determinante en su negativa y procedió justo donde estaba, lamiéndole hasta que las luces brillantes

cegaron a Tucker y solo pudo gruñir y permitir que la naturaleza siguiera su curso. Rendido y sin fuerzas, se dejó caer boca arriba sobre la cama mientras se vaciaba sin medida, entregando la fuerza de su deseo a la única mujer a la que había pertenecido.

Casi tan satisfecha como él, Amelia se tumbó a su lado, con la cabeza apoyada en su mano sana. Miró a Tucker con un gesto de diversión en la mirada y, con premeditación, se pasó la yema del dedo pulgar por la comisura de los labios, eliminando toda evidencia física de lo que acababa de ocurrir. Él tragó saliva y se pasó las manos por la cara. Ella había triunfado, y los dos lo sabían.

—Parece que todo vuelve a estar en su sitio. —La oyó ronronear, deslizando los dedos por la A gótica que marcaba su pecho—. Es un alivio, ¿verdad?

—Alivio... —Apoyado en los codos, Tucker la miró como el depredador a la presa. Había intentado ser bueno, ¿verdad? Pero estaba claro que Amelia quería guerra. No sería un hombre de verdad si rechazara un desafío—. Esto... no es nada comparado a lo que vamos a sentir cuando haya acabado contigo.

—¿Me estás amenazando, Orson?

—Oh, nena. Por supuesto que sí.

Amelia soltó una risilla que se convirtió en grito de sorpresa cuando él se abalanzó sobre ella. La sujetó por las caderas y la dejó tumbada en la cama boca arriba, sometida a su peso. Con maestría, Tucker fue capaz de separarle las rodillas usando su propio muslo como palanca, al mismo tiempo que la tomaba de las muñecas para ponerle los brazos a los lados de la cabeza. La miró desde su altura dominante, con la ceja enarcada al comprobar que Amelia lucía una resplandeciente sonrisa de triunfo. La sintió balancearse contra él, provocando que su nueva erección se alzara con orgullo entre los dos.

—Lo sabía —dijo Amelia entre susurros, levantando una pierna y envolviéndolo con ella—. Tú también me quieres.

Tucker solo fue capaz de gruñir.

—Este amor va a acabar conmigo.

Se lanzó a besarla con desesperación, arrasando con su boca y recorriendo cada centímetro de piel que encontraba a su paso. Mientras tanteaba con sus labios en busca de sus pechos, cubiertos todavía por la camiseta morada, las dos manos de Tucker encontraron la delicada tela de las braguitas de Amelia, que acabaron cediendo a la presión y perdiéndose por sus piernas hasta caer al suelo, sin presentar batalla.

Sin dejar de prodigarle besos rudos y caricias, Tuck encontró la manera de abrirse más espacio entre sus piernas, removiéndose hasta bajarse los vaqueros lo suficiente como para que nada interfiriera en su campo de acción. De alguna

manera, se las arregló para conseguir un condón y, ante una muy sorprendida Amelia, procedió a deslizarlo por su miembro palpitante en un tiempo récord. Esta vez, con el ansia corriendo por sus venas, ella no se molestó en hacer preguntas, porque todo cuanto quería era sentirle dentro de ella, haciéndole el amor hasta que estuviera demasiado agotada para pensar en nada que no fuera él.

—Rodéame con las piernas —ordenó él, leyéndole el pensamiento—. Más fuerte. Así.

Tucker apoyó las manos sobre el colchón, cerrando el campo de visión de Amelia a todo lo que no fueran sus potentes hombros y su torso desnudo. Ella acomodó su postura, apresándolo con sus muslos. Al subir y bajar su pie por la pierna de Tucker, notó la rugosa tela de sus vaqueros y rio, enredando la mano en su pelo rizado cuando él empezó a mordisquearle el cuello.

—Todavía estás vestido, Orson —gimió, notando como la dura punta de la erección golpeaba sus paredes, exigiendo espacio—. ¡Y llevas los zapatos!

—Para lo que quiero hacerte, nena, me basta con que la que esté desnuda seas tú. —Le dedicó una sonrisa perversa mientras la recorría con manos ansiosas—. No quiero perderme nada.

Amelia no pudo replicar, pues Tucker escogió ese momento para penetrarla de una profunda embestida. Encajado en su interior, con la frente perlada de sudor, sacó la camiseta por la cabeza de Amelia y se refugió entre sus pechos, besándolos y adorándolos mientras gemía sobre la piel cálida y húmeda de placer. Empezó a moverse de inmediato, con profundos empujones que le hundían más y más en la carne receptiva de ella.

Entre jadeos, Amelia tiró de su cabeza hasta que pudo unir su boca a la de él. La fuerza de sus empujones la movía sobre la cama, pero era tal la plenitud que alcanzaba junto a Tucker que todo cuanto podía hacer era rogarle que no parase. Le encajó aún más profundo con la fuerza de sus piernas, clavó las uñas en su espalda y mordió su hombro, pero cuando la cercanía del orgasmo empezó a recorrerla por dentro, nada de eso era suficiente.

Se le tensó la espalda y un cosquilleo maravilloso se apoderó de ella. Sus músculos internos se volvieron más posesivos, embrujando a Tucker para que se quedara justo allí, preso de su interior, sin moverse ni un centímetro. Amelia encontró el clímax con un grito que la desgarró en dos. Él la sostuvo, manteniendo su cuello erguido mientras las fuerzas la abandonaban. El placer, como una ola poderosa, se llevó a Amelia mar adentro, dejándola inconsciente, rendida.

Notándola aún más húmeda y prieta que antes, Tuck se esforzó por mantenerse en la cuerda floja un poco más. Agotado, siguió moviéndose contra ella hasta que sus propias entrañas le avisaron de lo inevitable y no tuvo más

remedio que rendir sus fuerzas. Con todos los músculos en tensión y el cuerpo atravesado por un placer cegador, Tucker dejó que su frente encontrara cobijo contra el cuello de Amelia. Se corrió aspirando su olor con fuerza, envolviéndola en sus brazos firmes, convencido de que, aunque quisiera, nunca sería capaz de volver a dejarla ir.

Después, tras lo que pudieron ser horas, ambos encontraron la fortaleza necesaria para tirar de las mantas y cubrirse con ellas. Haciendo acopio de voluntad, Tuck se descalzó y terminó de quitarse los pantalones antes de derrumbarse contra el cuerpo cálido de Amelia. Sintióse estúpidamente feliz y, quizá por primera vez, en completa paz con el mundo.

—Te quiero, Orson. —La oyó susurrarle, apretada contra su pecho.

—Y yo a ti, cariño. Para siempre.

CAPÍTULO 29

*Sentiré un resplandor solo pensando en ti
y el aspecto que tienes esta noche.*



El zumbido del teléfono lo despertó.

Gruñendo por lo bajo, Tucker abrió un ojo, intentando localizar, en medio de la maraña del suelo, de dónde provenía el molesto sonido. A su espalda, Amelia se revolvió, dándose la vuelta y acomodando el trasero en el hueco cálido de la espalda de Tuck, que cedió a la comodidad y volvió a dejarse arrastrar por el agotamiento. El ruido había cesado.

Pero volvió con renovadas fuerzas.

—No podía durar... ¡Joder!

Tropezó con los vaqueros que había desechado y a punto estuvo de resbalar y acabar tendido en plancha sobre la fría tarima del suelo. Por suerte, y pese a la oscuridad, logró mantener el equilibrio lo justo para incorporarse y salir de la cama sin despertar a Amelia, cuyo semblante pacífico quedaba apenas iluminado por las farolas distantes del restaurante chino de la esquina. Era una preciosidad, y dejarla sola en la cama, un pecado con el que Tucker no estaba dispuesto a cargar.

Con pasos inseguros, anduvo hasta la pequeña cocina con toda la intención de apagar el teléfono hasta que el mundo se le viniera encima, pero al tenerlo entre las manos y reconocer el número en la pantalla iluminada, se lo pensó mejor. Solo había un motivo válido para que Hasan le llamara a aquellas horas, una emergencia en el taller. O, por lo menos, eso esperaba.

—Más te vale que sea importante —susurró, acodándose en la encimera para que su voz no molestara a Amelia. Inmediatamente, recibió balbuceos

históricos al otro lado—. ¿Qué dices? Espera, espera, coño..., más despacio. ¿Qué ha llamado quién?

Con una tensión creciente subiendo por sus pies desnudos, Tucker escuchó, pálido como la cera, lo que su compañero de trabajo intentaba explicarle. En medio de un montón de frases inconexas, yendo atrás y adelante en una narración con bastantes huecos, obtuvo por fin el dato que necesitaba. Y la conciencia de ello hizo que su buen ánimo se desplomara.

—¿Estás seguro? ¿Cuándo ha sido? —Se pasó la mano por la frente. Todo rastro de sueño había abandonado su rostro—. Sí, sí..., me imagino. ¿Se reunirá el abogado conmigo en el mismo taller? Pues... no sé qué hora es, pero voy ya mismo para allá. Gracias por llamar, Hasan. Sí, ya..., una putada, no sé qué más puedo decir.

Colgó, y esta vez golpeó el teléfono con fuerza contra el aparador más cercano. La pantalla se iluminó, sin un solo rasguño, como burlándose de sus intentos.

—Hijo de puta... Joder... ¡Joder!

—¿Orson?

Una Amelia soñolienta estaba incorporándose en la cama. Se rascaba un ojo y miraba alrededor como si la hubieran arrancado de un sueño muy placentero echándole agua helada encima. Sin demasiado tiempo que perder, Tuck se acercó y la besó en la frente, murmurando una disculpa y procediendo a recuperar su ropa para meterse dentro de ella sin apenas darse cuenta de lo que hacía. Estuvo a punto de ponerse la camiseta de Harley Davidson que había prestado a Amelia a causa de sus prisas, lo que le provocó una frustración todavía mayor. La lanzó al suelo, sentándose a los pies de la cama para calzarse unas zapatillas de deporte que necesitaban un lavado con urgencia.

—¿Qué pasa, Orson? ¿Quién ha llamado?

—Hasan. —Metió el pie derecho a la fuerza, tirando de los cordones con tanto ímpetu que fue un milagro que no acabaran en sus manos—. Ha pasado algo... con un cliente del taller. Anders Mollin, el abuelo que vive para mimar su Chevrolet Impala. Tengo que irme.

Tratando de hilar los pensamientos lo mejor que pudiera, Amelia estiró el brazo y le pasó a Tucker un gorro de lana con el que rápidamente se cubrió los enredados mechones de pelo. La miró con disculpa. Y también, con anhelo. Estaba desnuda. En su cama. Y él tenía que irse.

—Lo siento, nena, de verdad.

—No pasa nada, tranquilo. —Amelia tiró de las mantas observándole ir y venir mientras acababa de adecentarse—. ¿Qué le ha pasado a ese señor? ¿Ha tenido una avería o algo así? ¿Necesitan la grúa?

Tuck se quedó parado, con la zapatilla izquierda todavía sin atar y el rostro vacío de expresión. La miró, y en sus ojos oscuros se reflejó un dolor que alertó a Amelia.

—¿Orson?

—Se ha muerto —dijo él, encogiéndose de hombros—. Así, sin más. Estaba bien, nos trajo el coche, y no vino a recogerlo inmediatamente, pero nunca imaginamos... No se me ocurrió pensar que...

—Dios mío..., cariño, lo siento. —Debían estar unidos, Amelia no necesitaba preguntarlo para estar segura. Aquel era un cliente apreciado, uno con el que Tucker tenía el trato suficiente como para sentirse afectado por su pérdida—. ¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿Necesitas que te acompañe?

Él negó.

—Le encontró su abogado, es irónico, ¿verdad? El tío que lleva su testamento y sus... mierdas de viejo hipocondriaco fue a por unas firmas y lo encontró muerto en su casa. Maldito Anders Mollin..., siempre haciendo las cosas a su manera.

—¿El abogado te ha citado a primera hora? —Amelia giró el cuello, empezaba a amanecer—. ¿Tienes que entregar el coche para sus herederos o algo así?

Entonces Tuck esbozó una sonrisa. Volvió a negar.

—No tenía hijos, ni parientes. El muy cabrón... me ha legado el Impala.

Sin herederos, el abogado de Anders Mollin quería cerrar aquel asunto rápida y limpiamente, lo que pasaba por dejar firmada la cesión del coche antes de las vacaciones. A Tucker le indignaba. ¿Cómo podía toda la vida de un hombre ser solucionada en una sola madrugada? Era estúpido.

—Por lo que me has contado, ese coche era lo más importante para él.

—Lo único que le quedaba de valor en el mundo.

Amelia sonrió un poco. Se levantó envuelta en la sábana y acarició el hombro de Tucker, que bajó la cabeza para que ella pudiera apoyar la cara en el hueco de su cuello.

—Pues entonces tenía que tenerte en muy alta estima para confiártelo.

—Tampoco tenía a nadie más.

—Pero no lo dejó a un coleccionista, ni tampoco lo entregó a un museo, ¿verdad? —Entrelazando sus dedos con los de él, Amelia le dio un suave apretón—. Tú cuidaste de su bien máspreciado y es su voluntad que sigas haciéndolo.

Tuck giró la cabeza. Observó los cabellos despeinados de Amelia, su rostro ligeramente pálido y aquel apósito que cubría los puntos de su frente. Volvió a pensar lo muy bonita que era, pero esta vez... de una forma íntima e interior que quizá, en otras ocasiones, le había pasado inadvertida. Ella no podía comprender

en profundidad la pena que sentía por un cliente antiguo que moría, porque Tucker no era dado a extenderse hablando de esos temas, y, aun así, ahí estaba, enrollada en su sábana, confortándolo porque intuía sus sentimientos, aunque él no le hubiera dicho que le dolía.

—Todo puede acabarse en un parpadeo, Amelia —le susurró acariciando su cara con reverencia—. No quiero perder ni un segundo más, cariño. No quiero que me encuentren muerto y solo en esta mierda de apartamento, ni que den carpetazo a mi vida con unas pocas firmas. Necesito más de todo, Amelia. Más de ti..., de nosotros. De esto.

De puntillas, ella lo besó. Sus labios haciendo ruido en el eco de la estancia vacía.

—Tendremos tiempo, todo el del mundo, y por si acaso no fuera así..., no desperdiciaremos ni un instante. Te lo prometo.

Tucker se concedió unos segundos. Allí parado, con ella en sus brazos, dejó que el calor se propagara por su cuerpo, hasta que estuvo preparado para dirigirse a la ventana que conectaba con la escalera de incendios. La abrió de un tirón, y todavía no había sacado una pierna por fuera cuando se dio la vuelta.

—Mierda..., en unas horas tendrás que ir a la casa de huéspedes y liarle con todo el tema de la boda, ¿verdad?

Echando una mirada rápida al reloj de la cocina, Amelia asintió.

—De hecho..., seguramente me dé una ducha cuando te marches y me vaya también. Cuanto antes llegue, antes podré encargarme de todo lo que esté sin hacer. —Adelantándose a la pregunta que ya se formaba en los labios de Tucker, Amelia prosiguió—. Llamaré a Nanette para que venga a recogerme. Llevaremos algún capricho de desayuno a la futura novia y nos pondremos a trabajar.

—Bien..., te habría llevado yo a la casa de huéspedes, nena, pero...

—No pasa nada, Orson. Está bien, lo entiendo perfectamente. —Y para que se lo creyera, le dedicó una sonrisa—. Nos veremos después, espero.

Entonces él frunció el ceño, completamente perdido. Amelia se mordió el labio, recordándose que por muy adorable que fuera tomarle el pelo a un Tucker que no sabía nada de lo que se le venía encima, no era apropiado en un momento de duelo, por más tentación que sintiera.

—Sí..., cuando acaben los brindis y hayas comido tarta dos veces, avísame. Te recogeré y celebraremos nuestra propia noche de bodas. —Tuck le hizo un guiño, sacando por fin la pierna por fuera de la ventana.

—Eso estaría bien... —Amelia se acercó, viéndole salir a la madrugada. Aunque la temperatura no era demasiado baja, él se caló más el abrigo—. Asegúrate de hablar con tu madre cuando acabes en el taller.

—Lo haré..., ayer fue un día demasiado bueno. Me sorprendería si hoy no quemara la cocina para purificarla del espíritu errante de mi padre. —Inclinándose desde fuera le dio un último beso—. Te llamaré. Intenta guardar un rincón húmedo y escondido bajo tu bonito vestido de dama de honor para que tu teléfono vibre.

Con una sonrisa, Amelia se despidió con la mano, viendo a Tucker bajar la escalera y aproximarse hacia el Corolla. Todavía no lo sabía..., pero ella no iba a ser la única en vestir elegante esa tarde. Solo esperaba que no se pusiera muy difícil cuando Krista le informara de que ellos también iban a asistir a la ceremonia. Confiaba plenamente en la emoción que había visto brillar en los ojos de la madre de Tuck. Ella no iba a perderse, y esperaba de corazón que él tampoco.

Se moría por verlo con traje. Solo imaginárselo bien valía la pena lo gruñón que se iba a poner después.

Decidida a intentar arreglar un día que había empezado de forma muy abrupta, Amelia cerró la ventana, estiró las sábanas de la cama y se dirigió a la ducha. Tenía mucho que hacer.

* * *

Teniendo en cuenta que sus prolongadas ausencias habían provocado un exceso de trabajo para Falk, Amelia asumió con estoicidad la intensa charla de Nanette durante todo el camino a la casa de huéspedes. Medio adormecida en el asiento del copiloto del coche, que traqueteaba por la carretera húmeda como si estuviera a punto de romper en estertores previos a la muerte, asintió con la cabeza, sonrió y dio pocas respuestas en los breves silencios que su compañera de viaje otorgaba. Que no eran muchos.

—Así que Tucker y tú habéis decidido volver a intentarlo ¿eh? Eso es genial. Genial de verdad... No para mí, que voy a tener que tratarlo más a menudo, pero genial para ti. —Nanette chasqueó la lengua, accionando los limpiaparabrisas—. Creo que podríamos terminar siendo amigos, después de todo, yo siempre apoyé vuestra relación. La veía bien, ¿sabes? Sabía que algo le faltaba, que algo no terminaba de encajarle... y por eso era tan gruñón. Espero que estar contigo saque a relucir su lado dulce.

—Yo no contaría con ello —musitó Amelia por lo bajo, aunque estuvo segura de que Nanette estaba demasiado ocupada con sus propios pensamientos como para prestarle atención—. Pero le diré lo que piensas. Ver su reacción merecerá la pena.

Compartieron una risa cómplice, y luego siguieron el camino.

Nada más cruzar el umbral de la casa de su abuela, con una abultada bolsa de buñuelos caseros rellenos de crema como ofrenda de paz, Amelia fue sumergida de cabeza en la vorágine de la boda.

Sonya y Denis estaban rozagantes tras una noche de descanso, algunas copas de vino de más y varias películas antiguas que parcialmente habían pasado por alto mientras hablaban. Madre e hija llevaban la manicura perfecta y daban instrucciones a un lado y otro mientras el equipo del *catering* se afanaba entre la cocina y el jardín para dejarlo todo a punto.

Amelia dejó los buñuelos en una fuente y consintió ser abrazada y mimada por ambas mujeres, que examinaron los puntos de su frente y sus dedos vendados con aprensión.

—Me quitaré todo esto antes de la ceremonia —aseguró, cansada del confinamiento al que la sometían aquellos artilugios médicos que solo servían para hacerla sentir inútil—. No estoy segura de que pueda maquillarme los puntos, pero... intentaré taparlos con el pelo o algo así. No quiero afean las fotos de la boda.

Denis rezongó, llevándose un buñuelo a la boca y mirando con reprobación como uno de los camareros tomaba entre las manos más copas de las que era capaz de sujetar con seguridad. Respiró hondo, recordándose que la habían forzado a delegar.

—Poco importaría que tuvieras una escayola hasta la rodilla, cariño.

—¡Mamá! —Sonya se golpeó la frente—. ¿Cómo puedes decirle eso? Claro que importaría.

—Bueno, hija, lo que quiero decir... es que no va a estropear ninguna foto por ninguna cuestión. Amelia es preciosa y lo seguiría siendo aunque se hubiera roto todos los huesos del cuerpo. —Le sonrió con cariño. Denis siempre había sido una mujer de honestidad apabullante—. Me alegro de que no haya pasado, y aunque tu madre me ha puesto al corriente de la situación..., voy a querer oír los detalles de ti, jovencita.

—Habrá tiempo para historias de accidentes y exnovias rencorosas... —Sonya cruzó los brazos, enarcando la ceja para mirar a Amelia como solo ella sabía hacerlo—. A mí me interesa más... por qué has tenido que recurrir a Nanette para llegar cuando Orson Tucker me aseguró que él te traería temprano hoy.

—Y esa era su intención, pero le surgió un contratiempo de trabajo..., algo muy serio.

Como tenía pocos datos, Amelia no podía darles un retrato completo de todo el asunto, pero sí se esforzó en hacer entender a su madre y a su abuela que

Orson no había faltado a su palabra por alguna trivialidad, sino por un tema delicado como era la muerte de un cliente muy apreciado. Al dar su nombre, Denis O'Brien arrugó levemente los ojos y tomó asiento en la butaca que tenía más cerca.

—¿Lo conocías, abuela?

—Poco... pero sé quién es... Era. —Denis cogió otro buñuelo, pero antes de morderlo, cambió de idea y lo dejó en la bandeja—. Un hombre solitario, con pocos gustos que darse más que cuidar de su coche clásico. Una máquina preciosa, si quieres mi opinión. Veo muchos coches modernos ir y venir... y prefiero las antiguallas. Hacen juego conmigo.

—Se lo ha legado a Orson en su testamento —informó Amelia, aprovechando la mínima ocasión para crear empatía entre su familia de sangre y el chico al que amaba—. Por eso ha tenido que irse al taller, el abogado del señor Mollin quería dejar el asunto cerrado cuanto antes.

—Qué espanto..., tener tanta prisa por acabar con los temas pendientes de un hombre. Como si la vida fuera una carpeta que uno pudiera cerrar sin más.

Con una sonrisa amable adornando su semblante cansado, Amelia besó la mejilla de su madre, que rápidamente la rodeó con el brazo. Ellas habían pasado una situación parecida con Jacob..., funerarias apresuradas, abogados que insistían en sus tarifas por horas y una familia política a la que nada parecía bien.

—Es curioso, mamá, pero eso es justo lo que ha dicho Orson. Solo que en un tono mucho más arisco.

—Bueno..., ¡pues esta vez tengo que darle la razón!

—Mantén presente este raro y bonito momento de afinidad... por si acaso se te olvida en caso de que él o su madre lleguen tarde. —«O no lleguen», le dijo una vocecita molesta en su cabeza, a la que Amelia decidió ignorar—. Cuando nos despedimos esta mañana, Orson me dijo adiós creyendo que volvería a verme después de que atáramos las latas al guardabarros de los felices recién casados.

—¿No sabe que está invitado? —Denis abrió la boca, y luego curvó los labios en una sonrisilla taimada—. Vaya, vaya, Amelia..., has orquestado todo este plan a sus espaldas. ¿Te parece bien?

Ella se encogió de hombros. A veces, la única forma de que una persona hiciera algo era dejarle claro que no tenía más opciones.

—Orson es cabezota y muy testarudo. Habría intentado zafarse porque tendría la tonta idea de que no va a ser bien recibido por vosotras dos. —Les echó una miradita cargada de intención—. Krista, por otro lado, necesita sentirse aceptada. Es importante para ella. Estar aquí, ser parte de todo esto, la hará sentir que tiene un lugar. Que su madre sea feliz es una de las cosas más importantes

para Orson, así que, en primera instancia, vendrá por ella. Por no contrariarla. Para darle este momento que ella quiere tan desesperadamente.

—Y una vez aquí...

—Una vez aquí —Amelia cortó a su madre, que volvió a cruzar los brazos tan pronto como ella deambuló por la cocina—, espero de corazón que le demostréis que no estáis cerradas a la idea de nosotros dos juntos. Lo espero, porque... le quiero y, de verdad, quiero estar con él.

Denis y Sonya intercambiaron una mirada que dijo más que cualquier discurso. Habían hablado largo y tendido de aquel tema durante la noche y las dos estaban de acuerdo sobre cómo proceder. Su principal prioridad era Amelia, que fuera feliz, que se sintiera completa y satisfecha con su vida. Y, sobre todo, que nunca tuviera que mirar atrás con arrepentimiento a los trenes que había dejado escapar.

Si el chico Tucker era la estación a la que debía dirigirse, ellas no la impedirían llegar a su destino.

—Aquí es bienvenido —confirmó Denis—. Lo será en tanto se comporte y actúe como el hombre adulto y maduro que has descrito que es. Si cometió errores y los asume, todos los demás podremos hacerlo. El pasado suele ser siempre peor que lo que nos queda por delante..., así que va siendo hora de dejarlo reposar.

Amelia las abrazó con fuerza. Sentía el pecho hinchado de alegría. Por primera vez en mucho tiempo, no había nada en su vida que deseara cambiar.

—Gracias, de verdad. Esto significa mucho para mí.

—Pero no olvides que estáis en periodo de prueba —avisó Sonya, alzando su dedo de manicura perfecta y pretendiendo mostrar una seriedad que se le escapaba por las comisuras de los labios—. Eso me recuerda..., me prometió ser un perfecto caballero la noche que pasaras con él. Estabas convaleciente, Amelia, pero has llegado tarde, con el pelo húmedo y...

Ruborizada, ella señaló hacia el jardín, hacia donde fue moviendo los pies sin dilación. Había conversaciones que podían esperar... eternamente.

—¿Oyes eso, mamá? Creo que Falk me necesita para algo. ¡Nos vemos luego!

Denis soltó una risita, cogiendo por fin el buñuelo al que era incapaz de dejar de mirar.

—Bien..., supongo que puedo decir que sé a quién ha salido. —Ante el gesto estupefacto de Sonya, ella se encogió de hombros—. No seas mojigata, hija, ¿o es que creías que iba al altar siendo virgen?

* * *

Con Nanette encargada de distraer al nervioso novio, que partiría a cambiarse de ropa y hacer tiempo lejos de su futura esposa tan pronto como lograran convencerlo de seguir la tradición, Amelia dedicó el resto de la mañana a revisar el estado del jardín. Con las carpas extendidas y las mesas montadas, cubiertas de un brillante mantel en tono blanco y salpicadas de color con los ramilletes de lavanda, el lugar parecía sacado de un bosque de hadas.

Las sillas, forradas de satén blanco y adornadas con una cinta de tul lila, iban apilándose, al igual que la vajilla y la cubertería, de un brillo cegador. En la mesa principal, se colocaría una coqueta tarta de tres pisos con flores de pasta de azúcar que Joe Chase, el sobrino de Denis, traería personalmente. Se había encargado de organizar los pormenores con la pastelería de Kendall y ese mediodía, en cuanto su avión arribara al aeropuerto, pasaría a recogerla. Amelia había visto las fotos del diseño que Nanette le había enviado y era absolutamente perfecta.

Se entretuvo alineando las copas de champán, observando por el rabillo del ojo cómo Falk medía la distancia entre las patas de los entoldados y las mesas. «Perfeccionista, como siempre», pensó Amelia con una sonrisa.

Guió a los camareros a la cocina, donde empezarían a amontonar las fuentes con los menús y postres que los invitados irían degustando. Firmó los permisos al aparcacoches y se procedió a cerrar la calle sin salida en la que estaba situada la casa de huéspedes al tráfico para poder dejar los coches; luego, empezando a acusar el cansancio y el hambre, organizó el ramo que presidiría la mesa de los novios, alternando claveles blancos, lilas, algunas pequeñas trazas de lavanda y hojas de helecho silvestre. Con los ojos cerrados, Amelia aspiró el aroma y los ojos casi se le anegaron en lágrimas de emoción.

Todo estaba quedando perfecto, claro que su abuela no merecía menos.

—A Otto está a punto de darle una embolia. Y no creo que esta decoración sea apta para un funeral.

—No seas cenizo, Falk.

Él sonrió, rascándose la nuca y mirando alrededor con el cuello muy estirado. A lo lejos, y haciendo verdaderos esfuerzos, Nanette intentaba meter a Otto en un taxi, en tanto que él, aferrado a su maleta y con su bigote estilo morsa despeinado, se resistía con todas sus fuerzas.

—Asegura estar capacitado para quedarse aquí, muy quieto y callado, sin interferir en nada, hasta la hora convenida —informó Falk a Amelia, que bufó en respuesta—: Sí, eso mismo ha pensado tu madre, que le ha echado sin contemplaciones.

—Así es como empiezan las mejores relaciones familiares.

—Hablando del tema... —Con las manos en los bolsillos, todo en la postura de Falk habló de esa incomodidad innata que le salía a relucir cuanto tenía que tocar temas personales relativos a otras personas—. No es que preguntar estas cosas sea mi fuerte, pero parece que vas a enfrentarte a tu propia bomba familiar pronto. —Subió las cejas, haciendo sonreír a Amelia—. ¿Estás preparada para la onda expansiva?

—Me imagino que lo descubriremos cuando llegue el momento. —Y, encogiéndose de hombros, golpeó con cariño el hombro de Falk—. Sé que te preocupas, aunque odies entrometerte. Te lo agradezco, y te libero de tener que volver a indagar.

—Joder..., gracias.

Amelia soltó una risa y empezó a bordear la mesa colocando los servilleteros por encima de cada plato. Cuando la presentación fuera completa, el equipo de *catering* cubriría las mesas para evitar que las motas de polvo o cualquier otra eventualidad pudieran romper el efecto. Puede que los servicios estuvieran protegidos bajo las carpas y toldos, pero Amelia no pensaba dejar nada al azar.

—De todas maneras..., está por ver si la tan deseada unión de familias tiene lugar o no. Orson ha tenido una... situación en el trabajo... Algo serio. Un cliente ha muerto y ha tenido que hacerse cargo de algunas cosas. —Falk asintió, sin pedir detalles. Una de las mejores cosas que tenía era que no rascaba por información, esperaba recibirla y, si no era así, quedaba igual o más agradecido—. No sé cómo se tomará la noticia cuando Krista se la dé. Es posible que aparezca sola. O que no venga ninguno de los dos.

—¿Estás de coña? Renegará y se pondrá más borde que nunca, pero se presentará aquí hecho un pincel. Le conozco bien, Amelia, y si tiene oportunidad de ponerte los ojos y las manos encima, te aseguro que Tucker no la va a desperdiciar.

Amelia le dedicó una sonrisa sincera. Esperaba que Falk no se equivocara. Anhelaba ver a Orson mezclado con su familia, compartiendo un momento que iba a marcar un antes y un después para los dos. El cierre definitivo del pasado, como había dicho su abuela. Y lo que era más importante, una apertura oficial para el futuro.

—Anda, ve a ayudar a tu novia con Otto. Parece al límite de sus fuerzas.

Falk soltó una risilla baja, pero asintió. Tampoco él desaprovechaba las oportunidades, después de todo.

Mientras lo veía alejarse hacia Nanette, Amelia miró el cielo con esperanza, en todos los sentidos. Todavía quedaban algunas nubes..., pero cabía esperar que

la lluvia respetara el enlace antes de descargar. Animada, terminó de colocar las mesas, dio más indicaciones y continuó revisando que las flores, los regalos para los invitados, el libro de firmas y los demás pormenores estuvieran a punto.

Entró por la cocina y robó algunos canapés de la bandeja que tenía más cerca. Una rápida consulta al reloj le dijo que era hora de meterse bajo la ducha y admirar por fin el interior de la caja de correos que llevaba horas esperando sobre su cama, y dentro de la cual esperaba su vestido. Una vez que estuviera lista, su madre y ella se ocuparían de Denis, que en ese momento lucía su bonita melena platino surcada de enormes rulos color rosado.

—¿Quién dice que no puedo poner a marinar unas codornices? ¡Cuando todo este asunto pase, seguiré regentando una casa de huéspedes! —Se la oía a viva voz por el pasillo.

—Es el día de tu boda, mamá. ¿De verdad quieres que Otto te ponga el anillo y tus dedos huelan a salsa de marinar?

—¡Pues le encanta, que lo sepas! Es un hombre que aprecia los aromas más que ninguna otra cosa.

Casi con el mismo esfuerzo que Nanette había tenido que emplear con Otto, Sonya empujó a su testaruda madre de vuelta al dormitorio, manteniéndola alejada de cualquier tarea que no fuera estar tranquila y... esperar. Para una mujer como Denis, acostumbrada a orquestarlo todo con su batuta, aquella era la tarea más complicada de todas.

Por fin, Amelia se encontró a salvo en su dormitorio, situado en el lateral de la cocina. Cerró la puerta y sacó el vestido de la caja, colgándolo de la puerta del armario. La hermosa tela azul cobalto cubierta de detalles en tonos plata la dejó sin aliento. El cuello *bardot*, donde aquella delicada tela metalizada se hacía más visible, bordeando el nacimiento del pecho y las mangas, pareció emitir un brillo cegador a sus ojos. El corte en la cintura y la amplitud de la falda, terminada en un ligero vuelo, eran perfectos.

Animada, sacó sus zapatos de tacón plateados del armario y lo dejó todo dispuesto antes de tomar su toalla y el albornoz para el baño. Estaba vaciándose los bolsillos cuando su teléfono emitió una vibración. Era un mensaje de Orson:

«Ha ido bien. Me daré una vuelta en el Impala para presentarle mis respetos antes de cambiarme y recoger a mi madre. Me has metido en un buen lío, nena..., y me vengaré en cuanto estemos sin testigos. Resérvame un baile. Seré el que lleve traje y no sepa cómo coño moverse con él. Me muero por ver el aspecto que tienes esta noche. Te echo de menos.»

Lanzando una risita nerviosa, Amelia tecleó una respuesta a toda prisa. ¡Orson iría a la boda! De pronto, la expectación le agarrotó el estómago y se sintió un poquito mareada. Imaginó que así era como debía ser... cuando uno se enamoraba hasta el fondo del alma y podía disfrutarlo sin barreras ni miedos. Disfrutar de la felicidad de su abuela, tener a su madre junto a ella, compartir la velada con sus amigos más cercanos y contar con la mano cálida de Orson enredada en la suya. Sentía que no había nada en el mundo que no pudiera superar.

Con aquel pensamiento cruzando su mente, se quitó las vendas y se dio un largo baño, frotándose el pelo con fruición y acariciándose la piel con las lociones y jabones que Otto le había obsequiado. Revisó, armada con su cuchilla, que piernas y axilas mostraran su mejor cara, y luego, envuelta en su cálido albornoz blanco, aplicó una loción fresca a su cuerpo. Se secó el pelo con la toalla, intentando decidir si podía permitirse dejar que se secase solo o si tenía tiempo para darle forma con el secador, cuando su teléfono, de improviso, volvió a sonar.

Extrañada, cruzó el pasillo que separaba el aseo de la zona donde estaban su cama y demás enseres propios de la alcoba y rebuscó entre la ropa que se había quitado. Tan ensimismada en su alegría había estado tras responder a Orson que no había tenido en cuenta dejar el iPhone conectado a su cargador o... por lo menos, lo suficientemente a la vista como para poder cogerlo en caso de que se presentara alguna emergencia de última hora. Rogando porque no fuera así, lanzó los vaqueros al aire y, por fin, encontró el teléfono, en cuya pantalla iluminada podía leerse un nombre completamente inesperado...

Logan.

Casi paralizada, Amelia se dejó caer en la cama, sentándose sobre la ropa sin ser apenas consciente de ninguno de sus movimientos. Con la boca seca y el estómago del revés, se quedó leyendo aquellas cinco letras como si tras ellas se escondieran todos los males que, borracha de optimismo, había creído solventar. ¿Cómo había podido olvidarse de que quedaba un importante cabo suelto que atar antes de extender las alas del amor con Orson y volar lejos? ¿Tan egoísta la había vuelto su propia alegría?

Estaba decidida a dar la cara ante Logan tan pronto como volviera a California, pero, por lo visto..., la confrontación iba a tener lugar mucho antes de lo previsto. A kilómetros de distancia y por teléfono.

Cogió aire con fuerza, y decidida a no dilatar más el momento, Amelia deslizó la yema de su dedo por la pantalla y se llevó el teléfono al oído. Aunque con alguna interferencia, la voz suave y conocida de Logan llenó sus oídos enseguida. La culpa la golpeó con virulencia.

—¡Preciosa! —le oyó expresar, escuchando a su vez el fuerte soplo del viento—. Empezaba a temer que estuvieras demasiado ocupada para los viejos amigos.

—Para ti nunca, Logan. —Sonrió y, despacio, aflojó el puño en que había mantenido cerrada su mano izquierda—. ¿Dónde estás? La recepción no es nada buena..., hasta me ha parecido que te has definido a ti mismo como *viejo*.

Le oyó reírse.

—No sería yo si te hablara desde el vestíbulo de un cómodo hotel. Estoy en México, en una especie de... hospital. Drew aceptó el reto de beber tequila de fabricación casera. El muy capullo lleva tres días echando de su cuerpo lo poco que le quedaba después de lo del río. —Logan soltó una carcajada. De fondo se oyó una voz femenina a la que él dio las gracias antes de volver a centrarse en la conversación—. Presiento que el año que viene no va a querer ni oír hablar de organizar vacaciones conjuntas.

—Me pregunto quién será víctima de tus locuras entonces.

—Pues... yo esperaba que fueras tú, preciosa, pero si he recibido las señales bien, esa puerta que pretendías cerrar en Kendall se ha abierto de par en par. ¿Me equivoco?

Amelia suspiró. Cerró los ojos un segundo y se presionó el puente de la nariz. Por supuesto, sabía que aquella conversación no iba a conducirse solo por trivialidades, después de todo, había enviado a Logan un mensaje contándole la situación, y aunque no esperaba una respuesta, sabía que lo había leído y sacado conclusiones. No había sido la manera más correcta de hacerlo..., pero ahora no podía cambiar los pasos que había dado.

—No quería decírtelo de esa manera, Logan. De verdad, yo... hasta hace un segundo, cuando he visto que me llamabas, me mantenía firme en buscarte cuando volviera a California y hablar contigo de todo esto, en persona. —Tragó saliva. Él estaba muy callado, y eso rara vez era bueno—. Eres importante para mí, no quería hacerte daño, pero...

—Pero... no has podido evitarlo porque le quieres a él, Amelia. Siempre le has querido. Y yo, preciosa, siempre lo he sabido. No tienes ninguna razón para disculparte.

—Te equivocas. Sí debo disculparme, y tengo que hacerlo porque..., Logan, aunque nuestra relación fuera abierta y sin compromisos, existía. Quise avisarte a través de ese mensaje para creer que así callaba mi conciencia y que estaría mejor si Orson y yo... si nosotros...

Logan soltó una risita suave al otro lado de la línea. Por lo visto, su turbación le divertía, al igual que toda aquella situación. Desde luego, y por más liberal que fuera, Amelia no esperaba que se lo tomara con semejante ligereza.

—Soy muchas cosas, cariño, pero hipócrita no es una de ellas. Llevo casi un mes viajando por los lugares más exóticos que se me han ocurrido. En todos ellos hay mujeres, Amelia. Yo no te he escrito ni he sentido que estuviera incurriendo en ninguna falta por intimar con ellas sin decírtelo primero. ¿Recuerdas lo que siempre hemos dicho?

—Mientras estemos, estaremos —dijo ella de memoria—. Pero, Logan, mi situación es distinta a tu... incapacidad para guardar abstinencia.

—Por supuesto que es distinta, preciosa. Tú quieres a ese bastardo afortunado. ¿Te has metido en la cama con él? Bueno..., pues me alegro. De verdad. Te conozco lo bastante para saber que no es algo que hagas con cualquiera y sin motivos. Él te importa. Siempre te importó, así que destierra la culpa, porque no has hecho nada malo. —Deambuló, sus pisadas resonaron en la precaria comunicación y, cuando volvió a hablar, su voz sonó con eco—. Me hace sentir muy especial que hayas querido tener esa deferencia conmigo, es parte de la maravillosa mujer que eres. Tal vez, si hubiéramos tenido más tiempo..., yo habría sido capaz de dejar mi vida disoluta a un lado por ti, Amelia.

Esta vez, fue el turno de ella de sonreír con amplitud.

—Eso no te lo crees ni tú, Logan.

—¡Vamos, date un poco de crédito! Vales mucho la pena, muñeca. Espero que ese tío, por el que estoy haciéndome caballerosamente a un lado, también la valga. Solo quiero que seas feliz, niña. Y espero que esta llamada termine de matar esos incómodos escrúpulos que tienes y te permita conseguirlo.

Muy emocionada, Amelia se incorporó, abrazada al teléfono con fuerza, deseando poder transmitir a Logan el agradecimiento que sentía hacia él en ese momento. Era un gran amigo, había estado a su lado, acompañándola, haciéndola sentir segura y dándole cariño cuando lo había necesitado. Nunca llenó el hueco de Orson, nadie podría, pero habían disfrutado juntos de una amistad de bordes difusos que, si bien no echaría de menos, recordaría con cariño.

—Ojalá algún día encuentres eso que todavía no sabes que buscas, Logan. —Amelia sonrió, mirando a la pared y deseando poder decir aquellas palabras observando sus ojos—. Aunque creas que es lo peor que podría pasarte, me gustaría verte enamorado.

—Quién sabe..., mientras tanto, intentaré dar placer a cuantas mujeres no enamoradas me sea posible. —Soltó una carcajada—. Voy a echarte de menos, Amelia.

—Yo también a ti..., y no solo por tus sábanas de hilo y tu grandioso apartamento.

—Siempre lo supe. —Con un carraspeo, Logan convirtió su tono desenfadado en algo más serio—. Sé muy feliz, niña. Haz que ese tío sude la gota gorda para mantenerte contenta, porque si no, mi arrebatadora sonrisa y yo volveremos a la carga tan pronto pises California. Es una promesa.

—Estoy segura de que aceptará el reto. —Amelia sonrió para sí misma. Los ojos ligeramente empañados—. Cuídate, haz el favor. No tienes necesidad de morir joven. Y... querré verte, cuando vuelva a la universidad. Alguien tiene que ponerme al día sobre la épica cruzada que mantienes contra tu padre.

—Dalo por hecho, preciosa. Sé buena, quedan muy pocas a las que les quede tan bien como a ti. Hasta pronto, señorita O'Brien.

—Adiós, Logan.

Él cortó la comunicación. Sin dramas ni rencores, sin echarle en cara nada ni aferrarse a algo que ambos sabían que era solo una cómoda unión no destinada a dar frutos. Amelia sintió como el ligero apretón de la culpa se aflojaba de su pecho, y con el convencimiento de que ahora las cosas estaban donde debían, dejó el teléfono a un lado y, cuando pensó en Logan, lo hizo con una sonrisa. Se alegraba de no haberle perdido.

Apartó la bata de su cuerpo sintiendo como su buen humor se estabilizaba y miró su vestido con expectación. Las emociones prometían ir *in crescendo* en lo que restaba de día. Después de todo, tenía una abuela a la que casar y un novio al que convencer, a través de cualquier medio a su alcance, de que aquella puesta de largo ante sus familias había sido una buena idea.

—Yo también estoy deseando ver qué aspecto tienes esta noche, Orson..., y durante el resto de nuestras vidas.

CAPÍTULO 30

*Pondré mis brazos a tu alrededor
y te haré irrompible.*



Tucker entregó las llaves del Corolla a uno de los aparcacoches, vigilando de cerca todos sus movimientos en tanto su madre, que se removía inquieta, revisaba por décima vez el ridículo bolso que llevaba al hombro, comprobando que lo que fuera que había guardado siguiera ahí.

—No he traído mi abanico —se lamentó, atusándose el pelo una vez más. Se había teñido esa mañana y su melena, peinada en ondas, caía con gracia sobre sus hombros delgados—. No puedo creer que se me ha haya olvidado.

—Y yo no puedo creer que pretendieras meterlo en eso. ¿Por qué no has cogido un bolso más grande?

—Ay, hijo..., no sabes nada de mujeres.

Él sonrió, besándola en la mejilla. Estaba imponente con aquel vestido. Verla tan radiante, tan increíblemente feliz, tocó algo muy hondo en el corazón de Tuck. Algo más que agradecer a Amelia.

—Solo que no puedo vivir sin ellas. —Le ofreció el brazo, tirándose de la chaqueta con la mano libre—. ¿Terminamos con esto?

Cogida del brazo de su hijo, que parecía un actor de Hollywood con aquel traje negro entallado, Krista cruzó las puertas del jardín para dar justo a la zona principal de la recepción. Vio rostros conocidos, vecinos de Kendall, personas con las que había coincidido aquí y allá, y a lo lejos, saludando y besando a todo el que se le acercaba, una regia Denis O'Brien, con un favorecedor vestido color marfil, reía a carcajadas. La ceremonia empezaría en unos minutos, y, al parecer, la anfitriona no tenía la menor prisa.

—Respira hondo, mamá —aconsejó Tucker—. Me sería muy difícil socorrerte metido en esta... cosa.

—No digas tonterías, Orson, estás guapísimo.

—Ya lo creo que lo está.

Girando sobre sí mismo como si fuera una peonza, Tuck vio de frente a Amelia, que le guiño un ojo mientras se acercaba por el caminito empedrado que daba a la entrada de la casa de huéspedes. Estaba increíble con aquel vestido azul y el pelo medio recogido sobre su hombro derecho. Aunque los puntos de su frente eran visibles bajo el flequillo, y se apreciaba algún que otro moretón en sus brazos desnudos, Tucker estuvo seguro de una cosa: jamás había estado tan preciosa como en ese momento.

Emitió un silbido obsceno que la hizo sonreír y después, extendiendo la mano con la que no estaba rodeando a su madre, Tuck tomó a Amelia del talle para besarla en la coronilla.

—Joder... —masculló, apresándolas a ambas con fuerza—. No sé quién coño será el novio, pero creo que acabo de robarle el protagonismo como hombre más afortunado de la fiesta.

Amelia se rio, pero Krista puso los ojos en blanco, apartándose lo justo para dedicar a su hijo una mirada de recriminación.

—¿Y no has sido capaz de expresarlo sin usar tantas palabras vulgares en una sola frase?

—Venga, mamá, ¿no íbamos a intentar pasarlo bien? Hay situaciones que requieren de un par de tacos, ¿verdad, nena?

Pretendiendo que lo ignoraba, Amelia saludó a Krista adecuadamente, valorando lo muy guapa que estaba con aquel vestido y agradeciéndole que hubiera acudido. Sabía lo muy nerviosa que estaba la madre de Orson, pues todo en su postura corporal gritaba incomodidad, pero también sabía lo muy importante que era para ella ese momento. Que estuviera allí, dispuesta a vencer sus miedos y complejos, decía mucho de la mujer fuerte que había sido. Y que todavía era.

Desde el otro lado del patio, Sonya le hizo a Amelia un gesto y ella aprovechó ese momento para sujetar a Krista del brazo e indicarle con una mirada en la dirección de su madre.

—Creo que hay algunas personas que quieren saludarte, Krista. ¿Estás preparada?

—Adelante, mamá. —Tucker le dio un empujoncito, susurrando un agradecimiento bajo a Amelia, que avanzó despacio.

Mientras las veía alejarse, suspiró. En unos pocos segundos, Krista fue rodeada por Denis y Sonya O'Brien, que le dieron un par de besos y comenzaron

una charla que, desde donde él se encontraba, parecía amable y distendida. Poco a poco, la tensión de sus músculos se fue aliviando y casi se sintió capaz de respirar embutido en aquel traje. Vio a su madre sonreír y tocarse el pelo de forma coqueta. También advirtió que giraba el cuerpo hacia un lado para añadir a Amelia a la conversación y apreció, con la garganta seca, el modo en que sonreía.

—Ojalá bebiera alcohol —musitó para sí mismo, viendo pasar a un camarero cuya bandeja rebosaba de copas llenas—. Sería un momento cojonudo para una copa.

—¿Tucker? ¡Madre mía!

A su derecha, una muy asombrada Nanette se acercaba, seguida de cerca por Falk, que parecía incapaz de apartar los ojos de ella. No era para menos, la pequeña Volteretas estaba realmente favorecedora con un vestido en tonos plata y unas sandalias de tacón de vértigo. Se había hecho algo distinto en el pelo..., pero Tuck no fue capaz de apreciar qué era. Se puso tieso, con las manos metidas en los bolsillos.

—Ni se te ocurra hacer fotos, Saltitos. De hecho, olvida lo que estás viendo, porque dudo mucho que repitas la experiencia.

—Pues sería una pena, Tuck, porque de traje y peinado ganas mucho. —Falk le sonrió, estrechándole calurosamente la mano—. La correa tampoco te queda mal, ¿es nueva?

—La misma desde hace tres años, gilipollas.

Falk soltó una risilla nerviosa. Miró alrededor y se atusó el pelo corto; cuando se dirigió otra vez a Tucker, el tono de voz no le sonó tan firme como debería.

—¿Has sabido algo de Jules?

—Estará fuera del hospital mañana. —Tuck se encogió de hombros. Había muy pocas cosas que no pudiera hablar con Falk siendo franco, y los motivos del accidente de Amelia, desde luego, no estaban en la lista. Se lo había contado todo por teléfono, desde la sala de espera de urgencias, mientras esperaba la hora de visitas. Le parecía normal que saliera el tema. A él mismo le costaba quitárselo de la cabeza—. Uno de los médicos que la estuvo tratando fue el mismo que cuidó de Amelia y... nos lo contó.

—¿Y qué va a pasar con ella? —Inquieta, Nanette bajó todavía más la voz—. ¿Va a irse a casa como si nada, sin más?

Tucker negó con firmeza.

—Asistirá durante cuatro meses a clases para el control de la ira y tendrá que hacer dos mil quinientas horas de servicios comunitarios. Amelia estuvo de

acuerdo y firmó el convenio. No sé..., todavía estoy intentando decidir si me parece bien o no.

—Creo que es lo justo. Dudo que pueda acercarse a Amelia. —Tuck confirmó las sospechas de Falk—. Si ha reconocido su tremendo error y está dispuesta a intentar arreglarlo..., puede que lo mejor sea dejar que todo este lío siga su curso.

—Sí..., tal vez.

Tuck no estaba preparado para perdonar y olvidar, le costaba mucho asumir que podría encontrarse con Jules en cualquier esquina y dudaba que pudiera mirarla con un poco del afecto propio de la amistad que ambos habían compartido. Iba a ser duro y la herida tal vez no cicatrizara nunca. Era posible que jamás fuera capaz de dejar pasar el hecho de que Jules hubiera estado dispuesta a herir a la mujer de su vida.

—Amelia está bien y está contigo, Tuck. Eso es todo lo que tiene que importarte.

—Lo sé. —En eso, al menos, estaban de acuerdo—. No voy a dejar que nada nos saque del camino esta vez. Hemos pasado... por todo un desierto de mierda hasta encontrarnos, y no voy a jugármela.

—Brindemos por el fin del desierto de mierda. —Falk alzó la mano, sosteniendo una copa imaginaria. Tucker hizo lo propio, sonriendo por fin.

—Qué encantadores sois. —Nanette entrelazó sus dedos con los de su novio, mirando a Tuck con un brillito divertido en los ojos. Ella también estaba encantada de dejar todo lo malo atrás. Había cogido a Amelia el cariño suficiente como para no querer ni pensar en lo que le había pasado—. Me alegro mucho de lo vuestro, en serio. Cuando Amelia me contó toda la historia..., bueno, no parecía un final para mí.

—Tengo entendido que opinaste sobre el tema. —Tucker enarcó una ceja, mirando a Nanette con solo un leve reflejo de la seriedad que le había demostrado en el pasado—. Y que le aconsejaste que escuchara mi versión.

—Me pareció que los dos lo habíais pasado mal... y que la culpa tenía que repartirse y perdonarse. Si todavía quedaba amor..., ¿por qué no?

Algo incómodo, Tucker se acercó unos pasos, inclinó la cabeza y besó la mejilla de una muy sorprendida Nanette, que se sonrojó sin saber muy bien qué contestar.

—No tenías por qué, pero hacerla replantearse esas cosas ayudó mucho a que nos reconciliáramos, y por eso... te estoy agradecido. —Tucker cogió aire y se rascó la nuca antes de poder seguir—. Gracias..., Nan.

—De nada. —Por fin, ella sonrió, mirándole muy digna—. ¿Puedo llamarte Orson?

—No, si quieres que esta tregua funcione.

Ambos compartieron entonces una risa cómplice, ante la que Falk emitió un silbido incrédulo.

—Creo que ahora soy yo el que necesita una copa de las de verdad. Me parece que estoy alucinando.

* * *

Otto Sturgis y Denis O'Brien se casaron a la hora del crepúsculo, bajo una carpa blanca y rodeados de amigos y familiares. Joe Chase leyó unas conmovedoras palabras para la pareja, que intercambió sus votos con miradas emocionadas y gestos tiernos. Hubo un momento para recordar a quienes habían sido sus primeros compañeros de viaje, y que habían partido dejándoles un vacío que ninguno de los dos esperó poder volver a llenar.

Compartieron lágrimas y risas en el momento en que las nuevas alianzas reemplazaron las viejas, y un dulce beso de amor verdadero, maduro y honesto, selló sus vidas y los unió de nuevo en el amor. Con la totalidad de los invitados rompiendo el silencio en un tumulto de aplausos, Denis y Otto se abrazaron, recibiendo con entusiasmo pétalos de rosa y todo cuanto el futuro, caprichoso y siempre incierto, quisiera traerles.

—Tengo algo para ti, abuela. —Amelia se acercó a la mesa principal con una caja forrada de satén entre las manos—. Sé que todavía no es momento para abrir los regalos..., pero este no puede esperar.

—Bueno, ¡ocupémonos de él entonces!

Intrigada, Denis dejó el platito en el que había estado acumulando canapés y deshizo con cuidado el lazo con el que Amelia había cerrado el obsequio. Despacio, como si intuyera el tremendo valor de aquel presente, fue quitando capas de papel de envolver hasta tener entre sus manos una delicada bola de Navidad. Brillante, de vivos colores y con dos nombres bellamente pintados en ella.

—Creo que es tiempo de que vuelvas al árbol de la plaza, abuela. Y me parece que Otto será un acompañante perfecto para ti. —Sonrió a su nuevo abuelo—. Es momento de crear nuevos recuerdos.

Demasiado emocionada para hablar, Denis estrechó a Amelia en sus brazos, dejando que las lágrimas corrieran con libertad por sus mejillas, surcadas de experiencia, dolor y momentos felices. Su Charles descansaba en paz... y ella lo haría cuando llegara el momento, entre tanto, sin embargo, tenía toda una variedad de caminos por los que deambular.

—Oh, señorita..., cuanta sabiduría en alguien tan joven. Se queda uno sin palabras ante la belleza de esos sentimientos. Sin palabras, le digo. Y eso, en mí, un vendedor de pura cepa, es toda una hazaña. —Pidiendo un respetuoso permiso, Otto besó la frente de Amelia, tendiendo luego su mano hacia su nueva esposa, que se aferró a él con sumo gusto—. Mi querida Denis, ¡qué honor tendré en ser quien te acompañe la próxima Navidad al encendido del árbol! ¿Me concedes el honor?

—Una vez más, Otto, la respuesta es sí.

A cierta distancia, Tucker observó el momento de unión entre aquellas dos variopintas personas que tanto significaban para Amelia. Había presenciado la ceremonia sentado a su lado, intercambiando alguna que otra palabra con Sonya y siendo cortés y educado con todo el mundo. Agotado por mirar con lupa cada gesto y lleno de temor por meter la pata, se apartó lo suficiente para poder fumarse un cigarro y, simplemente, observar.

Cada vez que ponía los ojos en Amelia, lo que sentía por ella amenazaba con hacerle explotar los botones de la camisa. Se la veía tan segura de todo, tan cómoda entre la gente, tan sonriente y contenta..., le gustaba pensar que parte de aquella alegría le surgía por él, por tenerle de nuevo en su vida, y decidió convencerse de ello, porque ser portador de felicidad para Amelia le hacía ser mejor persona, o, por lo menos, intentarlo.

Exhaló el humo hacia el cielo nocturno, surcado de pequeñas estrellas, y se preguntó qué sería de ellos y de toda esa pasión cuando las fiestas acabaran por fin. Los estudios, las obligaciones..., había tanto contra lo que remar, que Tucker notaba como empezaban a agarrotársele los hombros. No pensaba rendirse, pero le habría gustado que las cosas se presentaran ante él con más facilidad. Aunque solo fuera por variar.

Krista se acercó, guardando el teléfono en su bolso diminuto. Tuck le pasó el cigarro sin decir nada, y su madre dio una honda calada, devolviéndoselo después.

—¿Has podido hablar con Bianca? ¿Va todo bien?

—Espera que la perdones por haberte dejado solo en tu presentación como caballero.

—Ya... —Asumía que su hermana no estuviera de humor para presenciar momentos felices, cuando su vida personal era un maldito caos de dolor y pena—. No cuentes por ahí que lo he dicho, pero... no ha estado tan mal. La comida es buena. La gente parece simpática... y mi novia es un bombón. En conjunto, creo que sobreviviré a la experiencia. ¿Qué me dices de ti? ¿Aguantas bien? ¿No te molestan los zapatos?

Una suave melodía llegó desde el centro del jardín. Las ristas de luces acopladas a las carpas se habían encendido y multitud de parejas ocupaban ya la improvisada pista de baile. Con un suspiro nostálgico, Krista intentó recordar cuándo había sido la última vez que había bailado en brazos de alguien... y, con tristeza, no pudo recordarlo.

Toda una vida, probablemente. Desde su propia fiesta de boda, y el recuerdo era difuso por su abultado vientre y la borrachera de su infeliz marido.

—Orson..., ¿harías algo por tu vieja madre?

Extendió la mano hacia él y Tucker, que había visto venir aquello de lejos, apagó la colilla contra una piedra, siguiéndola a la pista con más resignación que entusiasmo. Vio a Amelia en un lateral, charlando animadamente con Joe Chase y Nanette. Cuando sus miradas se encontraron, con Tuck rodeando a Krista por la cintura, ella gesticuló algo que se parecía sospechosamente a «yo seré la siguiente», haciéndole sonreír.

—Hijo, quiero que me escuches atentamente..., que oigas todo lo que tengo que decirte y hagas un gran esfuerzo por entenderlo.

—¿Qué? —Tucker bajó la cabeza—. Mierda, te he pisado, lo siento. ¿Qué pasa, mamá?

Krista le sujetó las mejillas con ambas manos, mirándole con amor y disculpa.

—No lo he hecho demasiado bien en estos años, Orson..., has cargado sobre tu espalda el cuidado y protección de esta familia y eso, hijo, solo me correspondía a mí.

—Venga, mamá..., estamos en una fiesta, nos estamos divirtiendo, todo va bien.

—Escúchame, por favor. —Sin perder el paso, Krista giró, guiándolo hacia una zona donde pudieran hablar sin ser escuchados—. Tienes toda una vida por delante, hijo, y te conozco lo suficiente como para saber que estarías dispuesto a ponerla en riesgo por hacer lo correcto. No voy a permitirlo, Orson. Esta vez, yo haré lo correcto. Me comportaré como una madre por fin y te liberaré de tu compromiso conmigo.

Ceñudo, Tucker se paró en mitad de la pista, mirándola sin comprender nada. Había tenido demasiados días buenos, le dijo una voz insidiosa en su cabeza. Todo iba demasiado bien..., no podía durar. Nunca duraba.

—Mamá, si no te encuentras cómoda, si estás mal..., podemos irnos a casa.

Krista le sonrió, acariciándole la cara. Negó.

—Voy a irme, cariño. Pero sola. En cuanto pase Nochebuena, ingresaré voluntariamente en una clínica de reposo en Three Lakes. Es un lugar agradable..., con mucho espacio abierto para pasear.

—¿Qué estás...? ¿Es una broma, mamá? ¿Ingresar en una clínica? ¿Por qué?

—Tu padre tiene que irse. —Los ojos le brillaron, pero fue capaz de contener las lágrimas—. Necesito... dejar que se vaya, pero no puedo sola, hijo. No puedo. Haces lo que puedes..., pero es demasiado y no quiero seguir siendo una carga.

Tucker apretó la mandíbula, aferrando a Krista con fuerza entre sus brazos.

—Tú no eres, ni has sido nunca, una carga para mí. Eres mi madre.

—Pues... es hora de que me porté como tal. —Krista sonrió serena, segura—. Amelia se irá a estudiar a California y tú mereces tener la libertad de poder seguirla y establecerte en otro lugar si eso es lo que quieres. Este pueblo, la casa..., todo está lleno de recuerdos que sé que quieres olvidar. Hace tres años debiste marcharte, pero fui demasiado egoísta para verlo. Ahora no lo soy, Orson. Esta es tu oportunidad y, como madre, no dejaré que la desaproveches.

—Soy el cabeza de familia, mamá, no puedo... simplemente irme y...

—Oh, claro que puedes, porque si bien es cierto que eres el único hombre que queda, mientras nadie me declare mentalmente incompetente, hijo, yo sigo siendo la responsable. Vas a vivir y dejar de aferrarte al pasado, Orson. He estado ahí y no quiero eso para ti.

La cabeza de Tucker daba vueltas, intentó removerse, pero tropezó con un hombre que bailaba a su izquierda. Inquieto, intentó bucear entre las palabras de su madre, encontrar algo que le indicara que no era ella misma, que no actuaba con lógica, pero su tranquilidad y el brillo de sus ojos le decían lo contrario.

—¿Y qué pasará con Bianca? Es menor de edad, todavía está estudiando. ¿Vas a dejarla sin más?

Krista negó con fuerza.

—Estaré en la clínica ocho semanas, después aceptaré que una cuidadora venga a casa y esté conmigo. Cuando Bianca termine sus vacaciones, volverá a estudiar y yo estaré presente en todos los pasos que dé. —Con emoción, Krista le sonrió a Tucker, que seguía sin hablar, incapaz de creer lo que oía—. No me iré de su vida, nunca, pero dejaré que la viva y tenga alegrías. Dean la llamó por teléfono la noche del accidente de Amelia. Quiere que vaya a verle a Kentucky, y yo estoy de acuerdo con ello.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

—Orson...

—¿De qué coño va esto? ¿Habéis estado fraguando toda esta historia a mis espaldas?

—Sí, Orson, porque tú te preocupas por las vidas de los demás, pero no haces nada por vivir la tuya. —Tirando de sus hombros, Krista lo instó a seguir

bailando—. Bianca va a visitar a Dean en Kentucky, pero estará aquí tan pronto como comience el curso. Va a graduarse en Kendall y, después, irá a la universidad. Quiere trasladarse a la residencia de estudiantes de las afueras de Pinecrest, y si la conozco un poco..., solicitará plaza en cualquier sitio que esté lo bastante cerca de ese chico una vez que tenga su diploma bajo el brazo.

—Y vas a dejar que se vaya. —No era una pregunta. Krista asintió.

—Tal vez ir detrás de él sea un error, pero nadie puede equivocarse por ella, Orson. Ni evitarlo. Si estudia lo suficiente y obtiene una buena beca, podrá estudiar en Kentucky o donde quiera. El tiempo dirá si las cosas van bien o no, y yo, desde luego, estaré pendiente de ella. Me visitará dos veces al mes y eso no es negociable, no pienso dejarla a su libre albedrío hasta que demuestre ser capaz de cuidarse sola, pero sí permitiré que viva. Ya ha visto demasiadas cosas horribles aquí, y todas por mi culpa.

—No puedo... asimilar todo esto, mamá. No puedo.

Tucker abandonó la pista, atropellando a su paso a algunas personas. Llegó junto a la mesa de bebidas y los dedos le temblaron. Miró las copas con ansiedad, apartando la vista. Las sienes le palpitaban y algo en su pecho, un traidor sentimiento muy parecido al alivio, pugnaba por abrirse paso. No quería estar contento. No quería agarrarse a lo que había oído con esperanza, ni esperar con anhelo coger las maletas y abandonar Kendall en pos de lo que fuera que tuviera que venir. No le parecía bien. No era a lo que estaba acostumbrado. Debía trabajar para cuidar de su familia, debía anteponerlos a ellos, debía...

—Tienes que dejar de aferrarte al pasado, Orson —dijo Krista a su espalda—. La sombra de tu padre y sus pecados, mi propio miedo a dejarlo ir, las decisiones vitales a las que tiene que enfrentarse tu hermana..., todo eso escapa a tu control, hijo. Has sujetado a esta familia durante demasiado tiempo.

—Es lo único que sé hacer..., lo único que alguna vez he hecho bien, mamá. ¿Vas a quitarme eso?

—No, hijo. Voy a darte algo mejor. —Despacio, Tucker se dio la vuelta, mirando de frente la sonrisa más dulce del mundo, la de su madre hablando con el corazón en la mano—. La oportunidad de ser feliz sin preocuparte por nadie más. Te lo has ganado.

—Sois mi familia. Bianca y tú.

Con una risa suave, Krista lo acogió en sus brazos, apretándolo fuerte.

—Eso no cambiará nunca. —Un último beso, una sonrisa más... y, luego, Krista lo soltó despacio, indicándole con un gesto en dirección a la pista, iluminada con miles de pequeñas bombillas—. Tienes que ser feliz, Orson. Tú y tu hermana. No quiero nada más que eso. Prométeme que lo intentarás sin excusas.

Solemne, él asintió con la cabeza. Se permitió soñar por primera vez... con viajes y destinos nuevos. Con trabajos distintos, con proseguir sus estudios, con vivir... sin el miedo paralizante de que algo malo ocurriera y fuera culpa suya. Abrazó lo que se le daba con el corazón lleno de ansias, comprendiendo cuánto había necesitado que le dieran permiso para tener esperanza e ilusiones.

No se lo había permitido antes, bajo el peso de la obligación y la responsabilidad, pero quizá ahora, decidió, parado frente a una sorprendida Amelia, tendiéndole la mano, era momento de echar todas sus fantasías al aire. Quizá ahora era momento de hacerlas realidad.

—¿Bailas conmigo? —le preguntó con la voz ronca.

—Creía que nunca me lo pedirías.

*Cuando necesites a alguien cerca de ti,
tan solo cierra los ojos un momento,
yo pondré mis brazos a tu alrededor
y te haré irrompible.*

Amelia acomodó la cabeza bajo la barbilla de Tucker, cerró los ojos y dejó que la dulce melodía la embriagara. Notaba sus manos cálidas, ligeramente ásperas, recorriéndole la espalda, subiendo hasta su nuca, adorándola con un tacto amoroso y lleno de unas promesas que todavía no le había hecho, pero ella sabía que cumpliría.

Su ritmo era irregular, como si no prestara atención a los acordes de la canción, pero para ella, enamorada y en sus brazos, estaba siendo el mejor baile de su vida.

—Pregúntame por qué te quiero —le oyó decir, con los labios pegados a su pelo, el calor de su pecho emanando con fuerza contra su piel—. Pregúntamelo, Amelia.

—¿Por qué me quieres?

—Porque cuando estoy contigo siento que soy yo mismo y, a la vez..., que puedo ser cualquiera cosa.

—Orson...

—Espera, nena. —Beso su pelo, incapaz de resistirse, con las puertas de sus sentimientos completamente abiertas. Ya no podía callarse nada, no quería hacerlo—. Ahora pregúntame adónde vamos.

Visiblemente emocionada, Amelia levantó la mirada hacia él. Tenía los ojos brillantes, y la nariz un tanto enrojecida. Sonriendo, Tuck se la besó, animándola con un gesto a hacer la pregunta que le había pedido. Ella cogió aire, porque

sabía que cuando las palabras salieran de sus labios, algo grande e importante pasaría.

—¿Dónde vamos, Orson?

Él la tomó de la mano con exquisita delicadeza, haciéndola girar. La falda de su vestido se abrió, y el aire acarició sus hombros antes de volver hacia él, cobijada contra el calor de su cuerpo.

—A cualquier parte, Amelia. Adonde sea, si es contigo.

*Si alguna vez te das la vuelta,
juro que nunca te dejaré caer,
entonces, pondré mis brazos a tu alrededor
y te haré irrompible.
Te haré irrompible.*

—Tenías razón en lo que me dijiste. —Amelia acarició su nuca con los dedos, mirándole con unos ojos llenos de amor y posibilidades—. Que me abrazarías tan fuerte que todos mis trozos se unirían de nuevo y ya no volvería a estar rota nunca más. Era cierto, Orson. —Le sonrió, cerrando los ojos para dejarse embriagar por el perfume de la noche, que olía a felicidad y nuevos comienzos—. Ahora estoy entera y tengo la sensación de que nada puede quebrarme. Contigo me siento irrompible.

Tucker la apretó con más fuerza.

—Sigamos bailando, Amelia..., bailemos juntos, para siempre.

* * *

27 de diciembre, 5.00 a. m

Rezongando, Tucker metió las manos en sus bolsillos y se removió de un lado a otro. Muerto de sueño, oteó la carretera desierta hasta que, a lo lejos, distinguió los faros de la vieja chatarra que conducía su hermana.

Ya notaba el gruñido naciéndole en el pecho, pero, como casi siempre, Amelia fue capaz de predecir el cambio de humor que se avecinaba y actuó en consecuencia. Tirando del chaquetón que Tuck llevaba, le hizo agachar la cabeza lo suficiente como para poder rozarle los labios con los suyos. Después le sonrió, aunque él no fue capaz de devolverle el gesto.

—Sé amable.

—Es que no entiendo por qué tiene que venir a despedirse a esta hora, ¡es inhumano!

—Su avión sale a las siete, Orson. Si quiere llegar al aeropuerto con tiempo, es lógico que tenga que madrugar. —Anteponiéndose de nuevo, levantó el dedo para callar su protesta—. Y como no puede irse sin que tú le sueltes todas esas recomendaciones de hermano mayor que nadie te ha pedido, pues también tenemos que madrugar nosotros.

—Sería más fácil si fuera conduciendo a Kentucky.

—¿Casi quince horas? —Amelia negó con firmeza—. Llegaré a los brazos de Dean mucho más rápido en un vuelo directo.

Esta vez, el gruñido fue inevitable.

—A los brazos de Dean..., no me ayudas nada, nena.

—Oh, lo siento, ¿se supone que tenía que consolarte?

Tucker le dio una palmada en el culo que hizo a Amelia dar un saltito, entre risas. Mientras jugaban, Bianca tuvo tiempo de bajarse del coche y caminar hacia ellos. Aunque algo más delgada, parecía haberse recuperado por completo de aquellos días de llantos y encierro. Su pelo rubio, recogido en una trenza francesa, lucía brillante y limpio, y su cara, enrojecida por el frío, estaba rozagante.

Era posible que no hubiera dormido nada en toda la noche, pero su semblante no lo reflejaba en absoluto.

Amelia la abrazó con fuerza mientras Tuck le hacía mil preguntas absurdas solo por refrenar la angustia que le suponía dejarla ir.

—¿Llevas dinero en efectivo? ¿El pasaporte en regla? —La rodeó con fuerza cuando Bianca se echó a sus brazos—. No olvides que el día tres tienes que estar aquí para matricularte, ¿me has oído, cría? A primera hora de la mañana quiero tu culo de vuelta en el instituto o todo este trato se rompe.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Bianca a Amelia, señalando a Tucker con una mano—. Aguantarle todo el rato, digo. Por Dios..., tienes el cielo ganado, cuñada.

—Muy graciosa. —Tucker la cogió por el abrigo, mirándola muy de cerca—. Haz sudar a ese capullo, cría. Te lo pido como un favor personal. Hacerse el valiente en el pasado no le ha traído más que problemas, si quiere conservarte, más le vale ser bueno. ¿Está claro?

—Como el agua, hermanito. —Bianca lo abrazó otra vez, besándole la mejilla—. Y también le diré que te alegras de que sus antecedentes se hayan borrado y esté tomando clases nocturnas de dicción y lectura, aunque no me lo hayas pedido.

Amelia soltó una risita baja y, muy a su pesar, Tucker tuvo que dejar que sus labios se curvaran, aunque solo un poco.

—No pienso aceptar que me caía bien —dijo, aunque su expresión afirmaba lo contrario—. Solo quiero que tengas lo que te haga feliz, Bi. Si es Dean..., entonces adelante. Los Tucker no somos conocidos por renunciar fácilmente a aquellos de quienes nos enamoramos.

Tucker entrelazó sus dedos con los de Amelia, que se acurrucó contra su hombro, sonriendo. A Bianca le esperaba un largo viaje, de modo que las despedidas iban a tener que acortarse. Intercambiaron más besos y recomendaciones, y cuando ella estaba dándose la vuelta, Tuck la hizo girarse con un silbido. Ante su asombrada mirada, le lanzó unas llaves, dejándola sin palabras.

—Me quedaré más tranquilo si vas hasta el aeropuerto en algo que no sea esa mierda de coche que tienes.

—¿Tu Corolla? ¿Va en serio? ¿Me lo dejas?

—Si sigues haciendo preguntas, conseguirás que me arrepienta.

Con un gritito de júbilo, Bianca se apresuró a cambiar su maleta de coche y luego hizo rugir con fuerza el motor. Con las luces puestas y un potente acelerón, fue perdiéndose de vista, dispuesta a recorrer los kilómetros que hicieran falta para pedir explicaciones cara a cara al chico de su vida. Después de comérselo a besos.

Llenándole del consuelo que tan desesperadamente necesitaba, Amelia rodeó la cintura de Tucker y lo atrajo hacia ella con firmeza.

—Has sido muy maduro, cariño. Estoy orgullosa.

—Harías bien en agarrarme más fuerte, nena..., porque estoy a un paso de echar a correr a por ella.

Amelia chasqueó la lengua, moviéndose hasta quedar frente a frente con él. Su ceño fruncido y su pelo ondulado, medio oculto bajo el gorro de lana, le parecieron adorables, y aflojaron sus rodillas de un modo que nada tenía que ver con el frío.

—Yo más bien había pensado... en volver a la cama un par de horas y, después, tú, el Impala y yo podríamos darnos una interesante vuelta juntos. ¿Qué te parece?

—¿Una vuelta? —Las manos de Tucker resbalaron, apresando las generosas curvas de Amelia que tan loco le volvían—. Y... ¿adónde iríamos?

—Pues... primero..., al amparo de un lugar lo bastante apartado y tranquilo como para poder hacer un uso respetable y muy amoroso del asiento trasero de ese maravilloso coche clásico.

—Me gusta como suena.

Usando su brazo derecho para rodearla, Tucker esbozó una sonrisa, tirando de ella en dirección a la escalera de incendios. El sueño parecía haber desaparecido y su mente inquieta empezó a trabajar en todas las cosas que todavía tenía pendientes antes de poder hacer uso de los billetes de tren que Amelia y él habían comprado la noche anterior. Aquella escapada se le antojaba muy lejana teniendo en cuenta que antes tendría que dejar a su madre en Three Lakes para su terapia de ocho semanas, pero se obligó a respirar hondo y dejar que las cosas siguieran su curso.

Dejar ir a Bianca, hablar con el dueño del taller para solicitar las vacaciones y paralizar la agenda en el salón de tatuajes le habían costado más de un quebradero de cabeza, aunque, para su sorpresa, las personas para las que trabajaba veían con alivio que hubiera decidido vivir para algo más que trabajar. Con Amelia a su lado y una montaña de planes que de repente podía hacer, cada decisión tomada para sí mismo se le iba haciendo más fácil que la anterior.

—Creo que ya he decidido cuál debería ser la primera parada de nuestra escapada en cuanto lleguemos a Seattle —le dijo con una sonrisa, tirando de la ventana una vez que llegaron a lo alto de la escalera. Amelia le miró expectante—. Aberdeen.

—Por qué será que no me sorprende. —Aceptando su mano, cruzó dentro del apartamento, donde el aire era cálido y la cama todavía estaba deshecha—. Me imagino que querrás hacer la ruta del recuerdo a Kurt Cobain, la escultura, el puente de *Something in the Way*, el museo local...

Mientras ella hablaba, moviéndose de un lado a otro, doblando un suéter y metiéndolo en la maleta abierta que habían dejado en la esquina, Tucker la observó. Sabía que debía tener ese gesto de tonto pintado en la cara que se le había quedado desde hacía varios días, pero no le importaba. Oír a Amelia hacer planes y trazar rutas que le incluían era lo más maravilloso que había experimentado. Estaba impaciente por ver qué más les deparaba el futuro.

Ella se cruzó de brazos y le miró con el ceño fruncido. Probablemente llevaba un rato hablando sola y empezaba a demandar respuesta. Tuck sonrió. No importaba lo que Amelia estuviera sugiriendo, él tenía muy clara su respuesta.

—Lo quiero todo, Amelia. Cualquier parte, en todo momento, contigo.

Porque te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, cariño.

Sí, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, cariño.

Y pondré mis brazos a tu alrededor

y te haré irrompible.

Irrompible.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un lujo. Un verdadero regalo.

Cuando esboqué los personajes de Amelia y Tucker en *Acróbata*, no me imaginé que hubiera tantos lectores interesados en conocer su historia más profundamente. Y no pensé, ni siquiera por un momento, que mi editora del sello Click, Ade Herrera, tuviera planes para ellos.

Hay personajes que se te cuelan dentro, especiales, complejos, conflictivos... Creé a Tucker siguiendo muchos patrones establecidos. Tenía claro cómo iba a ser, aunque en la novela protagonizada por Nanette y Falk su aportación fuera mínima. Me ha encantado emprender el camino a la felicidad con él. Conocer a la nueva Amelia, descubrir sus capas y enamorarme de su amor han supuesto un viaje maravilloso para mí.

Volver a Kendall, a sus calles y colores me ha llenado de felicidad. En estos meses de trabajo, con la presión y el nerviosismo que conlleva escribir algo que sabes que alguien espera, sentirme en territorio seguro, rodeada de personajes conocidos, ha sido un bálsamo para mis miedos e inseguridades, ¡cómo no tenerlos! Amelia y Tucker... Su amor épico, truncado demasiado pronto, requería lo mejor de mí.

Espero no defraudar a nadie. Espero haberles dado a ellos lo que se merecían. Espero haber contado y transmitido estos sentimientos tal y como yo los imaginaba y espero, con el corazón un poco triste por el adiós, que ahora se me antoja definitivo, que quien se embarque con *Irrompible* en la aventura del reencuentro halle en estas páginas aquello que todo lector ambiciona cuando tiene entre sus manos un libro nuevo.

Gracias a todo el equipo de Planeta de Libros y del sello Click Ediciones por su confianza y buen hacer, por dejarme opinar, experimentar y rehacer. Por contar conmigo para este nuevo proyecto, por hacerme sentir arropada y bienvenida.

Gracias de parte de Amelia y de Tucker, cuyas vidas no han quedado inconclusas. Esperemos que su amor, como todos esos romances que arrancan suspiros en los libros, no caiga en el olvido.

PLAYLIST

1. *It's My Life* — Bon Jovi
2. *And I Love Her* — Kurt Cobain
3. *Wake Me Up When September Ends* — Green Day
4. *El ruido* — David Bisbal
5. *Life Is a Highway* — Rascal Flatts
6. *Llegará la tormenta* — Amaral
7. *Te voy a olvidar* — Malú
8. *Hoy no estás* — Alejandro Sanz
9. *Boulevard of Broken Dreams* — Green Day
10. *Closer to the Edge* — Thirty Seconds to Mars
11. *Cómo te atreves* — Morat
12. *Let Her Go* — Passenger
13. *Homeless* — Leona Lewis
14. *I'll Be Missing You* — Puff Daddy
15. *Gotta Be Somebody* — Nickelback
16. *Wonderwall* — Oasis
17. *When We Were Lovers* — Jack Savoretti
18. *The Reason* — Hoobastank
19. *All I Need* — Within Temptation
20. *I Can't Go On Without You* — Kaleo
21. *Terrible Tommy* — Ryan Horne
22. *Demons* — Imagine Dragons
23. *Make It Rain* — Ed Sheeran
24. *No Easy Way Out* — Robert Tepper
25. *Day Is Gone* — Noah Gundersen & The Forest Rangers
26. *In Case You Didn't Know* — Brett Young
27. *The Times They Are A-Changing'* — Bob Dylan
28. *I Don't Wanna Miss a Thing* — Aerosmith
29. *The Way You Look Tonight* — Frank Sinatra
30. *Unbreakable* — Jamie Scott

EXTRAS

Escucha la banda sonora de la novela en la lista de spotify que la autora ha preparado expresamente para ti.

https://open.spotify.com/user/1154109425/playlist/3PdPyHd3xPp0CGpdCyFMK1?si=gS7pvQbfQkW_ScEeWFXTdg

Sigue la historia en Pinterest

https://www.pinterest.es/miranda_naranjo/irrompible-historias-de-kendall-2/



Romina Miranda Naranjo nació en Las Palmas de Gran Canaria el 24 de febrero de 1988. Perteneciente a una familia numerosa, se siente muy apegada a los suyos, especialmente a sus tres hermanos pequeños.

Cuenta con una licenciatura en Pedagogía por la Universidad de La Laguna, en Tenerife. Además, es técnica superior de Educación Infantil. Actualmente, ejerce como tutora de refuerzo y atención especial.

Se aficionó a la lectura a muy temprana edad, empezando a escribir pequeños cuentos ya en su época de colegio, afición que perduró con el paso del tiempo. Esto la llevó a crear relatos que fueron convirtiéndose en historias completas.

Hasta la fecha, cuenta con un total de cuatro libros publicados: de la mano de Romantic Ediciones destaca su biología *Hermanos Ferris*, *Una candidata inesperada* (2014) y *Un prometido inadecuado* (2016); y *Familia de papel* (2015), novela contemporánea independiente.

Con el Grupo Selección RNR, del sello Ediciones B, ha publicado *El Jefe* (2015), novela contemporánea con tintes de suspense que ha tenido una especial acogida entre los lectores.

En 2016 se une al sello Click Ediciones, perteneciente al Grupo Planeta, con la que será su primera novela de temática juvenil New Adult, *Acróbata*.

Próximamente llegarán nuevas novelas, tanto de histórica como de otros géneros, además de la salida en formato papel de parte de los títulos mencionados anteriormente.

Irrompible

Romina Naranjo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Romina Naranjo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19394-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Acróbata

Romina Miranda

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Latidos de una bala

Alexandra Roma

Eres mi mejor sueño

Clara álbori

Mi sol, mi luna
Calista Sweet

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

